

Piadas

que contiene este tomo 4.^o

1. Adriana (14-XI-1851)
2. Una clave y un sombrero (Ed. 1852)
3. Margarita de Borgona (Ed. 1840)
4. Muerte y veras (Ed. 1840)
5. La mujer de un artista (Ed. 1840)
6. Catalina Howard (Ed. febrero 1846)
7. La Bruja de Luján (Ed. 1843)

C 3373

25-V-54

ADRIANA,

DRAMA EN CINCO ACTOS.

DE MR. SCRIBE,

ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

POR DON VENTURA DE LA VEGA.

Representado en el del Drama el día 14 de Noviembre de 1851.



N.º 166.

MADRID—1851.

IMPRESA A CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.º 14.

R. 14083

AMERICA

THE GREAT EASTERN

NAVY

FOR DON VENTURA DE LA VEGA

THE GREAT EASTERN NAVY



1851

1851

THE GREAT EASTERN NAVY

THE GREAT EASTERN NAVY

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones, ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de abril de 1839, 4 de marzo de 1844, y 5 de mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAGES.**ACTORES.**

ADRIANA LECOUVREUR.	DOÑA TEODORA LAMADRID.
MAURICIO, CONDE DE SAJONIA.	DON MANUEL OSSORIO.
EL PRINCIPE DE BOUILLON. .	DON ENRIQUE ARJONA.
LA PRINCESA, su mujer.	DOÑA MARIA RODRIGUEZ.
EL VIZCONDE.	DON FERNANDO OSSORIO.
RIGOLET.	DON JOAQUIN ARJONA.
LA DUQUESA.	DOÑA CONCEPCION RUIZ.
LA BARONESA.	DOÑA DOLORES MORARI.
ADELA.	DOÑA CRISTINA OSSORIO.
JULIA.	DOÑA ANTONIA VILLALBA.
QUINAULT.	DON VICENTE REINA.
POISSON.	DON JOSÉ ALISEDO.
UNA CRIADA.	DOÑA ZOILA AZCONA.
UN LACAYO.	DON MARIANO SERRANO.
UN AVISADOR.	DON ANTONIO HERMONET.

DAMAS Y CABALLEROS. ACTORES Y ACTRICES. LACAYOS.

La accion en Paris, en Marzo de 1730. (Luis XV.)

ACTO PRIMERO.

Salon elegante en casa de la princesa. Mesas doradas y espejos de la época, sofás y sillones. Puerta de entrada en el fondo: otra á la izquierda, que dá al cuarto del príncipe: otra á la derecha, que dá al de la princesa.

ESCENA PRIMERA.

EL VIZCONDE. LA PRINCESA.

(Ella sentada á la derecha en un sofá frente al espejo acabando de adornarse: El apoyado en la mesa.)

PRINCES. Conque nada me contais ?

VIZCOND. Nada !

PRINCES. Ay! vizconde, vizconde !... Tendré que prohibiros asistir á mi tocador, si os venis desprovisto de noticias.

VIZCOND. Y si nada ocurre!

PRINCES. Vamos... algo habrá .. algo sabeis... esa cara lo está diciendo.

- VIZCOND. No, de veras. Cosas insignificantes. Que esta noche en el teatro francés se representa el *Bayaceto*, y que trabajan juntas Adriana y la Duclós: que habrá un gentío inmenso, y...
- PRINCES. Adelante. Ah! decidme: está bien aquí este lunar? *(El vizconde se coloca detrás del sofá.)*
- VIZCOND. Divinamente!.. Ah! princesa!... Cada día...
- PRINCES. Conque, adelante: deciais...
- VIZCOND. Nada... que la función de esta noche será muy concurrida, á causa de la rivalidad declarada que hay ya entre Adriana y la Duclós. Adriana tiene de su parte al público entero... al paso que la Duclós se halla protegida por varios personajes... por algunas damas de la corte... entre las cuales se cuenta la princesa de Bouillon.
- PRINCES. Yo!
- VIZCOND. Vos!... Lo cual no deja de admirar y de producir hablillas...
- PRINCES. Hablillas!... Y por qué?
- VIZCOND. Por qué... Yo no quisiera, princesa...
- PRINCES. Y deciais que no había novedades!.. *(Levantándose.)*
Vaya, hablad...
- VIZCOND. Pues bien: sabed, ya que os empeñais en ello, que vos, princesa de Bouillon, teneis por rival á la señora Duclós, actriz del teatro francés.
- PRINCES. De veras?
- VIZCOND. Oh! no hay nadie en París que lo ignore... excepto vos. Y como esto puede, hasta cierto punto, poneros en ridiculo... me he decidido... á pesar de la amistad que me une con el principe, á contaros...
- PRINCES. Que mi marido ha regalado á la Duclós un coche y un aderezo, eh?
- VIZCOND. Cierto!
- PRINCES. Y una casa de recreo?...
- VIZCOND. Cierto!
- PRINCES. Extramuros de París... á la salida de los bulevares?...
- VIZCOND. *(Admirado.)* Conque lo sabeis?...
- PRINCES. Antes que vos!... Antes que nadie! — Pobre vizconde!... escuchad... para que os vayais instruyendo. — Ya sabeis que en esta época hay dos cosas que están de moda: las ciencias y la galanteria: con lo primero se imita á Voltaire; con lo segundo á Luis XV, nuestro amable soberano. El principe de Bouillon, mi marido, como perfecto cortesano, ha conocido el mal papel que haría si no pasara por sábio y por galan-

teador. Así es, que emplea las mañanas en su laboratorio, dedicado á la química, entre hornillos y redomas y qué se yo cuantos cachivaches, y las noches festejando á la Duclós. Pues bien, no creais que esto me cause la menor pena: al contrario, he perdonado á la Duclós, y me he declarado su protectora á trueque de que ella esté bajo mi dependencia y no dé un paso sin que yo lo sepa y lo autorice.

VIZCOND. Eso es incomprendible! Y qué objeto os proponéis?

PRINCES. Qué objeto? No es nada! Que mi marido, receloso siempre de que descubra sus amores, me mimra, me contempla, se asusta cuando cree que tengo alguna sospecha... y yo la tengo siempre que me conviene. Friolera!... que antes era avaro, y ahora no hay día en que no me haga un regalo. — Empezais á comprender?...

VIZCOND. Ya, ya caigo!

PRINCES. Conque, dejad á las gentes que me compadezcan... yo me resigno con mi desgracia... já, já!... Pobre vizconde! Si no teneis otra noticia que darme...

VIZCOND. (Con timidez.) Si señora!... otra tengo...

PRINCES. Otra?

VIZCOND. Sí, otra que...

PRINCES. Vamos...

VIZCOND. Que me interesa á mi... y de la cual sospecho que no teneis el menor antecedente... y es que...

PRINCES. (En tono burlesco.) Que me amais.

VIZCOND. Lo habiais conocido!...

PRINCES. Jesús!

VIZCOND. (Con fuego.) Pues sí, princesa! Por vos he cargado con la íntima y pesada amistad de vuestro marido! Por vos le acompaño al teatro, á casa de la Duclós... á la Academia de ciencias! Por vos le escucho sus disertaciones sobre la química, que me hacen bostezar horas enteras.

PRINCES. Ay! Pobre vizconde!... Os compadezco de veras; pero aunque me llameis ingrata, no me es posible corresponder á tan enormes sacrificios.

VIZCOND. No os pido yo un amor igual al mio, que raya en locura, en frenesí!... pero siquiera...

PRINCES. Nada, nada; imposible, vizconde... Pero callad... alguien viene... — Es mi marido con la duquesa de Aumont. — Y á esa... por qué no os acercais, á ver...

VIZCOND. Está la plaza ocupada.

PRINCES. Sois desgraciado, vizconde... Siempre llegais tarde.

ESCENA II.

LA PRINCESA: va á recibir á la DUQUESA, á quien viene dando la mano el PRÍNCIPE DE BOUILLON. EL VIZCONDE.

PRINCES. Oh! querida mia! Qué fortuna es esta!... Vos por aquí tan de mañana!

BOUILL. La duquesa quiere pedirte un favor.

PRINCES. Será proporcionarme un placer. Y dónde habeis hallado á mi señor marido, á quien no he visto desde anteayer!...

DUQUES. En casa de mi tío, el cardenal de Fleury.

BOUILL. Efectivamente: en casa del cardenal, nuestro sabio ministro, compañero mio en la Academia de ciencias, á quien he ido á dedicar mi tratado de química, obra que ha asombrado al mismo Voltaire: como que en su carta me dice: que no ha leído en su vida un libro escrito por el estilo del mio. Estas son sus palabras: y yo las creo de buena fé.

PRINCES. Oh! y yo tambien.

BOUILL. Pues el cardenal me ha mandado llamar para... (A un lacayo que se presenta trayendo un cofrecito.) Hola! tráelo aquí... tráelo aquí. Dame. (Toma el cofrecito: el lacayo se va.) Pues como digo, persuadido de mis conocimientos químicos, me ha encargado una operación gravísima... tremenda!

TODOS. Cuál es?

BOUILL. Que haga el análisis científico y jurídico de las sustancias que contiene este cofrecito. Son los famosos polvos llamados de *sucesion*: ese diabólico veneno por el cual se han hecho ya varias prisiones, y se esta formando causa á personajes de alta categoría, acusados de haberlos empleado para heredar á parientes lejanos.

PRINCES. (Queriendo tomar el cofrecito.) Es posible!

DUQUES. (Ítem.) Ah! veamos!...

BOUILL. (Separándolas.) ¡Chit!... quietas! Sabéis lo que hay aquí! Pues no es nada! Si es cierto lo que cuenta el vulgo, con solo echar un polvito en un par de guantes que uno se ponga, ó en una flor que acerque á la nariz... Adios!... Se siente primero una es-

pecie de mareo... luego una exaltacion nerviosa en el cerebro... y por último un delirio espantoso... que al fin hace crisis... muriéndose uno.—Todo esto yo lo demostraré despues del análisis y experimentacion que haré por mí mismo...

PRINCES. Cómo!

BOUILL. Sí, en algun perro, ó...

PRINCES. Ya!—Y decidme: ese análisis científico me demostrará a mí qué ha sido de vuestra persona en todo el dia de ayer?

BOUILL. (*Aparte al vizconde*) Se prepara la tempestad!

VIZCOND. (*Id.*) Pues á conjurarla.

BOUILL. (*Id.*) Ya verás.—Qué ha sido de mi persona? Mi persona ha empleado el dia de ayer en prepararos una agradable sorpresa para el dia de hoy. (*Presentándola un estuche.*)

PRINCES. Qué es esto?

BOUILL. (*Aparte al vizconde.*) Lo ves? Esta es mi táctica... Así la engañó... y la impido que sospeche...

VIZCOND. Ya!

PRINCES. Hermosísimos diamantes!

BOUILL. (*Hablando con el vizconde*) Hablemos del análisis de esos polvos diabólicos: mi manera de proceder es esta; oyeme. Toda sustancia...

PRINCES. No os parece, querida mía, que este brazalete es elegantísimo?

DUQUES. Los diamantes están montados con un gusto!.. es alhaja que llamará la atencion.

PRINCES. Venid, vizconde, venid á admirar...

VIZCOND. Ay! Señora! no puedo admirar: estoy escuchando..

BOUILL. Y por mas que le explico, se me figura que no acaba de comprender... Aguarda: á ver si prácticamente... (*Va á abrir el cofrecillo.*)

VIZCOND. (*Agarrándole la mano.*) No, no! Qué vais á hacer!...

BOUILL. No seas aprehensivo!

VIZCOND. Quieto, quieto!—Veis, señoras, qué temeridad!

PRINCES. } Qué es eso?

DUQUES. }

VIZCOND. Empeñado en abrir el cofrecillo para explicarme... Digo! poniéndome debajo de las narices esos polvos infernales... que con solo respirarlos...

BOUILL. Eres un medroso! Ja, ja...

DUQUES. Pobre vizconde!

PRINCES. Oh! tiene razon. Ni tú tampoco quiero te espongas... Vamos, vuélvele su cofrecillo al cardenal.

- BOUILL. Estás en tí? Rehusar un encargo tan honorífico... yo!... un químico!
- PRINCES. Pues no consiento que andes con eso: dámele acá. *(Se lo quita de la mano.)* Para llamarse químico, no hay necesidad de analizar, ni...
- BOUILL. Pero mujer! Qué dirá de mí el ministro!
- PRINCES. La duquesa es testigo de que soy yo quien te ha quitado á viva fuerza el cofrecillo, y lo encierro aquí... *(Lo encierra en el cajon de un secreter y quita la llave.)* para devolvérsele al ministro.
- DUQUES. Sí, sí: muy bien hecho.
- BOUILL. Pero, princesa!...
- VIZCOND. *(Aparte al príncipe.)* No la pongais de mal humor, y vuelva la tempestad!...
- BOUILL. Es cierto!—Pero si el análisis era lo mas sencillo!... Veras... *(Sigue hablando con él. La princesa y la duquesa se han sentado en el sofá.)*
- PRINCES. Mientras ellos hablan de química, hablemos nosotras, amiga mía, de ese favor que quereis pedirme.
- DUQUES. Habéis de saber, querida, que yo soy entusiasta frenética de Adriana Lecouvreur...
- PRINCES. Y qué?
- DUQUES. Decidme: es cierto, como nos ha dicho ahora el príncipe en casa de mi tío el cardenal, que mañana por la noche viene aquí y que declamará algunos trozos de sus tragedias favoritas?
- BOUILL. *(Acercándose.)* Sí: la hemos convidado.
- PRINCES. Es cierto. Aunque yo por mi parte, soy franca, no participo, querida mía, de ese entusiasmo: me parece la Duclós muy superior á su rival. Pero la alta sociedad ha dado en proteger á Adriana... es un fanatismo tal...
- VIZCOND. Está de moda.
- PRINCES. Y eso basta!—Supe que la necia de la duquesa de Noailles iba á convidarla para mañana, y yo me he anticipado.
- DUQUES. Yo no faltó al teatro cuando ella sale; pero tengo unos deseos de verla de cerca... de hablarla!... Dícen que es muger de modales tan finos... de tan buen tono!... que se viste con una elegancia!... Y qué partido con los hombres!... Tiene loca á toda la juventud de Paris!—Conque adios, querida mía: me doy por convidada, si? Hasta mañana. *(Todos van á despedirla: ella vuelve despues de dar unos pasos.)* Ah!... No sabéis la noticia?

PRINCES. Qué noticia?—No sé nada.

DUQUES. Aquel joven extranjero, que está al servicio de Francia, y que el invierno pasado era el Adonis de las damas de Paris... ese hijo natural del rey de Polonia y de la condesa de Kornismarck...

PRINCES. (Con interés.) Mauricio de Sajonia?

DUQUES. Está de vuelta en Paris.

VIZCOND. Permitid: se ha dicho, pero no es exacto.

DUQUES. Exactísimo. Lo sé por mi primo Florestan que le ha acompañado en su expedición á Curlandia... que ha sido para estar en ascuas... sobre todo, mi marido el duque... y yo también. Pero en fin, esta mañana llegó á Paris: ya le he visto y me ha dicho que viene en compañía de su general.

PRINCES. Pues mucho es que no sepa yo...

VIZCOND. No querrá darse á luz por miedo de sus acreedores. Está plagado de deudas. Sé yo de un conde sueco que el año pasado trató de hacerlo prender por setenta mil libras que le debe, pero luego desistió, porque á quien nada tiene...

BOUILL. El rey le hace libre.

DUQUES. El vizconde le tiene tema por la mala obra que le hace en sus conquistas.

VIZCOND. Qué disparate! al contrario: me alegro de su venida. Con él habrá cada día una intriga, un escándalo... y tendremos de qué hablar. En eso se funda la fama que ha adquirido.

DUQUES. Os equivocais. Su fama la debe á su valor, á su arrojo en los combates. A los trece años ya se batió en Malplaquet á las órdenes del principe Eugenio: á los catorce, en Stralsund, con Pedro el Grande... Todo esto me lo ha contado mi primo Florestan.

BOUILL. Y antes, antes. En el sitio de Lila ya llamó la atención, y apenas tenía doce años.

DUQUES. Y en esta última expedición ha hecho cosas fabulosas; como que le han nombrado por aclamación duque soberano de Curlandia. Y no sabéis? La heredera del trono de los Zares, la hija de la emperatriz se enamoró de él tan locamente, que nuestro Mauricio ha estado á punto de ser un día emperador de Rusia.

PRINCES. Y él sin duda, envanecido de tal conquista, no habrá dejado por su parte de fomentar esa pasión.

DUQUES. Eso era lo natural. Pues no señor. Florestan me ha contado que lejos de ser así, ha tenido Mauricio la

osadia de decir á la princesa moscovita que su corazón tenia ya dueño en Paris.

PRINCES. (*Comovida.*) En Paris!... De veras?...

DUQUES. Conque ya veis, señor vizconde, que estais muy mal informado... Adios, princesa... Adios, querida mia...

UN CRIAD. (*Anunciando.*) El señor conde Mauricio de Sajonia.

DUQUES. Vamos! está de Dios que no me vaya hoy de aquí.

ESCENA III.

Dichos. MAURICIO.

VIZCOND. Salud al duque soberano de Curlandia!

BOUILL. Salud al conquistador!

DUQUES. Salud al futuro emperador!

MAURIC. (*En tono festivo.*) Oh! Señoras!... Duque sin ducado, general sin ejército, y emperador sin vasallos: ese soy yo.

BOUILL. Pues el estado de Curlandia no os ha proclamado su soberano?

MAURIC. Ciertamente. Fui nombrado por la dieta... proclamado por el pueblo: en el bolsillo traigo mi diploma de soberano. Pero la Rusia me prohibió que lo aceptase, so pena de insinuármelo á cañonazos, y mi padre el rey de Polonia, que tiene miedo á la guerra con sus vecinos, me mandó tambien rehusarlo.

PRINCES. Y qué hicisteis?

MAURIC. Yo?... Responder á esas amenazas llamando á las armas á toda la nobleza de Curlandia, y escribir á mi padre que antes de ser elegido soberano habia sido oficial del rey de Francia, y que en los ejércitos de S. M. Cristianísima habia aprendido á no retroceder jamás.

DUQUES. Soberbio!

VIZCOND. Eso no tenia respuesta.

MAURIC. Así es que la única que me dieron fué mandar al príncipe Menzicoff que penetrase en mi córte sin declaración de guerra y me sorprendiese en mi palacio. Él venia con dos mil rusos, y yo no tenia ni un soldado.

VIZCOND. Y os rendisteis?

MAURIC. No tal!

PRINCES. Hicisteis la locura de resistiros.

MAURIC. A lo Carlos XII! — Reuní los oficiales franceses que me habian acompañado: el valiente Florestan de Belle-Isle...

DUQUES. Mi primo! Estais satisfecho de él, señor conde?

MAURIC. Mucho! Se bate como un leon! — Con esos y los criados de mi servidumbre bien armados de mosquetes y colocados en las ventanas de palacio, dirigiamos un fuego tan nutrido y tan certero sobre la masa de los dos mil rusos, que al hallarse con mas de ciento cincuenta hombres fuera de combate, se resolvieron á dar el asalto. Ahí los esperaba yo. Habia colocado en el pabellon de la derecha, único punto accesible, dos barriles de pólvora, y en el instante en que oí los hurras de victoria de trescientos cosacos que subian por aquel punto... paf!... los hice volar con la mitad de mi palacio.

DUQUES. Y vos?

MAURIC. Yo allí firme en la brecha, rodeado de escombros!... llamando al pueblo á las armas... las campanas de la ciudad tocando á rebato... En fin, Menzicoff aterrado tuvo que retirarse en desórden... Ah! si yo hubiera tenido allí nada mas que un par de regimientos franceses... uno solo! — Eso es lo que vengo á buscar.

PRINCES. A eso venis?

MAURIC. Sí señora. Como el cardinal ministro me dé unos cuantos escuadrones de húsares... os convido, señoras, para el invierno próximo al palacio real de los duques de Curlandia.

PRINCES. Entretanto esta casa está á vuestra disposicion.

BOUILL. Os convido para mañana á nuestra reunion. (*Mauricio acepta.*)

DUQUES. Me dareis la mano: tendré el honor de que sea mi caballero el vencedor de Menzicoff — Ah! y recibiréis aqui un obsequio propio de un soberano.

MAURIC. Tanta honra!

DUQUES. Oireis declamar á Adriana Lecouvreur.

MAURIC. Ah!...

DUQUES. La conocéis, señor conde?

MAURIC. (*Con empacho.*) Sí... algo... en mi último viaje...

DUQUES. Es admirable! Ha hecho una revolucion en la tragedia! Ha logrado combinar con tal acierto en la declamacion trágica lo sencillo y lo sublime...

PRINCES. Eso dicen.

- DUQUES. Os advierto que la princesa no participa de mi entusiasmo: es partidaria de la declamación enfática de la Duclós, que es un canticio insoportable!
- PRINCES. A mí me gusta más.
- DUQUES. Que decida el señor conde.
- PRINCES. Corriente: que decida.
- MAURIC. Yo, señoras! No soy juez competente. Un soldado que solo sabe pelear... que apenas conoce la lengua francesa...
- DUQUES. Oh! eso no. Ya sé yo que os estais formando... y sobre buenos modelos... estudiando nuestros clásicos... (A la princesa.) Me ha dicho Florestan que en esta campaña le ha sorprendido muchas veces en su tienda recitando versos de Racine y de Corneille.
- PRINCES. (Riendo.) Es posible!
- DUQUES. Ay! Dios mío! Las dos!... y mi marido que me está esperando para ir a Versalles...
- BOUILL. Desde cuándo?
- DUQUES. Desde las doce.
- PRINCES. No es mucho.
- DUQUES. Venis con nosotros, vizconde? Puedo ofreceros un asiento.
- BOUILL. (Cogiéndole del brazo.) No: le necesito. Tengo que leerle hoy el último tomo de mi tratado de química.
- VIZCOND. (A la princesa en tono afligido.) Estais oyendo!
- BOUILL. No lo puedo diferir: lo está esperando el impresor... Vente a mi laboratorio.
- DUQUES. Pobre vizconde!—Adios, señores!—Adios, querida mía, hasta mañana. (Vase por el foro. El principe y el vizconde por la izquierda.)

ESCENA IV.

MAURICIO. LA PRINCESA, que despues de aguardar á que todas las puertas se hayan cerrado, se acerca con viveza á Mauricio.

PRINCES. Gracias á Dios! Dos meses sin enviarme ni un solo renglon! Hoy he sabido por la duquesa vuestra llegada, y ya creí que no vendriais á verme.

MAURIC. Mi primera visita ha sido á vos, princesa. Llegué anoche, y...

PRINCES. La primera?... No habéis visto á nadie esta mañana?

MAURIC. Al ministro de la Guerra, y... á quién mas?... Al cardenal... y á su secretario... y... Por cierto que todos ellos me han recibido mal y me han dado pocas esperanzas.

PRINCES. En alguna otra parte os han consolado.

MAURIC. Qué quereis decir?

PRINCES. *(Que desde el principio de la escena ha tenido fijos los ojos en un ramillete de flores que trae Mauricio en el ojal de la casaca.)* Que no creo que sea el ministro de la Guerra ni el cardenal quien os haya dado ese ramo de rosas.

MAURIC. *(Turbado.)* Es verdad!... Ya no me acordaba...

PRINCES. Quién os ha dado esas flores?

MAURIC. Nadie!... Una ramillettera... y muy bonita por cierto. Aquí... casi á la puerta de vuestra casa la encontré... se empeñó en que la comprase un ramo, y...

PRINCES. Y vos acordandoos de mí.

MAURIC. En efecto.

PRINCES. Ah! Mauricio! Ese recuerdo me colma de placer! Acepto... acepto...

MAURIC. *(Presentándole el ramo con empacho.)* No vale nada...

PRINCES. Cómo no!... Es precioso!... Y viniendo de vuestra mano... *(Lo toma.)* Pero hablemos de lo que os interesa. Decís que el cardenal ministro os ha recibido mal?

MAURIC. Muy mal.

PRINCES. Yo le haré que mude de opinion... que os conceda los dos regimientos que pedís.

MAURIC. Ah! Princesa! Si lo consigo!...

PRINCES. Yo iré á Versalles... le hablaré... Y para teneros al corriente de lo que ocurra...

MAURIC. Volveré aquí?... Cuando? ..

PRINCES. No... aquí no. Estoy siempre rodeada de importunos que me acechan... que no me dejan un instante de libertad. Oid: mi marido le ha regalado á la Duclós una casa de recreo preciosa... fuera de Paris, á dos pasos de los bulevares: allí podremos vernos.

MAURIC. Cómo!... allí!...

PRINCES. Allí mismo. Y la Duclós será quien os escriba de su letra, advirtiándoos la hora de la cita.

MAURIC. Pero cómo es eso? Y no teméis!...

PRINCES. Nada. La Duclós es mía: hace cuanto yo le mando. No veis que su suerte está en mis manos?

MAURIC. Ya entiendo. Teneis un ingenio!...—Pero, princesa,

permitid... (*Aparte.*) No, no; yo debo decirle la verdad.

PRINCES. Qué!

MAURIC. No sé cómo agradeceros vuestra generosidad... vuestro interés...

PRINCES. Aceptando... y amándome!

MAURIC. Es que...

PRINCES. Silencio!... Alguno viene!...—Quién es?—Ah! el vizconde!

MAURIC. (*Saludando y yéndose.*) (*Aparte.*) Volveré a decirselo: el honor me lo manda. (*Se vá por el foro.*)

ESCENA V.

LA PRINCESA. EL VIZCONDE.

(*La Princesa ha ido acompañando á Mauricio hasta el foro. El Vizconde. se deja caer en un sillón á la izquierda.*)

VIZCOND. Sesenta páginas de química!... (*Saca un pomo y lo huele.*) Yo me voy á desmayar!

PRINCES. (*Para sí, bajando al proscenio carilosa examinando el ramo.*) Qué es esto!... El ramo atado con un cordón de seda y oro!... Qué ramilleteira es esa?... He notado en él un empacho... una turbacion... Señales de frialdad... ah! ese hombre no me ama ya!... Luego esa pasion que dicen... esa pasion por la cual ha desdeñado á la lija del Zar... no la siente por mí... Es decir que ama á otra... tengo una rival... una rival preferida!...—No nos acaloremos. Nada, nada... yo sabré, sin comprometerme, averiguar... (*Baja y se sienta en una silla al lado del vizconde.*)

VIZCOND. (*Oliendo el pomo.*) Sesenta páginas de química! Esto no puede ser!... Se acabó... doy mi dimision... renuncio á esta casa... (*Mirando á la princesa.*) puesto que en ella sufro el martirio... y no hallo el consuelo.

PRINCES. Qué poca paciencia!...

VIZCOND. Cómo!... Cómo!...

PRINCES. Escuchadme bien. Una amiga mía... una íntima amiga...

VIZCOND. La duquesa de Aumont?...

PRINCES. Quizá... Yo no nombro á nadie.—Desea con ansia... con ardor... en fin, como deseamos las mujeres... desea descubrir un secreto que hay empeño en ocultar.

VIZCOND. Cuál es ?

PRINCES. Qué beldad misteriosa... incógnita... es la que adora hoy Mauricio de Sajonia. Que la hay no tiene duda. Y vos que todo lo averiguais, podiais hacernos este gran favor.

VIZCOND. Difícil es !

PRINCES. No admito esa frase.

VIZCOND. Estoy en un periodo de desgracia !...

PRINCES. Pues bien... poned algo de vuestra parte... haced méritos... y...

VIZCOND. (*Con interés.*) Y si logro descubrir ese secreto?...

PRINCES. Entonces... ya veremos... todo servicio tiene su premio...

VIZCOND. (*Con gozo.*) Oh ! Ciclos !... será posible !...

PRINCES. Pero lo que mucho vale... mucho cuesta. Ahora veremos si esa pasión que me ponderábais... En fin, ya todo depende de vos.—Adios, vizconde ! (*Le saluda con cariño y se va por la derecha.*)

ESCENA VI.

EL VIZCONDE solo. Luego EL PRINCIPE DE BOUILLON.

VIZCOND. Estoy soñando ! Todo depende de mí ! Y cómo descubro yo ?... El conde de Sajonia, que es la misma reserva, no me ha de ir á confiar... yo apenas le trato ! A quién me dirigire ?... Y es preciso !... Oh ! la recompensa que me espera es de tal valor !...

BOUILL. A que estás cavilando en el problema que te he dicho de las afinidades atómicas ?...

VIZCOND. Cavilando estoy en un problema... pero no es ese.

BOUILL. No ? Pues cuál ? El de la filtración de los cuerpos solubles ? Dime, dime : yo te lo resolveré.

VIZCOND. (*Mirándose y riendo.*) Calla !... Bueno fuera que vos mismo...

BOUILL. Pues quién mejor que yo !

VIZCOND. Es cierto : oid. (*Llevándose'o á un lado.*) No puede menos sino que el conde Mauricio, que es tan galanteador, obsequie á alguna dama ?

- BOUILL. Calla... Y á tí qué te importa?
- VIZCOND. Vaya si me importa! Tengo gran interés.... interés personal.... muy personal!... en saber quién es hoy la señora de sus pensamientos.
- BOUILL. Si? Pues yo te lo averiguaré.
- VIZCOND. Vos?
- BOUILL. Yo, y esta noche.
- VIZCOND. Chistoso sería!...
- BOUILL. Quieres apostar doscientos lises?
- VIZCOND. Dinero es! Pero el caso lo vale. (*Al príncipe que va á llamar.*) Qué haceis?
- BOUILL. (*A un lacayo que sale.*) El coche. (*Al vizconde.*) Vienes esta noche conmigo al teatro francés? Adriana y la Duclós trabajan juntas en el *Bayaceto*.
- VIZCOND. Con mucho gusto. Pero, qué adelantaremos con ir?
- BOUILL. La Duclós sabe quién es esa dama que quieres descubrir.
- VIZCOND. De veras?
- BOUILL. La otra noche, al entrar yo en su camarín, estaban hablando de Mauricio de Sajonia, y ella decia riendo: conozco mucho á la dama que obsequia.—En esto me presenté yo, y ella al verme no quiso seguir. Pero ya conoces que si se lo pregunto.... es claro... me lo dirá en confianza.... y yo te lo diré en secreto.
- VIZCOND. Conque voy á saberlo por vos?... El lance no tiene precio!
- BOUILL. Que no tiene precio? Vaya! Los doscientos lises, que me pagarás, uno sobre otro.... Já, já, já! Vivan los curiosos!...
- VIZCOND. Já, já, já! Vivan los químicos!...
- BOUILL. Venga esa mano!.... Vamos al teatro francés.... Já, já!...
- VIZCOND. Vamos, vamos! (*Vánse por el foro, de la mano.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El salon de descanso de los actores en el teatro francés. A la derecha dos puertas que dan al escenario: entre estas dos puertas una mesa, y sobre ella un espejo grande con candelabros. En el fondo una gran chimenea sobre la cual hay un busto de MOLIERE; delante de la chimenea sillas colocadas en semicírculo. A la izquierda otras dos puertas, una que conduce á la platea, y otra á los vestuarios. En los dos ángulos del foro los bustos de RACINE y CORNEILLE, colocados en dos pedestales; y en la pared á uno y otro lado de la chimenea, los retratos de BARON, de la CHAMPMELE y otros actores célebres. Al levantarse el telon, se ve á ADELA, en traje de FATIMA de la Tragedia BAYACETO, delante del espejo, acabando de componerse: mas allá JULIA, en traje de ANTONIETA del ENFERMO DE APREHENSION, está sentada hablando con un caballero que se apoya en su silla. En el fondo están sentados ó en pie delante de la chimenea varios actores y actrices, unos con trajes del BAYACETO, otros con los del ENFERMO DE APREHENSION. RIGOLET en medio de la escena va y viene acudiendo á todos. A la izquierda estan QUINAULT y POISSON, aquel en traje del Visir AGMAT del BAYACETO, y este en el de ARGAN del ENFERMO DE APREHENSION, sentados á un velador, jugando una partida de ajedrez. Otros actores y actrices se pasean conversando ó estudiando sus papeles.

ESCENA PRIMERA.

ADELA. JULIA. RIGOLET. QUINAULT. POISSON y los demas.

ADELA. Rigolet, hay colorete?

RIGOLET. Si señora: allí... en aquel cajon.

POISSON. Rigolet.

RIGOLET. Qué mandais?

POISSON. Qué tal la entrada?

- RIGOLET. Digo! trabajando juntas por primera vez Adriana y la Duclós!... Mas de cinco mil libras!
- POISSON. Diante!
- JULIA. Rigolet, á qué hora concluirá la tragedia y empezaremos el *Enfermo de aprehension*?
- RIGOLET. A eso de las ocho, niña.
- QUINAU. Rigolet!
- RIGOLET. Qué ocurre?
- QUINAU. No os olvideis de darme el puñal!
- RIGOLET. No tengais miedo! — Rigolet arriba... y Rigolet abajo!... No hay cuerpo que resista!... — Cómo ha de ser! — Ya, ya es pegiguera ser Inspector del teatro francés!... tener á mi cargo todos los accesorios!... no descansar con el cuidado de entregar al uno la espada... al otro el pergamino... á este un veneno... á aquel un áspid... ya el que ha de llevar sortija... ya el que ha de sacar bolsillo con dinero... Y todo por mil y quinientas libras de sueldo! — Si á lo menos me nombrarán sócio! — Pero nada! Esperanza ilusoria!
- ADELA. Esta noche lucirá Adriana sus diamantes!
- JULIA. Los que le ha regalado la reina?
- ADELA. La reina, eh? — Eso dice ella.
- RIGOLET. Esos dichosos diamantes la han hecho mas enemigos!....
- ADELA. Por qué? Pues hay cosa mas fácil que tener diamantes!
- RIGOLET. (*Entre dientes.*) Ya! para vosotras! — Pero para mí que no tengo mas que mi sueldo... ó para los que solo viven de su talento...
- ADELA. Qué estais diciendo entre dientes?...
- RIGOLET. Nada, Adelita, nada. (*Aparte.*) Si no fuera porque eres sócia y necesito tu voto... ya te dejaría yo pegada!...
- QUINAU. Jaque-mate.
- POISSON. Caramba!
- QUINAU. Sabes que eres muy chambon! — Rigolet, no se empieza?
- RIGOLET. Pronto, pronto: ya os avisaré cuando vaya á dar la hora.

ESCENA II.

Dichos. EL PRINCIPE DE BOUILLON. EL VIZCONDE. CABALLEROS.
El Principe, el Vizconde y varios caballeros salen por la puerta izquierda como viniendo de la platea. Quinault y Poisson se levantan y van á hablarles. Ellos se dirigen á la chimenea á conversar con las actrices.

RIGOLET. Adios! Ya viene gente á meterse entre bastidores y en los cuartos de las actrices! — Oh! señor vizconde!... Oh! que está aquí Su Excelencia el señor Principe de Bouillon! (*Aparte.*) Cuando considero que este buen señor podría, con una palabra, hacerme nombrar sócio.... no puedo menos de mirarle con una veneración!... Y maldito si tiene nada de venerable!...

VIZCOND. (*A Quinault.*) Saludo al gran visir! — Veremos qué tal esta noche!

BOUILL. La Duclós será quien esté admirable!

RIGOLET. Adriana... Adriana sí que estará sublime!

QUINAU. Allá veremos!

RIGOLET. Cómo veremos!... (*Aparte.*) Si no fueras sócio.. ya te diría yo...

BOUILL. Ahí creo que viene!

VIZCOND. Si... ella es!... Y estudiando su papel!

RIGOLET. Eso ya se sabe!... Nunca está satisfecha.

ESCENA III.

Dichos. ADRIANA, que sale por la puerta izquierda, repasando el papel que trae en la mano.

ADRIAN. (*Repasando.*)

« Gloria al sultan! su voluntad acato.

Andad! las puertas del harem se cierran....

• No: no es esto! (*Buscando otra expresion.*)

Andad! las puertas del harem se cierran....

Y todo vuelva á su primer estado!

VIZCOND. (*Acercándose á ella.*) Soberbio!

ADRIAN. Oh! Señor vizconde!

- BOUILL. Magnífico!
- ADELA. Hablais del aderezo?
- BOUILL. Oh! el regalo de la reina?... Hermosos diamantes! Cuando Adriana quiera deshacerse de ellos.... ya la he dicho que la doy sesenta mil libras en el acto.
- ADRIAN. No pienso por ahora....
- BOUILL. Y vos estudiando siempre! Qué maestro habeis tenido?
- ADRIAN. Ninguno. — Digo mal. (*Mirando á Rigolet.*) Uno tengo.... un hombre de corazon sensible.... un amigo sincero.... y muy descontentadizo.... cuyos consejos me sirven de guia.... cuyo cariño me dá aliento. (*Alargando la mano á Rigolet.*) Este! Nunca estoy satisfecha hasta que le oigo decir: «Eso! eso! Asi esta bien!»
- RIGOLET. (*Enterrecido.*) Vamos, Adriana! Vamos, hija mia!... No digas esas cosas!... Me vas á hacer....
- VIZCOND. Pero vamos á ver, señor Rigolet: cómo es que vos, sabiendo dar tan buenos consejos, sois tan....
- RIGOLET. Soy tan malo? no es eso, señor vizconde? Yo me lo pregunto muchas veces á mí mismo. No sé. Yo creo que ha de consistir en que no soy socio.
- AVISAD. (*Asomando por la puerta derecha.*) Señores y señoras: que se va á empezar.
- BOUILL. Y la Duclós? (*Morimiento general.*)
- RIGOLET. Hace un rato que estaba en su cuarto vestida.... y escribiendo.
- BOUILL. Cómo!... Escribiendo?
- RIGOLET. Alguna carta urgente....
- JULIA. (*Mirando al principe.*) Que alguno esperará con impaciencia.
- BOUILL. Cómo! Cómo!
- ADELA. (*Bajo al principe.* Yo os dire lo que sé. La criada de la Duclós.
- BOUILL. Artemisa?
- ADELA. Decia poco há, enseñando un billete: ya daría algo el principe por pillarlo.
- BOUILL. Hola!...
- ADELA. Lo cual prueba que no era para vos. Digo: esto no es mas que una suposicion....
- BOUILL. (*Aparte.*) Diablos!... Voy á interrogar á Artemisa. — Vizconde, corro á averiguar aquello!
- VIZCOND. Perfectamente! — Y dónde os busco luego?
- BOUILL. Aquí.... despues del tercer acto (*Váse por la puerta izquierda con Adela.*)

VIZCOND. Bien!

RIGOLET. Vamos, niñas!... Vamos, señores! (*Todos se van por la puerta derecha.*)

QUINAU. (*Cediendo el paso al vizconde.*) Despues de vos, señor vizconde!

VIZCOND. No: despues de vuestra excelencia turca!

ESCENA IV.

ADRIANA. RIGOLET.

(*Adriana se ha sentado á estudiar. Rigolet la contempla.*)

RIGOLET. Recibir de ella tales pruebas de cariño... y sin embargo no haberme atrevido en cinco años á descubrirla mi amor! Pero ya se vé!.. Yo no soy socio.... y ella lo es: ella es jóven.. y yo no lo soy!...—Ea, ánimo! Si no me aventuro... (*Acercándose con empacho.*) Estás repasando?

ADRIAN. Sí.

RIGOLET. Pues... ya que estamos solos.... quiero confiarte...

ADRIAN. Algun secreto?

RIGOLET. Sí. Te acuerdas, Adriana... te acuerdas?..

ADRIAN. De qué?

RIGOLET. De... de mi tío Ambrosio, el tendero de la calle Real?

ADRIAN. Mucho.

RIGOLET. Pues ha muerto.

ADRIAN. Pobre!

RIGOLET. Sí! pobre!—Pero es que.... me ha dejado una manda de diez mil libras!

ADRIAN. Me alegro!

RIGOLET. Yo también!—Solo que... como nunca me he visto con tanto dinero junto... no sé que hacer de ellas! Y esto me tiene tan aburrido!...

ADRIAN. Lo siento!

RIGOLET. Y yo!—Pero me ha ocurrido una idea.... que es.... casarme.

ADRIAN. Bien hecho. (*Suspirando.*) Ah! Ojalá pudiera yo...

RIGOLET. (*Con gozo.*) Calla!.. También á ti te ha ocurrido?

ADRIAN. Esta vida de teatro es tan penosa!...

RIGOLET. Calla por Dios! Cuando antenoche hiciste la *Fedra* de un modo que arrebató!

ADRIAN. (*Animándose.*) Verdad que sí? Oh! esa noche estaba tan ajitada.... tenía una pena!...

RIGOLET. Y por qué?

ADRIAN. Contaban que había habido un combate... y yo sin recibir una carta suya!... Creyéndole herido... quizá muerto!... Cuánto encierra el corazón de miedo, de dolor, de desesperación... todo lo sé ya expresar!... Y además, la alegría, el gozo!... Porque le he vuelto á ver!

RIGOLET. Dios mío!... ¿qué oigo!... ¿Conque estás enamorada?

ADRIAN. Por qué se lo he de ocultar á mi mejor amigo?... Sí, lo estoy!

RIGOLET. (*Astijido y disimulando.*) Válgame Dios!... Válgame Dios!... Pero... dime... cómo ha sido eso?

ADRIAN. Una noche... al salir del baile del teatro, sucedió que unos oficiales, que acababan de cenar y beber, se me pusieron delante y no me dejaban subir al coche, con voces y palabras groseras. En esto, se presenta un joven, que yo no conocía, y les grita: «Caballeros, esta señora es Adriana de Lecouvreur, dejadla pasar!» Los cuatro oficiales... eran cuatro! se echaron á reír de la amenaza... y él entonces, con un arranque más pronto que el rayo derriba en tierra de un solo golpe á dos de sus adversarios, me toma en sus brazos y me coloca en el coche. Levántanse los dos del suelo, y todos cuatro se dirigen á él, espada en mano. — Nos dareis satisfacción! — Al momento! — A mí el primero! — A mí! — A mí! — A cuál escogéis? — A todos juntos!... respondió, cargando sobre ellos como un león! — Yo tremula... inmóvil de terror... dando gritos ahogados... Ah! si le hubiérais visto burlándose de las cuatro espadas dirigidas contra su pecho!... Aquel brazo... aquella mirada eran los de un héroe!... Lejos de retroceder, cerraba con ellos... los estrechaba... los provocaba... me parecía oírle decir...

Navarros, castellanos, sarracenos!...
Cuántos valientes héroes tiene España!...
todos venid!... vuestro poder desprecio!
Venid á combatir contra una mano
así animada por tan dulce objeto!...
que á todos juntos os contemplo pocos
para que consigais mi rendimiento!

* Esta versión es de la traducción de EL CITO de Corcuera, hecha por GARCÍA SERRA.

Por fin, se juntó jente... vino tropa... Sus adversarios, avergonzados del hecho, se escurrieron por aquí y por allí... y el campo quedó por él.

RIGOLET. Y le viste despues ?

ADRIAN. Al otro dia. Cómo impedirle que entrara en mi casa? que viniera á saber de mí?... Y mas cuando me confesó que era extranjero, simple oficial, sin mas títulos ni bienes que su espada. Eso fue lo que me cautivó! Siendo rico, poderoso... no le hubiera hecho caso. Pero era pobre... desgraciado.... soñaba, como yo, con el amor y la gloria! No pude resistir.... le amé!

RIGOLET. Valgame Dios!

ADRIAN. Tres meses ha estado ausente, buscando fortuna, á las órdenes del jóven conde de Sajonia, su compatriota! pero esta mañana llegó, y su primer visita fue á mí! Luego, entre acompañar á su general.... ir á Versalles á ver al ministro.... qué se yo!... no ha podido volver á casa.... Pero me ha ofrecido que esta noche vendrá aquí, al teatro.

RIGOLET. Aquí!

ADRIAN. A verme hacer la Rojana.

RIGOLET. Ay! Dios mio!... y estás tan alterada!... tan nerviosa!...

ADRIAN. Mejor!

RIGOLET. No tal! Acuérdate que trabajas hoy por primera vez con la Duclós.

ADRIAN. No tengais miedo!

RIGOLET. Si le tengo! Es necesario calma, tranquilidad de espíritu.... hasta en los momentos de inspiracion. El actor no ha de sentir la pasion: ha de fingir que la siente. La Duclós estará serena, será dueña de sus facultades... Y tú.... tú no: te distraerás.... no verás mas que á él!...

ADRIAN. Eso es cierto! Si mis ojos le descubren!...

RIGOLET. (Con amargura.) Eres perdida!—No, hija mia, no!... Por Dios piensa en el papel!—Mira que el amor pasa.. y un papel de prueba como este... una hermosa creacion!... dura siempre! Vamos, hija, vamos!.. No podrás olvidarte de él por esta noche?

ADRIAN. Ah! no!

RIGOLET. Por esta noche no mas! Sí, si!... Dominate, hija!... Hazlo bien... como sabes hacerlo! Por interes de ese mismo amor! Los hombres quieren por amor propio; y si la Duclós te gana... si no la veuces...

ADRIAN. La venceré!

RIGOLET. Gracias!

ADRIAN. (*Dándole la mano.*) Yo soy quien debe darte, mi querido amigo!...

RIGOLET. Sí, sí!... tu querido... (*Yéndose y volviendo.*) Mira: hay un verso que no dices á mi gusto. Aquel de...

«Y todo en bien de mi rival ha sido!»

Entérate: la pobre Rojana... pues; lo que mas la... la escarabajea... es que... ella ha hecho... y justamente su rival es la que... Estás?... Como quien dice: Estamos frescos!... Conque todo lo que yo he... entiendes?... ha sido en provecho... Y por eso dice...—Yo no puedo espresarlo; pero ya me entiendes.

ADRIAN. (*Recitando.*) «Y todo en bien de mi rival ha sido!»

RIGOLET. (*Con gozo.*) Eso es!

ADRIAN. Bien, bien: ya lo haré.—Pero... y eso que me decíais antes... de querer casaros?...

RIGOLET. Ah!... Cosas!... Nada, nada: te dejo estudiar. (*Aparte y yéndose.*) Castillos en el aire!... Adios felicidad! Y la herencia de mi tío!... Para qué quiero yo herencia sin ella... Cómo ha de ser! (*Enjugándose una lágrima.*) Vamos á cuidar de la escena. (*Volviendo.*) Mira, toma un buche de agua antes de la salida... y no te olvides de eso... estás?... Como lo has dicho antes. (*Se va por la derecha.*)

ESCENA V.

ADRIANA. MAURICIO, que sale por la izquierda. Adriana está en pie á la izquierda, volviéndole la espalda y repasando el papel.

ADRIAN. (*Estudiando.*)

«Yo perjura!... yo falsa!... yo traidora!...

Y todo en bien de mi rival ha sido!»

.....en bien de mi rival ha sido!»

MAURIC. (*Mirando los bustos y retratos.*) Este es el salon de los actores. No lo habia visto nunca. Bien! Aquí

está *Molière*... el gran *Molière*!... *Racine*!... *Corneille* parece que van á animarse y hablar! Causa respeto el verlos!... sobre todo al que, como yo, entra aquí por primera vez. Así puedo estar seguro de que nadie me conocerá... ni Adriana... que no sabe todavía quién soy. Quiero ocultárselo hasta que haya desengañado á la princesa de Bouillon: la delicadeza lo exige así.

ADRIAN. (*Viéndolo.*) Mauricio!

MAURIC. Adriana!

ADRIAN. Vos aquí!

MAURIC. Durante la larga escena del Visir con su confidente, me sali al corredor: vi una puertecita, quise entrar por ella... «No se puede pasar: á quien buscáis?» —Á Adriana: tengo que hablarla: me esta esperando...

ADRIAN. Imprudente!... Vais á comprometerme!

MAURIC. Qué queréis! me abrasaba de impaciencia. Faltaba un cuarto de hora largo para vuestra salida, y no pude resistir al deseo de venir á deciros: Adriana, yo te amo!

ADRIAN. ¡Chit!... Silencio! (*Indicando el traje.*) Que os vá á oír la sultana! Pero antes de marcharos, decidme en dos palabras... porque esta mañana apenas hablamos un instante. Habeis hecho por allá muchas heroicidades? Está contento con vos el conde de Sajonia, vuestro general? Cuanto hablan de su valor! Mucho deseo conocerle!

MAURIC. Defendiéndole recibí una herida.

ADRIAN. Cerca de él?

MAURIC. Y tan cerca!

ADRIAN. Bien!... Y eso que la sola idea de veros herido me hace temblar!... Pero qué sé yo!... Se me figura que vuestro destino es correr peligros... y vencerlos! Desde la noche que os vi sacar la espada en mi defensa... no os burleis de mis presajios, adiviné que llegaríais á ser un héroe!

MAURIC. Qué locura!

ADRIAN. No, no! yo soy voto en esa materia. Ya veis!... Vivo siempre entre los héroes de todos los países. Y afirmo que hay en vuestro acento, en vuestra mirada, un no sé qué del Cid... de Mitridates... de César... Oh! ello dirá!

MAURIC. De veras?

ADRIAN. Ello dirá! Y yo os he de obligar á serlo.

MAURIC. Cómo?

- ADRIAN. Cómo? Ponderando continuamente al conde de Sajonia, que es el idolo de las damas, hasta que por celos lleguéis á igualarle.
- MAURIC. Me parece que nunca tendré celos de él.
- ADRIAN. Orgullosa!—Y visteis por fin al ministro?
- MAURIC. Todavía no, pero voy á escribirle.
- ADRIAN. No por Dios! No le escribais!
- MAURIC. Y por qué?
- ADRIAN. Si teneis una ortografía fatal!—Las cartas que me habeis escrito estan llenas de elocuencia, de amor... pero con unos disparates que me hacian morir de risa.
- MAURIC. Qué importa?
- ADRIAN. Ya seguiremos nuestras lecciones. Llevásteis los libros que os di?
- MAURIC. Y he aprendido escenas enteras de Corneille.
- ADRIAN. Hola! Habeis pensado en Corneille?
- MAURIC. No: he pensado en vos que le interpretais tan bien!... Al oiros recitar sus hermosos versos, mi corazon se inflama, mi imaginacion se eleva!... Soy capaz de todo!
- ADRIAN. Ah! Mauricio!—Creo que me llaman: voy á salir á la escena.
- MAURIC. Cuando nos veremos?
- ADRIAN. Esta noche... despues de la funcion... venid á buscarme.
- MAURIC. Adios!
- ADRIAN. (*Con ternura.*) Vas á oirme?... Me mirarás?
- MAURIC. Estoy á la derecha... en la galeria principal.
- ADRIAN. Te dedicaré todos mis versos!... que te vea yo bien!.. Oh! voy á hacerlo como nunca! (*Vase por la primera puerta de la derecha.*)
- MAURIC. Hasta luego. (*Vase por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA VI.

ADELA. EL PRÍNCIPE DE BOUILLON.

(*Salen por la segunda puerta de la izquierda.*)

- BOUILL. (*Agitado*) Gracias, Adela; gracias por el favor que me habeis hecho!
- ADELA. Cómo ha salido cierto?

- BOUILL. Y tanto!
- ADELA. Lo siento!
- BOUILL. Yo no! nada de eso! (*Aparte.*) (Pérdida!..) Nada!... nada!... Precisamente estaba deseando una ocasión de romper con ella
- ADELA. Ah! pues si yo lo hubiera sabido!... (*Se llega á la chimenea, y luego se va por la derecha.*)

ESCENA VII.

Dichos. EL VIZCONDE, que sale por la segunda puerta de la izquierda.

- BOUILL. Ah! Vizconde!... Ven acá... (*Con risa forzada.*) Ja, ja!... Has perdido la apuesta!
- VIZCOND. Cómo?
- BOUILL. La apuesta aquella sobre los amores del conde de Sajonia.
- VIZCOND. El conde de Sajonia! Acabo de encontrármelo de manos a boca... que salía de aquí.
- BOUILL. De aquí?... Otra prueba!
- VIZCOND. Está en el número tres de la galería principal.
- BOUILL. Me alegro!—Ya te acuerdas que se trataba de averiguar quién es la dama que obsequia?
- VIZCOND. Eso, eso!
- BOUILL. Pues no me ha costado mucho trabajo. Con la ayuda de aquella que ves allí, lo he salido todo, y te he ganado los doscientos luses. Conque paga..... paga ..
- VIZCOND. Pagaré si me dais pruebas ..
- BOUILL. Pruebas! A ver si te parece suficiente este billetito dirigido al conde. Toma, lée. Es corto, pero claro.
- VIZCOND. (*Leyendo*) «Para tratar del asunto que sabéis, se desea tener una entrevista á solas con vos, esta noche á las diez, en mi casita de recreo, situada á la salida de los bulevares.—Amor y secreto....—»
»Constanza.»
- BOUILL. (*Furioso.*) Letra y firma de la infame Duclòs!
- VIZCOND. Constanza!
- BOUILL. Sí, hombre; así acostumbra firmar en estos casos. He sorprendido el billete en poder de Artemisa, su criada, que se lo llevaba al conde.
- VIZCOND. Y os lo ha dado!...

- BOUILL. Por cincuenta lises que le he puesto en la mano.
VIZCOND. Caro anda el papel en esta plaza!
BOUILL. (*A un criado que sale.*) Llevad esta carta á un sugeto que ocupa el número tres de galería principal, sin decir de parte de quién. (*Vase el criado por la primera puerta izquierda.*)— Ahora bien, vizconde: cuento contigo.
VIZCOND. Para qué?
BOUILL. Para que vengas á ser testigo de mi venganza. Voy á hacer añicos... á triturar todos los muebles y adornos de su casa
VIZCOND. Eso es de mal gusto! Venganza indigna de la química!
BOUILL. Al contrario: la química es ciencia que descompone...
VIZCOND. Para volver á componer... que será al fin en lo que venga á parar... y os costará ponerle de nuevo la casa.
BOUILL. Pues yo necesito un desahogo.
VIZCOND. Decidme: no es vuestra esa casa en que los dos amantes tienen la cita?
BOUILL. Comprada y alhajada por mí!
VIZCOND. Pues yo daría en ella, esta noche, como en mi propia casa, una espléndida cena á todos los actores y actrices del teatro francés
BOUILL. Eso me costará tanto, como...
VIZCOND. Soy yo quien paga: no he perdido doscientos lises?
BOUILL. Es verdad!
VIZCOND. Los dos amantes se encuentran de repente con una multitud de personas, se descubre el pastel, y... cuadro mitológico!...
BOUILL. Sí, sí: Vénus y Marte...
VIZCOND. Eso es! sorprendidos por Vulcano!...
BOUILL. Cómo!
VIZCOND. No quiero decir...—Ea! Id á hacer los convites.
BOUILL. Hazlos tú también. Y cuidado! que no se entere la Duclòs!... No vayamos á dar un golpe en vago!... (*Oyese en el teatro un gran ruido de bravos y aplausos.*) Oyes, oyes cómo aplauden!... A quién será?... A (*Saliendo por la derecha.*) A quién ha de ser!... A Adriana!... Es un furor!... La Duclòs está derrotada! (*Aplaudiendo.*) Me alegro!
BOUILL. Calla!...
RIGOLET. Calla!...
BOUILL. (*Se va con el vizconde por la derecha, aplaudiendo con ira.*) Bravo!... Adriana!... Bravo!...

ESCENA VIII.

RIGOLET.

Tambien á este le ha conquistado!... Lo que puede el talento!... (*Poniendo el oido.*) Ahora viene el monólogo.— Qué silencio! Cómo los tiene sin respirar! — Bien, bien!... — Mas despacio... mas despacio por Dios!... — Eso es! eso es! — Ah! qué acento! .. qué espresion!... Cómo ha dicho eso!... Aplaudid, barbaros! .. (*Oyese un aplauso.*) Público inteligente! — Ya le habra visto!... Con su presencia se habrá escitado!... Ahora le estará mirando!... estará bebiendo en sus ojos la inspiracion ... Y yo, pobre de mí, que la amo con locura!... Esto me desespera! .. me asesina!... (*Oyendo.*) Oh! qué bien ha dicho eso!... Delicioso!... divino!... (*Aplausos.*) Me desespero... lloro ... y río á un tiempo!... me vuelvo loco de pena... y de alegría!... Oh! Adriana! .. al escucharte me olvido de todo!... hasta de mis celos!... (*Mirando al rededor.*) Hasta de los accesorios! .. Dónde andará la carta que ha de sacar Fatima? .. Aquí la tenía yo ahora mismo!... La habré perdido! .. (*Buscándola por la mesa de la izquierda.*)

ESCENA IX.

RIGOLET. MAURICIO.

(*Mauricio sale por la primera puerta izquierda*)

MAURIC. Maldito sea el ducado de Curlandia! ..

RIGOLET. A ver si en este cajon...

MAURIC. Faltar á la cita de Adriana!... Oh! imposible! — Y por otra parte, este billete que la Duclós acaba de enviarme en nombre de la princesa!... Cómo doy chasco á esta señora?.. Cómo la dejo toda la noche esperándome en esa casa, donde va solo por verme... por servirme en un negocio de tanta importancia co-

no es recobrar mis estados! — Si pudiera ver á Adriana... yo le contaría... no todo... pero si lo esencial.
(Dirigiéndose á la derecha.)

RIGOLET. (Sin separarse de la mesa.) ¿Dónde vais, caballero?

MAURIC. Quisiera hablar á la señora Adriana...

RIGOLET. Imposible: está en escena.

MAURIC. Pero cuando se retire...

RIGOLET. No se retira hasta el final.

MAURIC. Qué contratiempo! — Y decidme, amigo...

RIGOLET. Perdonad! Estoy ocupado... buscando una carta... que tiene que entregarle Fatima en la escena... Ah! aquí está. (La pone en la mesa.) Hola! ... murmullos!... (Acércase á la derecha.) A la Duclós!... Sí, sí! grita... grita!... Como si el desgañitarse y el llo-riñar fuera sentir!

MAURIC. (Aparte.) Este pergamino se lo han de entregar á ella en escena... (Desdoblándolo.) Y aquí no hay nada escrito... Ah! qué feliz ocurrencia! (Escribe en él con lápiz, vuelve á arrollarlo y lo deja.)

RIGOLET. Ahora entra Adriana!... Qué diferencia!... Qué entonación tan natural!... tan sencilla!... y al mismo tiempo tan!... tan!... — Ah! si yo fuera socio!... haría tal vez los galanes jóvenes... y ahora me diría ella á mi:

« Oyeme Bayaceto: yo te adoro! »

ADELA. (Saliendo apresurada por la derecha.) Por Dios, Rigolet!... y mi carta? mi carta para Rojana?... ¿dónde está?

RIGOLET. Allí, allí!... En esa mesa!

MAURIC. (Presentándole el pergamino.) Señorita!

ADELA. (Con una cortesía.) Gracias, caballero! (Mirándole al irse.) Muy guapo es! (Se va por la derecha.)

MAURIC. Recibirá mi carta de manos de Fatima, y sabrá que no puedo venir á buscarla esta noche. Pero mañana... Oh! mañana ya estaré libre. — No vale mi Gran-Ducado de Curlandia las incomodidades que me cuesta! — Vamos á la cita de la princesa. (Se va por la izquierda.)

RIGOLET. Ya gale Fatima!... A que no saca la carta? — Sí: la saca; se la da á Rojana... Dios mio!... qué efecto le hace!... se ha estremeado de piés á cabeza! se ha quedado pálido como la muerte... vacila!... no puede tenerse en pié!... Admirable!... (Estrepitosos aplausos.) Así, así!... aplaudid!... Bravo!... bravo!... sublime!... divino!...

ESCENA X.

RIGOLET. ADELA. JULIA. POISSON. QUINAULT. EL PRÍNCIPE.
EL VIZCONDE. *Luego* ADRIANA.

(*Salen por las puertas de la derecha.*)

- JULIA. Yo no sé qué tienen esta noche para aplaudir tanto!
ADELA. Caprichos del público!
VIZCOND. (*Saliendo.*) Soberbio!...
JULIA. Es un absurdo!
POISSON. Eso da risa!
QUINAULT. Eso da rabia!
BOUILL. Nunca la he visto tan admirable! Ha puesto al público en un estado de ebullición!...
ADRIAN. (*Saliendo agitada. Aparte.*) Después de tres meses de ausencia!... — Ab! tengamos serenidad!
BOUILL. Conque sois de la partida?
VIZCOND. Ya iba yo á convidarla.
ADRIAN. A mí?
VIZCOND. Sí: una cena para esta noche, á que asiste toda la compañía.
ADRIAN. Imposible: no estoy de humor.
VIZCOND. Razon mas para que trateis de distraeros. Será una reunión variada y agradable: tendremos allí al jóven conde de Sajonia, que será el héroe de la fiesta.
ADRIAN. El conde de Sajonia!
VIZCOND. Seguro!
ADRIAN. Y yo que tanto deseo conocerlo... para recomendarle á un oficial...
VIZCOND. Os pondremos á su lado en la mesa... y á los postres le hace coronel.
ADRIAN. Pero la tragedia se acabará tarde... estaré cansada...
BOUILL. Allá os esperamos. Ya sabéis donde... en la casa de recreo de la Duclós...
ADRIAN. La del jardín?... fuera de los bulevares?...
BOUILL. Justo!
ADRIAN. Está frente á la mia.
BOUILL. Pues tomad la llave de la puertecita del jardín, y en dos pasos... con solo atravesar la calle, entráis por allí... (*Le da una llave.*)

- ADRIAN. Siendo así...
- VIZCOND. Aceptala.
- ADRIAN. No sé!...
- BOUILL. Rigolet será también de los nuestros.
- RIGOLET. Oh! señor!... Tengo que disponer función para mañana...
- ADRIAN. (*Aparte.*) Me vengaré de aquel ingrato... haciéndole un beneficio!
- RIGOLET. (*Mirando á Adriana.*) Pasaré toda la noche á su lado!...
- AVISAD. (*Asomando por la derecha.*) Señores: se va á empezar el acto!
- ADRIAN. Hasta luego. (*Se va por la derecha.*)
- RIGOLET. Vamos, señores, vamos!...
- JULIA. Vizconde, palabra. Podré llevar un amigo que me acompañe?...
- VIZCOND. Aunque sean dos!
- ADELA. Y dónde tomamos los coches?
- VIZCOND. Todo estará dispuesto. Pero silencio!... Se trata de una sorpresa!...
- TODOS. (*Rodeando al vizconde.*) Qué sorpresa?... qué sorpresa?...
- VIZCOND. Chit!... no se puede decir ahora!... Ya vereis!
- RIGOLET. Que se empieza el acto!... Esta gente!... en hablando de cenar!... — Vamos, niñas!... al bastidor!... — Caballeros, á la sala!... (*Colocándose entre ellos y ellas, y deepidiéndolos en tono trágico.*)
- « Andad! las puertas del salón se cierran!... y todo vuelva á su primer estado! »

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una sala elegante en la casa de recreo de la Duclós. Decoracion de cinco lienzos. Puerta en el fondo. Puerta en la diagonal derecha. Balcon con vidrieras en la diagonal izquierda. A la derecha, en primer término, una puerta secreta. Mas allá una mesa, y en ella un candelabro con dos bujías encendidas. A la izquierda, en primer término, otra puerta.

ESCENA PRIMERA.

LA PRINCESA *sentada.*

Luis XIV dijo una vez : « He estado espuesto á esperar. »—Y la princesa de Bouillon, nieta de reyes... hace una hora que está esperando!—La Duclós me envió á decir que le habian entregado el billete en el palco número tres de galeria principal, donde estaba solo... Solo!... será verdad?... No será una mujer quien le detenga?... Una infidelidad... puede perdonarse; pero un desaire... nunca! (*Levantándose.*) Son las once.—Ah! Conde, conde!... El año pasado érais vos el primero que llegaba! Ah! si una mujer es la

causa... pobre de ella!—Sabiendo ese hombre que tengo en mis manos su porvenir... su fama... su gloria... la conquista de una corona... no parecer!...—Vámonos! (Se dirige al fondo: aparece Mauricio.)

ESCENA II.

LA PRINCESA. MAURICIO.

PRINCES. (*Alargándole la mano.*) Ah!... Qué á tiempo llegais!

MAURIC. Os pido mil perdones, princesa!

PRINCES. (*Con amabilidad.*) Estais perdonado!—Otra quizá sentiria este desaire: yo... solo siento la hora que he pasado sin veros. A las doce necesito precisamente estar de vuelta en casa.

MAURIC. Habels de saber que al salir del teatro me pareció que me seguian. Tomé por un sin fin de calles que me alejaban de este barrio, con la intencion de que me perdiesen de vista; pero al llegar á este bulevar desierto, observé que dos hombres embozados me seguian á cierta distancia.—Quién vá!—les grité; y sin contestarme echaron á correr. De buena gana hubiera ido tras ellos, á no ser por el temor de hacerlos esperar mas tiempo.

PRINCES. Me figuro lo que seria.—Pero vamos á lo principal: he estado en Versalles; como os lo ofrecí: he hablado á la reina; he hablado al cardenal de vuestra pretension.

MAURIC. Oh! generosa amiga!—Y qué?

PRINCES. La reina lo tomó con empeño; y el cardenal no queriendo disgustarla ni disgustar á la Alemania y á la Rusia, ha adoptado un medio término.

MAURIC. Cuál es?

PRINCES. Permittedos que levanteis los dos regimientos.. á vuestra costa.

MAURIC. Me basta.

PRINCES. Cómo! Pues, teneis dinero?

MAURIC. No.

PRINCES. Y entonces, cómo habeis de pagarles?

MAURIC. Despues de la victoria. Ya me conocen los soldados franceses, y se batirán por mí... á crédito.

PRINCES. Bien: vamos á lo segundo.—Es cierto que teneis

deudas? Que debeis setenta mil libras á cierto conde sueco, que tiene una letra de cambio vuestra, y que puede hacerlos prender?

MAURIC. Por qué me lo preguntais?

PRINCES. Porque estais amenazado. El embajador de Rusia ha encargado á la policia que no os pierda de vista

MAURIC. Y esos eran los que me seguian!... Ah! si lo sé, voy á ellos y les corto las orejas.

PRINCES. Pobre gente, que vive de sus orejas!—Pero hay mas: el embajador anda buscando á toda costa á ese conde sueco que debe de vivir en Paris.

MAURIC. Para qué?

PRINCES. Para comprarle la letra de cambio y hacerlos prender: con lo cual desbarata vuestra expedicion á Curlandia.

MAURIC. Es cierto! Y qué haré?

PRINCES. Todo está previsto. He hablado al intendente de policia y me ha ofrecido que si dá con ese conde, me avisará secretamente: yo os aviso á vos, y vais á buscarle...

MAURIC. Para batirme con él!

PRINCES. No! para componer el asunto. Lo mas corto seria pagarle.

MAURIC. Y cómo? Yo no tengo setenta mil libras disponibles.

PRINCES. Ah! Tampoco yo!

MAURIC. Ni las aceptaria!—Aqui no hay mas que un medio.

PRINCES. Cuál?

MAURIC. Dejar al ruso, al sueco y á la policia que se entiendan allá como puedan, y marcharme mañana.

PRINCES. Marcharos!

MAURIC. Reuno mi gente en la frontera, y mientras aqui andan en protocolos, invado la Curlandia, y huyen los tártaros de Menzicoff ante mis escuadrones franceses.

PRINCES. Estais loco! Ese es un plan descabellado! Y al otro día de llegar... marcharse de Paris!... No merezco que me paguéis con unos cuantos dias de estar á mi lado lo que he hecho por vos y el amor que os he consagrado!

MAURIC. Princesa... entendámonos de una vez. Nunca he sido ingrato; y ahora lo seria, si debiéndonos tanto como os debo, no fuera franco con vos. Yo no sé engañar... Esta mañana quise ya deciroslo todo... quise confesaros..

PRINCES. Que amais á otra!...

MAURIC. Que quizá vale menos que vos.

PRINCES. (*Queriendo contenerse.*) Y... quiénes?... (*Estallando.*)
Quién es?... Responded!... porque no sabeis aun de lo que soy capaz!

MAURIC. Por eso justamente no os la quiero nombrar. Pero, princesa, en vez de furias y de amenazas, por qué no hablarnos como buenos amigos? Por qué no decirnos lealmente la verdad? No he visto nunca una mujer mas amable que vos, mas seductora, mas irresistible! La cadena en que me teniais preso era de flores.. y tan blanda, tan ligera, que no me consideraba como un cautivo; yo sabia que podia romperla... y no lo hacia. Vuestras coqueterias han estado para hacerlo varias veces.

PRINCES. Mauricio!...

MAURIC. Esta es la verdad! Bajo tales condiciones nos ha unido, durante mucho tiempo, un vínculo de amor voluntario, y tanto mas duradero, cuanto que cada uno de nosotros se reservaba el derecho de romperlo. La queja, pues, no es justa: donde no hay juramento, no hay perjurio. (*Con fuego.*) Lo habria si yo faltase á la amistad y al agradecimiento que os debo, y que os conservaré toda mi vida. Bajo ese concepto... lo juro por mi honor!... me creo ligado á vos. Por lo demas, me conceptúo libre.

PRINCES. Pero no para engañarme, pérfido!

MAURIC. Por Dios, princesa! Es inútil...

PRINCES. Inútil!... Lo veremos! Aunque sepa perderos á vos y perderla á ella, y perderme yo!... Aunque lo sacrifique todo por saber quién es!...

MAURIC. Callad!... Oigo ruido en el patio!...

PRINCES. Ruido de coche!

MAURIC. Esperais á alguien?

PRINCES. Yo no! La Duclós no puede ser, sabiendo que estamos aquí los dos!

MAURIC. Mirad por el balcon, vos que conocéis la casa...

PRINCES. (*Mirando.*) Oh! cielos!... Es mi marido!

MAURIC. Qué decis!

PRINCES. El principe... no hay duda!... Le he visto bajar del coche!

MAURIC. Qué significa esto?

PRINCES. Lo ignoro!... Pero viene con otros, que no he podido distinguir.

MAURIC. Ya los oigo!... Suben por esa escalera!...

PRINCES. Perdida soy!

MAURIC. No temais, mientras esté yo á vuestro lado!

- PRINCES. Eh! No se trata ahora de defenderme!... sino de estorbar que me hallen en esta casa!... de salvar mi opinion!...
- MAURIC. Es cierto!
- PRINCES. Ya llegan!... (Indicando la puerta izquierda.) Por aqui me escondo!
- MAURIC. Donde dá esa puerta?
- PRINCES. A lo interior... y mirad que no hay salida. (Entrase por la izquierda.)

ESCENA III.

MAURICIO. EL VIZCONDE. EL PRÍNCIPE por el foro.

- BOUILL. (Viendo cerrarse la puerta izquierda.) Ah, ah! Os hemos pillado!
- MAURIC. Vos aquí, señores!
- BOUILL. (Riendo.) He visto la dama... la he visto!
- MAURIC. Cómo! Lo decís por broma, sin duda?
- BOUILL. No es mala broma! Por allí ha desaparecido la fantasma! — Pero no hay miedo: por esa parte no tiene salida.
- MAURIC. Qué significa esto?
- VIZCOND. Que estamos en autos, señor conde!
- BOUILL. (Con tono festivo.) Y que el descubrimiento se ha de solemnizar de un modo ruidoso! No es verdad, vizconde?
- MAURIC. Yo creía, príncipe, que érais vos el más interesado en evitar el ruido en esta ocasión. Pero una vez que conocéis á la dama... una vez que lo sabéis todo...
- BOUILL. Sí señor, todo! Y tenemos pruebas!
- MAURIC. (Poniéndose el sombrero.) Estoy á vuestras órdenes. El vizconde tendrá la bondad de servirnos de testigo. Creo que hay aquí un jardín: podemos bajar.
- BOUILL. (Riendo.) Con este frío!
- MAURIC. Qué importa para batirse! Cuanto antes despachemos...
- VIZCOND. Estais en un error! Si no se trata de despachar pronto: al contrario: queremos que dure toda la noche. — Os enteraré. — El príncipe os abandona vuestra conquista.
- MAURIC. Cómo es eso!

VIZCOND. Con la condicion de que el tratado de paz se firme aquí, en una espléndida cena, al resplandor de las luces....

BOUILL. Al ruido de las copas !...

MAURIC. Señores, os estais burlando de mí ?

VIZCOND. Una burla ingeniosa....

BOUILL. Para probarle á la Duchés....

MAURIC. A la Duclós !...

BOUILL. (*Señalando á la puerta izquierda.*) Pues, á la que está allí... que ya me fastidia su amor....

VIZCOND. Y que un duelo por ella...

BOUILL. Y por su virtud...

VIZCOND. Seria una ridiculez imperdonable !... Já, já, já !...

BOUILL. Já, já, já !... No os parece chistoso ?— Pero en vez de reiros, os habeis quedado tan suspenso !...

MAURIC. Sí, al pronto.... Pero ya voy comprendiendo .. y, en efecto, me parece chistoso el lance!

BOUILL. Já, já !... Quitarme á la Duclós... con mi consentimiento !... Es un favor de amigo !

VIZCOND. Debeis daros las manos !

MAURIC. No tengo inconveniente. (*Alargando la suya.*)

BOUILL. Ahí está la mía ! (*Se las dan.*)

VIZCOND. Faltan los testigos: voy por ellos. (*Se va por el fondo.*)

MAURIC. Qué testigos ?

BOUILL. (*Riendo.*) Ya vereis !.. Una brillante sociedad !— Y como al héroe que sois de la fiesta, os preparamos una agradable sorpresa. Cierta jóven encantadora, que desea con ansia conoceros, y que el vizconde os presentará ahora, antes de pasar al comedor.

MAURIC. Oh ! Decid que yo iré allá !... (*Aparte.*) Si pudiera entretanto sacar á la princesa, sin que nadie la viera !.. (*Se pone á mirar por el balcon.*)

ESCENA IV.

Dichos. EL VIZCONDE dando la mano á ADRIANA.

BOUILL. Llegad: el señor conde de Sajonia os está esperando con impaciencia.

VIZCOND. Calla ! parece que estais temblando !

ADRIAN. Es verdad ! La presencia de todo hombre ilustre me conmueve siempre !

- BOUILL. (*Acercándose á Mauricio.*) La señorita Adriana Lécouvreur!
- MAURIC. (*Volviéndose.*) Cielos!
- ADRIAN. (*Alzando los ojos, mirándole y dando un grito.*) Ah!
(*El príncipe va á cerrar la vidriera. El vizconde á dejar el sombrero y los guantes en la mesa.*)
- MAURIC. (*Aparte.*) Ella aquí!
- ADRIAN. (*Aparte mirándole.*) El conde de Sajonia!... El héroe de nuestro siglo!.. No es posible! (*Acercándose á él.*)
- MAURIC. (*En voz baja, apretándole la mano.*) Chit!.. Calla!..
- ADRIAN. (*Con un grito de gozo, y llevando la mano al corazón.*) El es!
- BOUILL. (*Llegando.*) Qué es eso! Estais turbada!...
- ADRIAN. Sorprendida!.. porque yo creia no haber visto nunca al señor conde... y ahora caigo en que le conocia... pero mucho!.. (*Mirándole con expresion.*) Mucho!
- VIZCOND. De vista, eh?
- ADRIAN. No; le he hablado tambien.
- BOUILL. Dónde?
- MAURIC. En un baile del teatro.
- BOUILL. Ya! disfrazado!...
- ADRIAN. Sí; el señor conde gusta mucho de disfraces. No lo creia yo!
- MAURIC. Cuando hay razones poderosas.... Y si vos las supiérais.
- VIZCOND. Adriana queria pedirnos no sé qué favor...
- MAURIC. A mi?
- BOUILL. Solo por eso ha consentido en venir aquí. Quiere recomendaros á un jóven oficial...
- VIZCOND. Para que lo hagais capitán.
- MAURIC. (*Comorido.*) De veras? A eso veniais?...
- ADRIAN. Sí; pero ya desisto.
- MAURIC. Por qué?
- ADRIAN. Porque yo le juzgaba sin mas apoyo que el mio... y despues he sabido que no necesita de mí para hacer carrera.
- MAURIC. Ah! sea quien fuere, vuestra proteccion debe envañecerle!..
- ADRIAN. Bien, veremos! Tomaré informes!.. y si realmente la merece...
- BOUILL. En la mesa podreis hablar de eso... Os pondremos juntos. Tú, vizconde, maestro de ceremonias, di que preparen la cena.
- VIZCOND. Voy, voy! (*Se va por el foro.*)

- BOUILL. Yo voy á dar mis disposiciones para que cierta dama incógnita no se nos escape... antes de cenar.
- ADRIAN. No seré yo, ciertamente!
- BOUILL. (*Riendo.*) Para mayor seguridad, voy á cerrar yo mismo todas las puertas, y nadie podrá salir de esta casa hasta el amanecer. (*Váse.*)
- MAURIC. (*Aparte.*) Cielos! qué haré!

ESCENA V.

ADRIANA. MAURICIO.

- ADRIAN. (*Después de verle ir, se lleva la mano á la frente.*) Ah! lo dudo todavía! Sois vos el conde de Sajonia!... Hablad! hablad!... Sepa yo que quien me ama es el conde... y eres tú!
- MAURIC. Adriana!
- ADRIAN. (*Con exaltacion.*) Mauricio!.. Mi dueño!.. mi héroe!.. Oh! cómo te adiviné!
- MAURIC. Chit! Calla!... (*Aparte.*) Si nos oye!... (*A media voz.*) Ahora mas que nunca conviene el misterio!
- ADRIAN. No temas! Mi amor es tan grande, que no ha menester el auxilio de la vanidad! — Dime: es cierto que te preparas, segun dice la fama, á una gran empresa?... á una conquista, que te ha de dar una corona?... Ah! Mauricio, quizá para alcanzar esa gloria te perjudique el amor de esta pobre mujer!..
- MAURIC. Oh! nunca! nunca!...
- ADRIAN. Rómpele, en ese caso! — Yo me resignaré!... Yo encerraré aquí mi orgullo con mi amor! Mientras el mundo cuenta tus hazañas, tú me contarás tus penas, los enemigos, los envidiosos que te suscitan tu gloria: esos seres inmundos que nacen siempre alrededor de todo génio que descuella. Todo me lo confiarás y yo te consolaré, yo te diré: ánimo, Mauricio! Sigue con paso firme por esa senda de inmortalidad! Llena con tu gloria el universo... y mi corazón con tu amor!
- MAURIC. (*Estrechándola contra su pecho.*) Oh! ángel mio!... Conque venias dispuesta á ganar esta noche la voluntad del conde de Sajonia?

ADRIAN. Mira cual es tu fortuna! El único rival que tenias en el mundo... eras tú mismo.

MAURIC. Pues tú no le tienes!

ADRIAN. Cuento con eso! Creo en la palabra de los héroes.

MAURIC. Silencio!.. que vienen!

ESCENA VI.

Dichos. EL VIZCONDE. RIGOLET.

(*El vizconde trae un canastillo de flores que coloca en la mesa, y se pone á hacer ramos.*)

VIZCOND. Lo siento, amigo Rigolet; pero esa es la consigna: el que entra aqui, no sale hasta el amanecer.

RIGOLET. Pero intercediendo vos...

VIZCOND. Yo no salgo de mis ramos. El príncipe, que es el alcaide de esta fortaleza, ha cerrado las puertas, y se ha guardado las llaves.

RIGOLET. Pero es que se trata de un negocio urgente. Hay que mudar la funcion de mañana, y quisiera ir á casa de la Duclós antes que se acostase...

VIZCOND. Calla!...

RIGOLET. Pues!... á decirle si quiere hacer mañana la Cleopatra.

VIZCOND. No es mas que eso?

MAURIC. (*Aparte.*) Cielos!

VIZCOND. Pues no teneis que molestaros. La Duclós cena con nosotros.

RIGOLET. De veras? Oh! entonces me quedo.

VIZCOND. Pues hombre! Si es la heroína de la fiesta! Preguntádselo al señor conde de Sajonia.

RIGOLET. Cómo!.. Es posible!.. (*Con respeto.*) Este caballero... es el señor conde de Sajonia?

ADRIAN. (*Presentando á Rigolet.*) El señor Rigolet, inspector del teatro francés, y mi mejor amigo. (*Rigolet pasa entre Adriana y Mauricio.*)

RIGOLET. Creo, si no me engaño, que he visto al señor esta noche en el salon del teatro... Y me parece que preguntó por tí...

- ADRIAN. Vamos, vamos, pensad en esa Cleopatra... A ver si la Duclós...
- RIGOLET. Y dónde la veré?
- VIZCOND. (*Haciendo ramos*) Estamos en su casa. Aquí habia citado ella para esta noche al señor conde.... (*Se coloca entre Adriana y Rigolet.*)
- ADRIAN. Qué decis!
- MAURIC. Señor vizconde!...
- VIZCOND. Cita misteriosa!... No debia decirlo hasta la hora de la cena, pero aquí en confianza se puede contar el lance.
- MAURIC. Os lo prohibo!
- VIZCOND. Bien: contadlo vos, que lo sabeis mejor que nadie.
- MAURIC. Vizconde!
- VIZCOND. Quién mejor que el héroe de la aventura!... (*Presentando un ramo á Adriana.*) Tengo el gusto de ofrecer este ramo á Melpómene!— Ay! Dios mio!... Qué semblante!... qué espresion tan trájica! Mirad, señor conde! (*Se vuelve á la mesa.*)
- RIGOLET. Adriana!... qué tienes?
- ADRIAN. (*Disimulando.*) Yo? nada! nada .. Siento haber interrumpido la aventura que iba á contar el señor conde.
- MAURIC. Qué disparate!... Todo es pura invencion! (*Pasa junto á Adriana.*)
- VIZCOND. Poco á poco!... El lance podrá no ser nuevo, pero es cierto.
- MAURIC. Pues yo os digo...
- VIZCOND. Y vos mismo nos lo confesásteis poco há al principe y á mí Como que la vimos con nuestros ojos!
- ADRIAN. La visteis?
- VIZCOND. Sí, á la Duclós, que al entrar nosotros, se escapó á esas habitaciones, donde está todavía. (*Volviéndose junto á la mesa.*)
- RIGOLET. (*Aparte.*) Por allí!...
- VIZCOND. (*Sentándose.*) Podedis cercioraros si quereis.
- ADRIAN. Sí! (*Se dirige á la puerta. Mauricio que se ha puesto delante de ella, la toma de la mano y la trae al proscenio.*)
- MAURIC. Una palabra!
- RIGOLET. (*Aparte.*) Aprovecho la ocasion! (*Éntrase quedito por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VII.

EL VIZCONDE. ADRIANA. MAURICIO.

MAURIC. (*Con rapidez y en voz baja.*) Una intriga política de que no deben enterarse ni el vizconde ni el príncipe es lo que me ha traído aquí esta noche. (*Gesto de duda en Adriana.*) De ella depende mi porvenir!

ADRIAN. Y esa Duclós?

MAURIC. La Duclós no está aquí!... ni es ella la que yo amo... lo juro por mi honor!—Me crees?

ADRIAN. (*Alza los ojos, le mira, y despues de un instante dice.*) Sí!

MAURIC. (*Apretándole la mano con gozo.*) Bien, Adriana!—Y mas exijo de ti: es preciso que le impidas al vizconde entrar en ese gabinete y ver á la que está en él, mientras yo...—el honor me lo manda!—voy á disponer su fuga... aunque para ello tenga que sobornar... ó que ahogar al conserge y echar abajo la puerta!

ADRIAN. Anda!... yo quedo aquí!

MAURIC. (*Con amor.*) Gracias, Adriana!... gracias! (*Váse por el foro.*)

ESCENA VIII.

EL VIZCONDE. ADRIANA. Luego RIGOLET.

ADRIAN. «Lo juro por mi honor!» me ha dicho!... Por su honor!... Mauricio no puede faltar á ese juramento: debo creerle!... Oh! no sería quien es!

RIGOLET. (*Saliendo de puntillas.*) Adriana!... Adriana!... Si supieras qué aventura!...

ADRIAN. (*Distraída.*) Qué?

RIGOLET. No es la Duclós!

ADRIAN. (*Aparte con gozo.*) Ah! me ha dicho la verdad!

RIGOLET. (*En alta voz y soltando la risa.*) No es la Duclós!

VIZCOND. (*Levantándose y llegando.*) Cómo!... No es la Duclós?

- RIGOLET. (*Pasando entre el vizconde y Adriana.*) No señor!
- VIZCOND. Si el conde mismo nos ha confesado que es ella!...
Quién es, entonces?
- RIGOLET. Yo no sé!... pero la Duclós no es... eso lo juro!
- VIZCOND. ¿La habeis visto?
- RIGOLET. No señor.
- ADRIAN. (*Aparte.*) Bien!
- RIGOLET. Oscuridad completa!... Como cuando se apaga la lucerna y se bajan las candilejas!—Pues señor, entré en ese gabinete, y... chit! chit!... nadie me respondia.—Fui tentando la pared... y di con un tapiz que cubria una puerta: lo levanté y me meti en otra sala que hay mas allá: entonces percibi un ligero ruido hácia el fondo de la habitacion, y á los pocos pasos tropecé con una mano de mujer.—Yo, en la firme inteligencia—por habérmelo asegurado vos—de que aquella era la Duclós... fui derecho á mi asunto, y la pregunté si consentia en hacer mañana la *Cleopatra*. La mano que yo tenia agarrada se soltó de repente con violencia... y oí una voz desconocida que dijo con acento de enojo:—«Por quién me habeis tomado?»—Por la Duclós, respondí yo. A lo cual replicó:—«He venido á su casa por motivos que no puedo descubrir.»
- VIZCOND. Es posible!
- RIGOLET. «Si vos, quien quiera que seais,—continuó la dama misteriosa bajando la voz,—haceis de modo que salga yo de esta casa sin que me vean, contad con mi proteccion y dad por hecha vuestra suerte.»—Entonces le contesté que el príncipe habia cerrado todas las puertas: pero que si me ofrecia solamente hacerme nombrar sócio... buscaria el medio de...
- VIZCOND. { Y qué mas?
- ADRIAN. {
- RIGOLET. Nada; me volvi á salir á tientas... y aqui me teneis!...
Qué hacemos?
- VIZCOND. (*Dirigiéndose á la puerta.*) Ante todo saber quién es la dama.
- ADRIAN. (*Poniéndose delante de la puerta.*) Qué vais á hacer?
- VIZCOND. Es la que estaba aqui con el conde de Sajonia!
- ADRIAN. Razon mas para respetarla!
- VIZCOND. Es que... no sabeis vos el interés que tengo en conocerla...
- ADRIAN. (*Aparte.*) Bien me ha dicho Mauricio!
- VIZCOND. (*Aparte.*) Vá en ello la conquista de la princesa... y yo he de averiguar á toda costa... (*Vá á la puerta.*)

- ADRIAN. Señor vizconde!... no entrareis!
VIZCOND. (*Rogándola.*) Vamos!...
ADRIAN. Daré voces!... ¡llamaré al príncipe!...
VIZCOND. Al príncipe?... Es verdad!... Ah! qué fortuna para él... Voy a contarle que la Duquesa es inocente!... Cosa que le va a maravillar! (*Se va por el foro. Adriana le sigue hasta la puerta. Rigolel pasa á la izquierda.*)

ESCENA IX.

ADRIANA. RIGOLET.

- ADRIAN. Ya se fué!
RIGOLET. Qué vas á hacer?
ADRIAN. A salvar á esa dama, sea quien fuere!
RIGOLET. Quieres que te ayude?
ADRIAN. No. Él me ha encargado que nadie la vea... y nadie la verá... (*Apagando las bujías.*) ni yo misma!
RIGOLET. Calla!... Y cómo has de poder, así á oscuras...
ADRIAN. Dejáme. Id á cuidar que nadie venga á sorprendernos.
RIGOLET. Esto es absurdo! — Voy, voy! (*Vase por el foro y cierra la puerta.*)

ESCENA X.

(*Á oscuras.*)

ADRIANA. Luego LA PRINCESA.

(*Adriana se dirige á la puerta izquierda.*)

- ADRIAN. Vamos allá. — (*Llama.*) No responde. — Abrid, señora... abrid, en nombre de Mauricio de Sajonia. (*Se abre la puerta.*) Nada resiste á este talisman!
PRINCES. Qué quereis?
ADRIAN. Salvaros!... hacer que salgais de aquí.
PRINCES. Están cerradas todas las puertas!
ADRIAN. Yo tengo aquí una llave... que es la de la puerta del jardín que da á la calle.

- PRINCES. Oh! qué fortuna!... Venga, venga! (*La toma.*)
- ADRIAN. Es que hay que bajar hasta el jardín sin que os vean... y eso no sé yo cómo hacerlo... porque no conozco la casa.
- PRINCES. No tengais miedo! (*Aparte dirigiéndose á la derecha, mientras Adriana va á escuchar al foro.*) Por aquí ha de estar la puerta secreta!... (*Recorre la pared, da con el resorte y la puerta secreta se abre.*) Esta es! — (*Volviendo hácia Adriana.*) Y vos, á quien debo tan inmenso servicio, quién sois?
- ADRIAN. Nada os importa... venid!
- PRINCES. No distingo vuestras facciones...
- ADRIAN. Ni yo las vuestras.
- PRINCES. Pero esta voz no me es desconocida!... yo la he oido mas de una vez!... Sí, sí!... por qué sustraeros á mi gratitud? — Duquesa de Mirepoix... sois vos?
- ADRIAN. No. Daos prisa... huid del riesgo que os amenaza!
- PRINCES. Ah! vos sabeis cuál es?
- ADRIAN. Sea cual fuere, fíad en mi discrecion, y nada temais.
- PRINCES. Pero ese riesgo... cómo lo sabeis?... quién os lo ha revelado?
- ADRIAN. Uno que me lo confia todo.
- PRINCES. Cielos! — Y quién le ha dado á Mauricio el derecho de confiaroslo todo?
- ADRIAN. (*Tomando'e la mano.*) Y á vos, quién os ha dado el derecho de llamarle *Mauricio*?... Y por qué temblais?... vuestra mano tiembla!... vos le amais!
- PRINCES. Con toda mi alma!...
- ADRIAN. Y yo tambien!
- PRINCES. Ah! vos sois la que yo busco!
- ADRIAN. Y vos, quién sois?
- PRINCES. De seguro, mas que vos!
- ADRIAN. Probádmelo.
- PRINCES. Sí, porque os he de perder!
- ADRIAN. Y yo... os voy á salvar!
- PRINCES. Ah! esto es demasiado!... Quiero ver vuestro semblante!...
- ADRIAN. Y yo el vuestro! ..
- BOUILL. (*Dentro.*) Vamos, vamos á saber la verdad!
- PRINCES. (*Aparte.*) Cielos!... mi marido!... Y marcharme cuando tengo aquí á mi rival!... cuando voy á conocerla! ..
- ADRIAN. Quedaos, quedaos!... Aquí traen luces!
- PRINCES. Pues bien!.. sí!... me quedo! — Ah! no!... imposible!... (*Desaparece por la puerta secreta que vuelve á cerrarse, en tanto que Adriana vá á abrir la del*

foro, por la cual salen el príncipe y el vizconde con luces.

ADRIAN. Venid, venid!... (*Mirando en derredor*) Gran Dios!...
Qué es esto!...

ESCENA XI.

ADRIANA. EL PRÍNCIPE. EL VIZCONDE. Luego ADELA. JULIA.

BOUILL. Conque estás seguro de que no es la Duclós?

VIZCOND. Segurísimo!

BOUILL. Qué fortuna!

VIZCOND. Entremos á ver quién es, antes que corra la voz...
(*Entran en el gabinete: al mismo tiempo aparecen por el foro Adela y Julia, y entran detrás de ellos.*)

ADELA. } Entremos también!
JULIA. }

ADRIAN. «Por su honor,» —me ha dicho... «por su honor.» —
No puedo creer que me haya engañado!... no puedo
creerlo todavía!

ESCENA XII.

ADRIANA. RIGOLET.

RIGOLET. (*Saliendo de puntillas por la puerta del foro.*) Adriana!
... por fin la has hecho escapar?

ADRIAN. Sí.

RIGOLET. Entonces es ella la que he visto atravesar á escape el jardín con el conde de Sajonia.

ADRIAN. Los habeis visto?

RIGOLET. Toma! Como que al pasar por delante del cenador donde yo estaba, se le ha caído á ella este brazalete... (*Se le da.*)

ADRIAN. Dádmelo! —Y el conde?

RIGOLET. Se ha marchado con ella.

ADRIAN. Con ella!...

RIGOLET. Sí!—Conque ya puedes estar tranquila: él la pondrá en salvo.

ADRIAN. (*Cayendo en una silla.*) Ah! me ha engañado!

ESCENA XIII.

Dichos. EL PRÍNCIPE. EL VIZCONDE. ADELA. JULIA.

(*Saliendo por la izquierda.*)

BOUILL. No hay nadie!

VIZCOND. }

ADELA. } No hay nadie!

JULIA. }

BOUILL. Qué importa! No siendo la Duclós, estoy contento!
(*Dando la mano á las dos damas.*) Niñas!... á cenar!... á cenar!...

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La sala del acto primero, alumbrada y dispuesta para recibir sociedad.

ESCENA PRIMERA.

RIGOLET.

(Saliendo por la puerta izquierda y saludando.)

Retiraos por Dios, señor príncipe!... retiraos... yo no merezco tanto honor!...— Un príncipe de Bouillon... un descendiente de Godofredo de Bouillon... salvo error! El héroe de la Jerusalem!... aquel de quien dijo el Tasso:

«Canto l'armi pietose, e'l capitano
che'l gran sepolcro liberò di Cristo!...»

Salir á acompañarme hasta la puerta!... A mi, simple iuspector del teatro francés!... Qué sería si fuera

scio.—En fin, he desempeñado mi comision con buen éxito, y Adriana está servida. Voy corriendo á darle cuenta, que estará con una impacencia!... (*Aparece Adriana por el foro, precedida de un lacayo.*)

LACAYO. Si, señora: allí está.

RIGOLET. Ella es!

ESCENA II.

RIGOLET. ADRIANA.

ADRIAN. Pero qué haceis?... Cómo os habéis detenido tanto? Dos horas há que os envié!... Me he figurado que habria algun obstáculo... y vengo yo misma á allanarlo...

RIGOLET. Ninguno! Todo ha salido á medida de tu deseo. Me entraron en un laboratorio, donde me hallé al príncipe con una gran bata de florones y un gorro puntiagudo, que parecia un migromonte; entre retortas, hornillos, vasijas... soplando con un fuelle... Dicen que es gran quimico!...

ADRIAN. Adelante, por Dios!

RIGOLET. Príncipe mio—le dije,—vos habeis dicho repetidas veces á Adriana Lecouvreur que cuando quisiera deshacerse de los diamantes que le regaló la reina, le dariais por ellos sesenta mil libras?—Es cierto, contestó, y no me desdigo.—Pues Adriana me envia á que le hagais ese favor, rogándoos que nadie lo sepa.—Estuvo bien dicho?

ADRIAN. Sí: adelante.

RIGOLET. Al pronto se quedó parado. Me preguntó que con qué objeto querias ese dinero: á lo cual no pude contestar, en vista de que tú no me lo has dicho. Por fin, tomó la pluma, y escribió este bono contra la caja.

ADRIAN. Ah! Respiro! Me habeis hecho pasar dos horas de martirio!... Y aun tengo que dar otros pasos...

RIGOLET. Para buscar las otras diez mil libras que necesitas? No te apures: aquí las tienes.

ADRIAN. Cielos!

RIGOLET. Esa es la primera diligencia que hice: por eso me he entretenido.

ADRIAN. Pero de dónde los habeis sacado?

- RIGOLET. No te acuerdas?... La herencia de mi tío Ambrosio.
ADRIAN. Vuestra herencia!... Lo único que poseéis!... Oh! no, no debo aceptar ese sacrificio!
RIGOLET. Por qué no?
ADRIAN. Yo puedo esponer lo que es mio... pero no lo de mis amigos.
RIGOLET. Esponerlo!... Cómo es eso?... Explicamelo!
ADRIAN. No puedo!... No puedo deciros nada!
RIGOLET. Nada? Pues no me lo digas. Pero tómalo, tómalo!... Todo lo que yo tengo es tuyo!
ADRIAN. Bien: ya lo arreglaremos. Ahora lo que urge es llevar esta suma á casa del embajador de Rusia, y entregársela en pago de una letra de setenta mil libras, endosada por el conde de Kalkrent...
RIGOLET. El conde de qué?...
ADRIAN. De Kalkrent... un sueco...
RIGOLET. Maldito si entiendo!...
ADRIAN. No importa.—Silencio! El vizconde.

ESCENA IV.

Dichos. EL VIZCONDE, *por el foro.*

- VIZCOND. Qué veo! La señorita Adriana por aquí! Indica esto algun contratiempo? No tendremos el gusto de veros en la reunion de esta noche?
ADRIAN. Si tal! Se lo he ofrecido al principe y no faltaré.
VIZCOND. Ah! Respiro!—Sé yo de muchas damas que están locas con la idea de veros y oiros!—Por desgracia faltará uno de vuestros mas entusiastas admiradores.
RIGOLET. Quién?
VIZCOND. El pobre conde de Sajonia!
ADRIAN. (*Aparte*) Qué oigo!
VIZCOND. Le ha sucedido la aventura mas original!... Figúraos que proyectaba marchar esta semana á conquistar la Curlandia, y hacerse nada menos que gran duque, ó rey, ó qué sé yo! (*Riendo.*) Pues á que no adivináis quién le arrebató su corona?
RIGOLET. No!
VIZCOND. (*Riendo.*) Una letra de setenta mil libras!...
RIGOLET. Como, como habeis dicho?

VIZCOND. Letra que el embajador de Rusia ha comprado por bajo de cuerda, para hacer prender al conde, y estorbar por ese medio que vaya á alborotar aquellos estados.

RIGOLET. Es posible!...

VIZCOND. Segurísimo! La letra pertenecía, según dicen, á un conde de Kalkreut...

RIGOLET. Un sueco?

VIZCOND. Le conocéis?

RIGOLET. (Mirando á Adriana con ira.) Sí!... Mucho!...

VIZCOND. Pues parece que ha sido una querida del conde de Sajonia, una dama de alta clase...

ADRIAN. Una dama!...

VIZCOND. Sí: la que en un arrebato de celos, ha denunciado el hecho al embajador; de suerte que en este momento el héroe de Sajonia, sin corona ni ejército, gime bajo los cerrojos de la policía. No es chusca la aventura?... Já, já!... Voy á contárselo al príncipe, que se muere por estas cosas! (Váse por la izquierda.)

ESCENA IV.

ADRIANA. RIGOLET.

(Adriana se ha quedado silenciosa y con los ojos bajos.)

RIGOLET. Conque esas tenemos?... Conque tu amante es el conde de Sajonia?

ADRIAN. Sí.

RIGOLET. Y ese es el que quieres librar?

ADRIAN. Sí.

RIGOLET. A costa de todo tu caudal?

ADRIAN. A costa de toda mi vida!

RIGOLET. Pero no has oído que no te ama?... que ama á otra?

ADRIAN. Ya lo sé.

RIGOLET. Eso dices!... y no te avergüenzas!...

ADRIAN. Y no comprendéis vos que haya quien ame sin esperanza y á pesar suyo!...

RIGOLET. (Con firmeza.) Sí, sí!

ADRIAN. Sin poderlo evitar!... Queriendo ocultárselo á todo el mundo... á sí propia!...

RIGOLET. Sí! Sí!...

ADRIAN. Sintiendo dentro del alma una vergüenza... una vergüenza que es amor!

RIGOLET. Sí, sí! Lo comprendo!... Adriana!... Lo comprendo! Perdona, hija mia, perdona!... Te dije una tontería! Pero, vamos, qué te propones?

ADRIAN. Nada; salvarlo!

RIGOLET. Y esa dama de quien nos ha hablado el vizconde?... Que será la que dejó caer el brazaletes...

ADRIAN. Oh!... esa rival!.. Yo la buscaré... yo la descubriré!... No mas que para decirle: vos lo habeis hecho prender... y yo le he dado libertad!... Libertad para que os vea, para que os ame... para que me asesine!... Juzgad, señora, cuál de las dos sabe amar mejor!

RIGOLET. Y él?

ADRIAN. Él!... Me ha engañado!... Se acabó para mí!

RIGOLET. (Con gozo.) Bien hecho!... Pero entonces, dime, ¿qué te sacrificas por ese ingrato?

ADRIAN. No es sacrificio... es venganza! No habeis oído que va á conquistar una corona?... Quiero que esa corona sea para él un eterno remordimiento! Si! porque no podrá mirarla sin que una voz secreta le diga: se la debes á Adriana... Se la debes á la pobre cómica que tan villanamente engahastel... Corred!... Volad á libertarlo!... Os espero en casa. (Se va por el foro.)

ESCENA V.

RIGOLET.

Y ahora, sepamos cuál de los dos está mas loco? Ella siquiera dá su caudal por un amante; pero yo que doy el mio por un rival! En fin, ella lo quiere!—Y me preguntaba si comprendia yo lo que es querer, sin... Ya, ya! Vaya sí lo comprendo!...—Pues señor!... vamos á ver al ruso! (Se va por el foro.)

ESCENA VI.

LA PRINCESA. Luego EL VIZCONDE.

(La princesa sale por la derecha muy cavilosa.)

Que vaya... que vaya ahora á reirse de mí en brazos de mi rival! Ya estará conociendo en este instante de lo que soy capaz!—Lo que mas me inquieta es la pérdida del brazalete que me regaló mi marido! Cuándo se me caerá?... Sin duda al subir al coche de alquiler que tuve que tomar. Por fortuna el brazalete me lo trajo ayer, y nadie me lo ha visto todavía!—Ahora lo que me importa es descubrir á esa muger!... á esa muger á quien Mauricio «*se lo confía todo.*»—Estas fueron sus palabras!...—Cuando pienso que la tuve entre mis manos!... y que perdí la ocasión!...—Pero ya volverá!...—Hola! Vizconde! ..

VIZCOND. (Saliendo por la izquierda.) Oh! Princesa! Vestida ya!... hecha una diosa!

PRINCES. Como tengo que recibir, lo he tomado con tiempo... y estaba aquí pensando...

VIZCOND. No sería en mí!

PRINCES. Tal vez!

VIZCOND. He tenido tan poca fortuna en el encargo que me hicisteis!... Soy un desventurado! Y eso que ya creí haber dado con la dama! Todos los indicios estaban por que era la Duclós! ..

PRINCES. La Duclós!

VIZCOND. El príncipe mismo lo creyó!...

PRINCES. Razon mas para que no fuera cierto. — Pues, amigo, yo he tenido mas suerte: yo he visto á esa beldad misteriosa. Me la he encontrado... noches pasadas... en el campo... en un bosquecillo muy oscuro, muy oscuro!

VIZCOND. De veras?

PRINCES. Tanto, que no pude distinguir sus facciones; pero la oí pronunciar estas palabras! «No temáis: me ha revelado vuestro secreto uno que me lo confía todo.» —Y lo particular es que aquella voz me es conocida. Cuanto mas reflexiono, mas me afirmo en que la he oído muchas veces!

VIZCOND. Si?

PRINCES. Oh! sin que me quede duda! —Donde?... eso es lo que no recuerdo. —He estado pensando en un sin fin de mugeres!... En la duquesa de Mirepoix... en la de Sancerre... en la de Vaudemont... Nada! no es ninguna de esas.—Y sin embargo... aquella voz... aquella voz es de persona que yo trato mucho... que veo a menudo

VIZCOND. Esperad! —Será quizá la duquesa de Aumont?

PRINCES. La duquesa!... Creéis..

VIZCOND. Es una inspiracion que tengo!

PRINCES. En efecto!... Aquel interés con que hablaba ayer del conde de Sajonia!... tantos pormenores como contó de su vida privada... diciendo siempre que los sabia por su primo Florestan!...

VIZCOND. No creo en los primos!...

PRINCES. Ni yo!

ESCENA VII.

Dichos. UN LACAYO. Luego LA DUQUESA.

LACAYO. *(Anunciando.)* La señora duquesa de Aumont.

PRINCES. Algun ángel nos la trae! *(Yendo á su encuentro.)* Oh querida mía! Cuánto os agradezco que vengáis tan temprano! El vizconde y yo estábamos ahora mismo murmurando de vos.

DUQUES. *(Sonriendo.)* De veras?

VIZCOND. *(Aparte á la princesa.)* Es esa la voz?

PRINCES. *Id!* Como queréis que juzgue por una palabra? Hacedla hablar... yo pondré cuidado.

VIZCOND. Seguiré con el mismo anhelo por oír esta noche recitar á Adriana?

DUQUES. Oh! sí.

VIZCOND. Tiene un talento!... un talento!... Eh?

DUQUES. Grande!

VIZCOND. Al paso que la Duclós... es una actriz...

DUQUES. Nula.

PRINCES. (*Aparte.*) (No hay medio de sacarla una frase!) Yo empiezo ya á ser de vuestra opinion, duquesa. Para comprender todo el mérito de Adriana... esa verdad que tiene en cuanto dice, es necesario ponerse una á hablar en escena. La semana que viene representaremos un proverbio en casa de la duquesa de Noailles... yo hago papel.

DUQUES. Hola!

PRINCES. Pero tan mal!... me hallo tan atada!... Ahora estábamos repasando el vizconde y yo... cuando llegásteis ..

DUQUES. A estorbar?

PRINCES. Nada de eso!...

DUQUES. Seguid. Ya no hablo una palabra.

VIZCOND. (*Aparte.*) Estamos frescos!

PRINCES. Al contrario!.. Hablad!.. Yo estudio oyendo á los demás... sobre todo á vos... que pronunciáis con una pureza!... con una naturalidad!— Vereis: tengo en mi primera escena una frase... muy sencilla!... pero que no acierto á decir bien!

DUQUES. Cuál?

PRINCES. Es esta: «No temais: me ha revelado vuestro secreto uno que me lo confía todo.»

DUQUES. Pues eso es muy fácil.

PRINCES. Yo quisiera oíroslo á vos!

DUQUES. A mí?

PRINCES. A ver, á ver! Cómo lo diriais?

DUQUES. (*Riendo.*) Yo no lo diría en mi vida!

PRINCES. (*Aparte al vizconde.*) No se atreve!

VIZCOND. (*Id.*) Ella es!

ESCENA VIII.

Dichos. EL PRÍNCIPE. LA BARONESA. DAMAS. CABALLEROS.

(*La baronesa y las demás señoras salen por el foro con algunos caballeros. Otros caballeros salen con el príncipe de su cuarto. La princesa va á recibir á las damas, y las hace sentar en sillones que hay dispuestos á la derecha. Los hombres permanecen de pié delante de ellas.*)

PRINCES. Adios, baronesa!.. Oh! queridas mias!..

BOUILL. Sí, señor! la noticia es auténtica... (*Saludando á las damas.*) Oh! señoras!... —Auténtica! — Como si dijéramos, destilada... y ensayada al crisol! — Puedo aseguraros que á estas horas está libre... enteramente libre.

DUQUES. Quién?

BOUILL. El conde de Sajonia.

PRINCES. (*Aparte.*) Mauricio!.. Cómo es posible!..

BARON. Pues qué! no lo sabiais? Yo lo sé desde esta mañana! El futuro soberano de Curlandia ha sido preso por una deuda de consideracion.

DUQUES. Si, eso lo sabia: pero cómo está libre?

BARON. Por medios novelescos!

DUQUES. Alguna aventura de las que á él solo le suceden?

BARON. Pero que esta vez tiene mucho de plebeya. Le han pagado sus deudas.

DUQUES. Si, si: pero quién?

PRINCES. No se dice quién se las ha pagado?

BARON. Eso... como no lo sepa el príncipe... mis noticias no alcanzan mas allá.

BOUILL. Ni las mias tampoco.

VIZCOND. Entonces no es cierto!

BARON. Oh! eso sí! Lo sé por un amigo íntimo del conde.

BOUILL. Yo lo sé por Florestan, que ha hablado con él mismo: por señas que ha ido de parte de Mauricio á desahogar al conde de Kalkreut.

DUQUES. (*Aparte.*) Ay! Dios mio!... Quién le mete?..

VIZCOND. A ese sueco que ha vendido la letra al embajador?

BOUILL. Justo.

DUQUES. Accion infame!... indigna de un caballero!

- BOUILL. A estas horas ya se habrán batido.
DUQUES. (*Aparte.*) Ay! Dios!...
PRINCES. Y se sabe el resultado del lance?
BOUILL. Todavía no. — Quizá por eso no tengamos aquí á Mauricio esta noche...
DUQUES. Oh! no hay cuidado por él! — Vendrá!
PRINCES. (*Observándola.*) Mucha confianza es esa!...

ESCENA IX.

Dichos. UN LACAYO. ADRIANA. RIGOLET.

- LACAYO. (*Annunciando.*) La señora Adriana y el señor Rigolet, del teatro francés.
VIZCOND. Ya está aquí! (*Todos van á su encuentro.*)
BOUILL. (*Dando la mano á Adriana.*) Oh! cuánto os agradecemos, señora, la princesa y yo, el honor que os dignais dispensarnos!
DUQUES. (*A la princesa.*) Presentadme, princesa! .. Deseo tanto admirarla de cerca!
PRINCES. (*Presentándole á la duquesa.*) La duquesa de Aumont.
ADRIAN. Oh! Señoras!... me confundís con tanto honor!...
RIGOLET. (*Aparte.*) Qué tal! — A ver si no parece mas duquesa que todas ellas!
ADRIAN. Yo soy quien debe daros gracias por esta distincion...
PRINCES. (*Al oír su voz.*) Oh! cielos!
ADRIAN. Que proporciona á esta humilde artista la ocasion mejor de estudiar este tono esquisito... estos modales elegantes que solo vos poseís.
PRINCES. (*Aparte.*) Qué oigo!... Esta voz!... — No es posible!.. Yo sueño!... Es mi imaginacion sin duda que la hace vibrar constantemente á mis oídos! Una cómica rival mía! — Y por qué no? — La que llega, como esta, á adquirir ese prestigio... esa aureola de gloria que seduce... que deslumbra!... (*Mirándola.*) No esta ahí ahora mismo llevándose la atencion de todos!... Qué tendrá de extraño que él tambien?... — Ah! esta duda es insuportable!... quiero salir de ella á toda costa! — Vaya! no empezamos?

- BOUILL. *Aguardemos un poco al conde de Sajonia, puesto que dicen que ha de venir.*
- PRINCES. *(Observando á Adriana)* Me parece que os hacéis ilusión: el conde no vendrá. *(Aparte)* Se ha turbado!
- BOUILL. *Cómo no? .. Supuesto que le ha abierto su prision la mano del amor...*
- PRINCES. *(Aparte)* *(Se regocija! .. Habrá sido ella quien lo ha librado?...)* Yo no he querido antes aguar la fiesta; pero ya sabéis que se ha batido!...
- ADRIAN. *(Aparte)* Se ha batido!...
- PRINCES. *(Aparte)* *(Se inmota!...)* El vizconde, que todo lo averigua, me ha dicho que el conde ha salido herido de gravedad.
- VIZCOND. *(Asonbrado)* Yo!...
- PRINCES. *(Aparte al vizconde.)* Callad!... *(Yendo hácia á Adriana, que cae desvanecida en un sillón.)* Jesus! .. Adriana se ha puesto mala!
- RIGOLET. *(Acercándose)* Adriana!...
- DUQUES. } Dios mio!...
- BARON. }
- ADRIAN. *(Volviendo en sí.)* No es nada!... nada!... Las luces!... el calor de la sala!... *(A la princesa que la hace oler un pomo.)* Mil gracias, señora!... tanta bondad!... *(Aparte mirándola.)* Cielos!... Qué mirada!...

ESCENA X.

UN LACAYO. Luego MAURICIO.

- LACAYO. *(Anunciando.)* El señor conde de Sajonia.
- TODOS. *(Con exclamacion de sorpresa.)* Ah!... *(Adriana quiere ir hácia él: Rigolet la detiene por la mano. Adriana y la princesa permanecen mirándose una á otra.)*
- RIGOLET. *Cuidado, Adriana!... Mira que el gozo suele vendernos mas que el dolor!*
- BOUILL. *Cómo decía el vizconde que estábais herido!...*
- VIZCOND. *Permitid!...*
- MAURIC. *Bá! Desde que murió Carlos XII, los suecos no saben batirse!*
- BOUILL. *Conque el conde de Walkreut...*

- MAURIC. Oh! Desarmado al primer quite! (*Aparte á la princesa.*) Oh! generosa amiga! Este rasgo...
- PRINCES. (*Aparte.*) Qué dice!...
- MAURIC. (*Idem.*) Pensaba marcharme de París sin veros; ¡pero el servicio que me habeis hecho... me encadena de nuevo...
- ADRIAN. (*Aparte.*) La está hablando en voz baja!... Si será esta!... Si será esta!...
- PRINCES. (*Aparte á Mauricio.*) Pero... qué quereis decir?...
- MAURIC. Que no lo acepto sino á condicion de que... Hablaremos.
- PRINCES. Bien, luego: cuando todos se vayan.
- MAURIC. Corriente! (*Saludando á Adriana.*) Señora!...
- BOUILL. (*Llevándose á Mauricio.*) A propósito de la Suecia; querido conde, allí la química creo que... (*Se lo lleva al fondo y desaparece con él un rato.*)
- VIZCOND. (*A la princesa.*) Decidme ahora, princesa: por qué inventásteis antes aquello de...
- PRINCES. Por qué?... Porque siempre traéis unas paparruchas!... (*A las damas.*) Figuraos, señoras... que este pobre vizconde anda desde ayer despepitándose por descubrir un secreto: la dama incógnita que adora el conde de Sajonia... Y ahora caigo!... La señorita Adriana pueda quizá decirnos algo!
- ADRIAN. Yo, señora!
- PRINCES. Si tal! dicen por ahí que la persona en cuestion pertenece al teatro!...
- VIZCOND. Qué disparate!...
- ADRIAN. Cosa rara!... Por el teatro dicen que la querida del conde es una gran señora!
- VIZCOND. Mas probable es eso!
- PRINCES. A mí me han hablado de cierto encuentro nocturno...
- ADRIAN. Y á mi de una visita á cierta casa de recreo...
- DUQUES. Hola! Eso tiene interés!...
- PRINCES. Dicen que la actriz se vió sorprendida por una rival celosa...
- ADRIAN. Aseguran que la gran señora se vió obligada á huir de un marido indiscreto...
- DUQUES. Qué enteradas estais las dos!...
- VIZCOND. Mas que yo, seguramente!
- DUQUES. Pero en fin, para que pudiéramos decidir la cuestion, sería preciso que nos dierais alguna prueba...
- PRINCES. La mía es un ramo que la ninfa puso en manos de su amante... un ramo de rosas, atado con un cordón de oro y seda.

- ADRIAN. (*Aparte.*) Mi ramo!
- DUQUES. Y la vuestra, señora?
- ADRIAN. La mía? La mía es cierta prenda que la gran señora dejó caer huyendo por el jardín.
- DUQUES. Qué prenda?
- ADRIAN. Un brazalete de diamantes.
- PRINCES. (*Aparte.*) Mi brazalete!...
- VIZCOND. Eso parece una novela!...
- ADRIAN. Pues es una realidad! Como que el brazalete ha venido á parar á mis manos... (*Mostrándolo.*) Y aquí está!
- VIZCOND. (*Tomándolo y mostrándolo.*) Soberbia alhaja!... Mirad, señoras!...
- PRINCES. Admirable!... Qué bien trabajado!... (*Vá á tomarlo; pero el príncipe se acerca con Mauricio.*)
- BOUILL. Qué es eso?... Qué se celebra por aquí?...
- VIZCOND. Este brazalete!
- BOUILL. Ah! el de mi mujer! (*Lo toma.*)
- TODOS. Su mujer!
- BOUILL. (*Enseñándolo.*) Cosa de buen gusto!... no es verdad?
- ADRIAN. (*Aparte.*) Era ella!
- PRINCES. Dadme acá. (*Se lo pone y dice con serenidad.*) Conque vamos... Ya que teneinos aquí sano y salvo al señor conde de Sajonia... si la señorita Adriana es tan amable que nos quiere recitar unos versos...
- ADRIAN. (*Fuera de sí.*) Versos!... Yo!... en este momento!... — No he visto descaro igual!...
- RIZOLET. (*Aparte á Adriana.*) Serénate y estudia! En la sociedad hay cómicos mucho mejores que nosotros! (*Todos se colocan á la derecha: las damas sentadas, los hombres en pie.*)
- MAURIC. Oh: Señora!... nos darcis el placer?...
- ADRIAN. (*Friamente.*) Sí, señor conde!
- PRINCES. Somos dichosos!... Sentémonos, señoras!... Conde, á mi lado!
- ADRIAN. (*Aparte.*) Los dos juntos!... delante de mí!... Como para humillarme!... — Dios mio!... Dadme fuerzas para contenerme!...
- BOUILL. Qué nos vais á recitar?
- DUQUES. El sueño de Paulina!...
- BARON. La Andromara!...
- BOUILL. La Camila de los Horacios!...
- PRINCES. Mejor será el monólogo de *Dido abandonada!*
- ADRIAN. (*Aparte.*) Ah! esto es demasiado!...
- DUQUES. No, no! — Fedra! Fedra!... que la hicisteis anteayer

tan admirablemente.

ADRIAN. Fedra! — Bien!

TODOS. Silencio!... (Todos están á la derecha: Rigolet á la izquierda: Adriana está sola en medio.)

ADRIAN. (Recitando con una agitacion nerviosa que va en aumento y fijos sus ojos en la princesa, que de cuando en cuando le habla á Mauricio al oido con afectacion.)

«Justo cielo! Qué he hecho! Ya mi esposo se acerca á este palacio... ya me busca!...

Y su hijo con él!... Ah! sí, su hijo! testigo; oh Dios! de mi pasion adultera!

El notará cómo á su padre escondo este remordimiento que me abruma!...

estos suspiros que mi pecho ahogan,
(Mirando á Mauricio.)

y que ese ingrato indiferente escucha!...

este llanto de fuego con que en vano ablandar quise sus entrañas duras!...

Y piensas tú que Hipólito, sensible al honor de Teséo, no descubra

á su padre y su rey que yo he manchado su casto lecho con mi llama impura?...

Y aunque lo calle... qué me importa! Basta saberlo yo para morir de angustia!

(Dirigiéndose á la princesa fuera de sí.)

No soy de esas impávidas mujeres

que en los brazos del crimen paz disfrutan,
y cubren de una máscara su rostro,

donde no asoma la vergüenza nunca!

(Permanece señalando con el dedo á la princesa. Movimiento de espanto en todos que se levantan.)

PRINCES. (Con calma) Bravo!... bravo!... admirable!

TODOS. Admirable!

RIGOLET. (Aparte á Adriana.) Desgraciada!... Qué has hecho!

ADRIAN. Vengarme!

PRINCES. (Fuera de sí.) Qué horrible afrenta!... Ah! me las pagará!

ADRIAN. (Al príncipe.) Me siento conmovida!... Permitidme que me retire....

PRINCES. (A Mauricio que se dirige á Adriana.) Quedaos! Me disteis vuestra palabra.

BOUILL. (A Adriana.) Por mucho que nos pese... no nos

atrevemos á insistir. (Yendo al foro.) El coche de la señora Adriana!

ADRIAN. (Aparte á Mauricio.) Seguidme.

MAURIC. (Idem.) Imposible esta noche! Mañana os diré...

ADRIAN. (Idem.) Basta! (El príncipe se lleva á Adriana de la mano por el foro. Damas y caballeros la abren paso saludándola y se van detrás de ella. La princesa que los ha despedido, dice á Mauricio.)

PRINCES. Aguardadme allí. (Señala la puerta izquierda. Mauricio entra por ella. La princesa queda sola. Se deja caer en un sillón y apoya la cabeza en ambas manos. Momento de silencio. De repente alza los ojos como herida de un pensamiento terrible. Se levanta, va al secreter de la derecha, lo abre, saca el cofrecito del acto primero y se dirige á la puerta del foro.)

PRINCES. (Cruzando la escena con una exclamacion satírnica.)
Ah!!

(Este final es del adaptador. El original concluye con el «¡Basta!» de Adriana a quien la Princesa mira con ojos amenazadores, nada más.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Habitacion de Adriana. A la derecha una chimenea: delante una mesa y un sillón. Puerta en el foro: puerta á la izquierda. Sillones.

ESCENA PRIMERA.

RIGOLET. *Luego ADRIANA.*

(Rigolet aparece á la puerta del foro hablando con la criada.)

RIGOLET. Sí: ya sé que está desazonada... que no recibe... que son mas de las doce... que acaba de llegar de una reunion... todo eso lo sé. Pero si no se ha acostado todavía, decidle que soy yo... su amigo Rigolet...

ADRIAN. *(Saliendo.)* Ah! déjale entrar!

RIGOLET. *(A la criada que se retira.)* Lo veis!

ADRIAN. Cuánto me alegro de que hayais venido!

RIGOLET. No he podido retirarme á casa sin venir á saber si te has aliviado.

ADRIAN. Mucho he padecido esta noche!

RIGOLET. Pues y yo!

ADRIAN. Pero así que os veo, me siento consolada!

RIGOLET. Y yo también! — Después de dejarte aquí, me fui á dar un vistazo por el teatro... de allí vengo.

ADRIAN. Se ha acabado la función?

RIGOLET. Iba á acabarse, cuando yo salí.

ADRIAN. Pues bien, es necesario .. Estoy tan mala, Rigolet!... es necesario hacer anunciar que me es imposible trabajar mañana.

RIGOLET. Descuida: yo iré por allá á arreglarlo, y te traeré la contestación.

ADRIAN. Cuántas molestias os causo!

RIGOLET. Calla, calla! no hablemos de eso! — Lo que me tiene en áscuas es otra cosa!

ADRIAN. Qué?

RIGOLET. La escena de esta noche en casa de la princesa! — Crees tú que ha habido allí una sola persona, escepto su marido, que no haya entendido la alusión... empezando por ella?

ADRIAN. Quién lo duda! — Descargué sobre ella un golpe mortal!... no es cierto? Ah! qué gozo! — Aquel instante me indemnizó de todo cuanto había padecido! — Cada uno de aquellos últimos versos que recitaba, me parecía que era un puñal que la clavaba en el corazón! — No observásteis el terror que se manifestó en todos los semblantes?... No notásteis aquel sordo rumor... y luego aquel silencio sepulcral!.. No la visteis á ella, á pesar de su audacia, pálida y trémula, al rayo de mis miradas? — Ah! es que había yo impreso una marca de infamia en aquel rostro...

donde no asoma la vergüenza nunca!

RIGOLET. Pues eso es justamente lo que me tiene asustado!... Lo bien que lo hiciste!... demasiado bien! — Mira que esas grandes señoras... así tan delicadas, tan finas, tan graciosas... con aquellas guirnaldas y aquellas gasas... son malas y vengativas como el mismo Satanás! Sobre todo esa... esa... á quien fui yo á proponer que hiciera la *Cleopatra*!.. Bien á lo vivo puede hacerla! — Esa no retrocede ante ningún medio... con tal de vengarse ó deshacerse de una rival.

ADRIAN. Y qué me importa! Qué mayor bebida puede hacerme que la que causan en mi corazón estas palabras: Mauricio la ama! — Si!... en este momento está á su

lado!... consolándola con sus caricias!... No sabéis que al marcharnos le dije en voz baja que me siguiera... y ella al mismo tiempo le mandó que se quedara?...

RIGOLET. Y qué?

ADRIAN. Y se quedó!... se quedó con ella!... — Ah! no puedo con esa idea!... (Se dirige al foro.)

RIGOLET. Dónde vas?

ADRIAN. A arrojarme entre los dos!... á separarlos!... á matarlos!... y sea de mí lo que quiera!...

RIGOLET. Estás loca!

ADRIAN. (Volviendo y arrojándose en un sillón.) No es eso mejor que morirse aquí de celos!... de desesperacion!... Porque no lo dudas .. me moriré!

RIGOLET. No, Adriana! no lo creas!... Se siente así .. una fiebre... lenta!... una punzada continua que desgarrar aquí dentro... pero no se muere uno!... no se muere!... Ya ves .. ya ves que yo no me muero.

ADRIAN. Vos!

RIGOLET. Te asombra lo que te digo, eh? — No podías tú figurarte que bajo esta ruda corteza habia un corazon... un corazon que padere como el tuyo... que ama!... que brota sangre como el tuyo!

ADRIAN. Qué decís!... Vos habéis experimentado?...

RIGOLET. Sí!... Allí .. hace tiempo .. hace mucho tiempo!... — Créeme, hija mía: á todo se acostumbra uno .. hasta á ser desgraciado!

ADRIAN. Ah! no he de tener yo menos valor que vos! Quiero imitaros .. sí: yo triunfaré de una insensata pasion... que ya me avergüenza!

RIGOLET. De veras?

ADRIAN. Sí, sí! Ya veis que hablo de él sin ira... sin odio!... que su recuerdo no me altera... que su nombre no me conmueve...

ESCENA II.

Dichos. LA CRIADA con el cofrecito.

CRIADA. Señora!

ADRIAN. Qué?

CRIADA. Han traído este cofrecito para vos.

ADRIAN. Quién?

CRUADA. Un lacayo sin librea: me ha dicho que es de parte del señor conde de Sajonia, y se ha marchado sin aguardar respuesta.

ADRIAN. De él! (*Tomando el cofrecito.*) Bien, vete, vete! — (*Vase la criada, Adriana pone el cofrecito en la mesa y se sienta toda trémula.*) Dios mio!... qué será esto?... Me tiembla la mano... apenas puedo abrirlo...

RIGOLET. Y dice que ya no le ama!

ADRIAN. Veamos... (*Lo abre y da un grito de dolor.*) Ah! ..

RIGOLET. Qué es eso?

ADRIAN. Al abrir esta caja... he experimentado una sensacion dolorosa... un frio glacial que corrió por todo mi ser! .. y era el presagio del golpe que me esperaba!

RIGOLET. Pues qué hay en esa caja?

ADRIAN. Mi ramo! (*Sacando el ramo del acto primero.*) Este es! .. el que tenia yo ayer en la mano cuando él llegó! .. el que me pidió y yo le di como prenda de amor! — En buen hora que lo despreciara... que lo tirara! pero devolvérmelo!... devolvérmelo así... con intencion marcada!... unir la afrenta al desprecio!...

RIGOLET. Eso no puede haber nacido del él .. será tu rival quien le habrá obligado ..

ADRIAN. (*Llevantándose indignada.*) Y quién obedece tan infame mandato? Quién, por esclavizado que esté, no se subleva ante la idea de insultar á la mujer que ha amado? (*Cayendo de nuevo en el sillón y contemplando un rato en silencio el ramo.*) Flores de un dia!... tan fragantes ayer!... hoy mustias y marchitas!... aun habeis durado mas que sus juramentos! — Pobres rosas! .. recibidas por él con tanto entusiasmo, con tanto amor!... os reclinásteis en su pecho... y vino otra mujer, y os echó de allí! — Rosas!... tampoco en el mio podeis posaros!... — Recibid en estos últimos besos... (*Llevándolo con fuerza á sus labios.*) mi adios eterno!... — Ah! quizá sea un adios á la vida!... — Separémonos!... no quede nada de vosotras... ni de mi amor! (*Lo arroja al fuego.*)

RIGOLET. Adriana!... Adriana!...

ADRIAN. (*Llevantándose y apoyándose en el mármol de la chimenea.*) No temas!... *Llevando la mano al corazón.*) Estoy mejor! — Todo se acabó!

ESCENA III.

Dichos. MAURICIO por el foro.

MAURIC. (*Dentro.*) Para mí no se niega, dejadme! — (*Saliendo.*)
Adriana!

ADRIAN. (*Echándose en sus brazos.*) Mauricio! — (*Queriendo desasirse*) Ah! qué hago!... Dejadme!.. dejadme!

MAURIC. No!... Vengo á echarme á tus pies!... vengo á implorar perdón!—Si no te seguí cuando me lo mandaste, fué porque me detenía allí el deber... el honor... el peso de un beneficio que me abrumaba... Así lo creía yo entonces!... y no quería que pasase la noche sin decir á la princesa. «No puedo aceptar vuestro dinero, porque no os amo, porque no os he amado nunca... porque amo á otra.»—Pero juzga cuál sería mi sorpresa, cuando al decirle yo estas palabras, veo á aquella mujer arrojarse á mis pies temblando... ella que no tiembla nunca!... pálida... desencajada!... y confesarme que los celos la han precipitado... que ella fué quien me hizo prender...

ADRIAN. Cielos!

MAURIC. Los remordimientos, la desesperacion estaban pintados en su rostro!...—«No salgas!... no te apartes de aquí, me decía, — soy un monstruo!... perdón! perdón!...» y abrazaba mis rodillas... y no me dejaba dar un paso... —Pero al fin logré desasirme de ella y salí precipitado á la calle.—Oh! qué enorme peso se me quitó del corazón!... Hallarme de repente con que nada la debo!... con que puedo despreciarla... aborrecerla!... con que puedo volar hacia tí... refugiarme á tus pies... mi protectora... mi ángel salvador!... Aquí me tienes! (*Cayendo á sus pies.*)

ADRIAN. Puedo creerte?

MAURIC. Juro por el cielo... por mi honor, que te he dicho la verdad! Lo demás lo ignoro. No sé... no sé cuál ha sido la mano que me ha sacado de mi prision... No sé todavía quién me ha devuelto mi libertad, mi espada y mi glorioso porvenir!—Lo sabes tú quizá?... Ayúdame á descubrirlo!...

ADRIAN. (*Bejando los ojos.*) No lo sé!... no lo puedo decir!...

RIGOLET. (*Poniéndose entre los dos.*) Ella!... ella ha sido!

ADRIAN. Callad!... callad!...

RIGOLET. (*Con fuego.*) Ella!... que por vos ha dado sus alhajas... sus diamantes... todo lo que tenía... y lo que no tenía!...

ADRIAN. No es cierto!

RIGOLET. Sí, es cierto! Sí, señor!... y por mas señas, ha tenido que pedir prestado á uno... á uno que no conozco... Sí, señor!... podeis creerme... podeis creerme á mí, que la quiero!... que la quiero como un padre!... Eso es: como un padre!

ADRIAN. Llorais?

RIGOLET. De alegría!... de gozo!... de... — Adios! — Ya sabes que tengo que ir al teatro, para... Adios!
(*Víase.*)

ESCENA IV.

ADRIANA. MAURICIO.

MAURIC. Conque has sido tú!

ADRIAN. Y ese! . ese, que es mi mejor amigo... y me ha ayudado.—Pero no hablemos de esto: ya lo has aceptado.

MAURIC. Con una condicion.

ADRIAN. Cual?

MAURIC. Que en cambio, no has de rehusar nada de mi mano. — Ignoro el porvenir que me está reservado: no sé si en el campo de batalla perderé ó ganaré la corona ducal que los estados de Curlandia me ofrecen: pero si salgo vencedor, juro partir contigo el trono que me ayudas á conquistar! juro darte este nombre que me ayudas á inmortalizar!

ADRIAN. Yo tu esposa!

MAURIC. Tu! que has nacido con un corazon de reina!... Tú, que has elevado mi inteligencia!... Tú, que has purificado mis sentimientos! — Tú, que has encendido en mi pecho el fuego de los héroes!... Tú, Adriana!... — Pero... cielos!... esa palidez!...

ADRIAN. No temas!... Este placer repentino... despues de una desesperacion tan horrible... me ha trastornado sin duda...

MAURIC. (*tydiéndola á sentarse.*) No puedes sostenerte!...

- ADRIAN. Es verdad!... Un vértigo extraño... un dolor sordo... me está mortificando... hace un rato... desde que llevé á mis labios ese ramo...
- MAURIC. Cuál?
- ADRIAN. Nécia de mí!... yo lo tomé por un adios de despedida... y era el mensajero de tu amor!
- MAURIC. Qué estás diciendo?
- ADRIAN. Sí; el ramo que te di y que tú me has devuelto dentro de ese cofrecillo...
- MAURIC. Yo!... si yo no te he enviado tal ramo. — Dónde está?
- ADRIAN. Allí... hecho ceniza! — Creí que nos despedías á los dos .. y ni él ni yo podíamos ya vivir!
- MAURIC. (*Aparte.*) (Ah! ella ha sido sin duda! Ella lo tenía!) — Pero... Adriana!... estás trémula!... Qué sientes?...
- ADRIAN. (*Señalando el corazón.*) Aquí nada ya! — (*Llevando la mano á la cabeza.*) Es aquí!... aquí! — Cosa singular!... una porción de visiones fantásticas .. que pasan... y vuelven á pasar... confusamente y sin orden... — Dime: de qué hablábamos?... qué te estaba yo diciendo?... Ya no me acuerdo! — Creo que mi cabeza se trastorna! .. Y mi juicio... por mas que quiero sujetarlo... no puedo... se me va! — (*Con un grito de dolor.*) Ah! no por Dios! que si ahora lo pierdo, pierdo la felicidad! — (*Empezando á delirar.*) No, no!... no quiero perderlo!... Por Mauricio, primero!... Y luego, por la función de esta noche! — Qué se diría! — Ya han encendido... Qué lleno está el teatro! — Es natural! — Hago yo la *Berenice* por primera vez! — Se ha anunciado tanto!... se ha hablado tanto de esta obra!... Un papel tan difícil!... en que tanto ha brillado una célebre actriz! .. — Si yo pudiera... acercarme á ella no mas!... Veremos!... Mauricio estará allí!... su presencia me animará! — Con qué placer le dirigiré á él aquellos versos! .. aquel: «yo te amo!» — A él, á él!... delante de todo el mundo .. y sin que nadie lo conozca!
- MAURIC. Adriana!... Adriana!... vida mia!... vuelve en tí!...
- ADRIAN. Chit! Calla, calla! — Voy á salir á la escena. (*Se adelanta como haciendo la salida.*) — Qué brillante concurrencia!... Lo mas lucido de la corte!... Grandes... poetas... artistas!... Todos los ojos fijos en mí! — Me aplauden al salir!... Oh! qué bueno es el público conmigo!... (*Saludando.*) Gracias!... gracias!... — Oh! allí le veo en su palco!... él es!... se sonríe! .. — Adios, Mauricio! — Oye: para tí son estos versos!

• Vive feliz y en mi constancia fia:
el corazón de Berenice es tuyo!
Aceptalo, mi bien!... por mas que sea
á tu precioso amor pobre tributo.

Pluguiera al cielo... que el mayor monarca
de los que adora prosternado el mundo,
á ofrecerme viniera, con su mano,
todos los cetros de la tierra juntos!...
y tú, solo tu amor!... vieras entonces
si el que yo te profeso es noble y puro!

MAURIC. (*Tomándola la mano.*) Adriana!... — Adriana!... —
Qué es esto!... no me vé!... no me oye! — Qué deli-
rio es este!... Dios mio!... no sé qué hacer!...
(*Ajitando la campanilla que hay sobre la mesa: sale
la criada con una carta.*)

CRIADA. Señor conde!...

MAURIC. Tu ama se ha puesto mala...

CRIADA. Es posible!...

MAURIC. Que venga alguien aqui!...

CRIADA. Esta carta han traído para vos.

MAURIC. Quién?... Dame. (*La toma y mira el sobre.*)

CRIADA. No sé... un criado!... El mismo que vino antes...

MAURIC. (*Tirando la carta sobre la mesa.*) De la princesa!
—Súplicas!... Quejas!... Importuns!—Corre, corre!...
Llama algun amigo. (*Vase la criada.*) Yo no me se-
paro de ella... no la dejo sola! (*Tomándole la mano.*)
Adriana!... Adriana!... Aqui estoy yo!... Atiéndeme!

ADRIAN. Mira!... Mira!...—Quién es esa que entra en su pal-
co?... que se sienta á su lado?... La conozco... por
mas que trata de ocultarse!... Es ella!... Es ella!...
Le habla al oído!... (*Con desesperacion.*) Mauricio!...
No me mira!...—Mauricio!...

MAURIC. Aqui le tienes... está á tu lado!...

ADRIAN. (*Sin oírle.*) Se miran!... Se dan la mano!... Ella le
dice: «quédate!...»—Y se queda!... y me deja morir!

MAURIC. Adriana!... Por piedad!

ADRIAN. (*Con furor.*) Piedad!...

• Impio!...

Vé á jurarle la fé que me has jurado!
Lleva hasta el mismo pié de los altares
un corazón que es mio!... Allí mi brazo,
ministro de la cólera celeste,
sabrá, traidor!... aniquilar á entrambos!...

(Dando un grito y conociendo á Mauricio.) Ah!... Mauricio!... (Se echa en sus brazos.)

MAURIC. Dios mio!... Y nadie viene á socorrerla!...—Si!... digo pasos!... (Viendo á Rigolet.) Ah! Llegad!...

ESCENA V.

Dichos. RIGOLET.

RIGOLET. Es cierto que Adriana está mala?...

MAURIC. Adriana se muere!...

RIGOLET. Cómo!... (Trayendo un sillón al medio y ayudando á colocarla en él.) No, no!... Respira bien!... Esto pasará!... Ella suele tener... (Receloso.) Sin embargo!...

MAURIC. Ya abre los ojos!... No perdamos la esperanza!...

ADRIAN. Ah! Qué ardor!...—Quién sois?... Quién está conmigo?... (Con gozo.) Mauricio!... (Volviéndose y riendo á Rigolet.) Y vos también!... Siempre que padezco, os hallo á mi lado!—(Señalando á la cabeza.) Ya no es aquí!...—Ahora es aquí... en el pecho!... Siento... como una hoguera!... Como un fuego que me consume!...

RIGOLET. (Tirando del brazo á Mauricio y llevándose aparte.) Conde!... Conde!

MAURIC. Qué?

RIGOLET. Pero estais ciego!... No veis!... no veis... las señales de un veneno!

MAURIC. Como!... sospechais?... De quién?...

RIGOLET. De quién queréis que sea!... De su rival!...

MAURIC. Callad!... Callad!...

RIGOLET. Y en el teatro ha corrido la voz de una gran catástrofe en casa del príncipe... Yo no pude enterarme...

MAURIC. Qué decís!...—Ah! esa carta!... (Corre á la mesa, toma la carta y la abre con precipitación.) El mismo veneno que corre por sus venas corre ya por las mías! Perdóname!... y adios!... hasta la eternidad!

RIGOLET. Qué os decía yo!—Socorro!... un médico! (Váase corriendo por el foro y sale en seguida.)

MAURIC. (Cayendo en una silla, apoyada la cabeza en la mesa.) Ah! todo lo veo!... el ramo!... el ramo!...

ADRIAN. Ah! yo me ahogó!... Amigos!... salvadme!... Poco há la muerte hubiera sido un beneficio para mí!...

Ahora no! Ahora no quiero morir!... Mauricio me ama!... me ha llamado su esposa!...

RIGOLET. (*Que ha acudido á su lado.*) Su esposa!...

ADRIAN. Dios mio!... Dejádme vivir!... unos dias!... unos dias no mas!

MAURIC. (*Siempre junto á la mesa.*) Horrible venganza!

ADRIAN. La vida!... La vida!... (*Con desaliento.*) Es inútil!... Se me acaba ya! Mauricio!... no me dejes!... (*Mauricio tiene á su lado y le toma la mano.*) En breve mis ojos no podrán verte... ni mi mano estrechar la tuya!...

MAURIC. Adriana!... Adriana!...

ADRIAN. Triunfos de la escena!... glorias del arte!... Adios para siempre! Nada queda despues de mí!... Nada sobrevive de nosotros... Nada mas que un vago recuerdo.—Conservad el mio!—Adios, Mauricio!... Mis únicos amigos... Adios!

RIGOLET. (*Con un grito de dolor.*) Ha muerto! (*Ambos caen á los pies de Adriana, besando cada cual una de sus manos.*)

FIN DEL DRAMA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.

Madrid 6 de Noviembre de 1851.

Aprobada y devuélvase.

Juan Valero y Soto.

UNA LLAVE
Y UN SOMBRERO.

Drama en tres actos y en verso, original

DE

D. ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.



MADRID.

Imprenta que fué de Operarios, á cargo de D. F. R. del Castillo,
calle del Factor, número 9.

1852.

PERSONAJES.**ACTORES.**

DOÑA JUANA PACHECO.	DOÑA TEODORA LAMADRID.
D. DIEGO VELAZQUEZ.	D. JOAQUIN ARAGONA.
REY FELIPE IV.	D. MANUEL OSORIO.
MURILLO.	D. FERNANDO OSORIO.
UNA CAMARERA.	DOÑA DOLORES MORARI.
UN CRIADO que no habla.	

La accion pasa en el Alcazar de Felipe IV.

Esta comedia es propiedad del Sr. Gullon, como dueño de la Galeria titulada EL TEATRO.

A LA DISTINGUIDA POETISA

la Señorita Doña Rosa Butler.

Tributa esta sencilla prueba de verdadero cariño

*Yldefonso Antonio
Bermúdez.*

ANTONIO MICHIGUETA AL A.

¡Qué dulce desengaño!
¡Bien haya, amen, el que apuró su daño!

CALDERON.

ACTO PRIMERO.

Magnífico y elegante salón de estudio. Puerta en el foro que guía á lo interior del palacio, puerta á la izquierda que da paso á las habitaciones interiores del departamento de Velazquez, otra en segundo término que conduce á un gabinete, y una puerta de escape que presta salida á la Cámara Real, al lado una ventana. Cuadros colgados que representan retratos de hombres célebres de la época á que se refiere la acción del drama, como los del Conde Duque, Quevedo, etc. Una gran mesa con tapete carmesí; una salvia con jarrones y copas en otra mesa redonda y un armario. Un caballete, sobre el cual se verá el retrato de cuerpo entero de Felipe IV, dando frente á la primera puerta de la izquierda. En medio del salón una gran copa con lumbre. Por diferentes puntos de la escena se verán esparcidos varios objetos correspondientes al estudio de un pintor.

ESCENA PRIMERA.

VELAZQUEZ y el REY. *Al levantarse el telón aparece el Rey puesto de pié detras del caballete, descubierta la cabeza y apoyando la mano en el respaldo de un sillón que tendrá delante, y sobre el cual estará el sombrero. Velazquez delante del caballete con la paleta, el lienzo y los pinceles en ademán de estarle retratando.*

REY. Será preciso que estudies las obras del Vaticano, que de Venecia y Florencia copies los mejores cuadros.

y con modelos del arte
enriquezcas mi palacio.
Por que te aprecio, y conozco
tu celo, no he vacilado
en dar esta comision
á tan ilustre vasallo.

VELAZQ. Permitan, señor, los cielos
que merezca vuestro agrado
cuanto hiciere, que en serviros
honra y prez á un tiempo gano.
Conoceré á Miguel Angel,
á Corregio y Carabagio;
veré las obras sublimes
de Vinci, Urbino y Ticiano,
á los eminentes genios
que sobre el lienzo grabaron,
el tipo de la belleza
con asombro de los sabios.

REY. Sé que anhela conocerte
el pontífice romano,
y ademas, que le retrates
en la iglesia de San Pablo.

VELAZQ. Todo por vos, gran señor:
en decirlo me complazco;
que á vos de mi fama debo
el universal aplauso.

REY. Dí mas bien á tu destreza.—
Piensas partir solo?

VELAZQ. Acaso
me acompañará mi esposa,
pues nunca nos separamos.

REY. (Ya se destruyen mis planes.)

VELAZQ. (Oh! qué venturoso cambio!
Aprovecho este momento,
para dar á su traslado
la animacion, que es la vida,
el carácter de un retrato.)
Hablad de empresas heróicas,
de proyectos elevados,
de generosas acciones
que despierten entusiasmo.

REY. Dices bien; mas se me ocurre.

nuestra plática ayudando
de tu expedición á Italia,
que es plan muy poco acertado
el de esponer á tu esposa
á la molestia, al cansancio
que siempre causa un viaje.
Ademas, que tus trabajos,
requieren independencia
y excluyen otras cuidados.

VELAZQ. (Su semblante se amortigua,
busco la expresion en vano.)

No penseis que se moleste
ni que me sirva de obstáculo
esa dulce compañera
á quien tan de veras amo.

Al contrario, me estimula
y me alientan sus encantos.

Fuera trance doloroso
separarme de su lado,
pues la adoro como á un ángel.

Apenas termino un cuadro,
es mi mejor recompensa
un elogio de sus labios.

No hace mucho que aquí mismo,
vuestra imagen contemplando,
celebró la semejanza
estrechándome en sus brazos.

REY. La miró mucho?

VELAZQ. Sí tal.

Y no lo juzgueis extraño,
porque miraba al pintor
y al ilustre soberano
á quien admira y respeta.

(Se anima el Rey, y Velazquez pinta con aser.)

(Qué no decaiga, Dios santo!

Ya se animó su semblante.)

REY. Puesto que tienes en tanto
el parecer de tu esposa,
yo, que su talento aplaudo,
saber la opinion quisiera
que de mí tiene.

VELAZQ. Por sábio

os venera y se complacen
vuestros faros pagando,
en publicar las mercedes
que me otorgais en palacio.

REV. A grandes mercediciones
nunca es prodiga la mano.

VELAZO. (La antigua expresion adquiere
y son mis cañerros vanos.
Le hablaremos de política
por si consigo animarlo.)

REV. Y el ministro Conde Duque?

VELAZO. Gran diplomático!

Hombre de teson y arrojito
bien lo tiene demostrado.
Y la infanta Margarita
gobierna bien sus estados?

REV. El Portugal me trastorna
con su dominio insensato.

(Se anima y fija la vista en la puerta que tiene de frente.)

(Doña Juana! Su mujer!...
Junto al balcon se ha sentado.
Me ha visto! Ya coge su libro.
Desde aqui la estoy mirando!)

VELAZO. (Vuelve la vida a su rostro.
Pardiez que he tenido tacto!
Ahora piensa en Portugal
que se le va de las manos,
y en reprimirlo medita
convocando a sus vasallos,
poniéndose a la cabeza
de sus valientes soldados.)

REV. (Ob celestial hermosura!
Por escuchar de tus labios
una palabra amorosa
diera todo cuanto valgo.)

VELAZO. (Bien! magnifico soberbio!
Si asi prosigue, lo acabo.
Hasta sus ojos se encienden,
sus pupilas son dos rayos
de luz.) No volvais la cara.

conservad un breve rato
esa expresión y apostófa.
No desechéis el piñarro
pensamiento que os anima,
y en igual punto clavados
sigan vuestros ojos,

REY.

(Siento.)

mi pecho, el verla inflamado.)

VELAZQ.

(Saltando de pánico y de alegría.)

Victoria, señor, victoria!

Contemplad. Nuestro es el lauro!

REY.

(Mirando el retrato.)

Bien; me agrada.

(Respondiendo maquinalmente.)

VELAZQ.

Gracias, señor!

el Portugal me ha salvado.

Solo falta á mi ventura

que á besar me deis la mano.

(Le besa la mano; el Rey se quita un anillo.)

REY.

Te la doy con este anillo.

VELAZQ.

Acepto vuestro agrasajo.

REY.

Eres mi amigo, Velazquez.

(Mirando un reloj de mesa.)

Las nueve; de ti me aparto.

Quiero tratar con la reina

un asunto reservado.

(Juana, adios; no partiras.)

Lo jura Felipe IV!

(Vase por la puerta de escape: Velazquez le acompaña.)

ESCENA II.

JUANA, luego VELAZQUEZ.

JUANA.

Su ausencia bendiga el cielo,

y mal haya su porfía

en venir con tal frecuencia

á esta morada tranquila.

VELAZQ.

(Sale.) Querida Juana!

JUANA.

Di, Diego!

VELAZQ. Este anillo!...

JUANA. No presigas:
escuché cuanto ha pasado.

VELAZQ. Pues óyeme otra noticia.
Sabrás como parte á Italia
á estudiar las maravillas
del arte.

JUANA. Quién lo ha dispuesto?

VELAZQ. Nuestro Rey. No lo adivinas?

JUANA. Iré contigo?

VELAZQ. Mi bien!
Separadas vivirían
dos almas que se idolatran?
Pero ante todo examina
del Rey Felipe la copia.
Dame tu opinión explícita.

JUANA. La semejanza es completa;
la ejecución me fascina.

VELAZQ. Pensarán todos lo mismo?

JUANA. Quién habrá que contradiga,
que es del monarca de España
la imagen mas expresiva?
Bien sabes que no exagero;
tu destreza es conocida,
que siempre al lienzo trasladas
la naturaleza misma.

Príncipe de los pintores,
no te aclaman en la villa?

No te elogia Alonso Cano?

Y mi padre no te admira?

VELAZQ. Mi preceptor, mi maestro.
Su lábio el cielo bendiga!
El vaticinó mis triunfos,
cuando á su lado en Sevilla
pinté mis primeras obras.
Me tendió su mano amiga,
y me dijo entusiasmado
que andando el tiempo sería
pintor de su majestad.
Mi felicidad confirma
tan venturoso pronóstico.
No es envidiable la dicha

que me deparan los cieles?

JUANA.

Eres feliz?

VELAZQ.

Dulce amiga,
todo cuanto me rodea
que soy dichoso atestigua.
No es tu amor mi bien mas grande?
Mujer amable y sencilla,
cuyo rostro me enagema,
cuyo acento me estasia.
La imagen de la belleza,
la inocencia que cautiva,
y el simpático pudor
retrata tu faz divina.

Ven, modelo de las vírgenes,
que en los templos de Sevilla
venera un pueblo cristiano...
Solo ante ti se arrodillan!

(Se abraza con vehemencia.)

JUANA.

Siento un gozo inexplicable.
Y cómo no?

VELAZQ.

Vida mía...

JUANA.

Me has hecho lloras... lo ves?
Se humedecen mis mejillas
de placer, y hablar no puedo;
y todo mi ser agita,
aquella emoción sublime
que se siente... y no se explica.
Luego dicen los incrédulos
que no hay fortuna cumplida.

VELAZQ.

Ellos mientan: la disfruto.
Una esposa me acaricia;
el mundo mi nombre aclama,
y todo un rey... me suplica
que mi aposento abandone
y en su palacio resida.
Rey que fabricó esa puerta
con la intención exclusiva
de venir frecuentemente
á sorprender mis vigiliás.
Un monarca generoso,
que á sus fiestas me convida,
y que me sienta á su mesa,

- y por último, ¿puedes decirme qué es lo que nadie más que Velázquez le retrate! No es una burla a mi ventura? Doy al cielo las gracias, pero qué miro! tus ojos en esa puerta! ¿Qué contemplas?
- JUANA. Nada, Diego.
- VELAZQ. Dilo sin reparo, amiga.
- JUANA. Pues, no me place, que el rey, con sus frecuentes visitas interrumpa tus trabajos.
- VELAZQ. Sabes que el rey también pinta, y que cada poco de tiempo para que se las cortijan Calderon, y otros ingenios de la corte... No es mentira: lo dicen varios poetas.
- VELAZQ. No des crédito á la envidia.
- JUANA. No reformas tú sus cuadros? Hace tanto que reias al notar los desaciertos que en una sacra familia cometió el pintor augusto?
- VELAZQ. Y hay quien del monarca exija la perfeccion en un arte que con tesos no cultiva?
- JUANA. Si, Diego, tú no lo ignoras. La pintura y la poesia, exigen mas que abcion, y asi se ridiculiza aquel, que sin elementos insensato se dedica á egercer, lo que no hace con intencion esclusiva.
- VELAZQ. Muy poco te gusta el rey. Su proverbial costia agrada mucho á las damas.
- JUANA. Frivolidad bien meaquina de que se paga la corte, y que nada significa.

No presumas que repruebe
del rey la galantería;
mas le faltan otras dotes.

VELAZQ. Reconoce tu injusticia:
Es mi protector.

JUANA. (Suspira.) Velazquez!

VELAZQ. Prosigue... por qué suspiras?

JUANA. En fin, el rey no me agrada,
perdona que así lo diga,
porque Diego... te amolantó...
Quién se acerca!

MURILLO. (Sale.) Buenos días.

ESCENA III.

JUANA, VELAZQUEZ, MURILLO.

MURILLO. Mi imprudencia he conocido,
pero llamada valor,
pues quise ver al pintor
de la fama enaltecido.
Dispensad mi atrevimiento,
pues cual hombre de valía
disculpareis la osadía
que me trajo a este aposento.
Una santa emulación,
hasta Madrid me ha guiado,
porque late entusiasmado
mi sensible corazón.
Bajo este aspecto sencillo,
bajo esta humilde ropilla
me conocen en Sevilla,
por Bartolomé Murillo.

VELAZQ. Murillo!

MURILLO. Esa exclamación
revela que conocéis.

VELAZQ. Vuestras obras. Qué queréis. (Con interés.)

MURILLO. Enseñanza y protección.

JUANA. Es notable su franqueza.

MURILLO. Mi vida de sinsabores.

no tuvo mas preceptores
que la gran naturaleza.
Ella me vió meditar,
ella de mí se apiadó,
ella su auxilio me dió,
y ella me enseñó á pintar.
Nunca logré los laureles,
que en mi entusiasmo predije,
y en ocasiones, maldije
la palata y los pinceles.

VELAZQ. Os supuse con grandexa.

MURILLO. Mi pale lleno de nudos,
esta ropa, y cinco escudos
constituyen mi riqueza.
Y aquellos escudos son,
recompensa que me han dado
por un burro que he pintado
en la puerta de un meson.

JUANA. Y por tan poco dinero?...

MURILLO. Si tal; pero me vengué,
porque en el año planté
la cara del posadero.

VELAZQ. *(Dándole la mano.)*
Buen Murillo, me agradais:
de mi casa no saldréis,
pues en ella encontraréis,
la proteccion que buscais.

JUANA. Rasgo de noble bidalgía,
que apruebo sinceramente,
pues Murillo, francamente,
ese amparo merecia.

MURILLO. Me dará mas vivo aliento,
vuestra noble proteccion.

VELAZQ. Qué mayor satisfaccion
qué proteger al talento?
Hubiérame yo elevado
al rango que gozo ahora,
si una mano protectora
no me hubiese estimulado?
Doy pruebas de agradecido,
alentando á otros pintores,
y así pago los favores

que el cielo me ha concedido.

(Se oye una campanada en el reloj de la casa.)

A estas horas da lección

la esposa del soberano.

Murillo, venga esta mano.

(Se dan las manos. A Juana.)

Disponedle habitación.

MURILLO. Puesto que tan dulces laso,

hoy á los dos nos ha unido,

en señal de agradecido

os pidiera...

VELAZO.

Qué!

MURILLO. *(Con vehemencia.)* Un abrazo!

VELAZO. Tomadle. *(Se estrechan.)*

MURILLO. El favor que obtengo,

mal podré, cielo, pagarte,

pues vine á buscar el arte...

y entre mis brazos le tengo.

VELAZO. Oh! no tanta admiración,

pardies, que me abochornais.

Con mi mujer os quedais:

me llama la obligación.

(Besa la mano de su esposa y vane. Juana le sigue hasta la puerta.)

ESCENA IV.

MURILLO, JUANA.

MURILLO. Mas con el gozo me olvido

de mirar con detención...

(Observa el retrato del rey, y Juana toca una campanilla y sale un criado al que da disposiciones señalando á Murillo.)

MURILLO. Magnífica entonación!

Esceleste colorido!

La inimitable franqueza

de este sublime creador

ha pegado al bastidor

la misma naturaleza.

Sin embargo, en este punto,
diferé la entonación.

(*Ve á Juana y actúa al cuadro.*)

Si, señora, imitacion
Este golpe es de Ticiano.

JUANA. Bien, seguid á este sirviente
si gustais; él os espera.

(*Murillo saludando y yéndose con el criado.*)

MURILLO. De Ticiano: es su manera:
de él, se acordó: es evidente.

ESCENA V.

JUANA, mirando el retrato y leyendo un papel.

Soberano rey de España,
protector de mi marido,
tu traslado miraría
con semblante mas benigno,
si de mi esposo no fueras
el mas terrible enemigo.

Qué me importan los honores
con que aumentas su prestigio
si comprar con ellos quieres
mi honor sacrosanto y limpio?

Esta ignominiosa carta
que á mis manos ha venido,
solicitando imprudente...

Mas no quiero repetirlo,
pues tan solo en recordarlo
me parece que me humillo.

El papel devore el fuego.

(*Le arroja en la copa.*)

Perdonaré tu estravio,
mas nunca sépa Velazquez
cuales fueron tus designios.

(*Abre la puerta de escape y aparece el rey que saluda á Juana.*)

ESCENA VI.

JUANA. ¿Qué le dices?

JUANA. (Dadme valor, cielo! ¿cómo en tu protección confío?)

REY. El cielo guarda esa para, frágata y lodanay Dios os guarde, Doña Juana.

JUANA. Con él vengais, gran valor.

REY. Desaparezca, mi bien de ese rostro la trinidad no merece. mi fea tan inclemente desden. No hay satisfacción para mí, ni de valor si no alumbra! vuestro amor la carrera de mi vida.

JUANA. Galante sois en verdad.

REY. No sois estrella del cielo?

JUANA. Alumbraros yo! que vivir en la oscuridad? Y si alguna luz despidoy soy como luna modesta á quien nadie de la presta y ese sol es un marido.

REY. Siempre, siempre! vuestra fiera condición escarnece de este pecho enamorado.

JUANA. En lucha tan desigual contra vos, ¿habéis el pudor de una fé de una Y ved que es indigna de vuestro nombre, hacer tal á quien vendéis Es muy natural que la respuesta que os he dado.

- pero el honor ultrajado
es altivo y se rebela.
- REY. Me duele; ~~de las palabras que oí.~~
de las palabras que oí.
Sin duda al hablarme así,
os olvidais de quien soy.
Y aseguro, por Dios, ~~que á dama que así se escoda,~~
que á dama que así se escoda,
solo perdonarla puede
el hombre que la ama; tanto
vuestra en la provocación,
vuestro el injusto desdén.
- JUANA. Porque culpado me creo,
soporto la humillación.
Mas la ingratitude, señora,
con que rechazáis mi ruego,
da mayor ímpetu al fuego
que el corazón me devora.
Mi amor propio se rebela,
si desisto de mi intento.
Reflexionad un momento
de quién será la tentaja.
Y sobre todo, pensad
que no evitais vuestros males,
pues con ardua diligencia
batirse es temeridad.
- JUANA. Vuestra conducta arbitraria,
no esperéis, no, que me aflijá.
Mientras que mi honor lo exija,
seré con vos Actítrasia.
Que al fin hallaré un poder
para lograr mi reposo.
El cielo me dió un taposo,
que me sabrá defender.
- REY. Y la esposa no advina
que á tal extremo apelando,
del esposo preparando
va, la perpetua ruina.
Pienso vuestro aceto juicio,
pues no lo debe ignorar,
que allí doferigi un altar,
levantar puede un suplicio.

JUANA. Qué me decís!

REY. Juana temerosa;
con que ya tembláis?

JUANA. Qué horror!

REY. Pronto comienza el terror
de la atribulada esposa.
Mas permitid que presienta,
ó que venturoso ardeya,
que habrá otro sol que destruya
la inesperada tormenta;
que aunque lejos, la bonanza
hoy contempla el rey Felipe,
tal vez pronto la disipe,
con el sol de su esperanza.

JUANA. Injusto fue mi temor,
pues suponer no debiera
que á tal extremo subiera
vuestro infundado rencor;
que aun cuando en el pecho mande
la pasión, está obligado
todo hombre á ser honrado,
y todo rey á ser grande.

REY. Presumis que el hombre egregio,
sustenta otras condiciones,
y está exento de pasiones
por natural privilegio?

JUANA. Mas del poder en la cumbre,
es el monarca un espejo,
cuyo universal reflejo,
contempla la muchedumbre.

REY. Me encantad! Dejad que afano,
imprima el labio gozoso,
un ósculo venturoso
sobre vuestra blanca mano.

JUANA. Es vana la pretension.

REY. Ni aun me dais ese consuelo?
No se hace digno mi anhelo,
de esa humilde concesion?

JUANA. Pues aunque falso á la ley
de caballero... (Quiere superior la mano.)
(Retrocede.) Jamás!

Señor, repentás!

ESCENA VII.

JUANA, REY, MURILLO, *desenvainando la espada y poniéndose delante del rey.*

MURILLO.

Atrás!

Pronto en guardia!

JUANA. *(Sujetando á Murillo.)* Qué es el rey!

REY. Que estais demente imagino.

MURILLO. Perdonad, no os conocí.

REY. Pues yo reconozco en tí
un miserable asesino!

JUANA. Respondo de su inocencia.

MURILLO. Dios me tenga de su mano!

REY. Yo castigaré al villano.

MURILLO. Se me acabó la paciencia.

REY. Traidor; humilla la espada.

MURILLO. Yo villano, yo traidor?

Respeto de mi ofensor

la persona que es sagrada;

mas perezca su traslado!

(Se lanza sobre el retrato como para herirlo y se detiene.)

REY. Hieres! Tu furor que aguarda?

Mi retrato te acobarda?

MURILLO. Por que está muy bien pintado!

Ah! perdonad mi locura.

En ese lienzo venero

vuestra imagen lo primero

aunque admire la pintura.

Si anduve ciego, importuno,

ofensa me hicisteis vos,

que no sufriera por Dios

del rey abajo á ninguno.

Antes si de igual manera

hasta que vos me insultara,

veinte vidas le quitara

si veinte vidas tuiera.

JUANA. perdonadle su osadía.

Es un pintor forastero.

REY. Joven audaz y ahonoro.

JUANA. Yo os juro que no sabía...
 REY. *(Mirándole con desprecio.)*
 Es atrevido y loco.
 (A Juana.) De cosas que han de importaros
 tengo, señora, que hablaros
 y me estaba este rapaz
 (A Murillo.) Os perdono. *(Con despego.)*
 Soy feliz. *(Con alegría.)*
 MURILLO. Bien está.
 REY. *(Custita alvárez.)*
 MURILLO. No se equivoque otra vez
 el atrevido aprendiz.
 REY. (A Murillo.) Vete pronto.
 MURILLO. *(Se levanta.)* Dios me asista.
 REY. Si murmuras, por quien soy...
 MURILLO. Ved, señor, que ya me voy...
 (No te perdere de vista.)

ESCENA VII.

JUANA, REY.

REY. *(Con desprecio.)*
 Y es pistor... ese chiquillo?
 JUANA. Tiene grandes pretensiones
 de serlo, y disposiciones
 REY. Cómo se llama?
 JUANA. Murillo.
 REY. Que es un mono de aventuras
 declaró su proceder.
 Pienso que le de conocer
 algunas de sus pistras
 De otra cosa os quiero hablar
 y respuesta aguardo a esto
 A Italia va nuestro esposo
 le pensáis acompañar?
 JUANA. Acompaño a mi marido.
 REY. *(Sonriendo.)* Os habéis comprometido
 JUANA. Lo tengo solicitado
 y mi esposo se ha comprometido

- REY. Qué importa su concesion
si no ha de lograr su efecto?
Destruirá vuestro proyecto
una secreta razon.
- JUANA. Pero si esa oculta trama
llega á descubrirse un dia,
tan insensata porfia
ameguará vuestra fama.
- REY. En mis planes hay recato:
y mi golpe será cierto,
sin ponerme á descubierto.
No es el rey tan insensato.
- JUANA. Os inspira Satanás?
- REY. Siempre afortunado fui.
Quéreis que luchemos?
- JUANA. *(Después de un momento.)* Sí!
- REY. Veremos quien puede mas.

ESCENA IX.

JUANA, REY, y VELAZQUEZ.

- VELAZQ. *(Después de haber saludado al rey.)*
Traigo un glorioso mensaje
para ti.
- JUANA. ¿Cuál es, amigo?
- VELAZQ. No puedes venir conmigo;
cual pensaba, en mi viaje.
- JUANA. La causa saber quisiera.
- VELAZQ. Te la diré sin demora.
(Dándole un pliego.)
La reina nuestra señora,
te nombra su camarera.
- (Mirada satisfactoria del rey; aspecto indignado de Juana; sencilla indiferencia de Velazquez.)*
- VELAZQ. Con tierna solicitud,
que te diga me ha ordenado,
que reclama tu cuidado
su quebrantada salud.
(Al rey.) Eso calló el soberano
y por él mi esposa medra!

~~Rey~~ ~~(Con dulzura.)~~ ~~Es que el Rey me lo pide,~~
y luego escudo la mano.

JUANA. Os agradezco en verdad,
tan distinguido presente;
señor, seré complaciente.
Decidle á su majestad
que admira su proceder
y que...

ACTO PRIMERO
(Con doble intencion.)

que siempre sabré cumplir
con mi sagrado deber.

Rey. De la reina, camarera,
por mi proteccion os veis,
y aun espero que seréis
su amiga... y su compañera.

(Van corriendo y Velazquez la acompaña.)

PRIMERA ESCENA
ESCENA X.

~~Rey~~ ~~(Entrando.)~~ ~~¿Dónde está Juana?~~
Juana. Señor, aquí estoy.

Sagaz y astuto burló

la defensa que le supliqué.

Cielos! Cómo destruí

el lazo que me sostenía.

(Arroja el anillo sobre la mesa y huye.)

(Voz fuera.)
¿Dónde está Juana?

(Voz fuera.)
¿Dónde está Juana?

FIN DEL ACTO PRIMERO.

(Voz fuera.)
¿Dónde está Juana?

(Voz fuera.)
¿Dónde está Juana?

ACTO SEGUNDO.

La decoracion del acto primero. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.
X ANTES

JUANA, CAMARERA. *Aparece la primera vezida de grande elegueta y mirándose al espejo, la camarera á su lado con un adorno de cabeza en la mano.*

CAMAR. Está á vuestro *gustol* sup *camarera* el

JUANA. *mirando* *el* *espejo*

CAMAR. Os pondré el *adorno* *en* *la* *mano*

JUANA. *(La detiene)* *no* *dejes* *de* *mirar* *te*

déjale en mi tocador

hasta que mi esposo venga.

Retírate.

CAMAR. Bien, señora,
con permiso de vucencia. *(Saluda y vase.)*

ESCENA II.

(Entrada de Juana)

JUANA, luego MUBILLO.

JUANA. Enojosa obligacion;
yo adornarme, cuando el alma
me devora amarga pena!
Dentro de breves momentos

me presentaré á la reina; si con el
honor con que al rey Felipe me sup
quiere preparar el dote; me sup
Por facilitar un triunto a la corona
á mi noble esposa; á la vez
mas si esto falta se ampara
me sobran fortunas.

MURILLO. (Sale.) Guardaos el cielo, señoras; ¿is
qué hermanas le tuis chamarras?

JUANA. Pronto el lenguaje aprendidote
de la corte; habia un batallero al.

MURILLO. ¿Quién tal piensas
Os digo que es un hombre; que es
y eso es hablar con franqueza
Buen modelo, mira Cristóbal
para el pintar; que quisiera
representar de una virgen
la soberana belleza.

Voy á daros un consejo.
(Con misterio.) Que el rey á vosotras no vuelva.

JUANA. Me verá, por mi desgracia
mas no importa que me vea.

MURILLO. Por vos desnudó el secreto
ignorando que el rey era
pero si á ofenderos vuelve
le desnudará á sabidas.

JUANA. Enojado está con vos
el soberano.

MURILLO. Quereros
Ya me echó sobre el abito
la absolucion, mas completa.

JUANA. Le habeis hablado?

MURILLO. Sí, he hablado
Antes de que concuerda
viendo los cuadros estaba
que las paredes pintadas
de las galerias; cuando
escuché al rey por puerta
Era el rey; le expecto
Le saludó; me contestó
permanecí silencioso
mas de buenas á primeras

me dice la majestad,

que nuestra patria gobierna,

«qué cara de pilla tienes!»

Yo le hago una reverencia,

y él añade: «Vas á Italia

con Velazquez, ó te quedas»

«Me quedo,» responde yo.

«Pues algo más aprendieras

si examinases los cuadros

de Nápoles y Nápoles.»

«La voluntad no me falta.»

«Que te hace falta?» «Monedas.»

«Y si de mí las obtienes?»

Ya acertaste; mi respuesta:

Le dije que partiría.

Suspense un rato se queda,

y al cabo de breve instante

añade con faz ribesita:

«me conviene que te suspentes;

yo hablaré de esta materia

á Velazquez, y despues,

sabrás lo que se resuelva.»

En este momento asoma

por allí otra cara regia,

que segun supe mas tarde,

era la infanta Teresa.

El rey de mí se despidió

y al punto parte con ella;

sigo examinando cuadros,

me sorprenden las tidiablas,

y dejando las pinturas,

vine bajando escaleras,

hasta llegar á este sitio,

donde una grata sorpresa

tuve viéndola tan bebosa.

Pero bajais la cabeza

y meditais, como el rey,

JUANA.

Presentimientos; sospechas.

El rey quiere que partais,

comprende su estratagemá,

MURILLO.

Que misterio puede haber.

JUANA.

Ha visto la fé sincera

que profesais á Velazquez,
y prevenido recela
que podreis ser un discípulo
á los fines que proyecta.—
Un sacrificio Murillo!

MURILLO. Nada señora os detenga.

JUANA. Meditad lo que ofreceis.

MURILLO. Disponed; mi vida es vuestra.

JUANA. Pues bien; quedaos en Madrid.

MURILLO. (*Pasoso.*) (Cumplir mi palabra es fuerza)

JUANA. Qué respondéis?

MURILLO. (*Con frialdad.*) Que me quedo.

JUANA. Pero gran esfuerzo os cuesta.

Lo dice vuestro semblante.

MURILLO. No sé fingir; con violencia

á mi partida renuncio.

JUANA. Murillo, pues hacéd cuenta

que nada os dije.

MURILLO.

Señora,

no sabéis á donde llega

mi fé, mi agradecimiento,

por la acogida benéfica

que me disteis. Además,

juro que aunque así no fuera

por dama cual vos, acabo

llevara mayor empresa.

JUANA. Me vereis reconocida.

MURILLO. No hay que hablar en la materia.

Por lo demás, no haya miedo.

Soy jóven, tiempo me queda

para recorrer el mundo

y ver las obras perfectas

de nuestros grandes maestros;

y si así no sucediera,

mejor, me verá obligado

á ser creador de una escuela,

y diré siempre que pinto:

no hay mal que por bien no venga.

JUANA. Me haceis una gran merced.

Murillo, mi esposo llega.

ESCENA III

JOANA, MURILLO, VELAZQUEZ.

VELAZQ. Salud esposa. *(Saluda á Murillo.)*

JUANA. D. Diego.

VELAZQ. Me place hallaros dispuestos para que vengais conmigo á visitar á la reina, y á darle gracias cumplidas por el favor que os dispensa.

MURILLO. Y ha de quedaros pasmada, pues no admite competencias, el rostro de vuestra esposa con el rostro de la reina.

Sí, venturoso marido, recibid la enhorabuena; que es muy difícil hallar en cuanto abarca la tierra reunido en una mujer virtud, talento y holteza.

VELAZQ. *(Dando la mano á Murillo.)* Felicitacion que admito, porque la juzgo sincera.

MURILLO. Siempre digo lo que siento. Si me concedéis licencia, voy á ver á Alonso Cano; pues sé que vive muy ciego para entregarle un billete de un amigo que lo aprecia un venerable canónigo de Sevilla. Doy la velta muy pronto, pues el casancio y el sueño, rinden mis fuerzas. *(Hácese saludar y pasa Murillo.)*

ESCENA IV.

JUANA, VELAZQUEZ.

VELAZQ. Me agrada mucho el mancebo;
y observo que cuanto espresa
se lo dicta el corazón.

Haré porque le proteja
su majestad; aunque pienso
que el soberano proyecta
que á Italia venga conmigo.

JUANA. Pedirte un favor quisiera.

VELAZQ. Para mí tu voluntad
será siempre ley suprema.

JUANA. Es preciso que del rey
á cualquiera costa obtengas
el que no parta Murillo.

VELAZQ. Pues él partir no desea?

JUANA. Murillo quiere quedarse.

VELAZQ. Por qué causa?

JUANA. Conocerla
no pretendí.

VELAZQ. Tendrá amores;
que á su edad solo pudiera
separarlo esa pasión
de tan seductora empresa.

JUANA. Tal vez amoroso empeño
le haga obrar de esa manera.
Buscó en mí una intercesora;
rogó con tal insistencia....

VELAZQ. Pero si el rey se lo manda?

JUANA. Tu influjo en su abono sea.

VELAZQ. Enamorado Murillo
en la corte, cuando apenas
de llegar acaba?

JUANA. Es raro.

VELAZQ. Quizá en pos de alguna bella
sevillana á Madrid vino.

JUANA. Es posible.

VELAZQ. Y dijo que era

- su amor el estudio, el móvil
que le guiaba á mis puertas!
- JUANA. No culpes por conjeturas;
nada sabes con certeza.
Podrá existir otra causa:
respetemos su reserva.
- VELAZQ. Amores serán sin duda.—
Y no finge mal.
- JUANA. Sospechas
infundadas no aventuras.—
Cuida que efecto no tenga
su marcha que es lo que importa,
si complacerme deseas.
- VELAZQ. Haré cuanto esté en mi mano...
(*Se oye ruido de llave en la puerta de escape.*)
- JUANA. Oigo ruido en esa puerta.
El rey será; yo me ausento,
que no gusto que me vea.

ESCENA V.

VELAZQUES, luego REY.

- VELAZQ. Nunca vino aquí de noche.
Ocurrenca singular!
- REY. (*Sale.*) Saludo á Diego Velazquez.
- VELAZQ. Dios guarde á su majestad.
- REY. Pienso que no me esperabas.
- VELAZQ. No os esperaba, es verdad.
Vuestra visita me honra.
- REY. A lo que vengo sabrás.
Un nuevo cargo te doy
en mi palacio, aquí está
tu título. (*Le entrega un pliego.*)
- VELAZQ. Tal merced...
- REY. Puedes leer.
- VELAZQ. (*Abre el pliego.*) Qué será?
(*Lee y el Rey se pasea.*)
- REY. (Nos veremos Doña Juana,
ya que invencible os juzgais,
que no repara en los medios

roy que pretende casarse.)
VELAZQ. Aposentador mayor de palacio, me nombráis?
 Disimulad si no acepto,
 porque tan alto lugar
 confieso que no merezco
 vuestro súbdito leal.

REY. No fué mi intento premiarte.

La comision que har
 quiero á tu probado ingenio,
 es de tan grande entidad,
 que de complacerme en ella
 eres tú solo capaz.

(Velazquez se inclina.)

La infanta Doña Teresa
 dentro de poco saldrá
 para la corte de Francia,
 donde se ha de celebrar
 su boda con Luis el Grande,
 y conviniendo á mi plan,
 antes de esto, era el rey,
 un grave asunto tratar,
 en la isla de los Pisuerga
 este concierto se hará.
 Esta noche sin tardanza
 á ese punto partirás.

Habia con mi tesoroero,
 pues órdenes tiene ya
 de darte cuanto le pides
 de mi tesoro real.
 Con grande magnificencia
 mi recinto adornarás,
 que el rey de Francia se admire,
 que nunca haya visto igual
 esplendor en su corte.
 Lo entiendes?

VELAZQ.

REY.

VELAZQ. Con que esta noche.

REY.

á las diez.

VELAZQ.

Así será.

Bien.
 Nada más.

Esta noche,

- REY. Una advertencia, Velazquez, 03A3A7
 Presumo que esa mujer 1334
 á quien hospedaba Marillo, 1335
 algo te podrá ayudar.
- VELAZQ. Es verdad; pero á seguirme 1336
 sin duda se negará.
- REY. Por qué razón?
- VELAZQ. Sé de cierto 1337
 que no quiere abandonar 1338
 á Madrid.
- REY. Quiero que parta; 1339
 dile que es mi voluntad.
- VELAZQ. Suplicaros ofreci 1340
 que le dejareis estar 1341
 e la corte, confiado, 1342
 cual siempre en vuestra bondad.
- REY. A él se lo ofrecieris?
- VELAZQ. No. 1343
 A mi esposa que eficaz, 1344
 me recomendó su instancia, 1345
 (Intercesion singulari) 1346
 Doña Juana?
- VELAZQ. Doña Juana. 1347
- REY. Con que tu mujer?
- VELAZQ. (Receloso.) Si tal. 1348
- REY. Tú, qué deduces?
- VELAZQ. Deduzco... 1349
 Nada de particular. 1350
- REY. Mucho extraño que Marillo, 1351
 que es atrevido y loco, 1352
 de intérpretes necesite. 1353
 (Con melicis.) De Doña Juana quizá 1354
 será el campo. 1355
- VELAZQ. (Con inquietud.) Señor... 1356
- REY. El mancebo es muy galán. 1357
- VELAZQ. Que suponeis?
- REY. (Con intencion.) Mil elogios 03A3A7
 la tributó poca há. 1358
- VELAZQ. Tan misteriosas palabras 1359
 no entiendo. 1360
- REY. Vas á marchar. 1361
- VELAZQ. (Cielos!) 03A3A7

- REV. Y en tu propia estancia,
se queda ese perillan.
- VELAZQ. Qué suponeis? En el pecho
me estais clavando un pañal.
- REV. Perdona, no fué mi intento
causarte tanto pesar.
Fueron reflexiones solo.
Adios... no te digo mas.
(Atribulado le dejo.
Con Murillo partirá.)

ESCENA VI.

VELAZQUEZ, luego JUANA.

- VELAZQ. Tan estraña retinencia
me llena de confusion
y turbada la razon,
con espantosa violencia
se agita mi corazon.
No sé lo que me sucede.
Injusto el recelo ha sido
del rey; mi mujer no puede
faltarme... Mas no ha exigido
que aquí Murillo se quede?
Insistió de tal manera,
que en vano scallar pretendo...
Lejos de mí tal quimera;
su lealtad es verdadera;
con solo dudar la ofendo.

(Sale Juana.)

- Llega esposa, y tu presencia
desvanezca mi locura.
Quién de su virtud murmura?
Quién al verla se aventura
á dudar de su inocencia?
- JUANA. Que quereis darme á entender?
Callas?

- VELAZQ. (Imprudente he sido.)
No lo pretendas saber;
pude un yerro cometer;

- mas estoy arrepentido.
- JUANA. Aumentará mi agonia
tu silencio.
- VELAZQ. Qué poñial.
- JUANA. Hablabas de mi inocencia...
- VELAZQ. Tranquila está mi conciencia.
- JUANA. Y tambien lo está la mia.
- VELAZQ. Fué un delirio. De otra cosa
tratemos.
- JUANA. No soy curiosa.
Desistió el rey de su empresa?
- VELAZQ. (Mucho, por Dios, se interesa
en este asunto mi esposa.)
Hablé con el rey.
- JUANA. Y humilde
accede á la pretension
de Murillo?
- VELAZQ. (Luego en vaso.
Si en lo que habló el soberano
habrá tenido razon.)

ESCENA VII.

VELAZQUEZ, JUANA, MURILLO.

- MURILLO. Despaché; gracias á Dios!
(A Velazquez.) Cuando entrabo, me ha parado
un ujier, y me ha entregado
este papel para vos.
(Le entrega un papel y Velazquez lo abre.)
Por Cristo que estoy cansado!
(Se sienta junto á la mesa.)
Y hasta el sueño sin piedad
acosa al pobre viajero.
Pronto desquitarme espero.
- VELAZQ. (Lee.) De orden de su majestad,
os aguarda el Tesorero.
- (Murillo hojea los libros que están sobre la mesa en
ademán soñoliento.)
- VELAZQ. (A Juana.) Juana, ya lo has escuchado;
disimúlame un momento,

- pronto volveré á tu lado.
- JUANA. Mientras cumplas lo mandado,
yo te aguardo en mi aposento.
(Bajo á Murillo al entrar)
Murillo, os tengo que hablar,
cuando mi esposo se ausente.
- MURILLO. (Bajo.) Pódeis, señora mandar.
(Vase Juana; Velazquez lo ha observado todo.)
- VELAZQ. (Se hablan bajo... Dios clemente!
Si yo pudiera observar!)

ESCENA VIII.

- VELAZQUEZ y MURILLO. Velazquez mira de reojo á Murillo
mientras se pone los guantes; este prosigue leyendo.
- MURILLO. (Reparando los libros que están en la mesa.)
«Comedias de Calderon.»
«Lope de Vega» «Argensola»
«Crónica del Rey D. Sancho»
«Del Rey D. Pedro la crónica»
«Los romances de Quevedo.»
(Habla.) Este libro me acomoda,
que tan festivo escritor,
me deleita con su prosa
y divierte con sus versos.
(Hojea y lee en silencio.)
- VELAZQ. (Oh! qué angustia! Que zozobra!
Mas si es delincuente, cómo
el verme no le abochorna?
Si me declaro me humillo;
el disimulo destroza
mi corazón. Quiera el cielo,
que yo la verdad conozca,
y si la desdicha es cierta,
lave con sangre mi honra!
El Tesorero me aguarda.)
(Velazquez se dirige á la puerta del foro, en la cual queda
parado á las estrepitosas carcajadas de Murillo que se
levanta con el libro en la mano.)
(Justo Dios, de mí se mofa!)

MURILLO. Escuchad este romance
de Quevedo. (*Llamando á Velazquez.*)

VELAZQ. Qué me importa?

MURILLO. Le dedica á los maridos;
y se expresa en esta forma. (*Lee.*)

DOCTRINA DE MARIDO PACIENTE.

ROMANCE.

«Selvas y bosques de amor,
dehesas, sotos y campos,
quien os cantaba soltero,
os viene á mugir casado.
La lira de Medellin
es la cítara que traigo;
y soy falsete con todos
de la capilla del Pardo.
De puro casado temo,
si me escondo ó si me tapo,
que los que no me conocen,
me sacarán por el rastro.
Conocisteme pastor,
conocereisme ganado,
tan novillo como novio,
tan marido como gano.
Bien puede ser que mi testa
tenga muchos embarazos;
mas de tales cabelleras
hay pocos maridos calvos.
Tambien he venido á ser
regocijo de los santos;
pues siendo abril de san Lucas
soy la fiesta de san Marcos.»

*Murillo sigue riendo, mira despues á Velazquez, y ambos
se quedan gran rato observándose atentamente
hasta que dice.)*

MURILLO. No os ha gustado el romance?

VELAZQ. Mi opinion será laónica;
pero á su debido tiempo.

MURILLO. Teneis la mirada fosca.

VELAZQ. Hablaremos, caballero.

(*Oh! los celos me devoran!*)

(*Vase y Murillo le sigue con la vista con aire de confusion.*)

ESCENA IX.

MURILLO, luego JUANA.

MURILLO. Hé aquí un magnífico trance,
una escena singular,
que se puede titular:
Los efectos de un romance.
Interin, tan solo puedo,
por lo que acabo de ver,
que Velazquez debe ser,
enemigo de Quevedo.
Pero, qué pienso insensato?
Me retracto, me desdigo;
mal puedo ser su enemigo
teniendo allí su retrato.

*(Señalando á un retrato de Quevedo, que se verá colgado
entre los demas cuadros. Sale Juana.)*

Pero aquí está Doña Juana.

(Juana vase á la puerta del foro y la cierra con el cerrojo.)

JUANA. Se ausentó ya mi marido?

MURILLO. Y en verdad algo enojado,
y sospecho que conmigo;
pero la razón ignoro.

JUANA. No es con vos; pienso, Murillo,
que el Rey su inquietud motiva.

MURILLO. Ha recelado?..

JUANA.

No atino

con la razón de su enojo;
pero despues que se han visto,
he notado su mudanza;
y así, conviene advertiros,
que si tratase mi esposo
de buscar algun indicio,
y sorprenderos intenta,
que camineis prevenido.
La nobleza de su pecho
conozco; su genio altivo;
la cólera del monarca,
sé que arrostrará atrevido,

que no temerá esponerse
al mas horrendo castigo,
antes que ver empobado
de su fama el claro brillo.
Pues ya conocéis mi intento,
reclamo vuestro sigilo:
Lo prometeis?

MURILLO. Lo prometo.

JUANA. Os doy mil gracias, Murillo.
Idos, pues, á descansar.

MURILLO. Juzgo que será preciso,
porque ya el sueño me rinde.

JUANA. Adios.

MURILLO. Con vuestro permiso.

JUANA. Esperad! *(Le detiene.)*

MURILLO. Qué me quereis?

JUANA. No escuchasteis, ese ruido?

(Aplica el oido á la puerta de escape.)

Es el rey! que él solo puede
venir por este pasillo.
Atended.

MURILLO. *(Me estoy durmiendo.)*

Qué mandais?

JUANA. Os necesito.

El Rey aquí se encamina,
si á otra estancia me retiro,
será capaz de seguirme:
público hará su desigilo,
y evitar á toda costa
el escándalo, es preciso.
Entrad en ese aposento;
permaneced escondido,
y á la primera señal,
apareced repetino
como que quereis decirme...
no os detengais. Qué conflicto!

MURILLO. Quiera Dios que no me duerma.

(Entra en el gabinete y cierra Juana.)

JUANA. Ampárame, Dios benigno!

ESCENA X.

JUANA, el REY que entra y deja el sombrero sobre un sillón.

JUANA. Aquí otra vez?

REY. Perdonad.

Al entrar aquí sabía
que mi visita os sería
poco agradable.

JUANA. Es verdad:
me desagrada y sorprende.

REY. De mal pagada afición
toda manifestación
importuna y aun ofende.

Mas sabed que el rey procura
vuestro bien: tal es su intento.

JUANA. Entrando en este aposento
procurais mi desventura.

Quien grande y noble nació
en tan poco ha de tener

la fama de una mujer,
de una mujer como yo?

El rey cuando lo conviene
á cualquiera puede honrar

con títulos, mas no dar
honor á quien no le tiene.

Si esta verdad concedéis,
respetad mi escaso honor

y no me quitéis, señor,
lo que daros no podéis.

REY. En guerra estamos, señora,
y la propusisteis vos;

si hay ventaja entre los dos
está de mi parte ahora.

Ardid opuse al ardid,
os privé de todo amparo,

pero no tengo reparo
en dar tregüas á la lid.

- Esto vine á proponeros
mirando á vuestro decoro.
Las condiciones ignora.
Ninguna puede ofenderos.
VED QUE NADA HABRÁ QUE TUERZA
mi firme resolución.
REY. Ya sé yo que el corazón
no se conquista por fuerza.
Distintos mis pensamientos
son de lo que imagináis.
Quiero que me permitáis
solo hacer merecimientos.
Logrando esta libertad
quién sabe? quizá algún día
mi voluntad hallaría
premio en vuestra voluntad.
De la fé con que os adoro
os daré prueba segura.
JUANA. Imagináis, por ventura,
salvar así mi decoro?
Nunca esperéis que consienta
tan estraña condicion.
No teméis vuestro baldon?
No veis segura mi afrenta?
REY. Quién á mí me juzgará?
Yo no reconozco jueces.
JUANA. El mundo, que las mas veces
por experiencias se guía.
Os juzgará la opinion,
juez supremo, irrevocable,
cuyo fallo inexorable
no consiente apelacion.
REY. Basta ya. (Me ha confundido.)
(Golpes repetidos en la puerta.)
Pero, quién llama á esa puerta?
JUANA. Ya mi desventura es cierta!
REY. Qué decís?
JUANA. Es mi marido.
REY. Vais á abrir la puerta?
JUANA. Sí.
REY. Me culpa la dilacion.
Esperad, tenéis razon;

no debe encontrarse aquí.

(Vase precipitado por la puerta de escape dejando caer la llave, y olvidándose el sombrero. La puerta de escape queda entornada. Juana abre la del foro y sale Velazquez con mal reprimida agitación.)

ESCENA XI.

VELAZQUEZ, JUANA.

VELAZQ. Qué estabais haciendo?

JUANA. *(Turbada.)* Nada.

VELAZQ. *(A disimular no acierta.)*

(La coge de la mano dulcemente.)

Por qué cerrasteis la puerta?

Temblais! Estais azorada!

JUANA. Azorada yo? la vista

os engaña.

VELAZQ. Baro acaso!

No decís á cada paso
que soy gran fisonomista?

JUANA. Mal, siendo pintor tan diestro

conocéis el corazón.

VELAZQ. Pues no tuviera razón

si no conociera el vuestro.

JUANA. Basta!

VELAZQ. Os alterasteis?

JUANA. Vos

pareceis mas bien...

VELAZQ. Mirad

que aguarda su majestad.

Id á adornaros.

JUANA. *(Con gravedad.)* Adios.

ESCENA XII.

VELAZQUEZ.

Su aspecto me desconcierta.

Será en duda tal, coedura

declararle... Qué locura!...

Será mi sospecha cierta?

(Arroja el sombrero sobre la mesa.)

Cielo será una ilusión

la que destruya mi alma?

Cuando volverá la calma

á mi pobre corazón?

Dudoso y horrible trance!

Juro á Dios que estoy demente!

No se aparta de mi mente

aquel maldito romance.

(Se acerca á la mesa; coje el libro y le abre.)

Murillo!... Suerte cruel!

Con su descaro inaudito,

la página en que está escrito

señaló con un pincel.

(Saca el pincel de entre las hojas y le arroja en la mesa.)

Quizá interpretó mi mente

mal, los versos que leyó.

Quizá me equivoqué... No!

todo lo tengo presente.

Este libro maldecido

me insulta: suerte tirana!

Mi furia en él!

(Tira el libro con violencia, da contra la puerta por donde se entró Murillo, y aparece este de pronto.)

MURILLO. Doña Juana!

VELAZO. Qué estoy viendo?

MURILLO. Su marido.

(Los dos se miran gran rato sin hablarse.)

ESCENA XIII.

VELAZQUEZ, MURILLO.

VELAZO. Que me digais es preciso,
por que estabais encerrado;
por qué os presentais turbado?

MURILLO. *(Este sí que es compromiso.)*
Explicároslo no puedo.

VELAZQ. Cómo!

MURILLO. Acaso os complaciera,
si el cielo me concediera
el ingenio de Quevedo.

VELAZQ. *(Fuera de sí.)* Ya vengarme necesito;
veremos, pues lo quisiste
si te presta escudo el chiste
de ese tu autor favorito.

(Desenvaina la espada.)

En guardia, por vida mía!

MURILLO. ¿pronto á lidiar;
necesito derramar
al punto tu sangre impia.

En guardia!

MURILLO. Qué es lo que piensas?

Señor D. Diego! Qué locura!
cometi yo por ventura
contra vos alguna ofensa?

VELAZQ. Calle el hipócrita labio,
y acepto lo que sentencio:

Negarás, cuando presencio
la evidencia del agravio?

MURILLO. En mi vida alguna no cabe
lidiar aquí.

VELAZQ. *(Envainando.)* Fuera esperad!

(Coge el sombrero que se dejó el rey; se de tiene y le mira.)

MURILLO. Qué miras!

VELAZQ. Este sombrero.

(Murillo tropieza con la llave y la coge; Velazquez repara en ello.)

Qué es eso?

MURILLO. Ved; una llave.

(Se acercan los dos muy despacio mirándose con fijeza.)

VELAZQ. *(Examinando el sombrero.)*

La pluma que lo engalana,
tiene en su extremo un diamante;
un anillo semejante
al que me dió esta mañana.

(Colefándole con el que tiene en el dedo.)

El monarca me ofendió.

Esa llave es de esa puerta,
será mi desdicha cierta?

(La abre y la cierra en seguida con violenta prontitud.)

Abierta se la dejó!

(Agiado.) Me ultraja su majestad.

(A Murillo.) Y vos también; lo repito.

En vos existe el delito

de torpe complicidad.

MURILLO. Segura está mi conciencia:

vos me prestasteis asilo,

y cuando esteis más tranquilo

os probaré mi inocencia.

(Da la llave á Velazquez.)

VELAZQ. Que no entienda mi mujer

lo que ha sucedido aquí.

MURILLO. Nada temais, que por mí,

no ha de llegarlo á entender.

(Velazquez abre el cajón del armario, y guarda ambos objetos y echa la llave.)

VELAZQ. No hay duda, estoy decidido.

Cómplices, presos quedais

hasta que satisfagais

el ultraje de un marido.

(Coge su sombrero y se lo pone. Sale Doña Juana con un magnífico prendido.)

ESCENA XIV.

VELAZQUEZ, JUANA, MURILLO.

VELAZQ. *(Se adelanta con afectada amabilidad.)*

Señora, dadme la mano,

que el momento se retarda;

ya impaciente nos aguarda

la esposa del soberano.

(Vanse por el foro, y Murillo los sigue y se queda en la puerta siguiéndolos con la vista. Luego baja al proscenio.)

ESCENA XV.

MUBILLO.

En que vendrá á terminar,
este fatal incidente?

Pensamos, juiciosamente...

(Se sienta y se levanta en seguida.)

Mas, no: me voy acostar...

(Vase y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



VX AUREA

ACTO TERCERO.

La decoracion del acto primero y segundo. Sigue siendo de noche. El retrato del rey fuera del caballete é inmediato á la puerta de escape.

ESCENA PRIMERA.

MURILLO, JUANA.

MURILLO. Fue mi primera intencion acostarme, lo confieso, que ya era justo, señora, dar algun descanso al cuerpo; mas noté de vuestro esposo los ademanes siniestros, ví sus fatales sospechas, y la verdad, presumiendo consecuencias nada gratas de tamaño desconcierto, me desveló la conciencia que me gritaba diciendo: «Murillo, tu protectora padece en este momento, víctima de alguna trama que acaso engendró el infierno. Dormirás tranquilamente

en ese mullido lecho,
en tanto que doña Juana
sufre tales contratiempos?
Cambio, pues, de parecer,
cojo la capa, el chambergo,
me siento en este sillón
y me recibo... y me duermo;
que á buen hambre no hay pan duro,
ni mala cama á buen sueño.

JUANA.

Cuán bueno sois! el suplérans,
lo mucho que os agradezco
el interés que os tomáis
en mis amargos desvelos!
Sin duda vuestra amistad
próvido me otorga el cielo
porque alivie mis pesares.
Dios mio! cuán breve, el tiempo
fue de mi dicha! Que raudas
las horas del bien huyeron,
y la flor de mi ventura,
cuán pronto marchitó el bierzo!

A pesar de mi inocencia,
soportar apenas puedo,
del esposo que idolatro
el rostro airado y severo.
Ya perdí su confianza;
si conquistarla pretendo
espongo su vida... nunca!
Yo tan solo sufrir debo!

MURILLO.

(Está visto; ignora el lance
de la llave y el sombrero;
pero prometí callar,
y cumplo lo que prometo.)
Y Velazquez?

JUANA.

Me dejó

en esa puerta diciendo:
«Pronto vuelvo, doña Juana»
y con tono tal, que tiemblo
al recordarlo. Qué intenta!

MURILLO.

Desechad todo recelo,
no así perdais la esperanza,
vuestro esposo es hombre cuerdo:

cuando descubra el arcano
obrará cual caballero;
viéndoos modelo de esposas,
viéndoos de virtud ejemplo.

JUANA. Escuchadme.

MURILLO. Qué mandais?

JUANA. Me ocurre un buen pensamiento.

MURILLO. Ya os escucho.

JUANA. Os atreveis
á llevar al punto un pliego
al monarca?

MURILLO. Si me dejan
penetrar en su aposento...

JUANA. Siendo yo quien os envia
no hallareis impedimentos.
Voy á escribir el billete.

MURILLO. Escribidlo, ya os espero.

JUANA. *(Sentándose á escribir.)*
Quiera el Dios que esta misiva
surta el anhelado efecto.

MURILLO. No me pesa la embajada, *(Hablando consigo.)*
y ya que dormir no puedo,
examinaré los cuadros,
veré los ricos objetos
que ornán la cámara régia,
y cuanto pueda; que es bueno
para bien pintar las cosas
haberlas visto primero.

JUANA. Tocadle en el corazon,
Virgen santa! Yo os lo ruego!

(Cerrando el billete.)

MURILLO. Lacónica habeis estado,
señora, por lo que veo.
Ni dos minutos...

JUANA. *(Se levanta y da el billete á Murillo.)*

Tomad;

ved que su respuesta espero.

MURILLO. Si me la dá la tendreis.

Hasta despues.

JUANA. Hasta luego.

En el momento en que se oye

ESCENA II

JUANA.

Es la penitencia esperanza
 con que desdichada cuento,
 la veré de arrancada.
 No lo permitan los cielos,
 Qué terrible es esperar!
 Despojaré mis caballos
 de estos frívolos adornos,
 que inventó el orgullo necio.
 Mal conciertan estas galas
 con el luto de mi pecho.
(Vase y sale Velazquez, al mismo tiempo.)

ESCENA III

VELAZQUEZ *después de haber seguido a Juana con la vista, se queda reflexivo.*

Nada Juana respondía
 á cuanto la reina hablaba,
 el monarca la miraba
 y su bufo se sonreía.
 El recordarlo atormenta,
 y destrozó mi alma, cielos,
 serán verdad mis recelos.
 Será pública mi afrenta,
 Mas no puede alucinar me.
 No, porque en hechos se fundo,
 Mi afrenta conoce el mundo,
 conozca que se vengarme!
 Ya que mi duro quebranto
 y mi deshonra sirvió
 de escarnio y de burla, yo
 trocaré el gozo en espanto.
(Sale un pómulo y le declara.)

No es justo mi proceder?
Quién lo duda? **Aquí está tranquilo.**
Resolución... Qué vacilo?

*(Va á derramarle en una de las copas que estan sobre la
servilla y retrocede.)*

Dios mio! Qué voy á hacer!!!
(Momentos de duda y dentro quiboltes.)

Yo desiro... **Si me acuerdo, si me acuerdo**
desistirel... Si me acuerdo, si me acuerdo
cómo remediar el mal que me ha pasado.

Qué cruel recuerdo me trae
Lucha tremenda y fatal
que mi valor me ha costado.

Quién se acordará y no vacilará
si no nació en el mundo
Está la falta evidente?

Aunque la juzgo culpada,
no puede ser inocente?

Ella me pudo engañar *(En ternura.)*
No exageraron mis celos?

Qué ventura, santos cielos,
si yo la puedo salvar.

Hallarla inocente espero,
me lo dice el corazón...

(Dando un golpe en la mesa y señalando al armario.)

Mas hay en este cajón
una llave y un sombrero?
Prendas por mí mal halladas

que dejais en el momento
apenas brindo el momento
mis esperanzas y sueños.

qué venis á hacerme?
que el rey sea penitente.
Qué culpa es culpable? No
pues lo puse en el mundo.

(Sale Murillo corriendo con una carta en la mano.)

(.salta el si y olímpico su casa?)

— 54 —

ESCENA IV

MURILLO, VELAZQUEZ.

MURILLO. La consagración del rey.
(Se sorprende oíendo a Velazquez.)

VELAZQ. ¿Qué decís, vuestras palabras
 escúche.

MURILLO. *(Maldita suerte.)*
 Esto solo nos faltaba.

VELAZQ. Venga ese pliego.

MURILLO. Imposible.

VELAZQ. Toda resistencia es vana;
 y si persistís, os parto
 el pecho de una estocada.

MURILLO. Cosas me decís, D. Diego,
 que á ninguno tolerara.

VELAZQ. Cómplice infame!

MURILLO. Don Diego!

VELAZQ. Murillo, pronto esa carta!

MURILLO. *(Si yo la entrego, confirmo
 su injusta desconfianza.)*

¿Quién duda que este papel,
 vindicará á doña Juana?

(Entregando el pliego á Velazquez.)

Tomad el pliego.

VELAZQ. Está bien.

Espero que sin tardanza
 está casa abandonéis.

MURILLO. Me arrojaís de vuestra casa?

VELAZQ. Que os proteja Alonso Cano,

MURILLO. Antes escuchadme.

VELAZQ. Basta.

MURILLO. *(Un pomo oculto en su mano;
 quiero ver lo que aquí pasa.)*

VELAZQ. ¿Qué os detiene?

MURILLO. Ya me ausento.

El cielo os tenga en su guarda.

ESCENA III

VELAZQUEZ. *Abre la carta y lee agitado.*

«Aun dura en mi pecho la emoción que ha producido vuestra carta. A las diez deberá haber partido vuestro esposo; pasará á veros y quedareis satisfecha de la conducta de—Felipe cuarto.»

(*Habla.*) Cual me late el corazón!

mi pecho se despedaza;

toda mi sangre se enciende,

la ira y el dolor me matan.

Y justificarla quise?

Insensato! .. deliraba.

Por mi propio corazón

la juzgué... Cómo se engaña

el hombre que nace honrado,

que no comprende la infamia!

Qué aguardo ya! Este veneno

lave de mi honra la mancha!

(*Le vierte en una copa y la llena de agua. Tira el pomo.*)

Aquí la prueba estoy viendo;

(*Designando la carta.*)

aquí espero mi venganza.

(*Señalando á la copa.*)

Sí, en los dos me vengaré:

á las diez vendrá el monarca

á contemplar una flor

cuyo aroma le embriagaba;

pero la verá marchita,

sin perfume, deshojada...

Qué tormento si la adora

como yo la idolatraba!

Terrible... sí, muy terrible.

Cielos! El valor me falta?

Nunca: para aborrecerla

presente tengo esta carta.

Peró no viene mi esposa,

y el horrible plazo tarda.

(*Mirando al reloj.*)

Son mas de las nueve y media :
oh! la impaciencia me abrasa!
el rey venir debe pronto...
yo mismo voy á buscarla.
(Vase y sale Murillo con precaucion.)

ESCENA VI.

MURILLO.

El no contó con la huéspedá;
no supo que le observaba
un piatorcillo sin nombre
arrimado en esa tapía.
(Cogiendo la copa donde Velazquez vertió el veneno.)
Arrojemos este liquido
fatal por esa ventana,
(Se aproxima á ella y vierte el agua.)
y pongamos otra copa
en lugar de la que estaba,
(Coge una copa y la pone donde estaba la otra.)
que aun cuando dice un refran
poco veneno no mata,
los refranes son refranes,
y no significan nada.
Mas se acerca el matrimonio
y me vuelvo donde estaba. (Se esconde.)

ESCENA VII.

JUANA, VELAZQUEZ.

JUANA. Con que marchas?
VELAZQ. A las diez,
será preciso que parta;
mas antes que se realice
ausencia tan dilatada,
deja que goce á tu lado
de los instantes que faltan.
JUANA. Volverás pronto á la corte?
VELAZQ. Mi expedición será larga.

JUANA. Tú lo quisieron...
 VELAZQ. El destino
 que de ti me dejó manda,
 sabe Dios si para siempre.

JUANAGIO. Qué dices?
 VELAZQ. No dije nada.

Fue presenciamiento vano,
 sin fundamento, ni causa;
 nacido de la tristeza
 que mi corazón embarga.
 Sentémonos.

JUANA. (Su lenguaje
 me está desgarrando al alma.)

VELAZQ. Qué inquietud tu pecho altera?

JUANA. Yo inquieta? Por qué? le engañas.

VELAZQ. (Qué bien finges la traición.)

JUANA. (Oh! Murillo cuánto tardó!)
 (Mirando al reloj.)

VELAZQ. Que no estás inquieta dices
 y devora tu mirada
 esa aguja que da vueltas,
 y lentamente nos marca
 instantes que con la vida
 avaro el tiempo arrebató?

JUANA. Los cuento, porque á tu lado
 veloces las horas pasan,
 aunque tristes pensamientos
 sólo espresan tus palabras.

VELAZQ. No fue mi intento afligirte.
 Trátemos cosas más gratas.
 Una comedia famosa
 de Calderón de la Barca,
 en en jardín del Retiro
 se estrenó noches pasadas.
 Te referiré el asunto.

JUANA. Y cómo se titulaba?

VELAZQ. Espera... la acción agraria. (Recordando.)

JUANA. Cómo?

VELAZQ. Secreta venganza.
 Un tal D. Alope de Almeida,
 portugués, que la privanza
 logró alcanzar por sus timbres.

del lusitano monarca,
con una mujer hermosa
se enlazó por un desposal
Mujer hermosa y agra,
cuando no fue odiada,
Un D. Luis de Menarides,
galán de prendas muy alias,
que en cierto tiempo rindiere
culto amoroso á esta dama,
al verla en ajenos brazos,
sintió renacer sus ansias,
y la requirió de amores...

JUANA. Sabiendo que era casada!
(Cielos, á mí se dirigen
con esa fición estrafal)

VELAZO. Luchó Leonor al principio.
Tal la esposa se llamaba.
Blanda resistencia opuso,
y cediendo á la demanda,
citó al galán una noche...
á pesar de estar casada!

Sabe D. Lope su ofensa,
se apercibe á la venganza,
y porque una y otra quedas
en secreto sepultadas,
hasta mejor ocasión
sufre, disimula y calla.

JUANA. (Decírsela debo todo?
Su riesgo mis labios atan)

VELAZO. Poco desaprax al amante
D. Lope encuentra en la playa,
gozándose en un billete,
buscando en vano un barca,
para volar á la quinta
en donde Leonor le aguarda,
D. Lope, como celoso,
adivina cuanto pasa.
Su esquila á D. Luis opeo
con repetidas instancias
(Qué me sirva de terco
su propio marido, exclama
D. Luis; acepta y al punto

el vagal corta las aguas.
Apenas ambos rivales
de las bridas se apartan,
el ultrajado marido
blande en su diestra la daga...
Al poco tiempo, D. Lope
sale nadando a la playa.
Corre a la quinta; y Leonor
encierra en su propia estancia.
Solos quedarán entrambos,
como nosotros...

- JUANA. Ah, calla!
- VELAZQ. Y quinta y esposa a un tiempo
presa fueron de las llamas.
- JUANA. Ay de mí! *(En dá un vaso.)*
- VELAZQ. ¿Qué le sucede?
- JUANA. No lo sé.
- VELAZQ. Te has puesto pálida.
- JUANA. Esa relación... Me ahogo...
- VELAZQ. Anímate.
- JUANA. Dame agua.
- (Cope Velazquez la copa y se la da a Juana.)*
- VELAZQ. *(Ella propia se castiga;
su turbación la delata!)*
Bebe. *(La mira beber con asco.)*
- JUANA. Me siento mejor.
- VELAZQ. Prosigue.
- VELAZQ. Ya está acabada
la historia.
- JUANA. Triste fin tuvo.
- VELAZQ. Se consumió la venganza!
Yo soy D. Lope de Almeida!
- JUANA. Qué decir? *(Se levanta.)*
- VELAZQ. Tu libra es ligada!
Un veneno en esa copa
derramé.
- JUANA. *(Horrorizada.)* El cielo me valga!
Es posible... no... tú mentes!...
- (Breve pausa al ver la impasibilidad de Velazquez.)*
Socorro!!!
- VELAZQ. Nadie te ampara!
- JUANA. Inhumano, no el terror

de la muerte me acobarda;
el desamor, el agravio
con que mi pobreza pagas.
Satisfacerle podía
con una sola palabra;
mas no lo merece el hombre
que dudó de mi constancia.
Huiré de aquí: no el veneno,
tu presencia es quien me mata.

(*Vase Juana precipitadamente.*)

ESCENA VII.

VELAZQUEZ.

Ah no puedo sostenerme!
(*Dejándose caer sobre un sillal.*)

Qué es esto que por mí pasa?
Para terminar mi obra
la resolución me falta?

(*Se levanta con impetu.*)

No, que buscaré la muerte
provocando á quien me ultraja.
No debe tardar el Rey!
Este silencio me espanta.
—Cierro esta puerta.

(*Va á cerrar la puerta, dan las diez y se vuelve de pronto con la mirada fija á la puerta de escape.*)

Las diez!

(*Abre precipitadamente el armario donde guardó la llave y el sombrero.*)

Ah! mis prendas!—El monarca!

(*Se abre la puerta de escape, aparece el Rey y Velazquez queda inmóvil sujetando las puertas del armario.*)

EUENA IX.

YAMOUR. Rey.

REY. Qué hacéis aquí?
VELAZO. Qué ha de hacer?

REY. Qué hacéis en este aposento?
VELAZO. Cumpliendo con mi deber.

REY. Quiero saber el motivo
que os ha impedido marchar.

VELAZO. Os tengo que revelar
un importante secreto.

REY. Debe ser harto importante
si disculpas tu demora.
(Abandona á un lado al Rey.)

VELAZO. A la fe de mi señora
hoy la pretendo en amante.

REY. El nombre de ese traidor!

VELAZO. No lo puedo indagar.
REY. La vida de tu de...
VELAZO. Yo tengo igual ofensa.

Y para vengarme espero
solo que me des licencia
Imponed igual sentencia

al dueño de este sombrero.
(Sale el criado.)
(Pausa.)

Dudáis pronunciar el fallo?
Sereis injusto conmigo?
No merece igual castigo
quien deshonra á un fiel vasallo?
(Pausa.)

Estoy fuera de la ley?
Queréis que el borron consienta?
En este caso, mi afrenta,
es menor que la del rey?
Pienso que en vano porfo
pues desatendeis mi ruego.

REY. Fuerza es que sepais D. Diego,
que aquesta sombra es mio.
De tu esposa, Angel humilde,
enamorado he vivido,
& sus plácemes vió rendido,
la intimidé; todo en vano.
Con heroica resistencia
de mi delirio traté
este papel me escribiste
que acredita su inocencia.
No juzgá digno de mí
seguir un injusto intento:
con firme arrepentimiento
á buscarla vine aquí.

(*Da el papel á Velázquez que lee con agitación.*)

VELAZQ. (Lee.) «Señor: Esta noche á las diez parte mi
esposo, y nada sabe de vuestros intentos.
Perdido su impero, la única defensa de su
honor es mi muerte. Estoy resuelta á llevarla
á cabo si persistis en vuestro indigno propo-
ósito.» — Juana Pacheco.

(*Velázquez queda aterrado.*)

VELAZQ. Misero de mí!

REY. Turbado
con su lectura quedé

VELAZQ. Y la he dado muerte yo?

REY. Qué decís?

VELAZQ. Soy un malvado!

REY. Insensato!

VELAZQ. De mi estrella

compáse la voluntad;

yó vengaré mi crueldad?

REY. Cómo?

VELAZQ. Muriendo con ella.

REY. (Mi locura la perdió)

su desolacion me aterra,

VELAZQ. Qué me resta ya en la tierra?

Quién me la devuelve?

MURILLO.

Yo.

(*Con aire de triunfo presenta á Doña Juana.*)

(*Doña Juana sale con Doña Inés.*)

ESCENA ULTIMA.

REY, VELAZQUEZ, MURILLO, JUANA.

VELAZQ. (*Arojándose á las piés de Juana.*)

Juana de mi corazón!

Pronto moriré contigo.

Venturoso si consigo

de tus labios el perdón!

No le niegue tu clemencia

este consuelo á mi suerte;

tu muerte, será mi muerte.

MURILLO. Yo niego la consecuencia.

Me despediste furioso:

y recelando prudente

algún terrible accidente:

—que es de temer un celoso.—

En acecho me quedé

con intentos bien humanos,

y con un juego de manos,

vuestro proyecto frustré.

VELAZQ. (*Queriendo abrazar á Murillo.*)

Alma noble y generosa!

MURILLO. A mí los brazos me dais?

(*Señalando á Doña Juana.*)

VELAZQ. No me atrevo.

MURILLO. Qué dudas?

Abrazad á vuestra esposa.

(*Se abrazan Velazquez y Juana.*)

JUANA. Velazquez!

VELAZQ. Juana! El contento

rebosa en mi corazón.

REY. Yo de igual satisfacción

disfruto en este momento.

MURILLO. Eterno será el renombre

de rey que se vence á sí.

REY. Velazquez, tendrás por mí

la llave de gentil-hombre.

MURILLO. Dársela fue vuestro intento

antes de ahora.

- REY. No, á fé.
- MURILLO. Esa llave la encontré
yo mismo en este aposento.
- REY. Tú has encontrado la llave?
- MURILLO. Debe estar en este armario.
(*La coge y se la encacha.*)
- Es esta, señor?
- REY. (*Sonriendo.*) Es esa.
- MURILLO. (*Con intencion.*)
Todo en palacio se sabe.
- JUANA. (*Al rey.*) Será mi dicha mas cierta,
si un favor me concedéis.
- REY. Con Velazquez partireis...
jamás se abrirá esa puerta.
- VELAZQ. Y por si alguno, señor,
quebrantar quiere la ley,
será el retrato del rey
continela de mi honor.
(*Corre el lienzo y cubre la puerta con él.*)
- REY. Tu esposa siempre lo fue.
- VELAZQ. Yo dudé de su nobleza?
- REY. Yo rendir su fortaleza
insensato imaginé.
- VELAZQ. ¡ Sin duda nuestro delirio,
Dios consintió y su amargura,
porque brillase mas pura
en el crisol del martirio.
Desengaño lisonjero
alumbra nuestra razon,
no olvidemos la leccion
de una llave y un sombrero.

FIN DEL DRAMA.

REV. Murielo. Has llave la cerradura
 yo mismo en este momento.
 REV. Tu has encontrado la llave?
 Murielo. Debe estar en este armario.
 (Le coge y se la muestra.)
 Es esta, señor?
 REV. (Recordado.) Es esa.
 Murielo. (Con intención.)
 Todo en palacio se sabe.
 LEANA. (Al rey.) Será mi dicha más cierta.
 si en favor me concediera...
 REV. (Con vehemencia patética)...
 jamás se abrirá esa puerta.
 VILARDO. Y por si alguna, señor,
 presentara dentro la ley,
 será el retrato del rey
 continúa de mi poder.
 (Corta el fiambre y cubre la puerta con él.)
 REV. Tu esposa siempre lo fue.
 VILARDO. Yo hubé de su nobleza.
 REV. Yo tendré su nobleza.
 incesante imaginé.
 VILARDO. Sin duda nuestro destino,
 Dios consintió y su voluntad
 porque brillase más pura
 en el cristal del martirio.
 Desengañaos ilustre
 siempre nuestra razón,
 no olvidemos la lección
 de una luce y un siempre

FIN DEL DRAMA



Antonio Garcia Gutierrez e Isidoro Gil y Baus

MARGARITA DE BORGOÑA,

DRAMA

EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

DEL CÉLEBRE

Alejandro Dumas.

El original se titula La Tour de Nesle.
Se estrenó en el Príncipe a principios de
octubre de 1836; la versión es de Garcia Gu-
tierrez, pero según el artículo de Figaro de
5 de octubre, en el Español, parece que los tra-
ductores fueron Don Estevan de Torres, Don
en su Gaceta Aragonesa (pág. 259) nos dice que el co-
laborador fué D. Isidoro Gil y Baus.

Segunda edición.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1840.

PERSONAS.

<p><i>Julian Romea</i> BURIDAN. <i>Carlos Latorre</i> GUALTERO D' AULNAY. FELIPE D' AULNAY. ORSINI. SAVOISSY. PIERREFONDS. RICARDO. ENGUERRAND DE MARIGNY. LANDRY. SIMON.</p>	<p>SIR RAUL. JUAN. UN OFICIAL. MARGARITA DE BORGONA. CARLOTA. <i>(Hija de Carlos Latorre)</i> UNA DAMA TAPADA. UN SERENO. CABALLEROS, PAGES, GUARDIAS, DIAS, VILLANOS.</p>
--	--

(1) *Ejerce, en su crítica, en que elogia la interpretación, nombrando a Latorre y a Romea, pero, elogiándola, se abstiene de nombrar a la actriz. Lo mismo hizo en la crítica de Los Amantes de Valencia, pocos meses después, que estrenó Bárbara; como que anteriormente lo hubiese elogiado en los de Hernani y el Foyad; nominalmente, y la misma Bárbara hubiese estrenado algunas de sus obras.*

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

Felipe d'Aulnay.

Interior de la taberna de Orsini en la puerta de St. Honoré. En las mesas de la derecha habrá hasta una docena de villanos y trabajadores: Felipe d'Aulnay estará solo en una mesa escribiendo en un pergamino; á su lado un jarro de vino y un cubilete.

ESCENA PRIMERA.

FELIPE D'AULNAY. RICARDO. SIMON. JUAN. VILLANOS. Poco despues, ORSINI.

Ricar. (Levantándose.) Hola! maese Orsini; nuestro amo; tabernero del diablo; envenenador público! habrá que llamarte por todos tus nombres para que respondas?

Orsini. Allá voy, allá voy; qué se ofrece, vino?

Simon. (Levantándose.) Gracias, tenemos todavía, es Ricardo que quiere saber cuántas almas ha cogido esta mañana entre sus uñas tu amo el demonio.

Ricar. O hablando mas cristianamente, cuántos cadáveres se han encontrado en las orillas del Sena, por la parte que baja desde la Torre de Nesle, hasta los Buenos-hombres.

Orsini. Tres.

Ricar. Y todos tres sin duda nobles y jóvenes.

Orsini. Los tres jóvenes y nobles.

Ricar. Como de costumbre. Quizás tambien los tres serán de los que se oponen á la orden que Margarita de Borgoña, reina de Francia, ha dado para

que solo ella, de concierto con su primer ministro, pueda acuñar y alterar la moneda.—Vive Dios, que Monseñor de Marigny tiene ganas de tentar la paciencia á los villanos!

Orsini. Dicen tambien que los tres jóvenes asesinados eran de la liga de hidalgos que quiere representar al rey el tráfico que hace el primer ministro con la libertad de los pecberos.

Ricar. Si por cierto; segun el señor de Marigny todo villano tiene derecho para disponer de su cuerpo y de sus bienes, con tal que pueda comprarlos: si no, su señor tiene sobre él el de vida y muerte.

Simon. Al menos la pesca de hidalgos muertos que desde hace algun tiempo nos trae el Sena, nos quita otros tantos enemigos, porque si los nobles miran con horror el comercio que hacen con nuestra sangre, es porque muchos de nosotros acabaremos de ser sus siervos de ese modo.

Ricar. Verdad es tambien; la muerte de esos nobles es castigo del cielo: los villanos tienen la peste y los tributos; los nobles la Torre de Nesle y Margarita de Borgoña: eso nos consuela del pecho y servidumbre.—Gracias, tabernero, ¿ahi tienes lo que queriamos saber de ti, á menos que en tu calidad de italiano y brujo no tengas á bien decirnos quién es el vampiro que necesita tanta sangre noble y juvenil, para impedir que la suya envejezca y se seque.

Orsini. No lo sé.

Simon. Y por qué se encuentran siempre los abogados mas abajo y nunca mas arriba de la Torre de Nesle?

Orsini. No lo sé.

Felipe (Llamando á Orsini.) Orsini.

Simon. No lo sabes?... Pues mira! déjanos en paz, y responde á ese hidalgo que te hace la honra de llamarte.

Felipe. Maese.

Orsini. En qué puedo servir á vuestra merced?

Felipe. Podrá encargarse de llevar este billete uno de los mozos de tu taberna mediante estos dos sueldos de Paris?

Orsini. Al instante.... Landry.... Landry!...

Land. (Acercándose.) Aqui estoy. (Se dirige á Felipe)

y espera mientras este sella la carta y pone las señas.)

Orsini. Haz al punto lo que te manda este caballero. (Hace como que se va.)

Ricar. (Deteniendo á Orsini por el brazo.) Como quiera que sea, nuestro amo, si yo me llamara Orsini, de lo que Dios me libre, si fuese dueño de esta taberna, lo que Dios quiera, y si mis ventanas cayesen como las tuyas hácia esa antiquísima mole de la Torre de Nesle, que Dios confunda, yo haría por pasar, aunque no fuera mas que una sola noche mirándola y escuchando, y te apuesto que al día siguiente tendría que contar á todo el que me preguntare.

Orsini. Ese no es mi oficio. Quereis vino? Si ó no. Soy tabernero, y no celador de noche.

Ricar. Vete con mil diantres!

Orsini. Pues soltadme entonces.

Ricar. Tienes razon. (Vase Orsini.)

Felipe. (Despues de haber cerrado la carta.) Escucha, mozo: toma estos dos sueldos parasis, y vete al Louvre; preguntará por el capitán Gualtero Daulnay y le entregará esta carta.

Land. Se hará como vuestra merced lo manda, caballero. (Vase Landry.)

Ricar. Dime, Juan de Monthery, has visto el séquito de la reina Margarita y de las princesas Juana y Blanca?

Juan. Cierto que lo he visto.

Ricar. No hay que preguntar ahora dónde fue á parar el pecho que el rey Felipe-el-Hermoso, de gloriosa memoria, nos hizo pagar el día en que armó caballero á su primogénito Luis-el-Pendenciero; el diablo me lleve si no he conocido mis treinta sueldos en el traje del favorito de la reina; aunque de moneda de vellon se han vuelto en finísimo brocado de oro ricamente frisado. Simon, has visto tú al tal Gualtero d'Aulnay?... (Felipe levanta la cabeza.)

Simon. Y mas de lo que hubiera deseado, pesie á mi cuerpo!... Su maldito caballo empezó á caracolar al pasar por mi lado y me plantó tan de lleno una de sus patas sobre la mia, como si fuera sobre una pie-

dra; yo empecé á pedir misericordia, y el dueño para hacerme callar me dió....

Juan. Un escudo de oro?

Simon. Sí, un porrazo con el pomo de su estoque en la cabeza llamándome hampon.

Juan. Y tú no hiciste nada al caballo, ni digiste nada al dueño?

Simon. Lo que es al caballo le encajé bonitamente tres pulgadas de esta daga en su hizar, y se fué desangrando; al amo le llamé bastardo, y se fue jurando.

Felipe. (Desde su mesa.) Quién dice que Gualtero d'Aulnay es un bastardo?

Simon. Yo.

Felipe. Mientes con toda tu boca, bellaco. (Tirándole el cubilete á la cabeza.)

Simon. A él, chicos.

Villan. (Echando mano á los cuchillos.) Muera el lindo!... el hidalgo!

Felipe. (Sacando la espada.) Hola! seores guspos! cuidado con mi espada, que es mas larga y de mejor acero que vuestros puñales.

Simon. Sí; pero tenemos diez hojas contra tu espada.

Felipe. Atras, canalla!

Todos. Muera! muera! (Forman un círculo al rededor de Felipe que para los golpes con la espada.)

ESCENA II.

Dichos. BURIDAN. ORSINI.

Salen, deja á un lado la capa, y viendo que es un hidalgo el que se defiende de la plebe, saca corriendo la espada.

Burid. Diez contra uno!... Diez villanos contra un hidalgo! hay cinco demas. (Los da por detras.)

Villan. Que nos matan!... la ronda!... (Quieren escaparse: Orsini aparece.)

Burid. Posadero de Barrabás, cierra la puerta, y que ninguno de estos bellacos salga á alborotar el barrio... la culpa está de su parte. (A los villanos.)

7

No es verdad que vosotros sois los que habeis insultado?

Villan. Sí, señor, sí.

Burid. Ya lo veis, los perdonamos. Vuélvase cada cual á su mesa; esta es la nuestra.... Mándame traer vino por mi amigo Landry.

Orsini. Ha salido con recado de ese doncel; yo mismo tendré la honra de servirlos.

Burid. Como gustes, pero despacha. (*Volviendo á los villanos.*) Hay alguno que hable por ahí?

Villan. No señor, no.

Felipe. Por mi nombre! Caballero, su merced me acaba de sacar de un mal paso; y le juro que me acordaré si llego á encontrarle en semejante apuro.

Burid. Venga esa mano.

Felipe. Con toda el alma.

Burid. Pues todo está dicho, y basta de ofertas. (*Orsini trae vino en jarros.*) A vuestra salud!... Lleva dos jarros de este á esas buenas piezas, para que beban á la nuestra.... bien.—Esta es la primera vez, señor soldado, que os veo en la reverenciada taberna de maese Orsini; sois por ventura recién llegado á la muy noble villa de Paris?

Felipe. Hará como dos horas, precisamente á tiempo que hayo podido ver el acompañamiento de la reina Margarita.

Burid. Reina! aun no lo es.

Felipe. Pero lo será pasado mañana, pues que pasado mañana llega de Navarra para suceder á Felipe-el-Hermoso, nuestro señor Luis X, y yo me he aprovechado de su advenimiento al trono para regresar de Flandes, donde hacia la guerra.

Burid. Y yo de Italia, donde estaba en campaña. Por lo visto la misma causa nos trae aquí, mi dueño.

Felipe. Yo busco fortuna.

Burid. Como yo; y vuestros medios de conseguirla cuáles son?

Felipe. Hace seis meses que mi hermano es capitán de la guardia de la reina Margarita.

Burid. Y se llama?

Felipe. Gualtero Danlnay.

Burid. Si es así, pronto bareis carrera; porque la rei-

na no niega nada á vuestro hermano.
Felipe. Asi dicen, y yo acabo de escribirle anunciándole mi arribo, y diciéndole que venga á encontrarme aqui.

Burid. Aqui, en medio de esta gente?

Felipe. Mirad despacio.

Burid. Oiga! los perillanes han desaparecido.

Felipe. Continuemos ya que nos dejan libres. Soy indiscreto si os pregunto vuestro nombre?

Burid. Mi nombre?— Decid mis nombres, porque yo tengo dos: uno de nacimiento que es el mio, y que no uso; y otro de guerra que no es el mio, y que uso.

Felipe. Y cuál me direis?...

Burid. Mi nombre de guerra, Buridan.

Felipe. Buridan: tenéis algun protector en la corte?

Burid. Ninguno.

Felipe. Y cuáles son vuestros recursos?

Burid. Mis recursos estan aqui! (*Dándose en la frente.*) y aqui! (*Dándose en el pecho.*) En la cabeza y en el corazon.

Felipe. Contais con vuestra buena cara y con el amor; tenéis razon, caballero. (*Orsini sale á arreglar la taberna y escucha.*)

Burid. Con otra cosa cuento tambien, porque soy de la misma edad y del mismo pais que la reina... y he sido page del duque Roberto segundo, su padre, el cual murió asesinado... la reina y yo vendriamos entonces á tener apenas entre los dos la edad que ella, ó yo solo, tenemos en el dia.

Felipe. Y qué edad teneis?

Burid. Treinta y cuatro años.

Orsini. (*Aparte.*) Qué oigo!... este hombre ha sido page de Roberto segundo!... (*Hace que arregla los jarros y cubiletes y examina al capitan.*)

Felipe. Y segun eso?...

Burid. Segun eso... quiero decir que desde aquella época existe un secreto entre Margarita de Borgoña y yo... secreto que me matará ó que hará mi suerte.

Orsini. (*Aparte.*) Un secreto con la reina!

Felipe. Tan terrible es?

Burid. Cierito... Y figuraos, caballero, si tendré con-

fianza en su importancia, que si en este instante estuviera hablando con Margarita, reina de Francia, como vos la nombráis, os juro que dentro de una hora Buridan el capitán sería el primer ministro de Estado.

Orsini. Oh! Señor robán, (*En voz baja.*) yo haré que os corten las alas, pues os creéis con poder para volar tan alto.... Es preciso avisar á la reina. (*Vase por la puerta del fondo.*)

Felipe. (*Presentándole el cubilete para brindar.*) Pues siendo así, capitán, que Dios os dé fortuna!

Burid. Él os la vuelva, amigo.

Felipe. Gracias.—Os aseguro que no me inquieta ese punto, porque mi hermano me presentará en la corte, y espero....

Burid. Dichoso vos, amigo.... Hace cinco días que estoy en París, y excepto Landry, que es un antiguo conocimiento de campaña, no he encontrado un solo rostro al que pueda aplicar un nombre.... Vive Dios!... no soy de tanta edad, ni tan feo, sin embargo, que pierda la esperanza de tener alguna aventura.

Land. (*Apareciendo á la puerta.*) Por aquí, caballero. (*Después de haber enseñado el camino á Gualtero, se entra en la habitación de Orsini.—Empieza á oscurecer poco á poco.*)

ESCENA III.

Dichos. GUALTERO. D'AULNAY.

Felipe. El es!... Gualtero!... Aquí, aquí, hermano mio! (*Tendiendo los brazos hácia él.*)

Gualt. (*Arrojándose en ellos.*) Hermano querido!... con que es verdad que eres tú?... Ah! dame esa mano.

Felipe. Sí, tu Felipe soy, que te quiere siempre como á la mitad de sí mismo.

Gualt. Otra vez, otra vez, hermano mio.... (*Trayéndole contra su pecho.*) Quién es este hidalgo?

Felipe. Un amigo de una hora que me ha prestado un servicio del que tendré memoria toda la vida:

me ha sacado de entre las manos de una docena de rufianes, á quienes habia arrojado una maldicion y un cubilete á la cabeza porque hablaban mal de tí.

Gualt. Pues que así es, gracias por él y por mí. Si Gualtero d'Aulnay puede seros útil para alguna cosa, aun cuando se hallase en oracion sobre el sepulcro de su madre, la que Dios le haga conocer algun dia! aun cuando se hallase á los pies de su amada, se levantará, irá á vos, y si necesitais su sangre ó su vida, os la dará, como os da ahora la mano.

Felipe. Sí, capitan, y no habreis de estrañarlo cuando sepais que él no tiene en el mundo mas que á mí, ni yo mas que á él; que somos gemelos y sin padres, con una cruz en el brazo izquierdo por única marca, en caso de reconocimiento; que nos han espuesto desnudos y juntos en el portal de nuestra Señora; que hemos tenido hambre y frio juntos, y hemos hecho pasar el frio del uno con el calor del otro, y el hambre de los dos con el pan de uno solo.

Gualt. Desde entonces nuestras mas largas ausencias han sido de seis meses, y si él llegare á morir, moriré yo: porque así como uno de los dos hubo de venir al mundo algunas horas antes que el otro, así ninguno de los dos debemos sobrevivirnos. Ambos tenemos la conviccion de que sucederá así en el fondo del alma; creedlo, y por lo mismo entre nosotros todo es de los dos, nada de uno solo; caballo, bolsillo y espada, á una señal.... (*Acercándose á Felipe y estrechándole ambas manos entre las suyas.*) la vida á una palabra.

ESCENA IV.

Dichos, y una DUEÑA tapada.

Dueña. (*Saliendo y dando con la mano en el hombro á Buridan que estará solo en medio del teatro.*) Señor capitan?

Burid. Qué se ofrece, prenda? (*Volviéndose.*)

Dueña. Deciros dos palabras en voz baja.

Gualt. Hola! (*Volviéndose hacia el capitan y reparando en la Dueña.*) Dama con manto á estas horas!

Burid. Y por qué no en voz alta?

Dueña. Porque no tengo mas que dos palabras que decir, y hay muchos oídos que escuchen.

Burid. Es verdad.... colgaos de ese brazo, mi alma, y decidme esas dos palabras.—Vuestras mercedes me darán permiso.

Gualt. Mandad! (*Buridan le trae al extremo del teatro.*)

Dueña. Una dama que gusta de la gente de guerra, suspira por ese tallo.... sois tan valiente como galán, y tan confiado como valiente?

Burid. Veinte años he estado en guerra con los italianos, que son los mayores tacaños que jamás conocí; otro tanto tiempo he hecho el amor á las italianas, que son las bribonas mas taimadas que he tratado en mi vida.... y no se me acuerda que haya dejado de acudir á cita ni desafío, con tal que el hombre pudiese llevar cadena y calzar espuelas de oro.... y que la muger fuese joven y bonita.

Dueña. Es joven y hermosa.

Burid. Bien.

Dueña. Y os aguarda esta noche.

Burid. En dónde y á qué hora?

Dueña. Frente á la segunda Torre de Louvre.... al toque de oraciones.

Burid. No faltaré.

Dueña. Un hombre se acercará á vuestra merced, y le dirá: Vuestra mano?... Enseñareis esta sortija, y le seguireis.... á Dios, capitán, ánimo y buena dicha.

Gualt. Paréceme, (*Acercándose á Buridan con tono jovial.*) capitán, según el recato de la bella, que haceis fortuna con las ninfas de las riberas del Sena, no es cierto?

Burid. Eh! amores de soldado y nada mas; una cita amorosa para esta noche, que si he de juzgar por las apariencias.... pero.... por San Dionisio! no es la misma dueña la que habla ahora con vuestro hermano?

Gualt. Sí, cuerpo de Cristo.... Explicadme.... (*Buridan le habla en voz baja.*)

Dueña. (*Bajo á Felipe.*) Hidalgo, yo sé de una niña que os ama; sois tan decidido como gallardo, y tan gallardo como decidido?

Felipe. Si esa niña no necesita mas que un corazon que atropelle por cualquier peligro para conseguir su amor, aqui tiene lo que necesita, siempre y cuando que sea joven y linda, sino que se encomiendo á santa Catalina y entre en un convento.

Dueña. Es joven y bonita.... Esta noche os aguarda.

Felipe. Dónde?

Dueña. Esperad en la calle Vieja del Templo; un hombre se acercará y os pedirá la mano; le enseñareis esta sortija y le seguireis.—Adios, hidalgo: valor y prudencia. (*Vase corriendo. Felipe se queda contemplando la sortija.*)

Burid. (*Dirigiéndose á él.*) Pero escuchad; es esto sueño, ó alguna mala partida que quieren jugaros?

Felipe. El qué?

Burid. Esa recatada dueña os ha hablado á lo que he visto?...

Felipe. Sí.

Burid. Y á mí acaba de darme una cita de amor para esta noche.

Felipe. Una cita?

Burid. De parte de su señora, sin duda.

Felipe. A qué hora?

Burid. A la oracion.

Felipe. Pues á mi tambien con esta sortija.

Burid. Veamos!

Felipe. Miradla. (*Enseñándosela.*)

Burid. Igual á la mia! (*Idem.*)

Felipe. Esto es burla.... ireis?

Burid. Si iré?... Por mi nombre que pienso faltar ahora menos que nunca.

Felipe. Ni yo tampoco.... Serán dos hermanas.

Burid. Mejor; así seremos cuñados.

Gualt. Qué oigo! Apenas hace dos horas que has llegado y ya tienes una cita para esta noche? (*Dos mozos salen y van á cerrar los postigos.*) Ten cuidado, hermano mio, hace algunos dias que el Sena arroja de sus aguas multitud de cadáveres, la mayor parte de jóvenes nobles, y cuya muerte atribuye el pueblo al señor de Marigny.

Felipe. Ya lo ois, capitán; ireis?

Burid. He prometido que sí. (*Con tono decidido.*)

Felipe. Yo tambien.

Gualt. Capitan, cuánto tiempo hace que llegásteis á Paris?

Burid. Cinco dias.

Gualt. Tú hace dos boras, y él cinco dias... los dos jóvenes y nobles... No vayais, amigos, no vayais.

Felipe. Lo hemos jurado por el honor, hermano mio.

Gualt. Esa promesa es sagrada... no faltes, pero mañana, al rayar el dia... (*A su hermano.*)

Felipe. Si, no temas; me verás á tu lado.

Gualt. (*Volviéndose y cogiendo la mano á Buridan.*) Vos, cuando gusteis.

Burid. Gracias. (*Se oye el toque de oracion.*)

Orsini. (*Apareciendo en la puerta del fondo.*) Hidalgos, la oracion!

Burid. Dios os guarde; (*Cogiendo su capa.*) me esperan en la segunda Torre del Louvre. (*Vase.*)

Felipe. A mi en la calle Vicja del Templo. (*Vase.*)

Gualt. A mi en palacio. (*Vase.*)

Orsini. (*Solo.*) (*Cierra la puerta y dá un silvido: Laundry aparece con otros dos.*) Y á nosotros, muchachos, en la Torre de Nesle.

CUADRO SEGUNDO.

El teatro representa una sala interior de la Torre de Nesle, de forma ovalada: una puerta á la derecha del actor, y otra á la izquierda: en el fondo una ventana con balcon sobre el rio.—Muebles y adornos de la época. Al empezar el acto truenos y lluvia.

ESCENA V.

ORSINI, solo, apoyado en la ventana.

Terrible está la noche! el cielo parece que quiere desplomarse, y el rio hinchado con la lluvia, se eleva

debajo de las ventanas de la Torre como para esperar de mas cerca los cadáveres... Horrible noche por cierto! Allá fuera, el ruido del trueno... aqui dentro el choque de los vasos y las canciones báquicas... Concierto infernal de que el demonio no dejará de sacar su presa!... (*Se oyen dentro carcajadas.*) Reid.... reid, insensatos! aprovechad el tiempo que aun os queda de vida, y aprovechadlo bien... reid, que yo aqui espero para abogaros la risa en la garganta... ah! pero no temais, no habeis sido los únicos... tambien esperé ayer.... tambien esperaré mañana. El señor page de Roberto II! Es singular.... Poseo un secreto de la Reina Margarita que me costará la vida ó me elevará al primer puesto de la nacion!.. Oh! lo que es una parte de su profecia tiene un fondo de verdad.... terrible....
Una voz dentro. Son las dos: Paris está tranquilo: dormid en paz.
Orsini. Las dos ya.

ESCENA VI.

ORSINI. LANDRY.

Land. Señor?

Orsini. Qué quieres.

Land. Son las dos de la mañana.

Orsini. Y qué?...

Land. La gente se fastidia....

Orsini. Tambien se les paga.

Land. Si, pero se les paga para herir y no para esperar. En este caso debe doblarse la suma: tanto por el fastidio, y tanto por el asesinato.

Orsini. Dices bien.... pero alguien se acerca... vete.

Land. Si, señor, me iré, pero lo que he dicho me parece muy justo.

ESCENA VII.

ORSINI. MARGARITA.

Marg. Orsini!

Orsini. Señora.

Marg. Dónde está tu gente?

Orsini. Allí.

Marg. Preparados?

Orsini. Como siempre: la noche está ya muy avanzada.

Marg. Tan tarde es?

Orsini. Muy tarde: no se hará esperar mucho el día.

Marg. Te engañas, Orsini.... está todavía muy oscura la noche. Ah!.... (Se sienta.)

Orsini. Sin embargo, es preciso que os marcheis, no os echen de menos; es preciso que nos dejéis dueños del campo.

Marg. Déjame, Orsini.

Orsini. Además era inútil esa venida.

Marg. Inútil no.... era necesario que yo descubriese el secreto de ese hombre siniestro: no sé por qué temblaba yo desde que me diste aquel aviso....

Orsini. Habéis logrado al fin....

Marg. Nada.

Orsini. Nada! bien dije yo desde luego que era un pícaro muy solapado.

Marg. No ha habido modo de hacerle perder un momento la cabeza.

Orsini. Pues bien.... que muera con su secreto.

Marg. Sí, sí.... es un hombre peligroso.... en cuanto al otro me parece que le perdonemos.... eh?

Orsini. No me atrevería yo á otro tanto.

Marg. Puedo asegurarte que nada sabe de ese misterioso secreto: á qué derramar inútilmente su sangre? Hasta ahora no he hecho derramar sino la de esos orgullosos nobles que se creían tener bastante fuerza para contrastar el poder de Margarita de Borgoña.... A propósito de esto: has oído algo hoy?

Orsini. Lo que siempre: solo que el señor de Marigny tiene desde hoy un nuevo título; le llaman el monedero falso.

Marg. Y por qué?

Orsini. Porque así el pueblo como la nobleza le acusan de haberos dado la idea de alterar la moneda: el pueblo grita y pide justicia: los nobles claman venganza.

Marg. El pueblo es fácil de engañar, y mañana gritará - Noel y vivas á la entrada del rey mi esposo. En cuanto á las amenazas de los nobles, esta Torre bastará á hacerlos callar, y no dejaré una sola voz que pueda hablar de mi persona, sino con el respeto debido.... Acabo de saber que esta noche se han reunido en casa de madama d'Etampes entre otros el conde de Valois, el marques d'Amblyze y un caballero desconocido llamado Poylaurens.

Orsini. Y qué?...

Marg. Han hablado sobre la necesidad de cortar de una vez los males de la Francia, haciendo presente á mi esposo á su entrada en Paris la causa de ellos: en una palabra, quieren acusarme delante del rey, quieren acusar á Enguerrand de Marigny, mi primer ministro, como autores de los asesinatos cometidos estas últimas noches.

Orsini. Todo eso quiere decir que mañana aparecerán en el Sena tres cadáveres mas. Esta nobleza de Paris está muy mal con su vida.

Marg. Volviendo á ese joven, es preciso salvarle.... No has reparado en sus facciones? no encuentras mucha semejanza entre él y....

Orsini. Y quién?...

Marg. Y mi Gualtero d'Aulnay. No he podido menos de sorprenderme mirándole.... creía ver á Gualtero, cuando hablaba me parecia oír á Gualtero.... ah! ese joven no puede sernos peligroso.

Orsini. Qué decis, señora? Pensad en que mañana puede veros en medio de vuestra corte, puede decir.... una noche entré con Buridan el capitán en una Torre, con los ojos vendados: nos sirvieron un magnífico banquete.... allí habia varias damas, y entre ellas.... Margarita de Borgoña! Al dia siguiente apareció el cadaver ensangrentado del capitán en el Sena, al pie de la Torre de Nesle!... Pensadlo bien.... retiraos y abandonadnos ese joven.

Marg. Abandonártelo!... no: todos tus temores son infundados.... yo no me he quitado la máscara en toda la noche.... es imposible que pueda haberme conocido. Además yo le pediré que salga al momento de Paris, él me dará su palabra de honor, y no

dudo la cumpliré! Yo quiero que viva.

Orsini. Se hará como mandais, pero....

Marg. Si, si.... en cuanto al otro que muera sin remedio.... que entren al momento esos hombres y acabad pronto.

ESCENA VIII.

MARGARITA Y FELIPE.

Felipe. Dónde estais? dónde os habeis escondido?

Marg. Caballero.... ya es de día.

Felipe. Qué me importa el día ni la noche? Venia huscándote porque me era imposible vivir lejos de tu lado.

Marg. Callad!.... es preciso que nos separemos, preciso.

Felipe. Separarnos! imposible. Dios sabe si volveremos á vernos nunca.... A lo menos es necesario que me expliqueis el motivo de vuestra conducta: á qué viene ocultarme toda la noche vuestro rostro?.... á qué esta cita de amor, cuando no me habeis hablado de amor en toda la noche?.... á qué me habeis hecho traer aquí en la oscuridad y con los ojos vendados...? Os habeis querido burlar de mí? Pues yo os juro....

Marg. Acordaos de que me habeis prometido portaros con moderacion.... no perdamos el tiempo, el día se acerca y no podeis estar aquí un minuto mas si no quereis perderme y perderos. Ved el sol que va á parecer....

Felipe. No.... es el resplandor de la luna que brilla entre las nubes impelidas por el viento. No temais; concededme una hora mas, una hora tan solo, y despues os ofrezca que partiré.

Marg. Ni un momento, yo os lo suplico.... partid sin mirar en rededor, sin querer saber nada mas; olvidaos de esta noche, no habeis á nadie, no le preguntéis nada á nadie.... no digais una palabra á vuestro mejor amigo, porque esto os podria ser fatal.... ea, marchad pronto, yo os lo mando.

Felipe. Si, te obedeceré, pero dime á lo menos tu nombre, júrame que volveremos á vernos, dime una esperanza, dime una palabra de consuelo que sepa yo á lo buenos que me amas.... tu nombre, tu nombre: yo

te juro que lo tendré siempre grabado en mi corazón, y que lo recordaré en mis sueños.

Marg. Yo no tengo para vos nombre, pero si me amais como decís, obedecedme; si no me amais, obedecedme también, porque soy muger, porque esta es mi casa, y aquí yo puedo mandar. Desde este momento no os conozco.... salid fuera.

Felipe. Bien, bien.... ya parto. A Dios, noble señora, honestísima señora.... os habeis burlado de mí, pero yo os juro que no será impunemente.... aunque me oculteis el rostro, yo os prometo que he de saber quien sois.... ob! no, no os reireis seguramente.

Marg. Cómo.... qué quereis decir?

Felipe. Nada, no temais. (*Tomando un alfiler de la toca de Margarita.*) Señora, menos que nada, una señal por medio de la cual pueda yo reconocer. (*Clavando el alfiler en el rostro de Margarita á través de la máscara.*) Esto tan solo.

Marg. Ah!

Felipe. Ahora dime tu nombre, ó no me lo digas; quitate lo máscara ó continúa encubierta, yo te conoceré en cualquier parte.

Marg. Me habeis herido.... esta señal es lo mismo que si hubierais visto mi rostro. Insensato! yo queria salvaros.... esta señal, ¿veis esta señal? bien os podeis hincar de rodillas y rezar á Dios.... bien podeis temblar y mirarme con los ojos de la agonía.

(*Orsini que entra al pronunciar Margarita las ultimas palabras, se dirige á la ventana, la cierra y se lleva la luz: queda el teatro oscuro hasta la conclusion del acto.*)

ESCENA IX.

FELIPE, BURIDAN.

Buridan. (*Saliendo á tentones.*) Quién está aquí? (*Tropezando con el brazo de Felipe.*)

Felipe. Yo.

Burid. Quién sois?

Felipe. Qué os importa?

Burid. Yo conozco esta voz. (*Le lleva hácia la ventana.*)

Felipe. Buridan!

Burid. Felipe!

Felipe. Sois vos!

Burid. Sí, cuerpo de Dios! yo soy; os buscaba por todas partes.

Felipe. Para qué?

Burid. No sabeis dónde estamos?

Felipe. Dónde?

Burid. No sabeis quienes son esas mugeres?

Felipe. Venis muy conmovido, Buridan.

Burid. Esas mugeres.... Ni teneis sospecha de cual sea su clase?

Felipe. No.

Burid. Porque á mi me parece que deben pertenecer á un rango elevado. No habeis observado el lujo portentoso de esas habitaciones perfumadas? No habeis reparado en aquellas manos blancas, en sus ricos vestidos, en sus miradas falsas y tal vez siniestras? oh! no hay duda, son señoras de alto rango. Mas creisteis.... yo tambien lo creí, que nos aguardaba el amor en esta casa misteriosa; no, yo sé ya que no es el amor, ni es tampoco una burla; es mas seria de lo que pensais nuestra situacion. Ese banquete.... sabeis cuál es su objeto?.... no, no lo han logrado.... creían que yo tal vez perderia la razon y que sorprenderian mi secreto..... creedme, amigo mio.... son señoras de alto rango.

Felipe. Y qué?

Burid. Y qué? no os hace estremecer esta idea?

Felipe. Estremecer! y por qué?

Burid. Ese empeño en no darse á conocer, en tener cubierto el rostro.

Felipe. Oh! como yo logre ver mañana la de la máscara negra, no temais que la desconozca.

Burid. Se ha descubierto?

Felipe. No, pero al través de su máscara le he hecho en el rostro con este alfiler de oro una señal que no se horrará en algun tiempo.

Burid. Desgraciado! podia haber acaso alguna esperanza de salvarnos y toda la destruyes.

Felipe. Cómo?

Burid. Qué ves delante de ti? (Conduciéndole á la ventana.)

Felipe. El Louvre.

Burid. A tus pies?

Felipe. El Sena.

Burid. Y al rededor de nosotros... la Torre de Nesle.

Felipe. La Torre de Nesle!

Burid. Sí, la antigua Torre de Nesle, á cuyo pie se han encontrado tantos cadáveres.

Felipe. Y estamos desarmados, porque al entrar se nos han perdido nuestras espadas.

Burid. Y de qué nos servirían esas armas? no se trata de defendernos sino de huir. Ved si por esa puerta.

Felipe. Está cerrada. (*Empujando la puerta de la izquierda.*) Ah! escucha, si yo muero, y tú logras escapar, véngame.

Burid. Sí; y si yo muero y tú vives, me vengarás también; ve á buscar á tu hermano Gualtero... le dirás... escucha... es preciso escribir para que haya pruebas...

Felipe. No tenemos pluma, tinta ni pergamino.

Burid. Yo tengo aqui mi libro de memorias, tú conservas todavia ese alfiler... en tu brazo hay venas, y en tus venas sangre: escribe ahí para que tu hermano me crea si voy á pedirle venganza de tu muerte. Escribe..... Yo he sido asesinado por..... yo pondré el nombre, sí, yo sabré quién es, si logro sobrevivirte... y aun en este momento una sospecha terrible... nada, nada, firma; y si te salvas, haz por mí lo que yo hiciera por tí. A Dios... tratemos de huir cada uno por un lado.

Felipe. A Dios. (*Se abrazan; Felipe entra por la puerta de la derecha. Buridan vacila, se acerca un momento hácia la puerta de la izquierda, y retrocede al ver salir por ella á Landry.*)

ESCENA X.

BURIDAN, LANDRY.

Burid. Ah!

Land. Podeis arrodillaros, señor mio, y rezar por vuestra alma.

Burid. Esa voz no me es desconocida.

Land. Mi capitán!

Burid. Landry! mi valiente Landry, es preciso que me salves: nos quieren asesinar; es verdad que tú no te atreverás a herirme?

Land. Yo quisiera libraros, pero es imposible.

Burid. Esa escalera...

Land. Está tomada....

Burid. Y esa ventana?

Land. Sabeis nadar?

Burid. Sí.

Land. Pues despachaos: el ángel de la Guarda vaya con vos. (*Abriendo la ventana.*)

Burid. (*Sobre la barandilla.*) Dios mío! Dios mío! tened piedad de mí. (*Se arroja, y se deja oír el ruido de un cuerpo que cae en el agua.*)

Orsini. Dónde está?... (*Entrando.*)

Land. En el río: es asunto concluido.

Orsini. Estaba bien muerto?

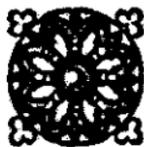
Land. Bien muerto.

Felipe. (*Sale de la puerta de la derecha todo ensangrentado.*) Socorro, socorro.... capitán, favor.... (*Cae.*) (*Margarita enmascarada y con una antorcha en la mano.*)

Marg. • Ver tu rostro y despues morir es todo mi deseo, • me decias no há mucho.... pues bien, mirame.... y muere. (*Quitándose la máscara.*)

Felipe. Margarita de Borgoña! reina de Francia!

Una voz. (*Dentro.*) Son las tres: París está tranquilo; dormid en paz.



ACTO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

El Gitano.

=

Un salon de Palacio.

ESCENA PRIMERA.

La Reina recostada en un sofá de la época: GUALTERO á sus pies sentado sobre uno de los cojines del estrado.

Gualt. Pero no me explicareis ese sueño?

Marg. Escuchad; he creído ver en sueños á un gallardo jóven que se os parecia; tenia vuestro mirar, vuestra edad, vuestra voz penetrante y vuestro acento apasionado....

Gualt. Acabad.

Marg. No puedo recordar lo demas; solo me acuerdo que aquel sueño tuvo un fin terrible como si me desgarrasen el rostro.

Gualt. Ah! Y en efecto, señora, (*Reparando la cicatriz.*) teneis una herida leve en la megilla.

Marg. Si,.... ya lo sé.... ha sido con un alfiler.... con un alfiler de (*Cortada y concertando sus ideas.*) oro de mi prendido que se rodó en mi lecho y me ha lastimado.... Imprudente! lo habia olvidado.... (*Aparte.*) Y á quién hablabais delante de palacio antes de subir?

Gualt. A un religioso que me ha entregado una cartera de parte de un extranjero á quien vi ayer, y que como no conoce á nadie en Paris, teme que le suceda alguna desgracia en esta capital populosa, y me ha mandado á decir que la abriese si dentro de dos dias no habia oído hablar de él; es un capi-

tan que encontré ayer con mi hermano en la taberna de Orsini.

Marg. Espero que me presentareis hoy á vuestro hermano, pues solo por serlo le quiero ya.

Gualt. No hagais tal Margarita, porque tendria celos de mi mismo hermano. Esta mañana participará del honor de presentarse en vuestra córte; es un jóven valiente y leal, y la mitad de mi vida... mi segunda alma!

Marg. Y la primera?

Gualt. La primera sois vos, ó por mejor decir, vos lo sois todo para mí, alma, vida, existencia; vivo y respiro solo por vos, y me atreveria á contar los latidos de vuestro corazon poniendo la mano sobre el mio! Ah! Margarita, amadme como yo os amo.

Marg. Sí, con este amor puro como la aureola de los santos, y eterno como su gloria; con este amor que se contenta con solo saber que me amais, y con tener el placer de escuchároslo decir.

Gualt. Ah! pero á pesar de estos deliciosos instantes, de estos coloquios de un amor tan puro y acendrado será preciso separarnos en breve, no es cierto?

Marg. Sí, muy en breve.... Mañana llega el rey, y desaparecerá nuestra libertad. Ah! pero hablemos de otra cosa; se nota mucho esta cicatriz?

Gualt. Muy poco.

Marg. Quién causa tanto ruido en esta cámara de al lado?

Gualt. (*Levantándose.*) Son los jóvenes, señora, de vuestra nobleza, que esperan que nuestra hermosa reina tenga á bien recibirlos en su real presencia.

Marg. No quiero hacerlos esperar por mas tiempo, quizás sospecharian por quien los habia olvidado; no dudo que os verá entre ellos.

Gualt. Ah! y cómo podia yo saltar. (*La coge respetuosamente la mano y se la besa.*)

Marg. Carlota! Carlota!

Carl. (*Saliendo.*) Señora!

Marg. Mandad abrir los salones. Gualtero, la reina os saluda.

Gualt. El cielo os guarde, mi reina y señora.

ESCENA II.

GUALTERO, PIERREFONDS, SAVOIST, RAUL, *cortesanos*,
después MARIGNY.

Savoisy. Gualtero á lo que parece nos ha ganado por la mano, en venir á saludar á la reina, y no dudo que podrá decirnos ya, como está la Margarita de las Margaritas... la reina de Francia, Navarra y Borgoña.

Gualt. No podré decirlo tanto, señores, porque llevo en este instante, y esperaba ver á mi hermano en vuestra noble compañía.... Caballeros, el cielo os guarde; qué noticias corren?

Pier. Nada de muy nuevo.... El rey llega mañana, y hará su brillante entrada en la capital de su reino. El señor de Marigny tiene dadas sus órdenes para que el pueblo esté contento y grite vivas á su entrada: entretanto hace temblar con sus maldiciones en las orillas del Sena.

Gualt. Y por qué?

Savoi. Porque acaban de arrojar otro abogado á la orilla y el pueblo se va cansando de tan estraña pesca.

Pier. Esas maldiciones son otros tantos anatemas que recaen sobre ese perverso Marigny encargado de la seguridad de la villa.... A fé mia que podrían darse por bien empleadas todas esas muertes, con tal que lográsemos abogar al primer ministro bajo el monton de los cadáveres.

Gualt. (*Recorriendo la escena con inquietud.*) No hay duda que de algun tiempo á esta parte pasan cosas estraordinarias.... Señores, ninguno de vosotros ha visto ha visto á mi hermano?...

Pier. Y si el rey no pone remedio, caballeros, perderá por agna la tercera parte de su poblacion, y lo que es mas la parte mas rica é ilustre. No sé qué diantres de idea se les mete en la cabeza á nuestros hidalgos para acabar consigo con tal género de muerte, mas propia de villanos.

Savoi. Pues, señores, creis por ventura que los que salen muertos del Sena, entran en él vivos por su voluntad? No creais tal.

Pier. Entonces á menos que los demonios, ó algun fuego fatuo no los lleve allí, no sé como....

Savoi. El rio es mal confidente y no guarda por mucho tiempo los secretos que se le confian. Mas fácil es abrir una tumba en el agua que en la tierra; solo que el agua arroja, y la tierra guarda. Acordaos, caballeros, que desde el hôtel de Sao Pól hasta el Louvre hay número crecido de casas que bañan sus pies en el agua, é infinidad de ventanas en esas casas.

Raul. Teneis razon, señor Savoisy, y acordaos tambien que la Torre de Nese va inclusa en ese número.

Savoi. Sí, es cierto. Ayer noche pasé por debajo del Louvre, y divisé desde allí la Torre de Nese resplandeciente de luces que reflejaban al traves de sus góticos cristales; sin duda habia fiesta en la Torre. Qué quereis que os diga, caballeros, sin ser de los partidarios que tan estraños ruidos propagan sobre ella, no me gusta esa gran mole de piedra que por la noche parece el genio del mal, espiando á la ciudad, y que grandiosa é inmóvil en el rio, murmurando sordamente á sus pies, y arrojando luz por todas sus ventanas, me pareció ayer un respiradero del infierno. No quiere esto decir que yo dé crédito á lo que por Paris se cuenta sobre....

Gualt. Señores, olvidais que estamos en una casa real?

Savoi. Y ademas el rey llega mañana, y ya sabeis que no le gustan mas noticias que las que él mismo ocasiona. No es verdad, señor de Marigny?

Marig. (Suliendo.) Antes es preciso que sepa de qué se trataba, caballeros, para que pueda responder.

Savoi. Decíamos que el pueblo de Paris era un pueblo harto dichoso en tener á Luis X por rey, y al señor de Marigny por primer ministro.

Marig. Y yo creo que ya habria dejado de gozar de la mitad de esa dicha, por lo menos si no consistiese mas que en vos, señor de Savoisy.

Page. (Anunciando.) La Reina, señores. (Poco despues un gitano.)

Marg. Dios os guarde, caballeros; ya sabeis que lle-

ga mañana el rey mi señor y dueño, y por lo mismo si teneis que pedir alguna gracia á la regenta, daos prisa, porque no me queda mas que un dia de poder. *Savoi.* El cielo nos libre de darnos tal prisa; señora, siempre sereis nuestra Reina por la sangre y la hermosura, y sereis regenta de Francia siempre que nuestro rey, que Dios conserve, tenga un corazon de hombre.

Marg. Estais lisongero esta mañana, conde. Buenos dias, señor Gualtero, debiais presentarme á vuestro hermano, si mal no me acuerdo.

Gualt. Y estoy muy inquieto por su tardanza, señora. Esta malhadada ciudad de Paris está llena de gitanos, y de miserables adivinos... No encojais los hombros, señor de Marigny, no es á vos á quien acuso, porque al paso que la ciudad se va engrandeciendo, va escapando de vuestro poder. Esta mañana misma han encontrado un poco mas abajo de la Torre de Nesle un cadáver.

Marg. Uno! (*Aparte.*)

Gualt. Y quién quereis que cometa esas muertes sino gitanos ó hechiceros, que necesitan sangre humana para sus conjuros? Creis acaso que podrian forzar á la naturaleza á que revele sus arcanos sin tan horribles profanaciones?

Marg. Ha olvidado Gualtero que el señor de Marigny no cree en la nigromancia.

Savoi. (*Desde una ventana.*) No cree! Pues tiene mas que echar la vista por esas calles, no se ven mas que nigrománticos y brujos; sino, que mire ese que está frente por frente de palacio, y que segun el ansia con que dirige hácia aqui sus ojos, parece que espera que le conste.

Marg. Llamadle, señor de Savoisy; seria de mi agrado que nos dijese lo que le bahrá de suceder al señor de Marigny á la vuelta de mi esposo: os place, caballero?

Pier. Todo lo que nuestra reina mande.

Savoi. (*Gritando desde la ventana.*) Sube aqui, gitano y haz provision de buenas venturas, porque es nada menos que una reina la que quiere saber lo venidero.

Marg. Vamos, caballeros, es necesario recibir dignamente á ese docto nigromántico.

Savoit. No hay duda: pero su sabiduría, así como puede venirle de Dios, puede venirle del diablo, con que persignémonos por si acaso. (*Todos hacen la señal de la cruz á escepcion de Marigny.*) Oiga! ya está aquí; si habrá pasado á través de las paredes? Gitano maldito, la reina te ha mandado subir para que digas al primer ministro....

Gitano. (*Sale por la puerta de la derecha.*) Déjame llegar adonde está él, si quieres que le hable. Enguerrando de Marigoy, aquí me tienes.

Marig. Escucha, hechicero, si quieres complacerme en algo mas bien que vaticinarme una sola desgracia, anúnciame mil, y mas bien que una muerte, mil muertes, porque al paso que encontrarás á los demas confiados y alegres, me hallarás á mí cada vez mas tranquilo é incrédulo.

Gitano. No tengo mas que una desgracia y una muerte que anunciarte; pero es una gran desgracia, una caída próxima del puesto que ocupas, y una muerte terrible. Si tienes alguna cuenta que arreglar con Dios, date prisa, porque de su parte te señalo tres dias de vida tan solo.

Marig. Gracias, gitano; ninguno de los demas sabe siquiera si le restan tres horas, dirígete á otro.... gracias.

Gitano. Qué quieres que te diga á tí Gualtero d' Aulnay, á tí que e-tás en la edad en que lo pasado es ayer, y el porvenir mañana.

Gualt. Pues bien! habládme de lo presente.

Gitano. Jóven, preguntadme lo pasado, preguntadme el porvenir; pero lo presente, no! no!

Gualt. Hechicero, respóndeme pronto. Qué es lo que pasa en mí en este instante?

Gitano. Aguardas á tu hermano, y tu hermano no viene.

Gualt. Y dónde se halla, lo sabes tú?

Gitano. La plebe acude en tropel á la orilla del Sena.

Gualt. Y qué!

Gitano. Se agolpa en torno de un cadáver, y al mirar su varonil belleza, exclama: infeliz jóven!

Gualt. Pero dónde está mi hermano?

Gitano. Sal de aquí y corre á la playa.

Gualt. Acaba.

Gitano. Y allí examina el brazo izquierdo de ese cadáver, ballado en el Sena, y tu voz gritará con los otros, infeliz! infeliz!

Gualt. (*Precipitándose fuera del cuarto.*) Qué oigo, mi hermano!... hermano mio!!

Gitano. (*Volviéndose hácia la Reina.*) Y vos Margarita de Borgoña, no deseais saber nada? ó creéis que no tenga nada que deciros? Juzgais por ventura que el sino de una persona real es sobre humano, y que los ojos de ningun mortal pueden adivinarle?

Marg. Yo no quiero saber nada, entendeis? nada.

Gitano. Y sin embargo, vos sois la que me habeis hecho llamar; aqui me teneis, Margarita; preciso será que me oigais ahora.

Marg. (*Sola sobre el trono.*) No os alejeis, señor de Marigny.

Gitano. Oh! Margarita! Margarita! con que vos sois la que á favor de noches muy oscuras, de citas en torres perfumadas y resplandecientes de luces; la que en vez de exhalar suspiros de amor, fulmina palabras de muerte!

Marg. Quién ha llamado á este hombre? Quién le ha llamado? Qué me quiere?

Gitano. (*Poniendo un pie sobre la última grada del trono.*) No es verdad que segun vuestra cuenta falta un cadáver? No es verdad que creiais que encontrarían dos en vez de uno?

Marg. (*Levantándose.*) Calla, calla, ó dime quien te presta ese poder sobrenatural para adivinarlo todo.

Gitano. (*Enseñándola la aguja de oro de Margarita.*) Aqui tienes mi talisman, Margarita. Ah! pareceme que involuntariamente levantas la mano hácia tu cara. Sí, ya sé que este alfiler lastimó tu rostro. Ella es. (*Aparte.*) Señora, (*Alto.*) es preciso que me escuchéis una palabra, y que nadie pueda oirla. Hacedos atrás señor de Marigny.

Marig. Gitano, yo no tengo que recibir órdenes mas que de la reina.

Marg. Retiraos, retiraos. (*Bajando del trono.*)

Gitano. Ya veis que lo sé todo, señora; que vuestro honor y vuestra vida estan en mis manos. Margarita, esta noche despues de la oracion os espero en casa de Orsini. Necesito hablaros sola.

Marg. Acaso puede salir á semejante hora una reina de Francia?

Gitano. La misma distancia hay desde aqui á la puerta de San Honorio, que desde aqui á la Torre de Nesle.

Marg. Iré, iré.

Gitano. Y llevareis un pergamino y el sello real.

Marg. Bien, pero hasta entonces...

Gitano. Hasta entouces, vais á entrar en vnestra cámara, cuya puerta estará cerrada para todos.

Marg. Para todo el mundo.

Gitano. Y sobre todo para Gualtero d' Aulnay. Nobles señores, la reina os saluda, y pide á Dios que os haya en su santa guardia.--Señora, espero á que prohibais la entrada en vuestra cámara.

Marg. Guardias, no dejeis paso á nadie.

Gitano. Margarita.... hasta la noche en casa de Orsini.

Marg. Hasta la noche. *(Entra en su cuarto.)*

(El gitano atraviesa por medio de los cortesanos que se hacen á un lado, y le miran con terror.)

Savoi. Pero señores, habeis visto cosa igual? Este hombre es Satanás.

Pier. Qué es lo que habrá dicho á la reina?

Savoi. Señor de Marigny, vos que estábais cerca de Margarita, habeis oido algo de su prediccion.

Marig. Pensais caballeros, que no tengo bastante en que pensar con lo que me ha dicho á mí?

Savoi. Vaya! con que creereis ahora en los hechiceros?

Marig. Ni mas ni menos que antes. Me ha vaticinado el caer en desgracia, y hasta ahora soy primer ministro; me ha anunciado la muerte, y vive Dios, caballeros, que si alguno tiene ganas de cerciorarse de si estoy ó no vivo, no tiene mas que decirlo: mi hoja de Toledo se encargará de responder por el dueño.

Gualt. Justicia! justicia! *(Sale fuera de sí.)*

Todos. Gualtero!

Gualt. Era mi hermano, señores; mi hermano Felipe, mi único amigo, mi único pariente. Mi hermano asesinado! ahogado y tendido en la arena. Maldicillo asesino! quiero que me le entreguen, y que me hagan justicia para despedazarlo con mis manos y hollarle con mis pies. Dónde está? dónde está su asesino? Savoisy, le conoces tú?

Savoi. Pero te has vuelto loco?

Gualt. No, no estoy loco, sino desesperado. Ah! al que me le nombrare, le daría mi grado, mi riqueza, mi sangre toda. Señor de Marigny, temblad: vos sois el que responderéis de esta muerte, sois la primera autoridad de Paris, y ni una sola gota de sangre debe derramarse por un asesinato que no recaiga sobre vuestra conciencia.—Dónde está la reina? Quiero ver á Margarita, á la reina. Ella me hará justicia. Justicia, justicia para mi hermano!
(*Se arroja hacia la puerta del foro.*)

Savoi. Gualtero, amigo mio....

Gualt. Yo no tengo amigos: tenía un hermano, y pido á mi hermano vivo, ó á su asesino muerto. Margarita! Margarita! (*Moviendo la puerta.*) Soy yo abrid.

Capit. No se pasa.

Gualt. Quién! Yo! yo paso, dejadme.... Margarita, mi hermano! (*Los guardias le cogen por medio del cuerpo, y le traen. Saca la espada.*) Quiero verla lo ois? quiero verla. (*Los guardias le desarman.*) Ah!... ah!... Maldiccion! (*Cae luchando con los guardias.*) Venganza! hermano! hermano mio!!!

CUADRO CUARTO.

Taberna de Orsini: la misma decoracion del primer cuadro.

ESCENA III.

ORSINI solo: despues MARGARITA.

Esta noche, segun parece, no hay nada que hacer

en la Torre de Nesle; tanto mejor, porque esta sangre ha de caer tarde ó temprano sobre la cabeza de alguno, y... desgraciado de aquel á quien Dios elija para espíar tantos crímenes! (*Llaman.*) ¿eh?... habré hablado tal vez mas de lo regular? (*Llaman otra vez.*) Quién es?

Marg. Abre, soy yo.

Orsini. La reina! sola á esta hora?

Marg. Si, sola á esta hora: es muy extraño, no es verdad? esto proviene de que mi situacion es tambien muy singular. Escucha, no han llamado?

Orsini. No.

Marg. Es preciso que me cedas esta pieza por media hora.

Orsini. Podeis disponer de la casa y del dueño. (*Llaman.*)

Marg. Han llamado.

Orsini. Quereis que abra?

Marg. No, eso me toca á mí: déjame sola.

Orsini. Si me necesitais para algo, á la primera señal me tendreis aqui.

Marg. Lo único que deseo es que no oigais nada de cuanto aqui se hable.

Orsini. Seré sordo y mudo. (*Vase. Vuelven á llamar.*)

Marg. Sois vos?

Burid. Sí, yo soy.

ESCENA IV.

MARGARITA, BURIDAN.

Marg. Qué veo! no es el gitano!

Burid. No: es el capitán.... pero suponiendo que el capitán y el gitano son uno mismo, es igual que sea el uno ú el otro. Es verdad? He preferido este traje porque en caso de necesidad podrá valer á su dueño mas que el vestido que llevaba esta mañana. A estas horas estan las calles malísimas, y he creído deber tomar esta precaucion.

Marg. Ya veis como he cumplido mi promesa.

Burid. Y habeis hecho perfectamente.

Marg. No negareis á lo menos que este es un acto de complacencia por mi parte.

Burid. Que hayais venido por complacencia ó por temor, yo estaba seguro de encontraros aqui, que para mí es lo esencial.

Marg. No sois gitano?

Burid. No, por la gracia de Dios: soy cristiano.... ó mas bien lo era: pero ya hace mucho tiempo que no tengo fé ni esperanza.... Hablemos de otra cosa.

Marg. Advertid que yo estoy acostumbrada á que se me hable en pie y descubierto.

Burid. Margarita, te hablaré en pie y descubierto porque eres muger, mas no porque eres reina. Mira en derredor tuyo. Hay algun objeto que pueda recordarte el rango á que te glorias pertenecer? Esas paredes negras y abumadas se parecen en algo á las paredes de un gabinete de Margarita de Borgoña? Pertenecen á la reina de Francia esas mesas mugrientas y esas sillas casi rotas? Donde están tus guardias? Donde está tu trono? Aqui no hay mas que un hombre y una muger, y pues el hombre está tranquilo y la muger tiembla, el hombre es el rey.

Marg. Y quién eres tú para hablarme de ese modo? Qué te hace pensar que yo estoy en tu poder? Quién te ha dicho que yo tiemblo?

Burid. Quién soy yo? en este momento soy el capitán Buridan.... tal vez tengo otro nombre que te seria mas conocido, pero es inútil por ahora que lo sepas. Sabes lo que me hace pensar que estás temblando en este momento? que por tu cuenta, lo mismo que por la mia, te falta un cadáver, pues que anoche no arrojó el Sena, ni pudo arrojar mas que uno.

Marg. Y el otro?

Burid. El otro Margarita, el otro existe; es Buridan, el capitán, el que está delante de ti.

Marg. Es imposible.

Burid. Imposible! quieres que te cuente lo que pasó anoche en la Torre de Nesle?

Marg. No, no.

Burid. Habia en ella varias señoras.... todas de la corte de Margarita de Borgoña.... una entre ellas tenia una máscara negra.... era Margarita de Bor-

goña; tambien habia dos hombres.... el capitan Buridan y Felipe d'Aulnay. Quieres que te diga para que fueron llamados alli estos dos hombres? yo te lo diré.... fué para sorprender un secreto que existe todavia en mi corazon, y que tuve la imprudencia de indicar en la taberna de Orsini.... no pudiendo arrancármelo decretó Margarita la muerte de los dos, y en el momento fué asesinado por tus satélites el desgraciado Felipe d'Aulnay!

Marg. Felipe d'Aulnay!

Burid. Si, el hermano de Gualtero.... fué el mismo que quiso que te quitases la máscara y el que señaló con un alfiler de oro tu rostro.... todavia cousevas la cicatriz.

Marg. Bien.... y Felipe ha muerto, y tú solo posees este secreto.

Burid. Yo solo.

Marg. Y tú te has dicho á tí mismo.... contando lo que ha sucedido en la Torre de Nesle, puedo perder á la reina; la reina ama á Gualtero d'Aulnay.... pues bien, yo diré á Gualtero «*La Reina ha hecho asesinar á tu hermano.*» Buridan, no me parece que estan muy bien tomadas tus medidas.... insensato! por una parte nadie te creerá, y por otra ninguno sino yo sabe tu secreto.... no conoces que me seria muy facil hacer una señal y mandarte á hacer compañía á Felipe d'Aulnay?

Burid. Hazlo.... y mañana.... mañana á las diez abrirá Gualtero un libro de memorias que un religioso le ha entregado hoy mismo; el hermano de Felipe ha jurado por su honor y sobre la cruz de su espada abrirlo mañana, si á las diez no se habia visto con él cierto capitan á quien conoció en la taberna de Orsini.... ese capitan soy yo.... si quieres hazme asesinar, pero.... Margarita! mañana á las diez abrirá Gualtero....

Marg. Y esperas que dé mas crédito á tu carta que á tus palabras?

Burid. No, Margarita, no.... pero lo dará á las últimas palabras de su hermano, escritas con la sangre de su hermano.... dará crédito á estas palabras: *Yo muero asesinado por Margarita de Borgoña.* Crees

todavía que puede dudar un momento?... respóndeme.... piensas todavía en hacer morir al capitán Buridan para desbacerde de él?... haz atravesar mi corazón con veinte puñales, no me arrancarás mi secreto: hazme arrojar al Sena.... mi secreto sobrenadará en el Sena, y mañana á las diez, Gualtero mi vengador, vendrá á pedirte cuenta de la sangre de su hermano y de la mía.... ¿qué dices? ya ves que mis medidas estaban bien tomadas.

Marg. De ese modo.... si es así....

Burid. No teneis que dudarlo.

Marg. Bien.... y qué quieres de mi? ambicionas riquezas? yo pondré á tu disposición todo el tesoro del estado. Deseas la muerte de algun enemigo tuyo? Aquí tienes el sello y el pergamino que pediste te tragese. Quiera que te colme de empleos y de honores? yo puedo darte en mi reino cuantos tu desees. Habla, qué es lo que quieres?

Burid. Todo eso quiero. Escúchame Margarita; como te he dicho antes, aquí no hay rey ni reina, sino un hombre y una muger que van á hacer un contrato, y.... desgraciado el que se atreva de los dos á romperlo sin haberse antes asegurado del silencio y de la muerte del otro. Margarita quiero fabricar un palacio.

Marg. Tendrás todo el oro que necesites, aunque para ello tenga que fundir el cetro y la corona.

Burid. Además quiero ser primer ministro.

Marg. Esa plaza la ocupa actualmente Enguerrand de Marigny.

Burid. Yo quiero su título y su puesto.

Marg. Sabes que no puedes obtenerle sin su muerte?

Burid. Yo quiero su título y su puesto.

Marg. Los tendrás.

Burid. Y yo te conservaré á tu amante y guardaré tu secreto.... Está bien. (*Se levanta.*) Desde hoy será la Francia de los dos únicamente: nosotros seremos sus verdaderos reyes y nadie mas.... y yo guardaré tu secreto.... Aceptas Margarita?

Marg. Acepto.

Burid. Mañana á esta hora quiero ser ya primer ministro.

Marg. Lo serás.

Burid. Y mañana á las diez recogeré á Gualtero de Aulnay la carta de su hermano: despues iré á la corte.

Marg. Serás bien recibido.

Burid. (Tomando un pergamino y presentándola la pluma.) La orden de prender á Mariguy.

Marg. Ya está. (Firmando.)

Burid. Está bien; Adios Margarita, hasta mañana.

ESCENA V.

MARGARITA, *solo.*

Hasta mañana.... oh! si yo te tengo algun dia entre mis manos como tú me has tenido esta noche entre las tuyas! Si esa carta fatal!... Miserable!... amenazarme á mí, á la hija de un duque, á la esposa de un rey, á la regenta de Francia! Ah!... esa carta.... esa carta.... Daria la mitad de mi sangre al que me la entregara. Si yo pudiese ver á Gualtero antes de las diez.... si pudiese arrancarle.... Gualtero, que no me hablará sino de su hermano, que vendrá á pedirme la cabeza del matador de su hermano! Pero él me ama mas que á sí mismo, y si teme perderme lo olvidará todo. Es preciso que yo le vea esta noche.... pero, dónde podré encontrarle? No me atrevo á confiarme tanto á ese italiano.... sabe ya tantos secretos míos. Me parece que anda alguno en la puerta: Buridan no la ha cerrado.... quién será? un hombre.... Orsini

ESCENA VI.

MARGARITA, GUALTERO.

Gualt. Margarita, sois vos?

Marg. Gualtero! el cielo me le envia.

Gualt. Te he estado buscando por todas partes para pedirte justicia, Margarita.... venia á buscar á Orsini para que me dijese donde podria encontrarte.... porque necesito que me hagas justicia.

Marg. Y yo tambien he venido á casa de Orsini para enviarte á llamar, porque queria antes de separarnos para siempre, darte el último adios.

Gualt. El último adios! perdonad, lo he comprendido mal, quizá porque.... me ocupa una sola idea.... una idea que me persigue y me ofusca.... en todas partes no veo mas que á mi hermano anegado en el Sena, y el corazon traspasado á puñaladas. Dónde está el asesino, Margarita? necesito su sangre.

Marg. Ya he dado mis órdenes para que le busquen; tu hermano será vengado, Gualtero, te lo juro; pero.... el rey llega mañana á Paris y es preciso separarnos.

Gualt. Separarnos! qué dices?... será verdad!... Si.... si.... nos separaremos, pero cuando hayais vengado á mi hermano.

Marg. Ah! por qué en el corazon de Gualtero que antes era todo de Margarita domina al amor otra passion, otro sentimiento? Ayer este corazon era todo mio.... (*Poniendo la mano sobre el pecho de Gualtero.*) (Aquí está.)

Gualt. Ahora no respira sino venganza: cuando la hayas satisfecho volverá á ser tuyo.

Marg. Qué tienes aqui?

Gualt. Un libro de memorias.

Marg. Sí, un libro de memorias que un monge te entregó esta mañana: Ah! tú eres sin duda el venturoso depositario de los pensamientos de alguna dama de mi corte.

Gualt. Margarita! os burlajs de mí? no.... este libro me lo ha enviado un capitán á quien apenas conozco, cuyo nombre ignoro, y que estaba ayer aqui.... aqui, con mi pobre hermano.

Marg. No, Gualtero, tú me engañas.... pero qué me importa? ya vamos á separarnos para siempre.... Adios Gualtero, adios.

Gualt. Qué haces Margarita? tú quieres hacerme perder la razon; vengo desesperado á pedirte mi hermano, y me hablas de separacion.... separarnos, separarnos.... y por qué?

Marg. El rey ha concebido ya sospechas; no quiero que te encuentre aqui.... por lo demas.... tú llevas sobre tu pecho ese libro de memorias.... eso te consolará.

Gualt. Crees efectivamente que sean de alguna dama?

Marg. Estoy segura de ello; si no fuera así, ya me las hubierais mostrada para satisfacerme.

Gualt. Puedo hacerlo por ventura? no, imposible: he jurado por mi honor no abrirlas hasta mañana á las diez ó devolvérselas á su dueño si me las reclama. Esto es todo lo que puedo esplicarte de este misterio que yo mismo no comprendo: he jurado por mi honor que no saldrian nunca de mis manos.

Marg. Y yo no he jurado nada... es verdad? Yo no he quebrantado por tí ningun juramento... es verdad? Ah! tú olvidas que yo he sido por tu causa perjura, porque nuestro amor es criminal á los ojos del cielo y de los hombres, aunque sea puro en el fondo de mi corazon. Pero... acabemos, Gualtero, ya no puede dilatarse mucho nuestra conferencia: guarda tu palabra, yo guardaré mis celos... Adios!

Gualt. Margarita, en nombre de Dios!...

Marg. El honor! el honor de un hombre!... Y el honor de una muger no es nada? Consérvalo, consérvalo puro... pero yo... una palabra, una mirada tuya, me ha hecho olvidar un juramento que hice delante de Dios, y todavia estoy dispuesta á olvidarle, y si tú me suplicares, yo olvidaria por tí el mundo entero.

Gualt. Y quieres sin embargo que parta? quieres que nos separemos?

Marg. Si, si... lo he prometido al cielo: pero á pesar de eso, si tú lo exigieses, si yo estuviese cierta de que no es una muger la que te ha entregado ese libro, desafiaria por tí la cólera del cielo como he afrontado la de los hombres, porque ¿piensas tú que en la corte creará ninguno en la pureza de nuestro amor? Todos ellos me creen culpable; no lo soy sin embargo, pero aunque esta separacion es necesaria á mi tranquilidad, si tu me suplicases, como te suplico en este momento, te diria; quédate, mi querido Gualtero, quédate á mi lado: arrúñese mi tranquilidad, mi poder pero no te apartes nunca de mí.

Gualt. Harias tú todo eso por mí?

Marg. Si... pero soy una muger!... en mí el honor no es nada, yo puedo ser impunemente perjura, y nada importa que yo padezca con tal que un caballero

no falte á su palabra : no importa que yo muera de celos, siempre que tú guardes fielmente tu juramento.

Gualt. Pero si llegara á saberse....

Marg. Quién ha de saberlo?... este secreto quedará entre los dos.

Gualt. Si me prometes devolvérmelo antes de las diez de la mañana....

Marg. Al momento, en este instante mismo.

Gualt. Perdóname Dios mio! pero este es un ángel ó un espíritu infernal que me hace olvidar de mi hermano, de mis juramentos, de mi honor.

Marg. Ya lo tengo en mi poder. (*Entra en la habitación inmediata.*)

Gualt. Margarita, Margarita!... Ah! perdon, perdon hermano mio! he venido yo aquí para hablar de amor?... he venido por ventura á satisfacer los temores frívolos de una muger? No; he venido á pedir venganza para mi hermano.... sombra querida, perdon.

Marg. (*Entrando.*) Tienes razon: no hay nada en este libro.... nada que pueda alarmarme. Mi Gualtero no miente cuando dice que me ama, que no ama á nadie sino á mi: y yo tambien te amo, fiel á mi promesa no nos separaremos jamas, poco me importan las sospechas del rey; yo las soportaré con placer por agradar á mi Gualtero.

Gualt. Bien;... pero Margarita, pensemos en mi hermano.

Marg. Si, amigo mio; ya he mandado que se hagan pesquisas, y sé sospecha....

Gualt. Qué se sospecha.... de quién!

Marg. De un capitán estrangero que ha llegado hace pocos dias á Paris, y que debe presentarse mañana por primera vez en la corte.

Gualt. Su nombre?

Marg. Buridan, si mal no me acuerdo.

Gualt. Buridan! y habreis dado ya la orden de prenderle, es verdad?

Marg. Aun no: acabo de saberlo hace pocos instantes.

Gualt. La órden, la órden! dadme el placer de que

le prenda yo mismo. Oh! nadie sino yo prenderá al matador de mi hermano!

Marg. Le prenderás tú?

Gualt. Si, aunque estuviese orando á los pies del altar.

Marg. (Llega á la mesa y firma un pergamino.) Esta es la orden.

Gualt. Gracias, gracias, Margarita.

Marg. Oh! Buridan, ahora tengo yo tu vida entre mis manos.



ACTO TERCERO.

CUADRO QUINTO.

Enguerrand de Marigny.

Una cueva del Chatelet de Paris.

ESCENA PRIMERA.

BURIDAN, *solo, atado y tendido en tierra.*

Uno de los hombres que me bajaron aqui me apretó la mano; pero dado caso que yo no me haya engañado, qué es lo que podrá hacer por mí.... proporcionarme agua algo mas fresca, pan algo menos duro y un sacerdote á la hora de mi muerte.... Llevo contados los doscientos veinte escalones que hemos bajado y las doce puertas que han abierto.... Vamos Buridan, vamos; piensa un poco en disponer tu conciencia; tienes una muy luenga y embrollada cuenta que ajustar con el diablo.... Cuán insensato he sido! Ah, si, una y mil veces loco; yo que sabia lo que eran los hombres y su honor fragil como el cristal, que se deshace como la nieve cuando pasa por cima de él, el apasionado hálito de una muger. Y he ido á confiar mi vida en manos de un joven enamorado ciegamente de Margarita.... Loco, mal dije.... necio de mí.... Qué contenta estará ella en este momento!... Como se burlará de mí!... mientras yo me revuelvo sobre las losas de este calabozo!... Lo que debí haber hecho.... Quizás (*sonriendo á una idea que le viene*) tiene remedio aun.... Sí, es posible.... Es una estrella que sirve de guia al viajante perdido en una noche oscura.... Margarita no me dejará morir sin verme an-

41

tes, aunque no fuera mas que para insultarme hasta en los brazos de la muerte.... Sin duda no he hablado en vano porque abren esa puerta y tal vez sea ella.

ESCENA II.

LANDRY, BURIDAN.

Land. Capitan, dónde estais ?

Burid. Aquí.

Land. Soy yo.

Burid. Y quién es yo ? No veo nada.

Land. No siempre se necesita ver á sus amigos para reconocerlos.

Burid. Esta es la voz de Landry.

Land. A Dios gracias.

Burid. Puedes darme libertad ?

Land. Cosa es esa imposible.

Burid. Y qué demonios vienes hacer aqui entonces ?

Land. A decirlos que soy mozo de la carcel desde ayer.

Burid. Oyes: parece que tú acumulas empleos ; por el dia carcelero del Castillejo , y por la noche , asesino de la torre de Nesle!... Margarita de Borgoña no dejará de darte ocupacion en esos destinos ?

Land. Asi asi , no falta.

Burid. Y no puedes hacer nada por mí , ni aun mandar á buscar el confesor que yo te designare ?

Land. No ; pero lo que puedo hacer es oir vuestra confesion , repetirsela a un confesor palabra por palabra , y si hubiere alguna penitencia que cumplir , á fé de soldado la cumpliré por vos.

Burid. Imbécil. No puedes darme nada con que escribir ?

Land. Imposible.

Burid. Puedes registrarme este bolsillo y sacarás de él una bolsa con oro ?

Land. Si puedo , capitan.

Burid. Pues tómala.... del otro.

Land. Está hecho.

Burid. Cuántas libras ganas al año ?

Land. Seis libras.

Burid. Cuenta lo que hay en esta bolsa; mientras reflexionó!... (*Pausa de un momento.*) Has contado?

Land. Habeis reflexionado?

Burid. Sí; cuánto hay?

Land. Tres marcos de oro.

Burid. Ciento sesenta y cinco libras tornesas; escucha, sería preciso que pasaras 28 años de tu vida aquí en una cárcel, para ganar esa cantidad. Júrame sobre la salvacion de tu alma de hacer lo que voy á encargarte, y esa cantidad es tuya: es todo lo que yo poseo. Si tuviera mas, mas te daría.

Land. Pero y vos?

Burid. Si me ahorcan, lo que es probable, el verdugo tomará á su cargo los gastos de entierro, y ya no tengo necesidad de ningun dinero; si salgo libre, lo que tambien puede ser, tu tendrás cuatro veces esa cantidad y yo mil.

Land. Decid lo que hay que hacer, capitán.

Burid. Una cosa sencillísima. Tú eres dueño de salir del Castillejo: y una vez fuera, no volver á parecer por él.

Land. Y no deseo otra cosa tampoco.

Burid. Irás á hospedarte en casa de Pedro Burges, el tabernero que vive detras de los Inocentes que era donde yo me hospedaba. Pedirás el cuarto del capitán y no otro alguno. Oye, cuando te hallares en el cuarto te encerrarás en él; contarás las losas del suelo principiando desde el rincon donde hay un crucifijo.... (*Landry se santigua.*) Escucha con atencion. En la séptima verás una cruz, levantarás la losa con la punta del puñal, y debajo de una capa de arena, encontrarás una cajita de hierro, cuya llave está en esa bolsa. Si quieres puedes abrirla para cerciorarte de que no hay dinero sino papeles. Si mañana á la hora de la entrada del Rey en Paris no me volvieres á ver sano y salvo, si no te he pedido otra vez la llave y la cajita, pondrás ambas en manos de Luis X rey de Francia, y me vengarás si hubiere muerto. Ahí tienes lo que deseo: moriré con la conciencia tranquila y te lo deberé á ti.

Land. Pero yo no corro ningun riesgo.

Burid. Ninguno.

Land. Entouces podeis contar conmigo.

Burid. Me prometes hacer lo que te he dicho sobre la salvacion de tu alma?

Land. Os lo juro por la corta porcion que espero en el Paraiso.

Burid. Pues de ese modo Dios te guarde, Landry. Sé hombre de bien si puedes.

Land. Haré lo posible, capitán: aunque me parece algo difícil. (*Vase.*)

ESCENA III.

BURIDAN, solo.

Ea! Vengan ahora verdugo y cadalso, que la venganza vendrá tambien á colocarse al pie del suplicio. Venganza! palabra sublime y dulce cuando la pronuncia una boca que respira aun el aura de la vida; palabra sonora y hueca cuando se pronuncia sobre un sepulcro que por alto que suene no dispierta ya al cadáver que descausa en la tumba.

ESCENA IV.

BURIDAN, MARGARITA, ORSINI.

Margarita entra por una puerta oculta con una lámpara en la mano.

Marg. Está atado de modo que puedo acercarme á él sin temor? (*A Orsini.*)

Orsini. Sí, señora.

Marg. Bien. Aguárdame ahí, Orsini, y al menor grito acudid. (*Vase Orsini.*)

Burid. Luz! Alguien viene hácia aqui.

Marg. Sí, alguien. (*Acercándose.*) No esperabas volver á ver á alguna persona antes de morir?

Burid. (*Sonriendo.*) Sí que esperaba, pero no tan pronto. Margarita, decia yo, no consentirá que muera sin gozar de su triunfo, sin que yo sepa hasta la evidencia que es ella la que me mata.... Muger iu-

saciable de venganza!... Sí, Margarita! si tienes razon.... te esperaba.

Marg. Pero me esperabas sin esperanza, no es verdad? porque ya me conocerás bastante para saber que despues de haberme reducido á temerte, despues de haberme humillado hasta bajarme á tí, no hay temor ni súplicas que ablanden mi corazon. Oh! sin duda que habias tomado bien tus medidas, Buridan; pero habias olvidado que cuando un amor frenético se apodera del corazon del hombre, sofoca en él todos los demas sentimientos, y domina en él despóticamente á espensas del honor, de la palabra, y fuiste á confiar en el honor y en la palabra de un hombre enamorado de Margarita, la única prueba que poseias contra ella; mirala, aqui tienes esa preciosa página de tus memorias, mirala. «Muero asesinado por Margarita. Felipe d' Aulnay. Postrimer adios de un hermano á su hermano, y que el hermano mismo me ha entregado. Aqui la tienes; mira, mira.... (Cogiendo la lámpara.) Quiero destruir tu última esperanza en esta llama. Soy libre ahora, Buridan!...

Burid. Y que harás de mí.

Marg. Te olvidas que has sido arrestado como asesino de Felipe d' Aulnay. Qué se hace con los asesinos?

Burid. Y qué tribunal me juzgará antes de oirme.

Marg. Tribunal! creo que has perdido el juicio, pues piensas que hombres que poseen tan grandes secretos se juzgan? Hay venenos que hacen saltar hasta el vaso que los contiene, y tu secreto es uno de esos venenos. Buridan, cuando llega el caso de apoderarse de un hombre como tú, se le ata de pies y manos como tú lo estas, y se le sepulta en un calabozo parecido á este. Por no perdér su alma y su cuerpo á la vez se mandan que entren en su prision á eso de media noche, un sacerdote y un verdugo; el sacerdote empieza: en el calabozo hay por lo regular una argolla de hierro, como esta, y los muros son tan macizos y tan altos como estos, de suerte que apagan los lamentos, abogan los gemidos y absorven la agonía. El sacerdote sale el primero, y despues el verdugo. Al dia siguiente el carcelero

aterrado dice que el reo se ha ahogado con sus propias manos que imprudentemente le dejaron libres, prueba que era culpable.

Burid. Veo que usamos de la misma franqueza, Margarita; yo te dije mis proyectos, ahora tú me dices los tuyos.

Marg. Si, burlate, ó por mejor decir esfuérzate para tomar ese aire burlon: quisieras hacerme creer de nuevo que tienes algun medio para atormentarme; pero no, esa sonrisa infernal no me engañará; y ya no puedes escapar de mis manos, no es verdad? Es imposible, estas bien atado y estas paredes son muy densas y las puertas muy sólidas.... No, no, ya no puedes escaparte, Buridan. Adios, tienes alguna cosa que decirme?

Burid. Una tan sola.

Marg. Habla.

Burid. Concédeme diez minutos de atención puesto que en breve va abrirse para mí la eternidad. Quiero contarte un recuerdo de mi juventud. Hará unos veinte años, en 1293, la Borgoña era feliz porque tenia por duque á Roberto. El duque Roberto tenia una hija joven y hermosa, con el rostro de ángel y el alma de demonio: llamábanla Margarita de Borgoña: déjame acabar. El duque tenia asimismo un page, tierno doncé, de alma sencilla y cándida, de color sonrosado y rubia guedeja: tenia por nombre Leoncio de Bournonville. Ah! me parece que ya escuchas con mas atención. El page y la jóven se amaron: quien los hubiera visto entonces y los viera á los dos ahora, sin duda no los reconoceria; y quizás si ellos mismos se encontrasen tampoco se conocerian.

Marg. Donde vendrá á parar?

Burid. Oh! ya verás, es una historia extraordinaria. Como decia, el page y la jóven se amaron recatándose de todo el mundo; por las noches una escala de seda, dejaba á su amante en los brazos de su amada. Un dia la hija del duque Roberto anunció llorando á Leoncio de Bournonville que iba á ser madre.

Marg. Gran Dios!

Burid. Ayúdame á cambiar de sitio, Margarita, me canso de esta postura. (*Margarita le ayuda, Buridan se sonrie.*) Gracias, á donde estábamos, Margarita?

Marg. Cuando la hija del duque iba á ser madre.

Burid. Ah! sí, es verdad. Ocho dias despues aquel secreto cesó de serlo para el padre, y el duque previno á su hija, de que al dia siguiente se abririan para ella las puertas de un convento, y como las del sepulcro, volverian á cerrarse para ella, hasta la eternidad; aquella noche se vieron los dos amantes. Qué horrible noche! Leoncio amaba á Margarita, como Gualtero te ama á ti... Noche de llanto y de imprecaciones! Ah! y qué bien juraba la jóven ser lo que despues ha sido.

Marg. Acaba, acaba.

Burid. Margarita, estas cuerdas se me entran en las carnes y me cortan como un acero. (*Margarita corta las cuerdas con que Buridan tiene atados los brazos, el cual la mira sonriéndose.*) La jóven tenia un puñal en las manos como ahora tú, Margarita, y decia: Leoncio, Leoncio mio, si mi padre muriese de aqui á mañana se acabaria para mi el convento, no nos separariamos nunca, y todo seria amor.... No sé como fué que el puñal pasó de sus manos á las manos de Leoncio; un brazo le guió en la oscuridad de la noche, y levantando una colgadura, el jóven armado y fuera de sí, se encontró frente á frente del duque que dormia profundamente. Sus facciones nobles y venerables no se borraron nunca de la imaginacion del asesino, porque el infame Leoncio le asesinó. Pero Margarita, la bella y encantadora Margarita, no entró en el convento y llegó á ser reina de Navarra y despues de Francia. A la mañana siguiente recibió el page de manos de un hombre llamado Orsini, un bolsillo lleno de oro y una carta; Margarita le pedia que se marchase de su lado para siempre, y añadia que no podian volver á verse mas despues de su complicidad en tan horrible crimen.

Marg. Imprudente!

Burid. No es cierto que fué imprudente? porque aque-

lla carta escrita de su letra y firmada por ella, detallaba el crimen, explicando sus pormenores y la complicidad de los dos. La reina Margarita no haría ahora, lo que la jóven Margarita hizo entonces... Imprudente!... Dices bien.

Marg. Pero en fin, Leoncio de Bournonville desapareció y nadie sabe lo que ha sido de él, ni volverá nunca. La carta ó la perdió ó la desgarró él, y no puede servir de prueba. Qué tiene que ver con esa historia Margarita, reina regenta de Francia.

Burid. Nadie lo sabe mejor que tú, porque Leoncio no ha muerto y tú no lo ignoras: te he visto estre-mecerte y reconocerle.

Marg. Y la carta, la carta?

Burid. Es el primer memorial que presentarán mañana al rey Luis X á su entrada en Paris.

Marg. No. Eso lo dices para asustarme, eso no puede ser, te hubieras valido desde luego de ese medio.

Burid. Pensaba hacerlo; pero tú me proporcionaste otro y he guardado este para mejor ocasiou, no negaras que hice bien?

Marg. Pero la carta....

Burid. Mañana te la volverá tu esposo: si no me engañando me explicaste el suplicio que aguarda á los asesinos. Y tú, Margarita, sabes cuál es el suplicio de las parricidas y de las adúlteras? escucha: las rapan el cabello con tigas ardiendo, las abren el pecho para arrancarlas el corazon, quemándole despues y arrojando sus cenizas al viento, y por tres dias consecutivos llevan arrastra el cadáver por las calles.

Marg. Oh!... Perdóname, perdóname.

Burid. Vamos, el último esfuerzo Margarita, desata estos cordeles... (Tiende las manos hácia Margarita que se las desata.) Ah! qué dulce es respirar con libertad! que venga el verdugo ahora! Yo mismo le prestaré las cuerdas. Qué es esto? Qué es lo que te aflige? Mañana una voz gritará por la ciudad: Buridan, el asesino de Felipe d'Aulnay se ha dado muerte en su calabozo. Y otra voz contestará desde el Louvre, Margarita de Borgoña ha sido sentenciada á la pena de las adúlteras y de las parricidas

Marg. Perdon, Buridan.

Burid. Ya no soy Buridan, soy Leoncio de Bournonwille.... el page de Margarita.... el asesino del duque Roberto.

Marg. No grites tan fuerte.

Burid. Qué es lo que temes. Estos muros apagan los gritos, ahogan los gemidos, absorven la agonía.

Marg. Qué quieres? habla, dímelo.

Burid. Tu entrarás mañana á la derecha del rey en la villa de Paris: quiero entrar á su izquierda y que salgamos juntos á recibirle.

Marg. Saldremos.

Burid. Bien está.

Marg. Y la carta?

Burid. Siendo yo primer ministro, yo he de ser el que la tome cuando se la presentaren.

Marg. Pero Marigny no ha muerto aun.

Burid. Ayer me juraste en la taberna de Orsini que á la hora décima, habria dado el último suspiro.

Marg. Aun falta una hora, y hay tiempo de sobra para cumplir esa promesa.... voy á dar la orden....

Burid. Espera y escucha mi última pregunta, Margarita. Qué se hicieron los hijos de Margarita de Borgoña y de Leoncio de Bournonwille?

Marg. Se los confió á un hombre.

Burid. Que se llama?...

Marg. No me acuerdo....

Burid. Piénsalo, Margarita, y te acordarás....

Marg. Orsini.... segun creo.

Burid. Orsini, Orsini! (Llamando.)

Marg. Qué haces?

Burid. No está ahí?

Marg. No. (Orsini sale.)

Burid. Mirale aquí; acércate, Orsini; mañana soy primer ministro.... no lo crees? decídselo, señora, para que lo crea.

Marg. Es verdad.

Burid. Lo primero que dispondré al subir al poder es mandar dar tormento á un tal Orsini que vivió en la corte del duque Roberto II.

Orsini. Y por qué, Monseñor, por qué?

Burid. Para averiguar de que modo ejecutó las órde-

nes que le confirió su soberana Margarita de Borgoña, relativas á dos niños.

Orsini. Perdonadme, señor, perdonadme por no haberlos dado muerte como me habian mandado.

Marg. No, no fui yo la que dió esa orden....

Burid. Calla, Margarita.

Orsini. No tuve valor para hacerlo, perdonadme, eran tan tiernos.... lloraban tanto!

Burid. Y qué hiciste de ellos, infeliz?

Orsini. Encargué á uno de los mozos que estaban á mis órdenes que fuese á esponerlos, y dije que ya estaban muertos.

Burid. Y ese hombre?

Orsini. Es uno de los carceleros, llamado Landry, pero perdonadnos.

Burid. Bien, Orsini, bien; esa accion sola compensa todos sus crímenes! veo que no tienes corazon de piedra! abrázame, Orsini, abrázame! Yo te daré mas oro, que el que pesan esos dos niños. Oh! hijos míos, hijos míos.... (*A Margarita.*) No os admireis señora, hasta los tigres quieren á sus hijos....

Orsini. Teneis mas que mandarme, señor?

Burid. Toma esa lámpara, y alumbra.... coged mi brazo, señora.

Marg. Dónde vamos?

Burid. Al encuentro del rey Luis X que entra mañana en la ciudad de Paris.



ACTO CUARTO.

CUADRO SESTO.

Quridan.

El teatro representa una sala del Louvre; puerta en el fondo y dos laterales: otras dos puertas á la derecha y una á la izquierda, y al lado de esta una ventana.

ESCENA PRIMERA.

SAVOISSY, PIERREFONDS y caballeros; despues SIR RAUL.

Savoi. No vais á ver al rey, sir Pierrefonds?

Pier. No; pero si va la reina no podré menos de acompañarla: y vos?

Savoi. Yo; pienso esperarlo aqui: hay tanta gente por toda la carrera que no se puede transitar por ella. Es cosa que no puedo soportar.... en una palabra, no quiero confundirme con esa cañalla.

Pier. Y por otra parte os habreis dicho á vos mismo.... el verdadero rey de Francia, mas que Luis-el-Pendenciero, es Margarita de Borgoña; por lo tanto vale mas hacer la corte á Margarita de Borgoña que á Luis-el-Pendenciero.

Savoi. Puede ser que haya algo de eso.... (*A Raul que entra.*) Buenos dias sir Raul, qué noticias nos traeis?

Raul. Que el rey está ya cerca de palacio.

Savoi. Ya no viene con él la reina?

Raul. La reina ha ido ya á recibirle, y viene á su derecha.

Dentro el pueblo. Viva el rey! viva el rey!

Raul. Escuchad.... no ois los gritos del populacho?

Savoi. Hemos cometido una falta imperdonable.

Raul. Pero lo que mas va á sorprenderos es... á que no adivináis quien venia á la derecha del rey?

Savoi. ¡Pardiez! seria extraño que fuese otro que Gualtero d' Aulnay.

Raul. Nadie ha visto en el séquito á Gualtero.

Savoi. No? es raro: si habrá tenido que hacer tal vez en la Torre de Nesle?... Han aparecido nuevos cadáveres en las orillas del Sena?... Pero decidnos, quién venia á su izquierda?

Raul. Señores, á la izquierda del rey cabalgaba en un brioso alazan ese capitán italiano que fue preso ayer por Gualtero debajo del balcón del Louvre.

Savoi. Es imposible!

Raul. Ya lo vereis.

Pier. Qué pensais de todo esto, Savoissy?

Savoi. Que vivimos en un tiempo en que no se ven mas que rarezas. Ayer Marigny, primer ministro, hoy Marigny preso: ayer ese capitán italiano preso, y hoy tal vez será primer ministro.

Dentro el pueblo. Viva el rey!

Pier. Oid al pueblo, que se inquieta poco de la suerte de sus ministros, como victorea al rey.

ESCENA II.

Los mismos. MARGARITA, BURIDAN.

Marg. Si, Leoncio de Bournonville, despues pasareis á la cámara de S. M. El rey quiere tratar con vos de varios asuntos de estado.

Savoi. Leoncio de Bournonville! Oh! no es como yo creia un aventurero cualquiera.... este es un nombre de solar conocido.

Burid. Acordaos de nuestro convenio, nuestro ha de ser el poder, nuestra ha de ser la Francia..

Marg. Desde hoy ocuparás conmigo tu puesto en el consejo.

ESCENA III.

Los mismos, GUALTERO por una puerta, LANDRY por otra

Burid. Landry!

Marg. Gualtero!

Burid. Ya ves.... (Acercándose á Landry.)

Land. Aquí tienes ya.

Gualt. Margarita!

Marg. Ten prudencia: yo te amo y te amaré siempre.

Gualt. Buridan! Buridan aquí!

Marg. Calla, y retírate.... luego te veré. (Gualtero se retira á un lado; Margarita se va por la derecha.)

Burid. Y la caja?

Land. Y los doce marcos de oro?

Burid. Esta noche te los llevaré....

Land. Dónde?...

Burid. A mi antigua habitacion en la casa de Pedro de Burgés.

Land. Esta noche os llevaré la caja.

Burid. Tengo muchas cosas que preguntarte.

Land. Os prometo responderos á todas.

ESCENA IV.

SAVOISSY. PIERREFONDS. GUALTERO. SIR RAUL y caballeros.

Savoi. Qué es esto, señores?... Dormimos ó estamos despiertos?... Yo por mi parte me instalo aquí.... (Se sienta.) Si duermo me despertarán, si no, me pondrán en la calle, pero yo quiero saber en qué pararán estas cosas.

Pier. Preguntaremos á Gualtero: puede que sepa algo.... Gualtero.

Gualt. Dejadme, señores, yo no sé nada. Dejadme.... os lo suplico.

Savoi. La puerta de la cámara del rey se abre.

Un oficial que entra por la derecha. Sir Pierrefonds?

Pier. Yo! voy.

Oficial. Una órden del rey. (Se va por la derecha.)

Pier. (Después de leer.) Orden de conducir á Enguerand de Marigny al patíbulo.

Savoi. Bien.... es una sentencia de muerte debajo de la cual ha puesto el rey su primera firma; esto prometo: os doy la enhorabuena por la comision.

Pier. Yo hubiera deseado que fuese otra, pero debo obedecer, y voy á cumplirla. Adios, señores. (Fase por el fondo.)

Savoi. A lo menos ya sabemos á punto fijo una cosa.

Raul. Cuál?

Savoi. Que el primer ministro será ahorcado.... el rey habia ofrecido hacer alguna cosa buena por su pueblo.

Oficial. El señor conde de Savoisy? (*Volviendo á entrar por la derecha.*)

Savoi. Qué teneis que mandarme?

Oficial. Despachos del rey. (*Vase.*)

Raul. Ah! veamos.

Savoi. Qué veo! El rey me nombra capitán de guardias; sabéis si hay alguna plaza vacante?

Raul. A no ser la de Gualtero.

Savoi. Esto se va haciendo cada vez mas incomprendible.

Raul. Sin embargo, permitid que os felicitemos.

Savoi. Gracias, señores, gracias. Me mandan que en el momento tome posesion de mi empleo, de consiguiente podeis quedaros aqui si gustais. Señores, al fin he conseguido lo que deseaba: el rey es un gran rey, y su primer ministro un grande hombre. (*Vase.*)

Oficial. Gualtero d' Aulnay?

Gualt. Qué me quereis?

Oficial. Una cédula real.

Gualt. Para mí?

Oficial. Caballeros, el rey nuestro señor no recibirá despues del consejo: de consiguiente os podeis retirar. (*Vase.*)

Gualt. •Despacho real, concediendo al caballero d' Aulnay, la comandancia del condado de Champaña. • A mí la comandancia de una proviucia! • Con orden de dejar mañana á Paris, y marchar á Troyes. • Yo dejar á Paris!...

Raul. Os felicitamos de todo corazon.... os hacen justicia: la reina no podia haber hecho una eleccion mas acertada.

Gualt. Felicidad á Satanás. (*Hace pedazos la cédula.*) No, no partiré.... No ha dicho el rey que os podeis retirar?

Raul. Y vos?

Gualt. Yo me quedo.

Iaul. Si no nos vemos antes de vuestra partida, señor Gualtero, os deseo un feliz viage. (*Vanse todos los caballeros.*)

Gualt. Dios os guarde. Partir! partir! dejar á Paris!... Y es esto lo que se me habia ofrecido?... Yo no sé donde estoy; yo no sé lo que me pasa.

ESCENA V.

GUALTERO y MARGARITA.

Marg. Gualtero?

Gualt. Ah, sois vos, señora?

Marg. Silencio!

Gualt. No, demasiado tiempo he callado, y ya es preciso que os hable, si, aunque me deba costar cada palabra un año de mi vida. Vos os burlais de mí, Margarita, dándome esperanzas que no quereis realizar, soy yo juguete de vuestros caprichos, os burlais de mí como de un niño.... Ayer me jurasteis que nunca me separaria de vuestro lado, y hoy.... hoy me mandan salir de Paris para.... qué sé yo que condado.

Marg. Habeis recibido la orden del rey?

Gualt. Sí, esa es. (*Señalando los pedazos.*)

Marg. Moderaos.

Gualt. Y vos habeis podido aprobarlo?

Marg. Me he visto obligada á hacerlo.

Gualt. Obligada! y quién puede obligar á la reina....

Marg. Un demonio que tiene bastante poder para hacerlo.

Gualt. Pero quién es? decidmelo.

Marg. Tratad de obedecerme, y tal vez de aquí á mañana podré explicaros este misterio.

Gualt. Y quieres que me retire con esa sola confianza.

Marg. Tú no partirás, pero es preciso que te retires de aquí....

Gualt. Si, me voy, pero volveré: es preciso que me expliqueis el motivo de semejante conducta.

Marg. Si, si,... volverás; pero viene alguno.... vete, vete!

Gualt. No olvides tu promesa: Adios. (*Vase.*)

Marg. Ya era tiempo.

ESCENA VI.

MARGARITA, BURIDAN.

Burid. Perdóname, Margarita, si he venido á interrumpir tu despedida.

Marg. Te has equivocado, Buridan....

Burid. No es Gualtero el que se aleja por allí?

Marg. Sí, pero has oído mal, no era despedida.

Burid. Bien pudiera ser.

Marg. No, porque Gualtero no saldrá de Paris.

Burid. El rey lo ha mandado así.

Marg. Pues yo me opongo al cumplimiento de esa orden.

Burid. Margarita, has olvidado nuestro convenio?

Marg. Te prometí hacerte mi primer ministro; lo he cumplido, tú me ofreciste dejarme á Gualtero, y ahora quieres separarle de mi lado.

Burid. También estipulamos que la Francia sería nuestra.... de los dos.... pero no de los tres; ese joven tendría también parte en el poder y en nuestros secretos, y esto es imposible.

Marg. Sin embargo ha de ser así.

Burid. Has olvidado que estás aun en mi poder?

Marg. Ayer te temía.... temía á Buridan preso; pero hoy eres ya primer ministro, eres Leoncio de Bournoville.

Burid. Qué quieres decirme?

Marg. Tú no puedes perderme sin perderte á ti mismo.

Burid. Crees que me hubiera detenido ayer esa consideración?

Marg. No, pero te detendrá hoy. Ayer tenías esperanzas de ganar mucho, y nada que perder sino la vida. Hoy con la vida, perderías honor, fortuna, poder.... y serías tan insensato que te precipitases desde tu altura por solo el placer de arrebatarme hacia el abismo en tu caída? Buridan, nosotros hemos llegado á la cima de una montaña escarpada y resbaladiza; creeme.... mas vale sostenernos mutuamente que amenazarnos de este modo.

Burid. Tanto quieres á Gualtero?

Marg. Mas que á mi vida.

Burid. Amor en el corazon de Margarita! Yo habia creido que se podia esprimir y torcer sin que derramase un sentimiento humano: ah! eso es mas de lo que yo esperaba de tí. Tú y yo no somos dueños de nuestra voluntad, mientras ésta no esté acompañada de un poder invencible que arrolle cuanto se le ponga delante, sin costar una sola lágrima á nuestros ojos, ni un tormento á nuestro corazon. Nosotros heimos llegado á ser cosas que gobiernan y no criaturas que se enternecen. Ah! desgraciada de tí, Margarita!... yo creia que eras un demonio y veo que eres un ángel extraviado.

Marg. Bien, si no es amor el que me abraza el alma, inventa un nombre que dar á mi flaqueza: pero que no se vaya; yo te lo suplico.

Burid. (Serian dos contra mí, y esto es demasiado.)

Marg. Qué dices?

Burid. (Soy perdido si no los pierdo.) Que no parta Gualtero.

Marg. Si, te lo suplico.

Burid. Y si yo estuviese celoso de él... yo...

Marg. Celoso! tú?

Burid. Si el recuerdo de mis amores pasados me hiciese insoportable la idea de que ese hombre es amado por tí; si lo que tú has creido ambicion y aborrecimiento no fuese sino un amor mal apagado; si yo te dijese que mi deseo por elevarme al poder no tenia otro objeto que estar cerca de tí, en una palabra, si yo te devolviese esas cartas y con ellas todas mis esperanzas ambiciosas para poder probarte que eres tú sola mi gloria, la única felicidad que ambiciono; dime... consentirias en separarle de tu lado?

Marg. Puedo creerte, Leoncio, ó te burlas?

Burid. Haz que yo pueda verte esta noche, que yo te vea y entregaré tus cartas. Si mañana quieres perderme lo podrás hacer sin temor.

Marg. Pero suponiendo que yo consintiese, ya sabes que no puedo recibirte en palacio.

Burid. No sales de él cuando quieres?

Marg. Dónde he de verte?

Burid. En la torre de Nesle.

Marg. No faltarás?

Burid. No fui otra vez cuando no sabia lo que me aguardaba?

Marg. (Se entrega él mismo.) Escucha Buridan, será si se quiere una flequeza, pero tu vista me recuerda tantos momentos de felicidad, tu voz dispierta en mi corazón tantos recuerdos venturosos que creia ya muertos para mí...

Burid. Margarita!

Marg. Leoncio!

Burid. Marchará Gualtero mañana?

Marg. Esta noche te lo diré. Abi tienes la llave de la torre de Nesle.... ahora, debemos separarnos: Adios. (Ah Buridan! ahora no te escaparás de mis manos.) (Vase.)

Burid. Margarita, esta es la llave de tu sepulcro, pero... tranquilizate, no te encerraré sola en él.

ESCENA VII.

MARGARITA Y despues ORSINI.

Marg. Orsini?... Orsini? (A media voz.)

Orsini. Que me mandais, señora?

Marg. Esta noche irás á la torre de Nesle con cuatro hombres armados.

Orsini. Nada mas?

Marg. Por ahora no: allá te diré lo que debes hacer. (Vase Orsini y Margarita mira con recelo al rededor.) No hay nadie.... bien.... (Vase.)

ESCENA VIII.

BURIDAN, entrando con un pergamino en la mano, despues SAVOISSY.

Burid. Conde de Savoissy, conde de Savoissy?

Savoí. Señor!

Burid. El rey no ha podido menos de haber visto con dolor los continuos asesinatos cometidos estos últi-

mos meses en la ciudad de Paris: se cree con algun fundamento que los asesinos se reunen de noche en la torre de Nesle. Esta noche á las nueve y media cercareis la torre con diez hombres y prendereis á todos los que se hallaren allí, cualquiera que sea su título ó su rango: ahí tenéis la orden.

Savo. Muy pronto me hacen entrar en el ejercicio de mis funciones.

Burid. Y bien podeis decir que esta es la mas importante que llenareis en vuestra vida.



ACTO QUINTO.

CUADRO SÉPTIMO.

Gualtero D'Aulnay.

El teatro representa la taberna de Pedro Burgés.

ESCENA PRIMERA.

LANDRY *solo.*

Land. Doce marcos de oro!... que hacen, si mal no cuento, seiscientos diez y ocho libras tornesas.... Como el capitán cumpla su palabra y me dé esa cantidad en cambio de esta cajita, por la cual no daría yo seis sueldos, podré seguir sus consejos y ser hombre de bien.... Sin embargo, será preciso hacer algo.... Pero el qué?... Con ese dinero levantaré una compañía, tomaré el mando de ella y me engancharé al servicio de algún gran señor, me guardaré la paga entera y haré que mi gente viva sobre el país.... Sí, vive Dios.... Es una vida alegre y regalona; y en la que nunca faltan vino ni mugeres; además, que si pasa algún viagero cargado de oro y mercancías, como el reino de los cielos se ha hecho sobre todo para los pobres, se le facilita la entrada, y con tal que uno desempeñe las obligaciones de todo un buen cristiano, que apalee de vez en cuando á un gitano y desuelle algún judío, la salvación del alma me parece tan fácil cosa como el beberse este vaso de vino... Hola! aquí está el capitán.

ESCENA II.

LANDRY, BURIDAN.

Burid. Así me gusta, Landry.

Land. Ya veis que os estaba esperando.

Burid. Y para no fastidiarte esperabas bebiendo.

Land. No conozco compañero mejor que el vino.

Burid. Ya sí. (*Sacando el bolsillo.*) El diuero con que se compra.

Land. Aquí tenéis vuestra caja.

Burid. Y aquí tienes tus doce marcos de oro.

Land. Gracias.

Burid. Ahora has de saber que he dado cita á un joven aquí: le he visto á lo lejos que me seguía, con que déjame este cuarto por un rato. Al punto que le sintieras marchar vuelve á subir, porque tengo que hablarte. (*Se oye ruido en la escalera.*)

Land. Si no me engaño creo que es él el que sube denunciándose por la escalera.... Cuidado!

Burid. Vete, déjanos solos.

Gualt. El capitán Buridan! (*Desde la puerta.*)

Land. Ahí está. (*Vase.*)

ESCENA III.

BURIDAN, GUALTERO.

Burid. (*Con malicia.*) Yo creía, señor Gualtero, que no ignorabais mi nuevo título y nombre, pero á lo que parece me engañaba, y sabed por lo mismo que desde mañana mi nombre es Leoncio de Bourbonwille, y mi dignidad primer ministro de Francia.

Gualt. Poco me importa, ni hacen ahora al caso el nombre con que os conocen ni el título que os dan: para mí sois un hombre del que viene á reclamar una promesa otro hombre: estais dispuesto á cumplírsela?

Burid. Os prometí deciros quien fué el que asesinó á vuestro hermano.

Gual. No es eso.

Burid. Os prometí explicaros como en un solo día En-

guerrand de Marigny ha pasado de los salones de Louvre al patíbulo de Montfaucon.

Gualt. Tampoco es eso: delincuente ó no, los jueces del primer ministro darán cuenta á Dios de esa sentencia algun dia: me prometisteis otra cosa.

Burid. Quieres saber acaso por qué el hombre que tú mismo prendiste ayer es hoy primer ministro?

Gualt. No, no: que me importa á mi que Dios ó el demonio te presten su ayuda? Todos esos son secretos terribles que yo quiero desconocer siempre. Mi hermano ha muerto y Dios le vengará; Marigny ha muerto y Dios le juzgará. No quiero saber nada de eso: me prometisteis otra cosa.

Burid. Pero cuál? esplicaos.

Gualt. Me prometisteis que yo veria á Margarita.

Burid. Con que es decir que vuestro amor por esa muger sofoca todos los demas sentimientos!... Para vos el cariño fraternal no es ya mas que una vanu palabra.... para vos los sangrientos sucesos de la corte no son ya mas que un juego.... Oh! insensato.

Gualt. Repito que me prometisteis que yo veria á Margarita.

Burid. Y para eso me necesitais á mi por ventura? No podeis entrar ya por la puerta secreta, ó temeis que Margarita no pase la noche en el Louvre, como la noche pasada?

Gualt. Quién te lo ha dicho á ti? (Yendo hácia él.)

Burid. El que pasó la noche al lado de Margarita.

Gualt. Eso es una blasfemia: Buridan, estás loco?

Burid. Sosiégate, joven, y da paz á la mano con que aprietas convulsivamente la empuñadura de tu espada.... Ciertu que Margarita merece esos estremos, porque es una muger hermosa y apasionada.... Qué te ha dicho cuando la preguntaste como se habia hecho aquella herida en el rostro?

Gualt. Dios mio, tened la lengua de este hombre!

Burid. Sin duda te habrá escrito alguna vez.

Gualt. Y qué os importa á vos?

Burid. Es que quiero decirte que su estilo es tierno y abrasador como sus ojos.

Gualt. Ah!... qué dices? tus ojos de basilisco no han visto nunca la letra de la reina.

Burid. (Abriendo la caja.) La conoces? Lee lo que dice esa firma: «tu amada Margarita.»

Gualt. Que veo!...

Burid. No es cierto que cuando uno está á su lado en dulces coloquios de amor, si sus rizos dilatados llegan á acariciar vuestra mejilla os hacen estremecer de placer, y que daría uno mil vidas por uno solo de estos rizos? (Enseñándole una trenza de pelo que está en la caja.)

Gualt. Si, esa es su letra, y ese es el color de su cabello.... Dime como has robado esa carta; dime que ese rizo no es suyo.

Burid. Puedes preguntárselo á ella misma: te he prometido que la verás.

Gualt. Si, al instante! al instante!

Burid. Quizás no estará en la cita aun.

Gualt. En la cita!... Quién es el hombre que ha de verse á solas con ella?... Dime su nombre.... Oh!... tengo sed de su sangre y de su vida.

Burid. Ingrato! Y si el mismo te cediese el puesto.

Gualt. A mí.

Burid. Si, bien sea hastio ó bien compasion de ti, no quiere verla mas; si, te la cede; si, te la dá.

Gualt. Ah! deslenguado! (Sacando la daga.)

Burid. Hidalgo!

Gualt. Dios mio!... tened piedad de mí!

Burid. Margarita aguarda: Gualtero, piensas hacerla esperar?

Gualt. Y dónde está, dónde?

Burid. En la torre de Neale!

Gualt. Bien. (Se dirige hácia la puerta.)

Burid. Pero olvidas la llave.

Gualt. Trae.

Burid. Escucha aun una palabra.

Gualt. Acaba.

Burid. Ella fue la que mató á tu hermano.

Gualt. Maldiccion! (Se precipita hácia la puerta.)

ESCENA IV.

BURIDAN, poco despues LANDRY.

Burid. Si, corre á reunirte con ella y perdes uno por otro: eso es lo que yo deseo. Si Savoissey es tan exacto como ellos no dejará de prender á personas que él no se esperaba. Ahora solo me falta averiguar qué se hicieron aquellas dos desventuradas criaturas. Ah! si yo los tuviese aquí para partir con ellos mis riquezas y hacer su suerte! Landry es muy solapado, pero yo le haré cantar de plano al punto. Héle aquí.

Land. Teneis alguna otra cosa que mandarme, mi capitán?

Burid. No, nada. Dime, cuanto tiempo necesitará ese joven para ir desde aquí á la torre de Nesle?

Land. Como no encontrará barca será necesario que suba hasta el puente de los Molinos: en todo ello empleará cerca de media hora.

Burid. Bueno: pon sobre la mesa ese reloj de arena, trae otro vaso, y hablemos de los tiempos pasados, de cuando nos conocimos por primera vez: ¡cientate Landry.

Land. Sí, que buen tiempo y que pícaras guerras! el día se pasaba matando gente y la noche de broma. Os acordais, capitán, del vino de aquel prior de Génova, que nos supo tan bien? Lo que es entonces nos divertiamos mucho, pero tambien cometiamos pecados de buen tamaño.

Burid. El día del juicio pondrán en la balanza nuestras buenas y nuestras malas obras: no dudo que tú habrás hecho alguna de las primeras, para que haga peso por lo menos.

Land. Sí, sí, he hecho algunas obras meritorias, y espero que por ellas....

Burid. Cucutamelas, y así me edificarás. (*Beben.*)

Land. A principios de este año, cuando se juzgó la causa de los templarios, faltaba un testigo para hacer que triunfase la causa de Dios, y que sentenciasen al gran maestro Santiago de Molay: un santo barón, fraile benedictino, echó la vista so-

bre mí, me dictó un falso testimonio, y yo le repetí palabra por palabra como si fuese verdadero. Al otro día fueron quemados públicamente los herejes para mayor gloria de Dios y de nuestra santa religión.

Burid. Prosigue, mi valiente Landry: me has contado una historia de niños... (*Beben.*)

Land. Sí, eso fué en Alemania: pobre angelito! á estas horas estará pidiendo allá arriba por mí. Figúraos que íbamos siguiendo á unos gitanos, gentes que como sabéis son todos herejes y paganos; atravesábamos una aldea incendiada: yo oí llorar en una casa, entré y hallé un pobrecito niño gitano abandonado. Miré alrededor de mí y encontré una vasija con agua; en un abrir y cerrar de ojos, zas le bautizé y hétele cristiano, gracias á mí: iba á ponerle en parage donde no pudiese llegar el fuego, cuando se me ocurrió que al otro día volverían sus padres y el bautizo se le llevaría el diantre. Entonces que hice, le acosté pulidamente en su cuna y salí cerrando la puerta. Las llamas devoraban la casa.

Burid. Y el niño pereció? (*Distraido.*)

Land. Sí, pero el que se llevó buen chasco fué el diablo, que creía venir á buscar á una alma idólatra y se quemó los dedos con una alma cristiana.

Burid. Sí, ya veo que siempre has tenido una religion bien dirigida; pero yo hablaba de otros niños... de dos niños que Orsini...

Land. Vamos, ya me acuerdo de lo que quereis hablar.

Burid. Ab!

Land. Sí, eran dos criaturas que Orsini me mandó arrojar al rio, y que me dieron lástima y los dejé en este mundo porque me aseguró que estabau cristianados.

Burid. Y qué hiciste con ellos. (*Con viveza.*)

Land. Los dejé en el pórtico de Nuestra Señora, que es el lugar destinado para los espósitos.

Burid. Y no supiste despues su paradero?

Land. No; lo que sé es que los recogieron, porque por la tarde ya no estaban.

Burid. Pero no dejaste ninguna señal?... no les hiciste ninguna marca por si llegase el caso de reconocerlos?

Land. Si tal que les hice, y lloraron bien lastimeramente, pero era por su bien: les hice con la punta de mi puñal una cruz en el brazo izquierdo.

Burid. Una cruz? una cruz en el brazo izquierdo á los dos? (*Levantándose.*) Ah! dime que no era una cruz lo que les hiciste, que no era en el brazo izquierdo, di que era cualquiera otra marca....

Land. Cuando os digo que era una cruz y no otra cosa, y en el brazo izquierdo y no en ninguna otra parte...

Burid. Oh! infeliz, infeliz de mí! mis hijos! Felipe d'Aulnay! el uno muerto y el otro en los brazos de la muerte.... ambos asesinados, el uno por ella y el otro por mí! Justicia divina! Landry, dónde encontraríamos una barca para que llegásemos antes que ese joven?

Land. En casa de Simon el pescador.

Burid. Corre, toma una escala, una espada y sigueme.

Land. A dónde, capitán?

Burid. A la torre de Nesle, infeliz!

CUADRO OCTAVO.

La decoracion del cuadro segundo.

ESCENA V.

MARGARITA, ORSINI.

Marg. Si, Orsini, es necesario un crimen mas, pero te prometo que será el último. Este hombre conoce todos nuestros secretos, secretos que llevan consigo la vida y la muerte. Si yo no hubiese contenido con astucia sus proyectos ambiciosos, ya nos hubiera perdido á ti y á mí.

Orsini. Pero ese hombre tiene sin duda algun demo-

nio que le proteja y le instruya de todos nuestros secretos.

Marg. De cualquier modo que sea lo cierto es que él los sabe: Con una palabra sola me ha hecho arrodillar á sus plantas como una esclava, ha rechazado todos mis proyectos para perderle, y sin embargo ese hombre que posee todos nuestros mas terribles secretos, que me ha humillado á tal extremo que puede perdernos cuando quiera: ese hombre ha tenido la imprudencia de darme una cita para la torre de Nesle. Yo he vacilado un momento, pero.... no es verdad que ha sido una imprudencia por su parte?

Orsini. Oh! seguramente.... es tentar al demonio.

Marg. El, él mismo se nos entrega.... así será menor nuestro remordimiento.

Orsini. Pero volviendo á lo que decíamos: es necesario que concluya esta carrera de crímenes: ya es tiempo de que gocemos la vida en reposo.

Marg. Sí, es preciso, muy preciso, Orsini; pero tambien conocerás que es necesario que muera ese hombre: aun cuando yo no te lo mandase, tú mismo por tu propia seguridad hundirias tu cuchillo en su corazon.

Orsini. Sí, sí.... pero no dejareis de confesar que este nuevo delito pesaria demasiado sobre nuestra conciencia, seria bastante tal vez para que nuestro reposo eternal....

Marg. Por ahora lo primero es nuestro reposo en el mundo.... mientras viva ese hombre no puedo yo ser reina; si no muere, jamas seré dueña del poder, de mis tesoros, ni aun de mi vida; pero si deja de existir.... Oh! te lo juro.... no aparecerán ya mas cadáveres en el Sena. Y para qué? Ya tiembla toda la nobleza de Francia solo al escuchar mi nombre. Yo te daré todo el oro que quieras y serás dueño de elegir entre volverte á la bella Italia ó quedarte en Francia. Escucha: pienso arrasar esta torre: haré construir en su lugar un convento y dotaré una comunidad de monges para que pasee su vida rogando al cielo por tu alma y por la mia, con los pies desnudos sobre la piedra desnuda; por-

que, te lo repito, Orsini, tanto como tú estoy horrorizada de todos estos asesinatos: basta se me figura que Dios me los perdonaría si no añadiese este último.

Orsini. No, no.... sabe nuestros secretos y puede perdonarnos. Por dónde va á venir?

Marg. Por esa escalera.

Orsini. Y no vendrá nadie antes que él?

Marg. Nadie mas.

Orsini. Voy á apostar mi gente.

Marg. No ves nada en el rio?

Orsini. Una barca conducida por dos hombres.

Marg. Uno de esos dos es él. No hay que perder tiempo: corre, corre; pero cierra esa puerta para que no pueda venir aqui. No quiero volver á verle: tal vez me descubriría algun otro secreto que le salvaría la vida. Vete y enciérrame.

ESCENA VI.

MARGARITA *sola.*

Ah! mi querido Gualtero: queria separarnos ese hombre: separarnos.... Le he dado cuanto oro me ha pedido: ambicionaba honores, le he colmado de ellos; pero nos ha querido separar y he decretado su muerte. Si tú supieras que ha querido arrancarte de mi lado, tú mismo me perdonarias su muerte. Oh! Ese Leoncio, ese Buridan, ese demonio que vuelva á entrar en el infierno de donde ha salido. A él es á quien debo todos mis crímenes: por él estoy manchada con la sangre de tantas víctimas: si Dios es justo esa sangre caerá sobre su cabeza. Y yo.... yo!... si fuese mi propio juez, no sé si me atrevería á perdonarme. (*Se llega á la ventana y escucha.*) Aun no se oye nada.

Land. (*Al pie de la torre.*) Estais ya arriba?

Burid. (*Fuera del balcon.*) Sí.

Marg. Alguien anda en el balcon.... Ah!

ESCENA VII.

MARGARITA, BURIDAN *que abre el balcón.*

Burid. Margarita! Margarita!... todavía sola: Dios sea alabado.

Marg. Socorro!... es él.

Burid. Nada temas.

Marg. Tú... tú... por ese balcón!

Burid. No temas, te repito.

Marg. Pero por qué has venido por ahí, y no por la puerta?

Burid. Yo te lo diré después; pero antes tengo que hablarte de otra cosa, y cada minuto que perdamos es un tesoro arrojado á un abismo. Escúchame.

Marg. Vienes otra vez á amenazarme, á imponerme alguna otra condicion?

Burid. No, ya nada tienes que temer de mí. Toma, ahí tienes mi espada, ahí tienes mi puñal y esa caja que encierra todos nuestros secretos: ahora puedes hacerme asesinar si te agrada, ya estoy desarmado, sin defensa; puedes apoderarte de esa caja, quemar lo que contiene y dormir tranquila sobre mi tumba. No vengo á amenazarte, vengo á decirte... Oh! si tú supieras lo que te vengo á decir! una cosa que puede llenar de felicidad los días que aun nos quedan de vida: estos días que nosotros mismos no nos atreveríamos á esperar sino llenos de crímenes y de amargura.

Marg. Habla, no te comprendo.

Burid. Margarita, no te queda nada en el corazón, ningún sentimiento de muger y de madre?

Marg. Qué quieres decirme?

Burid. Aquella Margarita á quien yo conocí tan pura, no abrigo ya ninguno de aquellos afectos sagrados para Dios y para los hombres?

Marg. Y eres tú quien me habla de virtudes y de pureza! Satanás convertido en predicador!

Burid. Poco me importa el nombre que quieras darme con tal que me escuches. Margarita, no has tenido nunca un instante de arrepentimiento? respóndeme

como si hablaras á Dios; porque del mismo modo que Dios, puedo yo en este momento darte la felicidad ó la desesperacion.... yo puedo condenarte ó absolverte.... abrirte las puertas de la gloria ó las del infierno.... Olvida todo lo que ha pasado entre nosotros en estos tres dias, olvidalo todo menos el amor que me tuviste en otro tiempo.... Dime, no sientes una necesidad de explicar á alguno todo lo que has sufrido desde entonces?

Marg. Si, seguramente, porque semejantes secretos no pueden á veces confiarse ni al confesor; solamente á ti, á ti que eres mi cómplice, la causa de todos mis crímenes, podria atreverme á confiarlos. Si, Buridan, ó mas bien Leoncio.... todos mis delitos son consecuencia de mi primera falta! Si la hija del duque Roberto no hubiera olvidado sus deberes, tampoco hubiera cometido su primero, su mas horrendo crimen; para que no se sospechase de mi por la muerte de mi padre perdí á mis hijos. Perseguida de mis remordimientos no encontré mas refugio que el crimen.... yo he querido ahogar con sangre la voz de mi conciencia que me gritaba incesantemente *Parricida!* Desde entonces no he logrado escuchar una palabra de consuelo, ni una voz que me llamase á la virtud. Pasiones, remordimientos, noches terribles y sombrías llenas de amargura, ensueños azarosos, espectros.... Este ha sido el fruto que me produjo tu amor.

Burid. Pero dime, y si se hubiesen presentado á tu vista tus hijos?

Marg. Oh! entonces.... yo hubiera sido muy feliz! Si yo hubiera oido alguna vez á mis hijos decirme *madre mia*, no hubiera cometido tantas maldades... si, mis hijos me hubieran arrancado de esa senda peligrosa que conduce á la condenacion; pero yo no podia tenerlos á mi lado.... hijos míos.... yo no me he atrevido nunca á pronunciar estas palabras: yo temí llamándolos que sus sombras se levantasen contra mí desde el fondo del sepulcro.

Burid. Desgraciada!... tú los has tenido muy cerca de ti, y nada nada te ha dicho: Margarita, esos son tus hijos.

Marg. Cerca de mí dices?

Burid. Y aun has visto á uno de ellos, desventurada madre, bincado de rodillas pidiendo favor contra el puñal de los asesinos!... tú estabas allí escuchando sus súplicas.... no reconociste á tu hijo, tú dijiste: *herid.*

Marg. Yo, yo.... en dónde?

Burid. Aquí en este mismo sitio.

Marg. Cuando?

Burid. Antes de ayer.

Marg. Felipe d'Aulnay!... Justicia de Dios!

Burid. Ya que sabes la suerte del uno, te atreves á adivinar quien puede ser el otro?

Marg. Gualtero?

Burid. El amante de su madre.

Marg. Oh! no, no.... gracias á Dios todavia puedo llamarle mi hijo y él llamarme su madre.

Burid. Cierto?

Marg. Te lo juro por la sangre de mi hijo que ha sido derramada aqui; si, es la mano de Dios sin duda la que ha encendido en mi corazon este amor puro, puro como el amor de una madre.... Dios fue sin duda.... Dios bueno, Dios justo, que ha querido hacerme arrepentir de mis extravios y volver á mi alma la felicidad.

Burid. Y ahora, Margarita, me perdonas? ves en mí todavia un enemigo?

Marg. No, no.... el padre de Gualtero.

Burid. Ves como todavia podemos ser dichosos? nuestros deseos de ambicion se han cumplido: no haya mas discordia entre nosotros.... Nuestro hijo será el nudo que nos ligará eternamente, y nuestro secreto quedará guardado entre los tres.

Marg. Si, si....

Burid. Crees ahora que aun puede haber para tí felicidad en el mundo?

Marg. Si lo creo!

Burid. Solo una cosa falta para completar nuestra felicidad, es verdad?

Marg. Nuestro hijo! nuestro hijo aqui, en medio de los dos!... nuestro Gualtero!

Burid. Pronto le verás.

Marg. Cómo?

Burid. Le he entregado la llave que tú me diste y no tardará en venir por esa escalera.

Marg. Dios mio! como eras tú á quien yo esperaba he apostado en ella algunos hombres para que te asesinasen.

Burid. Bien te conocia yo Margarita....

Marg. Es él.... y le matan! (Se oye un grito en la escalera.)

Burid. Corramos. (Se precipitan hácia la puerta empujándola con violencia.)

Marg. Quién ha hecho cerrar esta puerta.... Oh! yo he sido: yo misma. Orsini.... Orsini, no le hieras; Desgraciado!

Burid. Puerta del infierno!... mi hijo! mi hijo!!!

Marg. Gualtero!

Gualt. (Dentro.) Por piedad!... Socorro....

Burid. Orsini!... demonio!... Orsini!... (Se abre la puerta.)

ESCENA VIII.

Los mismos, GUALTERO ensangrentado.

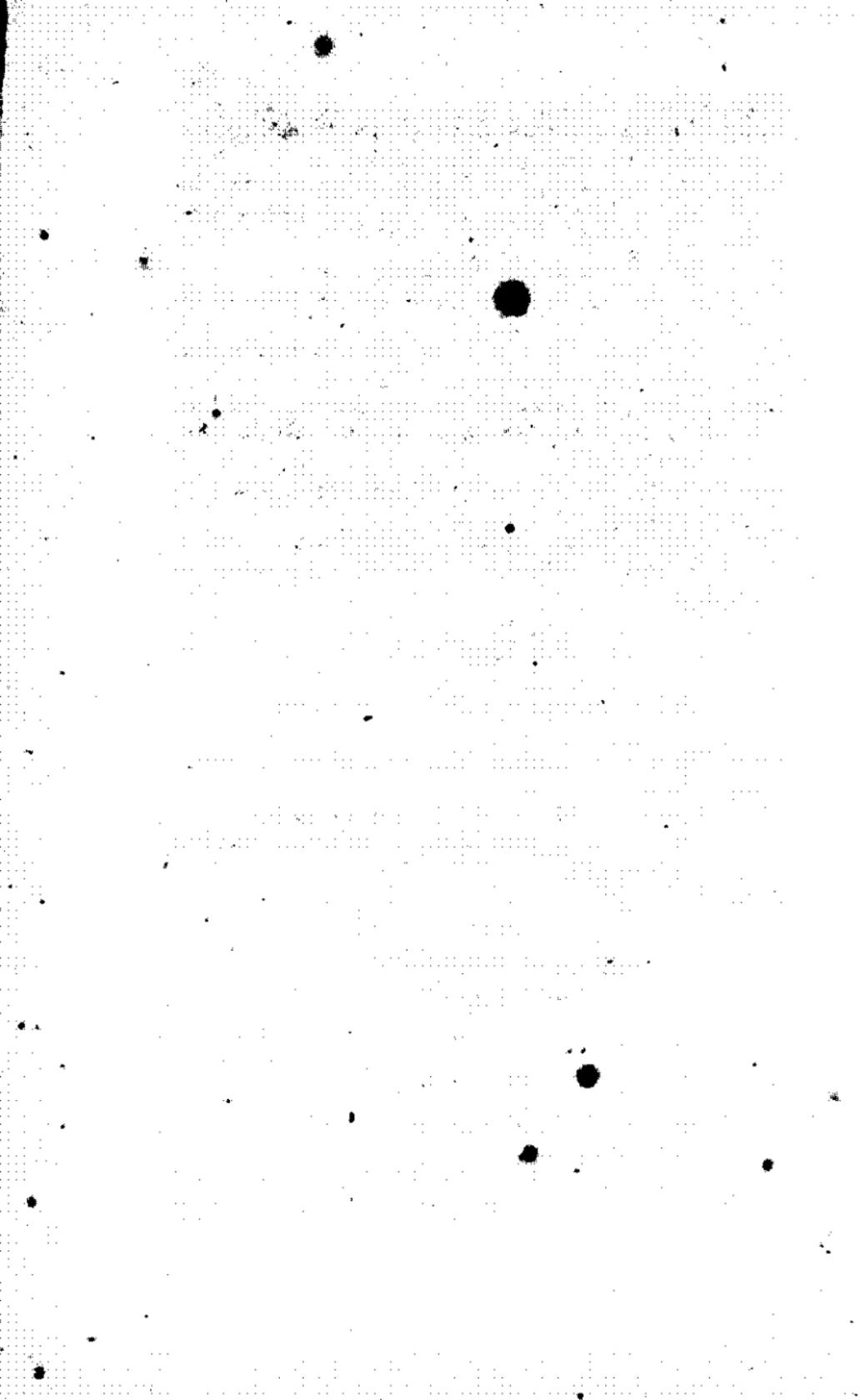
Gualt. Margarita, Margarita.... aqui tienes la llave... de la torre....

Marg. Desgraciado!... piedad!... soy tu madre.

Gualt. Mi madre.... pues bien.... madre.... maldita sea.... (Muere.)

Marg. Ah!

FIN DEL DRAMA.



MUERETE ¡Y VERÁS....!

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

POR

D. Manuel Bretón de los Herreros.

SEGUNDA EDICION.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YNES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1840

PERSONAS.

ISABEL.

JACINTA.

DON PABLO.

DON FROILAN.

DON ELÍAS.

DON MATÍAS.

DON ANTONIO.

DON LUPERCIO.

DON MARIANO.

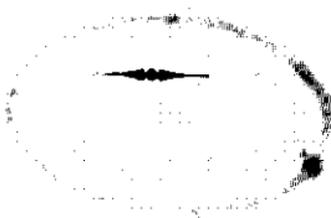
UN BARBERO.

UN NOTARIO.

RAMON.

Un ciego.—Una ciega.—Guardias nacionales.—
Hombres y mugeres de duelo.—Damas y caballeros
convidados.—Pueblo.

La escena es en Zaragoza.



Esta comedia es propiedad legítima del Editor, quien
perseguirá ante la ley al que la reimprima.

ACTO PRIMERO.

LA DESPEDIDA.

Calle. Un café en el foro con puerta vidriera.

ESCENA I.

(Durante esta escena atraviesan de un lado á otro del teatro algunos milicianos nacionales equipados como de camino, y gentes del pueblo que se supone van á ver salir la tropa.)

DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON MARIANO. *(Saliendo del café.)*

ANT. Salgamos, Lupercio, á ver lo que pasa por la calle.

LUP. Ya transita poca gente.

MAR. Como por aquí no sale la columna....

LUP. Quiera Dios que á los facciosos alcancen y los destruyan.

ANT. Qué fuerza va á marchar?

LUP. Dos mil infantes y ciento veinte caballos.

MAR. Cuántos son los nacionales movilizados?

LUP. Mil hombres que en vivos deseos arden de purgar el noble suelo aragonés de esa infame canalla.

MAR. Vamos al Coso,

que ya es regular que marchen
en breve.

ANT.

No tengas prisa.

Cuando están los oficiales
tan despacio en el café...

LUP.

Sí. Abi quedan don Pedro Yagüe
y don Matias Calanda ;
pero este es un botarate
que cuando está en una broma
no oye cajas ni timbales ,
y don Pablo embelesado
en los ojos de su amable
Jacinta....

ANT.

Pues malas lenguas
dicen que el otro compadre
gusta tambien de la niña ,
y si puede desbancarle....

LUP.

Por ahora es el preferido
don Pablo. Mas adelante,
no diré.... Porque en mugeres
no hay que fiar, y el caracter
de Jacinta es en mi juicio
mas veleidoso que el aire.

MAR.

Sin embargo, tiene mil
apasionados, y nadie
piensa en Isabel ; su hermana ,
aunque yo creo que vale
mucho mas.

ANT.

Mal gusto tienes.

Ella podrá ser un angel,
mas tan callada....

MAR.

Es modestia.

ANT.

Soseria. Aquel donaire
de Jacinta, aquel mirar,
aquel despejo, aquel talle....

MAR.

No es menos bella Isabel,
pero desconoce el arte
de coquetear y fingir.
Si yo hubiera de casarme
con alguna de las dos....

ANT.

Eh, no digas disparates.

LUP.

Filósofo estás, Mariano.

ANT. Perdió anoche dos mil reales
al carté, y no me admiró....

MAR. No probará el enle
de su hermana don Froilan,
pues sufre que la acompañe
don Pablo, y la dé convites....

LUP. Como en ellos tenga parte,
no haya miedo que por eso
se incomode. Es el mas grande
egoista....

ANT. Es un amigo,
y no debo criticarle;
mas por no mover un brazo,
morir dejara á su padre
si lo tuviera.

LUP. Y en todo
ve peligros y deaastres.
Qué agorero! Otra campana
de Velilla.

ANT. Eso lo hace
para escusar su egoismo.
Ya se ve, cuando á los males
no hay remedio, es escusado
que los médicos se cansen.

MAR. Antonio! Ten caridad.
Y nosotros, paseantes
y ociosos de profesion,
qué hacemos en este valle
de lágrimas?

ANT. Eh.....! Nosotros,
aunque somos holgazanes,
servimos de algo eu el mundo.
Acreditamos á un sastre,
alegramos las tectulias,
sostenemos los villares,
y brindamos en la fonda
por las patrias libertades.

LUP. Á propósito. Estarán
almorzando hasta la tarde?
Pero ya sale don Pablo.

ESCENA II.

LOS NIÑOS. DON PABLO. *(Con uniforme de estudiante de nacionales movilizados.)*

PAB. *(Ese usurero vergante no parece, y necesito que me preste para el viaje diez onzas. Estos tal vez me dirán....)* Ustedes saben dónde pára don Elías?

MAR. No.

LUP. No sé.

PAB. Voy á buscarle.

ESCENA III.

DON ANTONIO. DON LUPERCIO. DON MARIANO

ANT. Ya anda en busca de usureros.

MAR. Ya se ve, tanto gastar....

LUP. Ese hombre se va á arruinar.

ANT. Le vamos á ver en cueros.

MAR. Su patrimonio es crecido.

LUP. Su vanidad es mayor.

ANT. Libertino....

LUP. Jugador....

MAR. Disipado....

ANT. Corrompido.

Veis el ardor con que pinta la pasión que le sujeta?

Pues que me lleve pateta si se casa con Jacinta.

LUP. Yo sé que tiene otra moza.

MAR. Sí; la viuda de Quirós.

ANT. Pues se olvida de las dos al salir de Zaragoza.

LUP. Con la seducción y el dolo otras hallará al momento.

MAR. Presume tener talento....

ANT. Es un ignorante, un bolo.

7

LUP. Aunque atusando el bigote
se tiene por muy galán,
me parece á mí un gañán.
ANT. Y mí un Judas Iscariote.

ESCENA IV.

LOS NIÑOS. DON FROILAN.

FRO. Todavía por aquí,
caballeros?

ANT. Don Froilan!

FRO. No van ustedes á ver
la columna desfilar?

LUP. Eso pensamos. Supongo
que también usted irá
con las niñas....

FRO. No por cierto.
Hoy tengo un esplin mortal.
Estoy malo. Hace mal día.
MAR. Hombre si hace un sol que da
regocijo!

FRO. Sin embargo,
el viento se va á mudar....
y yo tengo para mí
que esta tarde nevará.

ANT. El calendario de usted,
amigo, es siempre fatal.

FRO. Nevará. Pobre milicia!
Qué trabajos va á pasar!

ANT. Mucho sentirá don Pablo
marcharse de la ciudad
dejándose aquí á la bella
Jacinta. Dicen que ya
se trataba de la boda.

FRO. Sí; pero buenos están
los tiempos para casorios!
Yo no quiero contrariar
el gusto de mis hermanas;
pero pronostico mal
de ese casamiento.

LUP. Cómo!

No iban con gusto al altar
ambos contrayentes?

PRO. Mucho;

mas si la fatalidad
hiciera.... Anoche Jacinta
vertió en la mesa la sal
uombrando á don Pablo.

MAR. Y eso

qué puede significar...?

PRO. Es mal agüero. Ese viaje
inesperado es quizá
otro aviso de los cielos....
Piensa mal y acertarás,
dice el refran.

ANT. Si es funesta

esa coyunda nupcial,
por qué no interpone usted
su fraterna autoridad
para que no se efectúe?

PRO. No, amigo; no haré yo tal.

Las voluntades son libres;
las chicas tienen ya edad
para saber lo que se hacen.
Mi individuo y nada mas.
Yo sé que puedo vivir
sin una cara mitad.

Si ellas piensan de otro modo,
si ellas se quieren casar,
para ellas será la dicha
ó la pena: me es igual.
Ellas comen de su dote....

Ni me quitan, ni me dan.

ANT. Vaya, que es filosofía
la de usted.... original!

(Segue hablando con los ocisos don Froilan.)

ESCENA V.

LOS MISMOS. JACINTA. ISABEL. DON MATÍAS. *(Con uniforme
de subteniente de milicia movilizada.)*

JAC. Cómo! Aun no viene don Pablo!

- MAT. No tardará. Aquí en la puerta
estaremos mas alerta...
(*A un mozo que llega a la puerta.*)
Hola! Mozo...! Con quién hablo?
Trae sillas aquí: al momento.
- ISA. (Dios mio, vela por él!)
(*Trae sillas el mozo, y se sientan don Matias
y Jacinta.*)
- JAC. No te sientas, Isabel?
- ISA. Sí... me sentaré... (Oh tormento!) (*Se sienta.*)
(*Don Matias y Jacinta hablan en voz baja.*)
mi cautivo corazon
- MAT. Mil veces afortunado
si fuese yo la ocasion
de ese amoroso cuidado.
- JAC. Vamos, deje usted esa chanza.
- MAT. Chanza cuando gimo y ardo,
y tengo en el pecho un dardo...
He dicho poco. Una lanza!
Aun ese desden fatal
amara yo con delirio
si no viese mi martirio
en la dicha de un rival.
- ISA. (Qué desgraciada naef!)
- JAC. Qué temeraria porfia!
Mi voluntad ya no es mia.
Qué pretende usted de mí?
- MAT. O tan divina beldad
no estrechen brazos agenos,
ó vuélvame usted al menos
mi perdida libertad.
- JAC. Si basta decirlo yo,
libre es usted desde ahora;
libre y sin costas.
- MAT. Traidora!
Te burlas de mí?
- JAC. Yo no.
- MAT. Si otro consuelo no halla
el afan que me atormenta,
me hago dar muerte sangrienta
en la primera batalla.
Qué temeraria virtud!

- JAC. Con que usted quiere un favor...?
 Bien. Portarse con honor,
 buen viaje y mucha salud.
- MAT. Eso se dice á cualquiera.
- JAC. Mas no como yo lo digo.
 Le amo á usted... como á un amigo.
- MAT. Por qué no de otra manera?
- JAC. Porque estoy comprometida
 y así la suerte lo quiso.
- MAT. Y á no mediar compromiso?
- JAC. Entonces...
- ISA. (Fatal partida!)
- JAC. Me espura usted demasiado.
 Eso es ponerme en un potro.
- MAT. Si no amara usted á otro...
- JAC. Usted sería el amado.
- MAT. Ya que victoria no cante,
 aunque la razon me sobre,
 no es malo que aspire un pobre
 á la primera vacante.
- JAC. Basta. Merece castigo
 quien á la dama echa flores
 de su amigo.
- MAT. Hija, en amores
 no hay amigo para amigo.
- JAC. Pues de camarada fiel
 se la echa usted.
- MAT. Estoy loco.
 Anímeme usted un poco,
 y hoy mismo riño con él.
- JAC. Busque usted mas alta gloria
 combatiendo al vandalismo,
 y vézase usted á sí mismo,
 que es la mas noble victoria.
- MAT. Amonestacion discreta!
 Mas quien mira esos encantos...
- JAC. Déjeme usted con mil santos.
 Yo no quiero ser coqueta.
- MAT. Cruel!
- JAC. (Lástima me da,
 mas el deber... Y es buen chico!)
- MAT. Tus ojos...

JAC. Calle usted el pico,
que viene Pablo.

ISA. (Allí está!)
(Se levantan viendo venir á don Pablo, y reparando en las damas los otros interlocutores se incorporan con ellas.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS. DON PABLO. DON ELIAS.

PAB. Me vienen perfectamente
los tres mil reales y pico,
y con la vida y el alma
quedo á usted agradecido.

JAC. (Mi Pablo... No, no es posible
que yo ponga mi cariño
en otro hombre.)

ELI. El interes
es muy corto. Un veinte y cinco
por ciento....

PAB. Sí; en cuatro meses...

ELI. No me parece excesivo.
Ser servicial y económico
son mis dotes favoritos.
Sin lo segundo no hiciera
lo primero. Economizo,
y de esta manera puedo
ser útil á mis amigos.

PAB. Bien! Lo explica usted á modo
de charada ó logogrifo.

ELI. No tomará usted á mal
que estendamos un recibo...

PAB. Sí, sí; que somos mortales.

ELI. No es decir que desconfío...
Ahí en el café lo pongo
en dos plumadas...

PAB. Lo firmo,
y estamos del otro lado.

(Se reúne con los demas interlocutores. Don Elias va á entrar en el café, y á la puerta le detiene don Antonio.)

Cierto negocio preciso

- ha motivado mi ausencia...
 ELI. Tengo prisa.
 ANT. Necesito...
 (Siguen hablando los dos en voz baja.)
 PAB. Ahora soy todo de ustedes
 hasta ponerme en camino.
 ISA. (Le quiero mas que á mi vida,
 y me parece delito
 el mirarle!)
- ELI. Ya hablaremos.
 Ya sabe usted donde vivo...
 (Cuando el otro va á partir
 me detiene este maldito!)
- ANT. La hipoteca es abonada.
 ELI. Bien, sí...
 ANT. Corrientes los títulos.
 Si hoy no me socorre usted
 mañana me pego un tiro.
 ELI. (No hay quien te lo pegue ahora!)
 (Con un pie dentro del café.)
 Veremos...
- ANT. Pero...
 ELI. Lo dicho. (Se entra en el café.)
 LUP. (A don Antonio y á don Mariano.)
 Vamos á ver la columna.
 Qué hacemos en este sitio?
- ANT. Sí; vámonos. Señoritas,
 á los pies de ustedes. Chicos,
 buen viage!
- MAT. Abar!
 JAC. Beso á ustedes
 la mano.
- PAB. (Está muy entretenido hablando con Jacinta des-
 de que se acercó al corro.)
 A Dios...
- LUP. Si servimos
 de algo...
- MAN. Que escribais...
 FEO. Señores...
 Gracias á Dios que se han ido!

ESCENA VII.

JACINTA. ISABEL. DON PABLO. DON MATIAS. DON FROILAN.

MAT. (Ellos en dulce coloquio
y yo aqui siendo testigo...
Me largo con viento fresco,
que es cruel este suplicio.)
La columna va á marchar
y yo no me he despedido
de mi familia. Madamas,
hasta la vuelta!

PRO. Repito...

ISA. Buen viage.

JAC. Abur, don Matias.

MAT. (Ah! Voy hecho un basilisco.
Vosotros lo pagareis,
soldados de Carlos quinto.)

ESCENA VIII.

ISABEL. JACINTA. DON PABLO. DON FROILAN. *Luego DON ELIAS. (Siguen hablando aparte don Pablo y Jacinta.)*

ISA. (Qué felices son! Y yo...
Suerte infeliz, suerte amarga
la de una muger! Mis labios
sella la vergüenza. El alma
se me arranca, y yo no puedo
decir: ese hombre me mata!) *(Se sienta afligida.)*

PRO. Despacio la toman. *(A la puerta del café.)* Mozo!
La gaceta. Nunca acaban
de hablar los enamorados.

(El mozo le trae la gaceta, se sienta y la lee. Sale don Elias del café con el recibo en la mano.)

ELI. No es droga que en estas casas
nunca ha de haber un tintero
corriente? Ya solo falta

(Acercándose con el recibo en la mano á don Pablo, que entretenido con Jacinta no le ve.)
que firme usted...

JAC. Sí; mi Pablo.

Mi corazón se desgarró
 al verte partir. Si el freno
 del pudor no me atajara,
 tan briosa como amante
 te siguiera á la campaña.
 Ni el agua, ni el sol, ni el frío,
 ni privaciones, ni balas
 entibiarían mi ardor.
 Quizá á manejar las armas
 aprendería de tí,
 y con tu amor alentada
 lidiaría defendiendo
 la libertad sacrosanta;
 que también late en mis venas
 la sangre saragonesa;
 y á ejemplo de las gloriosas
 heroínas que las águilas
 en este suelo humillaron
 de la usurpadora Francia,
 verter sabría mi sangre
 en el altar de la patria.
 Mas, ya que de este placer
 me privan leyes tiranas;
 ya que viva no te sigo,
 ya que el cielo nos separa,
 hé aquí mi retrato: toma, *(Se lo da.)*
 bien mio, y amor le haga
 escudo que te defienda
 de las enemigas lanzas.
(Qué suplicio!)

ISA.

ELI.

Con permiso...

PAB. *(Besando el retrato que guarda luego en el pecho.)*

Oh don precioso! Tú inflammas
 mi valor, que con la pena
 de ausentarme desmayaba.
 Ahora me siento capaz
 de las mayores hazañas.

ISA.

ELI.

(Que no me muriera aquí!)
 Con licencia de esa dama,
 la firma...

PRO.

(Levantándose, y acercándose á don Pablo.)
 Ah, señor don Pablo!

- ELI. (Este lloron me faltaba!)
- FRQ. Inútil valor! Inútil patriotismo! Está ya echada la suerte. Pobre nacion! Volverá á gemir esclava. El genio del mal persigue á la miserable España. Tanto afan, tantos tesoros, tanta sangre derramada de qué han servido? La hidra de la rebelion levanta sus cien cabezas. El cielo nos abandona... No hay patria!
- RTI. (*A don Pablo.*) Mientras don Froilan parodia la tragedia de Quintana, firme usted...
- PAB. Mucho me admiran, don Froilan, esas palabras en boca de un español, de quien liberal se llama. Cuando humillada en Bilbao toca á su fin la malvada faccion carlista, habla usted de hidras y de desgracias? Ya verá usted...
- FRQ.
- PAB. Ese cuadro es el parto de una amarga misantropía... No quiero airibuirle otra causa. Mas yo supongo que es fiel; que mil desastres amagan al Estado; que peligrá la libertad. Por ser árdua la lid debemos acaso abandonar la demanda? Ha de faltarnos el brio primero que la esperanza? Doblaremos la cerviz antes de probar la espada? Sacrificios; no clamores, teson, virtudes; no lágrimas la nacion pide á sus hijos.

Cuál es mas pesada carga,
 el fusil ó la cadena?
 Con declamaciones vanas
 no se desarma al contrario.
 Si hoy se pierde una batalla,
 no se recobra el honor
 sino venciendo mañana.
 Bien dicho!

JAC.
 ISA.
 ELI.
 PRO.

(Y no le he de amar?)

El recibo...

La llaga
 es muy profunda, don Pablo.
 Nuestras discordias infaustas
 nos llevan al precipicio.
 Las pasiones enconadas
 nos ciegan: los pueblos gimen;
 no hay dinero; esto no marcha;
 no vamos todos á un fin;
 los partidos...

PAB.

Así hablan
 el egoismo y el miedo.
 En las tristes circunstancias
 se acrisola el patriotismo;
 y el que noble tiene el alma
 no se deja dominar
 de miras interesadas,
 ni de ocultas influencias,
 ni de pasiones bastardas.
 En tierra por tanto tiempo
 con las lágrimas regada
 de mísera esclavitud,
 fácilmente no se planta
 el árbol de libertad.
 Donde un hombre solo manda,
 y los demas obedecen
 sumisos, ciegos, es llana
 la ciencia de gobernar;
 pero es forzoso que haya
 encontradas opiniones
 en un pueblo que trabaja
 por regenerarse. Y qué!
 porque tengamos en casa

disputas, olvidaremos
 á la faccion de Navarra?
 No hay un comun enemigo
 á quien osado combata
 quien blasona de patriota?
 Hoy argüir en la plaza,
 lidiar mañana en el campo;
 hoy en el cuerpo de guardia,
 y mañana en la tribuna;
 hoy votar que haya dos cámaras,
 mañana andar á balazos
 para no quedar sin nada;
 hoy escribir un artículo
 contra el ministro que no anda
 derecho, y mañana dar
 un buen susto á Sopelana.
 Es esto áctuo imposible?
 En el establo regañan
 los alanos entre sí,
 mas contra el lobo se lanzan
 siempre que le ven hambriento
 perseguir á la manada.
 Senado y pueblo romano
 en el foro se acosaban,
 pero solo al enemigo
 era funesta su saña.
 Deponga el buen español
 sus rencillas ante el ara
 de la hermosa libertad;
 y pues á todos aguarda,
 moderados y exaltados,
 servidumbre, muerte, infamia
 si ciñe Carlos un día
 la diadema soberana,
 acuda animoso adonde
 la voz del honor le llama,
 y mientras una bandera
 liberal se alce en España,
 ella á combatir le guíe
 contra la servil canalla.
 Y el que diga lo contrario
 es un paucista, es un mandria.

Don Pablo es buen caballero,
y así maneja la espada
como la pluma. A propósito:
¿quiere usted hacerme la gracia
de firmar....

PAB. Ah! Sí. El recibo...
(Va á entrar en el café, y le detiene don Froilan.)
Vamos....

PRO. Nadie me aventaja
en patrio amor; mas al ver
tantos errores y tantas
calamidades, confieso
que mi corazón desmaya.
Ay don Pablo! Rara vez
mis presentimientos fallan.
El yerro mayor de Troya
fue no escuchar á Casandra.
Crea usted á un fiel amigo.
No salga usted á campaña.
Por qué?

JAC. Es honroso el consejo!
PAB. (Si pudiera hablar!)
ISA. La baja
PRO.

de un hombre, sea quien fuere,
no es de tan grave importancia...
Quédese usted en Zaragoza.

PAB. Bravo! si esa cuenta echara
cada cual, pronto estaríamos
en una paz octaviana.

PRO. Mire usted que ya en el cielo
leyendo estoy una página
sangrienta! Ya en mis oídos
está silbando la bala
homicida! Ay infeliz!

En vez de bética palma,
tu generoso ardimiento
va á buscar.... una mortaja!

ISA. (Maldita tu boca sea!)
JAC. Ah! Qué estás diciendo? Calla.
Por qué alligirnos así?
Qué idea....!

PAB. Ha! Es una chanza.

Si yo creyese en agüeros
seria un poco pesada.
Pero, en fin, morir lidiando
por la mejor de las causas
es muerte gloriosa.

JAC. Ah! No.

Dios oirá mis plegarias....

PAB. Solo por tí lo sintiera.

Por lo demas, no me espanta
la muerte á mi. Y casi, casi,
muriera de buena gana
solo por dar un petardo
á mis acreedores.

ELI. Cáscaras!

JAC. Vamos, deja ya esa broma.

ELI. (Ah! Si no firma y le matan....)

Vamos, don Pablo. Esa firma....

PAB. (Tocan dentro llamada y tropa. Isabel se levanta.)

Vamos....

PRO. Ya suenan las cajas!

JAC. O pena!

(Amargo momento!)

ISA. (Voto á....!) Si usted me firmara....

ELI. Adios, bien del alma mia! (Abrazando á Jacinta.)

PAB. La ausencia no será larga.

Serás fiel?

JAC. Hasta la tumba.

Oh! Poco he dicho. La llama
que abraza mi corazon
ni en el sepulcro se apaga.

ELI. (Los momentos son preciosos.

Traeré el tintero....) Despacha!

(A un mozo desde la puerta del café.)

Un tintero! (Por el gusto
de que yo me ahorque de rabia
se hará matar.)

PAB. En tus ojos

prisionera dejo el alma.

JAC. Adios....! La pena me ahoga! (Solloza.)

Mi corazon te idolatra

mas de lo que yo creia.

Si mi desventura es tanta

- que por la postrera vez
tu Jacinta fiel te abraza,
ay! te seguiré muy pronto
á la tumba solitaria.
Adios!
- PAB. (*Desprendiéndose de sus brazos.*)
Adios!
- FRO. (*Abrazando á don Pablo.*)
Caro amigo!
- ELI. (*Con el papel en una mano y el tintero en la otra.*)
(No me dejan meter baza
el amor y la amistad.)
- FRO. Adios! La lengua me embarga
el sentimiento....
- PAB. (*Volviendo á Jacinta, que llora.*)
Qué llantos....!
Aunque me fuese á la Habana....
Es, adios.... No mas.... (*Yéndose.*) Adios...
- ISA. (*Con amargura y llorando.*)
(Y á mí no me dice nada!)
- ELI. Don Pablo.... Señor don Pablo....!
- PAB. Pobre Isabel....! Me olvidaba....
Venga un abrazo. (*La abraza.*)
- ISA. (*Estremecida de gozo.*)
(Ah, Dios mio!)
- PAB. Case usted á esta muchacha,
don Froilan. Está tan triste....
Adios. Cuidame á tu hermana.
- ISA. (*Infeliz....!*) Asi lo haré.
- ELI. Antes de romper la marcha....
(*Viendo don Pablo que don Elias se dirige á él con los
brazos abiertos, le estrecha en los suyos, y ruedan
por tierra papel y tintero.*)
- PAB. Sí. Adios, adios, don Elias!
- ELI. (*En vez de firmar me abraza....*)
Adios tintero! El papel....)
- JAC. Pablo!
- PAB. Jacinta!
- (*Le da el último abrazo, y vase corriendo.*)
- ELI. (*Buscando la pluma despues de haber recogido
el tintero.*)

Mal haya....

Don Pablito....! Echelo un galgo!
 Don Pablo....! Ya quién le alcanza?
 (*Arroja en el tintero.*)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, *menos* DON PABLO.

JAC. Vamos á verle marchar....
 PRO. No. La gente.... Los caballos....
 Eh! ya no es tiempo.... Y los callos
 que no me dejan andar....
 Esta noche gran escarcha!
 ELI. (*Ahí es un grano de ansís!*
 Diez onzas!)

JAC. Vamos....
 (*Una música militar toca marcha á lo lejos.*)

PRO. Oís?
 Partió. Ya suena la marcha.

JAC. No podré vivir sin él!
 ELI. Libértale de un balazo,
 Virgen del Pilar!

PRO. (*Da el brazo á Jacinta.*)
 El brazo,
 y á casa. Usted á Isabel.
 (*Don Elías da el brazo á Isabel.*)

ELI. Con mucho gusto. (*Qué bella!*
 Esto alivia mi dolor.
 A estar de mejor humor
 hoy me declaraba á ella.)

PRO. Qué hace usted tan pensativo?
 Ande usted.

JAC. Qué desconsuelo!
 ISA. (*Me ha dado un abrazo. Oh cielo!*)
 ELI. (*No me ha firmado el recibo!*)

ACTO SEGUNDO.

LA MUERTE.

Sala en la casa de don Froilan. A la derecha del actor la puerta que conduce á la escalera; á la izquierda otra que guia á las habitaciones interiores, y otra en el foro con vidriera y cortinas. Muebles decentes, y entre ellos una mesa con escribanía.

ESCENA I.

ISABEL. (*Sentada junto á un velador donde habrá varios periódicos, y acabando de leer uno.*)

ISA. Ni cartas confidenciales,
ni partes, ni conjeturas
siquiera.... Desde que entró
la brigada en Cataluña
no ha vuelto á saberse de ella.
Qué suerte será la suya!
No escribir en tantos días
don Pablo.... Mortal angustia!
Habrán sido derrotados
por esas hordas inmundas
nuestros valientes? Tal vez
alguna emboscada, alguna
sorpresa.... Pero muy pronto
las malas nuevas circulan.
Parciales y confidentes
tiene la rebelde turba
donde quiera, y cuando callan
es seguro que no triunfan.
Esta reflexion me vuelve
la esperanza. Si, me anuncia
el corazón....

ESCENA II.

ISABEL. DON FROILAN.

FRO.

Hola! Cómo
te aplicas á la lectura
estos días! También tú
te aficionas como muchas
á las cuestiones políticas
mas que á la plancha y la aguja?

ISA.

A todos nos interesa
saber quién vence en la lucha
funesta que nos divide.

FRO.

Eso ya no admite duda;
al fin cantarán victoria
don Carlos y la cogulla.
Ya todo esfuerzo es inútil.
Nuestro mal no tiene cura.
La libertad es aquí
planta exótica, infecunda.
La sociedad se desquicia,
y la patria se derrumba.

ISA.

(*Entre dientes.*) Si como tú se echan todos
en el surco....

FRO.

Qué murmuras?
Yo soy un buen ciudadano;
yo siento que la fortuna
nos vuelva la espalda, y son
mis intenciones muy puras;
pero, en fin, estaba escrito
allá arriba, y es locura....
Repasaré esos periódicos
sin embargo. Ni disputas
políticas, ni noticias
busco en ellos: son absurdas
comunmente las primeras
y fatales las segundas;
pero en tanto que me sirven
el desayuno, me gusta
recrearme con un trozo
de amena literatura,

descifrar una charada,
reirme con una pulla....
Así me distraigo un poco,
y las lágrimas se enjagan
que á mi corazón arrancan
las calamidades públicas!

(*Se iba con los papeles, y vuelve.*)

Ah! Viene aquí alguna nueva
de nuestra marcial columna?

ISA.
YRO.

Nada!

Pues! Lo que yo digo!

Pereció! Todo se frustra!

Habrán caído en poder
de esa maldecida chusma.

La falta de dirección....

Alguna mano perjura
sin duda los hizo presa
de *Tristany ó Camas-Cruas*.

Qué dolor de juventud!

La flor de *Césaraugusta*....

Oh amigo! Soy con usted. (*A D. Elías que entra.*)

Qué horror....! El almuerzo, Bruna. (*Yéndose.*)

FSCENA III.

ISABEL. DON ELÍAS.

ISA.

(*Ay desgraciada! Su triste
presagio me hace temblar.*)

ELI.

(*Yo la voy á declarar
mi amor.... y laus tibi, Christe.*)

Para un asunto de urgencia,
que diré en lenguaje explícito,
concédame usted, si es lícito,
cuatro minutos de audiencia.

Yo la amo á usted. Mas conciso
ningun amante sería,

y es que entra en mi economía
no hablar mas que lo preciso.

En paz y en gracia de Dios
que hemos de vivir entiendo;
y no es maravilla, siendo

capitalistas los dos.
 Mi caudal es la salud,
 el dinero y la alegría;
 y el de usted, señora mía,
 la hermosura y la virtud.
 (Paso en silencio su dote,
 que es lo que mas me acomoda.)

Ajustemos pues la boda,
 y casémonos á escote.

Mucho vale el ser hermosa:
 mi amor sea el testimonio;
 pero un rico patrimonio
 tambien vale alguna cosa.

No sé qué será peor
 en este mundo embustero;
 si hermosura sin dinero,
 ó dinero sin amor;
 mas siempre que á lo segundo
 lo primero unido va,
 allí la ventura está;
 ó no hay ventura en el mundo.

Aunque en la ciudad se suena
 que soy dado á la avaricia,
 comer bien es mi delicia...

(cuando como en casa ajena.)

Ello sí, como está en moda,
 la economia cursé,
 y á todo la aplicaré...

menos al pan de la boda.

Poco avaro en fin soy yo
 cuando á casarme me allano.

Con que... acomoda mi mano?

Responda usted; sí, ó no.

ISA.

Aunque debo celebrar
 con mas risa que sorpresa
 el sumo donaire de esa
 declaracion singular,
 merece el que así me honró
 igual franqueza de mi.

No puedo decir que sí.

ELI.

Luego dice usted que no?
 Cruel muger!

ISA.

No. Sincera.

ELI.

Tal desvio á mi pasión!

Ah! Tiene usted corazon?

ISA.

Ojalá no le tuviera!

ELI.

Si no ha de ser para mí,
si otro hombre le cautivó...

ISA.

No puedo decir que no.

ELI.

Luego dice usted que sí?

Habrá fortuna mas perra?

Habrá muger mas ingrata?

Si dice que no, me mata;

si dice que sí, me entiera.

ISA.

Ay, don Elias, que el cielo
con mayor mal me atormenta!Ese *no* que usted lamenta
fuera para mí un consuelo.

ELI.

Cómo...!

ISA.

Basta ya, si es chanza.

Si habla usted de veras...

ELI.

Sí.

ISA.

Oh...!

Yo no tengo, ay de mí!

ni puedo dar esperanza.

Con harta pena lo digo.

ELI.

Qué va á ser de mí, Isabel?

ISA.

Sea usted mi amigo fiel...

Yo he menester un amigo.

ELI.

Algo mas quise alcanzar;
mas lo seré. (Y me conviene,
porque al fin y al cabo tiene
haciendas que administrar.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS. JACINTA.

JAC.

Oh, que está aqui don Elias!

Lo celebro mucho.

ELI.

Siempre

á los pies de usted. Qué tal?

Hay noticias del ausente?

JAC.

Ninguna. Nada se sabe,

ni hay cartas, ni los papeles
públicos me dan indicios
de si vive ó de si muere.

ELI. No es extraño que en la guerra
los correos se intercepten;
mas no tenga usted cuidado,
porque la faccion rebelde
ó no osará combatir
con nuestra tropa valiente,
ó pagará su osadía
muy cara.

JAC. Pero tenerme
sin saber de él tanto tiempo!
Si es cierto que bien me quiere,
¿ cómo no ha hallado camino
para hablarme de su suerte,
de su amor... Su amor...! Jacinta
ya tal vez no lo merece.

Quizá á los pies de otra dama
ha puesto ya sus laureles.

ISA. No digas tal de don Pablo,
pues ningun motivo tienes
para dudar de su fé.

JAC. Ah, que la ausencia es la muerte
del amor! Los hombres...

ELI. Son

pérfidos, inconsecuentes...

Hombres! Ch! Yo no los quiero...

Me gustan mas las mugeres.

UN CIEGO. (*Dentro gritando.*) El supimiento al Patriota
aragonés que acaba de salir ahora nuevo, con noticias
interesantes.

ISA. Qué grita ese ciego? Oigamos...

JAC. Suplemento...

ISA. (*Ay Dios! Si fuese...*)

EL CIEGO. Con la completa derrota de la faicion del Ca-
nónigo por la columna que salió de esta capital en su
presecucion.

ISA. Has oido...? Ah! don Elias...

JAC. Qué gozo!

ISA. Corra usted, vnele...

ELI. El suplemento... Si... Voy...

(Es chasco que se me peguen los cuartos...) No tengo suelto...

ISA. Oh Dios mio...!

JAC. (Dándole el ridículo, del cual saco cuartos don Elias.)

Aquí habrá.

ELI.

Nueve...

diez... Hay bastante.

JAC.

Qué plomo!

ISA.

Vamos!

ELI.

Si lo saco en siete... (Yéndose.)

ESCENA V.

JACINTA. ISABEL.

EL CIEGO. El supimiento al Patriota aragonés que ahora acaba de salir nuevo, con la derrota... Quién llama?

ISA.

Ya los afaes cesaron.

Nuestros milicianos vencen.

Pronto á los dulces hogares volverán... Ah! Cuán alegre estoy...!

JAC.

Pablo de mi vida!

Vuelve á mis brazos. Oh! Vuelve la dicha á mi corazon.

ESCENA VI.

LAS MISMAS. DON ELIAS. (Con un impreso.)

ELI. Victoria! Escuchen ustedes.

(Lee.) "La columna expedicionaria de Zaragoza ha dado un dia de gloria á la nacion. La gavilla del malvado Canónigo ha sido batida, destrozada á las inmediaciones de Gandesa. Así lo afirma de oficio el alcalde constitucional de dicha villa, y se espera de un momento á otro el parte circunstanciado. Mientras llega y lo publican las autoridades, no queremos retardar á nuestros lectores tan fausta noticia. Nuestros Lizarros milicianos han rivalizado en pericia y valor con las beneméritas tropas que han tenido parte en la accion. Viva la Libertad! Viva Isabel II!"

ISA. Oh cielo! Yo te bendigo.
 ELI. Doy á usted mil parabienes,
 Jacinta.

JAC. Y Pablo no escriba!
 ISA. Querrá tal vez sorprenderte...
 ELI. Aquí viene don Froilan.
 Qué cara de *miserere!*

ESCENA VII.

LOS MISMOS. DON FROILAN.

FRO. Todo el barrio se alborota;
 los ciegos van dando gritos...
 Qué anuncian esos malditos?
 Sin duda, alguna derrota.
 JAC. Derrota. Tienes razon.
 FRO. Lo veis? Oh dias aciagos!
 ISA. Mas quien llora sus estragos
 es la enemiga faccion.
 FRO. Dirán que es suyo el revés,
 mas yo temo que en el lance...
 ELI. Oh...! Lea usted el alcance
 del Patriota Aragonés.

(Le da el impreso, y lo lee para sí don Froilan.)

JAC. En todo ve mal agüero.
 ISA. En nada encuentra placer.
 ELI. Corneja debia ser
 ese hombre, ó sepulturero.
 FRO. Es muy vaga la noticia.
 Es atrasada la fecha...
 Si fue la faccion desbecha...
 qué se hizo nuestra milicia?
 En la guerra hay mil azares;
 y, ademas, la exactitud
 no siempre fue la virtud
 de los partes militares.
 Muchos planes y cautelas,
 y marchas y contramarchas,
 y tempestades y escarchas,
 y curvas y paralelas.
 Mucho de causar zozobras

á las fuerzas enemigas;
 de encarecer las fatigas,
 de describir las maniobras;
 mucha recomendacion;
 mucho de Roma y Numancia;
 y qué nos dice en sustancia
 el gefe de division?
 Que anduvimos cuatro leguas;
 que el faccioso echó á correr
 dejando en nuestro poder
 una mochila y dos yeguas;
 que allí hubieran muerto muchos
 de la gavilla perjura
 á no ser la noche oscura
 y á no faltar los cartuchos;
 que el cabecilla vasallo
 huyó á tiempo de la quema
 y se salvó... por la extrema
 ligereza del caballo;
 que por falta de refuerzo
 deja el campo de batalla
 y va á esperar la vitualla
 á Villafranca del Vierzo;
 que envíen francas de portes
 diez cruces de San Fernando;
 y concluye suplicando
 al ministro y á las cortes
 que sin exigir recibo
 le traigan los maragatos
 seis mil pares de zapatos
 y un millon en efectivo.

JAC.

Gefes hay que en tu pintura
 su historia acaso verán;
 pero no todos, Froilan,
 merecen esa censura.

ISA.

Ver siempre males eternos
 es fatal filosofia.

ELI

Se previene por si un dia
 va á parar á los infiernos.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS. RAMON.

- RAM. Esta carta para usted.
(*Da una carta á Jacinta.*)
- JAC. Es letra de don Matias!
Y don Pablo...? No hay mas cartas?
- RAM. No hay mas que esa, señorita.

ESCENA IX.

JACINTA. ISABEL. DON FROILAN. DON ELIAS.

- ISA. No escribir don Pablo! (Oh Dios!)
- FRO. Eso me da mala espina.
- JAC. Qué ingratitud!
- ELI. Abra usted
pronto esa carta, Jacinta,
y saldremos de inquietudes,
y ahorraremos profecías.
- JAC. (*Abre la carta y lee.*) «En el mismo campo de batalla, cubierto de cadáveres enemigos, me apresuro á participar á usted la victoria de nuestras armas. Los restos de la faccion huyen dispersos y aterrados, y una parte de la columna los persigue y acosa en todas direcciones. Yo tambien parto ahora en su seguimiento. La pérdida del enemigo es grave, la nuestra muy corta: cuatro soldados muertos y unos veinte heridos, todos de tropa...»
- ISA. (Ah! Respiro.)
- ELI. (*A don Froilan.*)
Lo ve usted?
- FRO. Déjela usted que prosiga leyendo, y harto será que alguna mala noticia...
- JAC. Lo demas son cumplimientos, memorias, galanterías...
Es tan fino ese muchacho!
En el campo, entre las filas,
rendido acaso del hambre,
de la sed, de la fatiga,

ESCENA XI.

LOS MISMOS, *menos* RAMON.

ELI. (*Lee.*) "Capitanía general de Aragon.—Hago saber al público para su satisfaccion, que los rebeldes han sido en efecto batidos completamente entre Mora y Gandesa por la valerosa columna de milicianos y tropa que salió últimamente de esta capital. Mientras se imprime y publica el parte circunstanciado, me complace en asegurar á este heroico vecindario que nuestra pérdida solo ha consistido en seis hombres muertos, entre ellos un oficial, y diez y ocho heridos, ascendiendo la del enemigo á ciento veinte de los primeros, sobre trescientos de los segundos, y mas de quinientos prisioneros. Zaragoza etc."

ISA. Ah! Quién será ese oficial muerto? Será por desdicha... don Pablo?

PRO. Pues! Si lo dije!

JAC. Jesus, qué fatal manía de presagiar infortunios!

ELI. Si alguno de la milicia hubiera muerto en la accion, en su carta lo diria don Matias.

JAC. Cierto. Esa reflexion me tranquiliza.

PRO. Aun seguian nuestras tropas á las huestes fugitivas cuando se escribió la carta; esto y el no haber noticias de don Pablo hacen temer que alguna bala enemiga abrevió; desventurado! la carrera de sus dias.

ISA. Ah! Fundado es su temor!

JAC. Que lo tema y no lo diga. Parece que se deleita en affigir...

ELI. Y no habia

mas oficiales allí?
 Qué razon nos autoriza
 á suponer que entre tantos
 tocó á don Pablo la china?
 Otro pudo ser el muerto;
 quizá el mismo que escribía
 tan gozoso....

JAC.

Oh! Sí. ¿Quién sabe....

Dice en su carta que él iba
 á marchar segunda vez
 contra la infame gavilla.

PRO.

Pues bien; el uno ú el otro,
 ya no hay duda, han sido víctimas.
 Tal vez entrambos! Oh guerra!
 guerra infansta, fratricida!

Pobres muchachos....! En fin,
 estaba escrito allá arriba!
 No han de dar vida á los muertos
 nuestras lágrimas tardías.

Yo me voy á mis negocios.

Esas cosas me constriaman
 sobremanera. De hoy en adelante
 nadie me hable de política.

Soy sensible.... (A Jac. é Isa.) Eh! No lloreis....
 Dios Guarde á usted, don Elías.

ESCENA XII.

ISABEL. JACINTA. DON ELÍAS.

ELI.

Maldita sea tu estampa,
 y otra vez sea maldita.
 Por qué no lleva á una gruta
 su negra misantropía?
 Malo está ese hombre. Yo creo
 que padece de ictericia.

JAC.

(Mi Pablo! Será posible....
 La prenda del alma mía....!
 Ah! Qué amargura! Y el otro....
 El amable don Matías....
 Lástima fuera por cierto....)

ELI.

(Y ello..., si bien se examina....)

no es temerario el pronóstico.

Lo cierto es que los carlistas
no tiran con algodón.

Broma pesada sería

haberse muerto don Pablo

dejándome á mí *per istam*

sin cobrar aquella cuenta,

y en circunstancias tan críticas!

ISA. (Saber la verdad anelo....,
y tiemblo de descubrirla.)

JAC. (Tan bizarros y morir
en lo mejor de su vida!)

ELI. (Diez onzas me debe el uno
y el otro solo una fina

amistad. Si el uno de ellos

espiró, Virgen Santísima,

que sea el vivo don Pablo

y el difunto don Matías!)

ISA. (No quiero que nadie muera;
quiero que don Pablo viva,
aunque otra muger le goce....,
y yo me muera de envidia!)

(Dentro.) Dónde están?

MAT.

JAC.

ISA.

Qué oigo!

Esa voz...

ESCENA XIII.

LOS MISMOS. DON MATÍAS.

ELI. Amigo!

ISA. Cielos!

MAT. Jacinta!

JAC. Bien venido el vencedor!

ISA. Y don Pablo?

JAC. Cuánto polvo!

MAT. Apenas hace una hora
que llegué....

ISA. Pero....

ELI. Usted solo....

MAT. Solo. Yo he traído el parte
de nuestro triunfo glorioso.

En casa del general
me han tenido hasta hace poco;
he abrazado á mi familia,
y sin quitarme este lodo
vengo á saludar á ustedes.

JAC.

Y sabes que viene gordo,
Isabel? Pero don Pablo....

ISA.

Ah! Qué es de él? Vive!

MAT.

El destrozado

del enemigo fue grande;
pero los humanos gozos
cuán rara vez son completos!
Cómo....

JAC.

Acabe usted!

ISA.

El rostro

MAT.

de la fortuna no siempre
sonríe al valor heroico.
Será posible....

JAC.

Ah! Murió!

ISA.

JAC.

Cumplióse el fatal pronóstico
de Froilan!

MAT.

Siento afligir

á ustedes. Su ciego arrojo....

ISA.

Ay dolor! Ay desventura!

(Se deja caer en una silla y llora amargamente.)

ELL.

(Mi dinero!) Pobre mozo....!

JAC.

Bien mi corazón temía....

MAT.

Justo es, Jacinta, ese lloro;

mas si la flor de su vida

cortó el enemigo plomo,

al menos murió vengado,

y en los siglos mas remotos

vivirá inmortal su nombre.

ISA.

Dios mio! Salvarse todos,

y él solo morir!

JAC.

Mi Pablo!

MAT.

Persiguiendo á los facciosos

con mas valor que cautela....

ISA.

Y nadie le dió socorro?

MAT.

Y quién detiene una bala

traidora? En su ciego encono

contra la servil caterva

se desvió de nosotros demasiado cuando ya la columna, despues de ocho ó diez horas de pelea, necesitando reposo, se acantonaba triunfante en los pueblos del contorno.

JAC. Ah! Quién se lo hubiers dicho? Infelis!

ELI. (Dica onas de oro!)

ISA. Y abandonado en el monte será presa de los lobos su cadáver insepulto!

Y quién sabe si esos monstruos ceban la impotente saña en sus sangrientos despojos!

Ah! (Queda abismada en su dolor.)

ELI. Qué horror....! Murió sin duda ab intestato?

MAT. Supongo....

ELI. (Y no tenia herederos forzosos. .. De dónde cobro?)

¿De quién reclamo.... Ese hombre estaba dado al demonio.

A quién le ocurre morir sin arreglar sus negocios?)

(Se sienta en otra silla junto á Isabel, y de cuando en cuando la dirige la palabra como para consolarla.)

MAT. Tambien yo corri peligro de quedar allí.

JAC. (Con interes.) Pues cómo....?

MAT. Me pasó el chacó una bala, y otra me alcanzó en el hombro.

JAC. Cielos! Fue grave la herida?

MAT. No; me lastimó muy poco.

Venia causada. Y siento no haber caido redondo en el campo de batalla.

JAC. No diga usted despropósitos.

MAT. Mas vale morir amado que pasar el purgatorio en vida siendo el objeto

del menosprecio, del odio
de una ingrata.

JAC. Y es posible
que cuando lloran mis ojos
la desgracia de don Pablo
usted me hable de ese modo?

MAT. Ah! Si el muerto fuese yo,
no bastara usted su rostro
en lágrimas de amargura.

JAC. Por qué no? Soy algun tronco
insensible?

MAT. Usted me dijo...,
burla fue; bien lo conozco,
que me amaria á no estar
comprometida con otro.

JAC. Y crea usted.... Pero, ay Dios!
dejemos ese coloquio.
Necesito desahogar
mi corazon en sollozos.

No debo pensar ahora
sino en mi Pablo. Aun le oigo
decirme el último adios
tan tierno, tan amoroso....

Y eterna fidelidad
le juré yo! Si de pronto
aquí se alzara su sombra
cuál seria mi sonrojo!

MAT. No. Don Pablo desde el cielo
aprueba nuestro consorcio.

Sabe usted lo que me dijo....
(apelemos al embrollo)
cuando rompimos el fuego
contra el rebelde canónigo?

"Tú eres mi mejor amigo,
Matias. Si cierro el ojo,
á ti dejo encomendada
mi Jacinta. Sé su esposo,
y el Ser Supremo bendiga
vuestro casto matrimonio."

JAC. Eso dijo?

MAT. Ah, si señora;
y lo dijo con un tono

de solemnidad profética
que llenó mi alma de asombro.

JAC.

Pobrecillo! Ay Dios! Ahora
con mas motivo le lloro.

MAT.

Yo tambien lloro y me aflijo,
y mas cuando reflexiono,
Jacinta, que no merezco
heredar tanto tesoro.

JAC.

Merecerlo.... ah! Si....

MAT.

De veras?

Esa palabra es el colmo
de mi gloria.

JAC.

Yo qué he dicho?

Por ahora nada respondo.
La memoria de don Pablo
es un cordel, es un tósigo
que me mata. Si algun día
la paz del alma recobro....

MAT.

Bien mio!

JAC.

Ah! Váyase usted, (*Bajando la voz.*)
que no estamos entre sordos.

MAT.

(*Dice bien.*)

JAC.

Usted vendrá
fatigado, y es forzoso
descansar. (*Siguen hablando aparte.*)

ELI.

(*No me responde. (Se levanta.)*)

Veo que en vano la exhorto
á consolarse. Y á mi
quién me consuela? Hoy no como
de pena..., aunque esto no entraba
en mis planes económicos.
Vámonos de aquí.) Señora....

MAT.

Si viene usted hácia el Coso,
vamos juntos. Señoritas....
No olvide usted que la adoro. (*Bajo á Jacinta.*)
Hasta luego. (*Alto.*)

JAC.

Adios, señores.

ELI.

(Otra vez yo ataré corto
al que me pida dinero.
Sin recibo.... y testimonio
de no morir insolvente,
no vuelvo á prestar al prójimo.)

ESCENA XIV.

ISABEL. JACINTA.

- JAC. Tú, Isabel, llorando así!
Me admira tu amargo duelo.
Habrá de darte consuelo
quien lo esperaba de tí?
- ISA. (*Se levanta.*) Viendo en mi frente la pena
dices que admirada estás....!
Yo debo admirarme mas
de ver la tuya serena.
- JAC. Ah, que es mucha mi afliccion
aunque ves mi rostro enjuto!
- ISA. Cuando en el rostro no hay luto
no hay pena en el corazon.
- JAC. Sabe el cielo....
- ISA. Sabe el cielo
que en desesperado amor
no es verdadero dolor
dolor que pide consuelo.
No hipócrita al cielo implores.
Aun el cuerpo no está frio
del que te dió su albedrio
y de otro escuchas amores!
- JAC. Siempre me amó don Matías;
y aunque en tan mala ocasion
me recuerda su pasion,
yo no sé hacer groserías.
No es culpa mia, Isabel,
que ese muchacho me quiera;
ni porque Pablo se muera
he de enterrarme con él.
Yo le amé mientras vivió.
Si el cielo cortó sus dias,
y no ha muerto don Matías,
puedo remediarlo yo?
No es decir que esté dispuesta
á admitir amante nuevo,
aunque en justicia no debo
darle una mala respuesta.

Don Pablo, que era su amigo,
le dijo que si él moría,
y yo en ello consentía,
se desposase conmigo.

Harto en mi dolor demuestro
cuán de veras he sentido
que se haya ¡ay de mí! cumplido
aquel presagio siniestro;

mas yo ahora te pregunto:
si al otro llego á querer,
hago mas que obedecer
la voluntad del difunto?

ISA.

Su voluntad? Imposible!
Maldad! Quien de verna ama,
con el amor que le inflama,
desciende á la sepultura.

Si el pago que tú le das
sabido hubiera al morir,
pudierate maldecir,
pero olvidarte? Jamás!

Así tu lengua le infama!
Qué amante, si de este nombre
es mercedor, á otro hombre
deja en herencia su dama?

No; que es la dulce mitad
de su alma, y en la agonía
tras si llevaria querria
á la inmensa eternidad.

JAC.

Tanta exaltacion me acombra
y tan estraña amargura.
Le amabas tú por ventura,
que así defiendes su sombra?

ISA.

Le amaba... Qué digo? Le amo,
le idolatro todavía,
y el solo me arrancaria
las lágrimas que derramo.

Él ignoró mi tormento,—
triste ley de la muger!—
y ni aun puede merecer
cortés agradecimiento.

Ahora sin rubor quebranto
del silencio la cadens;

ahora que la dicha agona
no turbaré con mi llanto!
Ya no temo adversa suerte,
ni rivales, ni baldon.
Sagrada es ya mi pasión.
La divinisé la muerte!
Tú le amabas, Isabel?
Absorta me dejás.

JAC.

ISA.

Cielos!
Sin esperanza... con celos...!
Hay suplicio mas cruel?
Y otra vez le sufriria
aunque pensando muerta
porque á la vida volviera
el dueño del alma mia.
Yo infeliz no borraré
su imagen de mi memoria;
Y tú que fuiste su gloria
le guardas tan poca fé!
Deja ya reconvenções.
No porque celos te dí
te quieras vengar de mí
con importunos sermones.

JAC.

ISA.

JAC.

Jacinta!
Calla por Dios!
Amar sin consuelo es duro;
mas tambien es fuerte apuro
el verse amada por dos.
Mugeres hay mas de diez
que á dos suelen contentar;
pero yo no puedo amar
mas que uno solo á la vez.
Pues basta con un esposo,
querer á dos es punible;
pero mi pecho es sensible
y no puede estar ocioso.
Iguales galanterías
debí á los dos de que hablo;
mas mientras vivió don Pablo
no quise yo á don Matias.
Y no será un desacierto,
si ahora de amarle me privo,

matar sin piedad al vivo
 porque no se ofenda el muerto?
 Su especial filosofía
 cada cual tiene en secreto,
 y pues la tuya respeto,
 déjame en paz con la mía.

ESCENA XV.

ISABEL.

Alma á quien el alma di,
 si á las dos nos escuchaste,
 mira á qué muger amaste!
 Júzgala y júzgame á mí!



ACTO TERCERO.

EL ENTIERRO.

El testro representa una plazuela con fachada y puerta de iglesia en el foro. Entre las casas hay una cuyo portal está abierto y alumbrado. En frente de dicha casa hay una barbería.

ESCENA I.

DON FROILAN. DON ELIAS. JACINTA. DON MATIAS. (*Don Matias viene delante con Jacinta de bracero; los cuatro se dirigen al portal abierto. Todos con capas.*)

MAT. Mucho sufriré esta noche,
Jacinta.

JAC. Por qué lo dices?

MAT. Porque estás bella en extremo,
y vendrán de quince en quince
á colmarte de lisonjas
los que conmigo conspiran.

JAC. Qué importa, si solo á ti
el alma mia se rinde?

MAT. Oh dicha! Solo te ruego
que no bailes con el títere
de Fermiuito.

JAC. Contigo
solo, mi bien.

MAT. Qué felices
seremos cuando el enlace
suspirado...

(*Sigue hablando en voz baja con Jacinta. Los cuatro se han parado junto á la puerta.*)

FRO. Usted no asiste (*A don Elias.*)
al baile?

ELI. Tengo un asunto...
 PRO. Pues yo también pienso irme
 á la ópera y volver;
 porque los bailes me embisten,
 aun siendo de confianza
 como este.

ELI. A tales convites
 soy yo poco aficionado.
 Si además de los violines
 hubiese cena... Lo digo
 por la broma y por los brindis.

JAC. Qué hacemos aquí? No sabes?
 PRO. Vamos. (*Entran en la casa.*)

ELI. Ea, divertirse.

ESCENA II.

DON ELÍAS.

Hora es de entrar en la iglesia,
 y aunque un funeral es triste
 función, Isabel la paga,
 y hasta que ella me fie
 sus secretos y yo sea
 su amigo y correvedile,
 para acompañarla pío
 hasta el postrer *parce miki*.

(*Las campanas tocan á muerto.*)

Esa fúnebre campana
 me recuerda ;ay infelice!
 mis diez medallas difuntas;
 y á fé que no se redimen
 las ánimas de esa especie
 con responsos ni con Kirias.
 Y habré de rezar al muerto
 despues que fue tan caribe
 que se llevó al otro mundo
 mis pobres maravedises?
 Si al menos, en justo premio
 de un esfuerzo tan sublime,
 ya que Isabel no me de
 su mano y su dote pingüe,

me confieso el empleo
de su curador así ítem...
Pero en el templo me espera.
Vamos... Ah! Qué bella esfigie!
Lástima de cristara!
Por un muerto se desavive,
cuando suspira por ella
un vivo de mi calibre!

(Al entrar don Elias en la iglesia llegan hablando don Antonio y sus amigos. Oyése otra vez la campana.)

ESCENA III.

DON ANTONIO. DON LUPERCIO. DON MARIANO. *Luego*
EL BARBERO.

ANT. La noche no está muy fria.
No entremos, que aun es temprano.
LUP. Dónde encenderé este habano?
MAR. Ahí está la barbería.
LUP. Dices bien. Ave Maria!

(A la puerta, y sale el barbero.)

Podré encender este puro?
BAR. Señor don Lupercio Muro!
Ya sabe usted que en mi casa...

(Entra, y vuelve á salir al momento con la luz; enciende en ella su cigarro don Lupercio, y se lo vuelve.)

Dame esa luz, Nicolasa.
Va usted de baile? Seguro.

LUP. Sí; subiremos despues.
BAR. Cuidadito, que el demonio...
Hola! Ahí está don Antonio...
y don Mariano... (Qué tres!)

Ofrezco á ustedes cortés
la justa hospitalidad,
la cena, la facultad,
conversacion, la guitarra...

(En voz bajo á sus amigos.)

ANT. No, que el oido desgarra!
Gracias, maestro. Escuchad.

(Saludan al barbero, y se pasean por la plazuela conversando en voz baja.)

BAR.

Yo celebro que en la plaza
preferan pasar el rato,
porque entre esos triunviro
no podria meter baza.

Tienen lenguas de mostaza,
sobre todo el cocodrilo
de don Antonio. Hay asilo
que de su pico defiende
la honra? No hay en mi tienda
navaja de tanto filo.

Que hable y murmure un barbero,
eso es moneda corriente;
pero ser tan maldiciente
un ilustre caballero!
Ya se ve; el ocio, el dinero...

(Se oye la música del baile.)

Hola! El violín se hace rajas,
y entre tanto las barajas...
Qué inmoralidad! Qué vicio...!
Mas cada cual á su oficio.
Afilemos las navajas.

(Al entrarse el barbero en su tienda aparece embocado don Pablo.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS. DON PABLO.

PAB.

Por aquí atajo camino.
Tiro despues á la izquierda...
Oh Jacinta! ; cuál va á ser
tu alegría, tu sorpresa...
Quizá no haya recibido
mis cartas; quizá me tenga
por muerto. De todas suertes
es imposible que sepa
mi llegada. Entrar de incógnito
ha sido feliz idea,
y aparrme en un meson.
Antes que llegue á su puerta
quiero besar otra vez
su adorada imagen bella.

(Saca el retrato y lo besa.)

Bien mio! Serán iguales
 tu hermosura y tu firmeza?
 Ah! No lo dudo. Volemos...

(*La música no ha cesado. Las campanas vuelven á sonar.*)

Mas qué campanas son esas?
 Tocan á muerto! Con malos
 auspicios vuelvo á mi tierra.
 No he temido en la campaña
 á balas ni bayonetas,
 y sin poder remediarlo
 esas campanas me aterrorizan.
 Por cierto que es miserable
 la humana naturaleza!—
 A muerto, sí! En ese templo
 estan celebrando exequios...
 ¿Si entraré... Mejor será
 preguntar en esta tienda.
Deo gratias!

BAR. (*Saliendo.*) Adelante.
 La navaja está dispuesta.
 Entre usted: Le afeitare
 con primor y ligereza.

PAB. No lo necesita, Gracias.
 Parece que en esa iglesia
 hay entierro. Sabe usted
 quién es..., digo mal, quién era
 el muerto?

BAR. Don Pablo Yagüe.

PAB. (*Demonio!*) Habla usted de veras?

BAR. Lo que oye usted; sí; don Pablo,
 natural de Caribena,
 vecino de Zaragoza,
 hacendado, hombre de letras,
 de estado soltero, edad
 como de ventiocho á treinta,
 oficial movilizado,
 buen mozo, &c. &c.

PAB. (*Peregrina es la aventura;*
 y el hombre da tales señas...
 Lo mas singular del caso
 es el ser yo á quien lo cuenta.)

BAR. Ya nadie ignora su muerte;
ni aun los niños de la escuela.

PAB. (Bravo! Puede ser que yo
me haya muerto y no lo sepa.)

BAR. Parece que usted se aflige
al oír tan triste nueva.

PAB. Todas las malas noticias
que oiga yo sean como esa!

BAR. Qué dice usted! Con que un muerto...

PAB. Dios le dé la gloria eterna;
pero yo llorara mas
la muerte de otro cualquiera.

BAR. Hombre! Por qué?

PAB. Yo me entiendo.

Ha muerto aqui?

BAR. No. En la guerra;

en la gloriosa jornada
de los campos de Gadesa.
Murió como un Alejandro
despues de hacer mil proezas.
Cargó él solo á un batallon
y le quitó la bandera.

PAB. Cáspita!

BAR. Treinta facciosos
le atacan; y él qué hace? Cierra
con todos, y á veinticuatro
deja tendidos.

PAB. Aprieta!

BAR. Al fin sucumbió. Qué lástima!
Un inozo de tantas prendas...

PAB. Ah! Le conocia usted?

BAR. No señor; y es que, á la cuenta,
se afeitaba solo. Pero
todo el mundo le celebra...

PAB. Despues de muerto! Verdad?

(*Vuelve á oírse el son de las campanas sin cesar el de la
música.*)

BAR. Yo le diré á usted...

(*Los tres paseantes se paran en corrillo cerca de la
barbería.*)

LUP. Aun suenan
las campanas. Pobre Pablo!

- Su muerte me causa pena.
 Justamente esos señores
 hablan del muerto.
- PAB. Quisiera
 escuchar...
- BAR. Pues entre usted
 en el corro: con franqueza.
 Son parroquianos y amigos.
 No quiero yo que me vean.
 Por qué?
- PAB. Tengo mis razones.
 Si no mienten mis sospechas
 usted es pariente del muerto.
 Algo hay de eso; sí.
- BAR. Por fuerza.
 (Cuando ví que se alegraba
 de oír el *requiem aeternam*,
 dije para mí al momento:
 este es de la parentela.)
 Y allí hay música.
- PAB. Es un baile.
 Este es el mundo!
- BAR. Mi lengua
 (Don Pablo aplica el oído sin desembozarse.)
 Siempre elogiará á don Pablo.
 Qué talento aquel!
- ANT. Qué aineua
 conversacion!
- LUP. Qué donaire!
 Lo oye usted?
- MAR. Si.
 Qué nobleza
 de sentimientos!
- BAR. Su bolsa
 para todo el mundo abierta...
 Esos que ahora le alaban
 le quitaban la pelleja
 cuando vivo: yo lo sé.
 Maestro, al que está en la huesa
 nadie le envidia! (Cesa la música.)
- ANT. En efecto;
 siempre oigo decir lindezas

- de todos los que se mueren.
- ANT. Dices bien. No lo creyera
de don Matias. Qué accion
tan indigna! Qué bajez!
Solicitar á Jacinta...
- PAB. (Qué oigo!)
- ANT. Habiendo sido prenda
de su amigo y camarada!
- PAB. (Ah traidor amigo...! Y ella...
Oh! No; no es posible... Oigamos...
Ahora que mas me interesa
oirlos, bajan la voz!)

(Don Froilan sale de la casa de baile, atraviesa el teatro, y al emparejar con los del corrillo le reconoce don Antonio.)

- LUP. No ví ingratitud mas negra.

ESCENA V.

LOS PRECEDENTES. DON FROILAN.

- ANT. Don Froilan! Adónde bueno?
Ya deja usted el baile?
- FRO. Es fiesta
que me fastidia y me apesta...
Prefiero estarme al sereno.
Diversión es el bailar
espuesta á mil contingencias.
Sus fatales consecuencias
he visto á muchos llorar.
Ya pincha como lanceta
el alfiler de un justillo;
ya se disloca un tobillo
al hacer una pirueta;
ya, por estar ajustado,
se rebienta el pantalon;
ya encaja mal el balcon,
y entra un dolor de costado.
El ruido, la baraunda
le vuelven á un hombre loco...
Y no es difícil tampoco
que se abra el techo y se hunda.

- LUP. Todo es triste para él. (*Bajo á don Mariano.*)
 ANT. Y las hermanitas bellas?
 Allí estarán.
- PRO. Sí; una de ellas.
 PAB. (Cielos... Oh! Será Isabel.)
 ANT. Es Jacinta?
 PRO. Justamente.
 PAB. (Ah...!)
- MAR. Cómo no están las dos?
 PAB. (Ella baila, justo Dios,
 y yo de cuerpo presente!)
 PRO. Baile la otra? Ni el nombre
 sufriría. Es tan adusta...
 MAR. Pues mire usted; á mí me gusta...
 (*En voz baja á don Pablo. Ambos se mantienen á la
 puerta de la tienda algo distantes de los demás.*)
- PAB. Silencio...
 BAR. (Quién será este hombre?)
 ANT. Y don Matias, el fiel
 adorador de Jacinta?
 PRO. Tierno está como un Aminta.
 ANT. Y ella?
 PRO. Se muere por él.
 PAB. (Eso mas! Pérfida...! Ingratos...!)
- LUP. Boda habrá.
 PRO. No la ha de haber?
 Mañana al anochecer
 se celebran los contratos.
- PAB. (Muérete y verás...! Ah perra!)
 ANT. Pero, amigo, usted confiese
 que es infamia... Si lo viese
 el que está pudriendo tierra!
 PRO. Sin razon se quejaría,
 porque qué mal hay en esto?
 Nada. A rey muerto rey puesto.
 Lo demás es boberia. (*Suena otravez la campana.*)
- PAB. (Habrà picaro!)
 PRO. ;Qué diablo...
 Me aturde ese campaneó.
 Es sermon, ó jubileo?
 MAR. No. Las honras de don Pablo.
 ANT. Pues qué! usted no lo sabia?

- PRO. Qué he de saber? No por cierto.
 LUP. Pues ya. Sabiendo que el muerto
 es don Pablo, asistiría...
 PRO. No tal. Tengo mil asuntos...
 Es muy triste un ataud...
 No poseo la virtud
 de resucitar difuntos.
 PAB. (Bribon! Aunque tú no quieras,
 resucitaré, y tres mas;
 y mañana sentirás
 que no haya muerto de veras.)
 PRO. Ya al solemne funeral
 el domingo asisti yo
 que por su alma celebró
 la Milicia nacional.
 Dos entierros! Qué boato!
 Tanto valia su nombre?
 Dos entierros para un hombre
 que falleció *ab intestato!*
 Qué tio!
 PAB. Por Dios, maestro...! (*Haciéndole callar.*)
 PRO. Y es todo en vano. Yo sé
 que al otro mundo se fue
 sin rezar el *Padre-nuestro.*
 Él buscó su muerte; sí,
 y por eso no me allige.
 Yo su horóscopo le dije
 y no hizo caso de mí.
 ANT. Pero, hombre...
 PRO. Las ocho... Aun llevo
 al acto segundo. Estoy
 convidado... Ea, me voy
 á la ópera. Hasta luego.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, *menos DON PROILAN.*

- MAR. Qué entrañas tiene!
 ANT. Es nefando.
 LUP. Y predica como un fraile!
 ANT. Basta. Vámonos al baile!

Sí, sí. Ya estarán tallando.
(*Se entran en la casa del baile.*)

ESCENA VII.

DON PABLO. EL BARBERO. (*Don Pablo se queda pensativo.*)

BAR. Sabe usted que el don Froilan es hombre de mala estofa? El egoista agorero le llaman en Zaragoza. Miren qué disculpas da para faltar á las honras del que iba á ser su cuñado! Y eso que, segun me informan, le hizo el muerto mil favores. Pues digo! tambien la otra, que al son del *luceat ei* bailando está la gabota, y con el pérfido amigo concierta alegre la boda! Y luego si uno murmura dirán.... (Pero no se toma la molestia de escucharme. Estravagante persona es este *quidam.*)

PAB.

(Estoy por subir, y á esa traidora.... Pero mas que ella me irrita su hermano. Pues no hace mofa de mi muerte! A bien que pronto se convertirá en congojas y lamentos el sarcasmo con que á los muertos baldona. Aqui le traigo yo un *recipe* que no ha de tomarlo á broma.— Pero el castigo, aunque duro, no satisface mi cólera. Yo quisiera otra venganza mas directa; mia sola.... Ah! Qué idea tan feliz!

Mi escribano Ambrosio Mora
vive al volver esa esquina;
don Froilan está en la ópera....
Voy volando....) Abur, maestro.

- BAR. Felices noches. (Ahora
se va y me deja en ayunas....)
- PAB. Oyó usted á aquella boca
escomulgada insultar
al que está bajo la losa?
- BAR. Sí; el tal don Froilan....
- PAB. Pues luego
cantará la palinodia.
- BAR. De veras? Diga usted. ¿Cómo...
- PAB. Es un secreto.
- BAR. No importa.
- Vamos..., yo no lo diré....
- PAB. Sino á toda la parroquia.
- BAR. No tal. Yo soy....
- PAB. Escelente
barbero.
- BAR. Usted me sonroja;
mas....
- PAB. Cuento usted con mi barba
si me quedo en Zaragoza.

ESCENA VIII.

EL BARBERO.

Por vida de Iturralde....
Yo quiero su secreto, no su barba;
y por salir de dudas
consintiera en rapársela de balde.
Señor! Qué extraño ente
es este, que una sola *Ave Maria*
no reza por el alma de un pariente,
y luego si otra lengua
á escarnocer se atreve su ceniza
cual si oyera á Luzbel se escandaliza?
Calla su nombre, oculta su semblante...,
si habla del muerto, aplica las orejas....
y las cierra á la fúnebre salmodia!

Y qué le importa, en fin, que el otro cante
ó deje de cantar la palinodia?

Ello, el asunto es sério.

Un embozado, un muerto, un maldiciente....

Si aclarar no consigo este misterio

qué me dirá despues el parroquiano?

Qué valdrán mi facundia y mi prosodia

si no puedo nombrar á ese fulano

ni acierto á definir la palinodia?

ESCENA IX.

EL BARBERO. DON ELIAS.

ELI. Hermosa criatura! Con el llanto,
que á otras afea tanto,
se aumenta de su rostro peregrino
el seductor encanto.

Por no ofender á Dios salgo del templo.

Oh ciegos pecadores,
de mi austera virtud tomad ejemplo!

Otro en el dulce error se obstinaria,

mas yo ni aun en la senda del pecado
abandono la sábia economía.

Ya que es pecar sin fruto
el adorar las dotes.... y la dote!

de ese hermoso portento,
pongamos al amor veto absoluto,
y demos otro giro al pensamiento.

Diez onzas.... Ay! Cabales
tres mil doscientos reales....

Fatal recuerdo! El corazon le odia,
y siempre ha de venir á atormentarme!

BAR. No puedo echar de mí la palinodia.

ELI. Maestro, buenas noches.

(Don Elias llega paseando á la puerta de la barberia.

Suenan por última vez las campanas.)

BAR. Sanguijuelas?

Un repaso á la barba?

ELI. No, amigo. Mi dolor....

BAR. Dolor de muclas?

ELI. Ah!

- BAR. Si hay caries, afuera; es muy sencillo.
Prepararé el gatillo....
- ELI. Por Dios y por las ánimas benditas!
Ya me han sacado ; diez....! No de la boca.
Ojalá!
- BAR. Pues de dónde?
- ELI. Del bolsillo!
- Oigame usted; le contaré mis cuitas.
Ese hombre á quien entierran....
- BAR. A propósito...
- Un embozado aqui que , por lo visto,
es su pariente....
- ELI. Ah! Le dejó en depósito
alguna cantidad? Es su albacea?
- BAR. Lo contrario barrunto,
porque habló con desprecio del difunto.
- ELI. No hay esperanza!
- BAR. Es hombre misterioso.
Quizá usted le conozca , don Elias.
Quizá usted que era amigo de don Pablo....
- ELI. Enborabuena se lo lleve el diablo;
mas tambien mi dinero....!
- BAR. A lo que entiendo,
él tiene trazas de mover un cisco....
Con don Froilan es toda su ojeriza.
Sepultadas mis onzas en el fisco!
Al pensarlo me tiro de las greñas,
y bramo de furor.
- ELI. Daré las señas.
- BAR. Es alto, es rubio....
- ELI. No; no le perdono.
Su muerte fue un suicidio!
- BAR. Militar parecia....
- ELI. Se ha matado
por llevarse á la tumba mi subsidio!
- BAR. Hombre de buena edad, grueso....
- ELI. Mentira!
- BAR. Perdone usted....
- ELI. Mentira! No he rezado,
aunque usted me haya visto, mal pecado!
salir del templo.
- BAR. Dale!

- Si yo no hablo del muerto! Hablo del otro.
Al despedirse dijo....
- ELI. Maestro, aquella tumba era mi potro,
y el duelo era un sarcasmo, una parodia....
- BAR. Dijo que don Froilan....
- ELI. Péfido! ingrato!
- BAR. Cantaria....
- ELI. Ay de mí!
- BAR. La palinodia.
- ELI. Su muerte....
- BAR. Oigame usted!
- ELI. Es una afrenta!
- BAR. Pero, hombre....!
- ELI. Bancarrota fraudulenta!
- BAR. Oh! quedarme prefiero
con mi curiosidad.
- ELI. Yo....
- BAR. Basta, basta!
- ELI. Atajar la palabra de un barbero!
- BAR. Es que....
- ELI. Maldita, amen, sea tu casta!
- (Se entra en la tienda y la cierra por dentro. Cesan las campanas.)

ESCENA X.

DON ELÍAS.

Cierra la puerta y me planta!
Qué diablos tiene ese hombre?
Prestó tambien al difunto
y perdió sus patacones?
Mas huele á cera apagada;
las campanas no se oyen....
Vamos; se acabó el entierro;
y pues yo hago los honores
funerales, despedamos
el duelo.

(Se coloca á la puerta de la iglesia, y van saliendo varias personas de luto, hombres y mugeres, á quienes saluda entre afectuoso y compungido.)

UNA MUGER.

Dios le perdone.

ELI. Amen. Gracias. Caballeros...
Señoras...

UN HOMBRE. Felices noches.

UNA MUJER. Dios le dé la gloria eterna.

ELI. Así sea.

UN HOMBRE. Pobre joven!

ELI. Que Dios se lo pague á ustedes...
(mejor que él á mí.) Señores...

UNA MUJER. Beso á usted la mano.

ELI. Amen....

Digo; gracias.

UN DEVOTO. *Pater noster...* (*Rezando.*)

ELI. Gracias por mí y por el muerto.
(Qué tormento! Echo los bofes
de rabia, y tengo que hacer
cumplidos....)

UNA VIEJA REZAGADA. *Ora pro nobis....*

ELI. Abur. Isabel no sale.
Pensará pasar la noche
en la iglesia....? Ah! Ya está aquí.

ESCENA XI.

ISABEL. DON ELIAS. RAMON. (*Isabel estará vestida de luto;
Ramon trae una linterna encendida. Suenan otra vez los
violines.*)

ISA. Aun bailan! Qué corazones!
Ten piedad de ellos, Dios mio.
Suspende el terrible golpe
de tu justicia por mas
que su maldad le provoque.

ELI. Oh Isabel, Isabelita!
Usted es un angel.

ISA. Pobre
don Elias! Usted es fiel
á la amistad. Alma noble,
alma sensible y piadosa!

ELI. No merezco esos loores.
Crea usted....

ISA. Olvidan otros
sagradas obligaciones,

y usted que nada debía
á don Pablo....

ELI.

Yo de dónde?

Al contrario....

ISA.

Pero Dios

premia las buenas acciones.

ELI.

Yo confío en su infinita
misericordia.... (Este postre
me faltaba!)

ISA.

La que fue

su delicia, sus amores,
su único bien, ni aun escucha
el son del místico bronce
que anuncia su funeral.
Ceñida la sien de flores,
no deposita una sola
sobre la tumba del hombre
que la adoró. Ni un suspiro
lanza aquel pecho de roble,
sino á la grata memoria
del que iba á ser su consorte,
siquiera al sincero amigo,
siquiera al valiente joven
que el alma rindió invocando
de patria y de amor el nombre.—
Bien haces. Dios no se paga
de sacrilegos clamores.
No insultes ¡ay! á su sombra.
Déjala que en paz repose,
ingrata muger; no mandes
á tus ojos que le lloren
si en otro semblante luego
se han de fijar seductores.
Mas puro será mi llanto,
mas veraz, y desde el orbe
celestial quizá benigno
mi Pablo amado le acoge.
Mi tálamo es su sepulcro.
Deja que en él me corone
yo sola. Yo sé que su alma
al alma mia responde,
y pues yo la he merecido

mas que tú, no me la robes!

(El sacristan sale de la iglesia, cierra la puerta y se retira. Sigue la música.)

KLI. Ah, señora! Yo tendria
un corazon de alcornoque
si no derramase lágrimas....
(por mis cuarenta doblones.)
Pero al fin.... Cómo ha de ser?
Aunque usted gima y solloce,
Dios lo hizo. No hay esperanza
de que su fallo revoque.
Y ya han cerrado la puerta
y sopla un viento de norte....

(Isabel se arrodilla en el umbral de la puerta y cruza las manos en actitud de orar.)

(No me escucha; se arrodilla en los yertos escalones, y orando por el difunto estatua parece inmóvil. Oh Virgen Madre, que ruegas por nosotros.... acreedores! merece un muerto insolvente tan devotas oraciones?)

ESCENA XII.

LOS MISMOS. DON PABLO.

PAB. Ya ha recibido el papel;
ya es otro hombre; ya me llora.
Qué apostamos á que ahora
soy un sauto para él?
Otra vez en el salon
suena la música impía!
Oh vil, infame alegría!
Oprobio.... Prostitucion!!!
Y no arrojaré del pecho
al ídolo torpe, ingrato....?

(Saca el retrato, lo despedaza, y lo pisa.)

Hé aqui su falaz retrato....!
Caiga á mis plantas deshecho.
Si un dia fai tu cautivo,

ya no, muger inconstante.
 Quien vende muerto al amante,
 vendiera al esposo vivo.
 ¿Qué se diría de mí
 si me rindiese al dolor...
 Entierra, Pablo, al amor,
 pues te han enterrado á tí.
 Engañadora sirena,
 te creí sincera y firme...
 Pues si acierto á no morirme,
 como hay Dios que la hago buena!
 Olvidemos á la infiel;
 que si airado resucito,
 qué haré con alzar el grito?
 Un ridículo papel.
 Vuelva á mi pecho la calma;
 y pues soy muerto viviente,
 voy á ver qué buena gente
 pide al cielo por mi alma.
 Y á fe que, si al catecismo
 doy un repaso, quizás
 tampoco estará de mas
 que yo me rece á mí mismo.
 Vaya que es rara aventura!
 Para mí es niño de teta
 el austero anacoreta
 que cava su sepultura.
 Mas eco hará en los anales
 el nombre de un ciudadano
 que concurre vivo y sano
 á sus propios funerales.

(Da algunos pasos hácia la iglesia, siempre embozado, y se para.)

Por hoy ya no puede ser,
 que la iglesia está cerrada.
 Mas qué veo? Arrodiada
 al umbral una muger!
 Quién será el alma bendita
 que así me llora insepulto?
 En este esquinazo oculto
 observaré...

PAB. Si será la hermana bella
de Jacinta? No. A qué asunto
suspirar por un difunto
que en su vida... Pues es ella!

(El criado que se pasea silencioso con la linterna en la mano, pasa por junto á Isabel, y la reconoce don Pablo. Cesa la música.)

La otra tan malas entrañas
y ésta adorando mi nombre!
No hay como morirse un hombre
para ver cosas extrañas.

ISA. Sombra que amo y reverencio,
perdóname si llorosa
interrumpo de tu losa
el venerable silencio.

PAB. Qué oigo!

ISA. Mas grata oblacion
dírate la amada prenda;
mas no rehuses la ofrenda
de mi tierno corazon.

PAB. *(Me amaba, me ama... Oh portento!)*

ISA. Si de una triste mortal
desde el trono celestial
oyes benigno el acento,
no á Dios le pidas que yo
deje, sin dejar el mundo,
el dolor veraz, profundo
que tu muerte me infundió.
No turbe, no, mi quebranto
las delicias de tu Eden;
que Dios ha puesto tambien
gloria y delicia en el llanto!

PAB. *(Qué alma! Y no la conocí!)*

ISA. Pídele solo al Señor
que eterno sea el amor
con que el alma te rendí:
que nunca humana flaqueza
me conduzca á no quererte;
antes un rayo de muerte
caiga sobre mi cabeza!

(Calla y contemplativa alza los ojos al cielo.)

PAB. No puedo mas! Qué pasion!

Yo llego.... Oh ventura mía!
(Deteniéndose.) Mas la súbita alegría
tal vez....

ISA. (Después de un profundo suspiro.)
Vámonos, Ramon.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS. DON FROILAN.

PRO. Entremos. Aun será tiempo....
Pero la iglesia cerraron.

PAB. (Ya está aquí mi hombre.)

PRO. Isabel!

Don Elías! Cómo os hallo
á estas horas por aquí?

Salís del entierro acaso?

Ah! Sí; no hay duda. Ese luto....

Parece que se ha acabado
el funeral.

ELI. Si señor.

PRO. Y fue para mí un arcano!
Por qué no habérmelo dicho,
y mis ardientes sufragios....

ISA. A qué, si ya en otra tumba
le habías tú sepultado
mas profunda?

PRO. Yo! No entiendo....

ISA. En el olvido!

PRO. A mi Pablo?

Al mejor de mis amigos?

A quien ya llamaba hermano?

PAB. (Para el necio que te crea!)

PRO. Pues si le quería tanto....!

Poco he dicho. Le adoraba.

PAB. (No sé cómo no le mato.)

ELI. (Estraña metamorfosis
por cierto!)

PRO. Tan buen muchacho....!

Ah....! Me nombró su heredero.

ELI. Qué dice usted?

PRO. Aquí traigo

su postrera voluntad.

PAB. (Eso no, que ya he tomado
mis medidas por si muero
antes de reir el chasco.)

ELI. Usted su heredero!

PRO. Sí.

ELI. No habla de otros legatarios
el testamento? ¿O de deudas....

PRO. No. Todo me lo ha dejado.

¿Qué mucho si nos unió
desde los primeros años
la dulcísima amistad
cuyos halagüeños lazos....

PAB. (Hipocriton!)

PRO. Nuestras almas
llenaron siempre de encantos?

ELI. Vea usted; y yo creía....

PRO. Ay caro amigo! Este rasgo
de cariñosa bondad

hace mayor mi quebranto.

¿Qué son todos los tesoros
del mundo si los comparo
con la delicia de verte,
de hablarte.... Mi acerbo llanto
no podrá ;triste de mí!
arrancarte al duro mármol
que te esconde....

ISA. Calla, impio!

Blasfemo, sella los labios!

Guárdate el oro que heredas

y no turbes el descanso

de aquella alma generosa,

que acaso estará peuando

porque tan mal empleó

sus dádivas.

PRO. Ese agravio....

ISA. Calla por piedad! No me hagas
testigo del vil escarnio

con que insultas las cenizas

de tu bienbechor. Huyamos...

PAB. (Ah, qué angel!)

PRO. Oye....

ELI.

Si usted

ISA.

quiere servirse del brazo....
 No! Sola me quiero ir.
 Detesto al linage humano.
 Perfidia, maldad, baja
 donde quiera....! Ay Pablo, Pablo!

ESCENA XIV.

DON PABLO. DON FROILAN. DON ELIAS.

PAB.

(Es sueño acaso? Es delirio?
 Tanto amor....!)

FRO.

Qué sin razon!

ELI.

Qué ruin interpretacion
 de mi profundo martirio!
 Y en efecto, el testamento....

FRO.

Ah! Cuánto dolor me cuesta!—
 Y ahora volver á esa fiesta....
 Hé aqui mi mayor tormento.

ELI.

Mas debo forzosamente
 acompañar á mi hermana.

FRO.

La herencia es mas que mediana,
 y usted que era ya pudiente....

ELI.

Yo baile, oh Dios, yo concierto,
 cuando mi pena es tan grave....

FRO.

Yo tenia, usted lo sabe,
 relaciones con el muerto....

ELI.

No toque usted ese punto,
 que mi afliccion....

Sin embargo....

FRO.

Usted debe hacerse cargo
 de las deudas del difunto.

ELI.

Cuándo volverá la calma
 á mi pecho?

FRO.

Él me debía
 unos cuartos....

PAB.

Noche y dia
 he de rezar por su alma.

ELI.

(El dialogo me divierte.)
 Si me olvidó, no es portento,
 que sin duda el testamento

- Lo hizo....
- PRO. Antes de su muerte!
- ELI. Ya ; si....
- PRO. Mi alma se destroza!
- ELI. (Diablo de hombre!) Yo decía....
- PRO. Lo dejó en la escribanía
al salir de Zaragoza.
- ELI. Bien; y luego....
- PRO. Amigo fiel!
- Aunque venda mis casitas,
mañana doscientas misas
mandaré rezar por él.
- PAB. (Eso me encuentro. Por Dios
que de él no esperaba tanto.)
- ELI. Mas yo le hice un adelanto....
- PRO. Ah! Sí; lloremos los dos.
- ELI. Pero....
- PRO. Con ojos serenos
quién ve á su amigo morir?
- ELI. Pero usted puede decir:
los duelos con pan son menos.
¿Y quién vuelve á mi escritorio
el dinero....
- PRO. Acerba llaga,
cruel!
- ELI. Alma que no paga
no sale del purgatorio.
Dias onzas....
- PRO. No cuentes tanto
las doscientas misas.
- ELI. Oh!
- PRO. A peseta....
- ELI. No hablo yo
de misas....
- PRO. Me aboga el llanto.
(Hablando, han llegado á la casa del baile.)
- ELI. Oiga usted....
- PRO. (Ya dentro del portal.) Ni á hablar acierto.
Adios!
- ELI. Hombre....
- PRO. Pobre Pablo!
- ELI. Me plantó! Llévase el diablo

á ti, á la berencia, y al muerto!

ESCENA XV.

DON PABLO. DON ELIAS. *(Llega don Pablo por detras de don Elias, y le toca en el hombro.)*

PAB. Tenga usted mas caridad
con los difuntos.

ELI. *(Volviéndose asustado.)* Qué vos...
Si yo creyera en visiones
diria... *(Reconociéndole.)* Sí; él es! Favor...

PAB. Silencio! No soy fantasma.
Vengo...

ELI. De parte de Dios
te digo, sombra ingranda...

PAB. No hay tal sombra. Vivo estoy.
Acérquese usted sin miedo.
Teuemos que hablar los dos.

ELI. Si en el otro mundo penas
como en este peno yo,
al heredero le toca
procurar tu redencion;
no á mí, difunto don Pablo;
á mí que soy tu acreedor,
á mí....

PAB. Basta. Sabe usted
que soy hombre de razon,
y si yo me hubiera muerto,
no lo negaria, no.
Caí herido de un balazo
en medio de la faccion.
Sin duda al verme tendido
sin aliento y sin color
todos me dijeron por muerto
sin mas averiguacion;
y como nadie despues
de mí, ha sabido hasta hoy,
no extraño que en mis exequias
haya graznado el fagot.
Recobrados mis sentidos
con el frio y el dolor,

medio vivo, medio muerto,
 me levanté del montón.
 En vano pedía auxilio,
 nadie escuchaba mi voz...
 Por fin llegué como padre
 á la chosa de un pastor.
 Por buena suerte la herida
 no era mortal: á las que otros
 Aquella familia honrada
 tuvo de mí compasión;
 y curándome en sigilo,
 sin botica y sin doctor,
 me libertó de las uñas
 de *Tristany* ó *Caragol*.
 Recobrada ya mis fuerzas,
 mi marcha emprendo veloz
 de regreso á Zaragoza,
 y hoy llego á puertas de sol
 para reír desengaños
 de este mundo pecador.

ELI. Es posible? Ah! Mi alegría....

PAB. Usted es un hombre de pro.
 Usted ha rezado en mi entierro....

ELI. Oh! Sí; con mucho fervor.

PAB. Y gracias por su cristiana
 misericordia le doy.

Solo á usted me he descubierto....

ELI. Usted me hace sumo honor....

PAB. Mas nadie sepa que vivo
 hasta mejor ocasión.

Usted sabrá mis proyectos,
 y cuento con su favor
 para llevarlos á cabo.

ELI. Sabe usted que siempre estoy
 á su obediencia.... A propósito:

el papel que se quedó
 sin firmar.... Aquí lo traigo.

Si á la luz de ese farol

(*El que habrá en el portal de la casa donde se baila.*)
 quisiera usted.... Pediremos
 un tintero....

PAB.

¿No es mejor

que se venga usted conmigo
y le daré en el mes
las diez onzas consabidas,
los réditos y otras dos
en muestra de gratitud....

ELI. Oh qué bello corazón!
PAB. Justamente ya ha debido
cobrar mi administrador
unas letras....

ELI. No, es decir,
que yo tenga prima, no.
Solo por acompañar
á usted.... (Dios de Sabaoth,
no me le mates ahora!
Cumpla su buena intencion!)
PAB. Vamonos....

ELI. Abríguese usted.
(Componiéndole el embozo de la capa. Don Pablo tose.)
Cuidarse!—Qué es eso? Tos?

PAB. No es nada.
ELI. Es que usted estará
delicado; y el pulmon....

PAB. (Riéndose.) Cállese usted, don Elias,
que mi palabra le doy
de no morirle otra vez
sin pagarle.

ELI. (Oígate Dios!)



ACTO CUARTO.

LA RESURRECCION.

La decoracion del acto segundo.

ESCENA I.

DON PABLO. DON ELÍAS. (*Entran con precaucion. El teatro está oscuro.*)

PAB. Si alguno nos ha observado....

ELI. Solo lo sabe Ramon,
y ese es de satisfaccion.
Puede usted entrar descuidado.
Jacinta está de jolgorio
con su novio y los amigos
que servirán de testigos
para el impío casorio.
Luego que apuren los platos
del opíparo banquete
vendrán á este gabinete
para firmar los contratos.

PAB. Isabel....

ELI. No fue posible
hacerla entrar en la fiesta.
La maldice y la detesta
como sacrilegio horrible.

PAB. Pobrecilla! Y don Froilan?

ELI. Muerto está de pesadumbre;
mas, ya se ve; la costumbre....
la etiqueta, el *qué dirán*....

PAB. Al bien y al mal se acomoda
esa frase; y qué ha de hacer
quien por fuerza ha de escoger
entre un duelo y una boda?

ELI. Ya, pero, entre el mundo y Dios,
don Froilan gime....! y devora;
luego apura el vaso.... y llora!
y así cumple con los dos.

PAB. Está todo preparado?

ELI. Todo como usted desea.

PAB. Sentiré que alguien me vea.

- ELI. *Cómo? En un cuarto escusado...*
 PAB. *Quisiera un instante hablar con Isabelita... Pero prepárela usted primero.*
 ELI. *Entiendo. Vóila á buscar. Pues llevan largo el convite y Ramon está advertido, facil será....*
 PAB. *Siento ruido....*
 PAB. *Traen luces.... Al escondite!*
(Don Pablo corre á esconderse en el cuarto del foro y cierra por dentro las vidrieras. Ramon trae luces.)

ESCENA II.

DON ELÍAS. RAMON.

- ELI. *Ha visto alguien á don Pablo?*
 RAM. *No señor; nadie le ha visto.*
 ELI. *Vete, y silencio!*
 RAM. *No chisto.*
 ELI. *Se va á desatar el diablo.*

ESCENA III.

DON ELÍAS.

*Por hacer aqui el rufian
 dejo la opípara mesa....!
 Pero servir me interesa
 al escondido galan.
 Qué no he de esperar de ti,
 difunto que espresamente
 resucitas complaciente
 solo por pagarme á mi?
 Y con qué rumbo! Ea, pues;
 busquemos á Isabelita
 y anunciemos la visita....
 Mas quién se acerca...? Ella es.*

ESCENA IV.

DON ELÍAS. ISABEL.

- ISA. *Qué hace usted tan solo aquí?*
 ELI. *Señora, no es de mi gusto esa infame bacanal,
 y aqui me estoy becho un buho
 contemplando las flaquezas*

y aberraciones del mundo.

Dejarán la mesa pronto?

ISA.

No sé.

ELI.

Desde aquí descubro...

(Mirando por la puerta de la izquierda.)

Los postres sirven.—No acaban

ni en veinte y cinco minutos.

Qué contraste! Ellos riendo,

y usted vestida de luto!

ISA.

Y quizás de mi aflicción

se mofan.

ELI.

Atroz insulto!

Y acaso aun están calientes

las cenizas del difunto!

ISA.

Ah!

ELI.

Si apareciese ahora

entre ellos vivo y robusto

el mismo á quien juzgan muerto,

como figuras de estuco

se quedarían.

ISA.

Ay Dios!

ELI.

Y qué maravilla? Algunos

suelen tornar á la vida

desde el borde del sepulcro.

ISA.

No con vanas ilusiones

aumente usted mi profundo

dolor.

ELI.

No quiero decir

que Dios, aunque sea sumo

su poder, haga un milagro,

y se alcen á mis conjuros

los que descansan en paz;

pero, señor, yo pregunto,

quién da fé de que haya muerto

don Pablo? Un parte confuso...,

la declaracion verbal

de un amigo infiel, perjuro...

ISA.

Y otros ciento que en el campo

le vieron yerto, insepulto;

y los facciosos también

le contaron en el número

de los muertos. Si él viviera

no podría estar oculto

- su destino tantos días.
Nunca se verán enjutos
mis ojos! No hay esperanza!
- ELI. Pues yo la tengo y la fundo
en razones poderosas.
Oh! Como de esos renuncios
se cometen en los partes!
No ha afirmado mas de uno
la muerte del *Serrador*,
de *Cabrera* y otros tunos,
que han multiplicado luego
muertes, incendios y estupro?
Bien pudo caer don Pablo
berido en el campo y pudo
salvarse despues.... En fin,
aunque parezca un absurdo,
yo creo.... yo tengo datos....
Ah! Cuáles son?
- ISA. Dios es justo....
ELI. Insensata! ¿Cómo puedo
esperar....
- ELI. Si de su puño
enseñase yo una carta....
- ISA. Basta, basta. Yo no sufro
que usted se burle de mí
tan cruelmente.
- ELI. No me burlo.
Vive don Pablo.
- ISA. Oh Dios mio!
Será posible?
- ELI. Lo juro.
ISA. Dónde....
ELI. Baje usted la voz.
Si no temiera que un susto
repentino....
- ISA. No; mi gozo....
Venga esa carta....
- ELI. Presumo
que usted daría mas crédito
á un testigo.... y me aventuro
á presentarlo....
- ISA. A quién? Cómo....
ELI. Usted le conoce mucho.

ISA. Yo.... Dónde está?

ELI. Salga usted.

(Junto á la puerta del foro, que había entreabierto don Pablo.)

El momento es oportuno.

ESCENA V.

DON PABLO. ISABEL. DON ELIAS.

PAB. Isabel!

ISA. Ab...! Pablo mió!

(Al verle grita y retrocede asustada, y después de un instante de silencio le abraza con la mayor ternura.)

Es posible que te ven

mis ojos? Pablo! Tú vivas?

Mi alma se anega en placer.

Dios de bondad! Si es delirio,

muera yo dichosa en él.

Mas nó; mis brazos amantes

le estan estrechando. El es!

(Avergonzada se desprende de los brazos de don Pablo, y baja los ojos.)

(Qué estoy diciendo, insensata!

Oh rubor...) Perdame usted...

ELI. Ya han retirado los postres

(Observando á la puerta.)

y las copas de Jerez.

PAB. Isabel, ese cariño

que en el alma grabaré

viene á endulzar la amargura

de un desengaño cruel.

ISA. Dios sabe con qué aflicción

tu muerte, Pablo, lloré....

ELI. Ya recogen la vajilla.

Ya levantan el mantel.

PAB. Aunque por muerto me dieron,

de mis heridas sané.

Otra me han hecho en el alma.

Yo la curaré también.

ISA. Pablo...!

PAB. Hermana de mi vida!

ISA. (Hermana...! Ay de mí!)

PAB. Isabel,

tú sola sabes que vivo.

Otros lo sabrán después.

Querrán por breves instantes
guardarme el secreto fiel?

ISA. Lo guardaré; mas ¿qué intento...

ELI. Ya están tomando café.

PAB. A ese contrato nupcial
presente, quiero que estés.

ISA. Tú lo exiges!

PAB. Y no importa
que les des al parvillo.

Yo se lo doy desde luego;

y ya jamás haré

ni en lisonjeros amigos

ni en palabras de mujer!

ISA. (Qué oigo!)

PAB. En la tumba se aprende
mucho!

ELI. Que ya están en pie!

PAB. A Dios...! No sé más cuento

por si me viere otra vez.

(Se entra en el cuarto del foro, cerrando las vidrieras.)

ESCENA VI.

MABEL. DON ELIAS.

ELI. Confidente y ceñutela

de mi rival! Por usted,

solo por usted haris

tan subalterno papel;

papel que entrará en el farrago

de deuda sin interés!

ISA. (Sin oírle.) No me ama! Infelis de mí!

Mas al fin no te veré

en los brazos de Jacinta.

Y si otra me roba el bien

que el alma anhela... No importa!

Perezca yo, y viva él!

ESCENA VII.

LOS PRECEDENTES. DON FROILAN. JACINTA. DON MATIAS. DON ANTONIO. DON LUPERCIO. DAMAS. CABALLEROS. (Tomun todos asiento en varios grupos. Don Matias, Jacinta con otras damas y caballeros á un lado; don Lupercio con

los demas convidados á otro, don Antonio junto á don Froilan; don Elias é Isabel á mi extremo.)

MAT. Adentro, Sin ceremonia.

JAC. Tomen ustedes asiento.

LUP. Oh, que está aqui don Elias!

ELI. Buenas noches, don Lupercio.

MAT. Cuándo viene ese notario?
que en verdad, ya me impaciento
esperándole.

JAC. Ya poco
puede tardar.

MAT. Mira, luego
que se firmen los contratos
conyugales, bailaremos.

UNA SEÑORA. Sí, sí; un poquito de baile.

UN CABALLERO. Y será el día completo.

FRO. Esa boda se va á hacer (*Hablan en voz baja.*)
bajo auspicios muy funestos,
don Antonio.

ANT. ¿Qué se yo...
Se quieren y estan contentos...

JAC. Por fin ya he hallado (*Aparte con don Matias.*)
mi hermano. Pero qué gusto!
Y es un insulto el entrar
aqui con vestido negro.

MAT. Como es tan sentimental,
no me admira...

JAC. Pues yo creo
que tiene mas de envidioso
que de santo.

MAT. Y aun por eso,
á falta de otro galán,
se resigna á los obsequios
del buen don Elias.

JAC. Siempre
tuvo ruines pensamientos.

UNA DAMA. Qué dote lleva la novia? (*En voz baja.*)

LUP. No es gran cosa. Seis mil pesos.

ISA. Cuáles serán los desiguos (*Aparte con don Elias.*)
de don Pablo?

ELI. Es un secreto,
señorita; y como yo
de económico me precie,

- quiero aberrar las conjeturas,
pues al fin he de saberlo.
- PRO. Es un cargo de conciencia; (*Ap. con D. Antonio.*)
sí señor; y yo no debo
autorizar...
- ANT. **Bobería!**
Los que se casan son ellos,
no usted.
- PRO. **Casamiento horrible!**
- ANT. Peor sería no hacerlo.
- PRO. Don Pablo amaba á Jacinta!
- ANT. Sí señor...; pero se ha muerto.
- PRO. Don Matias fue su amigo.
- ANT. Ya; pero no es su heredero.
- PRO. Yo lo soy á mi pesar!
- ANT. Cómo ha de ser? Ya lo veo.
- PRO. Mis lágrimas...
- ANT. Yo tambien
las vertería... á ese precio.
- MAT. Ya está aquí el notario. Viva!

ESCENA VIII.

LOS PRECEDENTES. EL NOTARIO.

- NOT. Buenas noches, caballeros.
- UNA SEÑORA. Ese curial incivil (*Aparte á don Lupercio.*)
no saluda al bello sexo.
- MAT. Vamos; vienen ya estendidos
los contratos?
- NOT. Sí por cierto.
No falta mas que firmar:
los contrayentes primero
y los testigos despues
en sus respectivos huecos.
- PRO. Ese hombre, que para mí (*A don Antonio bajo.*)
es una especie de cuervo,
despierta en mi corazon
atróces remordimientos.
- NOT. Si ustedes me lo permiten,
calo las gafas y leo...
- MAT. No por Dios! A qué cansarnos
con este eterno proceso?
- NOT. No tal. Yo soy muy lacónico.
Tendrá veintisiete pliegos...

- MAT. Misericordia...! Una pluma!
(*Llega á la mesa y la toma.*)
Da usted fe de que en efecto
me caso con la que adora
mi corazón?
- NOT. Por supuesto.
Con doña Jacinta...
- MAT. Basta.
Firmo como en un baghecho. (*Firma.*)
- FRQ. Ah! Qué horror! Y sufre yo (*Tapándose los ojos.*)
tan bárbaro sacrilegio?
- ELI. Qué le ha dado á don Froilan? (*A Isabel.*)
Suspira; se pone trémulo...
- NOT. Ahora la novia.
- JAC. (*Se acerca á la mesa.*) Volando,
que mi gloria cifro en esto.
- FRQ. No puedo mas!
(*Se levanta, y se acerca también á la mesa.*)
- JAC. Dónde?
- NOT. Aquí.
- FRQ. Deten en nombre del cielo
esa mano temeraria!
Olvidas tus juramentos?
Menosprecias tu opinion?
No sabes que hay un infierno
para los perjuros? Ah...!
- MAT. Qué dice esa majadero?
- FRQ. Vas á casarte con otro
cuando la sangre del muerto
está burbeando? Aun escucho
las campanas de su entierro...
- JAC. Eh! Quieres dejarme en paz?
- UN CABALLERO. Ese hombre ha perdido el seso.
- UNA DAMA. Qué hipocresía! (*A don Antonio.*)
- ANT. La herencia!
- ELI. Como soy que me divierto. (*A Isabel.*)
- MAT. Ea, firma, y no hagas caso
de un fastidioso agorero.
- JAC. Sí; el corazón me lo manda...
Aquí...? (No sé por qué tiemblo.
Ánimo!) (*Firma.*) Ya está.
- FRQ. Gran Dios...!
Ella ha firmado! Esto es hecho!

Ah! Qué sería de tí,
falsa muger, si del centro
de la tumba aquí se alzase
don Pablo y con voz de trueno...

MAT. Oiga...! (Todos los interlocutores á excepcion
de Isabel rien estrepitosamente.)

LUP. Donosa ocurrencia!

UNA DAMA. Qué visionario!

UN CABALLERO. Qué necio!

ANT. Se nos viene con sandeces
del siglo décimo-tercio.

MAT. No hablaba usted de ese modo
dos dias há

PRO. Me arrepiento...

ELI. Oportuno es el sermón. (A Isabel.)

Parece que está de acuerdo
con don Pablo. Mas qué aguarda,
que no sale del ancierro?

PRO. Don Matias, no es la herencia
la que ha obrado este portento.

Mueve mi labio divina
inspiracion. Yo preveo...

MAT. Eh! Basta ya de simplezas,
que estamos perdiendo el tiempo.

Concluyamos... Los testigos!

NOT. Don Antonio Mollinedo...

ANT. Servidor. Sea mil veces (Va á la mesa y firma.)
en buen hora.

NOT. Don Lupercio...

LUP. Allá voy... (Firmando.) Y con el alma
y la vida lo celebro.

NOT. Don Elias Ruiz...

ELI. (Va y firma.) Presente.

Sea enhorabuena, y laus Deo.

NOT. Hemos concluido.

PAB. (Dentro.) No!

Falta un testigo! (Sorpresa general.)

MAT. Qué es eso?

JAC. ¿Qué voz...

PRO. Por allí ha sonado...

MAT. Quién es el testigo?

(Oyese una fuerte detonacion en el cuarto del foro; abre
se la puerta y aparece don Pablo cubierto de pies á

*cabeza con un manto blanco. Un vivo resplandor ro-
jizo alumbra el cuarto de donde sale.)*

PAB. El muerto!

ESCENA IX.

LOS PRECEDENTES. DON PABLO. *(Al aparecer don Pablo re-
trocede Jacinta aterrada; las demas señoras chillan,
y una ó dos se desmayan en brazos de los caballeros
que las rodean; don Fíolan se queda estático; don Elias
suelta la carcajada, y hace notar á Isabel los gestos de
los demas; don Matias calla, entre dudoso y amosta-
zado; don Antonio y don Lupericio dan muestras de
admiration, y el Notario se esconde detras de la mesa.)*

JAC. Cielos!

NOT. Oh!

MAT. Don Pablo!

FRO. Es él!

ELI. Lindas figuras!

UNA DAMA. Qué espanto!

FRO. Yo no lo dije por tanto!

JAC. Aparta, sombra cruel!

UN CABALLERO. Señora...

(Abanicando á una que está desmayada.)

UNA DAMA. Qué horrible vista!

(Volviendo del desmayo.)

UN CABALLERO. *(Yo tengo mas miedo que ella.)*

ELI. La tramoya ha estado bella. *(Aparte á Isabel.)*

Se ha portado el polvorista!

JAC. *(La imágen de mi conciencia
veo en su rostro fatal!)*

FRO. *(Si es aparicion, tal cual;
si está vivo, á Dios la herencia!)*

JAC. Yo confieso mi locura,
Pablo, y te pido perdon.

MAT. Locura!

JAC. Ten compasion

de una frágil criatura.

A tus plantas...

(Va á arrodillarse, y don Matias lo detiene.)

MAT. Eso no,

por vida de san Matias!

Tú á sus plantas? No en mis dias!

Él ha muerto, y vivo yo.

Y nos veremos las caras,
 pues ya se firmó el concierto,
 si quiere meterse el muerto
 en camisa de once varas.
 Ni él ha muerto; no hay tal cosa;
 que si difunto estuviera
 no alzara así como quiera
 la yerta y pesada losa.
 Yo no le disputo á Dios
 el poder de hacer milagros;
 mas los muertos estan magros,
 y este abulta como dos.
 Le quisiste vivo; es cierto;
 y ahora á mí. Norabuena!
 Eso no vale la pena
 de resucitar á un muerto.
 Si él ha muerto, qué hace aqui?
 Vuelva al panteon profundo...;
 y si vive para el mundo,
 muerto sea para tí.
 En fin, que viva ó que muera,
 tuyo no ha de ser jamás.
 Veremos quién puede mas;
 el muerto, y yo... calavera.
 No he muerto, gracias al cielo,

PAB.

(Soltando el manto y dando algunos pasos.)

ni por una infiel y un loco
 quiero esponerme tampoco
 á dar la vida en un duelo.
 Que perdone este mal rato
 pido á la tertulia toda,
 pues mal sienta en una boda
 el funeral aparato;
 pero hombre de calidad,
 cuya muerte es tan sentida,
 justo es que vuelva á la vida
 con cierta solemnidad.
 Conozco que algun menguado
 en esta cómica escena
 mas me quisiera alma en pena
 que muerto resucitado;
 pero si alguno desea
 ser pasto á la muerte avara,

yo no: ya he visto su cara
 y me parece muy fea;
 y puesto que debo tanto
 al Sumo Hacedor, no es justo
 que por dar á nadie gusto
 me vuelva yo al camposanto.—
 Mis quejas no escucharán
 los amigos fementidos;
 no; porque á muertos y á idos...
 Conocido es el refran.
 Que matan los desengaños
 dice la gente... No á mí,
 que como muerto los ví
 no han de abreviarme los años.—
 Nada de rencor, Matias.
 Querer á una dama hermosa
 mas que á un fiel amigo, es cosa
 que se ve todos los dias.
 Siempre amor en tal pelea
 ha de triunfar; esto es cierto;
 y mas si el amigo ha muerto
 y la dama pestaña.
 Yo la quise..., tú la quieras...
 Tuya debe ser la bella,
 pues yo he muerto para ella
 y tú por ella te mueres.—
 Ni á ti, Jacinta del alma,
 culparé. Con qué derecho
 pidiera yo á tu despecho
 una tumba y una palma?
 Se olvida al galan mas pulcro
 vivo, lozano, fornido,
 y no ha de echarse en olvido
 al que yace en el sepulcro?
 El amor en nuestros dias
 como el Fénix se renueva,
 que ya no hay almas á prueba
 de balas y pulmonías.
 Yo te creia mas firme;
 mas si otro me reemplazó,
 la culpa me tengo yo.
 Quién me mandaba morirme?
 No haya duelo. En qué lo fundo

si no hay rival á mi amor?
Mucho aplaudo el buen humor
con que vuelves á este mundo.

JAC. Pablo, la sorpresa..., el gozo...
Pero... Ya ves..., he jurado...

(Despues que ha resucitado
me parece mejor mozo.)

PAB. Señoras, cese ya el susto,
que si lo causo viviente,
me moriré de repente
estando sano y robusto.—

Y el notario fugitivo
adónde fue?

NOT. Me escondí... (*Sacando la cabeza.*)

PAB. Ea, salga usted de ahí
á dar fé de que estoy vivo.
Aquiete usted la conciencia,
que, á fé del nombre que tengo,
del purgatorio no vengo
á tomarle residencia.

Don Lupercio! Don Antonio!
De ustedes muy servidor.
Hasta ahora, aunque pecador,
no me ha llevado el demonio.
Yo lloraba...

ANT.

PAB.

LUP.

PAB.

Sí por cierto.

Yo...

Como hablan las paredes,
ya sé que me han hecho ustedes
justicia... despues de muerto.
No era tan feliz mi suerte
cuando vivo...! Con que soy
un angel ahora? Doy
muchas gracias á la muerte.
Ruego á ustedes, pues advierto
que nie va mejor así,
que siempre que hablen de mi
se figuren que estoy muerto.

ANT. (*Ap. á don Lup.*) Pullas, despues que en mil puntos
su elogio hicimos ayer!

Ya no se puede tener
caridad... ni con difuntos.

PAB.

Don Froilan, siento en verdad

decir á un amigo fiel
 que el consabido papel
 no es mi postrer voluntad.
 Es accion muy valadí
 que perdonarse no puede
 el resucitar adrede
 para burlarse de mí. (*Risa general.*)

FRD.

Señores, nada de risas,
 que es sobrada impertinencia
 despojarme de la herencia
 y quedarse con las misas.

ELI.

Agorero ceji-junto,
 justo es que á Dios satisfagan
 herederos que no pagan
 los créditos del difunto.
 Era insigne mala fé,
 riendo de mi abstinencia,
 comerse, amen de la herencia,
 lo que yo economicé.
 No era usted quien merecia
 tanta dicha, alma de Anás,
 Tartufo... No digo mas...
 Por qué...?

MAT.

Por economia.

ELI.

Por vida...

FRD.

Tenga usted calma.

PAN.

Yo las misas pagaré...,
 á no ser que quiera usted
 que se endosen á su alma.
 Lea usted ahora en desquite
 esta carta que Melchor
 me dió...

FRD.

Sí; mi arrendador
 (*Toma la carta, la abre, y la lee para sí.*)
 de la hacienda de Belchite.

ISA.

Qué será! (*Despues de una breve pausa.*)

MAT.

Le tiembla el pulso...

ANT.

Gime...

ELI.

Un color se le va
 y otro se le viene...

FRD.

Ah!

JAC.

Mira al cielo...

LEP.

Está convulso...

FRO.

Cruel, funesta noticia!
 Desventurado de mí!
 Yo esperaba el bien ageno,
 y pierdo el mio! Infelia!
 Me ha arruinado, me ha perdido
 la infame faccion servil!
 Me ha subastado el aceite,
 me ha saqueado el maiz,
 me ha destruido el molino,
 me ha secuestrado el redil!
 A mí, que no me metia
 con nadie... canalla ruin!
 y ni he sido diputado,
 ni prócer, ni alcalde, ni...
 Si hasta los neutrales tienen
 su hacienda y vida en un tris,
 quién quieres, aleve principe,
 que te doble la cerviz?
 Ya es crimen la indiferencia.
 Guerra! Un fusil! Un fusil!
 Traidor don Carlos! la saugre
 siento ya en mi pecho hervir.
 Yo moriré peleando
 ó me vengaré de ti.

ESCENA ÚLTIMA.

LOS PRECEDENTES, *menos* DON FROILAN.

JAC.

Dios mio!

ISA.

Pobre Froilan...!

FAB.

Funesta guerra civil!
 Le está muy bien empleado.
 El cielo castigue asi
 á todo infame egoista
 que á la patria ve gemir
 y ni acude á sus miserias,
 ni la defiende en la lid!
 Volviendo á lo de la boda,
 en buen hora sea mil
 y mil veces. Yo tambien
 me caso.

ISA.

(Ay!)

JAC.

De veras?

- PAR. Si ustedes quieren mañana
á mi contrato asistir...
- ISA. (Mañana...!)
- LAS DAMAS. (A Jacinta, mostrando todas mucha curiosidad.)
¿Quién...
- ANT. (A los caballeros, que forman tambien corrillo.)
¿Quién será...
- MAT. Quien es la novia feliz?
Dime...
- PAB. Son amores póstumos.
No es la novia que escogí
de este mundo.
- MAT. Alguna momia...
- PAB. No. Fresca como el abril.
Flor de mi tumba! por qué
tan tarde te conocí?
- ISA. (Me mira... Ah! Cómo palpita
mi corazón!)
- ANT. Pero en fin...
- JAC. (¿Será Isabel...)
- UNA SEÑORA. ¿No sabremos...
- PAB. Aunque á su gracia gentil
sabe hermanar la modestia,
su nombre puedo decir,
que pues la ofrezco mi mano,
no la alejará de sí
(Isabel no puede reprimir su agitación.)
quien ya me dió el corazón.
- LA SEÑORA. Hacia aquí mira, advertís?
(Aparte á las otras.)
- PAB. Ah! Sí. Ya anuncia mi dicha
en su labio de carmin
la sonrisa del amor.
- LA SEÑORA. (Yo soy! Me ve sonreír...)
- PAB. Y esa mirada... Isabel!
(Acercándose á ella, y presentándole la mano.)
- ISA. Pablo mio!
(Tomando la mano de don Pablo, y reclinando la cabeza
en el pecho del mismo como para ocultar el exceso de
su gozo.)
- LA SEÑORA. (No era á mí!)
(Con un suspiro y abanicándose.)

ANT. LUP. DAMAS. CABALLEROS. Isabel!

MAT. (A Jacinta.)

Era tu hermana!

ELI. (Ya llegó mi San Martín?)

MAT. No dijiste que tu esposa
no era de este mundo?

PAB.

Si.

Muger de un alma tan pura,
cuya virtud sin igual
compite con su hermosura,
es un ser angelical:

no es humana criatura.

Muger de tanta virtud,
muger de amor tan profundo

que en su tierna juventud

se inmolaba... á un ataud...!

no pertenece á este mundo.

Yo, que su ventura anhelo,

ya no me juzgo habitante

de este miserable suelo;

que Isabel me mira amante

y sus brazos son... el cielo!

ISA. Yo que te lloré en la losa;

yo, que con verte, no mas,

me tenia por dichosa,

qué haré ahora que me das

el dulce nombre de esposa?

PAB. Cuán de veras lo mereces!

Dichosa muerte mil veces!

Muérete y verás, Matias...

MAT. Lindo regalo me ofreces!

PAB. Qué dice usted, don Elias?

ELI. Que el mundo es un entremes,
don Pablo.

MAT.

Es cierto.

LUP.

Así es.

ANT.

Para aprender á vivir...

ELI.

No hay cosa como morir...

PAB.

Y resucitar despues.

FIN DE LA COMEDIA.

LA MUJER
DE UN ARTISTA,

COMEDIA EN DOS ACTOS,

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.

— CHICH —
SEGUNDA EDICION.



— CHICH —
MADRID.

IMPRESA DE REPULLÉS.

1840.

PERSONAGES.**ACTORES.**

CLERMONT, pintor.	<i>Don Julian Romea.</i>
MATILDE, su muger.	<i>Doña Matilde Dies.</i>
EL VIZCONDE DE BETHÉL.	<i>Don Pedro Sobrado.</i>
AGUSTIN.	<i>Don Antonio de Guzman.</i>
VICTORINA.	<i>Doña Teodora Lamadrid.</i>

PARIS. -- 1838.

Esta Comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun preciene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 8 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

El estudio del pintor. Cuadros, caballetes &c.

ESCENA PRIMERA.

EL VIZCONDE. VICTORINA.

Viz. **C**ómo! Aun no ha salido Clermont á su estudio?

Vict. No señor: el ama no quiere que baje tan temprano: casi todos los dias se levanta al amanecer, y se está pintando sin alzar cabeza hasta que anochece; y la señora se enfada, y el médico tambien, porque dice que está destruyendo su salud, y muy expuesto á perder la vista.

Viz. Cáspita! cuidado con eso! la vista es de primera necesidad para un pintor... y para un marido, y marido de tan linda muchacha.

Vict. Por lo que hace á la señora, ninguna necesidad hay de que nadie la zele: ella sabe guardarse... y esto os lo digo á vos, que aunque sois algo calavera, conozco que teneis buen fondo, y... en fin, lo que yo os digo es que todos los que la andan al rededor... pierden su tiempo.

Viz. De veras?

Vict. Oh! respondo de ella, como de mí misma.

Viz. Y puedes tú responder de tí misma? Te parece á tí, Victorina, que si uno quisiera tomarse el trabajo...

Vict. Hagamos la prueba... Porque sois un señor vizconde con Jokey, y tilbury, y lente, pensais que podriais conquistarme?

Viz. Por qué no? Pues no te ha conquistado Agustin, el aprendiz de tu amo...

Vict. Dale!

4
Viz. Que anda á pis, y es tan torpe y tan zopenco? Digo, me parece que hay alguna diferencia.

Vict. No sois mal mozo.

Viz. Vamos, desengáñate, que si yo me empeñara... No lo digo precisamente por tí... ni por tu ama, muger de un artista distinguido...

Vict. Mi ama! ya estais fresco! mi ama quiere mucho á su marido, que es jóven, que es amable, que es rico, como lo son ahora todos los artistas. Él con su talento gana mucho dinero.

Viz. Y gasta mas de lo que gana: oh! lo sé de buena tinta; y si tú, Victorina, quisieras hacerme un favor que voy á pedirte, te ofreceria proteger tus amores con Agustin, y darte... (*La abraza.*)

Vict. Qué...? un abrazo! quitad!

Viz. Ha sido una distraccion: estaba pensando en otra muger.

ESCENA II.

DICHOS. AGUSTIN.

Agus. (*Deteniéndose.*) Qué veo! Me suben unos vapores á la cabeza...!

Viz. Oh! aqui está el amigo Agustin! cómo va, futuro Rafael? Se adelanta?

Agus. Me parece que sí, señor vizconde. (*Ap.*) Que me suceda á mí esto!

Vict. Ya venis con lienzos y colores! contenta se va á poner la señora! ya sabeis que nõ quiere que el amo trabaje, que se lo tiene prohibido, porque dice el médico que va á perder la vista, y quiere llevárselo al campo por un par de meses.

Viz. De veras?

Agus. Todo eso lo sé yo tan bien como vos. Y qué tenemos? Yo soy aprendiz de pintor, y no puedo faltar á mi consigna. Me dice el maestro: "Agustin, anda á la droguería:" y voy á la droguería. "Agustin, compra un lienzo de 42 pulgadas:" y compro un lienzo de 42 pulgadas. No hay remedio! (*A Victorina, que se rie.*) Os reis? me gusta! (*Ap.*) Reiros despues de lo que acaba de hacer! Y segun veo, el señor vizconde es inteligente.

Viz. Yo! no entiendo jota de pintura. En el colegio no pasé de narices y orejas.

Agus. Entonces, á qué diablos venís aquí todos los días?

Viz. (Riendo.) Yo...!

Agus. Si señor, vos.

Viz. A verte á tí.

Agus. Pues es capricho!

Viz. (Sentado y contemplándolo.) Tienes unas narices y unas orejas que merecen contemplarse bien; y como ya te he dicho que es de lo único que entiendo...

Agus. Ya sé yo de lo que vos entendeis, señor vizconde. Vaya! un señor con tanto dinero, con tanto boato... yo me entiendo.

Viz. Y qué?

Agus. Si digo que yo me entiendo. Un señor que está abonado á la ópera, adonde van las damas de alto copete, á quienes puede hacer señitas y echar el lente, venirse aquí á quitarle á un pobre su trapillo...!

Viz. Que le ha dado?

Viz. Se ha vuelto loco!

Viz. Se insurrecciona!

Agus. Sí señor! me insurrecciono! me exalto! me levanto en masa! A mí nadie me la pega en mis barbas... en mis narices...! ya que entendeis de narices. (Agarrando el tiento.)

Viz. Ha perdido el juicio!

Viz. Insolente! no sé cómo aguanto... (Levanta el baston. -- Aparece Clermont en traje de pintor, con su gorro griego, y se coloca entre los dos, sirviéndose de su paleta como de un escudo.)

ESCENA III.

DICHOS. CLERMONT.

Cler. El cuadro de las Sabinas! exactamente. Gloria á David!

Viz. Oh! buenos días, querido Clermont.

Cler. Salud al mas amable de los vizcondes. (Dirigiéndose á Agustín.) Cómo es eso! tú enristras la lausa contra un caballero francés, y conviertes mi estudio

en un palenque! Zopenco! si al menos te pusieras en actitud... ese brazo adelante, esa pierna atras... Eh! anda á moler color.

Agus. (Yéndose al fondo.) Si pudiera yo moler...

Cler. Y á qué debo, querido vizconde, el honor de esta visita tan de mañana?

Viz. Ya sabéis que yo protejo las artes.

Cler. A fuer de gran señor.

Viz. Y sin entender una palabra.

Cler. (Riendo.) Pues eso quise decir.

Viz. Verdad es; pero los artistas... oh! los artistas son mis amigos, mis camaradas, y siempre que puedo serles útil...

Vict. (Sentada en el fondo haciendo labor.) Haya truan!

Viz. Ante todas cosas, quiero encargáros un cuadro.

Cler. Bravo!

Viz. Pero con una condicion. Dicen que necesitáis respirar el aire del campo, y quiero que os vengais á mi quinta... seis leguas de aqui... una posesion deliciosa.

Cler. Y mi muger?

Viz. Viene con nosotros.

Cler. No hay mas que hablar. Acepto.

Vict. (Levantándose.) Pero, señor...

Viz. Y tú tambien, Victorina: no te apures, vendrás con tu señora.

Agus. Se puede sufrir esto!

Cler. (Volviéndose.) Hombre! qué buena actitud! estate así un poco.

Agus. Pero, señor...

Cler. No te muevas! ese brazo levantado; con mucha gracia! Aguarda... me servirás para mi Francisca de Rimini.

Agus. Yo haré de Francisca?

Cler. No, majadero. Tú estarás aqui... no ves ese caballo blanco?

Agus. (Con enfado.) Yo no quiero hacer de caballo.

Cler. No, hombre! harás del esclavo que lo tiene de la brida, mientras Paolo se despide de su amada. (*Le pone los dos brazos en alto.*) Es una cabeza de estudio, y tu cara muy á propósito! estúpida, salvaje, perfecta! No te muevas.

7
Viz. (Que mira un retrato.) Qué bien está! Pero calla!
yo conozco esta cara!

Cler. Sí?

Viz. Sin duda. Aunque la he visto pocas veces... en casa de mi abuela la baronesa... hace ya muchos años... Era un señor muy vano y engreido con su nobleza... el baron de Saint-Dizier.

Cler. El mismo es.

Viz. Y cómo se halla aquí?

Cler. Como retrato de familia: es mi padre político.

Viz. Vuestro padre político! el baron de Saint-Dizier! de la mas antigua nobleza de Francia! Y vos...

Cler. (Pintando.) Hijo de un aldeano, de un labrador, y que desde muchachuelo me divertia en dibujar con carbon en las paredes del pueblo caballos y borricos.

Agus. (Dejando la postura.) Vaya!

Cler. Estate quieto! Llegué á Paris á pie; me acomodé en un sexto piso... famoso cuarto! cuarto de artista... próximo á los cielos! Cinco años despues, ya estaba andando camino de Roma, con el primer premio de pintura... Ah! qué tiempos aquellos! sin un cuarto en el bolsillo, pero con la imaginacion llena de gloria... y el corazon de amor!

Viz. Enamorado ya!

Cler. Y á no ser así hubiera obtenido el primer premio! El baron de Saint-Dizier me mandó llamar para que diese leccion á su hija... hermosa criatura! apenas tenia quince años... y á fuerza de verla todos los dias...

Viz. Os declarásteis á ella?

Cler. Jamas! nunca le dije una palabra; pero... gané el premio! Fui á Roma, trabajé, volví con aquel cuadro... ya os acordais... le visteis en la esposicion...

Viz. Magnífico! todo Paris le admiró.

Cler. Me lo compró el rey; y ademas otros muchos cuadros... En fin, me hallé en poco tiempo con cincuenta mil francos de ganancia, y con eucargo de pintar cuadros que debian valerme otro tanto: con fama, con amigos... Pues señor, vóime á casa del baron de Saint-Dizier, y sin andarme en rodeos le pido su hija.

Viz. Y qué?

Cler. (*Pensando.*) Me mandó cobar á la calle.

Viz. Es posible!

Cler. (*A Agustín, que se cansa de la postura.*) Hombre! quieres estarte quieto! No sé qué tiene este maldito lienzo; se opurece todo de una manera... apenas distinguo los colores.

Viz. Con que, adelante.

Cler. Pues, como iba diciendo, aquello me llegó tan al alma, que estuve dudando si pegarme un tiro, ó trabajar mas: el último partido era el mas duro, pero el menos cobarde, y lo adopté: me fuí á Rusia. A mi vuelta, las cosas habian mudado de aspecto: el baron de Saint-Dizier, desgraciado en sus especulaciones, habia muerto arruinado y lleno de deudas. Ah! bien hice en no matarme! Yo traía de Rusia muchos miles de rublos... muchos, muchos! Con que pagué todas las deudas del baron, y en seguida me presenté á su hija, y sin decirle una palabra de lo que acababa de hacer por el honor de su padre, le confesé que la amaba, le conté todo lo que habia sufrido; y ella... á pesar de su ilustre cuna, de su elevado rango, consintió en dar su mano á este pobre artista. Oh! para vosotros los nobles es esto un gran sacrificio! Yo he comprendido todo su valor; y para que sea tan feliz como merece, aqui me teneis desde por la mañana hasta por la noche sin soltar los pinceles.

Viz. Pues...! matáduos, perdiendo la vista por instantes.

Cler. Ah! soy tan feliz, amigo vizconde! Mi muger...! mi muger y mi hijo...! cuando me siento cansado pienso en ellos, y late con mas fuerza mi corazon, mi mano se reanima, y el pincel corre por sí solo... (*A Agustín, que se ha acercado á escuchar.*) Qué haces aqui, majadero? A tu caballo, á tu caballo, que se escapa: vamos! brida en mano!

Agus. (*Volviendo á su actitud.*) No hay miedo! ya lo tengo agarrado!

Cler. Bien...! así!— Ahora estoy inspirado! solo con hablar de mi Matilde...

Viz. Sabéis que el cuadro está adelantado? (*Victorina entra en la habitacion de Matilde.*)

Cler. Como que pienso acabarlo antes que concluya el mes.

Viz. Mucha prisa teneis que daros, porque hoy estamos á 25.

Cler. (Con sorpresa.) A 25! de veras?

Viz. Sin duda alguna.

Cler. (Con desaliento, dejando de pintar.) Dios mio!

Viz. Qué teneis?

Cler. Nada, nada... A 25! Agustín, dame la ropa: voy á salir.

Agus. Ahora dejais el trabajo... cuando estabamos inspirados!

Cler. Ya no lo estoy. (Ap.) A 25! Cómo es posible que estemos hoy á 25? trabajando de dia y de noche, sin levantar cabeza... se me pasan los dias sin sentirlo, y... Ah! despacha, mi ropa: tengo prisa.

Viz. Os llevaré en mi cabriolé.

Cler. Mil gracias...

Viz. Tengo que ir á almorzar con mi tia la duquesa de Orvigni... en la calle de Tournon. Es ese vuestro camino?

Cler. Mi camino... (Ap.) Ah! dónde he de ir? yo no sé quién es la persona á quien se ha endosado la letra.

Mut. (Dentro.) Lleva esa ropa al estudio de tu amo.

Cler. Oigo la voz de Matilde... aqui viene. (A Agustín, que sale con la ropa.) Vuelve á llevarte la ropa: ya no salgo: voy á seguir pintando. Vos, querido vizconde, no os detengais por mí.

Viz. Cómo!

Cler. La duquesa os aguarda; pero si os fuere posible, despues del almuerzo llegaos por acá un instante... os diré cierta cosa... un favor que tengo que pedir.

Viz. Ahora mismo.

Cler. No, no... no quiero que mi muger lo sepa.

Viz. Pues bien, volveré. (Ap.) Bravísimo! voy á ser confidente del marido!

Vict. (Saliendo con un vaso de flores.) La señora viene.

Cler. (Aparte al vizconde.) Es un secreto...

Viz. Nada deseo tanto como poder probaros mi amistad.

Volveré pronto. A Dios.

Cler. A Dios. (Vase el vizconde.)

ESCENA IV.

DICHOS. MATILDE.

Cler. (Yendo á su encuentro.) Buenos dias, Matilde mia. Cuánto te agradezco que vengas á inspirar con tu presencia al artista!

Mat. Al contrario, vengo á impedir que continúe, porque hace ya mucho rato que trabaja.

Cler. Yo? Si no he pintado nada: no he hecho mas que hablar... hablar de ti.

Mat. (Sonriendo.) Con quién?

Cler. Con el vizconde de Rethél.

Mat. (Mudando de tono.) Qué! es el que acaba de salir?

Agus. Aqui pasa todo el dia.

Cler. Es tan apasionado á las artes!

Agus. Y á otras cosas. (Mirando á Victorina.)

Mat. Cómo!

Agus. No hace nada de tiempo que le pillé aqui... haciendo la corte á la señora Victorina. Si señor! quiero decirselo á la señora.

Mat. Cómo! Victorina...!

Vict. Señora, yo os contaré lo que ha sido.

Mat. Bien. Agustín, di que sirvan el almuerzo.

Agus. Voy, señora. (A Victorina.) Eh! es una picardía engañar así á un hombre como yo, que iba con buenos fines, por otro que solo trata de... Voy, señora, voy. (Vase.)

ESCENA V.

CLERMONT. MATILDE. Despues VICTORINA.

Cler. Este se ha vuelto loco! El vizconde ha venido á convidarnos á ir á su quinta por unos dias.

Mat. Y has aceptado?

Cler. Por supuesto: ademas, me ha encargado un cuadro, que me pagará bien.

Mat. Y qué falta nos hace...? no lo pasamos bien...? hasta con lujo... demasiado tal vez?

Cler. Nada de eso: un artista en este siglo debe vivir con lujo: así se hace notar el progreso de las artes y las luces. Tenemos gran casa, gran mesa, coche...

Yo gano mas que quiero; justo es que trate de proporcionarme placeres... y mi mayor placer es verte hermosa.

Mat. Qué locuras! A qué venia aquel aderezo que me compraste el otro día?

Cler. Era indispensable. Tenias que ir á aquel concierto, donde debias cantar... Ah! qué voz! qué espression! qué maestría! aplaudian todos con tanto entusiasmo...! menos yo, que estaba alli en un rincon sin saber lo que me pasaba.

Mat. Sí, sí, aplausos de sociedad!

Cler. Ah! no lo creas. Yo oía decir á todos „ empezando por el vizconde de Rethél: “Qué voz! no hemos oido ninguna que se le parezca: qué lástima que no cante en el teatro!” Si ellos supieran tu génio! si vieran el mal rato que pasas por tener que cantar solamente una pieza delante de algunas personas! Y por eso tal vez no has querido volver, á pesar de haberte convidado tantas veces.

Mat. Son fiestas muy caras para nosotros.

Cler. Qué disparate! caras! no hay nada caro para tí. No estan aqui mis pinceles? Qué te hace falta? qué deseas? un traje? un palco abonado en la ópera? habla, y lo tendrás al instante. Con pintar un cuadro, ó hacer un par de retratos, ya estamos listos. Y hay quien tiene á menos al artista que gana su fortuna y su independenciam con el pincel ó la pluma...! y saludaria con respeto al que se hubiera enriquecido estafando al Estado, ó robando en la bolsa.

Mat. No; pero merece reprehension el que abusa inútilmente de su salud y de sus fuerzas. Y lo que exijo es que rebuses el convite del vizconde de Rethél... que, dócil á los consejos del médico, cuides de tu vista, que se va debilitando por dias: en fin, que dejes de trabajar.

Cler. Si... muy pronto; pero todavía no.

Mat. No tenemos ya nuestra suerte asegurada? así me lo has dicho, al menos, mil veces.

Cler. Ciertamente. (*Llaman. — Ap.*) Oh! Dios! si será... (*A Matilde.*) Nada tenemos ya que temer; estamos á cubierto de cualquier reves. (*A Victorina, que sale.*) Si me buscan, que pasen á la sala.

Vict. No señor... es la modista.

Cler. Ah! es cierto... traerá la cuenta; pero ahora... tengo que trabajar.

Mat. Dile que vuelva mañana.

Cler. Sí; mejor será; no tengo ahora gana de...

Mat. Di al mismo tiempo que no reciban á nadie.

Cler. Tienes razon; á nadie... escepto al vizconde.

Mat. Cómo! va á volver?

Cler. Sí... me lo ha prometido.

Vict. Como el amo le dijo que tenia que pedirle un favor...

Mat. Un favor!

Cler. (*Impaciente.*) Que está esperando la modista: vamos, es cosa de tenerla ahí, por estar charlando?

Vict. Voy, señor, voy... (*Ap.*) Nunca lo he visto tan enfadado! (*Vase.*)

ESCENA VI.

CLERMONT. MATILDE.

Cler. Estas criadas son lo mas charlatan... en todo se meten: y esta...

Mat. Es mi ahijada.

Cler. Sí, pero...

Mat. Muy buena muchacha... de toda mi confianza:

Cler. Enhorabuena; pero al fin... es criada.

Mat. (*Riendo.*) Es decir... habladora.

Cler. Es decir... criada.

Mat. Pues bien, ya que ella, cediendo á su naturaleza mugeril, ha dicho... lo que ha dicho, el mal está hecho; pero yo quiero aprovecharme de su indiscrecion para preguntarte, querido mio, qué favor es ese que le ibas á pedir al vizconde?

Cler. Nada... se trata de un cuadro original, un *Pablo Veronese*, que tiene él, y que yo queria ver.

Mat. Oh! no: para eso no hubieras hecho misterio conmigo.

Cler. Pues bien, es cierto... Eran detalles artisticos... cosas que tú no debes saber.

Mat. No insistiré mas; pero yo tambien quiero pedirte un favor.

Cler. Y cuál?

Mat. Que no lo vuelvas á pedir favores al vizconde; que no los admitas de él; y sobre todo que no vayamos á su casa de campo.

Cler. Y por qué?

Mat. (Sonriendo.) Oh! son detalles domésticos... cosas que tú no debes saber.

Cler. (Poniéndose á pintar.) Hola! tomas la revancha! darás acaso fundamento á eso que ha dicho el majadero de Agustin?

Mat. No es solo Agustin...

Cler. El vizconde hacer cocos á la pobre Victorina! un señorito del gran tono, que anda siempre enredado con duquesas y condesas... yo lo sé... él mismo me lo ha contado.

Mat. De veras?

Cler. Me lo cuenta todo. Oh! los grandes y los artistas son siempre amigotes! Me ha contado cosas...! (Riendo.) dos maridos que lo quieren con un extremo...! sin sospechar...

Mat. (Riendo.) Dos!

Cler. Dos.

Mat. Te equivocas.

Cler. No tal.

Mat. Lo menos son tres.

Cler. Él me ha dicho dos.

Mat. Pues yo te digo que conozco al tercero... cosa particular! que está pintando en este momento.

Cler. (Dejando caer el pincel.) Cómo! sería...?

Mat. Sí, migo mio, sí... ya que me obligas á decirlo; y Dios sabe que mi intencion era que lo ignorases siempre.

Cler. Se atreverá á hacerte la corte?

Mat. Un mes há que no hace otra cosa: ahí tienes por qué me he negado á volver á esas sociedades, á esos conciertos de que hablabamos antes.

Cler. A pesar de los aplausos!

Mat. Esos aplausos son harto peligrosos. Y tú empeñado en que no faltara, particularmente á los ensayos todas las mañanas.

Cler. Es verdad! cuántas veces te he instado, te he molido... "muger, que ya es tarde: muger, que te es-

tan esperando." Ah! los maridos... serán siempre maridos!

Mat. (Alargándole la mano.) No...! cuando son amados.

Cler. Y yo...! aqui en mis barbas, y sin ver nada...!

Mat. Bien te decia yo que ibas perdiendo la vista. Y ahora me creerás?

Cler. Sí, Matilde mia; te creeré siempre.

ESCENA VII.

DICHOS. VICTORINA.

Vict. El señor vizconde sube la escalera.

Cler. Hola! esto es demasiado!

Mat. Cuidado que se te escape una palabra que pueda comprometerme con él: tú debes ignorar esto.

Cler. No tengas miedo: los maridos, cuando no estan en antecedentes, suelen ser pesados; pero cuando saben lo que pasa... tienen la mejor pasta del mundo! con ellos no se corre peligro.

ESCENA VIII.

DICHOS. EL VIZCONDE.

Viz. Ya veis, querido Clermont, como he despachado por vos el almuerzo de mi tia; y aun hubiera venido mas pronto, á saber que habia de hallar aqui á vuestra linda esposa.

Cler. (Ap.) Pues... esto es lo que le decia todos los dias: y yo...!

Mat. No tiene nada de extraño hallarme en el estudio de mi marido.

Viz. No, ciertamente. Y desde que he sabido esta mañana que la esposa del famoso artista es la hija del baron de Saint-Dizier, se ha aumentado, si es posible, el respeto y el cariño que os profeso.

Cler. (Ap.) ¡Arista! (Tarareando y dibujando en un lienzo.) Tra la... la... la...

Viz. Y vos, señora, no dejéis de hermosear con vuestras gracias, con vuestra divina voz, las reuniones de Paris. (*Clermont tararea.*) Qué buen humor tiene hoy el amigo Clermont!

Cler. Sí, eh?

Viz. Señal de que se siente mejor. Qué será cuando haya pasado unos días en el campo... ya os habrá dicho que os venís conmigo?

Mat. Yo temo abusar de vuestras bondades.

Viz. Abusar! para mí es la mayor felicidad emplearme en obsequio vuestro: disponed de mí, de cuanto yo valgo, si alguna vez puedo seros útil.

Cler. Poco á poco, poco á poco, amigo visconde: vos no habeis venido aqui á hacer el favor á mi muger, sino á mí.

Viz. (Sonriendo.) Es cierto.

Cler. Vos sin duda habeis creido que, no constituyendo el marido y la muger mas que una sola persona, era igual?

Viz. Con corta diferencia (A media voz.); y como yo creia que el favor de que me habeis hablado era un secreto entre los dos...

Cler. Tal me propuse; pero luego he reflexionado que no teniendo mi muger secretos para mí, no debia yo tampoco tenerlos para ella: no os parece? asi debe ser en todo buen matrimonio; y el favor que os queria pedir era un consejo.

Viz. Un consejo? hablad: es lo que se da en el mundo con mas facilidad.

Cler. Vos sois apasionado á las artes, (Mirando á Matilde.) y á todo lo que les pertenece, y quiero consultaros acerca de un cuadro que debo empezar hoy: un cuadro de familia... una escena doméstica.

Viz. Oh! son los que mas me gustan; y francamente, algo entiendo de eso.

Cler. Tanto mejor. Pues señor, yo escojo para mi cuadro el momento en que un pobre diablo de marido, muy sandio y muy bonachon, como la mayor parte de ellos, descubre que un buen amigo que lo visita... es muy amigo suyo... demasiado amigo... ya me entendéis?

Viz. Perfectamente! Y cómo lo ha descubierto?

Cler. Eso no importa, hombre! en un cuadro no se explica el cómo: se presenta la escena y las principales figuras. Por ejemplo, aqui el marido... asi... una fisonomía de evangelista... parada... atónita... y un

pequeña estúpida... porque todas lo son en semejante ca-
sa. -- La amiga... Allí... aire de nobleza y dignidad...
Alocución llena de expresión... está un poco turbada...
sus facciones respiran candor é inocencia... y un ei-
so que es de inquietud. Pero lo que veo no veo es la
figura del galán: (Sorpresa del vicario.) sea así que
es admirable: la tengo aquí... la estoy viendo... un
poco desconcertada... inquieto... sin saber qué postu-
ra guardar: veo en su cara tintas blancos, tintas ro-
jas: pondré un poco de sombra... y nada de amaril-
lo... voy a parecer un conspirador... buena ca-
baza! (Mirando á Victorina, que ris por lo bajo.) Y
detrás, en segundo término, una criadita que se cou-
rio malignamente, fingiendo que limpia una silla.
Este como episodio: como detalle... entendedis? será
grabado.

Vic. (Acercándose.) Sí... muy gracioso.

Vic. (Acercándose.) Señor...!

Mat. (Levantándose.) Querida...! (Estos tres movimien-
tos se harán á un tiempo.)

Cler. (Con viveza.) Quietos, quietos; no os movais! Ca-
cuálmente os vais colocados del modo mas exacto para
mi objeto. Bien! ya tengo mi cuadro! permaneced en
esa postura, y no hago mas que copiarlo del natu-
ral.

Vic. Perfectamente! amigo Clermont, lo comprendo
muy bien: el efecto será admirable!

Cler. Poco á poco. El cuadro no está acabado... y ahora
es justamente queria pedirvos vuestro parecer.

Vic. Sobre el modo de acabarlo!

Cler. Precisamente.

Vic. Puede ser de varias maneras: por ejemplo, el ami-
go, viéndose poner en ridiculo, puede indemedarse
y pedir una satisfaccion.

Cler. (Dejando la paleta.) Sin demora!

Mat. (Poniéndose de lado.) Caballero!

Vic. Pero eso sería mezquino, de mal tono. Mejor me
parece suponer al amigo un jóven de buenas senti-
mientos; amigo, sí, de galanteo á las damas, pero
dispuesto, cuando no ha podido obtener favores de
una, á castigarla con otra.

Mat. (Aparte.) Bien!

Viz. Y que lejos de guardar rencor á las que lo han desdenado, sabe respetar en ellas la virtud, el nacimiento, la hermosura... Hay mas: yo quisiera que el tal se vengara del marido por medios generosos.

Cler. (Con viveza.) Cómo?

Viz. No sé precisamente... á ver; esto puede ser que os venga al caso. Supongamos que el marido aparenta ser rico, y sin embargo está algo apurado... que gasta mas de lo que gana.

Cler. (Queriendo hacerle callar.) Señor visconde...

Viz. Que ha firmado algunas letras que estan en circulacion... una principalmente de seis mil francos, la cual debe pagar el dia 25.

Mat. Es posible!

Cler. (A Matilde.) No lo creas... no es cierto!

Viz. Aquí está. (Sacando la letra.)

Cler., Mat., Viz. (Asombrados.) Cielos!

Viz. (Contemplando su actitud.) Quietos...! no os movais...! Hé aqui un cuadro que en su género vale tanto como el otro. Eh? qué os parece? El asunto es magnífico... mirad las figuras. Oh! si yo supiera pintar, haria un hermoso cuadro... sin mas que copiarlo del natural!

Cler. Señor visconde, esa letra...

Viz. Me ha sido endosada.

Cler. (Con viveza.) Pues yo no quiero deber nada á nadie: la pagaré... la pagaré mañana... hoy mismo...

Viz. Cuando gusteis. (Rompiéndola.) Ya nadie os la podrá presentar. (Saluda á Matilde y se va.)

Mat. (A Victorina.) Anda, cierra la puerta; que nadie entre.

Cler. (Aparte cayendo sobre un sillón.) Ah! se ha vengado cruelmente!

ESCENA IX.

CLERMONT. MATILDE.

Mat. (Acercándose á Clermont.) Ah! me has engañado!

Cler. Matilde...! vida mia...! perdóname!

Mat. A mí sola es á quien no puedo perdonármelo!

Cler. No creas que ha sido por desorden, ni por mala conducta: yo no gasto nada... yo no necesito nada...

yo estoy acostumbrado á las privaciones, á la miseria: una cama, una silla, el caballete... un artista no necesita más muebles.

Mar. Y entonces, de qué son esas deudas, ese gasto loco!

Cler. Ah! yo tenía mis razones...

Mar. Cuáles? habla... vamos, confíesemelo todo!

Cler. Matilde! querida mía! tú me hiciste tan feliz dándome tu mano...! y yo no quise que mi felicidad te costara jamás el menor disgusto: tú te habías criado en el lujo, en la opulencia; yo no quería que mudases de posición, y he hecho los mayores esfuerzos para que no halláras una notable diferencia entre la casa de tu marido y el palacio de tu padre.

Mar. Cómo! por eso te levantabas antes de amanecer, y trabajabas á veces hasta la noche?

Cler. Porque tuvieras esa linda carretela, esa elegante habitación.

Mar. Por eso!

Cler. Sí: yo te veía lucir, y excitar la envidia de muchos, y me llenaba de orgullo, y decía entre mí: "Creyeron que casándose conmigo se iba á oscurecer... Pues no." Y mis sueños llegaban hasta ambicionar hacerte baronesa ó condesa. Sí, Matilde: hoy el talento lo alcanza todo...! y que al contemplar tu fausto, dijeran: "Es aquella la muger de algun grande? No: es la muger de un artista."

Mar. Y por eso destruías tu fortuna y tu salud!

Cler. Qué quieres? otros se arruinan por sus queridas; yo... mi querida es mi esposa: es mi vida, es mi amor!

Mar. Tu amor! y tan triste idea formabas del mío? Crees que al unirme á ti no supe que asociaba mi suerte á la de un artista? buena ó mala, yo la reclamo tal como es, tal como debe ser: mi deber y mi felicidad consisten en participar de ella. Ea, pues, desde hoy reforma completa: basta de lujo y de despilfarro: orden, economía: yo me encargo de ello. Mi marido y mi hijo ocuparán toda mi atención: amarlos y hacerlos felices será mi única ocupación y mi orgullo y mis placeres. Si señor, porque yo soy muger de un artista, y no muger de un grande.

Cler. (Quiriendo reprimir sus lágrimas.) Matilde! esposa mía! yo he hecho mal...!

Mat. Muy mal! pero por fortuna todo tiene remedio.
Cuánto debemos?

Cler. Entre todo... veinte mil francos.

Mat. Mucho es.

Cler. No es nada... yo los gano en dos meses.

Mat. No lo permito: en un año, ó año y medio...

Cler. No, Matilde.

Mat. Digo que sí: yo mando ahora.

Cler. Bien, como quieras: en un año...

Mat. Entre tanto venderemos la carretela, los caballos,
y mi aderezo de brillantes.

Cler. No... todo lo demás, menos eso.

Mat. Eso lo primero; porque es preciso pagar mañana
mismo al vizconde, que se ha portado noblemente
con nosotros.

Cler. Es verdad!

Mat. La letra no existe: le debemos bajo nuestra pala-
bra, y por lo mismo es preciso pagar al instante.

Cler. Tienes razon. (*Suspirando.*) A Dios, carretela!

Mat. (*Festiva.*) Andaremos á pie! Tú me darás el
brazo...

Cler. Sí, sí...! y todos se pararán á mirarte y esclama-
rán: "qué linda es!" Sí, sí... en carretela nadie te
veía.

Mat. Nadie! los caballos iben tan deprisa...!

Cler. Y qué hermosos caballos! En fin, tenemos facres
y omnibus...

Mat. Despediremos los lacayos.

Cler. Bien, así tendremos menos testigos.

Mat. Y cuando nos sentemos á la mesa no habrá quien
nos observe.

Cler. Y nos impida mirarnos.

Mat. Tendremos completa libertad.

Cler. Es mucho mejor! Y luego, á medida que vaya-
mos pagando nuestras deudas, iremos gastando.

Mat. Iremos ahorrande.

Cler. Para nosotros.

Mat. Para nuestro hijo.

Cler. Es verdad!

Mat. Yo, para que no turbára por las noches tu sueño,
he renunciado al placer de criarlo, le he alejado de
nosotros.

20
Cler. Cómo me por mí y tú me decías que convenia á tu salud, que el médico lo mandaba...

Mat. Pero hoy vuelve á casa; le estoy esperando.

Cler. Ah! qué placer me causas! cómo voy á trabajar!

Mat. Al contrario: en celebridad de su venida descansas hoy; saldremos juntos; á pie, para irnos acostumbrando, y te hará provecho!

Cler. Castigo...! sí, sí, mucho!

Mat. Tomaremos un cuarto mas ventilado que este.

Cler. Mas grande.

Mat. No... mas alto, y con pocas habitaciones: así no podremos menos de estar juntos todo el día.

Cler. Ah! qué placer! qué felicidad! para qué queria yo riquezas, teniendo una muger así! Ah! este día es el mas dichoso de mi vida!

Mat. Sí, sí... abrázame! voy á ver si me traen mi hijo: en cuanto llegue te avisaré.

Cler. Oh! Cuánta ansia tengo por verlo! si casi no lo conosco: hace tanto tiempo que se separó de nosotros... y era tan hermoso! qué gozo me va á causar el verle! ah! no volverá á separarse de mí!

Mat. Vístete pronto; y cuidado con trabajar hoy! me lo prometes?

Cler. Sí, sí! A Dios, Matilde mía! A Dios, vida mía!

ESCENA X.

CLERMONT solo, vistiéndose.

Y habria hombre en el mundo que no se dejara matar por una muger así! Tiene un modo de arreglar las cosas que... vamos! sobre que hace de manera que sea yo hoy el hombre mas feliz de la tierra, hoy que me veo arruinado! Verdad es que estar á su lado todo el día, salir con ella del brazo... esto vale mas que todas las riquezas imaginables! (*A medio vestir, mirando su cuadro.*) Y empeñada en que no trabaje. Quizá tiene razon: yo necesito descanso, es verdad! pero con los brazos cruzados no se pagan las deudas: veinte mil francos! dinero es! y se me figura que algo queda en el tiastere... sí; la cuenta de la medista, y el aderezo: pues no es nada! falta el rabo por de-

collar! (*Va á mirar por la cerradura, y vuelve de puntillas.*) No está aquí: bueno! un par de toquecitos al cuadro. (*Mirándolo.*) Mi Francisca de Rimini! Caramba si está bien! Cuando se coloque en la primer sala me dará honra... y provecho: podré comprarle á mi Matilde una casa de campo, poqueñita, modesta... y con una tartana se va y se viene cómodamente: allí tendremos cuadra para el caballo, y puede ser que quede sitio para tener un par de vacas... etcetera. (*Trabajando.*) Bien! magnífico! este toque ha sido feliz! — Y mi hijo! mi hermoso Ricardo! pobrecillo! Oh! á ese lo he de criar como un príncipe! Ah! cuando pienso que hoy, que ahora mismo lo voy á ver...! (*Deteniéndose.*) Es cosa singular, se me desvaneco la vista de una manera...! Ya pass: no es nada. Y quisiera acabar de dar esta tinta antes que me faltase la luz: está hoy el dia tan oscuro! (*Llama.*) Agustín! Agustín! nunca ha de estar aquí este majadero!

ESCENA XI.

CLERMONT. VICTORINA.

Vict. Habeis llamado, señor?

Cler. Quién? ah! eres tú, Victorina?

Vict. Yo, que os venia á dar un pliego que acaban de traer: mirad qué sello tan grande tiene.

Cler. (*Acercándose mucho á los ojos.*) Calle! el sello real! es de palacio! A ver, descorre bien las cortinas: no entra hoy luz por esa ventana. (*Leyendo con trabajo.*) "Su magestad... su magestad... de... deses..." Se ha hecho moda escribir de una manera, que ni el demonio...! Maldito si pueda leer una palabra! (*Á Victorina.*) A ver si tú aciertas...

Vict. (*Tomando la carta.*) Está muy claro: si parece letra de molde. (*Leyendo.*) Dios mio!

Cler. (*Que ha ido á su cuadro.*) Qué es eso?

Vict. Es de parte del rey: viene firmado por el ministro!

Cler. Lee pronto.

Vict. Os encarga un cuadro para la Magdalena, y otro para la galería de Versalles.

Cler. (Lleno de gozo.) Dos cuadros! (Llamando.) Matilde! (A Victorina.) No, no; calla, calla; quiero sorprenderla. Un cuadro para Versalles! otro para la Magdalena!

Vict. (Leyendo.) Y es de veinte mil francos por cada uno.

Cler. (Dando un grito.) Oh!!! qué me dices! cuarenta mil francos!

Vict. Sí señor.

Cler. Pagaré todas mis deudas...! ya no venderemos la carretela: mi Matilde no andará á pie. -- Ah! fortuna... Y estos cuadros los haré en un año. Si! trabajando bien no necesito mas que un año! (Con entusiasmo.) Ah! qué arte! qué riqueza es el pincel! riqueza que nadie nos puede arrebatarnos! riqueza que da gloria é independencia! Con el pincel en la mano, desafié al mundo, á la suerte, á la adversidad... al cielo mismo! (Volviéndose á Victorina.) Victorina, has decorrido las cortinas?

Vict. Sí señor.

Cler. Si? pues abre la ventana, porque no veo.

ESCENA XII.

DICHOS. AGUSTIN.

Agus. (Saliendo.) Me llamábais, señor?

Cler. Me gusta! media hora hace que te estoy llamando, pícaro!

Vict. (Esforzándose á abrir la ventana.) Llegais á tiempo, Agustín: á ver si abris esta ventana, que yo no puedo.

Agus. Qué idea! y para qué?

Cler. (Pintando.) Para que haya luz, tonto!

Agus. (Abriendo la ventana.) Para que haya mas luz... Corriente.

Cler. (Dejando de pintar.) Maldita tinta! vaya! seguramente es muy tarde; va á anochecer sin duda: deséjale por hoy.

Vict. Anochecer! Señor...!

Agus. Qué estais diciendo? Pues si hace un sol que quita la vista!

Cler. (Tirando el piscol y adelantándose al medio de la escena.) Qué es esto! qué es lo que me pasa! todo se desvanece, todo se oscurece á mi vista! no veo mas que sombras: apenas distingo... Agustín, Victorina, dónde estais?

Vict. Aquí, á vuestro lado!

Agus. Aquí, señor: os estoy tocando las manos.

Cler. Matilde! esposa mia! Llamadla. Qué noche! qué oscuridad! No, vosotros me engañais. Si Matilde estuviera aqui yo la veria: no me cabe duda. Solo á ella quiero creer!

Vict. Señora...! ah! aqui viene!

Cler. (Queriendo dirigirse hácia Matilde.) Matilde! Matilde!

ESCENA XIII.

DICHOS. MATILDE, con su hijo de la mano.

Mat. (Apreurada.) Mira, Clermont! mira, ya ha llegado: aqui le tienes: mira qué hermoso!

Cler. Mi hijo!

Mat. Sí... mirale!

Cler. Mirarlo! Mi hijo!! Matilde, dónde estás?

Mat. (Sorprendida.) Qué pregunta! aqui, á tu lado.

Cler. Aquí! (Le toma la mano, clava los ojos en ella, y da un grito.) Ah! Dios mio! soy perdido! se acabó! (Abrazándolos con delirio.) Matilde! hijo mio! ya no os veo! estoy ciego!!! (Cae en sus brazos: ella da un grito y sostiene á Clermont. — Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala elegante. — Puerta en el fondo. — A la izquierda dos puertas. — A la derecha una puerta y un balcón. — Una papetera á la derecha. — Una mesa á la izquierda, y á su lado el sillón de Clermont.

ESCENA PRIMERA.

CLEMONT en su sillón. VICTORINA leyendo un periódico.
MATILDE á la derecha cabizbaja y reflexiva.

Cler. **V**amos, Victorina, lee tú, porque Matilde debe estar cansada.

Mat. (*Volviendo en sí.*) Yo? no, querido, no lo estoy!

Cler. Sí, sí; y es natural. En un año que llevo de hacer el *Belisario*, ó el *Edipo*, no solamente has sido mi *Antígona*, sino también mi lectora cotidiana, lo cual es un poco pesado: y digo! con las novelas del día! *bernas*, *pañales*, *tósigos*, *brujas*; y dale, y vuelta... Oh! eres un modelo de amor conyugal!

Mat. De veras?

Cler. No me sorprende! Siempre dije yo que eras tú capaz de todo por mí.

Vict. En verdad, señor, que no entiendo cómo puede estar siempre tan alegre!

Cler. Y por qué he de estar triste? porque he perdido la vista? el llorar no me la había de volver; al contrario! Ya he tomado mi partido, y estoy... como están todos los ciegos; alegres como una pascua. — Y es tan clara! no ven la realidad, y su imaginación se embellece todo! su vida es una continua ilusión! todo lo que les rodea es siempre nuevo, fresco y brillante: las mugeres que ellos aman tienen siempre veinte años: para ellos los árboles nunca se despojan de su verdor: en fin, es una dichosa ficción, un sueño continuo, de que no se despierta jamás! — Yo por

mi parte, confieso que le encuentre tantas ventajas! (Tomando la mano de Matilde.) y luego hay aqui quien cuida tan cariñosamente al pobre ciego...! con tanta bondad...! con tanto amor...! que no sé si ganaria recobrando la vista.

Vict. De veras?

Cler. Haz la prueba.

Vict. Muchas gracias! prefiero tener mis ojos corrientes.

Cler. Por coqueteria! porque son bonitos.

Vict. No; porque son buenos.

Cler. Hola! pues si son buenos, léeme ese periódico, vámonos! Matilde, dónde estás?

Mat. Aqui... á tu lado.

Cler. Ah! sí... temia que te hubieses marchado.

Vict. (Leyendo.) "Política interior. -- Cámara de los diputados..."

Cler. Pasa, pasa adelante. La política... no es nada divertida.

Vict. (Leyendo.) "Noticias extranjeras." Ah! aqui hay una cosa que os debe interesar. "El doctor Grimseiller de Berlin acaba de poner el sello á su reputacion con la maravillosa cura que ha hecho al príncipe Alberto de Schwartzemberg, que se hallaba ciego hacia veinte años..."

Cler. (Interrumpiéndola.) Aguarda! No es ese el mismo de quien tanto nos hablaron? un célebre facultativo..?

Mat. Sí, querido.

Cler. Ya, ya me acuerdo: yo hice que le escribieran pocos meses ha...

Vict. Y qué respondió?

Cler. Que por la relacion que se le hacia estaba seguro de curarme.

Vict. Pues entonces, señor, vámonos al instante á Berlin.

Cler. Es que en la carta habia una postdata, en la cual pedia por la cura la friolera de veinte mil francos: nunca lleva menos.

Vict. Ay Dios mio!

Cler. Lo cual, unido á los gastos del viaje, hace una suma bastante respetable.

Mat. Que acaso podríamos reunir...

Cler. Sí... si yo pudiera agarrar mi paleta y mis pinceles. Pero ahora, hagamos cuenta, Matilde mia,

que hemos vuelto ya de Berlín, y que no hemos podido ver al rey de Prusia.

Vic. Qué lastima!

Cler. A menos que el doctor Grimocler quisiera hacerle de fide, enviándole yo luego un hermoso cuadro de Homero.

Vic. Y pueda ser que consienta.

Mat. (Que hasta ahora ha permanecido con el codo apoyado en la mesa, y casi sin atender, mira de repente al reloj.) Dice mio! qué tarde es! Victorina, di á Agustín que vaya á buscarme un coche!

Vic. Voy, señora: les hay aquí cerca... en el boulevard.
(*Van.*)

ESCENA II.

CLERMONT. MATILDE.

Cler. en el boulevard! Ah! sí; el boulevard de los italianos, que es donde vivimos hace algun tiempo?

Mat. Sí, querido.

Cler. Nos costará muy caro?

Mat. No tal: tenemos un cuarto mediano... decente.

Cler. Y como está inmediato al paseo, nos conviene por causa del niño.

Mat. Eso es.

Cler. Y vas á salir con él?

Mat. Por supuesto.

Cler. Vuelve pronto, sí? algunas veces vienes á casa tan tarde....! y cuando no estás á mi lado, es mayor la oscuridad que me rodea.

Mat. Haré lo posible...

Cler. (Con tono festivo.) No me des que sentir: ya ves la confianza que tengo en tí... una confianza ciega: no sería justo que me engañases, (Movimiento de Matilde.) ni tendría mérito... Aguarda un poquito... (Alojando la mano.) Dónde estás?

Mat. Aquí.

Cler. (Tomándole la mano.) Tienes la mano fría, mi vida! No me atrevo á hablarte de asuntos de la casa, porque tanto entristecerte! cómo nos hallamos...?

Mat. He vendido todo lo inútil, y he pagado las principales deudas.

Cler. Al visconde lo primero...

Mat. Bien lo sabes, puesto que tú mismo quisiste entregárselo en su mano.

Cler. Es verdad; y has de saber... hasta ahora no te lo había dicho... que al tiempo de darle las gracias le solté una indirecta... así... muy cortés y rebozada, para que no volviera á poner los pies en esta casa.

(*Movimiento de Matilde.*) No te enfades por eso. Ya ves, mi temor es natural. Si cuando tenía mi vista clara no veía lo que pasaba, qué tal ahora!

Mat. Y por qué sospechas...?

Cler. No, Matilde mía! nada, nada sospecho; pero como tú me has alabado tanto su proceder con respecto á nosotros...

Mat. Es cierto.

Cler. Decías que se había portado tan noblemente...

Mat. Es cierto.

Cler. Y continuamente me lo has estado elogiando...

Mat. Alguna vez.

Cler. A cada paso: y yo, que como buen ciego, soy observador y caviloso, decía para mí: "Los dos pertenecen á la misma clase, los dos son de una cuna elevada... esto engendra siempre simpatías..." (*Movimiento de Matilde.*) Ah! perdóname! no sé lo que me digo... soy un majadero; pero en fin, me alegraría que no le vieras mas... me lo has ofrecido.

Mat. (*Titubeando.*) Si.

Cler. Ya estoy tranquilo.

ESGENA III.

DICHOS. EL VIZCONDE, que aparece en el fondo.

Mat. (*Viéndole.*) Cielos! (*Ap.*) Venir aquí! qué imprudencia! (*Le hace señas de que se vaya: el vizconde le alarga un papel; ella lo toma y le manda de nuevo que se marche: el vizconde desaparece por el foro.*)

Mat. (*Adelantándose y mirando el papel.*) Esta noche á las ocho! (*Dobla el papel y lo rasga.*)

ESCENA IV.

dicen. AGUSTIN á la puerta del foro.

Agus. Señora, el coche está á la puerta.

Clar. A Dios, Matilde mia, á Dios: que te parece mucho; (*Riende.*) de buena gana iría contigo; pero entonces tendrías que cuidar de dos niños, y esa es demasiada peñiguera! A Dios, á Dios! (*Dirigese Matilde al fondo á ponerse el chal y el sombrero: Clemente cesa poco á poco de reir, y su fisonomía toma un aspecto triste y sombrío.—Con tristeza.*) Ya se fue. Solo! siempre solo!

Mat. (*Llégase á él para despedirse de nuevo.*) Qué es eso? qué tienes?

Clar. (*Volviendo á poner el rostro risueño.*) Nada, nada: estabas aquí todavía! nada: me estaba riendo... no has visto que me estaba riendo? No te inquietas: ahora vamos á reir mucho Agustín y yo: á Dios! á Dios!

ESCENA V.

CLEMENTE. AGUSTIN.

Agus. Sí, á reir! dichoso vos que estais siempre alegres y yo estoy siempre rabiando.

Clar. Y por qué?

Agus. Por muchas razones.

Clar. Cuáles son?

Agus. Son... muchas!

Clar. Dime una.

Agus. En primer lugar, he perdido mi carrera: yo era vuestro discípulo, y ahora no cojo mas pincel que el cepillo de las botas. Yo, que tenía mis esperanzas de llegar á ser pintor de muestras, y poner mi tienda, y que vinieran allí á que les pintára la botella de cerveza, y el queso de bola, y el barrilito de anchoas... porque vos me habíais dicho que tenía disposición; y en lugar de eso...

Clar. Abarrirte aquí todo el día al lado de un amo ciego.

Agus. El día es lo de menos: si tuviera uno siquiera la

noche... hoy verbi gracia... Tengo yo un amigo que es músico de la ópera italiana, y me ha regalado un billete.

Cler. Hola! tú tienes relaciones con los músicos...!

Agus. Si señor: es el timbalero de la orquesta; y dicen que redobla con mucho primor: y como yo no he ido nunca á la ópera...

Cler. Y qué has de hacer allí?

Agus. Qué sé yo! ver.

Cler. Allí no se ve nada: todo es para las orejas.

Agus. Oh! pues eso no me falta: ya sabéis que las tengo famosas.

Cler. Te vas á fastidiar.

Agus. Puede ser... pero me fastidiaré gratis, y eso siempre es un gusto.

Cler. Pues lo siento; pero hoy no puede ser: irás otro día.

Agus. Qué! si hoy es el último... 31 de Marzo... se cierra el teatro.

Cler. Ten paciencia, porque esta noche creo que mi muger tiene que salir con Victorina.

Agus. Eso es! nosotros aqui siempre solos, mientras la señorita Victorina y su ama...

Cler. Hacen bien: yo soy el primero que deseo que se distraiga, porque tengo una idea que me persigue siempre y me hace ser el mas desgraciado de los hombres!

Agus. Cómo! pues siempre os estais riendo...

Cler. Por eso mismo! delante de Matilde finjo una alegría que no hay aqui: (Señalando su corazon.) aqui no hay mas que desesperacion! muerte para lo presente! muerto para el porvenir! y mi arte! aquel arte que era mi orgullo, perdido, perdido para siempre! á los treinta y cuatro años...!! cuando siento todavía en mi pecho el fuego de la inspiracion, que abraza, que devora! (Dándose en la frente.) cuando tengo aqui cien cuadros que nunca verán la luz! Y así iré envejeciendo...! Ah! el artista deberia morir, cuando muere para la gloria!— Pero no es este el mas cruel de mis tormentos: yo no me atrevo á preguntar á nadie, y estoy seguro de que Matilde se ballará en mil apuros, quizá en la miseria muy pronto!

Agus. No sé... pero lo que es hasta ahora vamos muy bien.

Cler. (Con exclamation.) No me engañas, Agustín? no te han encargado que me engañes? Dime! la casa en que vivimos...

Agus. Es una casa soberbia! Señor, en el mejor barrio de París, con unos muebles que ya, ya!

Cler. Cómo! no los ha vendido!

Agus. (Haciéndole tocar una silla.) No señor: mirad, la misma sillaría... verdad es que yo le doy unos frotos...!

Cler. Ya...! se habrá deshecho de mis cuadros, de mis bocetos, de mi *Francisca de Rimini*, que aun no estaba acabada...

Agus. Puede ser.

Cler. Se habrá vendido bien! (Dando un suspiro.) Un pintor ciego...! es como si hubiese muerto. — Así habrá pagado las deudas. Pero para vivir como vivimos, para que á mí no me falte nada, mi pobre Matilde se privará de todo!

Agus. La señora...! nunca la he visto mas guapa, ni mas lujosa. La semana pasada, sin ir mas lejos, le trajeron dos vestidos de baile mas magníficos...!

Cler. Vestidos de baile!

Agus. Tendría que ir á alguno, y por eso sería... Pero, señor, lo que me tiene frito... ya que se ha tocado el punto, quiero contaros todas mis penas... lo que me tiene frito es que la señorita Victorina, que había renunciado, lo mismo que yo, á su salario, se treña cada lunes y cada martes... un gorro, un dental... ayer mismo una cruz de oro...

Cler. Y qué te importa eso?

Agus. Qué me importa? si pudiérais verme la cara de Neron que tengo! — Me importa, sí señor, porque todas esas cosas se las regula un amante que tiene.

Cler. Un amante...!

Agus. Sí señor, un amante... un cortejo... un gran señor... el visconde de Rothél.

Cler. El visconde...!

Agus. Hace un año que lo estoy maliciando, y vos os burlábais de mí! pero ahora ya no tengo duda.

Cler. Pero cómo pueda ser eso? Hace ya muchos meses

que el visconde no pone los pies en esta casa...

Agus. Que si quieres! acabo yo de encontrarlo...

Cler. Dónde?

Agus. Aqui mismo: hace un ratito, estaba en la antecámara cuando yo entré.

Cler. Te equivocas; eso no es posible!

Agus. Por vida del...! Señor, me hareis condenar! quereis saber mas que yo, que tengo mis dos ojos buenos y sanos, y que no hago mas que observar y esconderinar todo el dia? y si yo os dijera otras cosas...! pero mas vale callarlas, para que nadie las sepa, y ojalá no las supiera yó!

Cler. Vamos, habla... di!

Agus. Pues señor, hará cosa de un mes, una noche... serian las doce... vos estábais durmiendo como un lirón... oigo en el cuarto de la señora la voz de Victorina: póngome á mirar por la cerradura, y veo al vizconde en conversacion con Victorina!

Cler. (Con viveza.) Y mi muger?

Agus. No estaba allí! pues esa es la mas negra! si hubiera estado, no teniamos caso; pero aun no habia vuelto á casa.

Cler. Despues de las doce!

Agus. A poco sentí abrir la puerta: me escondí, y el vizconde se marchó... pues, por miedo de que la señora lo encontráta.

Cler. (Aparte.) O acaso para ir á buscarla!-- Y tú estás seguro de que quiero á Victorina? de que vino por verla?

Agus. Vaya! pues si se está arruinando por ella: sí señor, lo dicho; se está arruinando por esa criatura. Ayer, ayer mismo, ella estaba aqui, en esta pieza, y yo allí, detras de la puerta, que ella habia cerrado. -- Pues señor, yo estaba así, mirando...

Cler. (Impaciente.) Por la cerradura, vamos.

Agus. Sí señor, y no sé cómo no me dió un síncope, viendo á la señorita Victorina que tenia en la mano una caja con un aderezo de diamantes, y lo miraba con unos ojos... que parecia que se lo iba á comer! del estremecimiento que me dió por poco desquicio la puerta; y entonces oí un ruido como de cerrar esa papelera, y la taimada escapó como un game.

Cler. (Colérico.) Basta, basta!

Agus. Ya veis...! cómo he de competir yo con uno que la regala diamantes, yo que no tengo mas galas que mis prendas personales? (Viendo que Clermont se ha levantado y atraviesa el teatro á tientas.) Qué es eso, señor! dónde vais?

Cler. Aquí... á esta papelera: tengo que escribir...

Agus. Escribir! vos! estais loco, señor!

Cler. (Impaciente.) No... son unas cartas... unos papeles que quiero buscar. Ea, vete, dejame: quiero estar solo. (Agustín se va por la derecha. — Clermont abre la papelera y saca la caja.) Ah! (La abre, toca los diamantes, y dice aparte:) Era verdad!

ESCENA VI.

CLERMONT. MATILDE, que sale apresurada por la puerta del foro, ve el aderezo en manos de Clermont y hace un movimiento de temor que reprime inmediatamente.

Mat. Qué haces aquí, querido?

Cler. (Aparentando serenidad.) Yo... nada! he abierto maquinalmente esta papelera, y me he encontrado aquí... casualmente, con un aderezo... que no sabia que tuviese.

Mat. (Con sonrisa fingida.) Es verdad: no es mio!

Cler. Ah!

Mat. (Con empacho.) Es un depósito que me han confiado, y que pertenece...

Cler. A quién?

Mat. A una antigua amiga mia... la única que trato de cuantas conozco de soltera, la condesa de Givry.

Cler. En efecto, me la has nombrado algunas veces: no tenia un pleito...?

Mat. (Con viveza.) Efectivamente! La pobre Adela se casó con un jugador que le ha arruinado casi todos sus bienes; y por salvar esos diamantes, único resto de su dote, me los ha confiado: hé aqui todo el misterio! y como este secreto no era mio, no te lo he revelado.

Cler. (Aparte.) Ah! no sepa nunca que he sospechado de ella!

Mat. Qué tienes? di?

Cler. (Tomándole la mano.) Tenia necesidad de verte...

Si, de verte; porque yo te veo cuando tengo tu mano entre las mias: cuando no, Matilde, todo es noche para mí; y durante la noche, ya sabes que hay ensueños... y qué malos ensueños á veces! Pero estando tú á mi lado, creo que amanece, y me despierto; y hoy necesito estar despierto: con que no te apartes de mí.

Mat. (Con empacho.) Y esta noche, que tenia yo un compromiso, una reunion donde me esperan, donde he dado palabra de ir...

Cler. En casa del dueño de nuestra antigua habitacion?

Mat. (Con viveza.) Justamente! se ha portado tan bien con nosotros!

Cler. Todos los martes vas: bien puedes faltar un dia, y dedicármelo á mí.

Mat. (Aparte.) Oh, Dios mio!

Cler. Yo te lo pido! yo te lo suplico! dame ese gusto!

Mat. (Aparte mirando al reloj.) Cómo haré! van á dar las ocho!

Cler. Si supieras cuánto te lo agradecería! no salgas! quédate aqui esta noche conmigo y con nuestro hijo!

Mat. Ah! si pudiera...!

Cler. Si que puedes... Mira, tengo tantas cosas que preguntarte y que decirte... yo haré de modo que no te aburras mucho: te hablaré de mi viaje á Rusia, cuando era soltero, y de los tres años que pasé allá por ti: (Con intencion.) tres años, es algo mas que una noche!

Mat. (Conmovida.) Ah! si, tienes razon! me quedo, me quedo á tu lado!

Cler. Enhorabuena! y te lo agradeceré mucho, porque veo que haces un sacrificio.

Mat. (Dirigiéndose á la derecha.) No, nada de eso! Voy á mi cuarto; escribiré una carta...

Cler. Bien!

Mat. Escribiré que no me es posible... porque... no sé por qué decir!

Cler. Di que yo te lo he exigido, ó mas bien que estás indispueta, no piensen que te tiranizo!

Mat. (Aparte reflexionando.) Y con quién envió la car-

ta! Victorina no ha venido todavía...! y á la hora que es...! ya me esperan... me estan esperando! (*Mirando al reloj.*) Ah! los echo! no puede saltar...! yo no me pertenezco!! (*Finge entrar en su cuarto, cuya puerta cierra con cuidado; diríjese de puntillas hácia la puerta del foro y desaparece.*)

ESGENA VII.

(*Empieza á oscurecer.*)

CLERMONT solo. Luego AGUSTIN.

Cler. Ha entrado en su cuarto. Qué noche tan deliciosa vamos á pasar... aquí juntitos! Gracias á Dios que se me logra un placer que tanto deseaba! Estoy loco de contento. (*Tirando de la campanilla.*) Agustín! Agustín!

Agus. Aquí estoy, señor.

Cler. Ven acá, y dame la mano: vamos, alégrate, que eres un berrico!

Agus. Cómo es eso, señor!

Cler. Eres un zeloso majadero: hacías mal en sospechar de Victorina.

Agus. Con que lo que yo he visto con mis propios ojos...

Cler. Los ojos nos engañan; y la mitad de las veces vale más no tenerlos.

Agus. Eso es vanidad!

Cler. En fin, si todas tus sospechas son como la del aderezado, puedes estar tranquilo.

Agus. De veras?

Cler. El aderezado no es suyo, yo lo sé!

Agus. Me lo aseguráis vos?

Cler. Sí, hombre, sí! Un aderezado de brillantes á esa muchacha! solo un majadero como tú cree semejante cosa. (*Va oscureciendo más.*)

Agus. Qué queréis! cuando á uno se le mete una de esas ideas en la cabeza, da vueltas, y vueltas, y vueltas... Vos negabais lo que es estar zeloso.

Cler. (*Aparte.*) Ojalá!-- Vaya, para que acabes de alegrarte, vete esta noche á la ópera, y saca el jugo al billete que te han regalado.

Agus. (Gozoso.) De veras, señor?

Cler. Si: mi muger no sale, se queda á hacerme compañía, y estando ella, no necesito á nadie!

Agus. Qué contento estoy! voy á acicalarme: me pondré la casaca nueva... Si necesitais algo, Victorina acaba de llegar: la he visto, y no sé de dónde viene: vos no la habiais enviado...!

Cler. Yo no. (Oscurece mas.)

Agus. Entonces habrá sido la señora. Si quisierais, mientras yo estoy en el teatro, no perderla de vista...!

Cler. Yo...! tonto!

Agus. (Dándose en la frente.) Es verdad! soy un pollino! Voy, voy. No hace falta nada? Sí, luces, que ya es de noche.

Cler. Y qué me importa?

Agus. Las traeré antes de irme... al instante. (Vase por la puerta del foro, cerrándola.)

ESCENA VIII.

(Noche.) CLERMONT solo.

Está loco! traerme luces! á qué? para mí siempre es de noche! Pero al pobre le duran aun los celos: es enfermedad que no se cura tan pronto; y lo peor que tiene es el ser contagiosa: se pega que es una maravilla! á mí casi me coge! Oh! yo sospechar de mi Matilde! de la virtud misma! yo desconfiado y celoso! una de las muchas miserias que engendra mi triste situación! Me parece que siento pasos... será Matilde que viene ya! No, no son esas sus pisadas: las conozco yo tan bien!

Viz. (En la puerta del foro, que está cerrada.) Victorina! Victorina!

Cler. Es la voz del Vizconde: aquí, á estas horas! si tendrá razon Agustin! si querrá seducir á esa pobre muchacha! (Levántase, y ocúltase á tientas en el gabinete de la izquierda, que está cerca de su sillón.)

Viz. (Llamando á la puerta del foro.) Victorina! (Abre la puerta y sale.) No me responde; y á nadie he encontrado hasta aquí: está este tan oscuro, que no sé si acertaré con la puerta. (Adelántase y va á llamar á la habitacion de Matilde.)

ESCENA IX.

VICTORINA. EL VIZCONDE. (*Clermont entreabre la puerta.*)

Vic. ¿Quién llama aquí?

Viz. ¡Cbit...! callé!

Vic. (*En voz baja.*) Sois vos, señor vizconde?

Viz. (*Idem.*) Toma esta carta para tu señora: entrégasela al instante.

Vic. No la vereis vos esta noche?

Viz. No me es posible: tengo que hacer mil diligencias para preparar el viaje.

Vic. Mucho va á sentir no veros.

Viz. Esta carta la tranquilizará; y si despacho pronto los preparativos del viaje, iré un instante á verla, para que sepa que todo está dispuesto.

Vic. Haced lo posible!

Viz. Pues bien, dile que me espere allí.

Vic. Ya sabéis el cuarto: núm. 2: el mismo de ayer.

Viz. Ya sé.

Vic. No tardeis, marchaos. Ah! y la carta? (*Guiándolo hacia el foro.*)

Viz. Toma. — Cuidado!

ESCENA X.

MUCHOS. AGUSTIN, vestido, sale por el foro con un candelabro de dos velas.

Agus. (*Viendo al vizconde y á Victorina, que lo lleva de la mano.*) San Agustín me valga!!

Viz. (*Sacudiéndolo de un brazo.*) Silencio! cuenta con mi proteccion si callas, pero pobre de ti si hablas! (*Va-se precipitadamente.*)

ESCENA XI.

AGUSTIN. VICTORINA. Luego CLERMONT.

Agus. Si hablo...! (*Arrancando de pronto la carta que Victorina atónica tiene en la mano.*) Pues quiero hablar! quiero gritar!

Vict. Señor Agustín... señor Agustín... volvedme esa carta, y callad... callad por Dios!

Agus. También ella quiere que calle! Falsa, ingrata. (*Victorina le pone la mano en la boca.*) No me da la gana! quiero gritar! quiero publicar que me estan engañando! (*Clermont abre la puerta, sale y se adelanta hácia el medio del teatro, pálido y trémulo.*)

Vict. (*Da un grito al verlo.*) Ah! el amo! (*Aparte.*) Voy corriendo á avisar á la señora. (*Vase precipitada.*)

ESCENA XII.

CLERMONT. AGUSTÍN.

Cler. (*Queriendo disimular.*) Qué ha ocurrido? qué es eso?

Agus. Qué ha ocurrido? Señor...! qué ha ocurrido? Y vos me deciais que no tenia nada que temer! Borricon de mí! ir á hacer caso de vos! Cuando yo vuelva á fiarme en ningun ciego!

Cler. El ciego ve ya mas claro que tú!

Agus. Si! acabo de sorprender aqui al visconde con Victorina.

Cler. No es verdad!

Agus. Cómo que no! y le estaba dando una carta.

Cler. No es verdad!

Agus. (*Colérico.*) Por vida de...! Si la tengo aqui... miradla... tomadla; la tocáis?

Cler. (*Haciendo un movimiento convulsivo al tocar la carta.*) No es verdad! Esta carta no es para Victorina: lee, lee el sobre.

Agus. (*Trémulo.*) No sé si podré! Señor, tengo tan nublada la vista!

Cler. (*Impaciente.*) Vamos! lees? (*Tiene la carta sujeta con las dos manos mientras Agustín procura leer.*)

Agus. (*Leyendo.*) "A madama... madama Clermont."

Cler. (*Colérico.*) Mientes... mientes!! (*Reprimiéndose y con tono blando.*) No, Agustín... pero te equivocas, no es verdad? Mirale... miralo bien.

Agus. Bien lo veo: vaya! con todas sus letras! "Ma... da... ma... Cler... mont."

Cler. (Ap.) No hay duda!

Agus. Ay! qué consuelo! Saber! — Pero cómo es esto? vos sabéis...?

Cler. (Esforzándose á ocultar su conmocion.) Sí; es una certeza que mi mujer y yo esperábamos... con impaciencia.

Agus. Yaya! pues á los dos nos ha venido bien! (*Ap.*) Y yo que he maltratado á la pobrecilla! cómo haré ahora para desconfiarla?

Cler. (Arrugando la carta.) Ah! las tinieblas que me rodean no me han parecido nunca tan horribles como ahora! Tengo la púacha... aquí entre mis manos... la estoy tocando... me abraza... la tengo aquí... y no puedo cerciorarme... no puedo saber hasta dónde llega su traición! Estar seguro, y dudar aun! dudar... sin otrovernos... sin poderme convencer! Ah! estos son demasiados miramientos: rompamos ya por todo! (*Después de titubear un instante.*) Agustín!

Agus. Señor...

Cler. Ven acá!

Agus. Ah! Señor, qué contento estoy!

Cler. Esta carta... contiene una noticia... una noticia importante.

Agus. Para vos y para la señora?

Cler. Justamente! Y esa noticia... estoy impaciente por saberla.

Agus. Es muy natural: cuando uno espera una buena noticia, siempre tiene prisa.

Cler. Sí... no tengo bastante calma para esperar á que venga mi mujer, y la curiosidad... ya te haces cargo... (*Esforzándose á reír.*) un pobre ciego no es extraño que tenga esa debilidad: ya vos...!

Agus. Por supuesto! y queréis que yo os la lea?

Cler. Sí, amigo mío; hazme ese favor.

Agus. Con mucho gusto, señor. Antes habrá que abrirla... está cerrada con lazo. (*Abre la.*)

Cler. (Espantado.) Ah! envilecerla, deshonrarla á la vez! ¿qué mismos criados!

Agus. (Calmado.) "Todo está pronto para el viaje: el coche estará á la hora convenida."

Cler. (Quitándole la carta.) No, no, es inútil... no quiero que te tomes ese trabajo: mi mujer está ahí

en su cuarto... dile que venga... al instante... al instante, entiendes?

Agus. Pero si la señora no está ahí...

Cler. (Asombrado.) Qué dices? no está en su cuarto?

Agus. No señor... ni está en casa... si yo desde mi ventana la he visto salir, hará cosa de media hora.

Cler. Salir!

Agus. Y lo estrañé mucho, porque como me habíais dicho que se quedaba... á acompañaros esta noche...

Cler. (Disimulando.) Sí, me lo habia ofrecido; pero cierto compromiso... una visita... que tenia que hacer...

Agus. Ah! sabéis dónde ha ido?

Cler. Sí, sí, no hay cuidado... volverá pronto... puedes irte... vete... déjame!

Agus. No señor, yo no puedo dejaros solo.

Cler. No lo estaré mas que un momento... pocos minutos... mi muger vendrá al instante... con que vete, vete á ver la ópera.

Agus. Qué buen amo!

Cler. Sí, amigo mio, sí... me harás un favor... quiero estar solo.

Agus. Como gustéis; y ya es tarde... estará empujada: fortuna que el teatro está á dos pasos de casa. Con que hasta luego, señor.

ESCENA XIII.

CLERMONT solo.

Se fue...! ya estoy solo, solo en esta casa, como en el mundo entero: abandonado de todos, como una carga inútil: objeto de desprecio, y en breve, acaso de burla! Ah! no... no... no me ultrajarán impunemente: yo me vengaré... (Deteniéndose.) Y cómo? qué venganza puedo yo tomar? Me insultará, me deshonrará, me robará mi único tesoro, lo único que me quedaba en mi desgracia... el amor de mi esposa; y si lo pido satisfaccion de su injuria y de mi afrenta... (Retorciéndose las manos.) Oh! Dios mio! tendrá lástima de mí! no querrá batirme: este pobre ciego no tiene derecho ni aun para hacerse matar! (Con mas agitacion y amargura.) Y de qué te quejas tú,

miserable! un hombre oscuro, un pobre artista, sin mas bienes que su talento, si es que alguno tenia, estrechar en su orgullo á aspirar á la mano de una jóven hermosa y noble! (Con sonrisas desdichadas.) noble... sí, de elevada cuna! y porque sacrificaste por ella tu juventud, tus fuerzas, tu salud, ahora, pobre y enfermo, esperabas agradecerla y que te amase! Loos de mí! yo la amaba tanto! Ah! la amo todavía! Y este amor, de qué sirve! de hacer su desgracia y la mia; mi existencia es para ella una carga pesada, insostenible! y despues de tantos sacrificios, uno solo me queda que hacerle, el de mi vida, que le volveré en libertad! Sí; basta de quejas, basta de amenazas: ella me echa del mundo, y yo me voy. Nadie la acusará, ni yo mismo! todos creerán que lo he hecho por desesperacion de verme en este estado, y dirán: "Pobre hombre! ha hecho bien!" (Levantándose.) y tendrán razon: sí, estoy decidido: vamos... pero cómo lo hago! yo no tengo armas, y no puedo procurármelas por mi propio; no puedo hacer nada sin que me ayuden, ni aun morir! Ah! esa ventana... hácia allí está: sí, sí, dicen que es muy alta... tercer piso. (Dirigese á tientas siguiendo la pared, y llega á la ventana.) Ah! Aquí está. Gracias á Dios... esta vez siquiera no necesitaré de nadie! (Trata de abrir la ventana.)

ESCENA XIV.

CLERMONT. AGUSTIN.

Agus. (Gritando dentro.) Señor! Señor!

Clor. Quién viene!

Agus. (Sale precipitado.) Yo, señor. Ah! si supiera...

Clor. De dónde vienes!

Agus. Del teatro: (Viene sin sombrero, con la corbata medio arrancada, rasgado el vestido, desgreñado etc.) me han cobrado á empellones.

Clor. Á tí!

Agus. A mí, en cuerpo y alma; y cuando sepais por qué, os quedarais patiticos como yo: no lo querreis creer: si yo apenas le creo todavía!

Cler. (*Impaciente.*) Eh! acaba ó veto.

Agus. Pues señor, habeis de saber que echaban una ópera llamada *Il Barbiere di Siviglia*... así dice el cartel, y habia un gentío! ya, ya!

Cler. Acabarás?

Agus. Pues señor, á lo mejor sale por allá arriba una dama vestida de maja, á la española, y lo mismo fue acomar empieza un palmoteo y unos gritos! yo levanto la cabeza para mirarla... válgame Dios lo que vi!

Cler. Qué visto?

Agus. Yo empecé á gritar: señora! señora! aquí estoy yo! Señora...! y me subí en el banco para que me viera.

Cler. Quién?

Agus. Ella misma; pero amigo! enfádase aquella gente y empieza á gritar: "Silencio! fuera!" y yo... "Señora!" y ellos... "Fuera ese ganso! fuera ese barbero!" y viendo que yo seguía gritando, abalánsanse sobre mí, y crás! uno me arranca el faldon: pum! otro me sacude un puñetazo: crich! otro me atiza un puntapia... "á la calle! fuera! fuera!" y... patapuf! en menos que canta un gallo me encuentro en mitad de la calle hecho un eccehomo, y sin haber podido hablar á la señora.

Cler. Pero qué señora? acaba, qué señora?

Agus. Pues qué, no os lo he dicho? Dios mio! era... Ah! miradla! ahí viene! ella es!

ESCENA XV.

DICHOS. MATILDE. EL VIZCONDE *detrás.* (*Matilde sale con el traje de Rosina del Barbero de Sevilla, y encima su capa.*)

Cler. Ella!

Mat. Sí, amigo mio... yo, aquí me tienes.

Cler. Matilde! (*La acerca á sí, empieza á examinarla con las manos, y al reconocer el peinado y traje de Rosina en el Barbero, cae á sus pies sollozando.*) Ah! esposa mia!

Mat. (*Levantándole.*) Sí! muger de un artista! lo crees ahora?

Cler. Ah! qué has hecho? qué sacrificio has hecho? esto es demasiado! nunca hubiera yo consentido...

Mat. Lo sabía... por eso te lo he ocultado; y para llevar á cabo mi empresa, me valí de una persona que me ha servido generosamente de guía y protector, de un jóven honrado.

Vic. (Tomando la mano de Clemens.) Que habia cometido una falta con vos, y ha querido repararla.

Mat. (Tomando la carta que Clemens le presenta.) Y esta carta del visconde lo manifiesta: él ha dispuesto nuestro viaje para mañana: mañana marchamos á Berlin, donde recobrarás la vista.

Cler. (Al visconde.) Ah! Venga con mano! pero la suma que pide el doctor...

Mat. Podemos pagarla: la artista ha reunido ya un capital como el que tú reuniste otro tiempo para salvarme: ha llegado mi vez!

Cler. Ah! en tus brazos...! en tus brazos...! (Arrojase en ellos.)

ESCENA XVI.

DICHOS. VICTORINA, apresurada.

Vict. Señora, venid pronto: el entreacto se va haciendo largo, y el público es impaciente por ver á Rosina.

Mat. Vamos.

Cler. Adónde?

Mat. A cantar el segundo acto del *Barbero*... esta noche es la última, y desde mañana quedo libre por seis meses: vamos, vamos pronto. (Arrojándose con su capa.)

Cler. Qué hermosa debe estar con ese traje! que no pueda yo verla!

Mat. Pronto, querido mío, pronto me verás. Dentro de cinco días estaremos en Berlin! A Dios! (Vase seguida de Agustín.)

Vic. Y yo me quedo en París!

Cler. (Al visconde y á Victorina.) Amigos míos, venid: guíadme... llevadme...

Vic. y Vict. Adónde?

Cler. (Con entusiasmo.) A oírla cantar!!! (Cae el telón.)

FIN DEL DRAMA.

CATALINA HOWARD,

DRAMA EN CINCO ACTOS

ESCRITO EN FRANCÉS

POR M. ALEJANDRO DUMAS:

traducido al castellano

POR

Don Narciso de la Escosura.

(Se estrenó en el Principe en marzo 1836)



(Debe de ser la última obra que estrenó Concepción Rodríguez: porque Figaro escribe: "La ha Concepción Rodríguez, el retirarse de la escena española por razón de un quebrantado corazón, nos tiene resonada esta novedad dramática, una de las mejores obras del poeta más francés más conocedor de los resortes de un arte")

MADRID.

IMPRESA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Febrero de 1846.

(Papel impreso en las colecciones)

PERSONAS.

Enrique VIII. *Rey de Inglaterra*—*Julian Romeu*
Ethelwood, *Duque de Dierham*—*Carlos Latorre*
El Conde de Sussex.
Sir Scot Thirlstano, *embajador de Jacobo V.*
Sir Tomas Granmer, *arzobispo de Cantorbery.*
Jacobo Fleming, *alquimista.*
El Lord Chambelán.
El Presidente de la Cámara de los Pares.
El Duque de Norfolk, *teniente general.*
El Verdugo.
Un Ugier.
Un Guardia de la Torre de Londres.
Catalina Howard. — *Concepción Rodriguez*
La Princesa Margarita.
Kennedy, *nodriza de Catalina.*
La Duquesa de Rokeby.
La Duquesa de Oxford.
Pages del Rey.
Un Page del Duque de Dierham.
Caballero.
Damas de Honor.
Guardia del Rey.
Escoceses de la comitiva de Sir Scot.
Un Capataz de la guardia.
Hombres del pueblo.
Heraldo del tribunal.
Un Escudero.

La accion pasa en Inglaterra en 1542.

Este Drama, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero, quien perseguirá ante la ley al que le reimprima.

ACTO PRIMERO.

Primer Cuadro.

Sir Scot de Thirlstane.

Sala de recibimiento del palacio de White-Hall.

ESCENA PRIMERA.

EL LORD CHAMBERLAND, *esperando á que se levante EL REY.*
EL DUQUE DE NORFOLK. *Entra despues SIR TOMAS*
GAMNER.

Duq. Sir John.

Lord. Señor?

Duq. Dónde está Su Gracia?

Lord. En su aposento con milord gran canciller.

Duq. Ha habido alguna variacion en el ceremonial de esta mañana?

Lord. Ninguna, milord.

Duq. Gracias por la noticia: esperaré a que salga el gran canciller. Saludo al señor arzobispo de Cantorbéry. *(Al arzobispo, que entra.)*

Arz. Os correspondo, milord.

Duq. Qué noticias hay de Roma; señor arzobispo?

Arz. Qué noticias hay de Escocia, milord teniente general?

Duq. Seguimos siempre indispuestos con su santidad?

Arz. Seguimos siempre mal con el rey Jacobo?

Duq. Tan mal como lo está el Arcangel San Miguel con Satanas. Sabeis que el rey volvió de York antes de ayer. S. G. ha pasado allí seis dias esperando en vano al calavera de su sobrino, que al cabo de este tiempo le ha enviado á decir que no iria, dando, no sé que

4
esta disculpa: el rey ha vuelto furioso á Londres.
Ars. Las noticias de Roma, no son á la verdad mas li-
sonjeras que las de Escocia.

Dug. Escomulgados siempre, no es así? Rey, reino, no-
bleza y pueblo?

Ars. Si; pero bien sabeis que nada le quedamos á deber
á San Pedro. Una asamblea de 19 prelados y 25 doc-
tores declaró ayer nula la dominacion del papa, sin
reconocer en él mas poder que el espiritual, ni otro
título que el de obispo de Roma, proclamando al mis-
mo tiempo al rey Enrique VIII de Inglaterra por gefe
supremo de la religion. Mucho me temo, milord, que
esto sea como una declaracion de guerra á muerte al
rey Jacobo.

Dug. Menos peligrosa, sin embargo, convendreis en
ello. Los rayos del Vaticano no derrocan ya los
tronos.

Ars. No, pero encienden aun las hogueras.

Dug. (Con aire sombrío.) Sin contar con que este viento
de guerra que nos sopla de Escocia no es el mas á
propósito para apagarlas. Señor, Jacobo V es el apo-
yo de la excomunion del papa, y ésta el pretexto de la
declaracion de guerra de Jacobo; porque, no es equi-
vocais en lo que decis, su casamiento con Maria de
Guisa, y la aceptacion del título de defensor de la fé,
que le ha dado Pablo III, son una verdadera declara-
cion de guerra.

Lord. Silencio, milord: me parece que el rey habla alto.

Dug. Aquí está la princesa Margarita.

Ars. Quién es ese caballero jóven que la acompaña?

Dug. El conde de Sussex, que viene de Francia á reco-
ger la herencia de su padre y á ocupar el puesto que
su muerte ha dejado vacante en la cámara alta.

ESCENA II.

DICHOS. LA PRINCESA MARGARITA. EL CONDE DE SUSSEX.
SIRVIENTES Y CABALLEROS DE LA PRINCESA.

Sus. Cuando vi por la primera vez á la duquesa de
Etampes en la corte del rey Francisco I, llevaba un
vestido de la misma tela que el de V. A.

Marg. Teneis buena memoria, milord, y os haremos, si S. G. nuestro hermano y rey lo permite, director de nuestro tocador; este vestido viene efectivamente de Ultramar; Enrique lo ha recibido entre otros presentes que le ha enviado el rey de Francia, en prenda de buena amistad, y él me le ha dado con igual título... A Dios, señor arzobispo de Cantorbery; a Dios, milord. *(El duque y el arzobispo se inclinan.)*

Sus. *(Después de saludarles ligeramente.)* En prenda de buena amistad, decis?... Eso es lo que me desespera, señora; nosotros nos prometíamos no obstante, de acuerdo con los S. S. de Montmorency y de Guisa, que esta buena amistad no duraría siempre.

Dug. Como, queréis malquistarnos con la Francia, conde?

Sus. Haremos cuanto se pueda para ello, milord teniendo general; nuestros vecinos tienen sobre el corazón la jornada de las espuelas; y el apeadero que conserva en Calés el rey Enrique, les hace esperar que no tardará en atravesar de nuevo el mar para ofrecerles el desquite.

Dug. Por desgracia, milord, creo que el rey tiene en este momento otra ocupación que le impedirá tomar parte en vuestras miras políticas, por más profundas y ventajosas que sean. Pero los S. S. de Montmorency y de Guisa pueden pasar la mar a su vez, y creo aun que dos espadas tan valientes y leales como las tuyas no serán mal recibidas hoy en la corte del rey Jacobo; y como espero, milord, contaros en el número de los gefes del ejército que conduzco a la frontera, podreis aprovechar esta buena coyuntura, si queréis renovar con vuestros amigos a las orillas del Tivede el conocimiento establecido en las del Sena.

Sus. Se hará como decis, señor duque, si Dios ó el rey no lo impiden. Hay un antiguo proverbio inglés que dice, que siempre que en nuestra isla dos hojas de espada brillan al sol, no hay más que mirar al costado del conde de Sussex, para encontrar una vaina vacía.

Ans. Ese es, como decis, un proverbio antiguo, tan antiguo que ya pocos se acuerdan de él.

Sus. Hubiera vuelto á recordarse, milord, á haberme

yo hallado en Inglaterra cuando el proceso de la desventurada Ana Bolena; y acaso hubiera sido mejor que me hubiese encontrado, no diré por mi honor, que á Dios gracias no había menester este nuevo blasón, sino por el del rey mi señor, y el vuestro, al que quizá hubiera yo evitado una mancha.

Ars. Si mal no os entiendo, milord, lo que quereis decir es, que habierais defendido á la reina.

Sus. Si señor, y de dos modos.

Ars. Se pueden saber?

Sus. En el parlamento, de palabra.

Ars. Y si el rey os hubiese impuesto silencio como á mi me lo impuso?

Sus. En el campo, con mi espada...

Mery. Milord, os olvidais que estais hablando de Enrique, que es vuestro rey, delante de mí, que soy su hermana...

Sus. Perdonad, señora; pero vi á V. A. tan distraida, que no creí que pudiera oírme.

Mery. Milord, desde que Dios concedió á mi hermano la gracia de tener un hijo perdí toda esperanza de sucederle en el trono de Inglaterra, y por consiguiente todo deseo de ocuparme en los asuntos políticos y de guerra. Creed que en el caso contrario hubiera oído con el mayor interés la belicosa discusión que habeis entablado con el señor arzobispo.

Sus. Ah! Señora, si las palabras que acabo de pronunciar, aunque de poco momento, hubieran salido de la boca de algun otro que yo pudiera nombrar...

V. A. sería en este momento una rebelde, porque me tomo mucho que por enterarse de los asuntos políticos y de guerra, se hubiera olvidado hasta de la existencia de su sobrino el principe Eduardo.

Mery. Milord, yo no sé si la hermana de Francisco I permite á los caballeros franceses hacer en su presencia semejantes observaciones, pero lo que se muy bien es, que si estas se repitiesen delante de la hermana de Enrique VIII se creeria obligada á quejarse de ellas al rey de Inglaterra.

Un ugiar. Milord Ethelwood, duque de Dierham. (*Entra Ethelwood.*)

Sus. Llegais muy á propósito, milord, para abogar en

mi favor en una causa que estoy cerca de perder ante el tribunal de S. A.

Eth. Conde, os dirigis mal; ya veis, yo mismo tengo que solicitar para mi perdon; pues si llego bastante a tiempo para ofrecer mi homenaje a S. G., llego muy tarde para ponerme a los pies de S. A.

Marg. Mas facil es algunas veces perdonar a los ausentes que a los presentes, porque la ausencia, milord, no lleva consigo mas que una acusacion, que es la de olvido.

Eth. Pero esa, señora, vos sabeis cuán injusto seria hacer que recayese sobre mi: la confusion que causan los enviados de Escocia y la muchedumbre que los rodea me han detenido, bien a mi pesar, a la entrada de palacio.

Dug. Cómo estan alli, milord?

Eth. Esperando audiencia de S. G. (*Se oye ruido de gaitas y griteria.*)

Suz. Esperad. Creo que nos estan dando música.

Dug. Son la marcha y los gritos de guerra de los maclellands.

Suz. Señora, nuestro teniente general es quien merece el cumplimiento que me dirigiais hace poco, pues tiene, sino me engaño, mejor memoria aun que yo.

Dug. Milord, creed a un soldado viejo; en oyendo una sola vez esta marcha y estos gritos en el campo de batalla, no podriais menos de reconocerlos siempre, y en alguna ocasion puede ser que os despertéis sobresaltado, perseguido por ellos en vuestros sueños.

Marg. (*A Ethelwood.*) Esos gritos y esa música salvaje me asustan. (*Se apartan a un lado.*)

Jonh. El rey, milores. (*Enrique en este momento abre violentamente la puerta de su habitacion, y escucha un instante sin hablar.*)

ESCENA III.

DICHOS. ENRIQUE con los brazos cruzados.

Enr. Por San Jorge! Señores, no habeis oido como yo?... O bien no es mas que un sueño el grito y marcha guerrera de los escoceses en la plaza del palacio de White-Hall?

Sus. Señor, han oído ellos tantas voces los clarines ingleses en la plaza del palacio de Hirling!...

Eur. Teneis razon, conde; pero no tocaban una música capaz de sacar á los muertos del sepulcro... Ah! mirad, hasta mi viejo alquimista Fleming sale temblando de su laboratorio á preguntarnos si lo que acaba de oír es la trompeta del juicio final!...

Flem. Señor!... *(Levantando con la cabeza la tapicería de una puerta baja y abovedada, mira á todos lados.)*

Eur. *(Riéndose.)* Nada, mi viejo profeta; esto no es nada... nada mas que las abullidos del zorro de Escocia, que pretenden sofocar los bramidos del leon inglés. Primo Norfolk, haced entrar á esos vaqueros montañeses, y preguntad al mismo tiempo á nuestros trompetas si se acuerdan de la marcha de Floddem. *(Norfolk sale.)* Buenos dias, hermana. *(Pasando á su trono.)* A Dios, señores y milores. Acercaos mas al trono, sir Tomas de Cantorbery, porque sé muy bien que no es poderoso y sólido sino cuando se apoya por un lado en el valor de la nobleza, y por el otro en la sabiduría de la iglesia. *(La princesa se levanta.)* Adónde vais, Margarita?

Marg. Señor, yo habia venido á ver á V. G. al salir de su cuarto, y no á asistir á una audiencia diplomática... Conoceréis pues que mi presencia...

Eur. Deberia ser mas frecuente en el consejo, y menos en el baile... olvidais que entre nosotros las mugeres tienen derecho á la sucesion del trono, y que si acciere alguna desgracia al principe Eduardo...

Mery. Espero que Dios librará á S. G. de semejante calamidad.

Eur. Conde de Sussex, acompañad á S. A. á su cuarto, y volved luego. *(Sussex hace una cortesía y sale con la princesa. Se oyen las trompetas inglesas que responden á las gaitas de Escocia. El rey se sienta en el sillón con las armas de Inglaterra que le sirve de trono.)*

Dug. *(Vuelve á entrar.)* Sir Scot de Thirstlane, enviado del rey de Escocia, solicita el honor de ser introducido á presencia de V. G.

Eur. Que entre. *(Entra sir Scot.)* A Dios, sir Scot: reconocemos hoy que sois digno del mote que habeis escogido «siempre pronto.»

Scot. Y sobre todo, cuando se trata del honor de mi rey y de mi país, es cuando me envanezco de llevarlo y ambiciono ser digno de él.

Enr. Sé, sir Scot, que sois un valiente y leal servidor, y la elección del mensajero me es tan agradable como lo será sin duda el mensaje. Mi sobrino accede á mis reclamaciones, no es así? y á fin de dar mayor publicidad á su sumisión, en vez de ir á encontrarme á York, donde le estuve esperando ocho días para tratar secretamente entre nosotros sobre los intereses políticos y religiosos de nuestros dos reinos, me envía un embajador, y pide una audiencia pública.

Scot. Señor, las instrucciones de mi rey son precisas y terminantes.

Enr. Tanto mejor!... Consiente por fin en adoptar la religión reformada, en destruir los conventos de su reino, y en no reconocer al papa sino como un simple obispo de Roma?

Scot. Señor, la Escocia y su rey son católicos de alma y de corazón desde el tercer siglo; el sucesor de San Pedro será siempre para ellos el Vicario de Cristo, y pueblo y monarca permanecerán fieles á su fe, como al valor de sus mayores.

Enr. Muy bien! La alianza del rey Jacobo con la fanática familia de Guisa me hacía adivinar esta primera respuesta á la primera pregunta. Decidiré mas adelante de qué peso habrá de ser en la balanza de la paz y de la guerra.

Scot. Esperamos que V. G. la tendrá con mano tan justa como poderosa, y que ni el viento del fanatismo ni los consejos del interés personal la inclinarán á ningún lado.

Enr. La resolución que yo haya de tomar depende menos, sir Scot, de la contestación que me habeis dado que de la que me vais á dar.

Scot. Escucho respetuosamente á V. G.

Enr. Ahora bien, mi sobrino Jacobo V consiente en prestarme homenaje por la corona de Escocia como lo hicieron sus antepasados á los míos desde el año de 920?... Como lo hizo Enrique á Eduardo I, Malcolm á Eduardo el confesor, á Guillermo el conquistador y á Guillermo el rojo? Como Edgardo, hermano de

Malcolm, á Enrique I; David, sucesor de Edgardo, á la emperatriz Matilde; el hijo de David á Esteban; Guillermo su hermano y toda la nobleza de Escocia á Enrique II, á Ricardo I, y al rey Juan? Homenaje que para revestirse de un carácter mas sagrado se prestó entonces públicamente en la montaña de Lincoln, y se juró sobre la cruz del arzobispo de Cantorbéry. No se trate de buscar apoyo en la interrupcion hecha de este homenaje en el reinado de Ricardo III... Ricardo III era un usurpador, y con este título no tenía ningún derecho á reclamarle. Enrique VII, mi padre, ocupado en destruir las facciones políticas y religiosas que agitaban lo interior del reino, no exigió este homenaje del rey Jacobo IV, lo sé; pero yo, sir Scot, yo, que ministro de las venganzas celestes he sugado á los rebeldes en su propia sangre, he quemado á los hereges en las flamas, he sepultado á los ejércitos enemigos en el mismo campo en que los he vencido; yo, que viendo á la antigua Inglaterra destrozada hace cuatro siglos por los vaivenes de la guerra civil y sumergida hace mil años en las tinieblas del error, no he hecho mas que tender mi mano sobre ella, como lo hizo Dios sobre el caos, y ha bastado para dotarla de calma y de luz, presentes divinos que hasta entonces no habian bajado sino del cielo, yo, digo, no sufriré que vuelva á perder estos bienes y que las cosas no se restituyan á su primitivo estado. El pueblo de Escocia debe prestar homenaje á su nobleza, la nobleza de Escocia á su rey; el rey de Escocia al de Inglaterra, y el rey de Inglaterra á Dios.

Scot. Perdonad, señor, si aun por esta vez me veo precisado á dar á V. G. una respuesta contraria á la que parece que espera... Pero el homenaje de los antiguos reyes de Escocia no se prestó jamas á los predecesores de V. G. sino respecto de las tierras que poseian en Inglaterra, lo mismo que los reyes de Inglaterra prestan homenaje á los de Francia por los ducados de Guisa y Normandía. Juan de Bailliol prestó homenaje á Eduardo I, en reconocimiento del auxilio que le habia dado este último para subir al trono; pero perdió la estimacion de la nobleza y la amistad del pueblo, y el rey Jacobo V está demasiado querido

del uno y apreciado de la otra para esponerse jamas á semejante desgracia.

Enr. De ese modo mi sobrino rebusa reconocermé por su soberano?

Scot. Lo rebusa.

Enr. Y ha pensado primero todas las consecuencias de semejante negativa?

Scot. Cualesquiera que sean las sufrirá: los reyes de Escocia tienen la costumbre de llevar la mano á su espada antes de ponerla sobre su corona.

Enr. (*Levantándose.*) Bien, sir Scot de Thirstane, bien... porque ya estoy cansado de todos esos homenajes jurados e interrumpidos. Escuchad pues: hasta aqui hubiera podido contentarme con lo que os pedía; ahora ya necesito otra cosa. La mano de Dios ha colocado nuestras dos naciones lejos de los demas pueblos del mundo, enfrente una de otra, en medio del Océano, sobre un mismo suelo, pero desigualmente divididos entre si: por toda separacion les ha dado el canal estrecho de Twide, bastante para separar dos provincias, pero no dos reinos; así de mil años á esta parte la sangre mas esclarecida de ambos pueblos no ha dejado de enrojecer tan pronto una orilla como la otra. Hace mil años no ha tenido la Inglaterra un solo enemigo de quien no haya sido aliada la Escocia. Esta Escocia no ha tenido una guerra civil en que el poderoso soplo de la Inglaterra no atizase el incendio de sus ciudades; entre nuestros dos pueblos hay un odio que la madre lega á la hija con su leche, y el padre al hijo con su espada... pues bien, este odio, sir Scot, duraria de generacion en generacion hasta el dia del juicio, sino hubiera pensado yo, Enrique de Inglaterra, que esto debia concluirse bajo mi reinado; que un homenaje no me bastaba, que necesitaba una conquista, y que dos coronas y dos cabezas eran demasiado para una sola isla... desde hoy pues no hay ya un rey en Inglaterra y otro en Escocia, hay un solo rey de Inglaterra y Escocia; hé aqui todo... El Dios de los ejércitos decidirá si debe llamarse Enrique VIII ó Jacobo V.

Scot. Señor, el Dios de los ejércitos lo es tambien de la justicia.

Ear. Y vos tenéis ante los ojos una prueba de ello, sir Scot; mirad á la izquierda; esa armadura es la del rey Jacobo IV, inserto en el campo de batalla de Floddem con su hijo, doce condes y diez y siete barones. Podéis distinguir sobre la coraza, no es así? la rotura por donde entró el acero y salvó la vida... pues bien, lo juro aquí sobre mi corona y cetro, sir Scot, cualquiera que sea la armadura con que hayais de cubrir á la Escocia, y por bien templada que esté, yo le haré á su vez una herida bastante profunda para que le saiga del corazón de una vez cuando tiene de rebelde.

Scot. Antes de llegar á ella, señor, es necesario que hayáis destruido la última de sus aldeas y despedazado al último de sus hijos. En cuanto á mi, V. G. ha tenido á bien decirme que soy digno de mi divisa... No lo sería sino me despidiera de V. G. lo mas pronto posible, pues quiero que al encontrarme de nuevo á la cabeza de los primeros soldados que marchen contra vos, digais vos mismo: «siempre pronto.»

Ear. ¡Ah pues, sir Scot, no os detenemos: los reyes de Inglaterra tienen también una divisa que jamás han abandonado; quiero que antes de un mes ondee escrita con letras de fuego sobre bastantes ciudades de Escocia, para que desde todos los rincones del mismo reino se pueda leer: Dios y mi derecho... Señores, haced los honores al embajador, no ya del rey de Escocia, sino de nuestro sobrino Jacobo V. Quedaos, milord Ethelwood, tengo que hablaros.

ESCENA IV.

ENRIQUE ETHELWOOD.

Ear. (Tomando el brazo á Ethelwood, se pasea con él.)

Ahora bien, duque de Dierham, qué decis de esta obstinación de mi sobrino?

Eth. Que su embajador es, sino el mas respetuoso de todos los embajadores, á lo menos el mas conciso en sus respuestas.

Ear. Es cierto: sir Scot es muy digno escocés, que no

tiene mas que una falta, la de creerse aún en los tiempos de Roberto Bruce y de Guillermo Wallace, y pensar que á seis siglos de distancia los corazones son los mismos, porque las corazas que los cubren se parecen; el buen hombre es una estatua de los tiempos antiguos colocada en el camino del mundo, y que no ha visto con sus ojos de piedra desaparecer las generaciones á medida que se suceden... Dónde estan los Douglas y los Randolph?... En nuestros dias se llaman Olivier, San-clair ó Maxwell... que lástima! Milord, milord, os lo digo, no es esta guerra la que me hará nacer una sola cana, ya la haga en persona, ya envíe al duque de Norfolk en mi lugar. Mi espada es larga y cortante, y adonde no pueda alcanzar la arrojo... No es esto lo que me hace desgraciado, milord, no es esto... *(Se deja caer sobre un sofá.)*

Eth. Vos desgraciado, señor!... Vos triunfante fuera y dentro de vuestro reino; vos, que apagando las discordias de la rosa blanca y la rosa encarnada de York y de Lancaster, estais sentado en el trono, poniendo un pie sobre la guerra estrangera, y el otro sobre la guerra civil, y que habeis dicho á la Inglaterra y á la Francia enmudecidas lo que Dios dice á las olas de la mar... Alto ahí!... Perdonome V. G., pero es preciso que la ambicion humana sea mayor que el mundo, pues que el mundo no le basta.

Eur. Duque, no es la cólera de los vientos, ni la de las olas, ni la tempestad, ni el Océano lo que echa á pique un navio sólidamente construido. Es la roca oculta en la mar y cuya herida es mortal, porque aquella es invisible; si, yo soy grande, soy poderoso, es verdad... No hay uno solo de mis súbditos que no me envidie, y yo envidio al último de mis súbditos.

Eth. Vos, señor?

Eur. Si, porque esto no es mas que una corona y un cetro. Se necesita ademas una almohada en que poder descansar: se necesitan á un mismo tiempo la vida politica y la vida privada, y á par de la grandeza del palacio la felicidad doméstica... Pues bien, el último de mis súbditos puede tener una muger é hijos que le amen; el último de mis súbditos es mas feliz que yo!

Etá. Las reinas vuestras esposas os han amado, señor, y os han dejado hijos que os aman.

Eur. Las reinas mis esposas!... Catalina de Aragon, no este? Que estaba para casarse con mi hermano antes de ser mi muger, lo que causó en mi conciencia tan gran remordimiento, que me vi precisado á repudiarla. Ana Bolena, cuya conducta la trasladó de mi lecho al cadalso; Juana Seymour, angel bajado del cielo, y á quien envidioso el cielo mismo volvió á llevarse. Ana de Cleves, que me pintaron graciosa y bella, con quien me hicieron desposar por un retrato de Holbein, y luego que llegó... pero se hizo justicia contentándose con el título de hermana. Qué me queda pues ahora de mis cuatro matrimonios? El recuerdo de algunos dias de felicidad; veinte años de remordimientos, vergüenza y pesar; despues dos hijas que la ley ha declarado incapaces de reinar, y un hijo que Dios ha declarado incapaz de vivir.

Etá. Señor, sois aun bastante jóven, y un nuevo matrimonio puede daros todo lo que hasta ahora os ha faltado.

Eur. Sí, lo sé, y soy á hacer aun esta prueba otra vez. Pero esta vez, te lo juro, milord, no ire á buscar muger ni en las cortes ni en las casas de los principes; estoy cansado de ver á la Europa mezclarse en mis querellas domésticas; mi divorcio con Catalina de Aragon me grangeó la guerra con los Países Bajos, la España y el Imperio; el repudio de Ana de Cleves va á sublevar contra mi el Henao, la Flandes, y tal vez la Francia... Poderoso y aislado, como lo estoy, en medio de los mares, ninguna alianza puede aumentar mi fuerza. Esta reside en mi mismo: lo único que me falta es una muger jóven para que pueda amarla, hermosa para que pueda agradarme, y prudente para que pueda fiarme en ella. Su condicion nada me importa. He sacado dos ministros, el uno de la tabla de un ca ruicero, el otro de la fragua de un herrero; bien podré sacar un principe real del seno de una vasalla.

Etá. Pero ese tesoro de juventud, de belleza, de inocencia, á qué país le ira á buscar V. G.?

Eur. Si no me han engañado, mi querido duque, no

tendré necesidad de poner el pie en el Continente para encontrarlo.

Eth. Sin duda el genio protector de la antigua Inglaterra os guarda esa virgen predestinada en algun rincón del reino, en la caverna de Fingal, ó en la gruta Staffa.

Enr. No, milord, su destino por mas brillante que deba ser en el porvenir no es tan poetico en lo pasado... Una nodriza vieja la ha criado á falta de padres, y vive á tres leguas de Londres, á orillas del Támesis, en una casa de muy humilde apariencia.

Eth. Señor... y el nombre de esa jóven será sin duda un secreto político muy profundo y muy importante para que ojos tan indignos como los míos...

Enr. No, no, primo; antes bien para lo que voy á exigir de vos es muy necesario que la conozcais... Se llama Catalina Howard.

Eth. Catalina Howard!

Enr. (Sonriéndose.) Si, milord... Es un nombre bastante desconocido, no es verdad? tan desconocido que se ha necesitado nada menos que el ojo de mi alquimista Fleming para descifrarle en ese libro de Dios, que se llama la tierra, entre los doce millones de nombres inscriptos en el folleto que se llama mi reino.

Eth. Y cómo Fleming ha descubierto...

Enr. Oh! del modo mas sencillo, y sin haber recurrido á encantos ni sortilegios: buscaba á las inmediaciones de Londres no sé qué planta necesaria para sus operaciones químicas, cuando sorprendido por la lluvia solicitó un asilo en la casa aislada que habita esa jóven. Tan maravilloso tesoro le sorprendió, conocia mis intenciones, á su vuelta me habló de ella, y despues todas las cabalas de astros y números le han probado de tal manera que la muger que me hacia falta era una muger jóven, hermosa y discreta, que el viejo loco me ha respondido con su cabeza que reunia estas tres cualidades.

Eth. Y V. G. se ha decidido á hacer una cosa de tanta importancia bajo la sola palabra del que llama viejo loco?

Enr. No, duque de Dierham, porque la aventura que me sucedió con Ana de Cleves me ha hecho descon-

hado, y no empeño yo así anticipadamente mi amor real, sin saber si la mujer á quien le voy á ofrecer es digna de él... Así, ayer, concluido el consejo, guiado por mi viejo alquimista, y disfrazado de caballero de los antiguos tiempos, pase el Támesis en una barca, sin armas ni libreas, hasta llegar al lugar que habita la señora de mis pensamientos...

Etá. Y allí?...

Enr. Allí... la vimos apoyada en el brazo de una mujer anciana errante por la ribera... melancólica y pensativa; como si presintiese su alto destino...

Etá. Y... y Fleming había exagerado...

Enr. No tal!... Fleming se ha quedado corto respecto de la verdad... Milord, la hermosura de Ana Bolena, la gracia de Juana Seymour.

Etá. Y vos la habeis hablado?

Enr. No, milord, porque así que vió que remábamos hácia ella se alejó!... Contaba con volverla á ver hoy, mañana... pero esta guerra con la Escocia se hace tan urgente que no me va á dejar lugar para nada: he tomado por lo tanto una nueva resolución, milord: vos marchareis mañana á buscarla, elegireis los que os parezcan mejor de mi comitiva, y traereis esa jóven al lado de la princesa Margarita, que por mi recomendacion la admitirá entre sus damas de honor...

Etá. Y V. G. no pondrá un intervalo mayor entre su repudio de Ana de Cleves y su enlace con Catalina Howard?

Enr. Primo, cuánto tiempo pasó entre el día en que Ana Bolena subió al cadalso y aquel en que Juana Seymour subió al trono?

Etá. El necesario para que los enterradores colocasen el cuerpo de la primera en el sepulcro... tres dias.

Enr. Cuantas horas mediaron entre la desobediencia de Norris y la orden que di para castigarla con la muerte?

Etá. Las necesarias para que el lord canciller fuese de la torre de Londres al palacio de Greenwich... dos...

Enr. Y cuántos segundos pasaron entre la notificacion de esta orden y la muerte del culpable?

Etá. Los precisos para que el verdugo levantase y dejase caer su hacha... uno...

Eur. Muy bien, milord; ya veo que conoces á fondo la historia de mi reinado... medítadla!... (*Vase.*)

ESCENA V.

ETHELWOOD. Despues FLEMING.

Ethelwood permanece un momento pensativo: despues va á la puerta de Fleming y llama.

Eth. Fleming!... Fleming!

Flem. (*Desde el fondo de su cueva.*) Quién es?

Eth. Sal de tu madriguera, zorro de Cornualles!... sube á la luz, renegado... un cristiano quiere hablarte.

Flem. En qué se puede servir á vuesañoría?

Eth. Acabo de separarme del rey...

Flem. Dios le conserve!...

Eth. (*Echando mano á su toca.*) Eso es el voto de todo buen inglés.

Flem. Y el que hago yo siempre que mis ojos y mis pensamientos se desprenden del cielo para descender á la tierra.

Eth. Muy bien... pero S. G. me ha dicho que no os contentais con hacer votos por él, sino que vuestra afición llega hasta intentar que se cumplan los suyos.

Flem. Yo he puesto á las órdenes de S. G. la escasa conciencia que me ha proporcionado el estudio, y puede disponer de ella á su real voluntad.

Eth. Con tal que su real voluntad ponga á su vez á tu disposición todo el oro que tus reprobos manos necesitan para completar la obra que tienes entre manos, no es verdad?

Flem. Solo descomponiéndole se puede llegar á componerle... Y cuando el hombre haya averiguado el secreto de Dios, será tan poderoso como él... Milord, estoy muy cerca de llegar á obtener un gran resultado.

Eth. Para eso necesitas rios de oro, no es cierto?

Flem. Mucho necesito.

Eth. Y crees tener bastante con lo que te dará Enrique por haberle encontrado una muger jóven, bella y virtuosa?

Flem. Si, porque entonces cada vez que llame al trono

con mi varita, como Moisés á la roca, en lugar de ella, saldrán dos fuentes.

Eth. Y tu sed de oro no te ha dejado calcular los peligros á que espones tu cabeza, empeñándola en una negociacion tan peligrosa como la de un matrimonio con Enrique, que de cuatro mujeres ha repudiado dos y dado la muerte á una.

Flem. He escuchado la voz de mi felicidad, que me decía: haz esto.

Eth. Y la de la prudencia no te ha recordado la desgracia de Volseo y la de Norriá?

Flem. Señor mío, las cosas no tendrán ya esta vez un fin tan desastroso.

Eth. Y quién te lo ha dicho?

Flem. La ciencia.

Eth. Pues bien, sabio Fleming, la ciencia ha mentido.

Flem. Cómo!...

Eth. Ese ensuciento no puede hacerse.

Flem. Por qué?

Eth. Porque la que has escogido por base de tus cálculos... Catalina...

Flem. Y qué?

Eth. Esa joven que quieres casar con el rey, Catalina Howard... no es ésta?

Flem. Sí.

Eth. Es mi mujer.

Flem. Misericordia! Estoy perdido!

Eth. Sí, Fleming, estás perdido; porque, conoces la ley que ha hecho promulgar Enrique después de la muerte de Ana Bolena?

Flem. La conozco.

Eth. Ley que conduce al mismo cadalso á la reina que no se haya reconocido indigna del rey, y á cualquiera que haya contribuido á este matrimonio... Ah! tú le has prometido una novia joven, bella y virtuosa... Catalina es joven, bella y virtuosa; pero crees que el juez de Catalina de Aragón y el verdugo de Ana Bolena se contentan con esta virtud?

Flem. Vos se lo consagraréis todo, maldad, y el perdónará.

Eth. Sí, y como prenda del perdón, hará de la duquesa de Berriant una dama de honor de la princesa Mar-

garito, y enviara al duque a hacer la guerra a los irlandeses... No, Fleming, no...

Flem. Oh! Señor!... Tened piedad de mí!

Eth. Piedad de ti, desventurado!... De ti que por tu imprudencia acabas de desvanecer la esperanza de toda mi vida! Piedad de ti que acabas de echar un negro velo sobre los dias mas deliciosos de mi vida!... Y de mi, de mi... Dios mio!... quien tendrá luego piedad de mí?...

Flem. Ah! Busquemos, busquemos, milord... tal vez habrá algun medio de conservar, vos la felicidad, y yo la vida.

Eth. Uno hay.

Flem. Uno?

Eth. Arriesgado!

Flem. No importa.

Eth. Desesperado!

Flem. Decidle.

Eth. Yo soy el encargado por el rey de buscar y conducir a la corte a Catalina.

Flem. Cuando?

Eth. Mañana.

Flem. Ah! Dios mio!

Eth. Es necesario que el rey no vuelva a verla...

Flem. No, no... seriamos perdidos, porque la ama ya...

Eth. Pues bien... es preciso que ella muera esta noche.

Flem. Los venenos mas eficaces...

Eth. Infame! (Ayarrándole.)

Flem. Piedad!

Eth. Es preciso que muera para el rey y para el mundo... pero es preciso que para mí... para mí solo viva! entieudes?... que viva... y me respondes de su vida.

Flem. Yo haré cuanto quepa en la ciencia humana.

Eth. Ahora bien, tú me has hablado de venenos...

Flem. Sí.

Eth. En lugar de un brebaje mortifero, no podriais darme un licor narcótico?... No hay plantas cuyo jugo detiene la sangre en las venas, entorpece el corazon, suspende el curso de la vida?... El sueño, dime, no puede asemejarse a la muerte de tal modo que el ojo mas suspicaz se equivoque? Vamos, piensa reflexiona.

Flem. Puede, milord: una crónica florentina refiere que por un medio semejante una jóven de la casa de Montaigne...

Eth. Pero tú puedes componer un licor semejante?

Flem. Perfectamente.

Eth. Y responder de su efecto?

Flem. Con mi vida.

Eth. Fleming, si haces lo que prometes...

Flem. Lo haré.

Eth. Me has dicho que necesitabas oro? Pues bien, yo te daré en cambio de ese licor mas de lo que el fuego de tus hornillos pueda fundir en todo un año.

Flem. Bajemos á mi laboratorio, milord.

Eth. Y dentro de una hora?...

Flem. Volvereis á subir con el filtro que desecis.

Eth. (Parándose en el último ascenso.) Un instante, Fleming... Me habeis comprendido bien... Os va en este negocio la vida ó la muerte...

Flem. Mi vida está en vuestras manos, milord.

Eth. (Bajan juntos.) Vamos.

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

Segundo Cuadro.

Habitacion de Catalina: puertas laterales y una en el fondo que deja ver el campo. Una mesa pequeña y encima algunas frutas: al lado opuesto un tocador con su espejo.

ESCENA VI.

CATALINA. KENNEDY.

Catalina entra apoyada en el brazo de su nodriza.

Ken. Volvemos ya, hija mia?

Cat. Si, ama, porque ya se hace tarde.

Ken. El sol apenas se ha puesto, y á esta hora el Oriente es tan bello, visto de lo alto de la montaña!

Cat. (*Sonriéndose.*) Si, magnifico!... pero es el mismo sol y el mismo horizonte que vi ayer... (*Se sienta.*)

Ken. Ya estás triste!

Cat. No, Kennedy, sino fastidiada.

Ken. Si, pobre niña, el fastidio marchita tus megillas, nubla tus ojos y debilita tus fuerzas. Pero cómo puedes fastidiarte en medio de esta hermosa campiña, tan verde y tan rica?

Cat. Cierto: me pareceria hermosa si la viese por la primera vez... pero hace diez y ocho años que la estoy viendo todos los dias...

Ken. Mas del doble hace que la veo yo... y sin embargo no me he cansado aún de ella; como soy una pobre muger sin deseos y sin ambicion, he buscado siempre la felicidad en las cosas que podia alcanzar, y nunca mas allá...

Cat. Lo que está mas allá de lo que podemos alcanzar debe ser no obstante muy bello. Londres!... Dices que es tan magnifico!... Cuando viviré yo en Londres! Dios mio!

Ken. Tú te casarás algún día, hija; eres sobrado hermosa para no hallar un esposo rico y noble.

Cat. Si, es cierto?... y entonces tendremos un palacio en Londres... barcos en el Támesis, bosques donde persigamos la caza con un halcón en la mano... seguidos de lacayos y pages... Tú vendrás conmigo... recorreré mis tierras, y recibiré el homenaje de mis vasallos; entonces no me fastidiaré ya, seré hermosa, rica... Seré poderosa; diré: yo lo mando... y todo el mundo me obedecerá.

Ken. Qué loca eres!

Cat. Mira, Kennedy, si creyese permanecer siempre así, en esta miserable casa, aislada... entre estas paredes que me sufocan... vestida con esta ropa, y rodeada de estos muebles tan sencillos, mira... preferiría meterme en un establo... con tal que estuviese bajo una losa de mármol...

Ken. Hace días, hija mía, que los sueños de tu imaginación me asustan... créeme, no te abandones á semejantes pensamientos.

Cat. Kennedy, mis pensamientos son mi sola felicidad, mis sueños mi sola riqueza; déjalos...

Ken. Vámonos, ya veo que quieres estar sola de nuevo, para entregarte á todas tus locuras... Hace un año que he notado que mi presencia te incomoda, te cansa.

Cat. Oh! madre mía, tú te engañas, eres injusta... pero si vieras... cuando estoy sola oigo voces extrañas que murmuran en mis oídos... Caprichosas apariciones pasan delante de mis ojos... Entonces todo se mueve, y anima al rededor de mí que la cadena de los seres creados no acaba en el hombre, sino que sube hasta el mismo Dios... Me parece que recorro con los ojos todas las gradas de aquella luminosa escala, que por una estremidad descansa en la tierra, y por la otra toca al cielo... El fuego que chispea son salamandras que jugando levantan millares de centellas... En esa agua que corre debajo de estas ventanas... hay una ondina que siempre que me asomo me saluda como á su hermana. La brisa embalsamada de la tarde pasa cargada de sílfides, que se detienen en mis cabellos... y salamandras, ondinas, sílfides, murmuran á mi

oído palabras... Oh! palabras que me vuelven loca...
tu lo has dicho.

Ken. Estad dichosas aquellas en que no hay sino cerrar los ojos para ver semejantes maravillas... en que los sueños nos consuelan de la realidad! Duermes, hija mía; la noche vale mas que el día... Pero ten cuidado; de cuantos duendes visitan á las jóvenes durante su vela ó sueño, el mas peligroso y el mas difícil de rechazar es el de la ambicion.

Cat. Ese, Kennedy, no es un demonio, es un angel... es el mas bello, el mas seductor de todos... Es el rey del cielo... tiene alas doradas y una corona en la cabeza.

Ken. Buenas noches, mi noble señora...

Cat. Buenas noches, Kennedy.

Ken. Buenas noches, delirante... Ya estoy mas tranquila, pues te dejo en medio de una corte de duendes, fantasmas y hadas.

ESCENA VII.

CASTORANA sola: cierra la puerta de delante y va á abrir la otra.

Cat. Anda, buena ama, ve y dejame abrir la puerta por donde entran y salen todos mis sueños. Vendrá Ethelwood esta noche? Esta mañana me dijo tal vez... tal vez... es siempre, si. Me ama tanto!... Sin embargo, si me amara tendria secretos para mi? me ocultaria su nombre, su gerarquia, su titulo? Cuando me entregué á él, me entregué toda yo; no he separado mis días de mis noches, no te he dicho: habrá tantas horas para ti, tantas para el mundo: le he dicho: aqui estoy, soy tuya. Oh! qué suplicio! estrechar entre sus brazos un hombre á quien se ama á ignorar quien sea este hombre; perder la cabeza con sueños de esperanza, insensatos tal vez; gastar los hermosos y alegres años de su juventud en la expectativa, en la ignorancia; aislada, sin conocer el termino de esta agonía, oír por sola respuesta á todas mis preguntas: mas adelante, mas adelante. Y perderse toda en esta palabra que abre incesantemente un abismo delante de mi vida. Sale la aurora y espero saberlo todo durante el

ña: llega la noche y no he sabido nada. Dichosa cuando él puede robar algunas horas... á quién? no lo sé; á otra tal vez para dármelas á mí, esclava, prisionera, sepultada lejos del mundo. Y héme aquí en este instante en que las horas de placer pasan alegres en la ciudad, héme aquí sola y triste esperando á mi esposo que acaso no vendrá, á mi esposo que posee un título, es de una clase elevada, estoy segura de ello... y que no me hace participar ni de su clase ni de su título... Si no obstante estuviese con él en Londres ahora, en lugar de desnudarme este modesto traje cuya sencillez me humilla para llamar antes de tiempo un sueño, que no vendra, me sentaría delante de mi tocador... (*Se sienta delante del espejo.*) Escogería entre estos aderezos que me ha dado, y que me son inútiles, las mejores alhajas, (*Abre las cajas.*) me pondría al cuello este collar de perlas, estos diamantes por pendientes y estos brazaletes en los brazos. Entre estas sencillas flores que adornan mis cabellos tendrían lugar estas espigas de diamantes. Este ceñidor de pedrería, rodeado á mi cintura, haría resaltar su elegancia: un page nos precedería: se abrirían delante de nosotros salones resplandecientes de luz, y cuando me presentara yo... oh! si mi espejo no miente, todo el mundo diría: una reina no está mas adornada, no es mas hermosa... Oh! (*Volviéndose y viendo á Ethelwood de pie cerca de la puerta, y que ha oído el fin del monólogo.*) oh, Ethelwood, amigo mio, no te había visto.

ESCENA VIII.

CATALINA. ETHELWOOD.

ETA. Os ocupaban cuidados muy importantes para reparar en mi llegada.

Cat. Os parezco bonita?

ETA. Si mi retrato rodeado de rubis ó de esmeraldas hubiese estado pendiente por casualidad de ese collar, ó puesto en ese brazaletes... Oh!... entonces tal vez hubiera yo merecido de vuestros pensamientos de coquetaría un recuerdo momentáneo de amor.

Cat. Os parezco bonita?

Eth. Oh! demasiado por mi desgracia, señora.

Cat. En ese caso dad gracias al cielo, que me ha hecho así para vos, y venid á abrazarme, señor. (*Ethelwood la toma una mano.*) Además, yo me he adornado por instinto, me he puesto hermosa por presentimiento: (*Poniendo la mano sobre su corazón.*) os sentí venir aquí... Dejad pues ese aire de inquietud; vamos, sentaos, y yo me colocaré á vuestros pies, mi gentil caballero, mi buen baron, mi noble conde... Cual de estos títulos quereis que os dé?... (*Va á buscar un taburete y se sienta.*)

Eth. Ninguno de esos títulos, porque ninguno me pertenece.

Cat. De qué modo habeis venido... que no he oído el galope de vuestro caballo, de vuestro admirable Ralph, que viene volando... y se va tan lentamente...

Eth. He pasado el Tamesis en una barca de pescador, porque hoy mas que nunca temi ser reconocido.

Cat. Siempre misterioso... pero tendras sin duda motivos poderosos.

Eth. Juzga por mi amor, pues que te los oculto á tí, que eres mi vida.

Cat. Oh! si tú amases!

Eth. Escucha, Catalina; duda de tu existencia, de tu alma, de la luz del dia cuando el sol mas ardiente abrasa el cielo, pero no dudes de mi amor... pues muger ninguna fue amada jamas de ningun hombre como tú de mi.

Cat. Perdona, amigo mio.

Eth. (*Cogiéndola la cabeza entre las manos.*) Ah! mirame pues... mirame... no amarte yo... mi corazón hasta su último latido... mi vida hasta su último aliento, hasta la última gota de mi sangre, todo es tuyo, Catalina... y dice que no la amo, Dios mio, ella lo dice!...

Cat. No, no, ya no lo digo.

Eth. Y si te perdiera!... Si otro!... Oh! Señor! Señor!...

Cat. Qué tienes?

Eth. Me siento malo.

Cat. Tú!...

Eth. Si... estoy cansado... se me arde la frente... tengo sed...

Cat. (*Levantándose.*) Voy á servirlos, señor. (*Mientras*

que Catalina se á abrir una alcova gótica. Ethelwood saca un frasco de su pecho y vierte parte de lo que contiene en el vaso de plata cincelado que está sobre la mesa.)

Eth. Dios mío, perdonadme!... esto es provocar vuestro poder.

Cat. A falta de pago, queréis que yo sea vuestro copero!
(Ethelwood pone el vaso, Catalina echa.)

Eth. Gracias.

Cat. Cómo tiembla tu mano!

Eth. (Sigue sentado y la coge entre sus brazos.) Catalina, Catalina!... Ah! jamás, jamás...

Cat. Qué triste estás hoy! veamos si hay algún medio de distracción. Queréis que os recite una canción de un antiguo rey de Inglaterra llamado Edgardo, que se casó con una vasalla... la bella Eliza?...

Eth. (Aparte.) Cada palabra que me dice es un nuevo tormento.

Cat. Me oís?

Eth. Sí.

Cat.

Miraba el rey placentero
A Eliza, bella pastora,
Que con vida y alma adora
El buen Ricardo el arquero,
Y le dice, niña, quieres
Que tuya contigo yo?

No.

Escúchame, hermosa impia,
Yo soy noble y caballero,
Si tú me quieres yo quiero
Unir tu suerte á la mía.
Serás dama, y en tu mano
Irás posado un halcón.

No.

Tal vez tu ambición aspira
A ver ornada tu frente
Con la corona esplendente
Que destumbra á que la mira?
¿Ni, quieres ser baronesa?
Su corona te doy yo.

No.

Por un beso, un solo beso
 Condessa te haré también,
 Y haré que ciba tu sien,
 Tal mi amor llega al exceso,
 Rica corona que lleve
 De perlas cada florón.
 No.

Brillante entre tus rivaletas,
 Si acaso tu gusto fuera,
 Ornarán tu cabellera
 Ricos carbunclos ducales,
 Y el oro hará en tu corona
 De hojas de viña el festón.
 No.

Una palabra no mas;
 Bita, yo soy soberano,
 Acepta, hermosa, mi mano
 Y reina al punto serás,
 Y mi corte y mi corona
 Se inclinarán ante tí.
 Sí.

Eth. Y así es el fin de los amores de la bella Elisa?

Cat. Qué, no acaba bien su historia? Llega á ser reina.

Eth. Y Ricardo?

Cat. Qué Ricardo?

Eth. Su amante.

Cat. La cancion no dice mas.

Eth. Con que no hay un recuerdo para el pobre abandonado, ni en el alma de su querida, ni en los versos del poeta... Yo seré menos ingrato que ellos, beberé á su memoria. *(Coge el vaso sin acercarlo á la boca.)*

Cat. Pues bien, y qué?

Eth. Pues bien, por poca memoria que tengais, no os acordareis de las costumbres de nuestros amores... He llevado jamas á mi boca un vaso, sin que vuestros labios lo hayan tocado antes, sin que yo busque en sus bordes el sitio que ellos han tocado... Vamos, mi bella Elisa, no, mi Catalina... me he equivocado... A la memoria de Ricardo... *(Catalina bebe: Ethelwood la*

sigue con la vista agitada, pronto á arrancarle el vaso de la boca; despues lo tira á sus pies.) Oh Catalina!... Catalina!... perdona!

Cat. Por qué?

Eth. Era necesario, era el único medio... el único recurso...

Cat. Pero qué quereis decir!...

Eth. Sino éramos perdidos... separados para siempre: te pones pálida... Catalina.

Cat. Sí, sí; no sé lo que siento, un vahido, se me va la vista...

Eth. Dios mio!

Cat. Mi pecho arde, mi frente está hecha un fuego... Ah! este sudor es mortal...

Eth. Oh! desdichado de mi... verla sufrir así... Oh! mas valia...

Cat. Déjame... déjame... agua, agua... me ahogo. Oh! por favor... por piedad, mi Ethelwood... me siento morir... Socorro!

Eth. No, no grites... *(Tomándola entre los brazos.)*

Cat. Las flores... las alhajas. *(Llevando la mano á la cabeza y arrancándoselas.)* Qué desesperacion!... Ah! la vida, la vida... Dios mio... Pero tu...

Eth. No morirás.

Cat. Tan jóven, tan jóven morir... Oh! Dios mio, tened piedad! Kennedy... Ah!... misericordia... no veo ya... yo muero. *(Se suelta de los brazos de Ethelwood y cae rechazándole.)*

Eth. Oh! Catalina!... Catalina!... Ahora, oh! estoy seguro al menos de que moriremos ó viviremos juntos. *(La abraza otra vez, va á la puerta por donde salió Kennedy, la abre, toca violentamente una campanilla, despues va á Catalina, la abraza otra vez y desaparece por la misma puerta por donde entró. Kennedy aparece asustada á la puerta del fondo.)*

Ken. Catalina, hija mia... qué te pasa... ah! desmayada... pálida... no late... *(Poniéndola la mano sobre el corazon.)* No respira... *(Se acerca á la boca.)* Esta muerta!... muerta!...

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Tercer Cuadro.

Ethelwood.

Panteon de la familia de Dierham, á media legua de Londres; una sola puerta en el fondo para salir al llano: algunas escaleras para llegar á esta puerta, varios sepulcros de caballeros y damas con sus estatuas echadas encima: los hombres tienen un leon á los pies, y las mugeres un lebre. Delante y á la izquierda de la escena una tumba abierta en que está echada Catalina Howard, detras de ella una pila de agua bendita protegida por un angel sajon.

ESCENA PRIMERA.

ETHELWOOD, apoyada la cabeza en el sepulcro. UN SACERDOTE, cumpliendo con los últimos deberes de un entierro católico. KENNEDY. VARIAS JOVENES.

Sacerd. Dichosos aquellos que mueren jóvenes y que se acuestan con su ropa de inocencia, porque ellos se duermen en la tierra y se despiertan en el cielo! No somos ya nosotros, dulces y blanca paloma, los que pedimos por ti; tú eres quien ruega por nosotros; consérvate allá arriba en la gracia del Señor, como te has conservado aquí en su misericordia. (*Toma un ramo de box, lo mole en la pila y lo sacude sobre ella.*)

Ken. (*Echándose sobre el sepulcro.*) Hija mia: pobre hija mia: ah! quién me hubiera dicho jamas que seria yo la que te cerrara los ojos y te depositara en el sepulcro! Oh! esta es una prueba cruel que el Señor

~~no habia ocurrido... Catalina, Catalina... es impos-~~
 sible que Dios la haya llamado á si tan joven!... Ah!
 hija mia, mi querida hija! Dios mio... Señor... Dios
 mio... (*Desesperada le arroja de allí.*)

Una joven. Duermes en paz, hermana querida; eras demasiado bella para este mundo: Dios ha visto que le faltaba un angel, y te ha llamado á si: sin duda en este momento tú suspendes sobre nosotros, con tus alas blancas y tu aureola de oro; goza de la gloria eterna, y pues que nos amabas en la tierra, protéjenos desde el cielo. (*Le echan agua bendita las jóvenes.*)

Eth. (*Dejando su sitio y tomando el ramo de manos de la última de las jóvenes.*) A mi vez, Catalina, á mi vez echaré agua bendita sobre tu helado cuerpo. (*Todos salen del panteón, y Ethelwood queda solo.*) Sí, Fleming me ha cumplido religiosamente su palabra. Su sueño es hermano de la muerte, y sino fuera obra mia, mis ojos mismos se confundirian con la semejanza... Fragilidad de la existencia humana! algunas gotas estraidas de ciertas plantas bastan para suspenderla; con algunas gotas mas se acabaria, y el alma que brillaba en esos ojos, ahora cerrados, que vibraba en esa voz, ahora muda, que daba la vida y el pensamiento á ese cuerpo, ahora inmóvil y frío, desaparecería entonces para siempre, remontándose al origen de todas las cosas. Qué es de ella durante este letargo, mas profundo que el sueño y menos que la muerte? Gira en torno por el país de los sueños, duerme como una lámpara santa encerrada en el tabernáculo? Ha ido á llamar á la puerta de ese mundo desconocido que se llama eternidad... y así que la sangre empiece á circular por sus venas, cuando el pensamiento vuelva á avivar el espíritu, y esta alma, desterrada en instante, vuelva á entrar en el cuerpo como una reina en su palacio, se acordará de las cosas de este mundo, ó de las que haya visto durante estos dos días en el cielo? Oh! yo concibo que el asesino no tenga remordimientos en presencia de su víctima, pues si este cuerpo inanimado no es feliz, está por lo menos bien tranquilo!... oh! Catalina! Catalina!... no valdria mas que me acostara yo á tu lado en esa tumba, que hiciera cerrar la losa sobre nuestras

cabezas, y que nos durmiéramos así el uno en brazos de otro, hasta el día de despertarnos para la eternidad mas bien, que para esponer nuestra vida á los azares del mundo y á los reveses de la fortuna? Quién sabe los que Dios reserva para nosotros, en su mano, de felicidad ó de calamidades; quién sabe si tú un día me bendecirás ó me maldedirás por haberte despertado... porque no hay porvenir cierto mas que el de la tumba; y este á que esperarle, puesto que tan facilmente se puede anticipar? Ah! (Se inclina y besa la frente.) Catalina! Dios mio! Dios mio! se ha estremecido!... me parece... mi vez ha ido á buscar su alma hasta el fondo de su sueño. Oh! Catalina, Catalina! vuelve en tí, no mas pensar en la muerte... la vida, la vida... contigo feliz ó desgraciada en la alegría ó en la desesperacion. (Ruido.) Pero, Dios mio! la vida!... la vida! Qué desgracia! (Volviéndose hácia la puerta del panteon, que se abre.) Quién viene aqui? Qué imprudencia! no he cerrado esta puerta despues de salir todos. El rey!... (Dando algunos pasos hácia la ventana se hace atrás con espanto.) El rey aqui? (Vuelve á la tumba é inclinandose hácia ella.) Deidades de las tinieblas, pese sobre sus ojos vuestro sueño de hierro; y no vuelvan á abrirse jamas si han de abrirse ahora.

ESCENA II.

DUQUE. ETHELWOOD.

Eur. (Despues de haber cerrado la puerta y encontrándose un instante en la oscuridad.) Duque de Dierham, dónde estais?

Eth. Aqui estoy, señor. (Yendo al rey.)

Eur. Bien, Ethelwood... bien; vos sois leal... gracias: dónde está ella? (Apoyándose en él.)

Eth. Allí. (Mostrándole la tumba con la mano.)

Eur. Agradezco, milord, el haberla hecho depositar en el panteon de vuestra familia... Ocho dias despues os doy mi palabra real de que hubiera dormido en el de Westminster.

Eth. Señor, la muger en que V. G. se habia dignado

poner los ojos durante su vida, debía ser aun despues de su muerte un objeto de respeto y veneracion para mi. Pero cómo ha bajado V. G. solo?

Enr. He querido verla una vez antes que la tumba se cerrara sobre ella... Cuando las gentes de mi servidumbre que os acompañaron ayer volvieron á decirme que la habiais encontrado muerta, y os habiais quedado para cumplir los últimos deberes, no quise dar crédito á esta noticia... y comprendes tú esto, Ethelwood... yo que permanecería impasible si viese la caída de mi trouo, al oír la muerte de esta joven senti que mi corazon se oprimia, que mis ojos se llenaban de lágrimas!... ah! es preciso que yo la vea una vez todavía! (*Ethelwood con una resolucion desesperada tira de su puñal con una mano, y con la otra levanta el velo que cubre á Catalina, y tomando la lámpara la acerca á su rostro.*)

Eth. Miradla pues, señor.

Enr. (*Mirándola con atencion.*) Muerta! Muerta!... (*Levantando los ojos al cielo.*) Mucho he ofendido á Dios!... una estrella se levantaba sobre la Inglaterra y sobre mi... el soplo de la muerte la apagó!... y esta muger quizá me hubiera hecho mejor y mas justo, ella hubiera dissipado la tristeza que como una nube envuelve mi alma. Miserable poder humano, tan grande para destruir, tan inútil para dar vida!

Eth. Señor, en nombre del cielo...

Enr. Llamarse Enrique VIII, ser rey de Inglaterra, tan grande como Francisco I, tan opulento como Carlos V, sin tener mas que respirar sobre una escuadra para lanzarla de un mundo á otro, ni mas que chocar su lanza contra su escudo para levantar un ejercito, y sentirse aqui... delante de esta tumba, tan débil, tan impotente como el último de los seres creados en que termina la cadena de la vida!... ó estrechar una mano entre mis manos reales, y no poder caldearla!...

Eth. (*Tocando la otra mano.*) Toma esta mano, Enrique, yo te lo permito; esta mano aun está fria...

Enr. (*poniéndola un anillo en el dedo.*) Catalina!... lleva al menos á la tumba este anillo que no has podido llevar sobre el trono... ah! si pudiese volver á

comprar su vida, qué rescato real daría por ella!...
 Qué quereis, Dios mio, y qué pedis por inflamar segunda vez esta alma?

Eth. Maldicion!... su corazon empieza á latir!...

Enr. Señor, Señor, no teneis dos balanzas para pesar los destinos humanos?... es cierto que soberanos y súbditos son todos iguales á vuestros ojos?... y la muerte entra con paso tan indiferente en el palacio como en las cabañas?... las rodillas pues que se doblan, la testa coronada que implora, no pueden obtener de vos mas que un miserable fraile en su celda, ó que un desdichado leñador en mi choza?... una pobre muger era únicamente la que os pedía que le volvierais á su hija muerta, y sin embargo tomásteis la mano de su hija y dijisteis: Levántate!... y ella se levantó... pero tambien aquella muger... era una madre!...

Eth. (Oyendo.) Ella respira!... Señor, no podeis quedarnos aqui por mas tiempo. Esos lamentos son una profanacion, esas palabras, blasfemias para tentar el poder de Dios.

Enr. Pero salir... no puedo; no puedo separarme de esa tumba.

Eth. Maldicion!... vuelve en si!... Señor!... Señor! dejemos dormir á los muertos en sus sudarios, ó temblen no se levanten ante nosotros, y nos maldigan por atrevernos á turbar así su último sueño. (Se lleva al rey.) Venid... venid!... (Sale con el rey, y cierra la puerta del panteon con llave.)

ESCENA III.

CATALINA sola: levanta un brazo que vuelve á dejar caer.

Cat. Ah! Dios mio!... qué sueño de plomo!... me parece que estoy atada á esta cama... y que me sería imposible levantarme. (Se incorpora sobre las manos.) Mis ojos no pueden (Llevando la mano á su frente.) abrirse... Como pesa mi frente... Ah! me he acostado (Tocando su corona blanca.) con mi corona. Kennedy, Kennedy... de noche todavia!... Oh! hubiera creído

que era de día... Tengo frío!... tengo miedo... (Baja de la tumba y se deja caer casi sobre la escalera.) Oh! me he lastimado!... escaleras... una hampera... mármol!... (Tocando el monumento.) una tumba!... (Levantándose asustada.) una sábana... (Anda llevándose consigo el sudario.) Oh, Dios mío!... Pero dónde estoy?... en una cueva fúnebre, en medio de las muertas... Oh! Señor! Señor! (Con espanto.) si ellas levantaran las losas de sus sepulcros... si despertaran como yo y descendieran de sus tumbas... mientras estoy aquí sola... tan profundamente oculta en las entrañas de la tierra, que el ojo del mismo Dios apenas pueda penetrar hasta mí!... (Corre á la columna donde está el angel, lo abraza, y moja la mano en el agua bendita.) Angel del sepulcro!... angel de la guarda de los muertos!... protéjeme. (Pausa.) Pero qué me ha sucedido?... Vamos... recordemos mis pensamientos. Todo está en calma; todo está tranquilo. Soy una loca en tener miedo. Ethelwood vivió como de costumbre ayer, antes de ayer, no sé más; después he sentido dolores terribles... creí morir, me desmayé... sí, me acuerdo... y entonces... entonces... me han (Con desesperación.) creído muerta y me han enterrado! ah!... viva!... viva! Y no hay salida... esa puerta... (Corre á la puerta y pone la mano en la cerradura: no hallando la llave sacude la puerta.) cerrado... misericordia!... (Vuelve á bajar la escalera precipitadamente y viene á caer de rodillas en medio del teatro.) misericordia, Dios mío! (Se agobia y queda casi desmayada.)

ESCENA IV.

CATALINA. ETHELWOOD.

Ethelwood abre la puerta del fondo, la vuelve á cerrar, se dirige al sepulcro, y viéndole vacío exclama:

Eth. Catalina!

Cat. Me llaman?... (Incorporándose sobre un brazo.)

Eth. Catalina?

Cat. Aquí estoy... (Levantándose de un salto.)

Eth. Ah! (*Precipitándose hacia ella.*)

Cat. Ethelwood... me he salvado!... Ethelwood, amigo mío, ¿qué me ha sucedido?

Eth. Déjame que te abrace primero...

Cat. Podemos salir de aquí?

Eth. Sí, sí; déjame estrecharte entre mis brazos, contra mi corazón, asegúrame de que vives, que vives para mí.

Cat. Sí, para ti, para tí solo... pero salgamos, salgamos... necesito que me dé el aire...

Eth. Catalina, algunos minutos aún, te lo suplico en nombre de nuestro amor... que acaba apenas de escapar de un horrible peligro.

Cat. Sí, está bien. Pero, dime, (*Estrechándole.*) no me dejes!... ¿cómo es que yo me encuentro aquí... en medio de estos sepulcros... sola, encerrada, metida en uno de ellos?... ¿Cómo es que estás tú aquí?... Tú... venido como un ángel para volverme a la luz, y para salvarme la vida... habla... veamos... ¿qué es todo esto?

Eth. Sí, voy a decírtelo todo, porque ya llegó el momento de no tener secretos para mi ángel querido.

Cat. ¿Sabré quién eres?

Eth. Sí, puedo decírtelo con orgullo, pues pocos nombres se remontan tan alto en la historia de la antigua Inglaterra, tanto como el de los duques de Dierham.

Cat. Tú eres duque?

Eth. Sí, Catalina mía; duque de Dierham, marqués de Derby, par de Inglaterra, miembro de la cámara alta.

Cat. Ah! tú ocupas uno de los (*Abrazándole.*) primeros puestos del estado?

Eth. El rey solo es superior a los pares de Inglaterra, y aun éste no les da órdenes si no es llamándolos sus primos.

Cat. Y yo... yo participaré de todo eso; honores, gerarquía...

Eth. Dándote mi corazón, no te he dado todo eso, y ahora que te he dado todo eso, no estoy pronto a darte la vida?

Cat. Con que me llevarás a la corte?

Eth. Escucha.

Cat. Di, veamos.

Eth. Tú has oído hablar del rey Enrique, de sus amores conyugales ó disolutos.

Cat. Sí.

Eth. Pues bien: desde que yo te amé una sospecha me roía el corazón, pensaba en Enrique, temblaba llevarte á la corte; para para él nada hay sagrado, su boca real no tiene mas que aplicar su aliento sobre el honor de una muger para empañarle. Te oculté quien yo era, porque temblaba que una indiscrecion que te se escapase viniera á turbar mi dicha, que reposa enteramente en tí. Un año se pasó así, un año de felicidad, durante el cual te veía todas las noches, en tanto que los días, obligado por mi puesto á estar al lado del rey, procuraba engañar á cuanto me rodeaba, acerca de mis sentimientos secretos, fingiendo llevar mis deseos hasta la princesa Margarita.

Cat. La hermana del rey?

Eth. Oh! sí; perooras tú quien me ocupaba todo el corazón y el pensamiento todo: eras tú, cuya memoria no me dejaba ni un solo instante...

Cat. Sí, se todo eso, amigo mio; pero no me dices por qué...

Eth. Bien... todo lo que habia temido sucedió... hace cuatro dias te vió el rey!...

Cat. El rey me ha visto?... á mí?...

Eth. Sí.

Cat. Y qué?

Eth. Te ama.

Cat. A mí?

Eth. O cree amarte por lo menos, y te desea... ahora comprendes; desde este momento eramos perdidos los dos, si yo no hubiese encontrado un medio... un hábil alquimista me suministró, á precio de oro, un licor narcótico, cuya virtud soporifica produce un efecto rápido y energético... yo eché este licor en tú vaso, y cuando los enviados del rey vinieron ayer á buscarte para conducirte cerca de la princesa Margarita, que se habia dignado concederte una plaza entre sus damas de honor... hallaron á Kennedy llorando sobre mi hermosa Catalina, á quien todo el mundo creyó muerta, y que no estaba sino dormida.

Cat. Todo el mundo... y el rey también?

Eth. Su error es el que nos era más esencial.

Cat. Y no tuvo ninguna duda?

Eth. Ninguna; porque lo que debió perdernos, nos salvó!

Cat. Cómo?

Eth. Mientras que estaba yo al lado de esa tumba y esperaba tu primer aliento, tu primer suspiro, tu primera mirada... el rey, desconfiado sin duda, apareció en esa puerta.

Cat. El rey!...

Eth. Bajó esas escaleras, vino hacia esa tumba en que yo le aguardaba con un puñal en la mano; porque, te lo juro, Catalina, su primera sospecha hubiera sido su muerte.

Cat. Vos hubierais matado al rey, milord?

Eth. Primero que perderte. Oh! no hubiera titubeado, te lo juro!... Pero todo nos ayudó: en vano puso este anillo en tu dedo...

Cat. Un anillo de boda!... (*Mirándole y apretándola.*)

Eth. Tu mano permaneció helada en la suya. En vano su voz te llamó, nada se despertó en ti para responder a esta funesta llamada!... En vano sus labios adúlteros sellaron tu frente con un beso, tu frente permaneció tan pálida como pura. De este modo ninguna sospecha, ninguna duda te queda. Tú eres para él presa de la muerte y del sepulcro. Gracias a mi digno alquimista, gracias!

Cat. Y no pensaste que este brebaje podía ser mortal? Y si en vez de un narcótico te hubiera dado ese hombre un veneno?

Eth. Había previsto ese caso.

Cat. Cómo?

Eth. No te eché más que la mitad del frasco...

Cat. Oh! no importa, eso es horrible, vivir y que todo el mundo me crea muerta!

Eth. Y no me has dicho veinte veces en aquellas horas de amor tan dulces y tan rápidas, no me has dicho, ángel mío, mi bien, que quisieras un mundo que no perteneciese sino a nosotros dos, para que nada pudiera distraernos ó separarnos?... Pues bien, ese mundo es tuyo... al lado del mundo de los vivos que se

cierra, se ha abierto otro delante de tí, un mundo de amor. Olvida pues el que dejás, como él te ha olvidado ya... Así que pueda abandonaré la Inglaterra... te llevaré conmigo á Francia: allí, pues que tú amas, y esto es muy natural siendo tan jóven y hermosa, allí, repito, pues que tú amas los placeres y la loca alegría de las fiestas reales, encontraremos una corte mas magnífica, y menos triste sobre todo que la de Enrique. Mis riquezas y mis títulos, que serán los tuyos, te asegurarán allí un puesto brillante... vamos... ah! dime que he hecho bien y todo esto te hace dichosa.

Cat. Sí... pero hasta entonces dónde habitaremos?

Eth. En el castillo de Pierham, cuya lóveda es esta.

Cat. Lejos de Londres?

Eth. Sobre diez minutos de camino.

Cat. Allí nadie podrá verme?

Eth. Ah! tú te ocultarás á los ojos de todos.

Cat. Si es así, no habré hecho mas que cambiar de sepultura.

Eth. Catalina, ahora que lo sabes todo, ahora que el rey y su comitiva se han ido, dejemos este panteon.

Cat. Ya!...

Eth. Ven.

Cat. Mira primero si alguien puede vernos... si todo esto está asegurado, si la noche es bastante oscura.

Eth. Pero ¿y tú?

Cat. Ah! yo me quedaré un instante aquí; no tengo miedo.

Eth. Tienes razon; voy allí. *(Vase.)*

ESCENA V.

CATALINA sola.

Si es admirable... todo me parece cambiado aqui desde que Ethelwend acaba de decirme. Enrique VIII me ama. El rey de Inglaterra ha bajado á este panteon para volver á ver á la pobre Catalina Howard: como se me ha despertado yo sobresaltada al ruido de sus pasos, al sonido de su voz?... se detiene donde yo estoy. Sus pies estaban sin duda don-

de están los míos... aquí es donde inclinó hacia mí su frente coronada!... aquí es donde puso sus manos reales. Hé aquí el anillo, el anillo de boda que me ha puesto en el dedo... Oh! pero él me ama ardientemente... insensata!... me cree muerta!... (*Apoya la cabeza en la tumba.*)

ESCENA VI.

CATALINA. ETHELWOOD.

Eth. Catalina! (*Desde la puerta.*)

Cat. Quién me llama? (*Incorporándose.*)

Eth. Catalina, ven, todo está tranquilo, sal de esa bóveda fúnebre.

Cat. Ethelwood, procura (*Yendo á él.*) que tu palacio me parezca tan bello!

FIN DEL CUADRO TERCERO.

Cuadro Cuarto.

Un cuarto del castillo de Dierham.

ESCENA VII.

ETHELWOOD, delante de una ventana abierta, la cabeza apoyada sobre las manos. CATALINA, entrando.

Cat. Señor!... (Yendo á él y dándole la mano.)

Eth. Ah! sois vos... seais bien venida para mi corazón. Como ha descansado mi hermosa Catalina en su nueva habitación?

Cat. No he dormido un solo instante.

Eth. Y sin embargo, tenéis los ojos brillantes y la tez sonrosada como si el sueño hubiera sacudido sobre vos todas las flores de la noche.

Cat. Es que la vigilia tiene algunas veces tan dulces ilusiones como el sueño: es que el placer y la esperanza ponen también brillantes los ojos y las mejillas.

Eth. Sois pues dichosa?

Cat. Si, desde que me habeis prometido que no dejaríamos la Inglaterra.

Eth. Pero sino dejamos la Inglaterra, es preciso, mi bella duquesa, renunciar á este título, á los placeres de la corte de Francia, á la dicha de oír veinte veces al día que sois bonita.

Cat. Vos me lo direis.

Eth. Pero os cansareis de oírlo siempre por la misma boca.

Cat. Oh! no!

Eth. Ángel mío!

Cat. Dime, por qué me has confinado en los aposentos más retirados de este castillo? Me parece sin embargo que la vista que se descubre desde esta sala es mu-

cho mas bella; y durante tus ausencias, pues segun me has dicho te verás obligado á ir de tiempo en tiempo á la corte, esta vista me hubiera servido de distraccion.

Eth. Este cuarto ha sido siempre el mio. Una variacion en mis hábitos hubiera podido dar margen á sospechas; mis pages, mis criados vienen aqui á tomar á todas horas mis órdenes; si cualquier estrangero se detiene en el castillo, aqui es donde se le conduce al instante: ya ves que todo lo habia meditado, y que era una cosa imposible.

Cat. Pero podré, no es así, pues desde aqui creo que se descubre el camino, venir á este lugar á acechar tu vuelta, saludarte de lejos con mi pañuelo, y decirte por una seña lo que no podria decirte aun con la voz: ven pronto, que yo te amo, pienso en ti y te espero?

Eth. Pero no es lujó todo el castillo entero, amor mio! Si, vente aqui; pero jamas sin las mayores precauciones, no es así? jamas sin cerrar esta puerta, como yo voy á hacerlo.

Cat. Decidme, es Londres el que se descubre desde aqui?

Eth. Si.

Cat. Se puede ver el palacio de White-Hall?...

Eth. Vedle allí.

Cat. En él reside el rey, no es verdad?

Eth. Durante el estio habita en Greenwich.

Cat. Es ese palacio al que fue conducida Ana Bolena cuando subió al trono?

Eth. Cierto.

Cat. Ana Bolena creo que era de gran nobleza; fue el rey quien la hizo marquesa de Pembroke cuando no era aun mas que dama de honor de Catalina de Aragon?

Eth. Por qué me haces esas preguntas?

Cat. Es que me han contado que cuando ella se trasladó del palacio de Greenwich á Londres llevaba una comitiva real; pasó el Tamesis en una barca con las armas de Inglaterra, seguida de otros cien barcos, llenos los unos de oficiales de la casa real, los otros de damas, nobles y de músicos: dime, es verdad que cuando puso el pie en la ribera le echaron sobre las

espaldas un manto de reina, y que subió en una litera de raso blanco, abierta por todos lados, á fin de que el pueblo pudiera contemplar á su gusto á la que iba á reinar sobre él? Kennedy es quien me ha contado todo esto.

Est. No te ha engañado.

Cat. A los dos lados de la litera, no es verdad? marchaban el condestable y el gran mariscal; detras venian las señoras de la alta nobleza de Inglaterra, los embajadores de Francia y de Venecia; despues tres gentiles-hombres montados en magníficos caballos; no es cierto? (*Reparando el mirar fijo y admirado de Ethelwood.*) que vestida con esa magnífica gala y con esa espléndida comitiva llegó Ana Bolena á la puerta del palacio de White-Hall, donde la esperaba el rey?

Est. Y tres años despues salió por la misma puerta vestida de negro, y acompañada de un solo sacerdote, para restituirse á la torre de Londres, donde la esperaba el verdugo.

Cat. Y habia sacrido su suerte engañando al rey; porque al fin ella tiró, en presencia de toda la corte, en el torneo de Greenwich su ramillete á un caballero.

Est. Estais admirablemente instruida en todas estas cosas, mi bella doctora, y este es un nuevo mérito que yo no os conocia. (*Va á besarla la mano; toca con sus labios el apollo que la dió el rey, y se estremeca.*)

Cat. Qué es lo que tienes?

Est. Nada.

Cat. Pero en fin?...

Est. No me atrevo.

Cat. Venmos.

Est. Y si es un sacrificio lo que voy á pedirte?

Cat. Habla; y veré si te amo bastante para hacerlo.

Est. Esta sortija...

Cat. Y bien!...

Est. Besando tu mano ahora la he hollado bajo mis labios; y esta sortija te la dió otro... Quieres tú conservarla?

Cat. No te parece que siento bien á mi mano, y que hay resaltar su blancura?

Est. Pero amor mío, tu mano es bien bonita y bien blanca sin ella... diámosla.

Cat. Una sortija que viene de un rey es una cosa rara y es curioso el conservarla.

Eth. Sí, pero cuando ese rey la ha dado en prenda de amor...

Cat. Qué celoso eres!...

Eth. Si, lo confieso, Catalina... Si, soy celoso, y creo que es una felicidad que vivamos así, separados del mundo, pues lo que yo hubiera sufrido viéndote ser objeto de la adoracion y de los desenos de los demas hombres no puede explicarse... Si, yo hubiera tenido celos de todo, hubiera odiado al que hubiese tocado ligeramente tu ropa al pasar. Oh! Catalina, Catalina!... *(Echándose á sus pies.)* Si, yo sé que todo esto es una locura, que soy un extravagante, un insensato; pero no importa, tú me compadecerás, tendrás piedad de mi, tú no me despedazarás el corazon conservando esta sortija.

Cat. Ethelwood... en el camino *(Levantándose.)* de Londres... hacia allí... ves una tropa de caballeros que viene por ese lado?... Toman el camino de tu castillo.

Eth. En efecto... Quiénes son esos hombres, y qué vendrán á hacer?... *(Se asoma á la ventana.)*

Cat. El se olvidará de la sortija... *(Aparte.)*

Eth. Pero no me engaño... Dios mio!... Él es... él... Qué me quiere todavia?

Cat. Quién?

Eth. Enrique de Inglaterra.

Cat. El rey!... *(Hace un movimiento para lanzarse á la ventana.)*

Eth. Si, si, el rey!... *(Rechazándola.)* Huye al instante, Catalina; *(Llevándola tras sí.)* vuelve, vuelve á tu cuarto, yo te lo suplico; y en nombre de nuestro amor, en nombre de mi vida!... ah! esconde mi tesoro á todos los ojos... *(Parándose en medio de la sala.)* Oyes el son de la trompeta... está ahí á la puerta... Sube, va á venir... Ya viene!... *(Echándola fuera. Catalina desaparece. Ethelwood echa el tapis sobre la puerta por donde ella sale.)* Qué vendrá á hacer? Sabrá que le he engañado... Oh! no, pues entonces hubiera venido el gran canciller con él.

Un pago. S. G., el rey. (Anunciando.)

ESCENA VIII.

ENRIQUE. ETHELWOOD.

Eth. Señor... (Inclinándose.)

Enr. Buenos días, milord.

Eth. V. G. en mi casa, señor... qué honra!...

Enr. Necesito venir á buscarte á tu castillo de Dierham, pues que no vienes á verme ya á mi palacio de White-Hall.

Eth. Una orden de V. G., y en el mismo instante me hablara presentado allí...

Enr. Sí, pero tenía que hablarte de cosas urgentes y secretas, y las paredes tienen allí tantos oídos abiertos al rodador de mi boca, que he preferido venir á decirte las aquí ante estos viejos tapices. (Catalina levanta el tapiz de la puerta y escucha.)

Eth. Se dignará V. G. (Presentando una silla, éste se sienta, y Ethelwood permanece en pie.)

Enr. Gracias.

Eth. Ahora me atreveré á preguntar á V. G... cómo ha pasado desde hace dos días la pena de que yo lo he visto tan cruelmente acometido?

Enr. Tal es, milord, nuestra condicion real, que nada es nuestro, ni aun el dolor. Si, si, la herida está aquí, abierta y ensangrentada, pero la desolada Inglaterra muestra la suya abierta también y ensangrentada, y debe pensar en ella antes que en mí.

Eth. Cómo, señor...

Enr. Sí; Olivier, Saint-Clair y Marwell han entrado en el territorio inglés á la cabeza de mil y quinientos hombres; todos los distritos del Oeste están hechos fuego, y nosotros no tenemos para oponerles por este lado mas que á Tomas Dacre y á Juan Musgrawe con cuatrocientos ó quidientos caballeros y hombres de armas.

Eth. Señor, toda la nobleza que hay en Inglaterra se levantará, como sino fuera mas que un solo hombre, y marchará contra el enemigo común.

Enr. Sí, milord; y yo soy quien la mostrará; pero una guerra en Escocia, una guerra de esterminacion co-

mo la que quiero hacer allí no es una empresa de pocos días, y durante mi ausencia Londres, viuda de su rey, queda espuesta á las intrigas de Carlos V y de Paulo III. Mi severidad para con los católicos, severidad que producirá su fruto en el porvenir, estoy cierto de ello, ha sembrado el descontento y el odio en el alto clero; no puedo pues salir de Londres sino dejando mi autoridad en manos fuertes y poderosas.

Eth. Señor, tenéis al duque de Norfolk.

Enr. Hombre de guerra, y se acabó, que no tiene mas que un brazo y no cabeza.

Eth. Sir Tomas Granmer...

Enr. Que en el fondo del corazón protege al clero católico, y que no ha adoptado la reforma mas que por conservar su obispado de York y su arzobispado de Cantorbery.

Eth. El conde de Sussex...

Enr. Eso es un joven loco que atestaria mis archivos de decretos suntuarios sobre los golpes de las ropillas y el color de los vestidos. No, milord, necesito para vi-rey de mi reino un hombre de corazón y de cabeza, de valor y de prudencia; es preciso, sobre todo, que este hombre me ame, y que ame aun mas que á mi á la Inglaterra: veamos, milord, pensadlo... no sabéis quien es el hombre que reúne esas cualidades?

Eth. No señor, os lo juro.

Enr. Sois bien modesto, ó bien ciego, primo mio...

Eth. Cómo!... podría ser que V. G... hubiese pensado?...

Enr. Ah! tú adivinas por fin... Pues bien; si, milord, tú eres el hombre que necesito, amado del pueblo, que le verá llegar á esa altura con placer; estimado de la nobleza, que te verá permanecer allí sin envidia. Además, oyeme, milord: tengo aun otra cosa que decirte: un proyecto que acallará la murmuración en la boca mas atrevida.

Eth. Hablad, señor.

Enr. Hace un año que sueñas con una honra aun mayor que la que te ofrezco.

Eth. Yo!...

Enr. Tu boca, lo sé, no ha pronunciado una palabra que pueda vender tu secreto; pero tus ojos, milord,

— Han hecho que se descubran todos los que se han involucrado en el trabajo de leer en el... Milord, tú amas a la herencia.

Eth. Señor...

Ear. He consultado ayer a la princesa Margarita acerca de sus sentimientos con respecto a ti.

Eth. No me ama... no.

Ear. Te ama.

Eth. Dios mío!

Ear. Esta vez por lo menos, mi corazón y mi política están de acuerdo. Tú serás feliz, Ethelwood, (Teniendo la mano.) y tu dicha asegurará mi tranquilidad; ahora dejarte no solo un amigo, sino un hermano, gobernador del reino... parte sin temor, pues si me sucede una desgracia, como la ley me ha autorizado, visto la legitimidad de los nacimientos de las princesas María e Isabel y la debilidad de la salud del príncipe Eduardo, a nombrarame por mi sola autoridad un sucesor, (Levantándose.) te dejaré un testamento cuya copia tendrá el gran conde.

Eth. Señor!...

Ear. Y bien!...

Eth. Es demasiada bondad para mí... tan indigno como soy.

Ear. Cómo!...

Eth. Sí, porque no puedo aceptar nada de lo que V. G. me ofrece.

Ear. Qué quiero decir esto!... Milord, os habeis vuelto loco me parece.

Eth. Señor... comprendo cuán inocente, cuán ingrato debo pareceros... pero no puedo, señor, os lo juro, no puedo.

Ear. Milord!... reflexionad... (En tono empujador.)

Eth. Señor, ya está reflexionado... (Levantando la cabeza.)

Ear. Rehusais la regencia del reino?

Eth. Estoy reconocido al honor que quiere dispensarme V. G., pero no puedo aceptarlo.

Ear. Rehusais la mano de la princesa Margarita?

Eth. Sé cuán poco debía esperar la oferta de semejante enlace... Así, me hago justicia declarándome indigno de él.

Enr. Y no pensáis que despues del amigo viene el rey, tras la súplica el mandato?

Eth. Señor, en nombre de lo que mas amais, tened compasion de mi: señor... salvadme de mi propio destino!... vuestra súplica ha hecho de mi un ingrato... vuestro mandato hará un rebelde.

Enr. Eso tendria yo curiosidad de ver.

Eth. Ah! yo suplico a V. G... *(Acercándose para tomarle una mano.)*

Enr. Apartad, milord!... *(Rechazándole.)*

Eth. Señor!... *(Llevando la mano á su espada.)*

Enr. Tened cuidado con eso, primo. Acabais de tocar la guarnicion de vuestra espada en presencia del rey, y ese es un crimen de alta traición.

Eth. Qué hare!... Dios mio!... Qué hare!...

Enr. Milord, he visto lucir al rededor de mi trono fortunas mas brillantes que la vuestra, he soplado y se han apagado.

Eth. Lo se...

Enr. Vos sois, creo, marques de Derby, no es cierto?

Si, duque de Dierham, y aun ademas par de Inglaterra; teneis trescientos lugares, habitados por diez mil vasallos, sois rico y poderoso entre los principes... pues bien, yo puedo hacer trizas vuestros titulos y vuestras riquezas, y lanzaros á la borrasca y á la tempestad mas pobre y mas desnudo que el mendigo que se sienta á las puertas de mi palacio.

Eth. Podeis hacerlo.

Enr. Puedo conducirlos ante la cámara de los pares, donde aun teneis vuestro asiento, acusaros alli de alta traición, si, de alta traición, milord, porque habeis llevado la mano á la guarnicion de vuestra espada, y esto en nuestra preseucia real.

Eth. No lo negare.

Enr. Y cuando se haya pronunciado el juicio, el juicio de muerte, mostráros con el dedo el cadalso de Dudley, de Empson y de Cromwell.

Eth. Subire á el.

Enr. Oh! eso es demasiado, milord, y veremos quien de nosotros dos cede primero. *(Da algunos pasos para salir. Ethelwood sigue.)* Quedaos.

Eth. Señor, yo soy aún marques de Derby, duque de

Bierham, por de Inglaterra: el castillo en que V. G. se halla en este momento me pertenece; una sentencia de la cámara alta no me ha declarado aun traidor... yo soy hasta ahora vuestro súbdito y vuestro leal vasallo; bajo este título tengo derecho para acompañaros hasta la puerta en que vuestra comitiva os espera, y es mi deber presentaros la rodilla para montar á caballo.

Ear. Venid pues, milord, pero yo os doy mi palabra real de que es esta la última vez que os dispenso este honor. (Vase.)

ESCENA IX.

CATALINA sola: se acerca lentamente.

Es hermoso! ah!... ese es el rey, el que me ama, el hombre que ha bajado á mi tumba, que ha puesto en mi dedo este anillo de boda, que hubiera puesto en mi cabeza una corona... Qué fuerte y poderoso es en medio de todo lo que le rodea; este hombre que necesita una pala para moverse y para respirar con libertad! Qué débiles y pequeños son á su lado esos condes, esos marqueses y esos duques que forman la corte estralada del sol de la Inglaterra! Oh! ahí estan, (Mirando por la ventana.) todos con la cabeza desnuda é inclinada, mientras él pasa por medio de ellos con la cabeza erguida y cubierta... mas qué veo!... Ethelwood doblando la rodilla y presentándole el estribo... Ethelwood, un hombre, un noble, mi marido... qué vergüenza!... ah!... ya parte hácia aquella ciudad, cuyas puertas van á abrirse para recibirle, seguido de esa tropa de cortesanos, de los cuales ni uno solo osará sacudirse el polvo que el caballo del rey hará llegar hasta su frente!... Oh! rey, rey, sigue tu carrera, ensáltate con la bojeza de esos que te rodean: cuantos mas hombres pongas á tus pies serás mas grande tú, y lo será tambien mas aquella que hagas scutar á tu lado!... si yo envidara!...

ESCENA X.

CATALINA. ETHELWOOD entra pálido y desfigurado.

Eth. Catalina!...

Cat. Aquí estoy. (Siguiendo al rey con la vista.)

Eth. Bien, bien: escucha, atiende; una pluma, un pergamino. (Se sienta á una mesa y escribe.)

Cat. Qué haces?

Eth. Donde estabas tú mientras (Escribiendo.) el rey se hallaba aquí?

Cat. Detras de esos tapices.

Eth. Y has oido? (Sigue escribiendo.)

Cat. Todo.

Eth. Sabes que mis bienes estan confiscados?

Cat. Si.

Eth. Que no tengo ya títulos?

Cat. Si.

Eth. Que hasta mi vida está amenazada?

Cat. Si, si; pero el rey se aplacará.

Eth. Y sabes por quien lo pierdo todo?... (Levantándose se y mirándola.)

Cat. Si, lo se. (Echándose en sus brazos.)

Eth. Pues bien! el momento que yo esperaba ha llegado.

Cat. Qué quieres decir?

Eth. Ahora puedo devolverte lo que has hecho por mí.

Cat. Cómo?

Eth. Cuando tú temias que este licor narcótico fuese un veneno, te enseñé el frasco medio lleno todavía.

Cat. Oh Dios mio!

Eth. Pues bien, Catalina, mi bien amado, me toca hacer por nuestra felicidad lo que tú has hecho por la mia; me toca bajar, antes del tiempo señalado para mí, á la tumba, como tú bajaste; me toca morir para los hombres y para el mundo, y muerto para ellos renacer para tí.

Cat. Oh! no hagas eso.

Eth. Mira... (Mostrándole el vaso vacío.)

Cat. Vacío!... Misericordia!... quiero pedir socorro! quiero...

Eth. Silencio! y piensa que no tenemos ni un momento

que perder, mis instantes son contados, tengo mil cosas que decirte.

Cat. Ethelwood!... Ethelwood... en nombre del cielo...

¡Ah! qué pálido se pone!...

Eth. Catalina!... ¡oh! no te asustes: bien sabes que esta muerte es fingida. Ese pergamino que se encontrará sobre mí, indica que teniendo la colera de Enrique, queriendo evitar la vergüenza del cadáver, me he envenenado... Mi muerte parecerá probable á todos, y nadie dudará de ella, porque tendrá un motivo evidente.

Cat. Ethelwood!... Ethelwood!... eso es tentar á Dios!...

Eth. Yo le he confiado ya un secreto muy caro, que me ha devuelto. Déjame pues decirte algunas palabras, porque siento, ¡oh! yo siento que viene la muerte. Escucha, yo soy el último de mi rama, sin familia, sin parientes, sin amigos tal vez. Muerto yo, mi nombre se extingue, y mis bienes pertenecen al rey. ¡Oh! tranquilízate, me queda oro y pedrería bastante para comprar otro ducado.

Cat. ¿Qué dices? *(Proscúpala:)*

Eth. Digo que desde el día en que se cierre sobre mí la tumba, nadie pensará ya en el último castiver, que ella separará de la tierra de los vivos, nadie vendrá á consolarnos á esta puerta y á decir llorando: Dios mío!... Señor!... era bien joven, y vos sois bien cruel... Tú sola conservarás entre los hombres memoria y recuerdo de mí; tú sola pensarás en el que estará oculto en aquel sepulcro, cuya puerta no podré abrirme mas que con dos llaves.

Cat. ¿Dos?

Eth. De las cuales una será remitida al rey, como mi heredero.

Cat. Y la otra?

Eth. A ti, como mi mujer. *(Poniéndole una llave en la mano.)*

Cat. No, no; guarda esta llave, y cuando te despiertes te servirá tú mismo de ella.

Eth. Y quién la pondrá á mi lado? ¿Has olvidado que tú no puedes asistir á mis funerales?

Cat. ¡Ah! es verdad! *(Tomando la llave.)*

Eth. Bien: ahora, querida mía, ahora rodea mis ulti-

unos momentos de dulces caricias y (*Positándose de rodillas.*) palabras tiernas; que en tanto que pueda verlea en tus ojos un ruego de amor y de felicidad; que mientras pueda oír (*Catalina cae sobre un sofá.*) me digas que me amas con esa voz tan dulce, tan melodiosa, que me haría estremecer en mi sueño; porque tú estaras allí espionando mi vuelta á la vida, con la vista fija en mis ojos y la mano puesta sobre mi corazón. Ah!... (*Estremeciéndose.*) ese anillo aun, ese anillo... dámelo.

Cat. Ahí está.

Eth. Cuánto te amo, y qué feliz soy con tu amor!... oh! Háblame pues, díme que me amas, que me perteneces, que eres dichosa en ser mía: oh! tus brazos!... tus brazos adorados!...

Cat. Ethelwood, amigo mío... no sé qué decirle. (*Le abraza convulsivamente.*)

Eth. Ah! no me abrases así; (*Incorporándose.*) no podría, no querría dejarte ni una hora. El fuego de tu aliento enciende mi sangre... me ahogo... Catalina!... Catalina!... (*Cae.*)

Cat. Ah! Dios mío! Dios mío! (*Inclinada sobre una rodilla apoyando la cabeza sobre la otra.*)

Eth. Ya no veo, ni oigo... tu mano... (*Apretándosela con fuerza.*) tu mano dónde está?... Oh! Catalina!... mi amor, mi ángel, mi bien amado... A Dios, a Dios, hasta mañana. (*La cabeza de Ethelwood se desliza de las rodillas de Catalina y cae en tierra; Catalina contempla un instante el cuerpo tendido delante de ella; despues con los labios trémulos, pero sin hablar, le pone la mano sobre el corazón, y viendo que ya ha cesado de latir, le arranca del dedo el anillo real y lo pone en el suyo.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Cuadro Quinto.

Enrique VIII.

La misma decoración del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE. LA PRINCESA MARGARITA.

Margarita echada á los pies del rey, con la cabeza sobre las rodillas.

Marg. Oh! señor, señor, permitidme llorar delante de vos, pues vos solo podéis saber por qué lloro!... Le amaba tanto y hace tanto tiempo!...

Enr. Valor, hija mía!

Marg. Cuando antes de ayer estabais desesperado, como lo estoy yo ahora, es dije, valor, hermano mío?... No... yo os dije: llorad, tenéis pues el corazón lleno de lágrimas!

Enr. Pero ya lo ves, yo he reconcentrado ese dolor, y nadie dirá ahora que he sufrido tanto.

Marg. Oh! Ese no era vuestro primer amor, y no había dos años que le guardabais en vuestro corazón como un avaro su tesoro! Además vos sois hombre y rey: entre la ambición y la política una mujer tiene poco lugar en vuestra vida... Pero yo, yo que no soñaba más que una felicidad solitaria e ignorada, yo que deso tanto bajar los escalones del trono, como otros desean subirlos... Decidme pues, Enrique, qué viento venido del abismo, en lugar de venir del cielo, sopla al redor de vuestro palacio que seca así todo lo

que es joven y bello? Oh Enrique! Enrique!! Vos lo habeis dado tanto á la muerte, que la muerte os lo vuelve...

Enr. Y sin embargo, te lo juro, Margarita, ni una sola de las sentencias que he dado pesa sobre mi conciencia, ni un solo espectro atormenta mi sueño; veamos, es la muerte de Empson y de Dudley la que me echas en cara? Pero no he hecho mas que confirmar el juicio pronunciado contra ellos bajo el reinado de mi padre. Es acaso la sentencia de Volseo, disipado prevaricador y asesino, que habia teñido su ropa de cardinal, no con la púrpura, sino con la sangre? Es la ejecucion de Fischer, reo de estado, criminal de alta traicion, á quien hubiese no obstante hecho gracia si Paulo III, enviando á la prision el capelo de cardinal, no me hubiese provocado á enviarle la cabeza del arzobispo? Es la muerte del cobarde Cromwel, de tan bajo origen para elevarse tan alto, que para subir hizo un escalon del cuerpo de su predecesor, y que los llantos de las viudas y de los huérfanos habian levantado hasta el trono? No hablo ya del suplicio de Ana Bolena, condenada no por mí, sino por un tribunal compuesto de pares, de generales y de arzobispos. Ellos y no yo la sentenciaron. Todo lo que yo he hecho ha sido aprobarlo... Oh! no, no, hermana; todo esto es obra de una funesta casualidad y no castigo de Dios. *(Se levanta y se pasea.)*

Marg. Hermano mio, *(Sigue arrodillada.)* vos habeis perdido mas que nadie, porque entre la nube de cortesanos que rodean al rey, era el el solo hombre que amaba á Enrique.

Enr. Lo sé.

Marg. Es una pérdida que hace vacilar el trono.

Enr. Lo sé.

Marg. Era lo mas noble entre la nobleza, lo mas valiente entre los valerosos.

Enr. Lo sé.

Marg. Y sin embargo vos sois el que le habeis amenazado, hermano mio!... Vos sois el que le habeis arrastrado á tan afrentoso extremo! vos sois la causa...

Enr. Calla, calla; arrojaría en el abismo que resaca debajo de esta ventana mi cetro y mi corona, todo mi

¡Tal escudo, por no haberis hecho las amenazas que
os hicis!

Mary. Si, pero os las habeis hecho, hermano, y él ha
muerto?... (Se abre la puerta del fondo y aparece un
esclavo.)

Mar. Escudero, Margarita... No aquí los miembros de la
cámara alta, a la que él pertenecía; que vienen de
despedir el duelo... Entrate en tu cuarto.

Mary. No; no ruego que me dejéis oír hablar de él... Su
nombre será pronto olvidado... yo tendré valor,
y estaré tranquila: nadie osenecra que he morado y lo
puedo que osure y padecoo... permitidme ver a los
que acaban de dejarle y han cerrado sobre él la puer-
ta que no se vuelve a abrir jamás.

Ugler. Los lords de la cámara alta.

Mar. Que entren.

ESCENA II.

DICHOS. LOS MIEMBROS DEL PARLAMENTO.

Los miembros de la cámara alta entran y se colocan
en el fondo, mientras el rey sube al trono.

Mar. Señor, (Llevando una llave sobre un cojín de terciopelo, se arroja delante del rey.) hemos depositado
en la última morada el mortal despojo de milord
Eichelwood, marqués de Derby, duque de Northam,
por de Inglaterra. Era el último y más noble desce-
niente de una noble y antigua familia; hemos pues,
según el uso y según la ley, cerrado sobre él la puer-
ta del sepulcro, donde duerme entre sus padres; y
yo, el más joven de la nobleza, he sido escogido para
entregar la llave, pues V. G. en calidad de rey de
Inglaterra es el natural heredero de toda familia no-
ble que le castigue. Hé aquí esta llave; ella ha sepa-
rado para siempre del mundo de los vivos uno de los
más nobles corazones que han latido jamás en un pe-
cho de hombre.

Mar. Gracia, conde de Sussex. Poned ese cojín y esa
llave sobre ese tron. (Un esclavo le toma el cojín de las
manos y lo pone sobre la mesa.) Gracia, señores y
señoras. Tuvois habido perdido un compañero y yo

un amigo, y yo pienso, como lo pensais sin duda vosotros, que es una pérdida irreparable. Yo recibí esos bienes y esos títulos, no como una herencia, sino como un depósito; el hombre que los merezca por una lealtad parecida á la suya y por un valor igual, ese será su verdadero heredero!... Id, señores y millores, os damos gracias de nuevo, y rogamos á Dios os conceda su santa proteccion. (*Las pases se inclinan y se retiran lentamente.*) Ves, Margarita, esos hombres que se alejan? es la reunion de lo que la nobleza de Inglaterra tiene de mas distinguido, mas valiente y mas poderoso. Pues bien, escoge entre ellos, y cualquiera que sea el hombre que elijas, te juro que mirará á sus títulos los de marques de Derby y duque de Dierham, y á sus honores el de llegar á ser conde de Enrique de Inglaterra.

Marg. Gracias, Enrique; el mundo os conoce mal, vos sois bueno. No... el corazon que ha amado á Ethelwood no amará ya á otra persona mas que á Dios!... y de todas las riquezas y de todos los bienes de este mundo, nada quiero; nada mas que (*Ap. y cogiendo la llave.*) la llave de esa tumba. A Dios, Enrique; querido hermano, á Dios. (*Vase.*)

ESCENA III.

ENRIQUE solo.

Vamos, corazon mio, ciérrate tambien como la puerta del sepulcro, porque tambien el amor que encierras no es mas que un cadáver. Oh! Catalina! Catalina!

Ugier. Señor, (*Entrando.*) una jóven que desea una audiencia de V. G. aguarda hace una hora á esa puerta.

Enr. Una jóven!... qué quiere? Este no es mi día de audiencia pública: que se dirija al gran chambelán.

Ugier. Es á V. G. solo á quien quiere hablar.

Enr. De dónde es?

Ugier. De Richemon.

Enr. Es cerca del pueblo donde vivia Catalina!... Que entre. (*Vase el ugier.*) Alguna compañera que la habrá conocida y que viene á pedir un dote para su amante.

Ugier. Entrad. (*El rey hace una señal al ugier, que sale.*)

ESCENA IV.
Catalina, cubierta con un velo, se para á la puerta.

Eur. ¿Qué queréis! ¿dijo más? *(Catalina se acerca lentamente al sepulcro; saca una rosilla en tierra y la presenta al viento que le sopla.)* Mi viento!... ¿Quién vos preguntó? ¿dijo más al velo á Catalina, que aparece pálida y con las espaldas bajas? Catalina Howard!... ¿Qué significáis esto? ¡Dios mío! es una sombra!... es una realidad! *(Tambaleándose en sus brazos y juventudes.)* ¡Viví!... viví!... oh!... Pero ya os he visto echada en el sepulcro; os veía en un nido, pálida y helada como una estatua de mármol!... como ha permitido Dios que os levantéis del lecho mortuario! oh! haced, decid, decid... solo vuestra voz me probará que no soy una fantasma.

Gen. Señor, soy yo la primera mujer que han creído muerta, que solo estaba desmayada, y que se despertó en el estado en que la habían colocado?

Eur. ¿Por qué os acordáis, hablando con otra voz, con otro acento, que la vida vuelve á tus ojos, el carmin á tus mejillas: ó sin esto no creeré, no podré creer... oh!... pero sabed que yo te amo!

Gen. No lo he dicho.

Eur. Sabed que bajo desesperado á tu tumba?

Gen. No lo he dicho.

Eur. Sabed, en fin, que soy yo mismo el que te he puesto un anillo en el dedo?

Gen. También me lo habéis dicho, y yo os lo devolví.

Eur. Tu rostro era tan profundo que no te acuerdas de nada de lo que he pasado durante el tiempo que duraste muerta.

Gen. ¿Qué más?

Eur. Pero lo pasé?

Gen. Lo he olvidado.

Eur. Entendimiento!

Gen. Si yo no vivo, no quiero vivir; esto desde la hora en que me echáis del sepulcro, y mi recuerdo se partió en dos: mi existencia se dividió en dos partes: (frases perdidas en la noche, hechas acogidas en la luz!...

Eur. Pero mi amada Catalina, cómo has salido de la tumba?

Cat. Todo sepulcro (*Mirando una llave que tiene en la mano.*) tiene una llave que lo cierra y que lo abre.

Eur. Oh! Dios mío!

Cat. Qué tenéis?

Eur. Me estremece la idea de que podías haber quedado encerrada en ese sepulcro, viviendo entre los muertos sin que nadie supiese que tú estabas allí!

Cat. Si, eso hubiera sido horroroso! (*Sobresaltada.*)

Eur. Pero te lo figuras bien? Despertarse en el atahud, hallarse sola, esperar en vano un socorro que no llega, sentir los minutos, las horas que pasan, después de venir el hambre!...

Cat. Atroz!... atroz! (*Los ojos fijos y llevándose las manos á la cabeza.*)

Eur. Y si yo hubiera sabido esto?... que en tanto que yo estaba aquí en mi palacio, disfrutando de la luz del día, mi ser amado, la mitad de mi corazón, sufría semejantes tormentos, envuelta en las sombras del sepulcro, apoyando su cabeza en el ángulo de una tumba, maldiciendo á Dios!...

Cat. Piedad!... (*Cae sin conocimiento.*)

Eur. Desmayada!... desmayada!... Dios mío!... no ha podido soportar semejantes recuerdos... lo hace falta respirar el aire... (*La lleva junto á la ventana.*) Catalina!... mi bella Catalina!... vuelve en tí, nada tienes que temer, Dios no ha querido que tan joven y tan hermosa fueses perdida para el mundo. Catalina!... vuelve á abrir tus bellos ojos!... que mi voz sea esta vez mas poderosa que lo ha sido la primera... Catalina!... Catalina!... (*Ella abre los ojos, que quedan fijos sin hacer movimiento alguno.*) Oh! ya vuelve... Me ves? me oyes?

Cat. Si.

Eur. Y tu memoria?

Cat. Estoy en el palacio de White-Hall: hé aquí el trono: vos sois el rey, y me falta un anillo en esta mano.

Eur. Aquí está: guárdalo ahora para no quitártelo nunca.

Cat. Así renovais á Catalina viva las promesas hechas á Catalina muerta?

Eur. Todas.

Cat. ¡Oh! repetidme á mí. (Mirando la llave.) porque no las ha sido, y tengo necesidad de oirlas. Habladme, antes, de estos espellos palabras mágicas que adornan los recuerdos, que encantan el espíritu y embriagan el corazón... Decid, decid, ya escuché.

Enr. Pues bien! si, todo lo que una mujer joven y hermosa pueda imaginar en sus sueños mas adorados, lo tendréis en todas partes hasta donde mi poder se estiende; tú dirás ya quiero esto y será tuyo... veamos, mi amiga Catalina, ¿estás contenta?

Cat. Seguid, seguid hablando.

Enr. Este palacio, este trono lo partiré conmigo, todas las riquezas del lujo y del poder, tú las apartarás: los bailes, las fiestas, los torneos en que serás dos veces reina, se renovarán cada dia, para no dejar un momento de fastidio á tu corazón; y tú serás feliz, no es verdad?

Cat. Lo creas así?

Enr. ¿Quién pues podría turbar tu dicha, escogida del cielo como eres... joven, hermosa y amada...

Cat. Y ¿quién? (Levantándose.)

Enr. Desde esta tarde, sí, desde esta tarde; el arzobispo de Cantorbery nos unirá, y mañana, cuando te levantes con el manto real sobre los hombros, la corona en la cabeza, al frente de mi corte, de la Inglaterra, de la Europa, del mundo, proclamaré á Catalina Howard mujer de Enrique VIII, y mi corte, la Europa, el mundo responderán inclinadas ante ti: salud á la reina de Inglaterra y Francia!...

Cat. Señor, el agua (Mirando por la ventana.) que corre por debajo de esta ventana está muy profunda?

Enr. Es un abismo. ¿Qué hacen? (Vistiendo entender el brazo en que tiene la llave.)

Cat. Yo nada. (Soltando la llave.) Me hago ruina. (Aparte.) Señor, vuestra novia está pronta.

Enr. En ese caso!... (Cogiéndola en los brazos.) espérame, Catalina, espérame, vusito.

ESCENA V.

ENTRADA solo.

Vé. Enrique, vé, pues desde esta hora soy tuja sola-

mente... Oh, Dios mío!... Dios mío!... estoy realmente despierta, ó todo lo que me pasa no es más que un sueño? Quien vendrá á hablarme ahora de crítica y de virtud?... á mí, que me devora la fiebre; á mí, que voy donde el torrente me arrastra, donde Dios permite que vaya, empujada por un soplo invisible, como el polvo de la tierra, como la nube del cielo!... Pero lo pasado? lo pasado es la nada, lo presente es alguna cosa, el porvenir, todo!... Yo vivo, existo; todo lo que me pasa es real: qué me importa lo demás?... Aquí está el palacio, ahí el trono... tengo el pie sobre el primer escalon: subo, me siento en él!... Oh!... si mañana fuese á despertarme en mi casa de vierta de Richemou ó sobre la tumba del castillo de Biersham!... ah!... si soy realmente lo que creo ser, que venga alguno á decirme que todo esto es verdad, que reconozca mi poder, que se incline ante mí, que me salute como á reina.

ESCENA VI.

ETHELWOOD. CATALINA.

Ethelwood desfigurado y pálido aparece á la puerta del laboratorio de Fleming; llega lentamente al primer escalon del trono y allí se inclina.

Eth. Salud á Catalina Howard, reina de Inglaterra.

Cat. Qué horror! qué horror! (*Medio caida hácia atrás.*)

Eth. No hace más que un instante que eres reina, Catalina, y ya lo ves, tus deseos están satisfechos, tan pronto como manifestados.

Cat. Ethelwood!...

Eth. Ah!... tú me reconoces!... La tumba es una morada muy infiel, no es cierto? y tú la creías más segura y más profunda.

Cat. Misericordia!... Dios mío!... despertadme! no me dejéis ser por más tiempo presa de este sueño infernal!

Eth. Ah! ahora es cuando tú quisieras que esto fuese un sueño. Oh! pero no, Catalina!... Estas despierta, no duermes!...

Cat. Pero entonces tú eres un espectro, una fantasma, una sombra?...

Ethel. ¡pero todos, excepto para tí... sí, para tí vivo...
¡pero hoy te voy a vengar... para todos eres vinda!...

Cat. ¿Qué demonio te ha cretado de la tumba?

Eth. Tú has olvidado, Catalina, que había dos llaves
que abrían y cerraban la misma puerta; que yo te ha-
bía dado la una, pero que la otra debía entregarse al
cofrero... Este olvidado que había dos mujeres, la una
que me amaba; la primera Margarita, la otra a quien
yo amaba y ella a mí no... ésta se llamaba Catalina
Howard... cambiaron de papel estas mujeres; la que
debía acordarte la olvidó todo; la que debía olvidar
de acordarse... así es que al abrir los ojos me encontré al
lado de mi tumba a la una en lugar de la otra... y na-
di más.

Cat. Oh! piedad, piedad!... Ethelwood... perdóname,
¡huyamos, (Yendo á él.) partamos juntos... como tú
eres la querida primero. Aquí estoy envuelta en tu capa...
sécame en tus brazos! ocúltame en cualquier rincón
del mundo helado y desierto... pero huyamos, huya-
mos!...

Eth. No ahora, (Rechazándola.) es necesario que todo
al destino se cumpla aquí abajo... el mío como el
de ella.

Cat. Ethelwood!...

Eth. No ha sido bastante para vos, simple vasalla como
erais, llegar á ser marquesa de Derby, duquesa de
(Bertham), esposa de un par de Inglaterra? habéis
puesto el pie sobre todo esto, y habéis dicho: quiero
más reinar!... Pues bien... lo seréis!... no habéis tomá-
do el amor de Enrique VIII... pues bien!... este amor
os devorará!

Cat. Pero; tened piedad de mí!

Eth. Habéis querido una corona? la pondréis en vues-
tra cabeza y ella encanecerá vuestras cabellás! Habéis
querido un cetro?... lo tocaréis y él osará vuestra
cabeza!... Habéis querido un trono?... estáis subida en
él... pero al bajar tropezareis con el cadáver de Ana
Bolena.

Cat. Oh! Dios mío! (Lludándose las dos manos al cuello.)

Eth. Ah! Para que cuando durmais tengais dorados suc-
cedá, osotras, osotras, osotras en la tumba en que hayan dor-
mido ya cuatro reinas? atreveds á cerrar en él los

ojos, Catalina, y dentro de ocho días me repetiréis lo que os hayan venido á decir á la hora en que los muertos dejan sus sepulcros... yo volveré á preguntároslo.

Cat. Os volveré á ver pues?

Eth. Lo dudas, Catalina? no estamos unidos delante del altar, y la muerte sola separa á los que el altar ha unido?... Si, me volverás á ver. Los pasadizos mas secretos de este palacio me son familiares; y Fleming y la princesa Margarita me ayudarán y me guardarán secreto... Catalina Howard, que ha llegado á ser reina de Inglaterra, no es menos por eso marquesa de Derby... Mis derechos son mas antiguos que los de Enrique, señora, y tan fiel súbdito como soy, no puedo consentir en cederle mas que la mitad de ellos.

Cat. Pero qué es lo que quereis hacer?

Eth. Vos habeis subido al trono por una pendiente tortuosa y lenta; tratad, Catalina, de gozar de la dicha de haber llegado tan alto, porque descendereis por una pendiente escurridiza y rápida.

Cat. Pero no podeis perderme sin perderos conmigo.

Eth. Os lo he dicho, Catalina, mi destino será el vuestro en la vida y en la muerte... nosotros hemos dormido en el mismo lecho, nosotros subiremos al mismo cadalso, nosotros reposaremos en la misma tumba.

ESCENA VII.

DICHOS. ENRIQUE. *La puerta del fondo se abre: entran algunos PAGES y CABALLENOS.*

Cat. El rey!... Huid, milord, huid. (*Ethelwood se coloca detras de la columna inmediata al cuarto de la princesa.*)

Enr. Señores, hé aqui la reina! Saludadla. (*Todos se inclinan: despues se oye el grito de*)

Todos. Viva la reina! Viva Catalina Howard!

Enr. He tenido palabra, Catalina, he prevenido al arzobispo.

Eth. A mi vez tambien la tendré, Catalina, y voy á prevenir al verdugo. (*Entra en el cuarto de la princesa.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Cuadro Sexto.

El conde de Suasso.

Cuarto de la reina.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA acostada, dormida sobre un sofá. ENRIQUE reclinado á su lado.

Enr. Esta es la segunda vez (*Oyéndola soñar.*) despues de ocho dias que su sueño descubre me sé qué pena ó recordamiento! Para que el espíritu stormentado ve lo así cuando los sentidos duermen se necesita una causa bien poderosa.

Cat. El rey me ama?... Ah! No. (*Solendo.*) ¡ú no. Dormirse, no despertar ya... Esta llave... (*Estendiendo la mano.*) Esta agua... (*Abriendo la mano.*) Ah!...

Enr. Dices que algunas veces cuando se habla á los que sueñan así oyen y responden... Catalina?

Cat. Quién me llama? Quién ha bajado á este sepulcro?... Esta sartija... Yo quiero ser reina.

Enr. Pues bien, tú eres reina, Catalina; qué puedes desear aun?

Cat. La corona, la corona, los cabellos blancos... Si... un hacha!... el hacha de Ana Bolena... de rodillas... perdon!... ah!... (*Con los ojos fijos y llevando la mano al cuello.*) Dios mío!... (*Ve á Enrique y cae de rodillas á sus pies.*) No me hagais morir!... perdon!

Enr. Qué te ha de perdonar?

Cat. Oh! vos bien lo sabéis, pero vos sois quien ha dado la orden... Pero no era un sueño... (*Mirando al vélder de sí.*) Oh! oh! qué horrosos sueños; y vos estabais ahí, señor!

Enr. Sí.

Cat. Qué he dicho? ah! no se puede creer lo que se dice soñando, Enrique, vos lo sabéis, los devorados son los hijos del sueño y de la noche, los hermanos de la locura... y se dicen muchas veces soñando cosas bien extrañas.

Enr. Tranquilízate, Catalina, (*Cuidadoso.*) no has dicho nada... algunas palabras sueltas y nada más.

Cat. Ah! qué mas hubiera podido (*Respirando.*) decir? algunas locuras que no me atrevería á repetir, y esto es todo. De aquellas cosas que el corazón guarda para sí, no atreviéndose á confiarlas á la voz... Mirad, señor, es que le parece tan extraño á una pobre muchacha como yo, criada en la soledad, encontrarse de repente en un palacio, en medio de la magnificencia de una corte, mandar á todo un mundo de cortesanos que se apresuran á obedecerla... Amada de un rey, y de qué rey!... (*Echándole los brazos al cuello.*) de Enrique de Lancaster, del león de Inglaterra, humillado, domesticado por mí...

Enr. Vuestros dos brazos me forman una cadena tan dulce, mi bella Catalina, que jamás tendré valor para romperla. Va á ser preciso, sin embargo, que por algunos instantes le desate. Me esperan en el consejo.

Cat. Un momento todavía. El consejo esperará la voluntad de V. G. Oh! yo tengo una rival de quien estoy horriblemente celosa, Enrique, porque la tenéis mas presente en vuestra imaginación que á mí misma, porque me roba las horas que debían pertenecerme; es la Inglaterra.

Enr. Hija mía!

Cat. Os amo tanto, Enrique, que me sería imposible elvidaros un minuto. Sin embargo, yo soy reina como vos rey. Yo debería ocuparme en la Inglaterra, en los intereses de mi corona, de mi reino, de mis súbditos. Yo soy una reina bien mala, no es así, Enrique, por tener tantas cosas en que pensar y no pensar mas que en vos?

Mar. Ignora, si seas una buena ó mala reina, Catalina. Pero lo que sé es que seas la más peligrosa amante-dora que he perdido jamás el abuelo de un rey. Venmos; á esta hora debis yo estar en Escocia; y es preciso digno del que vos llamais el leon de Inglaterra el dejar á Berce y á Montgrava volver á ese insolente Olivier Saint-Clair! Oh! tenia dos ojos que fascinaban! Cuanto piden es necesario conceder, cuanto mandan obedecer. Dejémos (Abrazándose.) cerrados, para poder separarnos de vos. A Dios, mi bella reina; al consuejo estare, es decir, los paraísos de Inglaterra, esperan que sea vuestra capricho que yo vaya allá. Dejémos para.

Col. No, no vedamos nos. (Levantándose.)

En. Loca!

Col. No soy yo ruina? Y por mi calidad de reina no tengo derecho de prudencia?... francamente, creéis que no tendré tanta fama como milord Sussex?

En. Oh! sí tal, y entre los dos juntaréis casi casi la mitad de la que mi hermano tiene. Hasta luego, Catalina, y si tengo un momento de libertad, me ocuparé del consuejo para venir á preguntaros si pensáis en mí.

Col. Oh! sí, haced eso! (Vase Enrique.)

ESCENA II.

CATALINA sola: deja caer los brazos é inclina la cabeza, y en rostro manifiesta una profunda expresion de abatimiento y de tristeza.

Ah! qué fatiga! (Va hasta el sofá.) Dios mío!... Oh! (Se deja caer sobre él.) Qué pronto se arrugará mi frente teniendo que aparentar tanta alegría, cuando mi corazón está tan triste! Yo creí que podría amarle porque era rey... amarle!... le tengo miedo... Fatigada de no poder cerrar los ojos en su lecho real, me he dormido un instante sobre este sofá!... Oh!... qué sueño!... él estaba ahí. Podía oírle todo, descubrirle todo. Y no necesitaba más que haber pronunciado un solo nombre para ser perdida. Este nombre que me atormentó, despierta y en sueños, este nom-

bre que todos los demonios del infierno repiten dan-
zando al rededor de mi; (*En este momento Ethelwood
abre sin ser visto de Catalina la puerta que da á las
habitaciones de la princesa Margarita: levanta la ta-
picería y se adelanta con lentitud.*) este nombre, que
diré á mi vez tarde ó temprano... si el que le lleva
continúa en perseguirme así, invisible y desconocido
para todos, excepto para mí, que le reconozco á su
primer gesto, á su primera mirada. Cuatro días hace,
en la casa, su caballo, su Ralph, que conozco tan
bien, se cruzó con el mio; y sino hubiera relincha-
do al pasar, como si me reconociese, hubiera tomado
al caballero y al caballo por dos fantasmas!... Antes
de ayer sobre el Támesis, su barca chocó con la mia.
Ayer en uno de los corredores de palacio, su capa to-
có mi ropa; como los espectros está en todas partes.
Ha encontrado pues el bezar encantado que hace á su
dueño invisible!... Ha dicho que al cabo de ocho días
vendría á tomarme cuenta de mis sueños, y hace ocho
días que dijo esto. Oh! no me atrevo ni aun á volver
la cabeza de miedo de verle de pie detras de mí, som-
brio y amenazador, de miedo de oír su voz grave y
sepulcral, decirme: Catalina, aquí estoy... Pero que
hacen mis damas de honor que me dejan así sola?
(*Estiende la mano para tocar una campanilla: la ma-
no de Ethelwood detiene la suya.*) Ah!

ESCENA III.

CATALINA. ETHELWOOD.

Eth. Un instante, Catalina.

Cat. Gran Dios! oh! oh! por dónde habeis entrado?

Eth. Por esta puerta que da á la cabecera de vuestra
cama, y que comunica con las habitaciones de la
princesa Margarita.

Cat. Pero sois mágico para que esta puerta se abra así
delante de vos, cuando yo misma (*Mostrando la lla-
ve.*) la habia cerrado?

Eth. Olvidais siempre que hay puertas que se abren y se
cierran con dos llaves, Catalina?

Cat. Oh! esta (*Yendo á la puerta del fondo y la cierra.*)
por lo menos... (*La cierra con la barra.*)

Eth. Pobre Catalina! hécete aquí en el palacio de White-Hall como yo estaba en el castillo de Iberham, y tienes á tu vez tanto cuidado en ocultarme á los ojos del rey, como tenia yo en esconderte á sus miradas.

Cat. Oh! es que si el rey te viese aquí, seríamos perdidos, y perdidos los dos.

Eth. Así te decia yo allí.

Cat. Qué me quieres ahora? venmos, habla.

Eth. Volterte á ver, saber de tí si eres dichosa en tu nueva fortuna, y preguntarte lo que haces de dia, y lo que sueñas de noche.

Cat. Dichosa! Ethelwood, no desearia semejante dicha al asesino de mi madre. Lo que hago de dia? tiemblo al menor ruido que agita al rededor de mi los arbustos de la ribera, los árboles del parque, los tapices del palacio: lo que sueño de noche? oh! tú lo sabes mejor que yo, pues que tambien me has pronosticado mis sueños, y estoy por creer que eres tú el demonio que me los envia. Oh! puedes estar contento, Ethelwood, estás bien rengado! soy bien desgraciada, y ya era tiempo de que tuvieses piedad de mí!

Eth. Piedad de vos, señora... seria muy extraño que una reina inspirase semejante sentimiento! Piedad de vos? Pero no tenéis ya lo que tanto habeis deseado? pages serviciales, una corte numerosa, esplendidos vestidos, suntuosas habitaciones?

Cat. Kennedy!... mi vestido blanco, mi pequeño cuarto de Richemou, y tú, tú, mi Ethelwood, amándome como me amabas.

Eth. Si, entonces era yo (*Sentado sobre una mesa al lado del sofá.*) el que estaba triste, y vos alegre; érais vos quien me preguntaba: qué tienes, mi Ethelwood? estás fastidiado? vos érais la que me deciais: quieres que te diga una cancion?... conoces estos versos?

Una palabra no mas;
Díla, yo soy soberano.
Acepta, hermosa, mi mano
Y reina al punto serás.
Y mi corte y mi corona
Se inclinarán ante ti.

Sí.

Cat. Calla! calla!

Eth. Es el eco de otra época de tu vida; puedes impedirle que repita tus palabras? Además, el rey ha oído tu respuesta: la vasalla lleva una corona.

Cat. Oh! sí, para su desdicha.

Eth. Entonces (*Se levanta y se sienta en un taburete á los pies de Catalina.*) te pedí que me dijeras la continuación de los amores del rey Roberto y de la bella Elisa; tú me respondistes que no la sabías. Quieres que te la diga yo?

Cat. A qué fin?

Eth. Ah! es que esta aventura tiene tal vez con la nuestra bastante semejanza, para que tomes en ella algunos intereses. (*Pone su gorra sobre el sofá.*)

Cat. Decid y haced lo que queráis, vos sois dueño.

Eth. La bella Elisa respondió pues sí; y vino á ser reina.

Cat. Desdichada!

Eth. Pero olvidó una cosa: confiar á su real esposo sus amores con el arquero Ricardo: y había en aquel tiempo una ley, cosa rara, parecida á la que ha hecho promulgar Enrique de Inglaterra, y que condenaba á muerte á toda joven que después de una unión semejante se casara con el rey sin confesárselo.

Cat. A muerte!

Eth. Es cierto que el secreto no era conocido mas que de Ricardo... y que Ricardo era su cómplice...

Cat. Y esta ley condenaba á la misma muerte al cómplice que á la culpable, no es verdad?

Eth. Sí; pero qué es la muerte para un hombre que ha estado celoso, sobre todo cuando esa muerte le venga de la mujer que le ha hecho sufrir todos los tormentos del infierno?

Cat. Dios mío!

Eth. Ricardo era arquero del rey: en calidad de tal podía habitar el palacio, entrar en sus piezas mas escondidas; y aun por una puerta, de la que se había procurado la llave, penetrar hasta cerca de la reina. Ricardo no temía la muerte, porque había estado celoso, y Ricardo quería vengarse.

Cat. Ah! (*Echándose atrás en el sofá.*)

Eth. Cuatro días después de su casamiento la reina le encuentra en la caza, y el caballo de Ricardo stro-

palla el suyo. A los dos dias la reina volvió á encontrarle sobre el Tamesis, y la barca en que iba chocó con la suya. Al día siguiente casi tropezó con él en un corredor, y su vestido se rozó con la capa de Ricardo. La reina le reconoció las tres veces, porque se puso descolorida. Sin duda que vuelta á palacio procuró buscar algun medio para librarse de aquel hombre.

Cat. Oh! vos no lo creéis así, no es verdad?

Eth. Oh! no: puede ser que si hubiese estado encerrado en alguna cueva, cuya llave tuviese ella sola... puede ser que allí le hubiese dejado morir de hambre y de sed; pero hacer que le diesen de puñaladas...

Cat. Oh! jamás, jamás!

Eth. Por otra parte, él llevaba á todo tranco debajo de su vestido una cota de malla igual á esta. (*Abre su ropilla y muestra la cota.*) Porque si Ricardo no temia á la muerte, temia no vengarse... Al día siguiente de haber encontrado en un corredor á su real amante, penetró hasta su aposento. El rey habia salido, estaba sola. Se sentó á sus pies como lo estoy yo ahora... á las vacas; entonces le tomó las manos con que queria ocultar su rostro, y obligándola á que le mirase cara á cara, le dijo: Catalina!... no, me equivoque; Elisa, Elisa!... Fue nunca muger amada como vos la habeis sido de mí, decid?

Cat. Jamás.

Eth. Ha hecho nunca hombre por muger mas de lo que yo hice por vos, decid?

Cat. Jamás, jamás.

Eth. Y fue jamás hombre recompensado tan atrocemente como yo (*Levantándose.*) lo he sido? Decid! Oh! Decid... decid pues.

Cat. Ah! por Dios!

Eth. Todo se lo hubiera perdonado (*Desesperado.*) á aquella muger... Su olvido, su ingratitud, su muerte misma, todo, á excepcion de verla pasar á los brazos de otro, prodigarle las caricias que á el solo le pertenecian... Ah! he aquí lo que era imposible que le perdonase; he aquí lo que no le perdonó jamás; he aquí lo que causó la muerte de entrambos.

Cat. Su muerte! (*Se oyen las trompetas que anuncian la muerte del rey.*)

- Eth.* Si, su muerte; porque mientras que la reina y su amante estaban encerrados, volvió el rey del consejo.
- Cat.* Milord, milord, esas trompetas (*Levantándose.*) anuncian que el rey viene! huid, huid!
- Eth.* Y como él no quiso huir... (*Inmóvil.*)
- Cat.* Pero es un designio infernal!
- Eth.* El rey llega á la puerta (*Se oyen los pasos de Enrique.*) del cuarto de la reina, y la encontró cerrada.
- Enr.* Soy yo, Catalina, abrid. (*Desde fuera.*)
- Cat.* Milord, milord! (*Suplicándole.*)
- Eth.* Y oyó dos voces que (*Levantando la voz.*) hablaban alternativamente.
- Enr.* Catalina, vos no estais sola, abrid.
- Eth.* Ah! (*Apartando á Catalina, que se cae.*) Enrique, Enrique, te ha llegado la vez de estar celoso.
- Cat.* Matadme al momento. (*De rodillas.*)
- Enr.* A mi, señores; echad abajo esta puerta, dadme esa maza.
- Cat.* Mirad, mirad! (*Señalando la puerta, que va cayendo.*)
- Eth.* Si, es tiempo de que te deje. Hasta la vista, Catalina. (*Vase.*)
- Cat.* Dónde me ocultaré, adónde huiré!... Oh! Dios mio, Dios mio! Solo en vos tengo esperanza, tened piedad de mi. (*La puerta cede y aparece Enrique.*)

ESCENA IV.

ENRIQUE con una hacha de armas en la mano. CATALINA temblando; varios soldados á la puerta.

- Enr.* Qué es esto, quién estaba (*Apartando la puerta.*) encerrado con vos, señora? (*Yendo á ella.*) Miradme, y responded.
- Cat.* Estoy sola... lo veis, señor; nadie, nadie...
- Enr.* Sin embargo, esta gorra (*Ha mirado á todos lados y percibe de pronto la gorra de Ethelwood.*) á quien pertenece.
- Cat.* Dios mio!
- Enr.* Su dueño no puede haber (*Yendo hácia la puerta.*) salido mas que por esta puerta, no es esto?...
- Cat.* Señor!... (*Corriendo á él.*)
- Enr.* Cerrada!
- Cat.* Es cierto. (*Respirando.*)

Enr. La llave? (Volviéndose.)

Cat. No sé dónde puede estar, señor.

Enr. Búscadla bien, y la encontrareis; búscadla os digo.

Cat. Me es imposible acordarme.

Enr. Búscadla con mas cuidado. Registraos bien.

Cat. Héla aquí. (Sacando la llave de su bolsillo.)

Enr. Bien!... Eso es, la punta (Procurando abrir.) de un puñal rota en la cerradura! Ah! vuestro cómplice ha tomado admirablemente sus medidas para no ser perseguido... pero se ha olvidado de que os dejaba á vos entre mis manos!... Sepamos quien es el que sale de aquí señora?

Cat. Yo os suplico...

Enr. Su nombre?

Cat. Ninguno! (Suplicando.)

Enr. Su nombre?

Cat. Ah! no puedo, señor... no puedo!

Enr. Ah! no puedes! Ana Bolena decia como tú: no puedo! y sin embargo yo encontré el modo de romper aquel silencio, y á pesar de que apretaba sus labios adúlteros, el dolor hizo salir de ellos el nombre de Norris. Por última vez, Catalina, el nombre de ese hombre?

Cat. Haced de mí lo que gustéis, señor; estoy á vuestra disposición.

Enr. Así, ni una sola palabra para defenderte; ni una sola palabra para justificarte; nada, nada que pueda hacernos dudar de que mis oídos me han engañado, que he creído oír, que he creído ver, y que nada de todo esto era cierto. Engañado!... engañado!... Venidme siempre, hasta por aquellos por quienes he hecho todo cuanto he podido hacer! Oh! Yo hubiera creído, á pesar de esta gorra, á pesar de esta puerta cerrada, hubiera creído... y mi amor haría ella me hubiera hecho insensato!... Capitan de mis guardias, asegurad la persona de la reina y conducidla ante la cámara alta.

Cat. Señor!... señor!...

Enr. Y vos, Catalina, preparaos á responder á los jueces que condenaron á Ana Bolena.

FIN DEL CUADRO SEXTO.

Cuadro Séptimo.

Salon del Parlamento.

ESCENA V.

ENRIQUE. SUSSEX. GRANMER. MIEMBROS DEL PARLAMENTO.

Enr. Ya sabéis, señores, que la acusacion (*De pies.*) de traicion y adulterio lleva consigo la pena de muerte; así yo renuevo la acusacion y pido la pena de muerte.

Pres. Milores, la cámara se considera suficientemente instruida?

Varias voces. Sí, sí, sí.

Sus. No.

Enr. Cómo, milord!

Sus. Suficientemente instruida en cuanto al fuero externo, sí; pero en cuanto á la conciencia, no: el parlamento es un tribunal de independencia y de justicia, que no debe dar cuenta de sus fallos sino solo á Dios. Despues de dos horas que dura ya esta sesion, vos habeis acusado, señor, pero dónde estan las pruebas de la acusacion?

Enr. Muy bien, milord, muy bien: exhibiremos esas pruebas; mientras tanto empeñamos nuestra palabra.

Sus. Porque nosotros tenemos (*Continuando.*) el derecho de exhibir de V. G. esas pruebas antes de pronunciar la sentencia que ha de separar la cabeza del tronco, el alma del cuerpo, la reina del rey.

Enr. El adulterio la ha separado ya de hecho, mejor que puede hacerlo, y que lo hará, el hacha del verdugo.

Sus. Decia, señores, que antes de enviar (*Con grave-*

dad.) á Dios con la cabeza en la mano la que él nos ha enviado con una corona en la cabeza, debemos pesar religiosamente en la balanza de nuestra justicia la acusacion intentada contra ella, y no pronunciar el fallo, lo repito, sino cuando el platillo de sus faltas se incline tanto, que solo la misericordia divina pueda servirle de contrapeso.

Enr. Es decir, milord, (*Furioso, y poniendo un pie sobre la mesa que tiene delante.*) que cuando yo acuso, tú defiendes; que cuando yo afirmo, tú dudas; que cuando yo juro, tú niegas. Tú, milord, milord!... tú no te acuerdas ni quien eres, ni quien soy yo: tú te olvidas que Dios ha puesto en esta mano uno de los reinos mas grandes de la tierra, y que á medida de que yo la abra ó la cierre facilito el ambiente á cuatro millones de hombres para que respiren ó se ahoguen.

Sus. Señor, V. G. se equivoca. Dios le ha dado el poder real, mas no el reino; el cuerpo, mas no el alma.

Enr. Y hé aqui por qué, señor de Sussex, cuando este cuerpo que nos está sometido encierra una alma que nos es rebelde, hé aqui por qué llamamos al verdugo en nuestra ayuda, para hacer salir el alma del cuerpo.

Sus. Y cuando el verdugo tarda, sabemos tambien que hay rey que lleva una daga al ciuto, que hace maravillosamente el oficio de hacha.

Enr. Milord, milord!... (*Haciendo un movimiento.*)

Los pares. Conde, por favor... (*Reduan á Sussex.*) Milord de Sussex... vamos...

Sus. Apartaos, señores, que vea el rey que estoy solo y que pueda venir á mi, si tal es su designio.

Ans. Señor, la persuasion penetra al corazon por las palabras, y no por el puñal... V. G. ha hablado de pruebas.

Enr. Tenéis razon, señor de Cantorbery, (*Entra la reina.*) y hé aqui la acusada, que viene por si misma á suministrarme des que vos no desechareis: su turbacion y su palidez. (*Aparece la reina: rumor en el pueblo.*)

MICHOS. CATALINA. LAS DUQUESAS DE OXFORD Y DE
ROKBY.

Egier. Silencio, señores.

Cat. Milores, tendreis piedad de mi, (*Sentándose.*) no es cierto?

Ars. Y ahora, señor, tenga á bien V. G. repetir la acusacion delante de la acusada, porque tiene derecho á oirla y á contestar á ella.

Eur. Milores: hoy no son ya simples sospechas como las que concebí acerca de Ana Bolena, y justificó el proceso; es una conviccion que se introdujo en el corazón... por los ojos y por los oidos; yo he visto y he oido.

Cat. Ah! El rey se engaña, señores.

Eur. A mi vuelta del consejo encontré á esta muger, que he hecho reina, encerrada con un cómplice: he oido sus dos voces, he violentado la puerta...

Cat. Pero V. G. me encontró sola, señor.

Eur. Sí, pero la otra puerta, en cuya cerradura se había roto la punta de un puñal para que no pudiese abrirse, la gorra que estaba á vuestros pies, señora, y sobre todo vuestra turbacion y vuestra palidez, vuestra confesion aun, puesto que habeis confesado que estaba alguno con vos...

Cat. Oh! no, no!

Eur. Lo habeis confesado; únicamente no habeis querido decir su nombre; pero no importa, señores, vosotros pronunciareis la misma sentencia contra la culpable presente y contra el cómplice ausente, á fin de que luego que vuestra justicia haya puesto la mano sobre el, no os molestemos para que pronuncieis dos sentencias. Así pues, milores, reitero la acusacion de traicion y de adulterio hecha contra la reina Catalina: afirmo que he oido la voz de un hombre que estaba encerrado con ella, que he encontrado la gorra de este hombre en el cuarto y á los pies de la reina. Lo afirmo sobre mi honor y la religion, sobre mi corona y sobre el Evangelio; es decir, sobre cuanto hay de grande y de sagrado en este mundo. Ahora, milores,

el que despues de lo que acabo de decir manifieste la menor duda, desmentirá á su rey.

Pres. Qué tenéis que responder, señores?

Col. Oh! Milores, qué queréis que os diga? qué responder á una palabra tan poderosa como la de un rey? No se lucha contra el trueno y el rayo de Dios; se cierran los ojos, y se espera el golpe; se inclina la frente, y se recibe la herida. En cuanto á mi, no me siento con fuerzas, milores, para rebatir tan terrible acusacion: juzgad pues en vuestra clemencia, mas que no en vuestra justicia; lo que hagais será bien hecho, y desde ahora os doy gracias á os perdono.

Pres. La cámara se considera suficientemente instruida?

Los pares. Sí, milord; sí, sí.

Pres. Vamos á deliberar.

Sus. Un instante, milores. Como mi conciencia me prohíbe tomar parte en una deliberacion por cuyo progreso me es facil preveer el resultado; como este resultado será una sentencia de muerte, y esta sentencia de muerte un remordimiento ó una vergüenza para toda la cámara que la haya pronunciado, yo abandono este sitio en que hace cuatro siglos se sientan mis abuelos, el manto de par que me han legado: á contar desde este instante, no hago ya parte de la cámara alta, y vuelvo á entrar en la clase del pueblo: del pueblo que anula las sentencias y juzga á los jueces. *(Se quita el manto: deja su asiento y va á la balaustrada de los asistentes.)*

Eur. Está bien, conde de Sussex; admitimos vuestra dimision. No faltan, á Dios gracias, en Inglaterra nobles caballeros que llevarán tan bien como vos las insignias de los pares. Me retiro para dejaros deliberar, señores. *(Se va por la puerta del fondo.)*

Pres. Haced salir á la cruzada.

Col. Pensad, milores, que es un juicio de vida y muerte el que vais á pronunciar contra una reina. Pensad que no se le ha dado ni apoyo ni consejo; pensad en fin que es un rey quien la acusa, que es una pobre muger la que se defiende; y que, en tanto que vais á deliberar sobre su suerte, ella no podrá hacer mas que rogar á Dios para que toque en el corazón á sus jueces.

LOS PADRES se reunen en grupo para deliberar. GUILLERMO.
 JAKSON. Hombres del pueblo entre los asistentes. — UNA
 MUJER. — EL UTERO.

Guill. Y bien! Esta es la cuenta. Cinco reinas para un rey. Es verdad que las dos últimas no han reinado mucho tiempo.

Muj. Creéis que será condenada, señor Guillermo?

Guill. Pondría mi cabeza sobre un tajo. Ana Bolena no había hecho tanto, y su proceso no fue largo á pesar de eso.

Jak. Yo vi ejecutar á la reina Ana.

Muj. Ah! es verdad que jamas confesó nada, señor Jakson?

Jak. Jamas; tan lejos estaba yo del cadalso, como lo estoy de aquí á la puerta de enfrente; oí todo lo que dijo sin perder una sílaba.

Muj. Y que es lo que dijo?

Jak. Pueblo de Londres! he venido aquí á morir cumpliendo la ley, despues de haber sido juzgada segun ella; no intento pues quejarme de la ley que me hiere, sino de sufrir su ejecucion. No quiero ni culpar á nadie, ni decir nada para justificarme... Pido á Dios que guarde al rey, y que multiplique los dias de su reinado sobre vosotros.

Muj. Pobre muger!

Jak. Y despues puso su cabeza sobre el tajo, y dijo: encomiendo mi alma á Jesucristo. Esta era la señal convenida con el ejecutor; así, no había ella acábado, cuando ya estaba hecho.

Guill. De un solo golpe?

Jak. De uno solo... Oh! el rey había escogido un hombre muy hábil, el verdugo de Calés, que hizo venir espresamente.

Muj. Ese es el que irán á buscar aun?

Jak. Oh! desde entonces el nuestro ha tenido bastante práctica para hacerse la mano.

Uter. Silencio, señores; el parlamento va á dar su sentencia.

Pres. Que vuelva á entrar la comada.

ESCENA VIII.

BOENES. CATALINA, vuelve á entrar pálida sostenida por dos mujeres: oye el juicio de pie. **KNAQUE.**

Pres. El 9 de febrero de 1542, oída la acusacion hecha ante nos por S. G. el rey, y las pruebas administradas en apoyo de esta acusacion, la cámara alta de Inglaterra ha reconocido á Catalina Howard culpable de adulterio, y la condena, con su cómplice desconocido, á ser decapitada á la entrada de la torre de Londres, y esto en el término de tres dias.

Cat. Ah! Dios mio! Dios mio! (*Haciéndose atrás.*)

Enr. Gracias, milores. (*Aparece por la puerta del fondo.*)

Pres. Señores, se levanta la sesion.

Sus. Todavía no, si el rey gusta, (*Estendiendo la mano.*) milord presidente.

Enr. Qué tenéis que decir contra la sentencia?

Sus. Nada, señor, y reconozco que es tal como yo esperaba de la cámara.

Enr. Pues bien! Puesto que vos no haceis ya parte de la asamblea que ha pronunciado esta sentencia, vos no participais de la responsabilidad.

Sus. Señor, yo no soy ya miembro de la cámara, es cierto, pero soy siempre conde de Sussex. Me he despojado de mi manto de por, convengo en ello, pero he conservado mi espada de caballero, y es á ella, señor, si vos quereis permitirlo, á la que apelaré de la sentencia que acaba de pronunciarse. (*Atraviesa lentamente el teatro y va á arrodillarse delante de Catalina.*) Señora y reina, es un recurso bien débil el que os ofrezco, lo sé: pero, ah, señora, vuestra situacion es tan apurada, que este recurso es vuestra única esperanza en el mundo.

Cat. Qué quereis decir, milord? no estoy condenada?

Sus. Si señora; pero tenéis el derecho de apelar del juicio de los hombres al de Dios. Pedid el combate en el palenque... no se os puede negar: las antiguas leyes de Inglaterra os le conceden... y si os dignais elegir por vuestro campeón al hombre que está á vuestros pies, él no se levantará sino para proclamar vuestra inocencia, y la sostendrá no solamente de pala-

bra, sino con su espada. Es esto (*Volviéndose al arzobispo.*) lo que yo había prometido hacer, señor de Cantorbery?

Damas de la reina. Aceptad, señora, aceptad.

Pueblo. Sí, sí. El combate, el juicio de Dios.

Ugier. Silencio.

Cat. Milord, qué me proponéis!... (*Tendiéndole la mano.*) os suplico...

Sus. No me levantaré, señora, sin que me hayais hecho el honor de creerme digno de defenderos.

Cat. Pero si ese combate os fuese fatal?

Sus. Mi vida es de mi soberana, y mi alma de mi Dios; si muero, cada uno habrá tomado lo que le pertenece.

Cat. Vos lo quereis, milord?

Sus. Lo suplico á V. G.

Cat. Milores, yo apelo al juicio (*Levantándose.*) de Dios, del juicio de los hombres. Pido el combate como prueba de mi inocencia, y elijo por mi campeón al conde de Sussex.

Sus. Gracias, señora, gracias. (*Levantándose.*) Ahora, milores, oid: Yo, Carlos Guillermo Enrique, conde de Sussex, á todos los presentes y porvenir, me presento para sostener lanza, hacha ó espada en mano, contra todos los que el demonio obligue á decir lo contrario, que la reina Catalina ha sido juzgada injustamente, y que está enteramente pura é inocente del crimen de adulterio de que se la acusa.

Una voz sobre el pueblo. Mentis, milord de Sussex!

Sus. Venga pues el que ha dicho esas palabras á recoger este guante. (*Un caballero perfectamente armado y con la visera calada se acerca lentamente á Sussex.*)

Cat. El es!... El es... (*Retrocediendo.*)

Damas. Quién?

Cat. La fantasma!... El espectro!... El demonio!...

Caball. Y yo, señores, en respuesta al desafío del conde de Sussex, afirmo aquí sobre el honor de mi sangre y de mi raza, que la sentencia pronunciada por el parlamento es una sentencia justamente pronunciada. Afirmo que la reina Catalina pertenecía á otro antes de pertenecer al rey, que se casó sin confesarlo, y que despues de su matrimonio ha recibido en su cuarto á su antiguo amante. En consecuencia de lo

que digo, recibo el guante de milord de Sussex, acéptelo en desafío, y suplico á S. G. que fije el día del combate. *(Silencio por un momento.)*

Enr. Para mañana, señores, para mañana; los jueces del campo harán saber hoy á son de trompeta cuál es el sitio que hemos escogido y las armas que hemos designado. Os resta la noche, señores; aprovechad de ella para cumplir vuestros deberes de cristianos, porque antes de veinte y cuatro horas puede ser que uno de vosotros comparezca ante el trono de Dios. La sesión se levanta, que se vuelva á conducir á la reina á la torre, y que se la deje comunicar libremente con su campesi.

Caball. Hasta mañana, milord. *(A Sussex.)*

Sus. Hasta mañana. *(Tendiéndole la mano sin dudar.)*

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Cuadro Octavo.

Un cuarto de la torre de Londres: en el fondo una ventana grande que da á la ciudad, cerrada por cortinas negras: á la derecha un crucifijo, debajo del cual hay un reclinatorio; enfrente una puerta.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA. LAS DUQUESAS DE OXFORD Y ROBERTY.

Cat. La muerte, la muerte (*De rodillas en el reclinatorio.*) me espera; seré degollada sin piedad, sin misericordia. Oh! este hombre tiene corazón de hierro! Pobre conde de Sussex!

Oxf. Hubiera sido preciso que llevase una armadura encantada para resistir á los golpes de su adversario.

Cat. Sí, bien lo he visto; todos los demonios del odio y la venganza animaban su brazo.

Oxf. Si me atreviera á recordar á V. G. que el rey ha permitido que monseñor el arzobispo de Cantorbéry...

Cat. Sí, duquesa, sí, lo sé; Enrique, por mi calidad de reina, me ha concedido un príncipe de la iglesia para asistir á mis últimos momentos. Yo se lo agradezco, pero tal vez estimaría tanto un párroco de aldea. Para cuándo es, señoras?

Oxf. Para esta tarde á las seis.

Cat. Ah! Creéis que Enrique me hará morir? Cuando con una palabra, una sola palabra... no la dirá... eso le es tan fácil sin embargo! No hay pues algún medio de salvarme, decid, señora de Oxford, señora de Rokeyby?... (*Las dos lloran.*) Dios mío! Dios mío!... Oh!

Dejadme, ya que en nada me podéis ayudar, dejadme sola. *(Se van las duquesas.)*

ESCENA II.

CATALINA sola.

Se oye la hora, se sienta en la almohada del reclinatorio: la campana suena dos veces; á la tercera campanada cuenta alto.

Tres, cuatro, cinco. *(Alenta y acongojada un momento.)* Las cinco! una hora todavía, y despues ya nada; y mañana el día se levantará sobre mi tumba!... Oh! yo que debía ver brillar tantos días, que debía oír sonar aun tantas horas! yo tan jóven, en el tercio apenas de mi vida, y ya con el brazo tendido tocando la eternidad!... Morir! esta palabra que en diez y ocho años ni siquiera se ha presentado á mi imaginacion, y que desde ayer hiere en cada latido mi corazón... morir! morir! Oh, Dios mio! Dios mio! y vos me dejareis morir? Kennedy, mi casita de Richemou, aquellas verdes praderas, aquellos sueños acarados de mi juventud, y yo que me creia infeliz, no obstante, en medio de tanta dicha! Insensata de mí! Oh! si el rey me dijese, Catalina, yo te perdono, vuelve á tu retiro de donde te saqué, enagenada besaría yo sus manos, abrazaría sus rodillas... y si él quisiera podía hacerlo. Si le viese le rogaría, lloraría tanto que al fin, estoy segura, me perdonaría. Qué le importa al rey que yo viva ó que yo muera? mi muerte no le hará mas poderoso. Fuera es que yo le vea. Oh! última esperanza mia, *(Tomando una sortija con un diamante.)* único resto de mi esplendor de reina, última seducción que me queda que tentar... ven en mi auxilio!... Y el tiempo corre... las horas vuelan... Cuánto hará que han dado las cinco?... Yo he perdido la cuenta de las horas del día. Oh! mi frente estalla en el latido de las arterias.

(Apoya los codos en las rodillas, y se aprieta las sienes con los puños; mientras tiene los ojos fijos en la puerta, se abre esta lentamente y entra el verdugo, que se

81

detiene junto al umbral, ó inclina una rodilla en tierra. Catalina al verlo se endereza en el reclinatorio; sus manos buscan los pies del Cristo, sin apartar la vista del verdugo.)

ESCENA III.

CATALINA. EL VERDUGO.

Verd. Sabeis quién soy yo, señora?

Cat. Me lo imagino. Vos sois... *(Le falta la palabra.)*

Verd. Sí.

Cat. Por qué estais de rodillas?

Verd. Vengo, según costumbre, á pedir os perdon.

Cat. Oh! mofa!... El verdugo pide perdon á su victima de tenerla que herir, y la herirá sin embargo.

Verd. Por fuerza.

Cat. Decidme, no mirais *(Mirando su sortija.)* como horrible vuestro oficio?

Verd. Horrible!

Cat. Por qué os habeis dedicado á él?

Verd. Porque mi abuelo le legó á mi padre, y mi padre á mi.

Cat. Y vos le aborreceis, no es verdad?

Verd. Un tiempo fue en que hubiera dado la mitad de mi vida por poder seguir otro.

Cat. Y despues? •

Verd. Me ha sido preciso acostumbrarme á él.

Cat. Y sois el único verdugo en Londres?

Verd. El único.

Cat. Y si dejaseis la ciudad, quién os reemplazaria?

Verd. Nadie.

Cat. Y tendrian en este caso que ir á buscar al de Calés?

Verd. Como sucedió con la reina Ana, y como yo quisiera que hubiera sucedido con vos.

Cat. Y durante este tiempo me concederian tres ó cuatro dias mas, no es cierto?

Verd. Sin duda.

Cat. Durante los cuales podria yo quizá ver al rey y obtener mi perdon... Amigo mio, *(Quitándose del reclinatorio.)* es menester que salgais de Londres.

Verd. Imposible.

Cat. Y por qué?

Verd. Quién daría de comer á mi muger y á mis hijos?

Cat. Y si yo os hiciese ricos á vos, á vuestra muger y á vuestros hijos?

Verd. Ricos!

Cat. Cuanto os paga el gran canciller al año?

Verd. Veinte libras.

Cat. Veis esta sortija?

Verd. Y qué?

Cat. Vale mil libras, es decir, una cantidad que necesitariais cincuenta años para ganarla; vuestra es si la quereis.

Verd. Y qué hay que hacer?

Cat. Huir de aquí nada mas. No os pido que me salveis, no podriais, lo sé; escaparme yo es imposible; pero vos!... nadie os observa, nadie imagina que aborreceis vuestro oficio! que lo aborreceis, sí; vos me lo habeis dicho. Pues bien, salid de aquí, partid en este mismo instante; que cuando os busquen no os encuentren; volad con vuestra muger y vuestros hijos á las fronteras de Escocia ó de Irlanda; vuestros hechos pasados no estan escritos en vuestra frente; nadie sabrá quien sois, dejareis de vivir encerrado en un círculo de sangre, y os mezclareis con la sociedad de los demas hombres; no tendreis ya que pedir á nadie perdon; no volvereis á vuestra casa con las manos ensangrentadas, ni dejareis por herencia á vuestros hijos la infamia que vuestro abuelo dejó á vuestro padre, y vuestro padre á vos; despues pensareis alguna vez que al asegurar así vuestra fortuna, salvasteis la vida de una reina, que rogara por vos en todas sus oraciones, para que Dios aparte de vos lo pasado, dejándoos el porvenir.

Verd. Esa sortija es mia, sin necesidad de correr tantos riesgos para poseerla. Los despojos de los reus son mi herencia.

Cat. Sí, pero yo puedo regalársela á cualquiera de mis damas.

Verd. No las valdereis á ver mas.

Cat. Desde el cadalso pundo arrojaria en medio del gentío, y gritar que la dejo á quien la recoja.

Verd. Es tentar á un hombre horriblemente, señora, porque despues de haberle dicho con tanta imprudencia el precio de esa sortija, os esponéis á que yo os la arranque.

Cat. Probadlo pues, (*Llevando la sortija á la boca.*) y veremos si os atreveis á abrir el pecho de una reina para robarla.

Verd. Y decís que vale mil libras esterlinas, señora?

Cat. Mil libras.

Verd. Me lo juráis?

Cat. Sobre el crucifijo. (*Tendiendo la mano.*)

Verd. Dádmela pues, y parto.

Cat. Y sobre qué me juráis vos cumplir vuestra palabra?

Verd. Sobre el crucifijo tambien.

Cat. Juradmelo por la vida (*Meneando la cabeza.*) del menor de vuestros hijos; aprecio mas ese juramento.

Verd. Os lo juro, señora, por la vida de mi hijo menor, y que Dios me le arrebate, si falto á mi juramento. En cuanto tome la sortija saldre de Londres, para no volver nunca mas.

Cat. Héla aqui, partid. (*Le empuja y sale.*)

ESCENA IV.

CATALINA de rodillas. Despues EL ARZOBISPO.

Cat. Oh! Dios mio! Dios mio! Os doy gracias, pues creo que ya se cansó vuestra venganza.

Arz. Bien, hija, yo esperaba hallaros con esas santas disposiciones y en esta humilde postura, porque he encontrado al hombre que sale de aqui...

Cat. Se iba, no es verdad?

Arz. Si, pero para volver bien pronto.

Cat. Para volver! Os ha dicho que volverá?

Arz. El no me ha dicho nada, hija mia; pero no os queda ya mas de media hora.

Cat. Es verdad, no me queda mas que (*Aparte.*) media hora para él... porque él no puede saber... Oh! no, no, (*Sonriéndose.*) el no sabe!...

Arz. Hija mia, qué ideas tan estrañas ocupan vuestra imaginacion, para que puedan en un momento semejante hacer sonreír así vuestros labios?

Cat. *Creeis, señor, que si pudiese (Sin oírle.) ver á Enrique, mis lágrimas, mis súplicas, lo que me resta de aquella beldad que amé, le ablandarían?*

Ars. Dios tiene el corazón de los reyes en su mano derecha, señora, y como Dios es todo misericordia, no dudo que ya en este caso envíe á nuestro soberano un pensamiento de clemencia.

Cat. Es necesario que me hagáis ver al rey, señor de Cantorbery.

Ars. Yo, señora?... pero eso es imposible. Olvidais que dentro de algunos minutos...

Cat. Y si en lugar de algunos minutos me quedasen algunos días?

Ars. La ejecución se ha fijado para las seis.

Cat. Pero si la ejecución no pudiera verificarse á las seis?

Ars. Quién lo impedirá, á menos que la víctima falte al verdugo?

Cat. El verdugo, que puede faltar á la víctima.

Ars. No lo comprendo.

Cat. Señor, lo que voy á deciros, pensad en esto, es el principio de mi confesion, y Dios os prohíbe revelar el secreto de la confesion.

Ars. El vuestro morirá aquí.

Cat. No hay ejecución (*Apoyándose en su hombro le habla á media voz.*) sin ejecutor. Pues bien, el ejecutor ha partido; cuando vos le habeis encontrado salía de aquí para no volver á entrar ya, y á estas horas ya estará fuera de Londres. (*Mas bajo aun.*)

Ars. Es posible!

Cat. Escuchad, señor; vos no me queréis mal; yo jamás os he hecho daño; así no podéis quererme mal, y cuando os le hubiera hecho, aun sin saberlo, la religion de que sois uno de los primeros ministros os ordena no solamente perdonarme, sino que os ordena además tender la mano á vuestros semejantes en su debilidad, y socorrerlos en el peligro... Pues bien, señor, tendedme la mano, sostenedme, socorredme.

Ars. Qué puedo yo hacer por vos? (*Rumor en el pueblo.*)

Cat. Escuchad!

Arz. Es el pueblo reunido en la plaza.

Cat. Espera su presa y rugo. Voy á escribir al rey, no es así? Vos lo entregareis mi carta, señor; me lo prometéis? (*Entra un guardia.*) Qué queréis?

Guardia. Perdonad, señora... (*Mirando á todos lados.*) Venia á ver... (*A otras personas que se supone estar en el teatro.*) No está aquí... (*Vase.*)

Cat. Veis, señor, no encontrarán (*Con alegría.*) al que buscan, me ha cumplido su palabra.

Arz. Dios es quien os protege, hija mia; haré lo que queréis.

Cat. Oh! qué bueno sois, señor; os doy gracias, voy á escribir á Enrique; yo... (*Se oye el son de una trompeta.*) Qué es esto?

Arz. Yo no sé. (*Catalina le abraza.*)

Una voz desde fuera. Pueblo de Londres, el lord gran canciller, ministro de justicia, os hace saber que en el momento de la ejecucion ha desaparecido el verdugo; y que no queriendo retardar el efecto de la sentencia pronunciada, ofrece al que se presente en su lugar para hacer su oficio, la suma de veinte libras esterlinas, autorizándole ademas á cubrir para esta ejecucion su rostro con una mascara. Declara tambien que haciendo esto habrá llenado los deberes de un buen ciudadano. (*La trompeta suena algo mas lejos y se repite el mismo pregón.*)

Cat. Ah! señor, habeis oido?

Arz. Si.

Cat. Pero no habrá bajo la capa del cielo un hombre tan atroz, no es así, que se encargue de semejante comision?

Arz. Así lo espero.

Cat. Escribamos... (*Sentándose.*) pero qué es lo que he de escribir? Decidme, señor, yo he perdido la cabeza.

Arz. Vos sabeis mejor que yo, señora, hablar la lengua mas á propósito para enternecer el corazón del rey.

Cat. Oh! nadie se ofrecerá, no es verdad, nadie querrá llenar este este horrible empleo! Seria un asesinato abominable!

Arz. Tratad de escribir, señora.

98
Cat. Enrique, con un pie sobre el (Escribe.) cadáver, al
ocasionar de un último rayo de esperanza, en cuan-
do... (Se detiene en este momento, y muestra al ar-
zobispo un hombre enmascarado que entra.) Veis, se-
ñor... Es él! Es él!...

ESCENA V.

DICHOS. ETHELWOOD, enmascarado.

Eth. Estais preparada, señora?...
Cat. Es su voz, su voz maldita!... cómo le habia yo ol-
vidado! Ah! señor, yo estoy perdida. (Pasa al otro
lado del arzobispo.)
Ars. Por qué no tratáis de suplicar á ese hombre?
Cat. A él, señor, á él! Seria lo mismo que suplicar al
tajo.
Ars. Si es así, hija mía, depositad en mi seno la confe-
sion de vuestras culpas; y pues que no he podido sal-
var vuestro cuerpo, salvo al menos vuestra alma. Es-
toy pronto, ya os escucho.
Cat. No puedo, señor... yo... yo... yo no me acuerdo ya.
Eth. Yo lo haré por ella, señor, porque yo me a-
cuerdo.
Ars. Este hombre lo sabe todo?
Cat. Tan bien como Dios, señor.
Eth. Esta muger era una pobre muchacha, sin noblezas,
sin parientes, perdida en el pueblo como una flor
bajo la yerba, sin horizonte, sin porvenir. Es verdad,
Catalina?
Cat. Es verdad. (Apoyando la cabeza en el hombro del
arzobispo.)
Eth. Un hombre la descubrió en su humildad, este hom-
bre la amó... él pertenecía á lo que la Inglaterra tie-
ne de mas noble y poderoso; podia seducirla, hacer-
la su dama, abandonarla luego... Se casó con ella.
Algun tiempo despues le ofrecieron á este hombre lle-
gar á ser hermano de un rey, virey del reino. Por
conservarla todo entero á esta muger, rehusó lo que
se le ofrecia. Es verdad, Catalina?
Cat. Es verdad.
Eth. El haberlo rebuzado le hizo perder su puesto, sus

bienes, sus dignidades, sus títulos... Pobre, y despojado de todo á causa de esta muger, no le quedaba mas que su vida: el insensato se la confió: se encerró en un sepulcro, le dió la llave de él, y esta llave, que él creyó confiar al angel de la vida, á la vista de un palacio, de un cetro, de una corona, la muger que veis aqui, muger que olvida sin tener remordimientos, esta llave, la sola que podia volver á abrir el sepulcro del hombre que lo habia sacrificado todo, que todo lo habia perdido por ella, bienes, clase, dignidades, títulos, ella la echó es un abismo, señor... esa llave!... esa llave!... Es verdad, Catalina?

Cat. Es verdad. (*Cae sobre una rodilla.*)

Eth. Se hizo viuda para llegar á ser reina. Lo llegó á ser. Vos la habeis visto sobre el trono, señor, vos la habeis visto prodigando á otro los nombres de esposo y de bien amado. Es cierto que este hombre era rey; pero no confesando nada al rey, ella lo engañó como habia engañado al duque. Un rey engañado se venga. La condujo ante la cámara de los pares. Vos os sentais en ella, señor; vos tomasteis parte en el juicio pronunciado, y esta parte no puede ser un remordimiento para vos ahora, pues veis cuán culpable era esta muger. Ella lo sabia, ella sabia que habia merecido su sentencia, y no una, sino mil muertes. Pues bien, en lugar de inclinar su frente bajo el peso de vuestra justicia, en vez de darse golpes de pecho diciendo: es mi culpa, é implorar la misericordia de Dios, aceptó la propuesta insensata del conde de Sussex; el le ofreció su espada, y ella no le dijo: soy indigna de ella; el le ofreció su vida, ella le degolló, al bueno, al leal, al noble conde de Sussex; porque es ella quien le mató, y no su adversario, pues que ella le dejó hacerse ante Dios el campeón de una causa que ella y Dios sabian que era injusta. Es verdad, Catalina?

Cat. Es verdad.

Eth. Y ahora, señor, ahora que vos conoceis todos sus crímenes tambien como ella y yo, absolvedla, padre mio, y despachaos, porque la culpable esta de rodillas y el pueblo espera; va á dar la hora, y el ejecu-

tor está pronto. (*Sale por la ventana del fondo.*)
 (*Humor en el pueblo cuando ve á Ethelwood.*)

ESCENA VI.

ARZOBISPO. CATALINA. LAS DOS DUQUESAS.

Arz. Hija mía, vos reconocéis haber cometido todos los crímenes de que se os acusa?

Cat. Sí, padre mio. Creéis que Dios me los perdonará?

Arz. Dios es todo poderoso, (*Bendiciéndola.*) y su misericordia es infinita... En nombre de Dios yo os absuelvo.

Cat. Señoras duquesas de Oxford y de Rokeby, yo quisiera poder legaros alguna cosa en memoria de vuestra reina... pero pobre subí al trono, y pobre bajo de él... nada tengo.

Duquesas. Vuestra mano, señora. (*La besan la mano, y permanecen arrodilladas.*)

Cat. Marchemos, padre mio. (*Llevantando la cabeza.*)
 (*Sale apoyada en el arzobispo por la ventana del fondo á nivel del cadalso, al rededor del cual hay soldados con hachas: las cortinas negras se entrecabren y vuelven á cerrarse. Las dos duquesas quedan en actitud de rogar en la escena, y se oye la voz del Herald que lee.*)

Heraldo. «Sentencia de la cámara alta, que condena á la pena de muerte á la reina Catalina Howard y su cómplice, y que fija la ejecución á los tres dias de pronunciada esta sentencia, y la hora del suplicio á la seis.» (*Se oyen las seis: á la última campanada el pueblo da un grito.*)

Duquesas. Dios mio!... recibidla en vuestra misericordia!... Dios mio!... tened piedad de ella... (*Las cortinas se vuelven á abrir; se ve el cuerpo de Catalina cubierto con un lienzo: el arzobispo está de rodillas.*)

ETHELWOOD, de pie.

Eth. Ahora, señores, es necesario que la sentencia se ejecute en todas sus partes: yo he dado la muerte á la culpable. Hé aquí el cómplice. (*Arrancándose la máscara.*)

FIN DEL DRAMA.

LA BRUJA DE LANJARON,

ó

UNA BODA EN EL INFIERNO.

COMEDIA DE FIGURON EN TRES ACTOS

DE

Don Tomás Rodríguez Rubí.



MADRID.

IMPRESA DE REPULLÉS.

1843.

PERSONAS

ACTORES.

LA DUQUESA.	<i>Doña Bárbara Lamadrid.</i>
ROSALÍA.	<i>Doña Catalina Flores.</i>
DOÑA VIRTUDES.	<i>Doña Concepcion Sampelayo.</i>
DON LOPE.	<i>Don Juan Lombía.</i>
DON RAMIRO.	<i>Don Francisco Lumbreras.</i>
SUSPIRO.	<i>Don Vicente Callañazor.</i>
REGOLLOS.	<i>Don Agustin Azcona.</i>

CRIADOS, CORISTAS Y BAILARINAS.

La acción pasa en el castillo de Lanjaron, valle de Lecrin, reino de Granada, y en 1598.

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

Salon gótico: derecha arriba una ventana, puerta en el fondo, y á derecha é izquierda dos entradas y sultadas, perfectamente disimuladas y practicadas de modo que cuando llegue el caso usarlas no hagan el efecto de puertas secretas, sino el de hendiduras ó abrimientos de pared. Mesa á la izquierda, sillones &c., y una lámpara de mano que arderá sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA.

LA DUQUESA. ROSALÍA.

(Rosalia enfrente de la ventana contemplando el valle. La duquesa profundamente ocupada en la lectura de un libro.)

ROSALÍA.

A Dios, valle de Lecrin,
asilo de mi infortunio;
recibe con estas lágrimas
tal vez mi prostrar saludo.
¡Ay de mí, que el nuevo sol
no brillará ya tan puro
como á mis ojos lucía
en tu retiro profundo!
Ni escucharé el dulce canto
de tus aves desde el muro,
ni oiré de tus claras fuentes
el apacible murmullo.
¡Ay! ¿dónde podré calmar
la agitacion con que lucho,
si cada vez se presenta
mi porvenir mas oscuro?

¡Paz...! no la habrá para mí
aunque cruce el ancho mundo...
que ya sé, ya se me espera
en el fondo del sepulcro.

DUQUESA.

¿Qué te pasa, Rosalía?
páreceme que te escucho
sollozar...

ROSALIA.

Señora, es cierto:
perdonad si os interrumpo;
pero advertid un instante
que estas lágrimas que enjugo
serán tal vez las postreras
que vierta aquí.

DUQUESA.

Muy confuso,
Rosalía, es tu lenguaje.

ROSALIA.

¿Qué causa afligirte pudo...
Señora duquesa, tengo
que abandonaros al punto:
tengo otra vez que lanzarme
á luchar con mi infortunio
y buscar mi salvación
por entre escollos sin número.
¡Ay señora! ¿no os parece
que mi dolor es muy justo?

DUQUESA.

Yo lo ignoro, pobre niña:
jamás á nadie pregunto
si es feliz ó desdichado,
mas... tú me interesas mucho;
tú, una noche en que bajaba
de esos montes un diluvio,
á la luz de los relámpagos
y al son del trueno iracundo,
te acercastes á las puertas
de este castillo vetusto.
Y tú, despreciando entonces
supersticiones del vulgo,
que supone esta mansión
llena de seres impuros,
te atrevistes á llamar
sobre el misterioso escudo
y á demandar un albergue
que fué concedido al punto.

Há un año que ves aquí
 por todas partes el luto;
 que observas en mis criados
 el silencio mas profundo,
 y ves en mí una muger
 de genio... nada importuno;
 que nunca te ha preguntado
 qué fué lo que te hizo el mundo,
 ni jamas te preguntara,
 mas... tú me interesas mucho.
 ¿Será tal vez que el pavor
 al fin dominarte pudo
 y te alejas del misterio
 que se encierra en estos muros,
 temiendo que una vision
 en el silencio nocturno
 te arrebatase por los aires...?
 ;Pobre niña! te disculpo.
 Si es por eso, no me dejes,
 que este silencio profundo,
 esas visiones medrosas,
 este misterio, este luto
 muy pronto van á cesar,
 Rosalía, te lo juro,
 que así le plugo ordenarlo
 aquel que aun lloro difunto.

ROSALIA.

No es eso, señora mia;
 no es ilusorio temor,
 no el silencio ni el misterio
 los que me alejan de vos;
 que muy tristes desengaños
 el mundo ingrato me dió
 para que tales patrañas
 fascinasen mi corazon.

DUQUESA.

ROSALIA.

Luego...
 Sí, tenéis derecho
 para saber mi dolor:
 voy á decíroslo al punto,
 y aconsejadme, por Dios.
 Yo no he sabido jamas
 quién fué de mi vida autor,
 que á todo el que pregunté

jamas respuesta me dió.
 Desde mi infancia he vivido
 en perpetua reclusion.
 Un convento allá en la corte
 del mundo me separó,
 y solamente á las rejas
 de aquella santa prision
 solía acercarse un jóven...
 ¡Hola!... ¿un galán?

DUQUESA.

ROSALIA.

¡ Ah! no, no;
 era mi hermano, señora,
 el único protector
 que por mi bien en la tierra
 el cielo me concedió.
 Pero por mas que le hablaba
 de mis padres con ardor,
 siempre un silencio cruel
 á mis preguntas guardó.
 Asi pasaron los años,
 sin placeres ni dolor...
 hasta que del mal la hora
 sobre mi frente sonó.
 Hubo un hombre que en el templo...
 delante del mismo Dios
 con sus ardientes miradas
 el alma mia abrasó.
 Que mil veces de sus ojos
 el brillo fascinador,
 me arrebató el pensamiento,
 mis oraciones turbó...
 Y en hora ¡ay Dios! bien menguada
 de las sombras á favor,
 di en el silencioso claustro
 oidos á su pasion.
 ¡ Ay, cómo entonces el pérfido
 con dulce amorosa voz
 su cariño y las delicias
 del mundo me retrató!
 Yo embebecida escuchaba...
 quiso romper mi prision...
 sígueme, dijo... y yo ciega
 su planta seguí veloz.

Dejé aquel santo retiro
y á las siervas del Señor:
trájome á la Andalucía...
¡y en ella me abandonó!
¡Qué villano!

DUQUESA.
ROSALIA.

Sí señora,
muy villano, muy traidor.
A pesar de lo que has dicho,
yo no encuentro la razon
para que de aqui tan pronto
te alejes...

ROSALIA.

¡Válgame Dios!
Acaso ¿habeis olvidado
que há dos semanas llegó
al castillo herido un jóven
y demandando favor?

DUQUESA.

¡Qué dices, desventurada!
¿ á ese hombre conoces?

ROSALIA.
DUQUESA.

¡Ob!
Y ¿quién es, quién es... tu hermano,
ó tu infame seductor?

ROSALIA.

Señora, es mi hermano.
(Tranquilizándose.) Bien.

DUQUESA.

ROSALIA.

Pensad un instante vos
cuánto habré yo padecido
abogando aquí mi dolor,
sin acercarme á su lecho
ni abrirle mi corason.
Mas ya que vuestro cuidado
del peligro le sacó,
es fuerza partir, señora;
debo evitar su furor,
y la vergüenza que al verme
sentiria...

DUQUESA.

No, eso no;
no te vayas, desgraciada,
yo te ofrezco proteccion...

ROSALIA.

DUQUESA.

¡Dios os bendiga!
¿ Y el nombre,
el nombge de tu raptor?
Don Lope dijo llamarse,
y en la corte me contó

ROSALIA.

- que era de aqui natural,
de varias tierras señor...
DUQUESA. ¡ Don Lope de Silva !
ROSALIA. ¡ Cielos
¿ le conoceis tambien vos ?
DUQUESA. Su nombre os varias veces..
No salgas de Lanjaron,
si no quieres, pobre niña,
multiplicar tu dolor.
ROSALIA. Pero... no os comprendo..
DUQUESA. Digo,
que sollicito á mi vos
verás aqui aparecer
á tu amante...
ROSALIA. ¡ Santo Dios!
¿ Don Lope aqui ha de venir ?
pues si á las Indias partió..
DUQUESA. Qué importa, le haré volver,
que al cabo, tengo opinion
de hechicera en este valle..
ROSALIA. Pero... ¿ eso es cierto ?
DUQUESA. Pues no.
ROSALIA. (Dios mio, ¡ qué es lo que escucho !)
DUQUESA. ¡ Ja...! ¡ ja...! ¡ ja...! ¿ dáte pavor
oir de mis propios labios
tan estraña confesion ?
ROSALIA. Es que no puedo creer
tales amaños en vos,
pese á la opinion del vulgo
y á cuanto...
DUQUESA. Tienes razon.
Dijame ya, Rosalía;
vé á descansar sin temor,
y ya verás hasta dónde
alcanza mi proteccion.
ROSALIA. Y ¿ veré á don Lope ?
DUQUESA. Si...
ROSALIA. ¿ Cuándo...? ¿ cómo... ?
DUQUESA. Qué sé yo...
ya lo sabrás algun dia.
ROSALIA. Señora... que os guarde Dios.

ESCENA II.

LA DUQUESA.

Pobre, inocente paloma
 que en el mundanal espacio
 al tender tus blancas alas
 diste en el oculto lazo.
 Ni tu candor, ni el asilo
 que te dieron en el claustro
 han podido defenderte
 de las garras del milano.

(Pausa.)

¿Con que don Lope de Silva
 es el que la ha deshonrado,
 y el miserable la premia
 con proceder tan villano...?
 Y ¿es este ¡ay cielos! el hombre
 á quien me habeis destinado?
 ¿es este el que va á ser dueño
 absoluto de mi mano?
 Bien hice yo en disponer
 cuanto tengo preparado...
 ¡Oh! á tal prueba he de esponderle
 y juro acosarle tanto,
 que al sentir la penitencia
 se arrepienta del pecado

(Pónese á examinar un pliego que habrá sobre la mesa.)

ESCENA III.

LA DUQUESA. DOÑA VIRTUDES.

VIRTUDES. (Bajo.) Aquí me valga el Señor
 y con él todos los santos...
 lo estoy viendo, me va á echar
 con una legion de diablos.
 ¡Hejem...! ¡qué tos...! nada, no oye,
 distraida... pues me largo...
 pero el otro... ¡es fuerte apuro!
 vendrá, y entonces... cuidado
 que estos hombres no reparan

- DUQUESA. en montañas ni en barrancos.
Aqui mi sentencia está
escrita desde hace un año...
; plegue al cielo no se cumpla...
- VIRTUDES. (Pues señor, allá me encajo.)
Ave María Purísima,
por siempre sea alabado...
- DUQUESA. ¿Qué quiere doña Virtudes?
¿á qué viene aqui rezando?
- VIRTUDES. ; Ah...! ¿vos...? es costumbre mia,
señora, y de muchos años;
rezo alto siempre al entrar
por si es que está dentro el diablo.
- DUQUESA. No necesita la dueña
del rezo para espantarlo.
- VIRTUDES. ¿Con que estais de buen humor?
- DUQUESA. ¿Por qué lo dice?
- VIRTUDES. Está claro;
pues conmigo os divertís,
y me alegro haber llegado...
- DUQUESA. Acabe doña Virtudes:
¿viene á revelarme algo?
- VIRTUDES. A tener vuestro permiso
hubiérais dicho...
- DUQUESA. ¿Qué...? vamos.
- VIRTUDES. Bien sé que voy á esponerme
á vuestro enojo, y por tanto
bueno será que os advierta
que en ello no entro ni salgo...
- DUQUESA. ; Doña Virtudes!
- VIRTUDES. Señora,
los hombres son muy osados...
y la pobre muger, es...
- DUQUESA. Mas... ¿de quién estais hablando?
- VIRTUDES. Hablo del huésped...
- DUQUESA. ; Del huésped...!
- VIRTUDES. De ese jóven tan gallardo...
- DUQUESA. Si, sí; ya sé... y ¿qué os ha dicho?
- VIRTUDES. (; Hola, hola...! mucho me engaño
si no le agrada la nueva...)
Me ha dicho que anabela hablaros...
- DUQUESA. ; Hablarme...!

- VIRTUDES. Pues: ¿no os lo dije?
 hay hombres tan mentecatos
 que no saben lo que quieren
 cuando estan enamorados...
- DUQUESA. ¿Enamorado decís?
 VIRTUDES. ¿Verdad que está delirando?
 así se lo advertí yo,
 porque conozco el recato
 de vuestra noble persona...
 mas... señora, instóme tanto,
 dijo que si me negaba
 á desempeñar su encargo
 iba á rasgar el vendaje.
- DUQUESA. ¡Ah...!
 VIRTUDES. Y á tomar su caballo
 y á alejarse para siempre
 de quien con traidora mano
 le ha dado vida y salud
 y el corazon le ha robado.
 Mas... estas son demasías
 de sus juveniles años...
 Dejadme á mí, ya vereis
 cómo le digo muy claro
 que nos deje en hora buena,
 y que una vez que ha curado
 de sus heridas, se cure
 de su amor en campo raso.
- DUQUESA. ¡Eh...! ¡callad ya, bachillera!
 ¿no veis que si le dejamos
 salir, su muerte es segura,
 y que es muy grande pecado,
 sabiendo nosotras esto,
 que no le demos amparo?
- VIRTUDES. ¡Teneis razon...! ¡Dios nos libre
 de que en el quinto incurramos!
- DUQUESA. Además que esa pasion...
 Estaría delirando
 cuando os dijo...
- VIRTUDES. Sí, tal vez...
 y... ya se le habrá pasado...
- DUQUESA. ¿Eso os parece?
- VIRTUDES. Es muy jóven,

DUQUESA.
VIRTUDES.

y asa ligero de cascos...
¡Os engañais!

DUQUESA.
VIRTUDES.

Puede ser,
y... pésame del engaño.
Déjame ya.

DUQUESA.
VIRTUDES.

Y ¿qué le digo?
Nada, nada.

(¡Bien estamos!
haréle entrar, porque aqui
todo es fuerza adivinarlo.)

ESCENA IV.

LA DUQUESA.

¡Adónde vas, pensamiento...!
Deten tu vuelo invisible,
que vas tras de un imposible
sobre las alas del viento.
Si sabes ¡triste de mí!
el hondo afán que me inquieta,
que estoy á un voto sujeta...
¿por qué me tientas así?
No con voces seductoras
alimentes mi esperanza:
me dices que el tiempo avanza;
que dentro de breves horas
el plazo se cumplirá,
y sin Lope acaba el año...
mas, si ha de ser en mi daño,
¡oh...! no lo dudes... vendrá.
Por eso no he de volver
á oír la voz de Ramiro,
que una palabra, un suspiro...
(Viendo entrar á don Ramiro.)
(¡Cielos...! ya no puede ser.)

ESCENA V.

LA DUQUESA. DON RAMIRO.

RAMIRO.

Tal vez sin vuestra licencia

oso llegar hasta vos ;
 pero yo os ruego por Dios
 que escuseis mi impertinencia.
 Pese á tanta lobreguez,
 quien logró veros un dia
 no estrañeis, señora mia,
 que veros quiera otra vez.
 Y que bajéis no es razon,
 al oirme, vuestros ojos...
 ni que paguéis con enojos
 palabras del corazon.
 Vivir bajo un mismo techo...
 ó yo, señora, deliro,
 ó no es posible...

DUQUESA.

Ramiro,
 pronto habeis dejado el lecho,
 y mirad que aun vuestra herida
 la vida os puede costar.

RAMIRO.

Si el lecho me la ha de dar
 prefiero no tener vida.

DUQUESA.

¿ Luego la vida ya os pesa ?

RAMIRO.

Me habrá de pesar, señora,
 si vivo aqui mas de un hora
 y no os dejais ver, duquesa.

DUQUESA.

¿ Tanto mi vista, señor,
 os importa ? ¿ Cómo asi ?

RAMIRO.

Porque es ella para mí
 aqui el bálsamo mejor.

DUQUESA.

¿ Mezclais con la cortesía
 palabras de enamorado ?

RAMIRO.

Palabras son que ha dictado
 el amor, señora mia.

DUQUESA.

¿ Con que es decir que me amais ?

RAMIRO.

Sí señora ; y... ¿ cómo no... ?

DUQUESA.

¿ Ignorando quién soy yo ?

RAMIRO.

Tambien quién soy yo ignorais.

DUQUESA.

Yo no lo puedo ignorar...

Antes de venir aqui

¿ no oisteis hablar de mí ?

RAMIRO.

Sí señora, á no dudar.

DUQUESA.

¿ Y bien ?

RAMIRO.

Y bien, ¿ qué quereis ?

¿juegais que he de hacer aprecio
de habillitas del vulgo necio?
nunca de mí lo esperéis.
Sí, escitaron mi interés;
y aun, sin los que me han herido,
hubiera siempre venido
á arrojarne á vuestros pies.

DUQUESA.

¿Solo por curiosidad?

RAMIRO.

Sí, duquesa, os lo confieso,
al principio fué por eso.

DUQUESA.

Sois ingenuo.

RAMIRO.

Y perdonad

que despues no haya creído
en vuestra magia supuesta:
teneis magia; pero esta
solo yo la he conocido.

DUQUESA.

En graves contradicciones
hoy, don Ramiro, incurris:
¿qué magia es la que decís?

RAMIRO.

La de obligar corazones.

DUQUESA.

Magia es esa muy vulgar
si se emplea; vive Dios!
en jóvenes como vos
siempre dispuestos á amar.

Que inventan con gran fortuna
muchas palabras melosas
para amar todas las cosas
y no querer á ninguna.

RAMIRO.

Mucho sabéis, ¡vive Cristo!
mas, teneis poca indulgencia.

DUQUESA.

Es que me sobra esperiencia,
ya veis el color que visto.

RAMIRO.

De ese color nada infiero;
tambien yo le llevo ahora...
¿no hai reparado, señor,
la pluma de mi sombrero?

DUQUESA.

De luto estamos los dos,
mas... diferimos un punto;
yo, por mi esposo difunto,
y por vuestra honra, vos.

RAMIRO.

¡Duquesa!

DUQUESA.

¿Queréis que calle?

- RAMIRO. No: ¿quién os pudo informar?
DUQUESA. De mí: ¿no oísteis hablar?
Soy la maga de este valle...
- RAMIRO. Habláisme con tal doblez...
¿Será que estais informada
de alguna vez escapada
en mi delirio tal vez?
; Ramiro!
- DUQUESA. Señora, ¿es cierto?
RAMIRO. Ahora estais delirando;
DUQUESA. nadie revela soñando
lo que no sabe despierto.
RAMIRO. ;Qué decís...! ¿que no sé yo...
DUQUESA. Llorais vuestra honra muerta,
mas, vuestra mente no acierta
á saber quién la mató.
RAMIRO. ¿Sabeis quién es Rosalía?
DUQUESA. Vuestra hermana.
RAMIRO. ;No...! lo fué...
¿Dónde se oculta...?
DUQUESA. No sé;
ya la vereis algun día.
RAMIRO. ¿Y al seductor conocéis...?
DUQUESA. Sí...
RAMIRO. ¿Adónde está ese traidor?
Decídmelo por favor...
DUQUESA. Algun día lo sabreis...
RAMIRO. Señora, ya es por demas
ese misterio profundo.
Ese hombre ¿no está en el mundo?
En él lo hallaré...
DUQUESA. Jamas.
RAMIRO. ¿Jamás habeis dicho?
DUQUESA. Sí...
RAMIRO. ¿Y quedará impune...?
DUQUESA. No.
RAMIRO. ;Sereis maga...!
DUQUESA. Qué sé yo.
RAMIRO. ¿Dónde he de vengarme?
DUQUESA. Aquí.
RAMIRO. Mi venganza aqui he de ver...
Y ¿no me diréis, señora...?

DUQUESA.

Debo ocultaros ahora
lo que no podéis saber.

RAMIRO.

¿Quién sois vos, y qué intentáis?
¿por qué tenéis tan sujetos
á la vez tantos secretos
y así con ellos jugáis?

DUQUESA.

Miráisme con prevención...
¿tal vez pavor os inspiro?

RAMIRO.

Señora, confuso os miro
con algo de admiración.

DUQUESA.

Es decir que ya os merezco
el título de hechicera...
Engañaros no quisiera,
pues no soy lo que parezco.

RAMIRO.

Sé que no tenéis igual...;
porque en vos notarse puede
alguna cosa que excede,
señora, á lo natural.
Mas, quien quiera ; vive Dios!
que seais, yo me someto
á vivir aqui sujeto
mientras lo ordenaréis vos.

DUQUESA.

Aqui venganza tendré,
aqui ilustraré mi fama,
aqui hasta el amor me llama...
pues bien, de aqui no saldré.
¿Que el amor os llama aqui
decís...?

RAMIRO.

Sí.

DUQUESA.

¿Quién lo creyera!
¿el amor de una hechicera!
¿Estais en vos?

RAMIRO.

Mucho, sí.

DUQUESA.

Cuidad que vuestro reposo
no altere la hechicería...

RAMIRO.

Siempre fui, señora mia,
dado á lo maravilloso,
y por eso aqui he de amar...

DUQUESA.

¿Y si un obstáculo hubiera
que amar aqui os impidiera...?

RAMIRO.

Yo lo sabré derribar
si me ofrecéis protección.

- DUQUESA. Y ¿seréis tan esforzado...
- RAMIRO. Nunca el pavor ha asaltado,
señora, á mi corazón.
- DUQUESA. Pues bien, tomad y leed.
(*Le da el pliego que está sobre la mesa.*)
A solas os dejo ahora;
trascorrida media hora
á mi presencia volved.

ESCENA VI.

DON RAMIRO.

¡Qué será! ¿qué habrá encerrado
en este mágico pliego,
que destierre las tinieblas
de tan confuso misterio?
Si de mi ofendido honor
me dejaran los recuerdos
que eternamente me siguen
y acibaran mi contento,
por Dios, que en esta ocasión
holgárame y con extremo,
porque todo aquí es extraño
y portentoso y siniestro.
¿Por dónde pudo saber
encerrada en este yermo
las ofensas de mi honor
mejor que yo...? ¿Será cierto...
será una verdad el mágico
poder de los sortilegios?
¡Eh...! yo deliro; imposible;
no hay mas poder que el del cielo.
Maa... díjeme amores, y ella
de obstáculos me habló luego...
Rompeamos este papel
y veamos lo que hay dentro.

«Hallándome próximo á pagar el natural y comun tributo á la tierra, yo el duque, señor de este valle y de otros heredamientos, ordeno y mando por este mi cobdicio como postrera voluntad lo siguiente: No habiéndome concedido el cielo sucesion, y deseando que los dilatados bienes que

poseo, tanto de mayorazgo como fuera de él, continúa disfrutándolos la duquesa mi esposa y señora, sin perjudicar en su derecho á mi familia, es mi voluntad: que trascurrido puntualmente un año desde el otorgamiento de este cobdícilo admita la dicha duquesa por esposo á don Lope de Silva, mi primo é inmediato sucesor."

(Representa.)

¿Don Lope de Silva, dice?

¿No es este aquel caballero escándalo de la corte

por sus locos devaneos?

¡Ah, duquesa sin ventura!

bien tus palabras comprendo,

que tienes el corazón

á un voto horrible sujeto.

Veamos si en lo que resta

nuevas desdichas encuentro.

"Durante el año fijado ha de llevarse luto en mi castillo, y si al cumplimiento del plazo, don Lope no pareciese ó hiciese formal renuncia á la mano de la duquesa, quedará esta en posesion de todos mis bienes libres para que use de ellos y de su mano segun cumpla mejor á su voluntad. En mi castillo de Lanjaron á las siete de la noche del 25 de Enero de 1597. El duque don Pedro de Silva."

(Representa.)

A las siete de la noche

del veinte y cinco de Enero...

pues hoy el plazo se cumple...

(Mirando al reloj.)

Sí, faltan pocos momentos,

y don Lope no ha venido...

ni puede venir... recuerdo

que há un año partió á las Indias

en pós de escándalos nuevos,

y el aviso de este lance

le habrá alcanzado muy lejos.

¡Oh ventura...! mas... ¿por qué

al alborozo me entrego?

¿Querrá admitir la duquesa

mis amorosos obsequios...

ó bien los creará nacidos

del vil interes? ¡qué empeño!
 Trascorrida media hora
 me ha citado en su aposento...
 y es cuando el plazo se cumple...
 ¿qué duda...? á sus plantas vuelo,
 que mi amor y mi venganza
 en ella cifro...

(Oyese á lo lejos el sonido de una corneta.)

¿Qué es esto?

¿A las puertas del castillo
 gente estraña...? ¡qué recelo...!

(Se asoma á la ventana.)

¡Qué multitud! á favor
 de los hachones de viento
 que rompen de las tinieblas
 el espesísimo velo,

distingo entre los villanos
 á un apuesto caballero...

¡Él es...! ¡es don Lope! ¿Viene
 por arte de encantamiento?

¿Se habrá cumplido ya el plazo?

¡Vana esperanza! ¡qué lento

¡ay Dios! por fortuna suya
 discurre esta noche el tiempo!

Pues bien; veré á la duquesa,
 le hablaré de este himeneo,

y si lo repugna, entonces
 lo estorbaré con mi acro.

ESCENA VII.

** DON RAMIRO. SUSPIRO.*

SUSPIRO.

¡Eh! ¿sois vos...

RAMIRO.

(Sin mirarle y saliendo de la escena.)

¡El demonio!!

SUSPIRO.

¡Uf!!!

El demonio... ¡buen encuentro!

ó yo tengo cataratas

ó por aqui voy perdido...

¿Cuánto va que me he metido
 en el infierno de patas?

Y ¿que yo á don Lope aguante,
 que anda siempre en malos pasos?
 y es el mal, que en estos casos
 me encaja á mí por delante.
 Mas... nadie viene... ¡Hola! ¡chicos!
 ¿ á quién le podré anunciar...
 pero... ¿y si me vuelvo á dar
 con el demonio de hocicos?
 Si ha sido mucha osadía...
 bien hubo quien lo dijera,
 entrar en la madriguera
 de toda la hechicería.

(Sale doña Virtudes y se adelanta sin ser vista de Suspiro, y se coloca á su lado.)

ESCENA VIII.

DOÑA VIRTUDES. SUSPIRO.

SUSPIRO. Digo, si al primer encuentro
 me sale como una bola
 el demonio en la antesala...
 ¿ eh...? ¿qué habrá por allá dentro?
 Aquello será un belem...
 y habrá demonios mayores,
 y duendes, saludadores...

(Doña Virtudes estornuda.)

Jesus... ¡ah...! ¡y brujas tambien!
 Vaya, hermana, estése quieta
 y tráteme en buena ley,
 ó le muestro el *Agnus Dei*
 y le hago tomar soleta.

VIRTUDES. Mancebo... ¿por qué te agitas?
 (Adelantándose hácia él.)

Si yo... tu afan no penetra...

SUSPIRO. ¡Tate...! hermana, vade retro;
 no empecemos con bromitas.

VIRTUDES. Pero ¿por qué te desvelas?
 aqui estás seguro.

SUSPIRO. ¿Pues!

VIRTUDES. ¡Qué mozo! ¡qué lindo... y es
 rubio como unas candelas.

SUSPIRO. El mismo diablo la empuja...
 ¡Cata la cruz...!

VIRTUDES. ¡La cruz! ¡Oh...!

SUSPIRO. villano, pues ¿quién soy yo?
 Quién ha de ser, una bruja.

VIRTUDES. ¡Yo...! ¿qué te lo da á entender?

SUSPIRO. El que con los pies escarbas,
 que tienes uñas y barbas,
 y eres de mal parecer.

VIRTUDES. ¡Infame!... verás en tí
 cómo mis uñas se ceban...

SUSPIRO. ¡Ay! ¡Don Lope...! ¡que me llevan...!
 ¡Don Lope!!!

ESCENA IX.

DON LOPE. DOÑA VIRTUDES. SUSPIRO.

LOPE. ¿Qué pasa aquí?

SUSPIRO. Gracias á Dios que te miro...

LOPE. Maldito, ¿por qué voceas?
 (*Reparando en doña Virtudes.*)
 ¡Ah...! ya, ya... ¡qué mal te empleas!
 deja á ese monstruo, Suspiro.

VIRTUDES. ¡Qué! ¡yo monstruo!

LOPE. Y de los buenos.

VIRTUDES. ¡Qué vetusta!

VIRTUDES. ¡Bien estamos...

LOPE. Buena dueña, no riñamos
 por un siglo mas ó menos.

SUSPIRO. Señor, que la descoyuntas...

VIRTUDES. Bien; barlaos de la muger,
 algun dia puede ser
 que las pagueis todas juntas.

SUSPIRO. ¡Qué amenaza! por la cruz,
 que si la irritas así
 vamos á salir de aquí
 como taco de arcabuz.

LOPE. Ya me cansa, harto la honré;
 y sepa que... ¡voto á Judas!
 jamas con dueñas barbudas
 tantas palabras gasté.

Vamos, salid á anunciar
mi llegada, que interesa;
y decidle á la duquesa
que no me gusta esperar.
Genio vivo.

VIRTUDES.

LOPE.

Sí, por Dios.

VIRTUDES.

Pues mirad que...

LOPE.

Bien, ya basta.

VIRTUDES.

Todo en el mundo se gasta.

LOPE.

Mas, no tanto como vos.

VIRTUDES.

Mentís vos, que hombres mas fieros
dentro de estos muros vi.

LOPE.

¿Y qué?

VIRTUDES.

Salieron de aqui
humildes como corderos.

(Vase y cierra la puerta del fondo sin que lo noten.)

ESCENA X.

DON LOPE. SUSPIRO.

SUSPIRO.

Señor, acorta donaires
y el castillo, por Dios, deja,
porque mira que esta vieja
nos va á estrellar en los aires.

LOPE.

Muy grande importancia das
á lo que llegaste á ver.

SUSPIRO.

Una dueña ¿qué ha de hacer?
¿Qué dueña? ¡ai es mucho mas!
Por ventura ¿has olvidado
con tu nupcial ceremonia
lo que de esta Babilonia
las gentes nos han contado?

LOPE.

Cuentos.

SUSPIRO.

De mi testimonio
¿has de dudar, vive Cristo?
¿No sabes á quién he visto?

LOPE.

¿A quién?

SUSPIRO.

¿A quién...? ¡al demonio!!!

LOPE.

¿Dónde?

SUSPIRO.

Aqui.

LOPE.

¿Cuándo?

SUSPIRO.

LOPE.

Al entrar.
Dichoso tú que has hallado
lo que yo tanto he buscado
y nunca pude encontrar.

SUSPIRO.

¡Jesus! ¿con esas te vienes?
¿buscaste al diablo?

Sí á fé.

LOPE.

SUSPIRO.

Pues no le busques.

LOPE.

¿Por qué?

SUSPIRO.

Porque en el cuerpo le tienes.

LOPE.

Suspiro, de ello me alegro.

SUSPIRO.

¡Válgame la letanía...

LOPE.

Dime, ¿qué señas tenía
ese que viste?

SUSPIRO.

Muy negro:

los ojos como tizones,
alto, seco, vista fiera,
muy siniestro, y por contera
buena ración de pitones.

LOPE.

¡Ja...! ¡ja...! ¿y te pudo asustar...

SUSPIRO.

¡Qué! ¿te burlas de lo que hablo?

LOPE.

Me río, por que ese diablo
es un diablo muy vulgar.

SUSPIRO.

Envidio tu corazón...

LOPE.

pero, señor, anda listo...

SUSPIRO.

Hombre... ¡qué...! si eso lo has visto
allá en tu imaginación.

¡Aquí de Dios! ¿tú tendrás,
Don Lope, por imposible
que en esta mansión horrible
hallemos á Satanás?

¿No te han dicho que con él,
bien lo sabes, que es exacto,
la duquesa tiene pacto,
pacto firmado con hiel?

¿Y que estando moribundo
sorbó á su primer marido...
dime, si aquel fué sorbido
¿no sorberán al segundo?

¡Ay, don Lope...! huyamos, ven:
temblando de miedo estoy;
si tú te vienes, me voy,

- y si te quedas, tambien.
 LOPE. ; Eh! desecha esos temores...
 SUSPIRO. Eao, ; y que á los dos nos traguen!
 ; Es bueno, señor, que paguen
 justos, aqui, y pecadores?
 LOPE. Pues ; quién es el justo aqui?
 SUSPIRO. ; Yo...! que nunca... ; Ave María!
 delitos de tropelía
 á sabiendas cometí.
 LOPE. Si no fueras tan villano
 no abrigaras tanto miedo.
 SUSPIRO. Don Lope, estar mas no puedo,
 Dios te tenga de su mano.
 ; Te quedas? paga el escote
 que debes al enemigo;
 verás cómo hacen contigo
 en dos por tres un jigote.
 (*Se dirige á la puerta del fondo.*)
 Pero... ¡cielos! ¡qué crueldad!
 la puerta nos han cerrado...
 LOPE. ; Qué?
 SUSPIRO. ; Que nos han enjaulado...!
 LOPE. (*Se dirige al fondo.*)
 ; Silencio...! ; pues es verdad!
 (*Sale la duquesa por la hendidura de la izquierda y
 se sienta en el sillón mientras don Lope y Suspiro
 examinan la puerta.*)

ESCENA XI.

LA DUQUESA. DON LOPE. SUSPIRO.

- SUSPIRO. Verás cómo nos derrengan,
 y á oscuras porque no suene.
 LOPE. ; Voto al diablo! y nadie viene.
 SUSPIRO. Mejor será que no vengan.
 LOPE. Que la duquesa permita...
 ya su tardanza me pesa...
 DUQUESA. Aqui está ya la duquesa.
 LOPE. ; Cielos! ; qué vos...
 SUSPIRO. (*Con muestras de terror y acercándose á
 la hendidura de la derecha.*)
 ; Santa Rita...!!

de imposibles abogada...
 líbranos de esta muger,
 que es el mismo Lucifer,
 el gefe de la bandada.

LOPE.

Señora, os miro asombrado...

DUQUESA.

Don Lope, eso es natural.

SUSPIRO.

¡Qué cara tan infernal!

DUQUESA.

Haced salir al criado.

SUSPIRO.

¿Salir...? sí, señora, sí;

pues apenas lo deseo...

mas... la salida no veo...

¿por dónde me...

(Por la hendidura de la derecha se ve salir un brazo que ase á Suspiro y le hace entrar por aquella instantáneamente.)

VOZ DENTRO.

Por aquí.

SUSPIRO.

¡Ay! ¡ay...!

ESCENA XII.

LA DUQUESA. DON LOPE.

LOPE.

(Volviéndose hácia donde estaba Suspiro, dice asombrado.)

¿Por dónde salió!

DUQUESA.

¿Temblais?

LOPE.

¿Temblar...? no señora,

y á fé que el encanto ahora
 de vuestra magia faltó.

Cuentan de vos en la sierra
 varios lances misteriosos...

mas, son muy supersticiosos
 los villanos de esta tierra.

Valor no les dí jamas,

y en ello, duquesa, insisto,
 á pesar de que ya he visto...

DUQUESA.

Pues aun teneis que ver mas.

LOPE.

Bien, señora, bien por Dios;

con maga de tal donaire,

contento iré por el sire

ó por donde os plazca á vos.

DUQUESA.

¿Vuestro arrojo y vuestra fé

- vais á ponderarame ahora?
- LOPE. Vengo á casarme, señora;
mirad vos si ambos tendré.
- DUQUESA. Don Lope, ¿no me diréis
dónde un año habeis estado?
¿cómo es que habeis retrasado
lo que tanto apetecéis?
Llegar con tal diligencia...
y el plazo casi cumplido...
páreceme que habeis venido
á casaros con la herencia.
- LOPE. (¡Y es verdad...! ¿no hay mas que ver!
si mismo diablo me doy...
ó yo no sé dónde estoy,
ó esta muger no es muger.)
- DUQUESA. ¿Con que he venido á acertar?
- LOPE. (¿Será bruja...? sin remedio...
¿Qué...! nada, partir por medio
y echarlo todo á rodar.)
Vuestra claridad me veda
hoy con doblez contestaros;
sois muy franca, y á pagaros
voy en la misma moneda.
¿Dónde he estado, con enojo
me preguntais? por el mundo
haciendo del vagabundo
la vida segun mi antojo.
Ya que opulento nací,
quise con mi buen caudal
saber del bien y del mal
antes de encerrarme aqui.
Y el mundo corrí gozoso
por poderos merecer,
que vos no debeis tener
un novicio por esposo.
Este ha sido el embarazo
que antes llegar me ha impedido,
mas... no hice poco, he venido
al cumplimiento del plazo.
Dióme sus alas... amor,
y vengo con ansiedad
á cumplir la voluntad

postrera del testador.
 Mi historia es esta, señora,
 ni la rebajo, ni abulto...
 porque sé que no hay oculto
 nada ante una encantadora.

DUQUESA.

¿Y del encanto os moráis?
 Mirad que os conosco.

LOPE.

¿Sí?

Y ¿sabeis mucho de mí?

DUQUESA.

Mas de lo que vos pensais.
 Conosco vuestras locuras
 desde esta mansion dichosa,
 vuestra vida licenciosa
 y amorosas aventuras.
 Decís que en alas de amor
 venís, y me habeis mentido:
 decid mejor que hais venido
 en alas del testador.
 Pero... si mal no entendí,
 aqui el destino os envia
 para que purgueis un dia
 tanto desorden...

LOPE.

¿Aqui?

(¿Está loca esta muger?
 ó de bruja disfrazada...
 y vaya si está empeñada
 en hacérmelo creer...
 Quiero su ciencia probar...)
 Ignoro vuestros descos;
 mas, de locos devaneos,
 señora, es fácil hablar.

Decid, si no os importuno,
 ya que todo lo sabeis
 y mis lances conoceis...

DUQUESA.

¿pudiérais nombrarme alguno?
 Nada hay que á mi pensamiento
 el mundo pueda encubrir...

Don Lope, ¿quereis oír
 la aventura del convento?

LOPE.

¡Qué...!

DUQUESA.

Y si dudais todavía
 y mi ciencia no os asombra...

¿quereis que os muestre la sombra
de la infeliz Rosalía?

LOPE.

(*Turbado.*)

No... no... ya basta, señora...

DUQUESA.

(*Bravamente lo fingi.*)

LOPE.

(*Por Dios que el tino perdí...)*

Me voy convenciendo... ahora...

Y es... muy bueno... que se esten
quietas las sombras... y no...

Con que... ¿murió... eh...?

DUQUESA.

Murió.

LOPE.

(*¡Pobre muchacha...! hizo bien.*)

DUQUESA.

Murió para el mundo, es cierto.

LOPE.

Sí, sí, estaba algo enfermiza...

DUQUESA.

No revolvais su ceniza,

porque aun para vos no ha muerto.

LOPE.

¿Cómo...!! tocais tales puntos...

¿Qué pretendéis vos de mí?

¿pensáis que he venido aquí
á casarme con difuntos?

DUQUESA.

No es, don Lope, ese mi objeto;

vuestra agitacion calmad,

que... tambien la voluntad
de los difuntos respeto.

Y una vez que lo anhelais

y mi enlace os acomoda,

pronto se hará nuestra boda...

si antes vos no renunciáis.

LOPE.

Señora... por ahora, no;

á confesarlo me atrevo,

que yo ni temo ni debo;

despues... despues... qué sé yo.

Y pensando bien ahora

si yo me caso con vos,

vengo á casarme con dos,

duquesa y encantadora.

Y en estas cuentas, jamás

en cantidades reparo:

entre el mas y el menos... claro,

escojo, señora, el mas.

DUQUESA.

Bien, don Lope; ya debemos

terminar esta cuestion:

preparad el corason,
que os importa, y... nos veremos.

(Saluda la duquesa y se dirige á la puerta del fondo.)

LOPE. ;Yo...! ¿y os vais por allí?

DUQUESA. Pues.

LOPE. Si está cerrada la puerta.

DUQUESA. A mi vos veréisla abierta,
pero... se cierra despues.

LOPE. ;Paso! (Abrese la puerta.)
(Aturdido.)

DUQUESA. Se abrió... ;Dios Eterno!

(Desde la puerta con acento fatidico.)
Os cito de aqui á dos dias,
en las mansiones humberas.

LOPE. ;Dónde! ;dónde...!

DUQUESA. (En el inferno.)

(Va don Lope hácia la duquesa, que estará colocada en el dintel de la puerta; pero le detiene la repentina luz de un relámpago que ilumina la parte exterior de la puerta, que deberá estar completamente á oscuras, y dibuja el contorno de la duquesa. Esta desaparece y la puerta se cierra de golpe.)

ESCENA XIII.

DON LOPE. Despues SUSPIRO.

LOPE. Pero, decid... ;oh...! ;qué luz...!

el cabello se me eriza...

ya se largó... ¿A que me hechiza

esta muger...? ;por la cruz...

que no es posible dudar

de su espíritu endiablado...

;qué calor...! me ha mareado...

SUSPIRO. (Dentro.) ;Eh...! ;que me vais á estrellar!

LOPE. ¿No es Suspiro... ó yo estoy loco?

(Reconoce el teatro, y en el momento en que da la espalda á la abertura de la derecha sale Suspiro violentamente por ella, quedando otra vez cerrada.)

SUSPIRO. ;Jesus...!

LOPE. ;Suspiro!

SUSPIRO. ;Ah...! te hallé.

LOPE.

¿De dónde vienes?

SUSPIRO.

No sé.

LOPE.

¿Por dónde sales?

SUSPIRO.

(Mirando á todas partes.)

Tampoco.

Solo sé, y esto no es cuento,
que caímos en las redes,
que estas malditas paredes
engullen que es un portento.Y que al tragarse á un cristiano
lo empujan á la otra banda,
y al llegar, hay zurrubanda
y un lindo ¡pase de mano!¡Ay de mí! no tengo gota
de sangre, don Lope amigo;
mas ¿qué extraño... si conmigo
han jugado á la pelota?

LOPE.

¡Vive Dios! que es por demas...

¿es cierto cuanto pasó?

¿llegaré á casarme yo,
aquí...

VOZ DENTRO.

Sí, te casarás. —

LOPE.

¿Qué voz...!

SUSPIRO.

(Aterrado.) Me desencuaderno...*(Mientras estan mirando á la derecha sale don Ramiro por la abertura de la izquierda, envuelto en una larga capa con el rostro encubierto con un velillo negro ajustado que parezca color natural, y se adelanta por la espalda de ambos sin que lo noten hasta que el diálogo lo indique.)*

LOPE.

Bien; bruja, duende ó muger,

¿sal aquí...! ¿cuándo ha de ser?

dime dónde...

RAMIRO.

¿En el infierno!

LOPE.

¡Ah!

SUSPIRO.

¡UL...!!!

(Don Ramiro les vuelve la espalda mostrándoles el rostro siempre. Don Lope va á seguirle y Suspiro se abraza con él para detenerlo, y en esta momentánea lucha desaparece don Ramiro sin que lo adviertan por donde mismo salió.)

SUSPIRO.

¿No...! ¡por San Antonio...!



Acto segundo.

Salon colgado de negro, de cuyo color deberdn ser los muebles que contenga. En el fondo una puerta secreta de dos hojas: á la derecha la que da entrada á la habitacion y á la izquierda la de una alcoba. Próximamente á esta última una mesa cubierta con un paño negro. Sigue alumbrada la escena por la misma lámpara.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA VIRTUDES. REGOLLOS.

- VIRTUDES. Arregle esos trastos bien,
y para que lo haga pronto
sepa que estoy encargada
de dirigir este embrollo.
- REGOLLOS. Y no dudo que será
el resultado famoso
si vos danzáis en la gresca...
- VIRTUDES. No murmure; no sea topo:
mas le valiera quitar
á los sillones el polvo
y tener estos salones
como Dios manda...
- REGOLLOS. ¡Ya!
- VIRTUDES. ¡Al oco!
- REGOLLOS. ¡Pues!
- VIRTUDES. Es verdad.
- REGOLLOS. ¡Vaya

VIRTUDES.

¡Venga!

Si una aqui no lo hace todo
¿hay alguien que sirva de algo?
¡Va...! sí, señora.

REGOLLOS.

De estorbo.

VIRTUDES.

REGOLLOS.

Pero si á aqui nadie viene;
si en el mayor abandono
este cuerpo del castillo
hace años...

VIRTUDES.

Señor Regollos,

esa no es razon.

REGOLLOS.

Sí tal.

VIRTUDES.

Todo es casa.

REGOLLOS.

No me opongo;

pero...

VIRTUDES.

¡Calle el Rodrigon!

REGOLLOS.

Pues no rabie el vejstorio.

VIRTUDES.

¡Cómo se entiende...! ¿blasfema?

REGOLLOS.

Digo verdades de á folio.

VIRTUDES.

No me falteis al respeto.

REGOLLOS.

No me vengais con apodos.

VIRTUDES.

Yo soy el ama de llaves.

REGOLLOS.

Y yo el dueño del tesoro

secreto de la señora,

y con sus secretos corro.

Y yo tambien.

VIRTUDES.

Es decir,

REGOLLOS.

que ambos corredores somos.

VIRTUDES.

¡No!

REGOLLOS.

Vaya, doña Virtudes,

haya paz entre nosotros.

VIRTUDES.

Él la altera.

REGOLLOS.

¿Que hemos siempre

de tratarnos con enojo

como lobos y mastines?

Él el mastin.

VIRTUDES.

Ella el lobo.

REGOLLOS.

¿A los insultos volveis?

VIRTUDES.

Como vos tornais, yo torno.

REGOLLOS.

Yo jamas os ofendí.

VIRTUDES.

Pues eso, ni yo tampoco.

REGOLLOS.

Pero me alzaís siempre el gallo.

VIRTUDES.

- REGOLLOS. Porque el vuestro no está ronco,
y yo en el tono que me hablan
en ese mismo respondo.
- VIRTUDES. Pero á una muger se debe...
- REGOLLOS. Pero á un hombre que no es mozo...
- VIRTUDES. ¿Qué? vamos.
- REGOLLOS. Y, vamos, ¿qué?
- VIRTUDES. Teneis un alma de chopo
y sois muy necio...
- REGOLLOS. ¡Señora
Virtudes!
- VIRTUDES. ¡ Señor Regollos!
- REGOLLOS. Ya que todo está arreglado,
arreglémonos un poco
si es posible, vos y yo,
que no es bueno el alboroto...
- VIRTUDES. ¿ Y quién sino vos lo causa?
- REGOLLOS. Si no es eso.
- VIRTUDES. ¿ Pues qué es?
- REGOLLOS. Lo otro.
Es que vos estais raviando
porque os cuente... ¿ me equivoco?
Sí por cierto.
- VIRTUDES. Vaya, vaya...
hablémonos sin rebozo:
¿ no quisiérais que os contara
los encargos misteriosos
que me ha dado la señora,
y saber el cuando y como
va á dar el golpe mortal?
preciso, si yo os conozco;
si de todos vuestros flacos
este es el flaco mas flojo.
- VIRTUDES. Y ¿ qué adelantais con eso?
Si callais, del mismo modo
yo no os diré lo que sé,
y en paz.
- REGOLLOS. Pues á fuera el ocio:
principie doña Virtudes.
- VIRTUDES. Comience el señor Regollos.
- REGOLLOS. Yo tengo mas que contar.
- VIRTUDES. Por eso será mas propio

que conteis primero vos
para que acabeis mas pronto.
REGOLLOS. Eso es meterlo á barato;
decid vos...

VIRTUDES.
REGOLLOS.

No.
Si es antojo,
aunque no hallo la razon,
voy á... pero ; qué demonio!
ya viene aqui la señora...
¿ Lo veis como era mas propio
antes de contar lo mucho
haber contado lo poco?

ESCENA II.

LA DUQUESA. ROSALÍA. VIRTUDES. REGOLLOS.

DUQUESA. ¿ Está ya todo arreglado?
REGOLLOS. Sí, señora.

DUQUESA. Idos afuera;
dejadnos solas aqui
y á mi voz estad alerta.

VIRTUDES. Asi lo haremos.

DUQUESA. (*A Regollos.*) Ninguno
ha de penetrar en esta
habitacion, sin que antes
tu aviso me lo prevenga.

REGOLLOS. Bien, no entrará ni una mosca:
Regollos está á la puerta...

DUQUESA. Sé tu lealtad, y no ignoras
el galardón que te espera.

REGOLLOS. Sin eso sabeis...

DUQUESA. Si, si...
salid, porque el tiempo apremia.
(*Vanse Regollos y Virtudes.*)

ESCENA III.

LA DUQUESA. ROSALÍA.

DUQUESA. Y bien, niña, ¿ todavía
en tu fuga perseveras?

¿Quieres vagar por el mundo
 conducida por tus penas
 y arrastrar una infeliz
 desesperada existencia?
 Mira que en él, la desgracia
 muy pocas veces encuentra
 una mano bienhechora
 que la consuele y proteja.
 Que en él hay pechos de marmol,
 almas de egoismo llenas,
 y además es muy fatal,
 muy rigurosa tu estrella.

ROSALIA.

Señora... y ¿qué puedo hacer?
 Vos conocéis cuán extrema
 y cruel es mi desdicha:
 de mis secretos sois dueña
 y de mi vida también;
 mas... ¡vivir aquí, me aterra!
 Cruzando la España va
 mi hermano en pos de mi huella
 ardiendo en sed de venganza...
 ¡porque es muy grande su afrenta!
 Aquí el destino le trajo,
 y aunque ignora que se alberga
 debajo de un mismo techo
 la que manchó su nobleza,
 puede ese mismo destino
 marcarle pronto la senda
 para llegar hasta mí,
 ¡y entonces... ¡ay Dios, si me encuentra...!
 Sí, sí, la fuga... la fuga,
 el abandono y vergüenza...
 el escarnio de las gentes,
 prefiero, noble duquesa,
 á recibir de mi hermano
 una mirada severa.

DUQUESA.

¿Es decir, que ya juguete
 del destino te contemplas,
 y que mi poder no es nada
 ante tu enemiga estrella?

ROSALIA.

¿Qué vale vuestro poder
 contra mi fortuna adversa?

- Decid mejor el deseo
que vuestro seno alimenta...
deseo que no contrasta
lo que los cielos decretan.
- DUQUESA. Rosalía, observo que eres
tan infeliz como incrédula;
dudas de mí, y quiero darte
de ese poder una prueba.
¡Qué decís!
- ROSALIA.
DUQUESA. ¿Has olvidado
que há poco te hice una oferta
que dijiste era imposible
que realizarse pudiera?
La incrédula Rosalía
¿dió al olvido mi promesa?
¡Ah! no lo extrañeis, señora;
esta angustia que me aqueja
me arrebató la memoria
y confunde mis ideas.
De don Lope se trataba...
¡Cielo santo...!
- ROSALIA.
DUQUESA. ¿Ya recuerdas?
SÍ; ¡y bien...
Que partió á las Indias,
que ayer millares de leguas
de Lecrin le separaban...
SÍ, sí... una distancia inmensa...
DUQUESA. Pues hoy por fortuna tuya
la distancia es muy pequeña.
ROSALIA. ¡Atónita me dejais...!
¿adónde está?
DUQUESA. ¿Lo creyeras?
al impulso de mi voz
cruzó la mar turbulenta,
y desde las ricas playas
de la perezosa América
vino al Valle de Lecrin
y en mi castillo se hospeda.
ROSALIA. ¡Eso es verdad...!
- DUQUESA. Si lo dudas
hoy te pondré en su presencia.
ROSALIA. ¡Ah...! dejadme respirar,

porque me dais tales nuevas,
y es tal la emoción que siento...
que á perder voy la cabeza.

DUQUESA.

Serénate, desdichada;
contigo estoy, nada temas.

ROSALIA.

Perdonadme si dudé
de vuestra mágica ciencia,
que yo la tuve hasta ahora
por una vana quimera.
;Bien haya la que el misterio
de los destinos penetra,
y en amparar la desgracia
solo ese poder emplea!
Desde hoy esclava seré...
dejad que á las plantas vuestras...

(Va á inclinarse y la duquesa la recibe en los brazos.)

DUQUESA.

No á las plantas, en los brazos
te recibe la hechicera.

No quiero tu adoración,
solo anhelo tu obediencia.

ROSALIA.

Disponed á vuestro antojo,
señora, contad con ella.

DUQUESA.

Hoy has de hablar con Ramiro.

ROSALIA.

;Ramiro!

DUQUESA.

No te estremescas.

ROSALIA.

Pero mi muerte es segura...

DUQUESA.

; Y la obediencia era esa?

ROSALIA.

Teneis razon; vedme ya
á el sacrificio dispuesta.

DUQUESA.

; Al sacrificio... pardié!
que no murmure tu lengua
ni fatigue tu razon
lo que comprender no pueda.
; Eh! no hay tiempo que perder,
en esa cámara entra
y en ella verás un traga
que te vestirá mi dueña.
Con él aqui has de salir
cuando conveniente sea,
y aunque don Lope ó Ramiro
ante tus ojos se ofrezcan,
aunque presencias aqui

gratas ú horribles escenas,
y te pregunten quién eres
y adónde tus pasos llevas...
todo lo has de contemplar
con estóica indiferencia,
y contestar con donaire,
alta la frente y serena.

ROSALIA.

¿Y podré resistir yo
á tan formidable prueba?

DUQUESA.

¡Oh...! sí podrás, Rosalía,
tendrás valor, cuando sepas
que en ello tu porvenir
y tus esperanzas juegas.

ROSALIA.

Sí, tal vez.

DUQUESA.

Pues bien; no tardes,
vete ya, que el tiempo vuela.
A perder ó á ganar mucho,
con que audacia y fortaleza.

ROSALIA.

Procuraré obedeceros
hasta do alcancen mis fuerzas.

(Se dirige Rosalía á la habitación de la izquierda.)

DUQUESA.

¡Hola!

VIRT. y REG.

(Saliendo.) ¿Señora?

DUQUESA.

Llegad.

Ya sabéis, señora dueña,
lo que os tengo encomendado.

VIRTUDES.

Y vos, señora duquesa,
no ignoráis mi buen deseo...

DUQUESA.

(Señalando al cuarto donde entró Rosalía.)
Bien, entrad, que ya os espera.

(Vase doña Virtudes.)

ESCENA IV.

LA DUQUESA. REGOLLOS.

DUQUESA.

Acércate mas, Regollos.
¿Está la trampa dispuesta?

REGOLLOS.

Sí, señora, y deseando
entrampar.

DUQUESA.

Oye; por ella
á don Lope y á Suspiro

- REGOLLOS. has de servirles la cena.
 ;Ja...! ;ja...!
- DUQUESA. ;Te ríes?
- REGOLLOS. ;Pues no?
- DUQUESA. ;Es peregrina la idea!
 los dos se van á quedar
 con tanta bocaza abierta.
- REGOLLOS. Y para que en esta noche
 el chasco completo sea,
 estos polvos, buen Regollos,
 pon en el vino que beben.
- DUQUESA. Dadme acá, que mas que el chasco
 la chispa va á ser completa.
- REGOLLOS. ;Has visto si los pintores
 trabajan en la caverna?
- DUQUESA. ;Que si trabajan? muy pronto
 darán fin á la tarea:
 trabajan como leones...
 y la van á dejar buena...
- REGOLLOS. Bien; vé á poner la figura
 que hicimos, de centinela
 en el sitio convenido...
 que aqui Ramiro se acerca.
- DUQUESA. Voy...
- REGOLLOS. Por Dios, mucho cuidado.
- DUQUESA. Descansad en mi experiencia.

ESCENA V.

LA DUQUESA. DON RAMIRO.

- RAMIRO. Al fin os encontré.
- DUQUESA. ;Con tanto empeño
 me buscabais, Ramiro?
- RAMIRO. Sí señora.
- DUQUESA. Enojado venís; ;por qué ese ceño
 tan fruncido ponéis?
- RAMIRO. Hace una hora
 que voy por esos lóbregos salones
 en pés de vuestros mágicos antojos,
 y mil y mil visiones
 horribles han cruzado ante mis ojos,

y sombras y esqueletos... y en mi oído
también, en el silencio más profundo,
sonó el hondo gemido
que lanza en su agonía el moribundo.
Mas por todo arrostrar supo el empeño
que otra vez me conduce á vuestro lado :
perdonad si imprudente con mi ceño...

DUQUESA.
RAMIRO.

Es decir... que venís algo asustado.
¡Asustado, señora! ya os he dicho
que el pavor no conozco, ni me inquietan
esas fantasmas que abortó el capricho
y que el capricho y vuestra voz respetan.
Ni sus roncós ahullidos me alucinan
ni aterran sus figuras descarnadas ;
que á hombres como yo, jamás fascinan
visiones, vive Dios, asalariadas.

DUQUESA.

Guardaos, Ramiro, de escitar su enojo ;
no insulteis á mis sombras temerario,
que pueden á su antojo
cobrar de vos lo que llamais salario.
Dejadlas, y tened más confianza :
no irrité vuestro arrojó á esas mentiras...
que mi poder no alcanza
á defenderos de sus locas iras.

RAMIRO.

Pardiez, que me estais dando tentaciones
de una vez acabar con esa plaga,
y sombras y visiones
arrollar con la punta de mi daga.
A no haberos tenido en la memoria
cuando hoy las vi danzar en torno mio,
os juro por mi gloria
que con todas emprende allí mi brio.

DUQUESA.

Pero una vez que su poder es tanto,
probar ese poder otra vez quiero :
veréis pronto á los hijos del espanto,
espantados huir ante mi acero.
¡ Insensato, insensato !
¿ adónde os va á llevar
el inútil arrojó
de vuestra ceguedad ?
¿ Pensais que esos espíritus
que habeis visto cruzar,

que esas apariciones
de torva, horrible faz,
tienen una existencia
transitoria, mortal...?
¡Oh jóven! vuestra daga
vencerlas no podrá.
Ni encontrareis las formas
del cuerpo material...
y al ir á herirlas ciego
con vos se abrazarán.
¡Duquesa!

RAMIRO.
DUQUESA.

Sí, Ramiro,
os digo la verdad.
Dejad á esas fantasmas
y no altereis su paz,
temed su ardiente cólera,
que al fin puede el volcan
de sus iras frenéticas
de pronto reventar...
y en fuego, en humo, en polvo
convertiros quizás,
y hasta esos dobles muros
por tierra derribar.

RAMIRO.

Absorto al escucharos,
señora, me dejais:
¿ posible es que aquí puedan
esos genios morar...
que ejerzan un imperio
tan sobrenatural?

DUQUESA.

¿ No es todo una quimera?

RAMIRO.

¡ Ramiro...! es la verdad.

Pues ¿ cómo en el castillo
á mí me haceis pasar
por un ser misterioso,
á esos otros igual?

Y ¿ cómo en mi semblante
poneis un antifaz
y haceis que con él finja
la voz y el ademan,
y que diga palabras
que no entendi jamas?

DUQUESA.

Importa por ahora

que no las entendais,
 Dejad esos arcanos,
 que tiempo llegará
 en que ante vuestros ojos
 la luz de la verdad
 aclare los misterios
 que tanta cuita os dan.
 En tanto haced, Ramiro,
 buen uso del disfraz
 siguiendo mis consejos...
 y nunca os pesará.

RAMIRO.

Yo no puedo, señora,
 mis timbres amenguar
 mintiendo sin medida
 y escondiendo la faz.
 No, no; tales consejos
 á algun villano dad,
 que en todo este embolismo
 humilde os servirá.
 Mas no al que ha sido siempre
 honrado y muy leal,
 y nunca en sus palabras
 mezcló la falsedad.
 ¡Ramiro!

DUQUESA.

RAMIRO.

Qué quereis;
 de todo ello á pesar,
 y aunque entender no puedo
 lo que hay de sustancial...
 paréceme una farsa,
 duquesa, vuestro plan,
 y yo en farsas, señora,
 jamas quise danzar.

DUQUESA.

Por cierto que me cansa
 vuestra incredulidad,
 y estoy por castigaros
 de aqui haciéndoos marchar...
 pese á vuestra venganza,
 caballero leal.

RAMIRO.

¡A mi venganza! ¡y cuándo
 aqui se logrará?
 Si al menos ver pudiera
 á aquel que osó empañar

de mi honra esclarecida
 el límpido cristal...
 ó á la que abandonada
 llegó impura á olvidar
 mi fama y mis blasones,
 entonces yo...

DUQUESA.

Callad,

que sois muy exigente,
 altivo y lenguaras.

¿Tambien de la venganza
 segun eso dudais?

¿Teneis valor, Ramiro?

¿Pues no...?

RAMIRO.

¿Serenidad?

DUQUESA.

Tambien.

RAMIRO.

DUQUESA.

¿Quereis á prueba,

á prueba singular

poner ambos ahora?

(Movimiento afirmativo en don Ramiro.)

Vuestros ojos verán

lo que el entendimiento

jamas pudo soñar.

RAMIRO.

Señora... no vacilo...

DUQUESA.

Pues bien; ¡allí mirad!

(Señala la duquesa á la pared del fondo, en cuyo centro
 aparece muy poco á poco por medio del desvaneci-
 miento de velos, y segun lo indique el dialogo, una
 figura todo lo semejante posible á Rosalia con el
 mismo traje &c.)

RAMIRO.

¿Allí? solo tinieblas

alcanzo á ver no mas.

DUQUESA.

Tinieblas que muy pronto

las desvanecerá

la aparicion fantástica

de una triste beldad

que mora entre el silencio

y olvido un año há.

¡Ó tú! la prisionera

de los encantos... ¡sal!

por un instante rompe

la densa oscuridad

que oculta la hermosura

de tu angélica faz,
 y ante la vista atónita
 de incrédulo mortal
 parece cual solias
 mostrarte un año há...
 pura, la sien velada
 de cándido cendal...
 ¡Ó tú...! la prisionera
 de los encantos... ¡sal!
 ¡Gran Dios...! ¡qué ven mis ojos!
 ¿Es esto realidad,
 ú ofusca mis sentidos
 algun sueño tenas?
 Ante mis turbios ojos
 apareciendo va
 blanca vision que rompe
 el muro colosal...
 ¿Quién es? ¡Ay...! ya conozco
 de esa triste beldad
 el contorno ligero...

RAMIRO.

¡Ab...! ¡cielos...! si será...

(*Déjase ver distintamente la figura.*)

DUQUESA.

¿Os faltará el corazón...
 ó dudareis todavía...

RAMIRO.

¡Es mi hermana...! ¡Rosalia...!!!

ROSALIA.

(*Dentro.*) Perdon, Ramiro, perdon.

RAMIRO.

Perdon... perdon... no es engaño;
 esta es la voz que mi oído,
 pese á mi afán, no ha podido
 escuchar en todo un año.

¿Perdon humilde reclamas
 de tu desorden ahora...?

Y... ¿tú lo esperas, traidora,
 de aquel á quien torpe infamas?

La que así del deshonor
 por la senda se derrumba...

¿por qué le falta valor?

¿Cómo, perdon, desdichada,
 tu lengua á pedir acierta?

viérame mis ojos muerta,
 mas no humilde y deshonrada.

Huye, que tedio me inspiras;
 no esperes perdón de mí:
 vete... sal pronto de aquí,
 ó teme á mis justas iras.
 ¿Aun escuchándome está
 tu desenvuelta osadía?
 ¿Aun me aguardas, Rosalía?
 Pues bueno: ¡ay de tí...!

(*Movimiento en don Ramiro para dirigirse á la figura.*)

DUQUESA. (*Deteniéndole.*) ¡Ja...! ¡ja...!

RAMIRO. ¡Señora...! ¿os reis...?

DUQUESA. ¡Oh...! sí,

aunque me tengais por fátua:

¿No veis que hablais á una estátua
 que tengo encantada aquí?

¡Encantada!

RAMIRO.

Es la verdad.

DUQUESA.

Y aquella vos...

RAMIRO.

Aunque os peac,

DUQUESA.

Ramiro, el encanto es ese.

RAMIRO.

Vive Dios...

DUQUESA.

Vedla, tocad...

RAMIRO.

Jurara... sí...; ¡ay tal demencia!

DUQUESA.

¿Habrá sucesos mas raros...?

Esto, Ramiro, es mostraros
 adonde alcanza mi ciencia.

(*Ocúltase la figura.*)

RAMIRO. ¡Loco estoy...!

(*Reparando en que ya no está la figura.*)

¿Desapareció?

DUQUESA.

Vuelve á su destino ahora...

RAMIRO.

Pero aquella voz, señora...

DUQUESA.

Para siempre enmudeció.

RAMIRO.

Y ¿ya no la oiré jamas?

DUQUESA.

Si Ramiro en ello insiste...

hay un medio...

RAMIRO.

¡Cuál!

DUQUESA.

Consiste...

RAMIRO.

¿En quién...

DUQUESA.

En vos nada mas.

RAMIRO.

Hablad.

DUQUESA.

No, que ya os hablé;

sed ciego, cumplid con todo lo que os diga, y de este modo mi promesa os cumpliré.

A este precio la esperanza que abrigais realizareis: solo á este precio tendreis hermana, honor y venganza. Pues bueno, duquesa amiga; disponed...

RAMIRO.

DUQUESA.

Lo haré, señor, ya que solo aqui el honor es lo que mas os obliga.

RAMIRO.

¿El honor, decís, señora? Injusta sois por demas: me obliga, sí... pero aun mas me obliga la encantadora.

DUQUESA.

¡Oh...! no fatiguis, Ramiro, agora el entendimiento: ya conosco el ardimiento que con la magia os inspiro. Escuchad...

RAMIRO.

DUQUESA.

Nada... ¡estremadas protestas de vuestra sé? las que vais á decir sé, y las doy por escuchadas. Idos ya, buen caballero, á cumplir vuestro destino... y no alarguis el camino equivocando el sendero. Mas... para que no os perdais de esas vueltas en el golfo, ireis con mi page Astolfo, que conoce... ¡Hola!

ESCENA VI.

LA DUQUESA. RAMIRO. ROSALÍA, vestida de page, y DOÑA VIRTUDES por la puerta de la derecha.

ROSALÍA.

¿Llamaís?

(La duquesa y Rosalia hablan aparte mientras que don Ramiro contemplando á la última dice con el mayor aturdimiento.)

RAMIRO.

Essa voz... ¡oh! juraría
á pesar de sexo y trage
que estoy viendo en ese page
la cara de Rosalía.

¡Cielos...! ¿quién me trajo aquí...?
á esta horrible confusion
donde vaga mi razon...

DUQUESA.

¿Entiendes, Astolfo?

ROSALIA.

Sí.

RAMIRO.

¡Señora...! estoy padeciendo...

DUQUESA.

¿Qué es lo que os saca de timo?
pero... ¡ay de vos...! Ya adivino
vuestro mal: lo estoy leyendo
en la callada conciencia...

¿Quereis que la maga os diga
qué es lo que ahora os fatiga?
á todo alcanza la ciencia...

RAMIRO.

Tal vez... sí... y no será vana...

DUQUESA.

La duda aquí es un ultrage.

¿No es que encontráis en mi page
la imagen de vuestra hermana?

RAMIRO.

Es la verdad, sí señora...

DUQUESA.

¿Mal haya en tanta vision
que os trastorna la razon!

¿En eso daréis ahora?

Hasta hoy no lo habeis notado.

RAMIRO.

¡Pues qué...! ¿le he visto otra vez?

DUQUESA.

¡Ay señor...! pasan de diez
las noches que os ha velado.

RAMIRO.

¡Voto al diablo...!

DUQUESA.

¿Enloqueceis?

Una idea... aunque os allija,
teneis en la mente fija
y en todas partes la veis.

RAMIRO.

¡Ah...! sí... sí... teneis razon:
tanto lance inesperado
confieso que ha fascinado
á mi pobre corazon.

DUQUESA.

Resignacion, osadía,
y todo lo alcanzareis.
Idos: pronto me hallareis
donde hora os conduce el guia.

RAMIRO. Vamos allá, el papecillo.
 ROSALIA. Pues sígame el caballero.
 RAMIRO. También que eres mogo infiero...
 ROSALIA. Tal dicen en el castillo.
 RAMIRO. A tu voz no hay quien resista...
 ROSALIA. (Con desenfado asiéndole la mano)
 Audaz, que tardais á fé...
 (¡Ay... que su mano estreché!)
 DUQUESA. (Aparle á Virtudes.)
 No hay que perderlos de vista.
 (Vanse seguidos de la duquesa.)

ESCENA VII.

LA DUQUESA. Despues REGOLLOS.

DUQUESA. ¡Ja...! ¡ja...! ¡ja...! viven los cielos
 que si en al-jarse tardan
 la risa me hace traicion
 y deshago la maraña.
 ¡El pobre Ramiro...! ¡Oh...! sí;
 á pesar de su arrogancia,
 su denuedo y juventud,
 no sabe lo que le pasa.
 Y para los dos es bueno:
 ella á su hermano acompaña,
 y él, sin querrr, se acostumbra
 á la vista de su hermana.
 Perdóneme Dios m... n...
 y combinaciones tantas
 en gracia de la intencion,
 que no puede ser mas sana.
 REGOLLOS. (Por la puerta secreta del fondo)
 ¿Qué tal?
 DUQUESA. Estremadamente.
 Regollos, te doy las gracias
 por lo á tiempo que has estado
 para apoyar mis palabras.
 REGOLLOS. ¿Qué...! si á mí para demonio
 solo las uñas me faltan.
 DUQUESA. ¿Qué hacen don Jaime y Suspiro?
 REGOLLOS. Están como dos estatuas.

Don Lope de cuando en cuando
se burla y echa brabatas;
pero al rumor mas pequeño
de la fax el color cambia.

Suspiro ya ni suspira
ni á soltar se atreve el habla:
con cara asaz puntiaguda
torna la vista á la espalda,
y con pánico terror
de las paredes se aparta
porque teme que otra vez
le agarre el brazo de marras;
pero esto no ha sido obstáculo
para demandar con lágrimas
comida, merienda ó cena,
aunque del infierno salga,
pues dice que tiene un hambre
que hasta á su miedo aventaja.

DUQUESA.

Aqui los has de traer
valiéndote de tus mañas,
y embaucándolos de modo
que no conozcan la farsa.
La cena como te he dicho,
y en esa vecina cuadra

(Señalando á la alcoba.)

por el callejon estrecho
introducirás la estátua.

REGOLLOS.

Voy primero á conducirlos
y despues...

DUQUESA.

Vete, ya tardas.

REGOLLOS.

Para servirlos, señora,
mis pies no son pies, son alas.

ESCENA VIII.

LA DUQUESA.

¡ Desdichada humanidad!
¡ Cuán débil eres.. cuán flaca!
Orgullosa el pensamiento
hasta las nubes levantas
y cruzas de las esferas

la portentosa distancia,
 y en medio de ese camino
 por donde vas embriagada
 un átomo imperceptible
 te fascina, te quebranta,
 y te deja sobre el polvo
 muda, ciega y espantada.
 Hé aquí por qué fácilmente
 triunfa mi supuesta magia...
 no hay cosa como tener
 en el mundo, de algo, fama.
 Pero... pienso que se acercan...
 volvamos á la demanda,
 y para mas confusion
 ocultemos esta lámpara.

(Oculta debajo del manto la lámpara que arde sobre
 la mesa.)

ESCENA IX.

LA DUQUESA. DON LOPE. SUSPIRO. REGOLLOS.

REGOLLOS. (Tirando de Suspiro.)
 Por aquí.

SUSPIRO. No se deleite
 abollándome el testuz.

LOPE. ¿Cómo es que no hallamos luz?

SUSPIRO. Estará caro el aceite.

DUQUESA. Hé aquí la luz.

LOPE. Viene á punto...
 ¡Vos...!

SUSPIRO. (¡Uf...! ¡doña Lucifer...!
 más le temo á esta muger
 que á todo el infierno junto.)

DUQUESA. Yo, don Lope: ¿os admirais?

LOPE. No por cierto...

DUQUESA. Ya lo veis,
 decís que luz no teneis
 y os traigo lo que anhelsis.
 Es verdad...

LOPE.

SUSPIRO. (¡Esto va malo!)

LOPE. Conozco, señora mia,
 que ya hasta con demasia

- SUSPIRO. (Andadé en flores con ella.)
 DUQUESA. Por esa misma razon os cedo esta habitacion...
 LOPE. Sí, con efecto; es muy bella. Y me place que me obsequien con sala tan estremada; que parece aderezada para una misa de *Requien*.
 DUQUESA. Son del difunto sentencias que dictó en su última hora.
 LOPE. Tuvo el difunto, señora, muy felices ocurrencias.
 DUQUESA. En esa alcoba murió.
 LOPE. ¿Y me la cedéis á mí?
 DUQUESA. Si no os causa miedo, sí.
 LOPE. Me alegro.
 SUSPIRO. (No entraré yo.)
 LOPE. Muy tranquilo dormiré, aunque por cierto quisiera que el tal se me apareciera.
 SUSPIRO. (; Jesus María y José !)
 LOPE. Porque entouces le diria á mi vez cuátro verdades, pues todas sus voluntades adolecen de manía.
 DUQUESA. No es justo de aquel que muere escarnecer la memoria.
 LOPE. ¡Oh...! Dios le tenga en su gloria, y muchos años me espere. Lo dije sin intencion.
 DUQUESA. Es que si vos lo anhelais no es difícil que tengais aqui alguna aparicion.
 SUSPIRO. (Creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo...)
 LOPE. Si han de venir, deseara que trajeran buena cara.
 DUQUESA. De todo habrá...
 LOPE. No me asijo.
 DUQUESA. Pues buena noche.
 LOPE. Muy buena.
 DUQUESA. Cumpliré vuestro deseo,

que en esto solo me empleo.
Vos me honrais...

(Pero... ¿y la cena?)

LOPE.

SUSPIRO.

LOPE.

DUQUESA.

¿Cuándo á veros volveré?
(Desde la puerta de la derecha.)

Don Lope, de aqui á dos dias
en las mansiones hambrias.

(¡Sopla!)

¡Oid!

(Ciérrase la puerta.)

Cerró y se fué.

SUSPIRO.

LOPE.

SUSPIRO.

ESCENA X.

DON LOPE. SUSPIRO.

SUSPIRO.

Y hémos aquí, Virgen Santa
otra vez pisando quedito,
llevando á la espalda el miedo
y de frente á la carpanta.

LOPE.

¡Qué muger! con sus razones
me deja el alma suspensa...

SUSPIRO.

Y á mí tambien, porque piensa
que somos camaleones.

LOPE.

Es que á veces, por demas
amedrenta á mi valor.

SUSPIRO.

Pues ¿qué diré yo, señor,
que no le tuve jamas?

LOPE.

¡Ea, don Lope! ¿qué se hizo
de tu arrojito y tu desuelo?
¿llegarás á tener miedo
de una bruja ante el hechizo?
Jamás en ellas creí

ni en su mágico poder...

mas, no puedo comprender
lo que he presenciado aqui.

Será una ilusion tal vez
ó verdad cuanto pasó,

que en estas materias yo
jamás me ocupo, ¡pardiez!

Pero verdad ó quimera
en ello no he de pensar...

- vámonos á descansar
y venga lo que Dios quiera.
SUSPIRO. ¡Señor...! ¡señor...!
- LOPE. ¿Qué te agita?
- SUSPIRO. Con paciencia me has de oír:
¿sin cenar vas á dormir
en esa alcoba maldita?
- LOPE. En vano al sueño resisto...
- SUSPIRO. Recuerda que allí murió...
- LOPE. Y ¿qué tengo que ver yo...
- SUSPIRO. *(Interponiéndose entre don Lope y la alcoba.)*
¡Tente...! ¡no pases, por Cristo!
- LOPE. ¿A mi descanso te opones?
- SUSPIRO. No, don Lope, no has de entrar...
á lo menos sin cenar,
que el hambre hace ver visiones.
- LOPE. Pues vive Dios, majadero,
glotón, de valor escaso,
que ya que sales al paso
en ella has de entrar primero.
- SUSPIRO. ¡Yo...!!!
- LOPE. Tú.
- SUSPIRO. ¡Yo...!!! ¿será lisonja...
de... de...
- LOPE. *(Empujándole.)*
Vamos, entra listo...
- SUSPIRO. *(Deshaciéndose de don Lope.)*
¡Ay Jesús...! ¡y á quién he visto...!!!
- LOPE. ¿A quién has visto?
- SUSPIRO. ¡A la monja!
- LOPE. ¿Qué dices!
- SUSPIRO. ¡Dios nos asista!
- LOPE. Pues desde aquí ver no puedo...
- SUSPIRO. ¡Ay señor...! yo sí, que el miedo
me aclara mucho la vista.

(Mientras don Lope y Suspiro registran desde la escena el interior de la alcoba, sube por escotillon en el lado opuesto una mesa cubierta con un paño negro, platos, botellas y viandas, y dos bujias de cañon encendidas para ocultar la luz á su tiempo.)

¡No atisvas, por San Andrés,
la blanca sombra en lo oscuro...

- LOPE. allá... pegadita al muro.
 ¡ La ves...! don Lope... ¡ la ves!
 ¡ Oh...! sí, sí... no es aparición:
 allá en el fondo diviso...
 entra, y pídele permiso...
 Tómate tú la licencia.
 (Vuelcese y ve la mesa.)
 ¡ Cielos!
- LOPE. ¿ Qué... ?
 SUSPIRO. ¡ Cena nos dan !
 todo me vuelvo narices...
 ¡ qué bien huelen las perdices!
 ¡ y los pichones! ¡ y el pan!
 Don Lope, al buen Lanjaron;
 ven y no le desairemos,
 que despues... despues... veremos.
 (Cerrando la puerta de la alcoba.)
 Saspino tiene razon.
- LOPE. Ven á probar los pichones
 SUSPIRO. que esperan á mesa puesta.
 ¡ Oh...! si fueran como esta
 todas las apariciones!
 Vaya, ¿ te sirvo un traguito?
 Sirve pura.
- LOPE. ¿ Fuera pezares!
 SUSPIRO. La vista de los manjares
 LOPE. me dispierta el apetito.
 (Se sienta en uno de los dos sillones que habrá arrimados á la mesa.)
- SUSPIRO. Ya me bailan las encías.
 ¡ Buen hartazgo les prevengo!
 LOPE. ¿ Tanta hambre tienes?
 SUSPIRO. ¿ Si tengo?
 un hambre de cuatro dias.
 (Acabando de llenar el vaso.)
 Señor, apúralo entero.
 LOPE. Entero lo he de apurar.
 SUSPIRO. Bueno es antes de mascar
 dar un limpión al garguero.
 (Empinase la botella.)
 LOPE. Bien sabe.
 SUSPIRO. Sabe muy bien.

- LOPE. Y fortifica.
- SUSPIRO. Y estona,
y alegre, y envalentona...
Y predispone... ¿eh?
- LOPE. Tambien.
- SUSPIRO. Toma este alon.
- LOPE. ¿Así empiezas?
- SUSPIRO. ¿Yo aloncitos...? ¡vive Dios!
dame una perdiz... ó dos
y déjate de finezas.
(*Dándole una fuente llena.*)
Bárbaro, toma...
- LOPE. Esto es dar.
- SUSPIRO. Por si es que te llevo á ver
harto...
- LOPE. Y ¿qué le hemos de hacer?
mi único goce es... tragar.
Ya que esto se consiguió,
si te place, señor mio,
en ese sillón vacío
pudiera sentarme yo.
- SUSPIRO. ¡Villano! ¿en la misma mesa
con tu señor?
- LOPE. ¡Bueno es esto!
¿para tí solo ha dispuesto
dos asientos la duquesa?
No; para tí y para mí...
Qué se yo; ¿para el demonio!
- SUSPIRO. (*Oyese un ruido sordo y momentáneo.*)
¡Huif!!! ¡válgame San Antonio!
¿Oiste, señor?
- LOPE. Sí oí.
- SUSPIRO. (*Consternado.*)
Al nombrar... al... enemigo...
tembló...
- LOPE. (*Llenando dos copas.*)
Sea lo que fuere,
venga el demonio si quiere
á echar un brindis conmigo.
(*Vuelve á oirse mas cercano el anterior ruido.*)
- SUSPIRO. Señor don Lope, á morir
chamuscados nos conducen...

- LOPE. Suspiro, -atiza esas luces,
que quiero verle venir.
- SUSPIRO. (*Va á atizar una de las bujias y escóndese
la luz.*)
¿Que atice...? si estas diabluras...
me han dejado... ¡ay...! se apagó...
- LOPE. (*Quiere atizar la otra y se oculta tambien.*)
¡Torpe...! verás cómo yo...
- SUSPIRO. (*Sollozando.*)
¡Pues! nos quedamos á oscuras.
Si tendré á alguno detras,
y otra vez el vapulen...
¡ay...! ¡cuántas figuras vro...!
- (*Sale con la posible celeridad don' Ramiro con el rostro
y manos de negro como en el final del acto primero
por debajo de la mesa, y ocupa el sillón que estard
al lado del de don Lope.*)

ESCENA XI.

DON LOPE. DON RAMIRO. SUSPIRO.

- RAMIRO. ¡Hola!
- LOPE. ¡Quién...!
- SUSPIRO. (*Tiritando.*) ¡Iuf!
- RAMIRO. Satanás.
- LOPE. ¿Qué es lo que pasa por mí?
arde mi frente...
- RAMIRO. Don Lope,
por tí he venido á galope:
¿no me has llamado? beme aqui.
- LOPE. La cabeza se me parte...
Sí, te he llamado, es verdad...
mas, rompe esta oscuridad,
dame luz para mirarte.
- RAMIRO. Luz tendrás, y ahuyentaré
las tinieblas y tu miedo:
don Lope... con solo un dedo
la luz te devolveré.
- (*Aplica un dedo á las bujias y vuelven á lucir.*)
- LOPE. Maravillándome vas...
- RAMIRO. ¿Y qué pretendes de mí?

- Me llamas, y vengo aquí;
 Luz te doy... ¿qué quieres más?
- LOPE. Que me libere con presteza
 de estos horribles zumbidos,
 que entorpecen mis sentidos
 y trastornan mi cabeza.
 Ya que frente á frente estamos,
 pónme sano...
- RAMIRO. Sansrás,
 don Lope, si bebes más.
- LOPE. Pues bueno, juntos bebamos.
- RAMIRO. Pues bebamos... (¡Oh...! qué ciego.)
 (*Apura don Lope la copa y don Ramiro la lleva á los
 labios sin probarla y la deposita en la mesa.*)
- LOPE. ¡Qué! ¿tú no has bebido...?
- RAMIRO. ¡No!
 desto nunca bebo yo.
- LOPE. ¿Pues qué es lo que bebes?
- RAMIRO. ¡Fuego!
 Mas... aquí á tu bufon miro,
 y él por mí lo beberá.
 ¡Hola!
- SUSPIRO. (*Que ha estado inmóvil desde la salida de
 Ramiro.*) Es... ¿á mí?
- RAMIRO. Ven acá.
 ¿Tú eres Suspiro...?
- SUSPIRO. ¡Ay...! Suspiro.
 (*Pone don Lope los codos sobre la mesa y apoya entre
 las manos la cabeza.*)
- RAMIRO. Yo gusto de hombres serenos.
 Suspiro, sin respirar
 esta copa has de apurar...
- SUSPIRO. Pues señor, del mal el menos.
- RAMIRO. ¿Qué tienes?
- LOPE. Tanto dolor
 que á perder voy el sentido.
 ¡Vete...! que solo has venido
 para ponerme peor.
- RAMIRO. Lo quieras... te dejaré,
 á tus órdenes estoy...
 en paz te queda por hoy,
 á tus bodas volveré.

SUSPIRO. *(Dando señales de embriaguez.)*

Ya pienso que consumí...
que no hubiera sido un río...

RAMIRO. Y advierte que ya eres mio...
en breve vendré por tí.

(Sin que lo noten se desliza por debajo de la mesa, y desaparece.)

ESCENA XII.

DON LOPE. SUSPIRO.

LOPE. Esto ya es volverse loco.

SUSPIRO. *(Acercándose á don Lope.)*

Yo... bien sé... por dónde voy.

¿Don Satanás? aquí estoy...

¿ver, écheme otro poca.

LOPE. *(Al sentir el contacto de Suspiro alza la cabeza y dice con acento que demuestre la vaguedad y confusión de sus ideas.)*

¿Quién...! eres tú... ¡ya no está
esa espantosa vision...

¡Ay, Suspiro...!

SUSPIRO. *(Sentándose en el sillón que desocupa don Lope, come y bebe.)*

¡Ay Lanjron!

dame un beso, ven á acá.

LOPE. *(Andando con dificultad hasta que se deja caer en un sillón que habrá en medio de la escena.)*

La luz se va oscureciendo
ante mis pupilas torbias
y mil fantásticas sombras
en mi derredor se agrupan...

¡Ay...! quién me podrá librar
de este peso que me abruma.

(Se sienta.)

SUSPIRO. *(Derriba una botella.)*

Quieta aquí; no hay que escaparse,
que por vida de una cuba...

(Oyese dentro el siguiente coro acompañado de una música pianísima, á cuyo compas salen por la puerta del fondo seis bailarinas vestidas de blanco con gasas de colores en las manos y danzan en tor-

no de don Lope. Delante de las bailarinas saldrá Rosalía con su primitivo traje, y doña Virtudes: la primera se colocará á una regular distancia y á la izquierda de don Lope, y la segunda á la derecha de Suspiro.)

CORO.

A Dios, galán intrépido,
el que soñando está;
en las moradas lóbregas
tal vez despertarás,
donde te espera el tálamo,
el tálamo nupcial
mecido por las ráfagas
de indómito huracán.

(Apágase un poco la música de modo que no impida oír el diálogo. Siguen danzando en derredor de don Lope agitando las gasas, y alejándose á medida que él mismo quiere tocarlas.)

LOPE. ¿Qué es esto...? ¿son ilusiones
estas aéreas figuras
que vagan en torno mio
y rápidamente cruzan?
No es aquella Rosalía...
¿por qué has dejado la tumba
y regalas mis oídos
con tan deliciosa música?
Es ella... ¡sí...! la conozco...
espera... ¿por qué te ocultas...
quiero ver si es realidad
cuanto ahora me circunda.

(Se levanta trabajosamente y quiere tocar á las que tiene mas inmediatas; pero se retiran como queda dicho, y saltándole las fuerzas vuelve á caer en el sillón: entre tanto Suspiro, que ha reconocido á doña Virtudes, dice embriagado ya completamente.)

SUSPIRO. ¡Hola...! ¿vienes á ayudarme?

¿quieres achisparte, bruja?

LOPE. ¡Ay de mí, que nada alcanzo...

y ya mi razón se turba...

¡Dejadme...! ¡huid...! blancas sombras,

vuestra vaguedad me ofusca...

¡idos de mi pensamiento

y que el infierno os confunda!

*(Cae en el sillón aletargado: crece la música y dan-
san con mayor rapidez, y baja el telón dejándo-
se oír el coro.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Subterráneo corto. Sobre dos bancos de piedra aparecen profundamente dormidos don Lope y Suspiro. La escena no tendrá otra luz que la de una linterna que saca Regollos y que deja al retirarse sobre el banco de don Lope.

ESCENA PRIMERA.

DON LOPE. SUSPIRO. REGOLLOS.

REGOLLOS. *(Reconoce á Suspiro, luego á don Lope.)*
 ; Lo que les dura el letargo...!
 y ya va para dos boras...
 ; quién sabe si habremos hecho
 aqui un pan como unas tortas?
 ; Si aquellos malditos polvos
 que les puse en la redoma
 serían de soliman?
 ; Aqui de Dios...! ; que me ahorcan!
 Hombre... hombre... vamos á ver...
(Registrando á don Lope.)
 ; Pues no era nada la broma!
 ; Respira...? no... ; va! que así,
 profundamente reposa...
 ; el pulso...? ; febricitante!
 pero nada, es cosa corta...
 por supuesto... ni es capaz
 de asesinar la señora.
 Les durará todavía
 algun tiempo la modorra,

y despues se quedarán
 los dos como si tal cosa...
 Ya se ve; vaciaron ambos
 con tanta prisa las copas,
 que se han puesto como cubas...
 no es mal principio de bodas.
 Y ¿en qué vendrán á parar
 todas estas trapisondas,
 tanto embuste y embeleco
 y tanta invencion diabólica?
 Digo que nuestra duquesa
 es la mas emredadora
 y mas traviesa muger
 que hay en esta Babilonia.
 ¡Ya! ¡ya! si á embrollar se pone
 y con empeño lo toma,
 ¡pobre del que haga de martir!
 no hay remedio, lo atolondra.
 ¡Qué modo de alambicar...!
 no es nada la batavola
 que hay allá dentro... ¡Jesus!
 ea muger... y basta y sobra.
 Cuando yo que danzo en todo
 estoy como un papa-moscas,
 ¿qué serán estos pobretes
 que nada saben...

(Mirando á la derecha.)

¿Eb...? ¡Hola!
 allá en el fondo diviso
 un bulto... vaya de sombras.
 Desocupemos el poesto,
 que no es este el que me toca,
 y á disfrazarnos de diablo
 si es que al ama se le antoja.
 ¿Quién te ha metido, Regollos,
 á tu edad en estas cosas?
 Mas... ¿qué hacer? Ella lo manda,
 es su gusto... y arda Troya.

ESCENA II.

DON RAMIRO. DON LOPE Y SUSPIRO como en la escena anterior.

RAMIRO. Si, luz hay, no me engañé:
dos horas hace que voy
perdido... y adónde estoy
; vive Dios...! que no lo sé.
Y ya me cansa en verdad,
de esta caverna en el centro,
ir por donde solo encuentro
tinieblas, oscuridad.

(Tropezó en el banco donde está Suspiro.)

Mas ¿qué es esto? ¿un cuerpo aqui?
de esa luz al débil rayo
alcanzo á ver al lacayo
de don Lope... el mismo, sí.
No estará lejos su durdón...
hélo alli... durmiendo está...
alguien por ellos vendrá
que me saque de este empeño;
y mientras llega, el letargo
velaremos de los dos
un instante, y plegue á Dios
qué el instante no sea largo.

(Se sienta á los pies de don Lope.)

Después de tanta locura,
¿quién, don Lope, te diría
que yo á velarte vendría
en esta caverna oscura?
Nunca, del deleite en pós,
tú pudistes entrever
que llegaríamos á ser
rivales aqui los dos.
Y sin embargo, el destino
aqui de los dos dispone,
y frente á frente nos pone
en la mitad del camino. —
Odio á este hombre de tal suerte
que hasta me sorprende yo...
no sé... jamas me ofendió,

mas... le aborresco de muerte.
 Fugitivos pensamientos
 que por la mente cruzais,
 ¿por qué en mi seno dejais
 tan tristes presentimientos?
 Hay siempre en la soledad,
 en el silencio y la calma
 voces que anuncian á el alma
 alguna horrible verdad.
 Y hora llegan á mi oido...
 y aqui con ahan insano
 ponen la daga en mi mano
 y un hombre á mis pies dormido.

(*Se levanta.*)

¡Oh... jamas! no abrigue yo
 tan vil pensamiento aqui...
 Rival, enemigo, sí;
 pero asesino... eso, no.
 ¡Nadie llega...! es vano intento
 vagar sin saber por dónde...
 llamo... y el eco responde
 á mi fatigado acento.
 Y ¿que viva yo en la holganza,
 en esta amorosa red,
 sin que se apague la sed
 de mi precisa venganza?
 Supiera al menos el nombre...
 mas, si aqui la he de encontrar,
 aqui la debo buscar...
 ¡qué rayo de luz...! ese hombre...
 Ese hombre... recuerdo yo,
 que há un año... en la corte... ¡sí!,
 cuando la fuga... ¡ay de mí...!
 y á poco desapareció.
 ¡Oh...! sí, mi memoria es fiel...
 y ahora, de la duquesa
 comprendo bien la promesa...
 ¿quién puede ser, sino él?
 Y hé aqui la amarga verdad
 que esperaba hace un momento:
 hé aqui mi presentimiento
 convertido en realidad.

Mas... ¿no será ilusión vana?
Toda mi sangre daría...

LOPE.

(*Solitando.*)

¡Rosalía...!

RAMIRO.

¡Oh...!

LOPE.

¡Rosalía...!

RAMIRO.

(*Ocultando el rostro entre las manos.*)

¡Es el nombre de mi hermana!!

¡Qué duda...! ¡fácil juguete

creisteis hallar en mí...

¡Vive Dios...! nada hay aquí

que á mi cólera sujete...

Y, al verme ya en tal estreño,

cuando mi venganza toco...

tener á mi honor en poco

y á mi gloria es lo que tento...

¡Y qué! maldad por maldad;

si... tu sueño será largo...

don Lope, de ese letargo

saldrás en la eternidad.

VIRTUDES.

(*Dentro.*) Rosalía, por aquí.

RAMIRO.

¡Qué...! nombran á Rosalía...

¿Será una supachería

aquella sombra que vi?

Tal vez... pero ¿cómo está

en el castillo... ¿quién sabe...!

(*Ocultando la linterna debajo de la capa.*)

Yo haré que mi engaño acabe...

¡Oh...! ¿si á buscarle vendrá?

Ya llegan... un halto avanza

por entre esa lobreguez...

Alienta, honor, que esta vez

consigues doble venganza.

ESCENA III.

ROSALÍA. DOÑA VIRTUDES por la izquierda. DON RAMIRO.

DON LOPE. SUSPIRO.

VIRTUDES.

¡Pues, sin las nos han dejado...

venios detras de mí,

que es preciso por aquí

andar con mucho cuidado.

¡Llevar la luz...!

ROSALIA. No respiro...

VIRTUDES. Vaya, que tenéis un miedo...

ROSALIA. Es que tal vez...

VIRTUDES. Píasad quedo...

ROSALIA. ¡Si encontramos á Ramiro...!

VIRTUDES. ¿Encontrar...? ¡no lo digáis!

Y aunque eso llegara á ser,

aquí no os pudiera ver...

¡imposible...!

RAMIRO. (*Muestra la linterna, que vuelve á dejar sobre el banco de don Lope.*)

¡Os engañáis...!

VIRTUDES. ¡Ah...!

ROSALIA. ¡Dios mío!

RAMIRO. Sí, traidora;

ya no hay poder que lo impida...

aquí me tienes...

VIRTUDES. (¡Por vida...!

busquemos á la señora.)

(*Vase por la derecha.*)

ESCENA IV.

ROSALÍA. DON RAMIRO. DON LOPE. SUSPIRO.

RAMIRO. ¿Temes, di, mi saña ardiente?

¿tú que fuistes tan osada,

hora trémula, aterrada

humillas la torpe frente?

¿Nuestro baldon escondías

misteriosa entre estos muros...

y con tan necios conjuros

deslumbrarme pretendías?

ROSALIA. ¡No...! escucha por piedad; oye, Ramiro...

que hora tu labio sin razón me acusa.

Yo jamás te engañé... sola y errante,

transida el alma de mortal angustia,

busqué un asilo triste, solitario

donde por siempre, de tu vista oculta,

lavar podieran mis ardientes lágrimas

;

del deshonor la abominable culpa.
 Y en medio de la noche aquí me trajo
 el siniestro rigor de mi fortuna,
 y aquí también te trajo; hermano mío!
 la mala estrella que á los dos alumbró.
 Ansiaba huir, abandonar el valle,
 cruzar la tierra y perecer sin duda,
 porque no quise que mi torpe afrenta
 se reflejara en tu semblante nunca.
 Pero hay aquí un poder... mágico, grande,
 que á sus leyes precisas me subyuga...
 "No salgas de Lecrin," en voz me dijo...
 y en Lecrin me quedé estática y muda.

RAMIRO. ; Dices bien, infeliz...! comprendo ahora
 lo enorme de tu infamia y desventura;
 mas no me trajo aquí... no, Rosalía,
 la estrella infausta que á los dos alumbró:
 el genio aterrador de las venganzas
 me condujo hasta el fondo de esta gruta,
 donde mis ojos contemplar pudieran
 lo que hace un año sin reposo buscan.

ROSALIA. ; Ramiro!

RAMIRO. (*Señalando á don Lope.*)

; Ven! ; Conoces á ese hombre?

ROSALIA. A ese hombre... ; gran Dios...!

Responde.

RAMIRO.

ROSALIA.

RAMIRO.

¿ No es ese el que engañó tus esperanzas?

¿ El que una noche tenebrosa, oscura,
 de la morada de las santas vírgenes
 logró arrancarte con falsas astúcias?

¿ No es ese el miserable que añadiendo
 el desprecio y escarnio á tanta injuria
 como un vil te dejó, y al nuevo mundo
 voló á esconderse con presteza sotma?
 ; Atrévete á negarlo...!

ROSALIA.

RAMIRO.

ROSALIA.

... ; Ay de mí, triste...!

De ese poder que tñ razón ofusca,
 que te protege y encadena á un tiempo...
 demanda pronto la eficaz ayuda.

ROSALIA.

; Qué dices, mi Ramiro...! ; qué pretendes...!
 tu acento aterrador ; qué es lo que anuncia...!

RAMIRO. ¡La muerte!

ROSALIA. Y á la vista de tu hermana,
¿no brota un sentimiento de ternura
que aplaque tu furor?

RAMIRO. ¡Necia...! deliras.

El dolor y vergüenza que me abruman
seco dejaron el raudal precioso
que en mi seno corrió desde la cuna.

ROSALIA. ¡Perdon!

RAMIRO. Y ¿tú lo esperas...? hay errores

que solo se perdonan en la tumba.
Tú no sabes quién eres, aun ignoras
lo esclarecido de tu noble alcurnia,
y los afanes que á tu hermano cuesta
el sostenerla como siempre pura.
Tú ignoras, desdichada, que en tus padres
cebióse un tiempo la infernal calumnia,
y que á Ramiro tu horfandad legaron
en sus postreras horas de amargura.
Y ¿qué les diré yo, cuando en la noche
irritadas saltando de las urnas
sus blancas sombras á mi lecho lleguen
y allí con voz satídica me arguyan...

"Qué fué de nuestro honor... de nuestra gloria..."

Y... ¿qué he de responder á sus preguntas...!

Y acaso ¿que no hay mas hondos pesares
allá en tu mente atribulada juzgas?

¡Oh...! sí; los hay mayores, mas horribles,
porque todo en mi daño se conjura.

Hoy que la fama y la verdad unidas
de nuestros padres la memoria ilustran;
hoy que por fin severa y vengadora
de los traidores la justicia triunfa,
¿cómo osaremos á llevar la planta
del soberano á la morada augusta...?

Y ¿á quién podré decir mi hermana es esta
sin escuchar su carcajada estúpida?

ROSALIA. Te comprendo... ¡fué horror...! ¡aqui, Ramiro,
de tu agudo puñal clava la punta!

RAMIRO. ¡Aparta, aparta...! en mis hinchadas venas
la sangre de los tigres no circula.

ROSALIA. ¡Hermano de mi alma...!

RAMIRO.

; Rosalía!

abrázame otra vez... ; por la vez última!
 Ann recuerdo que fuistes inocente...
 y mi orgullo tambien... ; pobre criatura!
 mas no porque estas plácidas memorias
 á mi doliente corazón acudan
 al mundo volverás. Siempre ignorada
 entre el silencio y soledad reclusa
 tu falta espiarás, sin ser del vulgo
 objeto vil de escandalosa burla.

ROSALIA.

Ignorada... sí, sí; mi anhelo es esc:
 gozar de calma, soledad profunda...
 y yo bendeciré siempre tu mano
 do quiera que el destino me conduzca.

RAMIRO.

Pues bien, déjame ya.

ROSALIA.

¿ En esta caverna,
 qué pretendes hacer... ?

RAMIRO.

¿ Y lo preguntas ?

El sueño de ese hombre velar quiero
 con la avidex de la serpiente astuta.
 A sus pies estaré, y cuando el letargo
 su entorpecido corazón sacuda,
 yo saltaré á sus espantados ojos,
 iremos á la muerte, y si rehusa...
 entonces regaré ; viven los cielos!
 este recinto con su sangre impura.

ROSALIA.

; A la muerte... !! A esas fúnebres ideas
 que por tu mente acalorada cruzan,
 otras de paz y de perdon y olvido
 mi generoso hermano sustituya.

RAMIRO.

¿ Qué dices, miserable... ? ; por él lloras ?
 ¿ por él aqui de mi clemencia abusas ?

¿ Oh... ! vete ya, porque mi ardiente saña
 irritas mas con tu humillante súplica.

ROSALIA.

No; no es por él el abundoso llanto
 que esta marchita faz amargo surca...
 Es por tí, por tu vida...

RAMIRO.

; No... ! impostora...
 por la postrera vez... ; sal!

ROSALIA.

Nunca, nunca.

(Se arrodilla.)

Sobre la frente de tu triste hermana

descarga el golpe de tu loca furia.

RAMIRO. ¡Y á ese golpe fatal, con los verdugos pretendes que Ramiro se confunda...!
¿Tus ojos quieren ver el crudo estrago que está anhelando mi venganza justa...
(Echando mano al puñal.)

¡Puta, bueno!

ROSALIA. ¡Oye...!!

RAMIRO. (Indicando la accion de dirigirse á don Lope.)

No mas... ¡hoy el infierno

á un abismo sin término me empuja...!

(Lánzase la duquesa seguida de doña Virtudes por una abertura que habrá disimulada en el centro del telon del fondo, y se interponen entre Ramiro y Rosalia.)

ESCENA V.

LA DUQUESA. ROSALIA. DON RAMIRO. DON LOPE. DOÑA VIRTUDES. SUSPIRO.

DUQUESA. ¡Teneos...!

ROSALIA. ¡Ah...!

RAMIRO. ¿Vos, señora...?

DUQUESA. ¡Pese á mi fatal descuido!

¿habeis ya dado al olvido

lo que os dije hace una hora?

RAMIRO. Y vos, ¿pensais todavía

alucinarme...? no, no;

ya de mis ojos cayó

la venda que los cubría.

No mas torpe ceguedad,

señora, hallareis en mí,

que ya por fortuna di

con la luz de la verdad.

DUQUESA. Mas que nunca os hallo ciego

con vuestra saña importuna...

dad gracias á la fortuna,

que á tiempo, Ramiro, llego.

¡Seguidme...!

RAMIRO. No os seguiré,

que aqui me sujeta ese hombre.

DUQUESA. ¿Y si os lo pido en el nombre

RAMIRO.
ROSALIA.
DUQUESA.

de vuestro honor?
No saldré.

¡Por piedad...!

¡Ya nada alcanza
en vuestra tenaz porfía
la que há poco os ofrecía
hermana, honor y venganza...?
¿Vos quereis en un minuto
sacudir vuestras cadenas,
y á la vez darnos escenas
de consternacion y luto?
Bien; saciad vuestro furor:

(Señalando á don Lope.)

la venganza ahí la tenéis...
pero... siempre vivireis
sin hermana y sin honor.
¡Qué...! sin honor...

RAMIRO.
DUQUESA.
RAMIRO.

¡Sí, pardiez!

Si alguna lengua traidora...
¡ay de mí...! ¿volvéis, señora,
á fascinarme otra vez?
Si me venís á brindar
imposibles halagüenos,
decidme, ¿cómo estos sueños
llegareis á realizar?

DUQUESA.

Si vos lo ambelais saber,
seguidme: de aquí apartados
esos sueños realizados
podreis facilmente ver.

RAMIRO.
DUQUESA.

Pero...
Nada, este es mi hechizo:
muy pronto va á despertar,
y si nos llega á encontrar
el encanto se deshizo.

(Tomando las manos de Ramiro y Rosalia.)

Venid, que nada perdeis:
suceda lo que suceda,
siempre la venganza os queda,
y os juro que os vengareis.
Y entonces, como no espero,
si mi intento no consigo...
de vuestro torpe enemigo

vengáos como caballero.

(Vase con los dos hermanos por la derecha.)

ESCENA VI.

DOÑA VIRTUDES. DON LOPE. SUSPIRO.

VIRTUDES. ¡Jesus...! y qué duro estaba
de pelar el tal mocito;
si no llegamos á tiempo
no hace aquí mal estrupicio...
y por fortuna que yo
llevé á galope el aviso;
si tardo un poco, lo ensarta
como dos y tres son cinco.

(Tomando la linterna y acercándola á don Lope.)

¡Pobre don Lope! ¡Ay...! si sales
con bien de este laberinto,
puedes decir que tu vida
pendiente estuvo de un hilo.
Miren el soberbio mozo
qué manso está, qué humildito...
Vaya, parece que ahora
no hay tantos fueros ni bríos
para decir... buena dueña,
no riñamos por un siglo...
¿Qué tal? ¿os sentís mejor?
Andaos en este castillo
con bravatas y donaires
y con groseros epítetos.
En buenas manos está
el pandero, señor mío,
y aquí de vos me vengara
si no fuera porque miro...

(Mueve don Lope los brazos, y doña Virtudes asustada dice dirigiéndose hácia donde está Suspiro:)

¡Ay...! ¡ay...! que va á despertar...
desalojemos el sitio...
Y ¿me he de ir sin que este raque
reciba el justo castigo...?
Pues ¿no me ha llamado bruja,
el lacayon, mal nacido...?

¡Yo bruja...! ¡ladron, infame,
de todos los diablos hijo?
¡Ah...! perro... ¿lo quieres...? toma
esta racion de pillacos.
(*Escapa, y Suspiro dice entre sueños.*)

ESCENA VII.

DON IDRA. SUSPIRO.

SUSPIRO.

Ay... ay... ay... ¡aí...! ¡qué dolores!
y qué escozor... y qué frio...
pero... pero... (*Se sienta en el banco.*)
Vamos claros...

(*Se frota los ojos.*)

¡sí, claros... en turbio digo...
¡Calla...! y me he quedado ciego...
pues, no hay remedio, ¡lo dicho!
Estamos frescos... á oscuras
¿qué haré yo, y sin lazarillo?
Pero... si no palpómal...
no hay duda... yo estoy vestido...
y con espuelas y botas...
¡aquí de Dios uno y tramo!
¿Cuándo me he acostado yo?
ayer... ante ayer... ¡San Crispó...!
¿qué es esto...! ¿vista y memoria
en un dos por tres se han ido?
Y esta cama, no es mi cama...
es de piedra... ¡cabalito...!
Si estaré yo equivocado...
Si no seré yo Suspiro...
¿me he muerto yo alguna vez?
¿me habrán enterrado vivo...?
¡Esta es mas negra...! sí... sí;
¡allá á lo largo distingo
un grupo de calaveras
y de esqueletos y grifos
que me hacen muecas horribles
asomados á los nichos...!!
¡Ay...! á mí me va á dar algo,
algo atroz, superlativo...

me voy á morir de veras...
 á Dios mundo entierra vivos...
 ¡Bárbaros...! ¡Oh...! ya no doy
 por mi existencia un combio.
 (Con soñolienta voz.)

LOPE.

¿Suspiro...?

SUSPIRO.

¡Ay...! ¡qué vos tan sônebre
 me taladra los oidos...!¡Ya me conocen los muertos...!!
 me llaman... ¡hola...! vecinos...

LOPE.

(Esforzando la voz.)

¡Suspiro...!

SUSPIRO.

¡Señor...! ¡señor...!

¿No es mi don Lope...?

LOPE.

Maldito,

abre pronto esos balcones,
 que entre la luz...

SUSPIRO.

Señor mio,

¿qué balcones ni qué droga?

¿tú tambien aqui has venido?

LOPE.

(Incorporándose.)

Pues ¿qué es esto? ¿adónde estamos?

SUSPIRO.

Sábelo Dios infinito.

LOPE.

¡Qué espantosa oscuridad!

SUSPIRO.

¡Qué endemoniado suplicio!

LOPE.

¿Adónde estás?

SUSPIRO.

¿Qué sé yo?

LOPE.

¿Suspiras?

SUSPIRO.

Suspiro y gimo...

si estoy hecho un Magdalena...

un San Pedro arrepentido.

LOPE.

Pero ¿quién nos trajo aqui?

SUSPIRO.

Un médico barbilimpio

y cuatro sepultureros

y un cura y dos monaguillos.

LOPE.

Pues ¿estamos enterrados?

SUSPIRO.

Y sabe Dios cuántos siglos.

Yo ya no huelo á cadáver,

huelo á momia que trasmino.

LOPE.

¿Esto es cementerio?

SUSPIRO.

Es mas,

es mucho mas... por lo visto;

debajo de siete estados
de tierra estamos metidos.

LOPE.
SUSPIRO.

¿Qué dices... hombre...?

¡Ay don Lope!

estos son tus desvarios.

LOPE.
SUSPIRO.

¿Qué diablo...! venite hacia acá...

LOPE.
SUSPIRO.

¿Qué es ir...! ¿y estos precipicios?

¿Precipicios...!

¿No los ves?

¿qué sanjas...! ¡nif...!!! me horripilo...

¿quieres que el pie se me vaya
y de un batacazo...

LOPE.

¡Chico!

nada veo...

SUSPIRO.

Poes yo sí...

Repara, don Lope amigo,
en ese que está á tu lado:

¿has visto nunca un abismo
mas profundo ni mas negro...

mira allá abajo, abajito...

sobre la mano derecha

¿no ves abierto un postigo?

pués ese es sin duda...

LOPE.
SUSPIRO.

¿Qué?

Del infierno algun resquicio.

LOPE.

Loco estás, ó yo estoy ciego;

nada descubro, ¡por Cristo...!

quiero acercarme hasta el borde

de esos hondos precipicios...

(Se levanta y anda á tientas y con mucha precaucion)

SUSPIRO.

¡No hagas tal...! mira que el suelo

está muy resbaladizo...

LOPE.

(Dirigiéndose muy despacio hacia donde está Suspiro.)

Hombre... calla... por ahora

con seguridad afirmo

la planta...

SUSPIRO.

¡Señor... señor...!

¿y si te da algun vahido...

ó tropiezas ó resbalas

y te rompes el bautismo...?

Por Dios no me dejes solo

en tan estremo conflicto...

(Tropieza con el don Lope.)

¡Ay...! ¡que el demonio me tienta!

¡qué garras tiene el maldito...!

¡Nacio...! soy yo.

LOPE.

SUSPIRO.

LOPE.

SUSPIRO.

¡Tú! ¡me engañas...?

No.

Para el caso es lo mismo.

Solo el demonio pudiera

atravesar sin peligro

esa veredita angosta

por donde hasta aqui has venido.

LOPE.

SUSPIRO.

LOPE.

¡Qué vereda...! si no hay nada.

¡Cómo que no?

(Tirando de él.)

Ven conmigo...

(Lo arrastra hasta el escotillon que habrá cerca del banco: lo suelta y se hunda.)

SUSPIRO. ¡Ay...! ¡ay...! ¡que me caigo...! ¡tenme...!!!

LOPE.

(Alargándole los brazos.)

¡Adónde estás...

SUSPIRO.

¡Don Lopito...!

¡Ay, que me quemó...!

LOPE.

¡Demonio...!

y ya está lejos... ¡Suspiro!

(Al cerrarse el escotillon sule una llamarada.)

ESCENA VIII.

DON LOPE.

¡Cáscaras...! digo, si yo

de pronto no me retiro...

pero... ¡y mi pobre Suspiro?

¡la tierra se lo tragó...!

Bien dijo cuando anunció

precipicios... pero... ¡qué!

¡adónde estan... ¡quedo, pie...!

que este maldito misterio

se va poniendo muy serio...

mas de lo que yo pensé.

Si á mi inocente bufon,

tan infelís y tan santo,
 este diabólico encanto
 lo trata sin compasión,
 ¿ qué hará conmigo Platon ?
 Yo que siempre un diablo fui
 y atropellé cuanto vi,
 y ocasioné tantos duelos...
 ¿ qué tendrán los altos cielos
 reservado para mí ?
 Y me voy quedando yerto...
 ¡ por vida de Lucifer... !
 que no pueda yo saber
 si estoy vivo ó estoy muerto...
 Ni lo uno ni lo otro es cierto.
 ¿ Vivo, y aquí ? claro está.
 ¿ Muerto, y hablo y ando... ? ¡ cá !
 mas... ¡ quién sabe ! ¿ ha sucedido
 que hayan los muertos salido
 á decir cómo les va ?
 Vivo ó muerto, me hallo bien
 en el cielo ó en el abismo :
 ya estoy tal, que me es lo mismo
 ir al infierno ó al Eden.
 ¡ Bruja de los diablos, ven !
 ¿ dónde estás ? ¡ llégate á mí !
 Cuando en el mundo te vi,
 ¿ no me citastes un día
 en esta mansión hombría... ?
 pues bueno ; ya estoy aquí.
 Salgamos de confusiones,
 de dudas y oscuridad :
 venga aquí la realidad
 á ahuyentar las ilusiones.
 Decidme, negras visiones
 que en este recinto humbrío
 vagais en derredor mio,
 por vuestro desasnio eterno
 ¿ dónde estoy ?
 (Dentro.) En el infierno.
 Mentís, porque tengo frío.
 Pero ¿ qué importa ? hablad mas
 y sírvame de consuelo

REGOLLOS.
 LOPE.

vuestra voz mientras me hieló...

REGOLLOS.

¡Pronto...

LOPE.

¡Qué!

REGOLLOS.

¡Te abrasarás!

LOPE.

Pues no he de volverme atrás,
ya en diabólico vaiven
conmigo en las llamas den...
que al cabo... ¡oh sombras! allí
mejor he de estar que aquí.

REGOLLOS.

¡Pues bueno, al infierno ven!

(Mientras se dan tres golpes seguidos en la campana moruna desaparecen los bancos y el subterráneo, dejándose ver una caverna infernal que ocupe todo el teatro, alumbrada con fuego rojo. En el fondo, ó en lugar conveniente, y que esté muy á la vista del público, un trono diabólico desocupado, cuya base será un horno encendido. En el centro de la escena una pira con bastante llama que deberá conservarse hasta el fin del acto, y al lado de la misma, Rosalia, con su traje blanco, inmóvil, y con la frente apoyada en una de las manos.)

ESCENA IX.

ROSALÍA. DON LOPE.

LOPE.

¡Aquí fué troya...! ¡qué haré...!
nada... con valor me interno...
pues no es tan malo el infierno
como yo me figuré.
En esta region ardiente
solo falta... (Reparando en Rosalia.)
¡Hombre, hombre...! ¡sí!

¿una muger no hay allí?
pues estoy divinamente.
Ya nada falta, hay sobrado...
(Acercándose y reconociéndola.)

Pero... ¿es esto ilusion mia...?

¡Rosalia... Rosalia...!

ROSALIA.

(Con toda la expresion de la insensatez.)

¿Quién me llama?

LOPE.

Un condenado

por lo visto, como tú.

Mas... ¿quién me dijera, quién...

¡pobre muchacha! ¿tambien

te echó el guante Belcebú?

ROSALIA.

¿Quién eres...

LOPE.

¿Yo? ; Voto á bríos...!

¿no me ves? un vagabundo.

Recuerdas tú si en el mundo

nos conocimos los dos?

ROSALIA.

Yo no sé...

LOPE.

¿Qué insensatez!

A pesar de que la arengo

no me conoce... ¿á que tengo

que conquistarla otra vez?

¿Cómo es que estan, con qué fines,

en esta tierra maldita,

revueltos y en comandita

demonios y serafines?

¿tú lo sabes, eh?

ROSALIA.

Quién... ¿yo?

LOPE.

¡Ay que boba se ha quedado...

Muchacha, ¡cuánto has mudado...!

ROSALIA.

¿Tú me conoces?

LOPE.

¿Pues no?

Y me duele que hasta aqui

tus culpas te hayan traído...

porque si hasta aqui has venido

¿adónde iré yo...? ; ay de mí!

Oye, ser angelical,

contéstame con lisura:

¿has estado por ventura

allá en el juicio final?

ROSALIA.

No.

LOPE.

¿No? ;vaya una justicia!

Que á mí que en el mundo he sido

tan travieso y tan perdido

y obré con tanta malicia,

sin oír mi defensa, aqui

me-encajen de sopeton,

para ello tienen razon,

vaya en gracia ; pero... ¿á tí?

¿A tí, que del mal exenta

fuiste á la tierra con palma,
echarte aquí en cuerpo y alma?
ese es un error de cuenta.

ROSALIA.

Yo me quisiera alejar
de lo que terror me inspira...
pero al lado de esta pira
debo sufrir... esperar.
No puede, no puede ser
ir lejos de esta mansion...
(Señalando á la llama de la pira.)
porque es de mi corazón
la llama que ves arder.

Y esa llama ha de estar presa
en la region infernal,
hasta que venga un mortal
á cumplirme una promesa.
Entonces iré al Eden...

LOPE.

¿Y el mortal también?

ROSALIA.

¡Jamás!

LOPE.

(Pues aquí te quedarás
por siempre jamás amen.)

ROSALIA.

Dime, ¿á don Lope el traidor
le conoces?

LOPE.

Así, así...

ROSALIA.

Dile que no venga aquí,
porque le espera el horror,
los más agudos tormentos,
los hornos y las hogueras...

LOPE.

¿Nada más que esos fríos?

ROSALIA.

Y eternos padecimientos.

LOPE.

Vaya... pues es una gloria...
y avisas con tiempo, si;
¿sabes tú si por allí
hay alguna escapatoria?
Porque avisarle quisiera
antes de que...

ROSALIA.

Yo no sé...

LOPE.

Bueno, yo la buscaré.

ROSALIA.

Que no pase la barrera
de las sombras, le dirás;
que es de imposible salida.

LOPE.

Por supuesto... sí, descuida...

(Se dispone á marchar y oyesse un fuerte ruido subterráneo que le deja inmóvil.)

¿Eh...? ¿qué es esto...?

(Aparece sobre el trono con toda la posible brevedad Regollos, ridiculamente disfrazado, y hasta una docena de criados también disfrazados de diablos, y se colocan á derecha é izquierda del horno.)

ESCENA X.

ROSALÍA. DON LOPE. REGOLLOS. CRIADOS.

REGOLLOS. ¿ Adónde vas ?
 LOPE. (Volviéndose hácia Regollos muy poco á poco.)
 ¿Malo...! ¡malo...! ya cat ;
 esta es la voz de Satán...
 ¿Hola...! ¡Bravo...! ¡ cuántos diablos!
 ¿ me venís á chamuscar... ?
 REGOLLOS. ¿ Adónde llevas la planta ?
 LOPE. A ninguna parte ya.
 REGOLLOS. El que una vez entra aquí,
 no vuelve á salir jamás.
 LOPE. Me alegro saberlo...
 REGOLLOS. ¡ Escucha !
 Tú porvenir aquí está.
 LOPE. ¿ También aquí hay porvenir... ?
 es decir, ¿ un mas allá ?
 REGOLLOS. También, sí : ¿ conoces á esa
 desconsolada beldad ?
 LOPE. Sí... me parece que sí :
 la conocí por allá...
 REGOLLOS. Pues bueno : su pobre espíritu
 de aquí no puede volar
 mientras que no se celebre
 vuestro enlace conyugal.
 LOPE. Hombre... hombre...
 REGOLLOS. Así lo ha dispuesto
 tu destino, escrito está.
 Con ella en estas regiones
 tú, don Lope, te unirás,
 y del averno en el fondo
 tu dicha resonará,

y los diabólicos genios
tus bodas celebrarán.

LOPE.

Pero falta que yo quiera
casarme: ¡pues qué! ¿no hay mas...?
dime, perro, ¿el matrimonio
está en uso por acá?
¿Adónde está la razon...
por qué yo me he de casar
con una muger que espera
la ceremonia nupcial
para decirle al espíritu
"largo, que aqui estás de mas..."
y en tanto nos deja el cuerpo
por toda una eternidad?
No quiero enviudar á medias.
¡Don Lope!

REGOLLOS.

LOPE.

REGOLLOS.

LOPE.

REGOLLOS.

¡Don Satanás!
¿Sabes tú lo que te aguarda?
¿Podrá ser peor?
Será.

Candentes, agudos fierros
tus carnes penetrarán,
y serpientes venenosas
en torno tuyo verás,
y una hoguera ardiente, eterna,
de lecho te servirá.

LOPE.

REGOLLOS.

¡Linda cama...! y bien, me quemó,
acabo pronto, y en paz.
Te engañas; nada hay aqui
percedero, mortal:
las enrojeadas llamas
tus huesos calcinarán
y nada podrá extinguir
el espíritu vital.

LOPE.

REGOLLOS.

Alli tus humanas formas
horribles se tornarán...
¡Calla! ¡calla... maldecido...!
Vosotros, genios del mal,
del centro de ese borno ardiente
á un condenado sacad
y ofrecedlo ante los ojos
de ese incrédulo mortal.

:

(Meten dos criados en el horno un tridente y sacan á Suspiro con el rostro ennegrecido y desfigurado todo lo posible.)

LOPE. Me gusta de la manera
que esta gente cocce el pan.

ESCENA XI.

ROSALÍA. DON LOPE. REGOLLOS. SUSPIRO. CRIADOS.

SUSPIRO. (Sacudiéndose.)
;Uf...! ;af...! ;por poco me abogo...!

LOPE. ¿Es mi Suspiro...? no hay mas...
;Huy...! ;qué cara le han dejado!

SUSPIRO. ;Que me hagan á mí quemar
por pecados veniales!

REGOLLOS. Don Lope, ¿resuelto estás?

LOPE. Ps... yo... aquí...

SUSPIRO. (Dirigiéndose á Regollos.)
Escuche usarced,
añor diablo, en sana paz.
Desde el horno me he enterado
de lo que pasaba acá,
y salgo resuelto á todo
menos á volver á entrar.
Si de esto puedo librarme
casándome, bien está.
Yo me caso, por que soy
todo un mozo muy cabal:
ya que don Lope no quiere
aquí estoy yo, ¿qué mas da?
allá va una mano, ó dos,
ó lo que quieran tomar.

REGOLLOS. ¿Aceptas el cambio, Lope?

SUSPIRO. (Dirigiéndose á Rosalía.)
Vaya si acepta...

LOPE. (Interponiéndose y tomando una mano de
aquella.)
;Arre allá!
;miserable! ¿á Rosalía
me vienes á disputar?

SUSPIRO. ¿Qué es disputar? en tal cosa
yo no he pensado jamas:

que me casen con cualquiera,
señor, para mí es igual.

REGOLLOS. Ya que á cumplir tu destino
resuelto, don Lope, estás,
las diestras manos sobre esa
pura llama levantad.

(Lo hacen, y aparecen por la izquierda la duquesa y Ramiro. Este se queda á una regular distancia y aquella avanza por detras de don Lope sin que lo adviertan.)

ESCENA XII.

LA DUQUESA. ROSALÍA. DON LOPE. DON RAMIRO. REGOLLOS.
SUSPIRO. CRIADOS.

REGOLLOS ¿Juras ser de Rosalía
esposo firme y leal
y que nunca fementido
tus votos quebrantarás?

LOPE. Sí juro.

SUSPIRO. Y yo tambien juro,
aunque mi enlace es mental.

REGOLLOS. Pues bueno, en pós de la dicha
volad unidos, volad.

(Un golpe en la campana moruna y desaparecen Regollos y los criados. La duquesa se coloca detras de la pira.)

ESCENA ÚLTIMA.

LA DUQUESA. ROSALÍA. DON LOPE. DON RAMIRO. SUSPIRO.

DUQUESA. ¡Ja...! ¡ja...! ¡ja...!

LOPE. ¡Cómo...! ¿tambien
vos aqui?

DUQUESA. Don Lope, sí;
mas, solo he venido aqui
á daros el parabien.

SUSPIRO. (¿Otra vez vuelve á danzar
esta archibruja infinita?
¿Cuánto va que la maldita
nos manda aqui desollar?)

LOPE. ¿Venis para entorpecer
la dicha que alcanzo ahora?
¿Tambien hasta aqui, señora,

- alcansa vuestro poder ?
 ¿Qué poder ?
- DUQUESA.
 LOPE. Esos conjuros
 diabólicos con que un día
 ahogásteis la suerte mía
 de Lanjaron en los muros.
- DUQUESA. Ese es, don Lope, un error ;
 no existe en mí tal poder :
 no soy mas que una muger
 que tiene muy buen humor...
 y un poco de travesura...
 ;Cómo... !
- LOPE.
 DUQUESA. ¿Cuánto os figurais
 que de Lanjaron distais ?
- LOPE. Y... ¿yo qué sé... ?
- SUSPIRO. (¿Otra diablura ?)
- DUQUESA. Os lo diré ; estais en él.
- LOPE. ;Qué decís... ! ¿en Lanjaron...
 pues... ¿y esto... !
- DUQUESA. Pinturas son...
 SUSPIRO. (¡Pues me ha gustado el pastel !)
- LOPE. Pero ¿y tantos condenados,
 y tantas apariciones,
 y tantas negras visiones...
 Escuderos disfrazados.
- DUQUESA. Vuestro engaño ha sido fiero.
- LOPE. Mas nunca os ha de doler,
 pues por él volveis á ser
 noble, honrado y caballero.
- DUQUESA. Ya veis si anduve sutil,
 que al fin por esta humorada
 la oveja descarriada
 vuelve otra vez al redil.
- Tomad : (Entregándole un pliego.)
 supongo, señor,
 que obrando de esta manera...
 no cumplireis la postrera
 voluntad del testador.
- LOPE. ¡Ya ! ¿Sabeis que estoy tentado
 de echarlo todo á rodar,
 y vengarme y anular
 el juramento prestado ?

- RAMIRO. *(Tocando en el hombro á don Lope.)*
Y ¿sabeis que con mi espada
el alma os arrancaré,
y al infierno os enviaré,
don Lope, de una estocada?
(Se arranca el velillo.)
- LOPE. ¡Vos, marques!!
- RAMIRO. Mi hermana es esa.
- LOPE. ¡Vuestra hermana...! ¡Oh...! perdonad.
Noble Ramiro, mirad
si cumplo bien mi promesa.
- (Rasga el pliego, y pasa al lado de Rosalia, con la que habla aparte.)*
- DUQUESA. ¿Salió vana mi esperanza?
¿de la verdad dudarris?
Decidme, ¿allí no teneis
hermana, honor y venganza?
- RAMIRO. Señora del alma...
- DUQUESA. ¡Oh...! sí;
mucho os he de hacer penar,
porque algo os ha de costar
haber dudado de mí.
- LOPE. Duquesa del corazón...
me habeis salvado... ¡friolera!
porque en el mundo, cualquiera
comete una indiscrecion.
Pero eso de contrastar
tan á tiempo los errores
y evitar otros mayores...
nunca se puede pagar.
- SUSPIRO. Señor, de albricias un sayo.
¿Te arrepientes...? haces bien.
Yo me arrepiento también
de haber sido tu lacayo.
- LOPE. Demos gracias al Eterno,
porque hemos así concluido.
Con que, duquesa, ¿esto ha sido...
- DUQUESA. UNA BODA EN EL INFIERNO.

FIN DE LA COMEDIA.

